

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

**Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística
General**



TESIS DOCTORAL

**Análisis narratológico y traducción de la prosa literaria de
M. Eminescu**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Ricardo Alcantarilla Martínez

DIRECTOR

José Manuel Lucía Megías

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General



**ANÁLISIS NARRATOLÓGICO Y TRADUCCIÓN DE LA PROSA LITERARIA DE
M. EMINESCU**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Ricardo Alcantarilla Martínez

Bajo la dirección del doctor

José Manuel Lucía Megías

Madrid, 2015

Ricardo Alcantarilla Martínez, 2015



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID

Facultad de Filología

Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General

TESIS DOCTORAL

**ANÁLISIS NARRATOLÓGICO Y TRADUCCIÓN DE
LA PROSA LITERARIA DE M. EMINESCU**

Ricardo Alcantarilla Martínez

Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General

Universidad Complutense de Madrid

Director: Dr. José Manuel Lucía Megías

Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, 2015

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud hacia tantos maestros, amigos y compañeros que me han ayudado en mi tarea de mil formas diferentes y que sin ellos no hubiera sido posible esta tesis doctoral.

Tengo que destacar a mi director de tesis, el doctor don José Manuel Lucía Megías, por sus consejos, orientaciones, paciencia, tiempo, diligencia, ánimos... Gracias. Sin su ayuda y colaboración, la presente tesis nunca habría llegado a buen puerto. Más aún, si mi trabajo tiene algún valor es, sin duda, gracias a él.

Por último, no puedo olvidarme de los que me lo han dado todo, mi hermano y familia, mis abuelos y mis padres. Gracias de corazón.

Tesis doctoral

Análisis narratológico y traducción de la prosa literaria de M. Eminescu

ÍNDICE

Resumen	5
Introducción.....	9
1. Contexto histórico, social y cultural de la obra de M. Eminescu	11
1.1. Apuntes históricos	11
1.1.1. Los Principados rumanos en la primera mitad del siglo XIX.....	11
1.1.1.1. La revolución de 1848	17
1.1.1.2. El nacimiento de una nación, 1878.....	19
1.1.1.3. El reinado de Carol I desde 1881.....	23
1.1.2. El panorama político-social de una nación en ciernes.....	25
1.1.3. La cultura rumana a finales del siglo XIX.....	29
1.1.4. Junimea.....	29
1.2. Mihail Eminescu. Acercamientos biográficos.....	33
1.2.1. Los primeros años (1849-1866).....	33
1.2.2. La etapa del esplendor creativo literario (1866-1876).....	37
1.2.3. El último periodo (1876-1889): la dedicación al periodismo.....	47
1.2.4. Relaciones personales.....	57
1.2.4.1. Titu Liviu Maiorescu	57
1.2.4.2. Veronica Micle	61
1.2.4.3. Aaron Pumnul.....	63

2. Análisis descriptivo de la prosa literaria de Eminescu	67
2.1. Las ediciones de la prosa de M. Eminescu	67
2.1.1. Nuestro corpus textual	69
2.1.2. El taller del narrador	73
2.1.3. Análisis descriptivo del corpus	75
2.2. El problema de los géneros	91
2.2.1. Los géneros narrativos utilizados por Eminescu	91
2.2.2. Cuentos	95
2.2.3. Narraciones	105
2.2.4. Novelas	107
2.2.5. La ironía. Conexiones entre su obra periodística y literaria	107
2.2.6. La prosa de Eminescu ¿prosa poética?	121
2.3. Eminescu, creador de la novela moderna rumana	127
3. Análisis literario de la prosa literaria de Eminescu	133
3.1. Algunas consideraciones previas	133
3.2. La historia	137
3.2.1. Los temas	137
3.2.1.1. El amor	137
3.2.1.2. La sociedad	143
3.2.1.3. El tema del tiempo	151
3.2.1.4. La muerte	161
3.2.2. La estructura	177
3.2.3. Los personajes	181

3.2.3.1. El papel de la mujer.....	181
3.2.3.2. Los estamentos sociales.....	183
3.2.4. El espacio.....	189
Bucarest vs Iași.....	190
El espacio exterior y Rumanía.....	191
Monasterios, ruinas y cementerio.....	193
3.2.5. El tiempo	195
3.3. El discurso	197
3.3.1. La instancia narrativa.....	197
3.3.1.1. Foco y voz	197
3.3.1.2. La focalización	199
3.3.1.3. La voz	201
3.3.1.4. El modo o modalidad.....	205
3.3.2. La estructura	211
3.3.2.1. Estructura externa.....	211
3.3.2.2. Estructura interna.....	213
3.3.2.3. Procedimientos compositivos y expresivos.....	217
3.3.3. Los personajes	219
3.3.3.1. Clasificación	219
3.3.3.2. Nominación	220
3.3.3.3. Caracterización	221
3.3.4. El espacio.....	223
3.3.4.1. Espacio y enunciación	223
3.3.4.2. Espacios ficticios y simbólicos.....	223

3.3.5. El tiempo	225
3.3.5.1. El orden temporal	225
3.3.5.2. El ritmo del relato	227
3.3.5.3. La frecuencia	229
3.3.5.4. El transcurso del tiempo	232
3.4. De la historia al discurso	235
3.4.1. El estilo de la prosa literaria de Eminescu.....	235
3.4.2. Variantes textuales: cambios, supresiones y adiciones	243
3.4.3. La categoría dominante	245
3.4.4. Intertextualidad.....	247
4. Conclusión	253
5. Bibliografía	261
5. 1. Las ediciones de la prosa literaria de Eminescu	261
5.1.1. Textos publicados en vida	261
5.1.2. Textos publicados tras su muerte.....	261
5. 2. Estudios sobre la biografía y el contexto histórico-social de Eminescu.....	262
5. 3. Crítica literaria y teoría de la narrativa	264
6. Índices	267
6. 1. Índice cronológico de la prosa.....	267
6. 2. Índice alfabético de la prosa	273
6. 3. Índice onomástico.....	279

[Anexo I: Traducción de la prosa literaria de Eminescu](#)

Madrid, 2015

RESUMEN

La tesis tiene como objetivo principal el análisis narratológico de la prosa literaria de Mihail Eminescu.

La metodología utilizada es descriptiva. En el primer capítulo, se describe el contexto histórico, social y literario del autor rumano. Es decir, se ha intentado acercar a Eminescu al lector hispanico. A continuación, en el segundo capítulo, se realiza el estudio específico del corpus textual. Para el estudio de su prosa, por tanto, se adopta una visión diacrónica.

La dedicación de Eminescu a la narrativa preexiste, y subyace en el tiempo respecto a su creación poética. Se han utilizado las ediciones críticas de Perpessicius y de Rusu. En el tercer capítulo, se desarrolla el análisis de los textos a partir de los postulados de la narratología. Se ofrece una visión conjunta de toda esta producción con una metodología abierta, pero basada sobre todo en los postulados teóricos de Gérard Genette y la narratología, de los que tomamos el planteamiento analítico general, con la división en historia y discurso, junto con bastantes acercamientos particulares. En este tercer capítulo, también se presentan algunas cuestiones intertextuales en una doble vertiente, en las conexiones con otras obras y autores, y en las conexiones con las novelas del propio Eminescu. A lo largo de toda la tesis, se facilita bibliografía pormenorizada de las tres grandes secciones del trabajo: biografía y contexto histórico-social del autor; el corpus textual y la crítica literaria. Los índices finales pretenden facilitar la lectura de la tesis a lectores que desconocen la lengua rumana.

El anexo ofrece, como resultado del análisis narratológico, la primera traducción en español de la prosa literaria de M. Eminescu. Se ha intentado crear una traducción que sea lo suficientemente atractiva y placentera para un lector hispanico y lo suficientemente honesta para con Eminescu.

Como principal conclusión se propone a M. Eminescu, el “último gran poeta romántico de Europa”, como una figura narrativa olvidada de la literatura rumana y europea del siglo XIX. Se ha destacado también la influencia de la filosofía, de las culturas orientales, clásicas y contemporáneas, como las del romanticismo.

El análisis estilístico de la escritura de Eminescu revela una prosa romántica, con una marcada tendencia hacia la expresión poética en el plano formal, y caracterizada, en el plano del contenido, por una gran riqueza cultural, filosófica, pictórica e histórica.

SUMMARY

The primary objective that we propose in this piece of work is to provide a narratological analysis of Mihai Eminescu's literary prose. The methodology we are going to use is mainly descriptive.

In the first chapter, one can find the historical, social and literary context in which Eminescu lived and wrote. With this information, our goal is to give the Hispanic reader the possibility to perceive Eminescu as being closer.

The second chapter contains a specific study of the textual corpus. We have adopted a diachronic view when examining his prose. Eminescu's interest for the narrative pre-exists and underlies his poetical creation, temporally speaking. We have counted on the valuable help offered by two critical editions, those signed by Perpessicius and Rusu.

In the third chapter one can find the analysis of the texts, starting from the postulates of narratology. We offer a complete view, using an open methodology based on Gérard Genette's theoretical hypothesis on narratology, from whom we borrow the general analytical approach, regarding the division history-discourse, among several other aspects. In this chapter we also display certain intertextual aspects which we find really interesting as they are connected to other works and authors, on one hand, or to other novels written by Eminescu himself, on the other hand.

Along the entire thesis, the reader is provided with detailed bibliography on the three main sections that form this piece of work: the author's biography and historical and social context; textual corpus and critics' approach.

The final indexes intend to make the reading easier to those who do not understand Romanian.

The appendix offers, as the result of the narratological analysis, the first translation into Spanish of Eminescu's literary prose. Our translation was intended to be both attractive and pleasant for a Hispanic reader, and, at the same time, honest enough with the great writer.

INTRODUCCIÓN

El objetivo de la presente tesis doctoral es doble: por un lado, realizaremos un análisis narratológico de la prosa literaria de Eminescu; y por otro, presentaremos nuestra propia traducción de dicho corpus textual.

Ante la pregunta de cuál es la razón de nuestro interés por Eminescu debo contestar que, lejos de pretender ser presuntuoso, admiramos la creación de dicho escritor rumano desde el primer curso de la licenciatura de filología románica. Fascinados por el autor nos sorprende que el conjunto de su obra ha sido estudiada, en nuestra opinión, de manera desigual. Su producción poética cuenta con innumerables interpretaciones críticas desde las más diversas perspectivas. En cambio, pensamos que la prosa literaria de Eminescu no ha tenido la misma consideración. Ese es el motivo por el cual nosotros nos centraremos en esta y trataremos de relacionarla con la totalidad de su obra, sobre todo con su producción poética y periodística. De cualquier modo, nuestra intención es prestar el protagonismo absoluto a los textos del escritor rumano.

Nuestra tesis doctoral se divide en dos grandes capítulos, uno teórico y otro práctico, rodeados por la presente introducción y una conclusión, además de la bibliografía y del anexo en el que se presenta nuestra traducción de la prosa literaria de Eminescu.

En el primero, que a su vez se divide en dos grandes partes, por un lado, intentaremos ofrecer un acercamiento al contexto histórico, social y cultural de su época. Dichas informaciones nos parecen necesarias para valorar la personalidad humana y literaria de Eminescu y establecer, en lo posible, las relaciones con sus textos. Por otro, realizaremos un análisis descriptivo de su prosa que nos permitirá acceder al estudio de los textos de Eminescu estableciendo un corpus, que describiremos de dos maneras, una atendiendo a las circunstancias de su creación y publicación; y, otra, relativa a los géneros. El capítulo terminará situando la prosa de nuestro escritor en relación con la narrativa rumana del siglo

diecinueve, y estableciendo la hipótesis de que su prosa es poética. No hay en esta parte grandes novedades, no puede haberlas. Lo nuevo es la presentación en español de datos teóricos sobre nuestro personaje.

Nuestro segundo capítulo será el análisis narratológico propiamente dicho de la prosa literaria de Eminescu. Es decir, se analizará el corpus establecido teniendo en cuenta las aportaciones de la crítica y determinando algunas de las claves que darán sentido a su narrativa. Intentaremos realizar una exploración profunda y completa que, sin atenerse a ninguna tendencia o método cerrado, se basará sobre todo en los postulados de la narratología, que iremos detallando y justificando en cada uno de los apartados. Dividiremos nuestro examen en grandes secciones, que estudiarán por separado la estructura, los personajes, el espacio y el tiempo, además de considerar el tema y la instancia narrativa. Este análisis narratológico deberá ser completado con el estudio de algunas cuestiones textuales, intertextuales y estilísticas. Así pues, el lector podrá encontrar las peculiaridades de cada relato y subrayaremos las conexiones que unifican todo este universo narrativo.

En la conclusión evaluaremos hasta qué punto hemos conseguido nuestros propósitos. El aparato bibliográfico, además de relacionar las obras consultadas de todo tipo, aspira a ser completo en lo tocante a los trabajos sobre el autor y exhaustivo en lo concerniente a la prosa literaria de Eminescu. Por último, en el anexo, presentamos una versión propia en español de los textos utilizados a lo largo de nuestro trabajo.

1. CONTEXTO HISTÓRICO, SOCIAL Y CULTURAL DE LA OBRA DE M. EMINESCU

En este capítulo queremos presentar el contexto histórico, social y cultural de la época en la que M. Eminescu compuso su obra narrativa. Dichas informaciones nos parecen necesarias para valorar su personalidad humana y literaria y para establecer, en la medida de lo posible, las relaciones con sus textos.

Los siguientes apartados responderán a estos interrogantes. ¿Qué influencia tiene el contexto histórico, social y cultural en la prosa de M. Eminescu? ¿Hasta qué punto se produce la implicación de la biografía y de la época del autor en sus propios textos? ¿Sus textos reflejan elementos ideológicos del narrador rumano?

1.1. APUNTES HISTÓRICOS

1.1.1. LOS PRINCIPADOS RUMANOS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Durante el siglo XIX los Balcanes, y por supuesto también Rumanía, fue una región asolada repetidamente por invasiones y conflictos bélicos.

Todos los historiadores coinciden en que los Balcanes han sido un espacio fronterizo a lo largo de la historia entre Oriente y Occidente. En el siglo XIX, época de nuestro autor, tres grandes imperios, el Imperio Otomano, el Imperio Austro-Húngaro y el Imperio Ruso se disputan los Balcanes.



Figura 1. Mapa de Europa (1800) donde se muestra el predominio de los tres grandes imperios

El espacio de la actual Rumanía era el punto de encuentro, un cruce de caminos, entre estas tres potencias. Al sur, el Imperio Otomano. El Imperio Austríaco controlaba la actual Transilvania, el oeste. El noreste estaba bajo el poder del Imperio Ruso.

Entre la Edad Media y el siglo XIX, existían en la región una especie reinos gobernados por señores feudales llamados Principados. Sin embargo, a comienzos del siglo XIX, encontramos dos situaciones. Por un lado, había Principados que tenían una cierta independencia, como es el caso de Moldavia y Valaquia, pero que estaban bajo la órbita político-económica del Imperio Otomano. Por otro, se encontraban los Principados que tenían población rumana y estaban subyugados a los imperios austriacos y rusos: Galitzia o Bucovina, fluctuando entre el Imperio Austro-Húngaro y el Imperio Ruso, Basarabia, bajo el poder del Imperio Ruso, y Transilvania, formando parte del Imperio Austro-Húngaro.

Eminescu nace en el Principado de Moldavia, que se encuentra al sur de la frontera entre Bucovina y Basarabia, es decir, debajo del límite que separa al Imperio Austro-Húngaro del Imperio Ruso. El germanismo de Eminescu podría explicarse porque sus primeros estudios los realiza en Cernăuți, ciudad que se encontraba dentro del Imperio Austro-Húngaro.

Rumanía ocupa un territorio estratégico. Para los turcos es la puerta para llegar a Europa Occidental. Para el Imperio Austro-Húngaro y germánico es la puerta que han de cerrar para evitar la invasión turca. El Emperador Napoleón lo considera clave para conquistar Rusia y para rodear al imperio germano. El dominio de esta región permite a Rusia acceder a los mares calientes y crear un escudo protector desde el Báltico a los Balcanes.

A comienzos del siglo XIX, Transilvania se encuentra bajo el dominio del Imperio Austro-Húngaro, mientras que los restantes territorios (Bucovina, Basarabia, Moldavia y Valaquia) están controlados bajo el dominio del Imperio Otomano. La situación geográfica propiciaba este reparto, ya que los montes Cárpatos formaban una frontera natural.

La sociedad que estaba bajo el dominio turco se organizaba en *voivodă* y boyardos, es decir, grandes nobles y terratenientes que eran los propietarios de las tierras. Estos dependían de los *hospodares fanariotas*, gobernantes griegos al servicio del Sultán¹. Los fanariotas tienen un papel crucial en las revoluciones contra los turcos porque recibieron la

¹ Todorov, N., “El nacimiento de los estados balcánicos”, en *Historia de la humanidad*, dirigido por S.J. De Laet ... [et al.]; codirigido por H. Dani ... [et al.]; París, UNESCO, Barcelona, Planeta-De Agostini, 2004, vol. 6, p. 382

influencia de Rusia. Odessa, ciudad de Basarabia, fronteriza con el Imperio Ruso, se convirtió en el lugar de nacimiento de la revolución².

El fanariota encargado de gobernar los principados de Valaquia, Bucovina y Basarabia, Constantin Ipsilanti, entabló relaciones con el Zar, como prueba el hecho de que educara a su hijo Alexandru en Rusia³.

Desde 1802 hasta 1807, los principados que están sometidos al Imperio Otomano son gobernados por fanariotas griegos. Sin embargo, se produce un comienzo de apertura hacia la órbita de expansión de las otras dos grandes potencias. Pronto en los Balcanes, debido a la pujanza del imperio ruso, surgen luchas para liberarse del dominio turco.

En 1807, Rusia que está en guerra contra el Imperio Otomano firma un tratado de alianza entre Napoleón y el Zar Alejandro I en Tilsitt. Allí, ambos emperadores se reparten Europa y Napoleón permite que Rusia controle los Principados.

La guerra ruso-turca continúa hasta que en mayo de 1812 se firma la Paz de Bucarest. Rusia se queda con la parte de la Moldavia situada entre los ríos Prut y Dniéster, es decir, Basarabia queda bajo el Imperio Ruso⁴. Basarabia dará lugar a un país independiente de Rumanía, el actual país de Moldavia. Basarabia es un territorio que creará permanentes conflictos entre rumanos y rusos⁵. La ocupación del Imperio Ruso de Basarabia hace que sea habitual encontrar en el Principado de Moldavia, en Iași, la presencia del ejército del Zar como retrata Eminescu con la entrada del cónsul ruso en una fiesta en *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor).

Desde 1812 hasta 1821, el imperio turco sigue controlando Valaquia y la zona al sur del Prut, la región del Principado Moldavia, mediante el gobierno de los fanariotas. Sus abusos se incrementaron a partir de 1812. Los dos príncipes que fueron elegidos durante este periodo fueron Ioan Caragea, que gobernó Valaquia desde 1812 hasta 1818, y Scarlat

² Jelavich, B., *History of the Balkans, Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, vol. I, p. 204

³ *Ibid.*, p. 206

⁴ Giurescu, C. C. [dir.], *Chronological history of Romania*, Horia C. Matei [et al.], Bucharest, Editura Enciclopedica Romana in co-operation with the National Commission of the Socialist Republic of Romania for Unesco, 1972, p. 151

⁵ Bonamusa, F., *Pueblos y naciones en los Balcanes (siglos XIX y XX). Entre la media luna y la estrella roja*, Madrid, Ed. Síntesis, 1998, p. 97

Callimachi, en Moldavia desde 1812 hasta 1819. El aumento de los impuestos que se tenían que pagar al Imperio Turco unido a la corrupción provocó que Caragea tuviera que huir de Valaquia sucediéndole Alexander Suțu⁶, que gobernó entre 1818 y 1821. Esta opresión económica del Imperio Otomano provocó rebeliones.

En 1821, Tudor Vladimirescu, cabecilla de estos levantamientos, conquista el Principado de Valaquia y comienza a luchar por la independencia contra los turcos. En Moldavia, el príncipe Alejandro Ipsilanti, oficial en el ejército ruso, pero de origen griego, fanariota, cuyo padre había sido gobernador (*hospodar*), capitanea la revolución contra la dominación otomana. Ipsilanti confiaba en el apoyo del Zar, pero no lo obtuvo. La sublevación fracasó porque valacos y moldavos creían que se trataba de un movimiento griego, y porque el Zar se desinteresó, convencido por Metternich⁷ de que las agitaciones en la península estaban siendo provocadas por el mismo espíritu liberal y revolucionario que soplaba en toda Europa.

Aunque las dos rebeliones, valaca y moldava, no lograron actuar de manera conjunta, la insurrección triunfó parcialmente, viéndose obligado el Sultán a conceder la autonomía a Valaquia y Moldavia, ya que el Imperio Otomano tenía otro importante frente abierto: la sublevación griega, conflicto que duró entre 1821 al 1827 y que terminó con la independencia de ésta. Esta inestabilidad fue aprovechada por el Zar Alejandro I que consiguió el delta del Danubio y también una especie de protectorado sobre las dos provincias danubianas autónomas⁸.

El Imperio Otomano, en 1822, reestableció los antiguos Principados y otorgó el poder a Ion Sandu Sturdza⁹, que gobernó el Principado de Moldavia, y a Grigore Dimitrie Ghica, que estuvo al frente del Principado de Valaquia, los dos hasta 1828¹⁰.

Estar protegidos por el Imperio Ruso permite a los boyardos rumanos negociar con el Imperio Otomano el restablecimiento de los Principados; y la exclusión de los fanariotas

⁶ Jelavich, Op. Cit., p. 208

⁷ Klemens Wenzel Lothar von Metternich (1773-1859) *Brockhaus Enzyklopädie in zwanzig Bänden*, vol. 12, Wiesbaden, F.A. Brockhaus, 1970, pp. 487-488. Desde mediados de los años 20 tuvo una gran influencia en Europa. Fue diplomático de Austria con Rusia y luchó contra Napoleón. Su rígido conservadurismo contribuyó al desarrollo de la crisis que dio lugar a la revolución de 1848

⁸ Maestro de León, A., *Las naciones balcánicas: sus problemas y vicisitudes*, Madrid, Ed. Calleja, 1944, p. 56

⁹ Ioan Sturdza (1762 - 1842) fue gobernante de Moldova entre el 21 de junio de 1822 y el 5 de mayo de 1828

¹⁰ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 156

de la administración y de los territorios rumanos. Además, por el tratado ruso-turco de Akkermann de 1826 se garantizó a los Principados la elección de gobernantes -hospodares- por la asamblea de boyardos autóctonos y durante siete años, previa aprobación del Zar y del Sultán. Así mismo se prometió la elaboración de un estatuto administrativo, la renuncia de los otomanos al monopolio comercial que ejercían y la suspensión de los tributos durante diez años¹¹.

Por otro lado, un convenio anglo-franco-ruso acordó su mediación para ayudar en la liberación de Grecia. La derrota turca en Navarino el 20 de octubre de 1827 provocó la independencia griega y el estallido de una nueva guerra entre Rusia y el Imperio Otomano que discurrió en el territorio de los Principados. La guerra termina con el Tratado de Adrianópolis, el 14 de septiembre de 1829. Esto supuso que los Principados de la desembocadura del Danubio consiguieran autonomía, gobiernos propios y un reglamento orgánico bajo la autoridad seminominal del Sultán, si bien Rusia mantenía en ellos una ocupación militar mientras no fuese pagada la indemnización convenida. La insolvencia turca era proverbial, de modo que Valaquia y Moldavia quedaron sometidas a dos protecciones distintas, ambas indeseadas: la nominal turca y la del Zar, efectiva¹².

En noviembre de 1829, los Principados de Valaquia y Moldavia son gobernados por el general ruso Pavel Kiseleff hasta 1834¹³. En enero de este año, la convención Ruso-Turca concluye en San Petesburgo que la Puerta se encargue de designar nuevos gobernantes y esta coloca al frente de los Principados a Alexandru II Ghica en Valaquia y Mihail Sturdza en Moldavia¹⁴. Alexandru II Ghica estuvo en el poder hasta 1842 y Mihail Sturdza hasta 1849. Alexandru II Ghica será relevado en 1842 por Gheorghe Bibescu que reinará en Valaquia hasta 1848¹⁵.

En 1835 se funda el “Cercul revoluționar român” (Círculo revolucionario rumano) en París, cuyos miembros eran Ion Ghica, C.A. Rosetti, Nicolae Cretzulescu, Costache Negruzzi, Mihail Kogălniceanu, Alexandru Ioan Cuza, Nicolae Bălcescu, es decir, los futuros

¹¹ Bonamusa, Op. Cit., p. 98

¹² Maestro de León, Op. Cit., pp. 60-61

¹³ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 159

¹⁴ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 161

¹⁵ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 164

líderes de la revolución de 1848 y del movimiento para la Unión de los Principados. Su actividad es apoyada por Lamartine, Edgar Quinet y Jules Michelet¹⁶.

En otoño de 1843 se crea la sociedad secreta “Frăția” (Hermandad) instalándose en Valaquia con el eslogan “Justicia, Hermandad”, y sus integrantes son Ion Ghica, Nicolae Bălcescu y Christian Tell¹⁷.

Entre 1845 y 1851 apareció en Bucarest la revista histórica “Magazin istoric pentru Dacia” (Revista Histórica para Dacia) dirigida por August Treboniu Laurian y Nicolae Bălcescu; la revista jugó un importante papel en la materialización de la ideología de la Revolución 1848, en el desarrollo de un conocimiento nacional y contribuyó al inicio de historiografía moderna rumana¹⁸.

El 4 de enero de 1847 Timotei Cipari, el primer periodista rumano, funda en Blaj el periódico “Organul luminării” (El órgano de ilustración), que se convertirá a lo largo de la Revolución de 1848 en “Organul Național” (El órgano nacional)¹⁹.

¹⁶ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., pp. 161-162

¹⁷ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 164

¹⁸ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 165

¹⁹ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 166

1.1.1.1. LA REVOLUCIÓN DE 1848

El despertar del liberalismo rumano se debe entre otras razones a la recepción de las ideas liberales que recorren Europa y, en particular, a la llegada de los aires liberales y progresistas de las revoluciones de la primavera de 1848 en Francia y en el Imperio Austro-Húngaro²⁰. La prensa que nace en el segundo lustro de la década de los cuarenta y las distintas organizaciones creadas que recogen las ideas de Francia son el germen de la revolución rumana de 1848.

En 1848, Francia se convierte para los Principados en un ejemplo fascinante, como una contrabalanza ante las presiones reales y sofocantes del poder del Imperio Ruso. Francia se había convertido en una fuerza invisible que, mediante su ejemplo incontestable de país de los movimientos contra las opresiones sociales y nacionales, acogía protectora a los Principados²¹.

A finales de marzo y comienzos de abril, en Iași, se produce la reunión que marcará el principio del movimiento revolucionario en Moldavia, liderada por Alexandru Ioan Cuza, el futuro príncipe dirigente, Emanoil Manolache o Costache Epureanu (futuro ministro y primer ministro)²².

El 27 de marzo, reunidos unos mil hombres entre boyardos y campesinos, en el hotel Regensburg, se quejan del estado infeliz y digno de lástima del Principado. El cónsul francés en Iași, Guérault, expresa a Lamartine la sorpresa total por aquella primera reunión, porque no había sido capaz de entrever que en el seno de la sociedad de Moldavia fuera posible la exposición de semejantes ideas tan atrevidas. Se trataba de una fuerza nacional casi milagrosa, surgida por el alma de los sucesos europeos²³. Los boyardos querían la independencia de Rusia y el campesino una mejora de su situación económica.

²⁰ Bonamusa, Op. Cit., p. 99

²¹ Stan, A., *Revolutia română de la 1848*, București, Albatros, 1992, p. 28

²² Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 167

²³ Stan, A., *Revolutia română de la 1848*, București, Albatros, 1992, p. 36-37

Durante toda la primavera, se produjeron varias concentraciones como las de Blaj, Caraș y Cluj, en mayo, la de Bucarest, en junio. Es en este mismo mes en el que Ion Heliade Rădulescu lee en Islaz la proclamación revolucionaria²⁴.

Entre las aspiraciones de la revolución de 1848 se encontraban: la eliminación de los obstáculos que frenaban el desarrollo económico, social y político moderno de la sociedad rumana, como que las condiciones de los campesinos mejorara, que se aboliera la dominación extranjera, sobre todo que no se produjera la injerencia de la Rusia zarista en los asuntos de los principados rumanos; y que se creara la unión de todos los territorios habitados por rumanos en un solo Estado. En Transilvania, a raíz de unas medidas de índole socio-económicas y políticas adoptadas por los nobles húngaros que afectaban gravemente los derechos y los deseos de los rumanos se produjeron confrontaciones militares rumano-húngara²⁵.

En septiembre, tiene lugar la tercera reunión nacional en Blaj, donde los campesinos rumanos vienen armados y se comienza a organizar una milicia nacional rumana, bajo el liderazgo de Avram Iancu, Axente Sever y Iovian Brad²⁶. El lugar de resistencia eran los Montes Apuseni, a donde acudían todo tipo de fugitivos: sacerdotes, profesores, oficiales, jóvenes²⁷. Acontecimientos que tendrán ecos en la prosa literaria de Eminescu, sobre todo, en *Geniu pustiu* (Genio solitario).

La Revolución de los principados rumanos fue ahogada en el mismo mes de septiembre por la represión simultánea de los tres imperios vecinos. El Imperio Austro-Húngaro sofocó la revuelta en Transilvania²⁸, y bajo la presión de Rusia, el Imperio Turco estuvo de acuerdo con una intervención común contra el nuevo gobierno revolucionario de los Principados. Una vez apagada la revolución, las tropas rusas ocuparon el territorio y las dos potencias cerraron en la Convención de Balta-Liman, junto a Constantinopla, en 1849, un Reglamento Orgánico según el cual los gobernantes de los Principados deberían ser elegidos durante siete años y propuestos por los dos poderes. En Valaquia fue destinado

²⁴ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 170

²⁵ Alexandrescu, Ioan; Chipier, Ioan [et al.], *Rumanía '95. Visión enciclopédica*, Bucarest, Minerva, 1994, pp. 58-59

²⁶ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 172

²⁷ Stan, A., Op. Cit., p. 359

²⁸ Bonamusa, Op. Cit., p. 101

Barbu Știrbei y en Moldavia Grigore Alexandru V²⁹. Ambos gobernaron desde junio de 1849 hasta octubre de 1853 y desde octubre de 1854 hasta junio de 1856. En este momento de ocupación rusa es cuando nace Eminescu.

Entre 1853 y 1856 tiene lugar la Guerra de Crimea entre Rusia, por un lado, y el Imperio Otomano, Inglaterra, Francia y el Reino de Cerdeña, por otro, como consecuencia a las contradicciones entre las tres potencias occidentales sobre la cuestión Oriental, en general, y particularmente sobre el problema de dividir las posesiones del ya decadente Imperio Otomano. Las operaciones militares ocurrieron en Danubio, en Trancaucasia y cerca del Mar Báltico, en las costas de Kamchatka y Crimea³⁰.

Se produce el asedio de Sebastopol y muerto ya Nicolás I, al que sucedió Alejandro II, Rusia sucumbió ante la coalición firmando la paz en el Convenio de París. Rusia fue duramente tratada perdiendo muchas de sus ventajas anteriormente conseguidas a expensas del Imperio Otomano. El Zar se obligaba a ceder la parte sur de Basarabia al principado de Moldavia, con objeto de asegurar la navegación del Danubio, y a Moldavia y Valaquia les fue confirmada su administración independiente, punto de partida para su definitiva liberación³¹.

1.1.1.2. EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN, 1878

En 1858, en París, la conferencia de los Siete Poderes (Gran Bretaña, Francia, Austria, Prusia, Rusia, Turquía y el Reino de Cerdeña) firma el futuro político, social y administrativo de los Principados. Nace un país llamado: Unión de los Principados de Moldavia y Valaquia³².

Alexandru Ioan Cuza, uno de los participantes de la revolución de 1848, es elegido príncipe de Moldavia (el 5 de enero de 1859) y de Valaquia (el 24 de enero de 1859) y la situación política a la que tuvo que hacer frente no fue sencilla. El gobierno simultáneo de ambos Principados fue problemático porque tenía que negociar con dos asambleas y sistemas administrativos separados. Además, había dos grupos políticos que competían por el poder.

²⁹ Pavlowitch, S.K., *Istoria Balcanilor. 1804-1945*, (trad. Adreea Doica), Iași, Ed. Polirom, 2002, p. 55

³⁰ Giurescu, C. C. [dir.], *Op. Cit.*, p. 177

³¹ Maestro de León, *Op. Cit.*, pp. 65-66

³² Giurescu, C. C. [dir.], *Op. Cit.*, pp. 181-182

Por un lado, los liberales, a partir de este momento inclinados hacia un programa nacionalista con influencia y con la intención de llevar a cabo reformas sobre el Derecho y la tierra. Por otro, los conservadores preferían el mantenimiento del estatus y la conservación de privilegios especiales políticos y económicos para los boyardos.

Alexandru Ioan Cuza, liberal convencido, fusionó las instituciones legislativas y administrativas de las dos provincias y realizó una reforma electoral que rompió el control conservador, lo que permitió adoptar nuevas medidas que beneficiaran a amplios sectores de la población.

Además, basándose en la diplomacia, Alexandru Ioan Cuza se volvió primero a Francia y, después, a la Puerta para convencerlos de la necesidad del cambio. A finales de 1861 fue capaz de ganar el consentimiento de ambas potencias, y se creó un verdadero Estado nacional rumano, aunque formado solamente por Valaquia y Moldavia³³.

Producida la unión, existía un cierto desequilibrio económico entre los dos Principados. Moldavia era una región bien situada geográficamente ya que permitía unir el mar Negro con Galitzia y la Bohemia. En cambio, Valaquia se hallaba geográfica y económicamente más cerca al Imperio otomano y su situación era menos holgada³⁴. En cambio, otros historiadores contradicen la anterior información. En 1857, se instala la primera refinería de petróleo en Rîfov, cerca de Ploiești; se abren hornos de carbón en Uricani y de lignito terciario en Lupeni; y se empiezan a crear las primeras líneas ferroviarias, en Timișoara, Cernavodă y Constanța³⁵.

La unión de 1859 alentó la lucha de los rumanos del Imperio Austro-Húngaro por su libertad y unidad nacionales. En octubre de 1860, el emperador de Austria, Franz Joseph I, promulgó un documento constitucional en que otorgaba a Transilvania autonomía dentro del Imperio Austro-Húngaro³⁶. Sin embargo, la constitución del Imperio Austro-Húngaro de 1867 volvió a asimilar a Transilvania a las estructuras del Estado, produciéndose una mayor opresión hacia las poblaciones rumanas, eslavas, sajonas y suevas del imperio. En estas circunstancias, la conquista de la independencia de Estado de Rumanía y la unión de todos

³³ Jelavich, Op. Cit., pp. 291-292

³⁴ Bonamusa, Op. Cit., p. 103

³⁵ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., pp. 179-180

³⁶ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., pp. 183

los territorios rumanos en un solo Estado llegaron a ser los objetivos prioritarios de la sociedad rumana³⁷.

A finales de enero y principios de febrero de 1862, el príncipe Alexandru Ioan Cuza proclama la definitiva unión de los Principados de Valaquia y Moldavia y Bucarest es declarada la capital del país³⁸.

Si Bucarest es el centro político, Iași se convertirá en el centro cultural. En 1860 se inaugura allí la primera Universidad de Rumanía con cuatro facultades: derecho, filosofía-literatura, ciencias y teología. Se abre una Escuela de Bellas Artes y una Galería de Pintura³⁹, y en 1863 se funda en Iași *Junimea*, una sociedad literaria, cultural y política, que dará lugar a la revista *Convorbiri literare* (Conversaciones literarias). En páginas siguientes ampliaremos la información sobre esta importante sociedad de la que formará parte Eminescu.

Entre 1863 y 1866, se produce una alianza política entre los conservadores y los liberales. Se irán intercambiando en el poder progresivamente e irán imponiendo sus propias reformas. Hasta que en 1866, la coalición descontenta con el príncipe obligó a abdicar y a marchar al exilio de Alexandru Ioan Cuza. El reconocimiento internacional de la unión de Rumanía se suspende en la conferencia de París entre los siete grandes poderes de Europa porque era condición necesaria que Alexandru Ioan Cuza reinase⁴⁰.

En abril de 1866 se adopta una Constitución que proclama a Rumanía como una monarquía constitucional y se elige a Carol I Hohenzollern-Sigmaringen como su príncipe. Carol I se proclamará en 1881, rey de Rumanía hasta 1914. Quizá la elección estuviera motivada por sus muy importantes sus lazos dinásticos, ya que provenía de la familia real alemana, se casó con una princesa inglesa y tuvo el apoyo de Napoleón⁴¹.

En julio de 1866, se aprueba una constitución liberal y se inaugura un estado parlamentario con un turno de partidos en el poder, según las dos ideologías predominantes,

³⁷ Alexandrescu, I., Chipur, I. [et al.], Op. Cit., p. 62

³⁸ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 185

³⁹ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 183

⁴⁰ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 192

⁴¹ Bridge, F.R., y Bullen, R., *The great powers and the European States System, 1815-1914*, London, Longman Group Limited, 1980, p. 15

liberales y conservadores. El Parlamento disponía de dos cámaras y sus miembros eran elegidos por cuatro años a través de un sufragio censitario⁴².

Entre 1866 y 1881, el problema de la culminación de la unidad nacional llega a ser la principal preocupación de la opinión pública y de los grupos políticos rumanos. Crece la producción agrícola y comienza a desarrollarse la industria nacional, se extiende el sistema de comunicaciones, se fundan instituciones de crédito y crece constantemente el volumen del comercio exterior⁴³.

Pero este período se ve alterado porque en julio de 1870 comienza la guerra franco-prusiana. El príncipe Carol apoyaba a Prusia, por el contrario, la mayoría de los políticos rumanos preferían a Francia como patrón de Rumanía. Rusia aprovechó la ocasión para denunciar las cláusulas sobre el Mar Negro del Tratado de París, creando otra crisis en el Este de Europa⁴⁴.

Tras varios años de gobierno liberal de Ioan Ghica, desde 1871 hasta 1879, tendrá el poder el partido conservador de la mano de Lascăr Catargiu. En Agosto se celebrarán los 400 años desde la consagración del Monasterio de Putna, organizada por iniciativa de estudiantes rumanos de Viena, encabezados por Eminescu y Slavici, para reunir a unas 3000 personas de todas las provincias⁴⁵.

En marzo de 1877 se inaugura el periódico “Timpul” (El Tiempo) con Eminescu, I. L. Caragiale y I. Slavici en la redacción. Meses más tarde aparece el periódico “Socialistul” (El Socialista), el primer periódico socialista de Rumanía⁴⁶.

Las primeras potencias que estipulan el reconocimiento como país independiente son Rusia y el Imperio Otomano a través del Tratado de San Stefano, entre febrero y marzo de 1878⁴⁷.

⁴² Bonamusa, Op. Cit., p. 104

⁴³ Alexandrescu, Ioan ; Chipper, Ioan [et al.], Op. Cit., p. 63

⁴⁴ Jelavich, Op. Cit., p. 296

⁴⁵ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 199

⁴⁶ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 206

⁴⁷ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 207



Figura 2. Mapa de los Balcanes después del Congreso de Berlín (1878)

1.1.1.3. EL REINADO DE CAROL I DESDE 1881

La autonomía definitiva de los Principados de Valaquia y Moldavia se refrendó cuando, tras guerra franco-prusiana en el Congreso de Berlín de 1878, se erigió el reino de Rumanía en 1881, bajo el monarca de la casa germana Carol Hohenzollern. El nuevo reino, que adoptó forma constitucional, se volvió a consolidar de manera rápida política y económicamente, y no olvidó la esperanza de incorporar un día las poblaciones de Basarabia, y las regiones dominadas por Austria (Bucovina) y Hungría (Transilvania y el Banato de Temesvar, actualmente la región de Timișoara)⁴⁸.

Rusia, Alemania y el Imperio Austro-Húngaro firman la Triple Alianza pero, por miedo al expansionismo de Rusia, Rumanía se adhiere secretamente a esta coalición en 1883⁴⁹. A partir de estos momentos, llega un periodo de crecimiento a Rumanía. Entre 1885 y 1888 se construye en Bucarest el Ateneo, bajo los diseños del arquitecto francés Albert Galleron. En 1886, el arquitecto Ion Mincu construye “Casa Lahovari”⁵⁰, una casa con características típicas rumanas para el general Iacob Lahovary.

⁴⁸ Maestro de León, Op. Cit., p. 75

⁴⁹ Alexandrescu, Ioan ; Chipur, Ioan [et al.], Op. Cit., p. 63

⁵⁰ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., pp. 216-217

Las vicisitudes de la historia de Rumanía continúan, pero nosotros nos detenemos aquí porque Eminescu ya no participará de los grandes acontecimientos de su nación.

En conclusión, Rumanía a lo largo del siglo XIX sufre una transformación histórica y social profunda, ya que en poco menos de cien años se produjeron cambios que en la Europa occidental sucedieron en tres siglos. La vida de Eminescu coincide con el momento en el que Rumanía se moderniza. La década de mayor plenitud creadora del escritor rumano transcurre paralela a la industrialización y el nacimiento de nuevas clases sociales. Eminescu participa activamente entre 1870 y 1881 en el ámbito social rumano al lado del partido conservador, para el que trabajará como secretario en Berlín y como periodista en Bucarest en “Timpul” (El Tiempo).

1.1.2. EL PANORAMA POLÍTICO-SOCIAL DE UNA NACIÓN EN CIERNES

Las tensiones político-sociales de la segunda mitad del siglo XIX, en un país que luchaba por conseguir independizarse de Hungría, Rusia y Turquía, según Cârdeza, se mantuvieron a lo largo de varios decenios. A pesar de ello, hubo un período de paz que marcó la continuación del proceso de desarrollo y de modernización de Rumanía.

Desde el punto de vista gubernamental, Rumanía goza de una estabilidad extraordinariamente larga. Durante varios decenios, alternan en el poder, casi periódicamente, los *Partid Național Liberal* (Partido Nacional Liberal, dirigido por Ion C. Brătianu, participante destacado en la Revolución de 1848) y el *Partid Conservator* (Partido Conservador de los grandes propietarios, encabezado por el rico terrateniente Gogu Cantacuzino Nababul). La alternancia de este bipartidismo se produce desde 1862. El período de máximo esplendor literario de Eminescu coincide con el gobierno del Partido Conservador. En cambio, cuando el Partido Liberal sube al poder con Ion Constantin Brătianu, Eminescu hace oposición desde el periódico “*Timpul*” (El Tiempo).

En este período, la economía rumana sigue siendo predominantemente agraria. En cambio, la industria ocupa un sector restringido. El desarrollo capitalista y algunas medidas proteccionistas permitieron, sin embargo, acelerar el ritmo de crecimiento de la industria en algunos sectores: industria alimenticia, forestal, extractiva (petróleo), peletería, industria del papel, de los materiales de construcción, etc. La industria metalúrgica y, en general, la industria pesada no alcanzó, sin embargo, el nivel de las exigencias de un Estado moderno y continuó dependiendo del mercado extranjero.

El desarrollo industrial del país no fue homogéneo, ya que la gran mayoría de las regiones no tuvieron estructuras suficientes. El capital extranjero participaba en gran medida en la economía, amasando importantes ganancias. La penetración de las relaciones capitalistas en el campo, la introducción de aperos y métodos agrícolas modernos, la aparición, en ciertos lugares, del trabajo asalariado contribuyó al desarrollo de la agricultura. La intensificación de la explotación del campesinado, el reparto desigual de la propiedad (a comienzos del siglo XX cerca de 4000 grandes propietarios poseían más del 57 por ciento de la superficie cultivable del país) desembocaron en movimientos campesinos endémicos, entre los cuales sumamente violentos fueron los levantamientos de 1888 y 1907. Importantes

progresos registró el sistema de transportes y comunicaciones, la banca y las finanzas públicas.

La educación experimenta un auge en la segunda mitad del siglo XIX. Aparecen las escuelas rumanas modernas de ciencia y técnica orientadas a una mejora producción. En 1849, en Iași, Gheorghe Asachi establece la primera escuela técnica para ingenieros y contratistas; mientras, en Bucarest, en 1852, Léon Lalanne establece una escuela para los ingenieros civiles recibiendo una enseñanza politécnica⁵¹. El período de gobierno de A.I. Cuza (1859-1866) es el momento de mayor desarrollo de la educación. En 1860 se inaugura en Iași la primera Universidad de Rumanía. Cuatro años más tarde se funda la Universidad de Bucarest. En 1866 surge la “Societatea pentru învățătura poporului român” (Sociedad para la educación del pueblo rumano) en Bucarest en la que se revisa la ley de Educación de 1864, sobre la gratuidad y la obligatoriedad de la educación elemental⁵².

Ya desde mediados del siglo XIX, el desarrollo económico incorporó a los talleres, puertos, más tarde a los ferrocarriles, la industria ligera, minera y petrolera a numerosos artesanos y campesinos pobres. Las condiciones de trabajo y de vida de los obreros eran, igual que en tantos otros países europeos, muy duras. La tradición del pensamiento democrático de la intelectualidad rumana, que había participado en una serie de acontecimientos como la revolución de 1848, en la Unión, en las reformas que siguieron, en la guerra por la independencia del país, fue receptiva a las teorías socialistas que expresaban y esclarecían las aspiraciones populares de justicia e igualdad. Las ideas básicas del socialismo penetraron en Rumanía poco tiempo después de su aparición. Singular difusión tienen las ideas del marxismo por las cuales las nuevas organizaciones obreras manifiestan un vivo interés. Ya a partir de 1860, la Asociación general de los obreros de Timișoara se convierte en una Sección de la Primera Internacional. En 1872, se funda, en Bucarest, la Asociación General de los Obreros de Rumanía, organización profesional, que abarcaba a obreros de todas las ramas de producción y tenía como órgano de prensa el semanario “*Lucrătorul Român*” (El obrero rumano). A la vez, con el aumento del número de obreros,

⁵¹ Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 173

⁵² Giurescu, C. C. [dir.], Op. Cit., p. 191

en el último cuarto del siglo XIX, se multiplican los círculos y clubs obreros. En 1893 se funda el Partido Social-Demócrata de los Obreros de Rumanía.

Los rumanos del otro lado de las montañas se enfrentaban, además de las dificultades del desarrollo social y económico, con agudos problemas políticos de orden nacional. Al constituirse el Imperio austro-húngaro, en 1867, Transilvania había sido anexada a Hungría, perdiendo así la autonomía política. La burguesía rumana funda, en 1869, dos partidos nacionales en Banato y Transilvania que se unen, en 1881, bajo el nombre de Partidul Național Român din Transilvania (Partido Nacional Rumano de Transilvania). El Memorándum presentado por los rumanos al gobierno de Viena, en 1892, conduce a un resonante proceso político incoando a los signatarios de esta acta y a la prohibición temporal de la actividad del Partido Nacional Rumano. La afirmación política de los rumanos de Transilvania y su lucha por la liberación nacional se intensifica en la segunda mitad del siglo XIX. Las acciones de la burguesía nacional, del movimiento obrero, la agitación del campesinado, una prensa rumana militante, numerosas sociedades culturales con programa nacional, mantenían en la actualidad de la vida política del Imperio austro-húngaro el problema de los rumanos, la población mayoritaria de Transilvania, Banato y Bucovina, sometida a una anacrónica opresión nacional y social.

El reino rumano, a pesar de estar ligado al Imperio Austro-Húngaro por el tratado de alianza del 18 de octubre de 1883, apoyó el movimiento nacional de los rumanos de Transilvania. Las intervenciones diplomáticas fueron hechas desde Bucarest para absolver a los que firmaron los memorándum condenados en 1894. Una enérgica corriente unionista se afirma en el reino mediante manifestaciones políticas y culturales, cuyo eco europeo era cada vez más fuerte, al irse consolidando el Estado rumano en lo político y económico⁵³.

⁵³ Căndeia, Virgil, *Breve historia de Rumania*, Bucarest, Editorial Meridiane, 1977, pp., 66-71

1.1.3. LA CULTURA RUMANA A FINALES DEL SIGLO XIX

El desarrollo y la diversificación de la prensa rumana de finales del siglo XIX y comienzos del XX son realidades incontestables en la cultura rumana. En este período, la vida política rumana estaba dominada por dos grandes partidos, conservador y liberal, alternando en el poder. En el paisaje político aparecen más partidos y grupos políticos, representando ideologías y doctrinas nuevas, como fueron el socialismo o el ruralismo. En las provincias rumanas ocupadas en aquel tiempo, los partidos políticos nacionalistas intensificaron su actividad. Toda esta efervescencia política en la que se implicaban a menudo intelectuales de prestigio provocó el desarrollo de la prensa política que se benefició de la colaboración de unos periodistas y publicistas valerosos.

Los conservadores, agrupando varios grupos y orientaciones ideológicas, tenían el periódico “Timpul” (El tiempo) como emblema y en él colaboraban redactores de gran prestigio como I. Slavici, I.L. Caragiale o Eminescu. Sus actitudes y principios se extendían a toda la cultura, política y moral. Sus intervenciones con finalidad cívica y ética tenían el objetivo de cambiar el espíritu de la época⁵⁴.

1.1.4. JUNIMEA

Junimea es una sociedad literaria creada en Iași entre el invierno de 1863 y la primavera del año 1864 por Petre P. Carp, Titu Maiorescu, Iacob Negruzzi, Vasile Pogor y Theodor G. Rosetii. Eminescu se convertirá en miembro de esta sociedad en 1871⁵⁵.

El estrato romántico de *Junimea* puede proceder, según Ornea, de los ideales culturales de 1848. Los miembros de *Junimea*, en su actividad política, siempre expresaron opiniones positivas sobre los luchadores de la revolución de 1848⁵⁶.

Aunque *Junimea* surgió como una sociedad literaria pronto sus miembros comenzaron a participar en la vida política. Esta actividad será la causa principal por la que en 1890 *Junimea* desaparecerá.

⁵⁴ Pasaila, Vasile, *Presa în istoria moderna a românilor*, București, Fundatiei Pro, 2004, p. 101

⁵⁵ Mănuță, D., “Junimea”, en *Dicționarul general al literaturii române*, Academia Română; Lucian Alexiu ... [et al.]; Eugen Simion [coord.], București, Univers Enciclopedic, 2005, v. II, p. 745

⁵⁶ Ornea, Z., *Junimea și junimismul*, București, Edit. Eminescu, 1975, p. 155

La ideología política de este grupo no era homogénea. Sus miembros oscilaban entre un liberalismo moderado y el conservadurismo, pasando por partidarios de una monarquía constitucional. Es evidente que los miembros de *Junimea* vieron con buenos ojos el acercamiento a los estados centrales de Europa.

Una importante vía de expansión de la ideología de *Junimea* y de renovar la cultura y la literatura rumana fue la revista “Convorbiri literare” (Conversaciones literarias), que durará entre 1867 y 1944, coincidiendo con el periódico literario rumano más importante del siglo XIX⁵⁷; medio en el que aparecerán publicadas muchas de las obras literarias de Eminescu. La revista “Convorbiri literare” (Conversaciones literarias) reproduce y comenta todo de lo que se ocupa la literatura y la ciencia⁵⁸. Los temas que trata son literatura, sobre todo la poesía y la prosa, filosofía, historiografía, folclore y arte⁵⁹.

Los miembros de *Junimea*, a diferencia de la generación de 1848, consideraban que entre 1848 y 1870 se había producido una ruptura profunda entre la cultura tradicional y la moderna, explicable por la adopción inadecuada de unas “formas” occidentales sobre el “fondo” rumano. Por eso calificaban a la cultura rumana contemporánea como “forma sin fondo” y la combatían en nombre de la “verdad”, que no consistía en otra cosa que la vuelta a la tradición⁶⁰.

El texto que recoge la teoría de las formas sin fondo es de T. Maiorescu, escrito en 1868, *În contra direcției de astăzi în cultura română*. La forma es el cuadro exterior de la civilización importada, el fondo correspondería a su esfera de costumbres, el contenido espiritual y el estadio socio-económico. En otras palabras, la forma significa la civilización, la posibilidad de prestar en cualquier momento y en cualquier lugar porque se detiene en los estratos exteriores. El fondo es la cultura espiritual, los estratos profundos de la psicología de un pueblo, sus rasgos característicos ancestrales, las costumbres y la caracterología configurada lentamente en siglos y milenios de evolución⁶¹. De estas ideas participa Eminescu como analizaremos en próximas páginas.

⁵⁷ Mănuță, D., “Junimea”, Op. Cit., p. 747

⁵⁸ Zub, A., *Junimea, implicații istoriografice, 1864-1885*, Iași, Edit. Junimea, 1976, p. 53

⁵⁹ Ornea, Z., Op. Cit., p. 52

⁶⁰ Mănuță, D., “Junimea”, Op. Cit., p. 748

⁶¹ Ornea, Z., Op. Cit., pp. 164-165

La verdad se convierte en una obsesión, como afirma Zub. Maiorescu afirma que el primer signo de vida inteligente de un pueblo es la búsqueda sincera de la verdad⁶². Lo que ha sido tiene que permanecer así como ha sido, e invoca la ley inexorable del tiempo: *facta infecta fieri non possunt*⁶³. Y, relacionado con el tema de la verdad, aparece la idea central de *Junimea*, la de que la sociedad rumana recibe las formas que recibe de fuera sin ningún fundamento sólido⁶⁴.

Junimea tiene una función netamente crítica, sus acciones estaban destinadas exclusivamente a la apreciación de la literatura rumana del diecinueve. *Junimea* favoreció la aparición de los escritores más importantes de ese siglo: M. Eminescu, I.L. Caragiale, I. Creangă. La crítica de *Junimea* soñaba con la orientación de la literatura rumana hacia lo específico nacional y, por tanto, también de la lengua y del folclore⁶⁵.

Por último, hay que decir que miembros de *Junimea* estuvieron en el gobierno en varias ocasiones, pero su comienzo tuvo lugar entre 1871 y 1876⁶⁶, período que coincide con el de la máxima creación de Eminescu. Los miembros de *Junimea* se alinearon con las ideas conservadoras, firmaron las reformas que propuso el príncipe Sturdza que consolidaban el papel de los grandes propietarios en la vida política⁶⁷. El año que perdieron el poder, 1877, *Junimea* fundó “*Timpul*” (El Tiempo) en donde I.L. Caragiale, I.Slavici y Eminescu fueron redactores jefes. Éste último hasta que la enfermedad se lo impidió en 1881.

⁶² Zub, A., Op. Cit., p. 227

⁶³ Zub, A., Op. Cit., p. 229

⁶⁴ Ornea, Z., Op. Cit., p. 171

⁶⁵ Mănuță, D., “*Junimea*”, Op. Cit., p. 749

⁶⁶ Ornea, Z., Op. Cit., p. 224

⁶⁷ Ornea, Z., Op. Cit., p. 226

1.2. MIHAIL EMINESCU. ACERCAMIENTOS BIOGRÁFICOS

1.2.1. LOS PRIMEROS AÑOS (1849-1866)

Después de este sucinto repaso del contexto histórico, político y social de la Rumanía del siglo XIX, fijémonos en la vida de nuestro escritor. Uno de los mejores biógrafos de Mihai Eminescu, G. Călinescu, sentencia tras haber narrado su vida:

Eminescu a fost, într-un cuvânt, un om înzestrat să exprime sufletul jalnic sau mînios al unei mulțimi în primejdia de a fi strivită de puterile îndîrjite ale lumii vechi, să o învioreze cu vehemență și s-o împingă înainte, arătîndu-i viitorul în chipul unei trecut idilic, și pe care soarta l-a aruncat într-o societate părăind entuziasă de progres și grăbită de a-și lepăda veștmintele vetuste, dar hotărîtă a un abandona nimic din privilegiile ei.

Azi, însă, cînd poporul românesc, după o lungă robire dinăuntru și din afară, a luat conștiință de sine, chipul lunar și amar zîmbitor al poetului își regăsește puterea asupra sufletelor noastre și el ne apare drept cel mai în stare să dea expresie simțirilor moderne și romînești, și cu fluierul său poetic să ducă năzuințele noastre sociale pretutindeni,

Peste ape, peste punți
Peste codrii de pe munți.⁶⁸

Muchos de los aspectos de la vida de Mihai Eminescu son en gran parte inescrutables. Por tanto, nuestro objetivo es conocer, si no al hombre, por lo menos sí al escritor. Su vida está rodeada por un halo de misterio y cubierta por un velo de interpretaciones poéticas que posiblemente se alejan de la realidad histórica del hombre. Un buen ejemplo es la anterior cita de G. Călinescu, que paradójicamente es, meritoriamente, el investigador que ha realizado la más completa biografía de Eminescu.

Son pocos y, en ocasiones, imprecisos los datos que nos han llegado de la vida de nuestro autor. Las incertidumbres comienzan precisamente con su nombre. Su nombre de

⁶⁸ Călinescu, G., *Viața lui Mihai Eminescu*, București, Editura pentru literatură, 1964, pp. 346-347

“Eminescu ha sido, en una palabra, un hombre dotado para expresar el espíritu lastimero o airado de una multitud en peligro de ser aplastada por los poderes encarnizados de los mundos antiguos, para avivarla con vehemencia y empujarla hacia adelante, mostrándole el futuro en la figura de un pasado idílico, y cuya suerte la ha arrojado en medio de una sociedad que muestra entusiasmo por el progreso y apresurada por desembarazarse de sus vestimentas vetustas, pero decidida a no abandonar ninguno de sus privilegios.

Hoy, sin embargo, cuando el pueblo rumano, después de un largo cautiverio interior y exterior, ha tomado consciencia de sí mismo, la figura lunar y amargamente sonriente del poeta vuelve a encontrar el poder sobre nuestras almas y él es el más capacitado para expresar los sentimientos modernos y rumanos, y con su silbido poético llevar nuestras aspiraciones sociales por todas partes,

Sobre aguas, sobre puentes
Sobre los bosques de los montes.”

pila es Mihail, pero encontramos frecuentemente Mihai que es el acortamiento familiar. Su apellido presenta más controversias.

Sus antepasados fueron turcos. Emin Efendi, mercader turco, se asentó en Botoșani y se hizo cristiano adoptando el nombre de Eminovici⁶⁹. El apellido que será transcrito en documentos oficiales de diferentes maneras: Eminovici, Iminovici o Eminòvici⁷⁰.

Incierta es también la fecha de su nacimiento. La celebración de los aniversarios en su honor a su nacimiento se conmemora el 15 de enero de 1850 porque es la primera fecha que aparece en documentos oficiales. Sin embargo, no es segura ya que investigadores, como Ioana Em. Petrescu, apuntan al 20 de diciembre de 1849⁷¹. Călinescu afirma que los miembros de *Junimea* cuando le inscriben en el registro de la sociedad apuntan como fecha de nacimiento el 20 de diciembre⁷², dato que se encuentra en los documentos de la familia de Eminescu⁷³.

Otra incertidumbre es el lugar exacto de su nacimiento. Posiblemente fuera en un poblado (Ipotești) de la provincia rumana de Botoșani. Quizá naciera en la propia ciudad – Botoșani- capital de la provincia. No lo sabemos con certeza. Es muy probable que sus primeros años los pasara a caballo entre Botoșani e Ipotești, localidad que se encuentra a ocho kilómetros de Botoșani⁷⁴. Botoșani se halla a mitad de camino entre Iași, la capital del Principado de Moldavia, y Cernăuți, importante ciudad de Bucovina.

Suponemos que sus primeros años los pasó rodeado de bellos parajes naturales, como decía en su cita Călinescu, pero golpeado por la tristeza de la muerte de sus hermanos. En 1855 murió su hermana María por la tisis. Enfermedad que diez años antes también se había cobrado la vida de Rucsandra. Nuestro autor, en cambio, fue un niño sano según la primera descripción que tenemos de él. Su padre en 1857, al solicitar el pasaporte para que su hijo de siete años, Mihail, pueda ir a estudiar a Cernăuți, nos dice que es:

⁶⁹ Ibid., p. 5

⁷⁰ Ibid., p. 11

⁷¹ Petrescu, Ioana Em., “Eminescu”, en *Scriitori români*, Zăciu, M., Papahagi, M., y Sasu, A. [Coords], București, Editura științifică și enciclopedică, 1978, p. 208

⁷² Călinescu, G., Op. Cit., p. 37

⁷³ Călinescu, G., Op. Cit., p. 40

⁷⁴ Eminescu, M., *Opere*, en Perpessicius [ed.], București, Fundația pentru literatură și artă, 1939, vol. I, p., XXXIX

Statul crescătoriu, părul negru, ochii negri, nasul potrivit, fața smolită, având și acesta a urma studiile.⁷⁵

Cernăuți, que en la actualidad pertenece a Ucrania, en 1857 formaba parte del Imperio Austro-Húngaro y, por eso, los habitantes de Moldavia estaban obligados a solicitar el pasaporte.

No sabemos dónde cursó los dos primeros años de educación primaria, algunos autores afirman que en Cernăuți, otros que en Botoșani o Ipotești, lo que sí es cierto es que fue inscrito en el *National Hauptschule* (escuela primaria ortodoxa oriental) de Cernăuți en 1858 para cursar el tercer curso de primaria. Ese año consiguió clasificarse en el puesto quince de setenta y dos alumnos y en el curso siguiente, el cuarto de la educación primaria, fue el quinto de ochenta y tres alumnos.

Con diez años, en 1860, comienza sus estudios en el *Ober-Gymnasium*, instituto alemán de Cernăuți. En este instituto se encuentra entre sus profesores Aron Pumnul, autor de una importante antología de poetas rumanos, impresa en Viena entre los años 1862 y 1865, *Lepturariu romanesc* (Crestomatía rumana y manual de clase). Fue una fuente literaria muy importante de la que bebieron poetas rumanos posteriores, como Alecsandri o el propio Eminescu⁷⁶.

El primer año de instituto, Eminescu termina con buenas notas. Sin embargo, en el segundo curso no consigue aprobar ni matemáticas, ni latín. Dos son las posibles causas del fracaso escolar, una quizá fuera que ese año Aron Pumnul fue sustituido por I.G. Sbiera y éste impusiera una mayor rigidez disciplinaria; otra que Eminescu empezó a ausentarse de las clases regresando, sin permiso de sus padres, a Ipotești.

Lo cierto es que en el otoño de 1862 tuvo que repetir el segundo curso del instituto. Con la intención de aprender francés, se sabe que fue huésped del profesor francés Blanchin⁷⁷. En abril de 1863, tiene que abandonar bruscamente los estudios, quizás por problemas económicos de su familia, y Eminescu se convierte en alumno particular. En

⁷⁵ Cimpoi, M., Simion, E., “Eminescu”, en *Dicționarul general al literaturii române*, Academia Română; Lucian Alexiu ... [et al.]; Eugen Simion [coord.], București, Univers Enciclopedic, 2005, vol. II, p., 36 En pleno crecimiento, el pelo negro, los ojos negros, la nariz adecuada, la cara morena

⁷⁶ Dumitrescu Bușulenga, Z., *Eminescu. Viața*, București, Editura Elion, 2000, p. 21

⁷⁷ *Ibid.*, p. 20

febrero de 1864 solicita una beca del Ministerul cultelor și instrucțiunii publice (Ministerio de Instituciones Públicas y Cultos) para continuar sus estudios, pero no la consigue⁷⁸.

Desde febrero de 1864 hasta otoño de 1864 se pierde el rastro de Eminescu. Sin embargo, todos los críticos señalan que nuestro autor entra en contacto con el mundo del teatro. No es difícil de deducir que para un alumno con problemas académicos la llegada a Cernăuți de una compañía teatral debió de provocar una inevitable atracción. El grupo teatral Tardini-Vlădescu comenzó los espectáculos a comienzos de marzo y estuvo hasta mayo, siendo invitado a volver durante el invierno de 1864 y 1865. El hecho es que en momento que los actores se marchan de Cernăuți, también desaparece Eminescu. El grupo Tardini-Vlădescu recorrió Moldova y llegó posiblemente hasta Brașov⁷⁹, y es muy probable que Eminescu se encontrara entre ellos.

La situación económica de la familia de Eminescu le obliga a buscar trabajo y en octubre de 1864 es aceptado como funcionario del Tribunal de Botoșani. Su actividad consistía en copiar documentos oficiales y su salario asciende a 250 lei⁸⁰. Resistirá unos cuantos meses hasta el 5 de marzo de 1865. Eminescu dimite del puesto que ocupa de escribano en la Prefectura de Botoșani para seguir los estudios en el Gimnasio de Bucovina⁸¹.

La excusa de los estudios le sirve para volver a Cernăuți donde se reencuentra con el teatro. Son años de desobediencia, de rebeldía ante su familia que le empuja a estudiar, sobre todo su padre; pero también años de búsqueda de una vocación. Durante 1865, Eminescu frecuenta las clases pero también desaparece, quizá siguiendo al grupo Tardini-Vlădescu, quizá, simplemente, visitando Botoșani o Ipotești. Es seguro que a finales de 1865, se hospeda en casa de Aron Pumnul donde trabaja como bibliotecario⁸².

⁷⁸ Eminescu, M., *Opere*, en Perpessicius [ed.], Op. Cit., p. 38

⁷⁹ Călinescu, Op. Cit., p. 72

⁸⁰ Ibid., p. 74. El lei, declinado es el plural de leu, moneda rumana.

⁸¹ Ungureanu, Gheorghe, *Eminescu în documente de familie*, Iași, Editura Junimea, 2001, p. 351

⁸² Călinescu, Op. Cit., p. 79

1.2.2. LA ETAPA DEL ESPLENDOR CREATIVO LITERARIO (1866-1876)

El 12 o el 24 de enero de 1866 muere Aron Pumnul. En el folleto conmemorativo editado por sus alumnos y repartido durante los funerales aparece una poesía de Eminescu: *La mormântul lui Arune Pumnul* (Ante la tumba de Aron Pumnul)⁸³. Es el debut literario de nuestro autor. La muerte del profesor Aron Pumnul significó la ruptura de la relación de Eminescu con la ciudad Cernăuți, Bucovina⁸⁴.

En la edición del 25 de febrero/ 9 de marzo de 1866 debuta en la revista “Familia” con la poesía *De-as avea* (Si tuviera), fechado en septiembre de 1865, presentada por Iosif Vulcan, que es quien traduce al rumano el apellido, de Eminovici a Eminescu⁸⁵.

Eminescu, adolescente de dieciséis años, decide vagabundear por Rumanía hasta que llega a Blaj, donde termina el tercer curso del Gimnasio. En esta localidad, en la segunda mitad de 1866 aparecen publicadas varias poesías *Din străinătate*, (Desde el extranjero) en julio, *La Bucovina*, (En Bucovina) en agosto, *Speranța* (La esperanza) en septiembre; y en otoño empieza a publicar la novela traducida de Onkel Adam, *Lațul de aur* (La cadena de oro)⁸⁶.

El joven vagabundo posiblemente seguía compañías teatrales. En octubre de 1866 dedica la poesía *La o artistă* (A una artista). Su seguimiento a los grupos teatrales y su presencia en las representaciones eran conocidos por los propios actores quienes en 1867 le recomiendan como apuntador al director del grupo teatral de Iorgu Caragiale. El director le contrató por 60 bani al día⁸⁷. Como miembro de esta compañía, viaja por Transilvania y Muntenia hasta que en el invierno de ese año llegan a Bucarest. Además de apuntador, Eminescu también era copista, lo que le permitía traducir diferentes obras teatrales. Con el grupo de Iorgu Caragiale trabajó hasta los primeros meses de 1868, ya que a partir de ese momento pasó a la compañía de M. Pascali, que se preparaba para una gran gira por Ardeal⁸⁸.

⁸³ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Madrid, Ediciones Cátedra, 2004, p. 66

⁸⁴ Cimpoi, M., Simion, E., Op. Cit., p. 29

⁸⁵ Călinescu, Op. Cit., p. 67

⁸⁶ *Ibid.*, p. 95. Bani es una unidad monetaria hoy en desuso

⁸⁷ *Ibid.*, p. 103

⁸⁸ *Ibid.*, p. 107

Regresan a Bucarest a finales de agosto donde el grupo de M. Pascali ofrece representaciones en el Teatro Nacional. El otoño de esta ciudad le sirve para reencontrarse con Iosif Vulcan y para conocer a I. L. Caragiale. Además, es en esta estación cuando se enamora de una actriz, identificada por algunos críticos como Eufrosina Popescu. Parece ser el primer amor romántico de Eminescu, aunque también se sabe que dicha actriz tenía amantes que la mantenían. De cualquier manera, la relación del poeta con dicha señorita sucedió entre el otoño de 1868 y el otoño de 1869, y es justo en ese momento en el que Eminescu marcha a Viena. G. Călinescu afirma que la leyenda de este amor puede estar presente en el personaje de Poesis, de su relato *Geniu pustiu* (Genio solitario)⁸⁹, obra compuesta precisamente en esta época y que analizaremos más adelante.

Por la recomendación de M. Pascali, en otoño de 1868, Eminescu entra en el Teatro Nacional como segundo apuntador, con un salario de 450 lei. Pero además de apuntador, Eminescu también tenía que traducir obras para el propio Teatro Nacional. Sobre todo traducía del alemán. Por ejemplo, tradujo con grandes dificultades un libro sobre arte dramática de Enric Th. Röscher, *Artă reprezentațiunei dramatice. Dezvoltată științifice și în cohesiunea ei organică* (El arte de la representación dramática. Desarrollada científicamente también en su cohesión orgánica)⁹⁰.

El 1 de abril de 1869 se constituye en Bucarest el cenáculo literario Orientul (El oriente), formado en torno a la revista literaria “Albina Pindului” (La abeja del péndulo), patrocinada por Dimitrie Bolintineanu⁹¹. Eminescu formará parte de una comisión de dicha asociación para estudiar el folclore de Moldavia. Además de este propósito, nuestro poeta también participó en una gira con el grupo teatral de Pascali⁹².

En el otoño de 1869, con diecinueve años, Eminescu, abandonando definitivamente su trabajo de apuntador y de actor, es enviado por su padre a Viena para estudiar filosofía, otorgándole un estipendio de 18 galbeni al mes⁹³.

⁸⁹ Ibid., p. 117

⁹⁰ Ibid., p. 122

⁹¹ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 67

⁹² Călinescu, Op. Cit., p. 127

⁹³ Ibid, pp. 129-130. El “galben” también es una moneda en desuso

No tenía el título que le permitía acceder a la universidad, el “bacalaureat”, por eso sólo pudo matricularse en la Facultad de Filosofía como “ausserordentlicher Hörer”, es decir, como oyente. No teniendo que asistir a asignaturas obligatorias, Eminescu frecuenta los cursos que le resultaban más interesantes. En el semestre del invierno de 1869-1870, Eminescu estudia filosofía asistiendo a los cursos de Robert Zimmermann (Filosofía práctica; Historia de la filosofía, I. Curso: Antigua), Karl S. Barach-Rappaport (Doctrina filosófica: principio e introducción histórico-crítica a la filosofía; Ejercicios filosóficos, Lectura y explicación de una selección de Schrifften de Descartes, Spinoza y Leibniz) y los de Theodor Vogt (Introducción a la Filosofía con la base del primer libro de la metafísica de Aristóteles). En el curso 1871-1872, el último año en el que Eminescu estudió en Viena, alterna estudios de filosofía con los de derecho. Asiste a clases de Rudolf Ihering (Instituciones e historia del derecho romano), Heinrich Siegel (Imperio alemán y la Historia del Derecho), R. Zimmermann (Filosofía Práctica; Historia de la Filosofía, I. Curso: la antigüedad oriental y clásica; Historia de la Filosofía, II.: De la Edad Medieval y Moderna hasta Kant), Th. Vogt (Educación General; Lógica) y Ludwing Ritter von Arndts (Pandekten, Libro I, Principios Generales). Además, asistía a cursos de filosofía del derecho, economía política, ciencias financieras y administrativas, así como cursos de filología -llegando a estudiar la pronunciación de los sonidos de la lengua española⁹⁴.

Aparte de las clases, Eminescu llevaba una peculiar existencia. Sus padres le enviaban dinero y cuando lo recibía se compraba libros y desaparecía de entre sus compañeros. Una vez terminados, para restablecerse económicamente los revendía. Compraba filosofía -e intentaba traducir *Crítica de la Razón Pura* de Kant-, leía *Rāmāyaṇa* o *Mahābhāratay* quizá en esta época empieza a componer *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela)⁹⁵, relato del que nos ocuparemos en profundidad más adelante.

Igual que podemos presuponer que leía poesía y teatro, y que, en la medida de las normas, utilizaba las bibliotecas de la universidad, creemos que frecuentaba museos y galerías de pintura, arte que influirá en *Geniu pustiu* (Genio solitario) y *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original), obras en la que sus personajes son pintores⁹⁶.

⁹⁴ Ibid., pp. 132-135

⁹⁵ Ibid., pp. 137-138

⁹⁶ Ibid., p. 142

La estancia en Viena es aún más enriquecedora para Eminescu, tanto o más que lo dicho anteriormente, porque en octubre se inscribe en las dos sociedades literarias rumanas de Viena: “Societatea studențească-socială, România” (Sociedad estudiantil-social, Rumanía) y “Societatea literară și științifică a românilor din Viena” (Sociedad Literaria y Científica de los Rumanos de Viena), solicitando, desde un principio, la unificación de ambas⁹⁷. En estas sociedades entabla amistad con otro gran poeta rumano y del que será también compañero cuando trabaje en Bucarest, Ioan Slavici; y conoce a Veronica Micle.

Eminescu en Viena envía a Iacob Negruzzi, redactor-jefe de “Convorbiri Literare” (Conversaciones literarias), varias poesías (*Venere și Madonă* (Venus y Madona), *Epigonii* (Los epígonos), *Mortua est!* (¡Mortua est!)) que aparecerán en 1870 y 1871, y éste, impresionado descubrirá a nuestro autor al conservador T. Maiorescu, personaje crucial en la vida de Eminescu del que hablaremos más adelante. T. Maiorescu se servirá de Eminescu como argumento principal en la definición de “la nueva dirección”⁹⁸.

En agosto del 1870, en el cuatrocientos aniversario de la construcción del monasterio de Putna, esta asociación decidió celebrar una fiesta nacional en la tumba de Ștefan cel Mare (Esteban el Grande). Eminescu entusiasmado con esta idea formó parte del comité para recaudar fondos para la celebración, pero estalla en julio la guerra franco-germana y el acontecimiento se suspende. Este suceso hará que Eminescu regrese a Rumanía, aunque a finales de octubre regresa a Viena. Las dos sociedades vienesas de estudiantes rumanos se fusionaron en una, “România Jună” (Joven Rumanía), en 1871. Esta asociación estaba muy relacionada con el partido conservador⁹⁹.

Ideológicamente, Eminescu se posiciona en este periodo entre los conservadores siguiendo la dirección nueva de los “junimist”, es decir, de los jóvenes de la asociación “România Jună” (Joven Rumanía), que bajo la doctrina de T. Maiorescu profesaba un “nacionalismo en los límites de la verdad”, honor de patriotismo¹⁰⁰. Patriotismo que luchaba incluso por la autonomía de Transilvania, que se encontraba bajo el dominio del Imperio Austro-Húngaro.

⁹⁷ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucia Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 68

⁹⁸ Petrescu, Op. Cit., p. 208

⁹⁹ Călinescu, Op. Cit., pp. 165-166

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 171

La guerra franco-prusiana y las dificultades económicas para mantenerse en Viena provocaron que Eminescu regresara a Iași en 1872. Allí obtiene la ayuda de la sociedad de los conservadores, *Junimea*, una beca para continuar sus estudios de filosofía en Berlín. Además se reencuentra con Veronica Micle de la cual se acordará en la ciudad germana.

En diciembre de 1872 se inscribe en la Universidad de Berlín, posiblemente porque había conseguido en Botoșani un certificado que le permitiera matricularse y que no había tenido en Viena. Allí asiste a diferentes cursos impartidos por Zeller (Historia general de la filosofía), Dühring (La lógica y los principios de filosofía; La concepción de la historia en famosos historiadores; Sobre el optimismo y el pesimismo filosófico y político), Althaus (Desarrollo y crítica de la filosofía Hegeliana), Lepsius (Historia de Egipto y Los monumentos de Egipto; Las costumbres y los hábitos de los egipcios), Droysen (Historia moderna)¹⁰¹.

Además de estudiar en la facultad, Eminescu encuentra trabajo como secretario particular de Th. Rosetti, diplomático de Rumanía en Berlín. Eminescu, bilingüe alemán rumano, se encarga de la correspondencia diplomática confidencial¹⁰².

Aunque laboral e intelectualmente la vida de Eminescu era plena, en Berlín su vida sentimental es más agitada que la que tenía en Viena. Recuerda a Veronica Micle, entabla amistad con Milly y solamente le acompaña su hermano Șerban que morirá allí en 1874¹⁰³.

La actividad literaria de Eminescu en Berlín se reduce por los estudios y su trabajo, sin embargo, a finales de 1872 se leen en uno de los encuentros que organizaba *Junimea* fragmentos de *Panorama deșertăciunilor* (El panorama de las vanidades), *Înger și demon* (Ángel y demonio), *Floare albastră* (Flor azul) y de la novela corta *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela)¹⁰⁴.

Aunque solo publicara esos fragmentos, parece ser que es en esta época cuando compone *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original). Es más, Călinescu llega a afirmar que todas sus poesías (y nosotros consideramos que también su prosa) han germinado

¹⁰¹ Ibid., pp. 178-179

¹⁰² Ibid., p. 181

¹⁰³ Ibid., p. 183

¹⁰⁴ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 69

en su mente en los seis años de relativa tranquilidad comprendidos entre 1870 y 1876, entre Viena, Berlín y Iași¹⁰⁵.

Th. Rosetti es requerido en Bucarest y le sustituye N. Krețulescu, para el que Eminescu sigue trabajando como secretario. En diciembre de 1873 se inscribe de nuevo en la Universidad frecuentando cursos de Bonitz (Principios de filosofía), Dernberg (Las instituciones; La historia y la antigüedad del derecho romano), Lepsius (Historia egipcia), Nitsch (Historia romana), Dühring (Economía nacional), Poggendorf (Geografía física) y las de Munk (Fisiología de los nervios). Sin embargo, es muy probable que asistiera como oyente a otros cursos¹⁰⁶.

El 7 de abril de 1874, Titu Maiorescu es nombrado ministro de Cultura en el gabinete del conservador Lascăr Catargi, e insta varias veces a Eminescu a que termine el doctorado para tener un título que le permita enseñar en alguna universidad rumana. Pero Eminescu decide abandonar el doctorado y emprende viajes por Cracovia y Lemberg. Durante este viaje consulta los archivos de las ciudades, investiga sobre un descendiente rumano que llegó a ser un gran cancelario de Polonia¹⁰⁷, posiblemente Gheorghe Movilă, y tradujo el tratado de Leskien, *Manual de lengua paleo-eslava*¹⁰⁸.

El 23 de agosto de 1874 es nombrado director de la Biblioteca Central de Iași y jura el cargo ante Ștefan Micle, marido de su Veronica Micle. Eminescu estaba encantado con su puesto por el salario, 200 lei nuevos que debía de ser una suma suficiente, y la posibilidad de estar rodeado de libros¹⁰⁹.

T. Maiorescu fue el que propuso al Consejo de Ministros nombrar a M. Eminescu para el puesto vacante de bibliotecario de la Biblioteca Central de Iași¹¹⁰. Nuestro autor se implica en su trabajo y el 25 de noviembre de 1874, M. Eminescu recibe la cantidad de 585 lei del Ministerio para comprar ocho libros, suma que había solicitado inicialmente, sin embargo, los consigue por 400 y devuelve al Ministerio el resto, 185 lei. Los libros que compra por 400 lei son los siguientes: Anónimo, *Șeptetaine* (Septenario), 1645; Dosoteiu,

¹⁰⁵ Călinescu, Op. Cit., p. 188

¹⁰⁶ Ibid., pp. 190-191

¹⁰⁷ Ibid., p. 195

¹⁰⁸ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 69

¹⁰⁹ Călinescu, Op. Cit., p. 197

¹¹⁰ Ungureanu, Op. Cit., p. 358

Psaltirea în versuri (El salterio en versos), 1673; Dosoteiu, *Acatist* (Misa votiva), 1673; D. Cantemir, *Divanul sau gălceava înțeleptului cu lumea* (El diván o la disputa del entendimiento con el mundo), 1698; Anónimo, *Manuscript* (Manuscrito con una vida y fábulas de Esopo y una historia universal), 1728; Anónimo, *Manuscript* (Manuscrito con filosofía religiosa), 1772; Anónimo, *Manuscript (Talmud)*, 1802; Anónimo, *Manuscript* (Manuscrito sobre la vida monacal), 1803)¹¹¹.

La buena gestión económica de M. Eminescu permite que en junio de 1875 el Ministerio apruebe la compra de nuevos libros con el dinero que ha conseguido tras las negociaciones que entabla con libreros a los que compra libros para los fondos de la Biblioteca¹¹².

El 1 de julio de 1875, el Ministerio de los Cultos e Instrucciones Públicas nombra a M. Eminescu para el puesto vacante de inspector escolar de las provincias de Iași y Vaslui. El sustituto de M. Eminescu que nombra el Ministerio para la Biblioteca central de Iași es Dimitrie Petrino, un oscuro poeta afincado en Iași y cercano a los círculos literarios de la ciudad¹¹³.

Al poco de llegar a su nuevo cargo, el 19 de julio de 1875, M. Eminescu redacta un informe con la situación de las escuelas de las provincias de Iași y Vaslui. En él, se queja de la poca colaboración de su predecesor y por dejarle los archivos en mal estado, motivo que no le ha permitido realizar el estudio informativo de las dos provincias. Sólo pudo presentar el informe de Iași¹¹⁴.

El 10 de agosto de 1875, M. Eminescu informa al Ministerio de los Cultos e Instrucciones Públicas de las conferencias organizadas con los profesores de la provincia de Iași. De los 54 profesores invitados solo acuden 24. El objetivo de las conferencias fue realizar ponencias sobre los métodos de proponer los diferentes temas prácticos. Fueron expuestas por pedagogos prestigiosos de las escuelas de Iași; aunque también hubo ponencias de los propios profesores rurales y conversaciones exegéticas sobre metodología. Destaca a tres prestigiosos profesores –A. Darzău, V. Creangă y Zaharia-, pero lamenta que las

¹¹¹ Ibid., p. 366

¹¹² Ibid., p. 375

¹¹³ Ibid., p. 376

¹¹⁴ Ibid., p. 380

ponencias de profesores rurales reflejan grandes lagunas, tanto en relación a la metodología, como a los conocimientos. Sin embargo, les exculpa y señala al sistema de enseñanza como el culpable. Observó en ellos que algunos se aplican en ser metódicos, otros tienen conocimientos positivos, pero no puede decir que es suficiente. La falta absoluta de medios pedagógicos y de figuras magistrales en Rumanía lo siente continuamente. Los mejores saben lo que aprendieron en la escuela, pero poco más. Hay pocos institutos que tienen buenos libros didácticos, los que tienen, presuponen que debe haber explicaciones simultáneas de los profesores, que en muchos casos no se produce. Así pues, los términos y su estilo hacen que sean inútiles para los profesores rurales. Solicita también al Ministro permiso para repetir esta conferencia en Navidad y Semana Santa, para que los profesores rurales puedan observar los métodos de los profesores de educación secundaria¹¹⁵.

El 24 de agosto de 1875 presenta su informe sobre un pueblo, Tansa, de la provincia de Vaslui, en donde podemos encontrar un problema con el que se encontró durante el período en el que trabajó como inspector. Le preocupaba el absentismo de los alumnos, la mortalidad infantil, la pobreza de los trabajadores agrarios, la falta de preparación de los maestros, pero, sobre todo, M. Eminescu denunció amargamente el menosprecio de las autoridades locales contra la educación¹¹⁶. Era, sin duda, un trabajo harto complicado. Su tarea inicial era la de analizar la situación de la educación en el medio rural para después realizar una reorganización de dicho sistema. M. Eminescu representaba al poder central y no le debería resultar fácil su trabajo debido a los constantes enfrentamientos con alcaldes que organizaban a su antojo la educación de sus ciudadanos.

Cuando tiene que realizar un informe para reorganizar las escuelas rurales de toda la provincia de Vaslui, el 5 de septiembre de 1875, afirma que tanto el medio social, como la administración hacen que la reforma escolar sea prácticamente un trabajo inútil. La solución que propone es cambiar el sistema de financiación y, a través de una organización más libre, a los trabajadores¹¹⁷.

¹¹⁵ Ibid., pp. 399-400

¹¹⁶ Ibid., p. 402

¹¹⁷ Ibid., p. 407

M. Eminescu, a lo largo de 1875, presenta quejas al Ministerio y se encarga de seleccionar y redistribuir a profesores por las dos provincias de las que debía ocuparse.

En octubre de 1875, M. Eminescu es acusado de robar libros y material de la Biblioteca Central de Iași¹¹⁸. D. Petrino es el que inicia el proceso contra M. Eminescu por el presunto robo de libros y muebles¹¹⁹.

El 9 de febrero de 1876, la Sociedad *Junimea* presenta a la Universidad de Iași un programa de conferencias públicas, en las que Eminescu presentará una ponencia sobre “La influencia austriaca” que tendrá lugar el 14 de marzo¹²⁰.

El 15 de marzo de 1876 aparece en Bucarest el primer número del periódico conservador “Timpul” (El tiempo), dirigido por Titu Maiorescu y con Ioan Slavici como redactor¹²¹.

El 27 de abril de ese año, el Ministerio recuerda a M. Eminescu –ahora que está trabajando como inspector escolar-, que tiene que devolver el préstamo de una cantidad de dinero que le habían enviado a Berlín para que hiciese el doctorado y publicase la tesis¹²².

El 3 de junio, Eminescu es destituido de su cargo de inspector escolar, ya que el nuevo gobierno liberal lo considera un funcionario muy incómodo, siempre criticando la pésima situación administrativa en la que el Estado había abandonado la enseñanza. Pronto comenzará a trabajar como redactor, administrador y corrector en una insignificante publicación, “Curierul de Iași” (El correo de Iași), que era el boletín de las publicaciones de la Corte de Justicia, donde realiza también la página político-literaria; escribe en esta época algunas excelentes crónicas políticas y teatrales. En el mismo año se ve obligado a dimitir, debido al conflicto en el que se ve involucrado con el director de la Tipografía Nacional, donde se imprimía “Curierul de Iași”, al rechazar redactar un artículo en defensa del alcalde¹²³.

¹¹⁸ Ibid., p. 439

¹¹⁹ Călinescu, Op. Cit., p. 217

¹²⁰ Ungureanu, Op. Cit., p. 452

¹²¹ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 70

¹²² Ungureanu, Op. Cit., p. 460

¹²³ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 70

El 16 de julio de 1876, el Ministerio avisa a M. Eminescu que debe restituir los libros y el material al actual bibliotecario Petrino¹²⁴. Un mes después M. Eminescu responde que desde el 1 de julio de 1875 había dejado de ser bibliotecario y adjunta el proceso verbal en el que entregaba todo a Petrino¹²⁵. El Ministerio insta a la Corte de Cuentas a que se asegure del mes en el que Petrino fue nombrado bibliotecario en lugar de Eminescu. La respuesta constata que Petrino sustituye a Eminescu el 1 de julio de 1875¹²⁶.

A Eminescu, sumido en este litigio, le sobreviene una nueva desgracia y en agosto de ese año muere su madre¹²⁷.

El 19 de octubre de 1876, M. Eminescu presenta a la Corte de Cuentas la relación de libros y material utilizado durante su período en el que estuvo al frente de la Biblioteca Central de Iași, desde el 1 de septiembre de 1874 hasta el 1 de julio de 1875¹²⁸. Después de interrogatorios y un molesto proceso verbal, el 17 de diciembre de 1876 el juez instructor de la presunta sustracción de libros y material tiene que sentenciar que no hay indicios suficientes de culpabilidad, por lo que queda aclarada esta desagradable situación¹²⁹.

¹²⁴ Ungureanu, Op. Cit., p. 467

¹²⁵ Ibid., p. 468

¹²⁶ Ibid., p. 469

¹²⁷ Călinescu, Op. Cit., p. 277

¹²⁸ Ungureanu, Op. Cit., p. 470

¹²⁹ Ibid., pp. 476-477

1.2.3. EL ÚLTIMO PERIODO (1876-1889): LA DEDICACIÓN AL PERIODISMO

En 1876 se inicia en el mundo del periodismo de manera profesional. Si bien es cierto que previamente había publicado en algunos periódicos y revistas, siempre en el entorno de *Junimea*, los escritos que había presentado formaban parte de su producción literaria.

El 27 de octubre, tras la oferta que le hace Titu Maiorescu, Eminescu comienza a trabajar en la redacción del periódico “*Timpul*” (El tiempo) de Bucarest, en donde permanecerá hasta 1883. Eminescu es el mejor candidato para ser redactor del periódico porque políticamente era conservador y “junimista” desde el punto de vista cultural, por pertenencia al círculo literario, y también por el odio que sentía contra los liberales¹³⁰.

Sin embargo, el conflicto entre los dos partidos, liberales y conservadores no es tanto político, sino económico, porque el liberalismo defiende los intereses de los nuevos burgueses industriales, mientras que los conservadores defienden los derechos de los grandes terratenientes. Lo cierto es que ambas fuerzas rotaron en el gobierno sin dañar los intereses de los contrincantes¹³¹. En cambio, ambos tenían una preocupación común, el problema nacionalista, quizá como excusa electoral. Eminescu luchará por la unificación de los territorios rumanos, sobre todo el de Transilvania, desde la ideología conservadora, aunque con el paso del tiempo sufrirá una evolución que le llevará a alejarse de ellos.

La revista se convertirá pronto en un órgano de expresión de nuestro escritor. Su actividad periodística es importante, pero la falta de apoyo debilita su salud física y psíquica. Es también el período en el que publica sus grandes poemas *Satira I, II, III y IV* (Carta I, II, III y IV), *Luceafărul* (El lucero). Una parte de sus poesías serán recogidas por Titu Maiorescu y publicadas en el volumen *Poezii* (Poesías) de 1883, el único volumen publicado durante la vida del autor¹³².

Al principio, sus críticas periodísticas eran literarias, pero pronto aparecerán mezcladas con su postura ideológica. A finales de 1878, Eminescu criticó los derechos que consiguieron los judíos en el Congreso de Berlín¹³³; o por ejemplo, publica una serie de

¹³⁰ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., pp. 70-71

¹³¹ Călinescu, Op. Cit., p. 284

¹³² Petrescu, Op. Cit., p. 208

¹³³ Călinescu, Op. Cit., pp. 286-287

artículos con el título de *Besarabia*, en contra de la política anexionista de Rusia. En este tiempo, su trabajo en el periódico le consume casi todas las energías. Sin embargo, sigue enviando poemas para su publicación en “Convorbiri Literare” (*Povestea codrului, Povestea teiului, Singurătate, Departate sunt de tine*; El cuento del bosque, El cuento de los tilos, Soledad, Lejos de ti me encuentro, respectivamente)¹³⁴.

Además, se mostró contrario a la guerra. Culpó a la clase media por su indiferencia. Señaló la responsabilidad de la aristocracia en la tarea de buscar la “verdad”, el “fondo”, como hemos visto al hablar de *Junimea*. Censuró a su nobleza contemporánea la exagerada afición a lo extranjero y su excesiva docilidad. Denunció, en definitiva, aspectos diversos de los males rumanos de los que trata en sus artículos: crisis del sistema parlamentario, de la que se aprovechan los absolutistas a causa de la ceguera de los liberales, la pasividad ante la derrota, la condena de la injusticia, denuncia la situación del sistema educativo.

Durante esos seis años como redactor-jefe tuvo un trabajo agotador que le ocupaba los días y las noches por un salario insuficiente y, muchas veces, no pagado a tiempo. Eminescu luchó varios años casi sólo con las dificultades de la redacción, escribiendo artículos, reportajes parlamentarios, compilando informaciones, corrigiendo y paginando¹³⁵.

Una de las causas de su alejamiento tardío del conservadurismo podría ser el hecho de que se dio cuenta de la incongruencia económico-social de sus compañeros comparada con su propia situación. Él era un trabajador pobre rodeado de aristócratas ricos. Está probado que la vida acomodada de sus compañeros, como Tito Maiorescu, Nicolae Mandrea o la señora Mite Kremnitz que le ofrece una habitación a cambio de lecciones de lengua rumana, le resulta demasiado ajena a sus ideales y la rechaza. También es cierto que cuando no tenga nada para comer recurrirá a los conservadores para pedirles ayuda.

Mientras que nuestro escritor estuvo en Bucarest no tuvo tiempo para la creación literaria. Călinescu afirma que la época más activa del poeta fue entre 1874 y 1877, cuando vivía en Iași. Lo que aparece publicado a partir de 1879 en “Convorbiri Literare” (Conversaciones literarias) es el producto de la redacción definitiva de creaciones compuestas anteriormente. Algunas de ellas, como por ejemplo *Scrisorile* (Las cartas), se

¹³⁴ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 71

¹³⁵ Călinescu, Op. Cit., p. 289

compusieron muchos años antes y Eminescu al publicarlas en 1881 solamente relaciona conceptos previos con la situación social y política contemporánea¹³⁶. Este hecho nos lleva a pensar que entre 1871 y 1877, Eminescu crea su propio universo literario y, por tanto, que todas sus producciones estén emparentadas entre sí, relatos con poesía y viceversa, hipótesis central de nuestra tesis que veremos en capítulos posteriores.

Otra fuente de conflicto entre Eminescu y Titu Maiorescu es el hecho de que este se opusiera a la relación entre nuestro escritor y la viuda de Ștefan Micle, Veronica Micle¹³⁷. Se habían conocido en Viena, tuvieron una posible relación en Iași, la recordará en Berlín y, cuando al fin, la relación entre los dos amantes puede ser más estrecha, las circunstancias les separan. La relación amorosa entre Eminescu y Veronica Micle se vuelve más estrecha entre 1879 y 1883 como atestigua la fluida correspondencia entre ambos. No sabemos los motivos reales de la ruptura, pero lo cierto es que aunque la relación amorosa se acabara, el contacto entre ambos duró hasta que Eminescu enloqueció definitivamente en 1889.

Entre 1876 y 1883, nuestro autor sólo se dedica a escribir sobre política, lo que le provoca un desgaste mental y físico paulatino. En 1881, los conservadores se dan cuenta del decaimiento de Eminescu y se sienten descontentos con su labor. I.A. Cantacuzino se confiesa molesto con Eminescu a Maiorescu porque nuestro autor utiliza “Timpul” como órgano personal de sus antipatías¹³⁸. Además, otro motivo podría ser la reproducción en “Timpul” como un artículo político la *Scrisoarea III* (Carta III), que ya había sido publicada previamente en “Convorbiri Literare” (Conversaciones literarias)¹³⁹. Otra prueba más del descontento que sienten hacia nuestro autor es el hecho de que le impusieran un colaborador, N. Basarabescu, hecho que provocó que Eminescu presentara la dimisión, aunque no le fue aceptada¹⁴⁰.

En ese mismo año, en Leipzig, aparece la publicación del libro *Poezii românești* (Poesías rumanas), traducidas al alemán por Carmen Sylva que contienen 18 poemas de

¹³⁶ Ibid., pp. 292-293

¹³⁷ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 71

¹³⁸ Călinescu, Op. Cit., p. 300

¹³⁹ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 72

¹⁴⁰ Călinescu, Op. Cit., p. 301

Eminescu¹⁴¹, publicados anteriormente, lo que corrobora que su capacidad creadora ya se había detenido. Sin embargo, esta publicación es su primer reconocimiento internacional.

El 7 de junio de 1882, von Mayr escribe una carta al primer ministro y al ministro de Interior húngaro en la que recoge la actividad de los miembros de la “Sociedad Carpați”, y se menciona a M. Eminescu. Según el autor, Eminescu, redactor principal de “Timpul”, propuso que los estudiantes de Transilvania de nacionalidad rumana, que frecuentan las instituciones educativas de Rumanía, para prepararse, se hicieran activistas durante el verano en sus localidades natales para orientar a la opinión pública en dirección a una “Dacia Grande”¹⁴².

El 16 de febrero de 1883 presenta su dimisión como redactor de “Timpul”, por problemas de salud, pero la dimisión no es aceptada. El 3 de julio aparece en “Timpul”, una nota que anuncia que, debido a una enfermedad, Eminescu permanecerá un tiempo lejos del periódico. No volverá nunca. El 1 de agosto publica la versión definitiva de *Luceafărul* (El lucero), la que es considerada su obra maestra. En octubre es ingresado en el sanatorio de Über-Döbling, en Viena, a petición de Maiorescu y de algunos miembros más de *Junimea*, acompañado de su amigo Alexandru Chibici Revneanu. En diciembre, Titu Maiorescu termina de redactar el prólogo que acompañará la edición del libro *Poezii* (Poesías), impreso en Bucarest a principios del año siguiente. El libro que ha sido organizado por Maiorescu, incluye 44 poemas anteriormente publicados, casi todos en “Convorbiri Literare” (Conversaciones literarias), y otros 20 inéditos. Es el único volumen publicado en vida de Eminescu¹⁴³. Otros críticos afirman que el volumen publicado por Maiorescu en 1883, recoge 64 poesías de entre 1870 y 1883. Además, nos revelan que Maiorescu las ordenó según su propio criterio de relevancia a lo que Eminescu responde “Las poesías, de la manera en la que están ordenadas, son las más brillantes de cuantas se han escrito jamás en rumano y algunas incluso en otras lenguas”¹⁴⁴.

Sin embargo, también algunos críticos señalan que cuando Maiorescu le lleva al sanatorio el volumen de *Poezii*, Eminescu lo recibe como un objeto extraño, sin sentido.

¹⁴¹ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 72

¹⁴² Ungureanu, Op. Cit., pp. 481-482

¹⁴³ Petrescu, Op. Cit., p. 209

¹⁴⁴ Cimpoi, M., Simion, E., Op. Cit., p. 41

Desde este momento, Eminescu se aleja de su propia creación. En junio de 1883, extenuado, al poeta le sobreviene una dolorosa agonía¹⁴⁵.

Los años que van desde 1883 hasta su muerte en 1889, son años de enfermedad, de momentos de recaídas alternados con algunos de lucidez. Visitará numerosos hospitales, clínicas y hospicios de enajenados mentales, pero tendrá también la lucidez suficiente como para trabajar en archivos, bibliotecas y, sobre todo, de ser consciente de que su situación económica era precaria.

En octubre de 1883, sus amigos se dan cuenta de la situación de nuestro autor y el propio periódico anuncia que Eminescu ha enloquecido. Le internan en el Sanatorio “Caritas” del doctor Șuțu. Como los tratamientos con cloro, morfina o baños no le provocaron ninguna mejora, en otoño, fue enviado a Viena, al sanatorio del doctor Oberstein, a Ober-Döbling¹⁴⁶. En enero de 1884, Maiorescu le visita en el sanatorio. En ese mismo mes muere su padre¹⁴⁷. El 18 de febrero abandona el sanatorio vienés y, siguiendo el consejo de los médicos, realiza un viaje por Italia, donde visita seguro las ciudades de Florencia y Venecia¹⁴⁸.

G. Galaction, uno de sus primeros biógrafos, recoge las impresiones de Ion Scurtu sobre el viaje de Eminescu: “¡Qué triste fue este viaje! En este país maravilloso, allí donde Goethe y tantos otros espíritus de artistas vivieron la época más feliz de sus vidas y tuvieron parte de impresiones inolvidables para sus futuras creaciones; allí nuestro pobre poeta permaneció frío y enterrado en sí mismo, extraño a las relucientes maravillas de Italia, sin quedar encantado de ninguna, sin ser tocado por ninguna. Su espíritu estaba envuelto en nubes y su poder de sentir era incapaz y embotado”¹⁴⁹.

El 3 de mayo de 1884 el Ministerio nombra a M. Eminescu miembro de una comisión para investigar los documentos históricos encontrados en la iglesia de San Nicolás de Iași¹⁵⁰.

¹⁴⁵ Petrescu, Op. Cit., p. 209

¹⁴⁶ Călinescu, Op. Cit., p. 309

¹⁴⁷ Cîmpoi, M., Simion, E., Op. Cit., p. 41

¹⁴⁸ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 73

¹⁴⁹ Galaction, G., *M. Eminescu*, Iași, Editura Junimea, 1987, p. 89

¹⁵⁰ Ungureanu, Op. Cit., p. 484

Eminescu busca desesperado sustento económico. Pide sustituir horas vacantes de historia en la Escuela de comercio. Llegó a impartir incluso clases de geografía y estadística¹⁵¹. Poco después, el 26 de septiembre de 1884, el Ministerio nombra a M. Eminescu, graduado de la Facultad de filosofía de Viena y antiguo inspector escolar, asistente del bibliotecario de la Biblioteca Central de Iași¹⁵², en la misma biblioteca donde diez años antes había sido director.

Al poco tiempo, el 30 de noviembre de 1884, el director de la Biblioteca Central de Iași solicita que se contrate a otro ayudante ya que el asistente del bibliotecario, Eminescu, se encuentra enfermo en el hospital de San Spiridon y en el que estará hasta por lo menos año nuevo¹⁵³.

En 1885 aparece la segunda edición del volumen *Poezii* (Poesías), que había gozado de un enorme éxito desde su primera publicación. Desde agosto hasta septiembre permanece en tratamiento de baños de lodo en el sanatorio de Iahiovicz de Kuialnic, a las afuera de Odessa¹⁵⁴.

El 14 de mayo de 1886, el señor Miron Pompiliu escribe a Maiorescu una carta en la que dice que: “Eminescu pide dinero a todo el mundo, golpea con el bastón en las paredes y las cercas de las casas, se tumba en el teatro sobre las butacas, se mete con mujeres, por la calle...”¹⁵⁵.

En junio de 1886, Eminescu recae nuevamente. Durante los meses de verano Eminescu hace hidroterapia en Repedea, localidad de la provincia de Iași. El 6 de noviembre es arrestado porque su estado es peligroso tanto para la sociedad como para él mismo, y recomiendan encarecidamente que sea internado. Los doctores le diagnostican una enajenación mental con arrebatos agudos producidos probablemente por tumores en el cerebro, por la sífilis y exacerbada por alcoholismo¹⁵⁶.

¹⁵¹ Călinescu, Op. Cit., p. 318

¹⁵² Ungureanu, Op. Cit., p. 485

¹⁵³ Ibid., p. 486

¹⁵⁴ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 73

¹⁵⁵ Ungureanu, Op. Cit., p. 490

¹⁵⁶ Ibid., pp. 490-491

En diciembre de ese año, se encuentra en el hospicio de alienados junto al Monasterio de Neamț¹⁵⁷. Aquí Eminescu pasa unos cinco meses bajo los cuidados del doctor Ursulescu, que le diagnosticó *delirium tremens*, consecuencia del alcoholismo¹⁵⁸. En este año, en diferentes revistas se siguen publicando poesías inéditas de Eminescu, que día a día gana más fama como poeta¹⁵⁹.

En abril de 1887, Eminescu abandona el hospicio de enajenados mentales del Monasterio de Neamț y va a casa de su hermana Henrieta, en Botoșani¹⁶⁰.

El 27 de mayo de 1887 un grupo de ciudadanos de Botoșani solicita al gobernador de dicha provincia que se le conceda una ayuda económica al poeta M. Eminescu¹⁶¹. El gobernador de la provincia de Iași añade una aportación económica a la donación que hacen los alumnos de la Escuela de pintura de Iași el 5 de junio de 1887¹⁶². El Consejo permanente de la provincia de Botoșani acuerda una ayuda económica al poeta Mihai Eminescu el 22 de junio de 1887¹⁶³. Además, en Iași, A.C. Cuza y V. A. Morțun organizan un concierto benéfico para las necesidades económicas de nuestro poeta¹⁶⁴.

En Iași, un grupo de médicos le recomiendan un tratamiento contra la sífilis. Marcha durante los meses de julio y agosto al sanatorio vienes de Halle. Cuando a comienzos de septiembre Eminescu regresa su situación es de pobreza extrema¹⁶⁵.

Henrieta, desesperada, envía cartas a la reina y al gobierno solicitando ayudas para su hermano. Morțun testimonia que Eminescu no tiene medios de subsistencia. El grupo teatral Fanny Tardini-Vlădimirescu hace representaciones benéficas para nuestro autor. Y el 2 de abril de 1888 la Cámara del gobierno acuerda a Eminescu una pensión de 250 lei¹⁶⁶.

¹⁵⁷ Ibid., p. 493

¹⁵⁸ Călinescu, Op. Cit., p. 323

¹⁵⁹ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 73

¹⁶⁰ Călinescu, Op. Cit., p. 324

¹⁶¹ Ungureanu, Op. Cit., p. 494

¹⁶² Ibid., p. 495

¹⁶³ Ibid., p. 499

¹⁶⁴ Călinescu, Op. Cit., p. 327

¹⁶⁵ Ibid., p. 329

¹⁶⁶ Ibid., pp. 331-332

En 1888 se publica la tercera edición de su libro de poesías, que incluyen las nuevas composiciones publicadas desde 1884 en “Convorbiri Literare” (Conversaciones literarias); el éxito es tal que se multiplicarán las ediciones después de la muerte del poeta¹⁶⁷.

En abril de 1888, Veronica Micle visita a Eminescu en Botoșani¹⁶⁸, y ante su marcha, nuestro autor decide irse con ella a Bucarest tentado a volver a ser periodista colaborando con la gaceta conservadora “România liberă” (Rumanía libre), que le ofrece un salario de 200 lei¹⁶⁹.

La salud mental y física de nuestro escritor recae y es internado de nuevo en febrero de 1889 en el hospicio “Caritas” del doctor Șuțu en Bucarest, con visiones dementes eufóricas y visiones paradisíacas. En abril, un consejo formado por T. Maiorescu, D. Laurian, Ș. Mihăilescu, I.L. Caragiale entre otros, solicita una pensión del Estado para Eminescu porque era evidente que ya nunca más se repondría¹⁷⁰.

En la madrugada del jueves 15 de junio de 1889 es encontrado muerto Eminescu en el sanatorio¹⁷¹. Al día siguiente, su cuerpo se expone en la Basílica Sf. Gheorghe-Nou en Bucarest y el 17 de junio es enterrado en el cementerio Bellu, acompañado de un numeroso cortejo fúnebre, en el que destaca la presencia de varios políticos, de amigos y compañeros de su vida, como el primer ministro Lascăr Catargi, Titu Maiorescu, Mihail Kogălniceanu, Th. Rosetti y D. Laurian, entre otros¹⁷². Semanas más tarde, el 3 de agosto, muere también Veronica Micle¹⁷³. Meses después, el 14 de octubre, muere su hermana Henrieta¹⁷⁴.

Se ha especulado mucho sobre las causas de la muerte de Eminescu. Rosa del Conte, en la monumental obra de Bompiani, nos informa de que murió víctima de la locura de un compañero de manicomio¹⁷⁵. Georgescu, nos presenta el testimonio del cuidador que estaba al lado de Eminescu y que narra como un enfermo que por la espalda golpeó con una piedra

¹⁶⁷ Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 73

¹⁶⁸ Ungureanu, Op. Cit., p. 492

¹⁶⁹ Călinescu, Op. Cit., p. 333

¹⁷⁰ *Ibid.*, pp. 336-337

¹⁷¹ Cîmpoi, M., Simion, E., Op. Cit., p. 41

¹⁷² Călinescu, Op. Cit., p. 342

¹⁷³ Cîmpoi, M., Simion, E., Op. Cit., p. 41

¹⁷⁴ Ungureanu, Op. Cit., p. 493

¹⁷⁵ Bompiani, V., *Diccionario de autores de todos los tiempos y de todos los países*, Barcelona, Hora, 2001, vol. II, p. 808

en la cabeza¹⁷⁶ Otras fuentes afirman que Eminescu fue víctima de una conspiración política de los que habían sido acusados de corrupción en su periódico y de los que miraban con mal ojo su supuesta actividad en una sociedad secreta que luchaba para la liberación de Transilvania de la ocupación austro-húngara y para la unión de todos los rumanos en un solo Estado¹⁷⁷. Es seguro que Eminescu sufría de una enfermedad mental hereditaria llamada Trastorno Bipolar, que afectó también a dos de sus hermanos¹⁷⁸, y cuyo tratamiento se realizaba con mercurio y azufre.

Pronto, Eminescu se convirtió en un mito y todos los sistemas políticos posteriores utilizaron y adaptaron sus características a sus intereses. Eminescu fue considerado rápidamente el poeta nacional. Toda nación que quiere sentirse independiente necesita símbolos culturales propios. Después llegó el comunismo y se utilizó el mito de Eminescu para simbolizar características socialistas. Con la caída del comunismo, Eminescu es repudiado y desmitificado porque las jóvenes generaciones lo vinculan con los regímenes dictatoriales, sin leer sus obras. En los últimos años, sobre todo en el año 2000, para conmemorar el 150 aniversario del nacimiento de nuestro autor, ha resurgido su figura. Nuestra tesis es la primera en España que se dedica al autor rumano. Estamos seguros que después del nuestro surgirán mejores trabajos. El único mérito que tiene la presente tesis es el iniciar la investigación de la prosa literaria de este gran personaje.

¹⁷⁶ Georgescu, N., *Boala și moartea lui Eminescu*, București, Criterion, 2007, p. 9

¹⁷⁷ Para el lector que quiera profundizar más en este interesante tema le aconsejamos: Georgescu, N., *Un an în viața lui Eminescu*, București, Editura Floare Albastră, 2006; Vuia, O., *Misterul morții lui Eminescu*, București, Ed. Paco, 1996 y Codreanu, T., *Dubla sacrificare a lui Eminescu*, Brașov, Serafim Grup, 1999

¹⁷⁸ Petrescu, Op. Cit., p. 209

1.2.4. RELACIONES PERSONALES

Si tenemos que seleccionar a tres personalidades que influyeron decisivamente en Eminescu de manera ideológica, sentimental e intelectual, no podemos dejar de nombrar a Titu Liviu Maiorescu, Veronica Micle y Aaron Pumnul.

1.2.4.1. TITU LIVIU MAIORESCU

La figura de Eminescu es tan importante debido a una de las personalidades más importantes de la segunda mitad del siglo XIX en Rumanía, Titu Liviu Maiorescu. Maiorescu nació en Craiova un 15 de febrero de 1840, y su vida se apagó el 18 de junio de 1917, en Bucarest. Fue una figura que destacó por cultivar una multiplicidad de facetas. Fue profesor, crítico literario, director del periódico “Timpul” y político, llegando a convertirse en Presidente de Rumanía al frente del Partido Conservador.

Desde muy joven entró en contacto con la cultura europea que asimiló para adaptarla a su Rumanía natal. Estudió en Viena entre 1855 y 1858. En 1859 viajó a París con una beca por destacar como estudiante. En 1860 se licenció en letras en la Sorbona. En 1861, en alemán, pronunció una conferencia sobre la vieja tragedia francesa y la música de Wagner en Berlín. Allí consiguió licenciarse en derecho¹⁷⁹.

De vuelta a Rumanía se convirtió en profesor de la Universidad de Iași y pronto ingresó como miembro de la Sociedad la Academia Rumana. Compaginó la docencia con la abogacía para dar, finalmente, el paso a la política.

Dentro de esta formación política ocupó puestos de primer nivel. Fue elegido diputado del Parlamento de Rumanía en mayo de 1871. En abril de 1874 fue nombrado Ministro de los Cultos y de las Instrucciones Públicas. En 1876 le nombraron agente diplomático en Berlín. En 1900 llegó a ser Ministro de Justicia. Fue Ministro de Relaciones Exteriores entre 1910 y 1914 y Primer Ministro de Rumanía de 1911 a 1914. En julio de 1913 presidió la Conferencia de Paz de Bucarest. En los momentos finales de su carrera política se opuso al ingreso de Rumanía en la Primera Guerra Mundial, y se negó a colaborar con el

¹⁷⁹ Mănucă, D., “Maiorescu, Titu”, en *Dicționarul general al literaturii române*, Academia Română; Lucian Alexiu ... [et al.]; Eugen Simion [coord.], București, Univers Enciclopedic, 2005, vol. 3, p. 178

ejército alemán de ocupación. Queda demostrado, por tanto, que es una personalidad de primer orden dentro del ámbito político rumano.

Sin embargo, en nuestro trabajo, queremos destacar un aspecto concreto de este hombre polifacético, el de crítico literario. Como tal, Maiorescu no combatió únicamente las “formas sin fondo” de la cultura, sino de todos los aspectos de la realidad. Su combatividad fue constante y coherente. Como afirma Lovinescu, fue el primer espíritu crítico con una acción sostenida, sistemática, a partir de concepciones generales y que aplicó consecuentemente en todas las expresiones culturales¹⁸⁰.

En 1864, asociándose con otros jóvenes que regresan del extranjero, entró a formar parte de *Junimea*, la sociedad literaria de la que ya he hablado en páginas anteriores. Camil Petrescu afirma, en su obra *Teze și antiteze* (Tesis y antítesis), que el valor histórico de esta sociedad literaria es el de limpiar, organizar y embellecer una literatura cargada de verbosidad mestiza y de arrabalismo cultural¹⁸¹.

Sin duda, el problema del espíritu crítico que surgió con Maiorescu en *Junimea* es totalmente válido hoy en día. Maiorescu, en un artículo publicado en 1872 afirma: “¿Tendrá Rumanía un futuro? ¿Encontrará en su pueblo suficientes poderes primitivos para levantar y llevar la obligación de la cultura? Porque la cultura es una obligación que pide y consume de una manera ininterrumpida los poderes vitales de una nación”¹⁸².

Maiorescu es de los primeros críticos rumanos en afirmar que el arte no es ni moral, ni inmoral, sino que debe ser analizado según sus propios criterios internos. Su concepción de la “nueva dirección” sobre la literatura abrió paso a la modernidad, sobre todo en poesía, liberándola de la tendenciosidad militante característica de la generación de los revolucionarios de 1848. La “Nueva dirección” que propuso Maiorescu se fundamenta en que la estética del arte da al elemento nacional la forma a través de la cual el poeta aspira a la inmortalidad humana¹⁸³.

Maiorescu también combatió el malentendido cosmopolitismo afirmando que la verdad es que, puede que Rumanía entera, pero seguro por lo menos en la *Junimea* de Iași,

¹⁸⁰ Lovinescu, E., *T. Maiorescu*, București, Ed. Minerva, 1972, p. 473

¹⁸¹ Petrescu, Camil, *Teze și antiteze*, București, Editura “Cultura Națională”, 1936, p. 70

¹⁸² Todoran, E., *Maiorescu*, București, Ed. Eminescu, 1977, p. 296

¹⁸³ *Ibid.*, p. 299

no existe cosmopolitismo, si por éste se entiende la hermosa utopía de buscar la felicidad de la humanidad en una constitución común de ella con la negación de las individualidades¹⁸⁴.

Para nuestro personaje era evidente la relación entre cultura y sociedad. Creía en una evolución social en la que su propio desarrollo correspondiese a todos los estratos sociales. Por este motivo fue un adversario tenaz de los prestamos extranjeros injustificados, a los que consideraba “forma sin fondo”. Estas invasiones estaban generadas por el proceso rápido de la modernización de Rumanía y, para Maiorescu, eran una causa de ruptura grave entre pueblo y cultura. Le preocupó que el pueblo asimilara los elementos de la civilización occidental e ignorase lo específico nacional.

No es que se cerrara a lo externo, Maiorescu proponía la adaptación rápida de esas formas al fondo específico nacional para crear una cultura verdadera en la que la energía nacional no fuera consumada en una dirección errónea¹⁸⁵.

Maiorescu encontró la encarnación de sus aspiraciones estéticas en Eminescu. En el prólogo a la edición de las *Poezii* (Poesías) de Eminescu de 1884 afirma:

Trebuiau să devie mai ușor accesibile pentru iubitorii de literatura noastră toate scrierile poetice, chiar și cele începătoare, a le unui autor, care a fost inzestrat cu darul de a intrupă adunca sa simțire și cele mai inalte gândiri într’o frumuseță de forme, subț al cărei farmec limba română pare a primi o nouă viață.¹⁸⁶

¹⁸⁴ Ibid., p. 298

¹⁸⁵ Mănuță, Op. Cit., p. 186

¹⁸⁶ Eminescu, M., *Poesii*, Editura Librăriei, Socec & Comp., București, 1884, p. VI. El subrayado es nuestro y la traducción del fragmento: “Es necesario que fueran más accesibles a los amantes de nuestra literatura todos los trabajos poéticos, incluso los de sus inicios, de un autor dotado del talento de encarnar su profundo sentir y el pensar más elevado en una belleza de formas, bajo cuyo encanto la lengua rumana parece recibir nueva vida”, la encontramos en Eminescu, M., *Poesías*, Dana Mihaela Giurcă, José Manuel Lucía Megías [trads.], Madrid, Catedra, 2004, p. 47

1.2.4.2. VERONICA MICLE

No podemos saber en realidad lo que representó Veronica Micle para Eminescu. Si fue su gran amor, si fue un amor no correspondido o si solo fue un juego retórico son polémicas que no abordaremos en esta tesis.

El género epistolar, tan utilizado por Eminescu para ponerse en contacto con sus familiares y conocidos –destacando la figura de Veronica Micle–, sería un tema excelente para un trabajo de investigación, pero no podemos desarrollarlo aquí. En la presente tesis sólo nos limitaremos al género epistolar dentro de la prosa literaria de nuestro autor.¹⁸⁷

Veronica Câmpeanu nació en Năsăud en 1850, pero su familia se estableció en Iași, donde estudió. En 1863 terminó la escuela y en 1864 se casó con el profesor Ștefan Micle¹⁸⁸. De este matrimonio nacieron dos hijas: Virginia, poeta, casada con Eduard Gruber, y Valeria, que se convertirá en una apreciada cantante de ópera, bajo el seudónimo artístico de Nilda. En 1874, en Iași, se reencuentra con Eminescu, que le había conocido dos años antes en Viena y al que les unirá un afecto que les marcará dolorosamente su existencia. Tras la muerte de Ștefan Micle (1879), su situación económica es incierta. Se estableció en 1887 en Bucarest e intentó apoyar moralmente a Eminescu. Deprimida tras su desaparición, se retiró al monasterio de Văratec. Aquí compuso un álbum, titulado Amor y poesía, en el que transcribió sus propios versos, algunos poemas de Eminescu que le había dedicado, acompañándolos comentarios. La importancia de la correspondencia mantenida con Eminescu atestigua los ricos recursos copiados, acentuados de manera singular con la presencia del erotismo, así como una apreciable diversificación, en la misma dirección, de la literatura epistolar.

Veronica Micle debutó en 1872, en “Noul curier român” (El nuevo correo rumano), con dos bosquejos románticos. Publicó sus versos en “Columna lui Traian” (La Columna de Trajano) (1874), y al año siguiente en “Convorbiri literare” (Conversaciones literarias), revista que publicó las mejores poesías. Colaboró también en “Familia” (La familia) (1879),

¹⁸⁷ No nos vamos a detener en este tema. Para el lector que quiera profundizar más en este interesante asunto le aconsejamos la lectura de: *Dulcea mea Doamnă / Eminul meu iubit, Corespondență inedită Mihai Eminescu – Veronica Micle*, București, Editura POLIROM, 2000. No hemos podido consultar directamente pero conocemos y proponemos al lector interesado algunas referencias: M. Eminescu, *Opere*, vol. XVI, *Corespondența. Documentar*, București, Ed. Academiei, 1989; Veronica Micle, *Corespondență*, Cluj-Napoca, Editura Dacia, 1979; Augustin Z.N. Pop, *Mărturii ... Eminescu – Veronica Micle*, Chișinău, Agenția Litera, 1989

¹⁸⁸ Murarasu, D., *Mihai Eminescu: viața și opera*, București, Editura Eminescu, 1983, pp. 170-171

en la “Revista nouă” (La revista nueva) y en “Revista literară” (Revista literaria). Aunque en su poesía se siente la influencia de Eminescu, la mayoría de sus versos mantienen un tono personal, pero sin demasiada profundidad. Influida por la lírica de Heinrich Heine, la poeta versifica frecuentemente como consecuencia de las decepciones amorosas. Su sensibilidad ultrajada parece ser aguda, pero no siempre encuentra la expresión artística adecuada. Notables son su sinceridad de sentimiento y su discreción de lirismo. El tono de las lamentaciones se ve disminuido, aunque los extremos sentimentales se encuentran a menudo. El luto tras el amor perdido se atenúa con melancolía y la pureza de las aspiraciones. La imagen del amante ausente se presenta como una obsesión, la inspiración se lleva a cabo sólo con la añoranza del ser amado, asociada, comúnmente, con el sufrimiento visto como una tortura beneficiosa. Una retórica discreta hace que la imagen y la afectación, a veces presentes, creen sin embargo la apariencia de sinceridad. La corrección prosódica, la exactitud del lenguaje y la accesibilidad al contenido han hecho que los versos escritos por Micle gozarán en su época de una relativa difusión. Junto con Margaret Cugler-Poni y María Suciú, Micle es la fundadora de la lírica femenina rumana¹⁸⁹.

¹⁸⁹ Mănuacă, D., “Micle, Veronica”, en *Dicționarul general al literaturii române*, Academia Română; Lucian Alexiu [et al.]; Eugen Simion [coord.], București, Univers Enciclopedic, 2005, v. III, p. 324

1.2.4.3. AARON PUMNUL

Por último, quisiéramos detenernos en la figura de Aaron Pumnul. Según Volovici, Aron Pumnul (27 de noviembre de 1818, Cuciulata, Distrito de Braşov - 24 de enero de 1866, Cernăuţi) filólogo e historiador literario. Proviendo de una familia campesina de Ardeal, Făgăraş, Pumnul siguió la escuela primaria de Odorhei, de donde en 1836 pasó al instituto de Blaj. Aquí tuvo como profesores, entre otros, a George Bariţiu y Simion Bărnuţiu, que le orientaron al estudio de la filosofía. Durante dos años, desde 1841, es estudiante del Instituto Escolapio de Cluj. Desde 1843, recibiendo una beca del Obispado de Blaj, asiste a cursos de teología y filosofía en el Colegio Santa Bárbara de Viena. Aquí completa su formación intelectual centrándose decididamente en la filosofía racionalista del Iluminismo, transformándose, como los demás investigadores de Ardeal, en el tema de un programa de “iluminación” para los rumanos de Transilvania con el objetivo de consolidar la cultura nacional. Sus ideales iluministas y patrióticos son anunciados también en el programa de la sociedad estudiantil “Românimea cea tânără” (La Rumanía joven), que funda en el colegio. Con una buena formación filosófica (había leído a fondo a Aristóteles, Spinoza, Voltaire, Rousseau, había traducido Física de Fr. Chr. Baumeister), formado sobre todo en el espíritu del kantismo, regresó en 1846 a Blaj, donde impartió un curso de filosofía, trabajando, como Bărnuţiu, en las conferencias del kantiano W.T. Krug. Había debutado como periodista en 1845, en “Foaie pentru minte, inimă şi literatură” (Hoja para mente, corazón y literatura) con un estudio sobre la ortografía rumana (“Literele corespunzătoare firei limbei rumâneşti şi încă ceva”). Algunos artículos fueron firmados por Pumne, que parece haber sido su nombre real. En 1847 es redactor y colaborador, con artículos filosóficos y de moral religiosa, en la revista de Timotei Cipariu “Organul luminărei” (El órgano de la ilustración), después en “Învăţatoriul poporului” (La enseñanza del pueblo) donde publica “Viaţa naţiunii române, dulceaţa limbei şi a simţemăntelor ei” (La vida de la nación rumana, la dulzura de su lengua y de sus sentimientos) (1848). En los acontecimientos de la revolución de 1848 participó intensamente, influyendo sobre las acciones de los intelectuales rumanos de Blaj, de los que era su guía espiritual. Él redactó la proclamación para reunir a la población de Blaj y fue miembro elegido del Comité Permanente de Sibiu. Perseguido por las autoridades húngaras, huyó a Bucarest. Aquí el Gobierno Provisional le nombró comisario de propaganda. De Bucarest, tras la represión de la revolución, se refugió en Iaşi, y después en Cernăuţi, donde,

recibido con extraordinario cariño por Eudoxiu Hurmuzachi, permanecerá hasta el final de su vida. Continuando la lucha por los derechos de los rumanos, empezó a colaborar inmediatamente en la revista “Bucovina”. Aunque lejos de su tierra natal, los rumanos en Făgăraș le eligieron como senador en el Consejo de Distrito. En 1849 se convirtió en el primer profesor de lengua y literatura rumana del Ober-Gymnasium, instituto alemán de Cernăuți. Todas las evidencias de sus antiguos alumnos confirman las distinguidas cualidades pedagógicas del profesor Pumnul, como el apego y cariño con el que estaba rodeado. Como profesor, periodista, autor de libros de texto, por su actividad sin descanso para promover la cultura rumana se le apodó el “apóstol delo rumano”, alrededor del estudioso de Ardeal se formó un verdadero movimiento cultural nacional¹⁹⁰. Sus lecciones despertaban el interés del movimiento cultural nacional, entusiasmo que transmitía tanto a las sociedades cultas como a los jóvenes estudiantes¹⁹¹. Aaron Pumnul podría ser considerado el inspirador del nacionalismo en Eminescu. En 1850 escribía “La Nación está compuesta por un pueblo de la misma sangre, que habla la misma lengua y tiene el mismo destino. El pueblo es el cuerpo de la nación y la lengua es su alma. Por eso, así como el cuerpo sin alma está muerto, también está muerta la nación sin lengua”¹⁹².

En el espíritu de este movimiento y en la admiración al reconocido profesor se formó también Mihai Eminescu, en los años de la escuela en Cernăuți. El poeta vivió incluso por un tiempo en la casa de su profesor, leyendo incansablemente de su rica biblioteca de libros rumanos. Al nombre de Pumnul se une el debut del poeta: en 1866, con la muerte del profesor, en la conmemorativa de los estudiantes, *Lăcrimioarele învățăceilor gimnăziaști den Cernăuți la mormântul preaiubitului lor profesoriu Arune Pumnul*, M. Eminoviciu (Las lagrimitas de los estudiantes de la escuela secundaria de Cernăuți en la tumba del bien amado profesor Aron Pumnul, M. Eminoviciu) publica la elegía “La mormântul lui Arune Pumnul” (A la tumba de Arune Pumnul).

Las ideas sobre la lengua de Pumnul, defendidas con pasión, en clase o en artículos, le otorgó, de manera póstuma, la distinción de filólogo. Trataba, en primer lugar, de intentar

¹⁹⁰ Volovici, L., “Pumnul, Aron”, en *Dicționarul general al literaturii române*, Academia Română; Lucian Alexiu [et al.]; Eugen Simion [coord.], București, Univers Enciclopedic, 2005, v. IV, p. 480

¹⁹¹ Murarasu, D., *Mihai Eminescu: viața și opera*, București, Editura Eminescu, 1983, p. 9

¹⁹² Stan, A., Op. Cit., p. 376

reformular el léxico rumano, mediante la renuncia a la utilización de palabras de origen extranjero a favor de su sustitución por otra creada artificialmente, a través de sufijos rumanos con raíces latinas, sin tener en cuenta el período de acción, limitado en el tiempo, de las leyes fonéticas, aplicadas por el filólogo voluntariamente, sin haber sido meditadas. De este modo buscó "liberar" al rumano de la dependencia del latín clásico, que lo consideraba la dependencia de lengua rumana frente al latín clásico, que la consideraba, aberrantemente, posterior al rumano. Las creaciones léxicas híbridas de los seguidores de Pumnul fueron ridiculizadas por V. Alecsandri y rechazadas, con argumentos lingüísticos, por Titu Maiorescu en sus primeros artículos sobre la lengua rumana. Sin embargo, los estudios de Pumnul tienen el mérito de estar defendidos de manera convincente para reemplazar los términos eslavos (cirílico) por letras latinas en la escritura del rumano y de ser partícipe de la clasificación de las vías de evolución de la lengua literaria, en su concepción, la lengua es "el alma" de las naciones, los cimientos y la condición de una cultura nacional.

En la historia literaria, Pumnul es conocido gracias a *Lepturariu românesc cules den scriptori rumâni*, la primera antología de la literatura rumana, compuesta, con fines didácticos, por cuatro volúmenes aparecidos sucesivamente, desde 1862 hasta 1865. La simple colección de textos literarios o populares con unos conocimientos prácticos, fue un cuadro completo de la literatura y la cultura. La selección, rica, está acompañada por las biografías de los autores, incluyendo informaciones recopiladas con perseverancia de libros y publicaciones periódicas u obtenidas, por escrito, directamente por los propios autores. A los comentarios les sigue con preferencia la contribución de cada autor para la lucha por la emancipación nacional, sin hacer distinción entre la actividad literaria y la político-cultural. Más allá de la ausencia de unos criterios en la elección de los textos, la antología ofrece una amplia perspectiva sobre la cultura rumana, desde traductores de textos religiosos y cronistas hasta autores contemporáneos. Los escritores de todas las provincias rumanas se reúnen por primera vez en las páginas de esta obra. Incluyéndose más de cien nombres (con la mayor selección de textos que aparecen Gh. Asachi, V. Alecsandri, Anton Pann), la antología no omite casi a ningún escritor rumano conocido de aquel período. Para Pumnul, la literatura, como la definió en *Curs de literatură românească* (Curso de literatura rumana), significaba

“el contenido de todos los escritos que se han realizado en rumano desde que se empezó a escribir hasta hoy”, su propósito es, ante todo, didáctico.

En el mismo curso son presentados de manera sucinta Grigore Ureche, Miron Costin, Nicolae Costin, Dosoftei, Ion Neculce, D. Cantemir. De otra obra, un tratado sobre la prosodia, de la que sólo se ha conservado un fragmento titulado “Foarma din afară a poeziei române” (Forma exterior de la poesía rumana), en el que la terminología es artificial y engorrosa. Gracias al *Lepturariu românesc cules den scriptori rumâni*, libro de cabecera del futuro poeta Mihai Eminescu, Pumnul es uno de los fundadores de la historia de la literatura rumana¹⁹³.

¹⁹³ Volovici, L., “Pumnul, Aron”, en *Dicționarul general al literaturii române*, Academia Română; Lucian Alexiu [et al.]; Eugen Simion [coord.], București, Univers Enciclopedic, 2005, v. IV, pp. 480-481

2. ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA PROSA LITERARIA DE EMINESCU

El análisis descriptivo de su prosa, nos permitirá acceder al estudio de los textos de Eminescu, que describiremos de dos maneras: una, atendiendo a las circunstancias de su creación y publicación y, otra, relativa a los géneros. Por último, veremos el papel que ocupa el autor rumano en el contexto histórico literario rumano del siglo XIX.

2.1. LAS EDICIONES DE LA PROSA DE M. EMINESCU

Debemos empezar señalando que la prosa literaria publicada en vida se reduce a los siguientes cuatro textos:

1) *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima) publicado en la revista “Convorbiri literare” (Conversaciones literarias), en dos entregas (IV, 17, y IV, 18) fechadas el 1 y el 15 de noviembre de 1870, respectivamente.

2) *Sărmanul Dionis. Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) aparecido en “Convorbiri literare” (Conversaciones literarias), VI, 9, el 1 de diciembre de 1872, 10, el 1 de enero de 1873, con el subtítulo de “Novela”.

3) *La aniversară. Narațiune originală* (En el aniversario. Narración original) aparecido en “Curierul de Iași” (El correo de Iași), IX, 76, el 9 de julio de 1876, con la mención de “Narración original”.

4) *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) publicado en “Curierul de Iași” (El correo de Iași), IX, 87, el 6 de agosto de 1876; 88, el 11 de agosto de 1876; 89, el 13 de agosto de 1876; 90, el 15 de agosto de 1876, y 91, el 18 de agosto de 1876, con la mención de “Novela original”.

Debemos referirnos brevemente al itinerario seguido en la recuperación de los textos que Eminescu dejó manuscritos. No resulta difícil, después de un rastreo bibliográfico inicial, darse cuenta del papel secundario de su narrativa porque son pocas las ediciones que recogen un corpus textual suficientemente representativo. Poco después de morir nuestro escritor aparece, en 1890, una primera edición que recoge solo dos textos de su prosa que publicó en

prensa¹⁹⁴. Hay que esperar más de una década para que vea la luz un texto narrativo de los manuscritos de Eminescu, ya que todas las ediciones que aparecen solo repiten las publicadas en vida¹⁹⁵.

Durante la primera mitad del siglo XX, diferentes críticos van incorporando paulatinamente algún nuevo texto a sus ediciones, destacando las de A.C. Cuza, D. Murărașu, A. Colorian y E. Simion y F. Șuteu¹⁹⁶.

El primer intento de localizar la totalidad de su prosa es Perpessicius, en 1977, publicando una majestuosa y sapiencial edición. Recoge los textos publicados en la prensa periódica, la prosa popular, la literaria y las variantes de los manuscritos de Eminescu, estableciendo con ello un corpus de referencia para las posteriores ediciones y un primer censo amplio de cincuenta textos¹⁹⁷.

Posteriormente, a esta inauguración bibliográfica le siguió la edición de la obra completa por parte de A. Rusu, quien agregó seis textos más que no aparecían en la edición de Perpessicius, y que pocos años después sufrió una reedición¹⁹⁸. La última edición que cabría destacar es la de Vatamaniuc¹⁹⁹. Después se han sucedido reediciones e impresiones, pero todas reproducen a las anteriores.

¹⁹⁴ Eminescu, M., *Proză și versuri*, V. G. Morțun, Iași, 1890

¹⁹⁵ Eminescu, M., *Geniu pustiu*, I. Scurtu, Ed. Institutului Grafic Minerva, București, 1904

¹⁹⁶ Eminescu, M., *Opere complete*, A.C. Cuza, Iași, 1914; Eminescu, M., *Scrisori literare*, D. Murărașu, Scrisul Românesc, Craiova, 1935; Eminescu, M., *Proză literară*, A. Colorian (ed.), Cugetarea, București, 1943 y Eminescu, M., *Proză literară*, E. Simion y F. Șuteu (eds.), București, 1964

¹⁹⁷ Eminescu, M., *Opere*, vols. VI y VII, Perpessicius (ed.), Editura Academiei Republicii Socialiste România, București, 1977

¹⁹⁸ Eminescu, M., *Opere*, vol. VI. Proză literară, A. Rusu (ed.), Editura Minerva, București, 1982; y Eminescu, M., *Proză literară*, A. Rusu (ed.), Editura Minerva, București, 1984

¹⁹⁹ Eminescu, M., *Opere*, vol. II, D. Vatamaniuc, Fundația Națională pentru Știință și Artă, București, 1999

2.1.1. NUESTRO CORPUS TEXTUAL

Este fundamento bibliográfico nos ha permitido fijar el corpus de textos. Después de la revisión de todas versiones, se tradujeron los textos y, por último, se realizó en análisis narratológico. Siendo sinceros tenemos que reconocer la ausencia en este trabajo de una edición crítica, objeto que sobrepasaría los límites de esta tesis pero que sería un atractivo proyecto.

El corpus ha sido confeccionado a partir de las ediciones de Perpessicius y de A. Rusu, dando lugar a cincuenta y seis textos. En el anexo 6.2 presentamos, por orden alfabético, el corpus completo que hemos analizado. Los textos que hemos recogido de la obra de Perpessicius son los siguientes:

Textos en prosa del volumen de literatura popular:

Făt-Frumos din Lacrimă (Príncipe Azul nacido de una lágrima)

Borta vântului (El escondite del viento)

Călin nebunul (Călin, el loco)

Frumoasa lumii (La hermosa del mundo)

Finul lui Dumnezeu (El ahijado de Dios)

Vasilie finul lui Dumnezeu (Vasilie el ahijado de Dios)

Prosa publicada

Sărmanul Dionis Nuvelă (El pobre Dionis Novela)

La aniversară Narațiune originală (En el aniversario. Narración original)

Cezara Nuvelă originală (Cezara Novela original)

Textos relacionados con la prosa publicada

Umbra mea (Mi sombra)

Scrisoarea lui Dionis (La carta de Dionis)

Întîia sărutare (El primer beso)

Geniu pustiu (Genio solitario)

Poesis (Poesis)

Însemnări caracterologice (Apuntes caracterológicos)

Casele negre ale Bucureștilor (Las casas negras de Bucarest)

Față cu aceste ființe (Cara con estos seres)

Juni cu corpuri slabe (Jóvenes con cuerpos delgados)

Sofia-Dochia. Din surâsul său un surâs sunt (Sofia-Dochia. De su sonrisa una sonrisa soy)

Un răs amar (Una risa amarga)

Cine a văzut o 'nmormântare 'n București (Quién ha visto un entierro en Bucarest)

Ea era culcată pe patul ei cel alb (Ella estaba acostada sobre su cama blanca)

Trăia într-un orașel supus turcilor (Vivía en una ciudad sometida a los turcos)

Basmul cel mai fantastic. Toma Nour în ghețurile siberiene (El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos)

Iconostas și fragmentarium (Iconostas y fragmentarium) Pe podelele reci de cărămidă (Sobre el entarimado frío de ladrillo)

După această întâmplare minunată (Después de este acontecimiento maravilloso)

Fondalul acestei scenerii sălbatece (El telón de fondo de estas escenas salvajes)

Noaptea era întunecoasă (La noche estaba oscura)

Avataarii faraonului Tlă (Los avatares del faraón Tlă)

O, taci, ce spui că mă iubești, copilă (O calla, qué dices que me amas niña)

Legenda cântărețului. Poveste indică (La leyenda del cantante. Cuento hindú)

Archaeus (Archaeus)

Cugetări imposibile (Pensamientos imposibles)

Nu... Dar înainte de-a-mi povesti de regele Tlă (No, pero antes de que me cuentes sobre el rey Tlă)

Moartea lui Ioan Vestimie (La muerte de Ioan Vestimie)

Aur, mărire și amor (Oro, grandeza y amor)

Falsificatorii de bani (Los falsificadores de dinero)

Părintele Ermolachie Chisăliță (El padre Ermolachie Chisăliță)

S-a 'ntâmpalat în vremea mea (Sucedió en mi época)

La curtea cuconului Vasile Creangă (En el patio del señor Vasile Creangă)

Moș Iosif (El anciano Iosif)

Visul unei nopți de iarnă (El sueño de una noche de invierno)

Contrapagină (El dorso de la página)

Cînd eram încă la Universitate (Cuando estaba todavía en la universidad)

Istorie miniaturală. Istoria unei lacrimi (Historia miniatural. Historia de una lágrima)

Șesul nemăsurat (El llano desmesurado)

Ea era albă ca zăharul (Ella era blanca como el azúcar)

Amalia (Amalia)

Exerciții & Moloz (Ejercicios y escombros)

Ante esta magnífica edición que realizó Perpessicius, solo se añaden los siguientes textos de la edición de A. Rusu:

Ah! Dac-aș fi ce am fost (¡Ah! Si fuera lo que fui)

Ei se simțeau inocenți ca-n ziua cea dentăi (Ellos se sentían inocentes como en el primer día)

Naturi catilinare (Naturalezas catilinarias)

Oceana (Oceana)

Schema cursului naturei (El esquema del curso de la naturaleza)

Scrisoarea către Angela (La carta a Ángela)

2.1.2. EL TALLER DEL NARRADOR

Es el momento de describir cómo es el proceso creativo de Eminescu, es decir, el taller del narrador. Para ello, recurrimos aquí a conceptos de crítica genética²⁰⁰.

En primer lugar, debemos tener presente que el período de creación sublime de Eminescu puede establecerse entre 1868 y 1880, como hemos visto. Aquí es donde, de manera transversal, crea su propio universo literario que fluye por debajo de todos los géneros, como veremos en páginas siguientes en las que profundizaremos en este tema.

Eminescu cultiva todos los géneros, poesía, relatos cortos, cuentos, novelas, traduce. Cumple plenamente con dos de los tres presupuestos de todo romántico, a saber, uno que se siente un libre creador que está por encima de las reglas del clasicismo, o de los géneros; y, dos, que expresa ilimitadamente sus sentimientos subjetivos con una apariencia de infinitud. El tercero lo cumple parcialmente porque libremente adopta una opción sociopolítica que en nuestro caso es conservador y nacionalista²⁰¹.

Un proyecto muy interesante sería la edición genética de la prosa literaria de Eminescu, pero no podemos hacerlo aquí por varios motivos. El primero es el espacio ya que sobrepasaría los límites físicos de este trabajo. El segundo, que no hemos podido trabajar directamente con los manuscritos para evaluar los cambios que se han producido en sus obras. Y, por último, tenemos pocas “últimas voluntades”, lo que hace que solo sea posible formular hipótesis para intentar llegar a la última intención de Eminescu.

²⁰⁰ Es inabarcable enumerar aquí los trabajos más importantes de la crítica genética. Un volumen paradigmático que contiene a los grandes pensadores de esta disciplina sería *Genética textual*, Bellemin Noel, J. P.M. de Biasi. R. Debray Genette. A. Gresillon. I. Hay. J. L. Lebrave y Emilio Pastor Platero (Introducción, compilación de textos y bibliografía), Madrid, Arco Libros, 2008. Una excelente u fundamental introducción metodológica es la obra de Almuth Grésillon, *Éléments de critique génétique: lire les manuscrits modernes*, Paris, Presses Universitaires de France, D.L. 1994. Un magnífico ejemplo de análisis genético de la poesía de Eminescu lo encontramos en la extraordinaria obra: Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Madrid, Ediciones Cátedra, 2004, pp. 435-509

²⁰¹ Hess, R., *Diccionario terminológico de las literaturas románicas*, Madrid, Gredos, 1995, p 277

Estableciendo claramente lo que no podemos hacer, creemos que sí somos capaces de acercarnos a algunos momentos de la escritura de Eminescu. Basándonos en dos buenas ediciones críticas, la de Perpessicius y Rusu, hemos observado el proceso de creación.

Es cierto que contamos con pocas “últimas voluntades” de Eminescu. Sus “últimas voluntades” serían las obras que aparecen en publicaciones periódicas. En ellas, hay un flujo común, independientemente del género. El flujo serían los personajes, temas y ambientes comunes. Nuestro corpus permite la comparación entre lo que publicó y lo que no publicó, lo que permite mostrar la evolución personal, artística e ideológica de Eminescu. Sin embargo, no nos atrevemos a realizar interpretaciones críticas “arbitrarias”, como decía Tavani, porque pueden elaborarse sobre datos que poco tengan que ver con las intenciones del autor; intempestivas, por realizarse antes de que se individualizaran y analizaran tales intenciones; e inseguras, porque al basarse en datos textuales no confirmados pueden revelarse falsas o ser desmentidas parcialmente²⁰².

Nuestro corpus de textos de Eminescu está formado de esbozos, de fragmentos que son versiones de otros textos mayores, con finales alternativos. A estos textos, la crítica genética los denomina variantes de autor.

Según Stussi, las variantes pueden ser no realizadas (o variantes alternativas del escritor, quien las añade sin suprimir segmento alguno del texto) y realizadas (o variantes propiamente dichas)²⁰³, en el caso de Eminescu tendríamos variantes no realizadas.

Si bien es cierto que no hemos podido trabajar con borradores, sí hemos conseguido detectar diferentes huellas. Es evidente que en el caso de Eminescu se pueden incluir dentro del mismo conjunto de testimonios, variantes que pertenecen a diferentes géneros literarios, lo que nos ofrece la posibilidad de establecer un proyecto de escritura.

La revisión de las ediciones que hemos utilizado de Eminescu nos revela que sus variantes de autor son todas voluntarias. Tiene total libertad para añadir y suprimir; y lo que

²⁰² Tavani, G., “Appunti in margine al problema dell’edizione critica”, en *Studi di Letteratura ispano-americana*, n° 15-16, Milano, Cisalpino-Goliardica, 1983, pp. 9-16

²⁰³ Stussi, Alfredo, *Introduzione agli studi di filologia italiana*, Bologna, Il Mulino, 1994, p. 182-185

modifica lo hace por él mismo. La conclusión a la que podemos llegar, según la crítica genética, es que la prosa de Eminescu es inestable y está en movimiento.

Si nos preguntamos cómo es el taller de escritura de nuestro autor, pensamos que lo primero que hace es partir de un suceso real, bien una conversación, bien algún acontecimiento que sucedió en su época, parafraseando al propio Eminescu. Después empieza a añadir elementos imaginativos propios, bien manifiesta sus sentimientos, bien introduciendo elementos poéticos. Para crear a los personajes, Eminescu se fija en modelos cercanos y, en ocasiones, podemos vislumbrar elementos autobiográficos. Por último, mezcla los hechos reales con los episodios imaginados a través de imágenes originales y metáforas propias.

2.1.3. ANÁLISIS DESCRIPTIVO DEL CORPUS

El análisis descriptivo de cada texto pretende estudiar las circunstancias en las que se crea y se publica, intentando en la medida de lo posible, establecer una cronología aproximada de composición.

Făt-Frumos din Lacrimă (Príncipe Azul nacido de una lágrima)

En la edición de Perpessicius se nos informa de que este cuento aparece impreso en la revista “Convorbiri literare” (Conversaciones literarias), en dos entregas (IV, 17, y IV, 18) fechadas el primero y el quince de noviembre de 1870, respectivamente. Eminescu se encuentra en Viena en una atmósfera desfavorable para la creación porque estalla la guerra franco-alemana. Nos encontramos al joven debutante publicando en la revista de Iași un texto envuelto en numerosos elementos poéticos²⁰⁴.

²⁰⁴ Mihai Eminescu, *Opere*, vol. VI, *Literatura populară, Introducere. Poeme originale de inspirație folclorică, Lirica populară, balade. Dramatice. Basme în proză, Irmoase. Paremiologie. Note și variante. Anexe. Exerciții și moloz. Caetul anonim, Bibliografte, Indici*. Ediție critică îngrijită de Perpessicius, București, Editura Academiei Române, Muzeul Literaturii Române, R.P.R., 1963, p. 612

En los cuentos Eminescu reproduce el discurso y la forma de pensar del pueblo. Se puede encontrar en ellos una hermosura lírica y *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima) es un verdadero “poema en prosa”²⁰⁵.

Călin nebunul (Călin, el loco)

Posiblemente fuera en el otoño de 1869 cuando Eminescu empezara a crear este cuento. Sin embargo, este texto se recoge en el manuscrito 2284, 14-26, fechado entre 1871-1872²⁰⁶.

Frumoasa lumii (La hermosa del mundo)

Se encuentra en el mismo manuscrito y a continuación de *Călin nebunul* (Călin, el loco) (2284, 27-43), lo que hace pensar que pueda ser también datado en el mismo período²⁰⁷.

Borta vântului (El escondite del viento)

Este texto se recoge en el manuscrito 2284, 44-45, con la misma tinta y la misma grafía que los anteriores, lo que permite datarlo también entre 1871 y 1872.

Finul lui Dumnezeu (El ahijado de Dios)

Se encuentra en el mismo manuscrito y con los cuentos anteriores (2284, 46-54), por lo que también se puede fechar en el mismo período²⁰⁸.

Vasilie finul lui Dumnezeu (Vasilie el ahijado de Dios)

Un cambio de grafía hace pensar a Perpessicius que este cuento podría ser fechado posteriormente, hacia 1876, aunque se encuentre en el mismo manuscrito (2284, 74-77)²⁰⁹.

²⁰⁵ Ibid., p. 622

²⁰⁶ Ibid., p. 616

²⁰⁷ Ibid., p. 617

²⁰⁸ Ibid., p. 621

²⁰⁹ Ibid., p. 621

Sărmanul Dionis Nuvelă (El pobre Dionis Novela)

Se publica en “Convorbiri literare”, VI, 9, el uno de diciembre de 1872 y el 10, el uno de enero de 1873, con el subtítulo de “Novela”. Perpessicius nos informa que la novela se escribe en Viena después del 16 de mayo de 1871 y antes del comienzo de agosto de 1872²¹⁰.

La lectura de *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) en *Junimea* se lleva a cabo en la reunión de septiembre de 1872 que tiene lugar en la casa de T. Maiorescu, estando presentes, junto con el anfitrión y nuestro escritor, V. Pogor, I. Negruzzi, N. Gane, M. Pompiliu y A.D. Xenopol²¹¹.

La aniversară Narațiune originală (En el aniversario. Narración original)

El texto se publica en el folletín del diario “Curierul de Iași”, IX, 76, el nueve de julio de 1876, con la mención de “Narración original”. Es el primer escrito original que se publica en el diario de Iași después de que Eminescu entrara a trabajar en la redacción en junio de 1876, donde permanecerá hasta el otoño de 1877. Es un texto que puede vincularse con *Primu-amor* (*El primer beso*), escrito dos o tres años antes²¹².

Cezara Nuvelă originală (Cezara Novela original)

Se publica en el folletín del diario “Curierul de Iași”, IX, en cinco entregas: 87, el seis de agosto de 1876; 88, el 11 de agosto de 1876; 89, el trece de agosto de 1876; 90, el quince de agosto de 1876; 91, el dieciocho de agosto de 1876, con la mención de “Narración original”. Pertenece a la época en la que Eminescu vive en Iași y tiene como base textos anteriores que se encuentran en muchos fragmentos en distintos manuscritos. Los fragmentos de los manuscritos, anteriores al texto definitivo, los agrupa Perpessicius bajo el título *Cezara*. Este texto es el segundo y último que publica en este diario.

Cezara es una de las heroínas del relato *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă). El nombre está sacado, según G. Călinescu, de la novela de Jean Paul Friederich

²¹⁰ Mihai Eminescu, *Opere*, vol. VII, *Proză literară. Sărmanul Dionis. La Aniversară. Cezara. Geniul pustiu. Celelalte proze postume. Texte inedite*, studiu introductiv de Perpessicius, Editura Academiei Române, Muzeul Literaturii Române, 1977, p. 336

²¹¹ *Ibid.*, p. 337

²¹² *Ibid.*, p. 346

Richter, *Titan*, publicado en 1800-1803, y es una sátira contra la vida libertina de la sociedad alemana. El nombre Ieronim aparece en una versión previa en el manuscrito de la poesía Scrisoarea I. Jeronim es también el héroe de Karl Ferdinand Gutzkow, de la novela *Wally, die Zweiflerin*, publicada en 1835, en la que emprende una acusación severa contra el matrimonio burgués.

La redacción de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) es contemporánea con *Archaeus* (Archaeus), *La curtea cuconului Vasile Creangă* (En el patio del señor Vasile Creangă) y *Părintele Ermolachie Chisăliță* (El padre Ermolachie Chisăliță)²¹³.

Umbra mea (Mi sombra)

Se encuentra en el manuscrito misceláneo 2255, 184-185, que contiene la mayoría de la prosa del poeta. Pertenece a los estudios universitarios en Viena (1869-1870) y anticipa la novela *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), en el que aparece adaptado como episodio. El cambio más importante consiste en el paso de la narración en primera persona a la tercera²¹⁴.

Scrisoarea lui Dionis (La carta de Dionis)

Se encuentra en el manuscrito 2255, 295-296 y también puede ser datado durante el periodo universitario de Viena. Es un pasaje yuxtapuesto a la novela publicada en “Convorbiri literare” (Conversaciones literarias). Es una versión, muy probablemente, anterior a la transcripción de la novela²¹⁵.

Întîia sărutare (El primer beso)

Se encuentra en el manuscrito 2255, 250-254. El texto es paralelo a un fragmento de *La aniversară Narațiune originală* (En el aniversario. Narración original). Pertenece a la época de los estudios universitarios de Viena y aunque lleva el título *Primu-amor*, es sustituido por el nombre *Întîia sărutare* (El primer beso)²¹⁶.

²¹³ Ibid., p. 347

²¹⁴ Ibid., p. 350

²¹⁵ Ibid., pp. 351-352

²¹⁶ Ibid., p. 352

Geniu pustiu (Genio solitario)

La novela se encuentra en el manuscrito 2255, 21-84. Está dividida en cuatro capítulos. Los tres primeros enumerados (I. Tasso en Escocia, II., III.) y, el último, con el título de *Poesis* (Poesis). Aunque está escrito entre 1868-1871, Eminescu se basa en sus impresiones de Bucarest de 1868 y de un episodio que le cuenta un estudiante de Transilvania (posiblemente hacia el 1866)²¹⁷.

Poesis (Poesis)

Aunque aparece en el manuscrito 2255, 83-84, fechado también entre 1868-1870, y a continuación de *Geniu pustiu* (Genio solitario) no podemos saber si pertenece o no a la novela.

Însemnări caracterologice (Apuntes caracterológicos)

Se encuentra en el manuscrito 2291, 16-18. El texto forma parte de los pensamientos destinados a fusionar con *Geniu pustiu* (Genio solitario), para crear la novela social y filosófica *Naturi catilinare* (Naturalezas catilnarias)²¹⁸. Son pensamientos que anota el narrador para futuras reescrituras de sus novelas. El nombre de los dos personajes femeninos es simbólico. Sofía encarna la inteligencia; Poesis, poesía, fantasía, imaginación y sueño.

Casele negre ale Bucureștilor (Las casas negras de Bucarest)

Este pequeño texto, que se encuentra en el manuscrito 2284, 37, es una descripción de la ciudad corrupta a través del tema de la prostitución.

Față cu aceste ființe (Cara con estos seres)

Este texto, emparentado con el anterior en cuanto a la temática, se encuentra en el manuscrito 2291, 33.

²¹⁷ Ibid., pp. 355-358

²¹⁸ Ibid., p. 372

Juni cu corpuri slabe (Jóvenes con cuerpos delgados)

Aparece en el manuscrito 2257, 162 y, como los dos textos anteriores, es una descripción nocturna de Bucarest. Más adelante compararemos las atmósferas de estos relatos con secuencias que encontramos en *Geniu pustiu* (Genio solitario) y *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela)²¹⁹.

Sofia-Dochia (Sofia-Dochia)

Sofia es el nombre de la amante de Cluj de Ioan, el amigo de Toma Nour, pero no podemos establecer relación segura con otros textos. Está formado por los siguientes textos:

Din surâsul său un surâs sunt (Sofia-Dochia, De su sonrisa una sonrisa soy)

Este relato aparece en el manuscrito 2255, 199-203. Posiblemente, *Geniu pustiu* (Genio solitario) sea la obra con la que se podría establecer alguna comparación.

Un râs amar (Una risa amarga)

Hallado en el manuscrito 2257, 178, refleja las preocupaciones dramáticas del poeta. Podría encajar en la escena en la que Toma Nour asiste a la muerte de su amada²²⁰.

Cine a văzut o 'nmormântare 'n București (Quién ha visto un entierro en Bucarest)

El relato, que se encuentra en el manuscrito 2255, 178, también podría ser relacionado con *Geniu pustiu* (Genio solitario), pero también con un famoso poema del autor, *Mortua est*. Aunque la protagonista aquí es Dochia, podría interpretarse como un doble de la Sofia de Cluj.

Ea era culcată pe patul ei cel alb (Ella estaba acostada sobre su cama blanca)

Se encuentra en el manuscrito 2255, 180. Es una descripción sentimental destinada a Poesis. Podría ser una variante descartada del último encuentro entre Toma y Poesis. Toma, en *Geniu pustiu* (Genio solitario), la encontrará muerta en su habitación. Se puede comparar

²¹⁹ Ibid., p. 373

²²⁰ Ibid., p. 374

con la ascensión onírico-cósmica de otros textos como *O, taci, ce spui că mă iubești, copilă* (O calla, qué dices que me amas niña); *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original); *Umbra mea* (Mi sombra) o *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela)²²¹.

Trăia într-un orășel supus turcilor (Vivía en una ciudad sometida a los turcos)

Este relato lo se encuentra en el manuscrito 2257, 168-169. El texto podría ser una introducción a un pasaje de la novela *Geniu pustiu* (Genio solitario). Eminescu recorrió Transilvania en 1868 y podríamos tener en este relato impresiones de aquel viaje²²².

Basmul cel mai fantastic. Toma Nour în ghețurile siberiene (El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos)

Se encuentra en el manuscrito 2255, 178-179. Posiblemente pertenezca a la época de los estudios de Viena. Eminescu esboza un posible final de *Geniu pustiu* (Genio solitario). Es destacable la descripción inventada del paisaje de Siberia, ya que él nunca estuvo allí. Perpessicius anota posibles influencias²²³, pero nosotros creemos que es un ejercicio de fantasía.

Iconostas și fragmentarium (Iconostas y fragmentarium) Pe podelele reci de cărămidă (Sobre el entarimado frío de ladrillo)

Se halla en el manuscrito 2255, 1-3. Los siguientes cuatro textos de este manuscrito nos transmiten las impresiones del joven universitario.

După această întâmplare minunată (Después de este acontecimiento maravilloso)

El manuscrito 2255, 3-5 contiene este texto. Nos encontramos con un texto más desenfadado, casi paródico, de un momento de las aventuras de un caballero.

²²¹ Ibid., p. 375

²²² Ibid., p. 375

²²³ Ibid., p. 376

Fondalul acestei scenerii sălbatece (El telón de fondo de estas escenas salvajes)

A parece en el manuscrito 2255, 5, tras *După această întâmplare minunată* (Después de este acontecimiento maravilloso).

Noaptea era întunecoasă (La noche estaba oscura)

Es el segundo texto del manuscrito 2258, 167-168²²⁴.

Avatarii faraonului Tlă (Los avatares del faraón Tlă)

Esta novela es la más extensa, tras *Geniu pustiu* (Genio solitario), y se encuentra en el manuscrito 255, 92-161. Está inacabada y pertenece a su época universitaria. Eminescu muestra un gran interés por las culturas orientales, egipcia y greco-latina. En la obra de Theodor Bernhard Welter, *Lehrbuch der Weltgeschichte für Schulen: ein frei bearbeiteter Auszug aus des Verfassers größerem Werke*, Cöpppenrath, 1854 (Manual de historia mundial para las escuelas: un extracto editorial libre de las obras más grandes del autor), nuestro narrador encuentra informaciones sobre historia y cultura de pueblos de Asia, África y Europa.

Eminescu asiste en Viena y Berlín a cursos de historia de la filosofía. Allí, entre 1872-1873, entra en contacto con el importante expedicionario egiptólogo Karl Lepsius²²⁵. También es posible que leyera de Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung* (El mundo como voluntad y representación), obra en la que se relaciona e interpreta desde la filosofía de los pueblos orientales hasta el pensamiento de Kant. Además, parece una fuente segura para Eminescu la obra Th. Gautier. El escritor francés plasmó en sus novelas el ambiente, la cultura y la civilización de Egipto. Destacamos *Le Roman de la momie o Avatar* (La novela de la momia, Avatar) como posibles lecturas de Eminescu. Otra obra con gran repercusión dentro del romanticismo alemán, que debió leer nuestro escrito, fue *Le diable amoureux* (El diablo amoroso), de Jacques Cazotte²²⁶.

²²⁴ Ibid., p. 379

²²⁵ Karl Lepsius (1810-1884), *Brockhaus Enzyklopädie in zwanzig Bänden*, vol. 11, Wiesbaden, F.A. Brockhaus, 1970, p. 359

²²⁶ Ibid., p. 380

O, taci, ce spui că mă iubești, copilă (O calla, qué dices que me amas niña)

El texto se encuentra en el manuscrito 2276, 35-38. Perpessicius afirma que se puede relacionar con *Avatarii faraonului Tlà* (Los avatares del faraón Tlà) por el nombre Cezar. Pero también podría relacionarse con fragmentos de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original)²²⁷.

Legenda cântărețului. Poveste indică (La leyenda del cantante. Cuento hindú)

Se encuentra en el manuscrito 2259, 272-273. El relato es una prueba más de la preocupación de nuestro prosista por el elemento hindú. Eminescu comienza en la época de Berlín (1872-1874) el estudio oficial y sistemático de la literatura hindú y del sánscrito. Asiste en la Universidad de Berlín en el semestre de verano de 1874 al curso de historia de literatura y cosmología hindú, impartido por Friedrich Albrecht Weber²²⁸. Fue el mayor especialista europeo de la cultura hindú en aquellos tiempos y su principal logro fue la publicación de textos importantes del ritual védico, como *Über das Çatrunjaya Mâhâtmyam* (Sobre Çatrunjaya Mâhâtmyam), de 1858²²⁹.

Perpessicius también señala como posibles lecturas las obras de Friedrich von Schlegel²³⁰, *Über die Sprache und Weisheit der Inder* (Sobre la lengua y la sabiduría hindú), 1808, en las que encuentra traducciones de la épica hindú como *Bhagavadgita* o *Mahabharata*²³¹.

Archaeus (Archaeus)

Se encuentra en el manuscrito 2269, 19-39. Eminescu reflexiona sobre el principio de las identidades de las personalidades del hombre y aparece después de *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) y *Avatarii faraonului Tlà* (Los avatares del faraón Tlà),

²²⁷ Ibid., p. 382

²²⁸ Ibid., p. 382-383

²²⁹ Albrecht Weber (1825-1901), *Brockhaus Enzyklopädie in zwanzig Bänden*, vol. 20, Wiesbaden, F.A. Brockhaus, 1974, p. 85

²³⁰ Perpessicius, Op. Cit., vol. VII, p. 384

²³¹ Friedrich von Schlegel (1772-1829), *Brockhaus Enzyklopädie in zwanzig Bänden*, vol. 16, Wiesbaden, F.A. Brockhaus, 1973, pp. 698-699

obras en las que trata sobre el desdoblamiento de personalidades y la trasposición en otro espacio y tiempo. El principio de la identidad de la personalidad es el problema más importante de las preocupaciones filosóficas de Eminescu.

Nuestro escritor utiliza, como afirma Glodeanu, el concepto de *Archaeus* como Paracelsus²³², como una fuerza generadora de vida que mantiene el equilibrio en el organismo. En cierta manera, se parece al espíritu que es “manto viviente de la divinidad” del comienzo de la obra de Goethe, *Fausto*²³³. En el mismo relato, la figura de Kant aparece como “el sabio de Königsberg”. Para Eminescu, es el filósofo cuyas ideas abren nuevos horizontes de conocimiento. Una idea que encontraremos en el concepto de *Archaeus* es la de que la mente es una ventana por la que entra el sol de un mundo nuevo.

Eminescu utiliza en el relato el concepto hegeliano de que los pensamientos viajan y que repetimos los pensamientos de otros. Hegel en la *Fenomenología del espíritu* sostiene que el espíritu destruye su cáscara y viaja. La metáfora de la cáscara, del envoltorio del espíritu, es frecuentemente utilizado por Eminescu²³⁴.

Cugetări imposibile (Pensamientos imposibles)

Se encuentra en el manuscrito 2287, 70-75. Está relacionado con *Archaeus*. G. Călinescu considera a *Archaeus* y a *Cugetări imposibile* (Pensamientos imposibles) como una posible introducción de *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă). Parece que Eminescu intenta adaptar un problema filosófico en un pasaje narrativo²³⁵.

Nu... Dar înainte de-a-mi povesti de regele Tlă (No, pero antes de que me cuentes sobre el rey Tlă)

El texto se encuentra en el manuscrito 2268, 22-23. Pertenece a la época en la que Eminescu se encuentra en Iași y es una variante de un pasaje de *Archaeus*²³⁶.

²³² Glodeanu, G., *Avatarurile prozei lui Eminescu*, București, Libra, 2000, p. 19

²³³ Goethe, Johann Wolfgang von, *Fausto: Poema*, Barcelona, J. Lopez, 1864, p. 25

²³⁴ Perpersicius, Op. Cit., vol. VII, pp. 384-387

²³⁵ Ibid., p. 388

²³⁶ Ibid., p. 388

Moartea lui Ioan Vestimie (La muerte de Ioan Vestimie)

Se halla en el manuscrito 2255, 268-280. Es una novela inacabada que transcribe cuando es redactor en Bucarest (1877-1883) pero que posiblemente sea la reescritura de un texto anterior. Eminescu analiza el estado de consciencia. El sueño ocupa un lugar importante, utilizado para describir un caso de traslación del alma. La fuente más probable sea la obra del escritor francés Th. Gautier, *Avatar*²³⁷.

Aur, mărire și amor (Oro, grandeza y amor)

El texto se encuentra en el manuscrito 2255, 85-91. Es una novela que intenta recrear la atmósfera de la sociedad de Iași del siglo XIX. Describe el interior del salón con sus cuadros de pintores italianos, como Guido Reni, con litografías de Gh. Asachi, con figuras históricas rumanas. Puede estar relacionada con la poesía *Pustnicul*²³⁸.

Falsificatorii de bani (Los falsificadores de dinero)

Se encuentra en el manuscrito 2255, 194. Posiblemente lo escribió en Iași. Está intercalado en el texto *Părintele Ermolachie Chisăliță* (El padre Ermolachie Chisăliță). El nombre de Cesar aparece en la comedia de I. Slavici, *Toane sau Vorba de claca*, de 1874, y que será parodiada por Eminescu en *Părintele Ermolachie Chisăliță* (El padre Ermolachie Chisăliță).²³⁹

Părintele Ermolachie Chisăliță (El padre Ermolachie Chisăliță)

Se halla en el manuscrito 2255, 188-193 y posiblemente fuera escrito entre 1874-1876. Parte de los nombres de los personajes de la comedia de I. Slavici, de los ya mencionados antes, para realizar una parodia sobre la vida rural²⁴⁰.

S-a 'ntâmpnat în vremea mea (Sucedió en mi época)

Se encuentra en el manuscrito 2257, 220. También es posible que esté redactado en la época que Eminescu pasa en Iași. Parece pertenecer al género de “Cărțile domnești”

²³⁷ Ibid., pp. 389-389

²³⁸ Ibid., pp. 390-391

²³⁹ Ibid., p. 392

²⁴⁰ Ibid., pp. 392-393

(Libros señoriales) que se leían en “România jună” (Rumanía joven). Estos relatos se caracterizaban por presentar sucesos inesperados²⁴¹, y es el modelo que Eminescu intenta imitar en este relato.

La curtea cuconului Vasile Creangă (En el patio del señor Vasile Creangă)

El relato se encuentra en el manuscrito 2255, 162-167. La prosa intenta describir la sociedad rumana de mitad del diecinueve. Perpessicius ve una posible relación con las descripciones de *Geniu pustiu* (Genio solitario) y de la poesía *Sara pe deal*.

La descripción del patio del boyardo Vasile Creangă puede basarse en los recuerdos del propio Eminescu cuando su padre fue administrador de una finca de Balș. Vasile Creangă es una especie de Salomón de vida ejemplar al que le rodean otros boyardos pobres²⁴².

Moș Iosif (El anciano Iosif)

En el manuscrito 2286, 2-5, aparece este texto que se puede fechar hacia 1873. El personaje principal sabe que cada átomo es el centro del mundo entero, es decir, del infinito y cada cosa está en relación con todas las cosas del mundo. Eminescu asiste en Viena a los cursos de Robert Zimmermann que trata el problema de la “monadología” en su trabajo *Leibniz’s Monadologie*. Zimmermann sostenía que también el alma es un átomo. Eminescu intenta combinar el monadismo de Leibniz con la astrología. Eminescu enfrenta los conocimientos positivistas de Iosif con su astrología, en la que se encuentran ideas de Paracelsus y Schopenhauer. Esta visión astrológica y filosófica es la que se repite en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), *Umbra mea* (Mi sombra), *Archaeus* (Archaeus) y *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă). Moș Iosif es un personaje que también encontramos en mismo nombre en *La curtea cuconului Vasile Creangă* (En el patio del señor Vasile Creangă)²⁴³.

²⁴¹ Ibid., pp. 939-994

²⁴² Ibid., pp. 394-395

²⁴³ Ibid., pp. 395-396

Visul unei nopți de iarnă (El sueño de una noche de invierno)

Se encuentra en el manuscrito 2255, 265, 266, 242, 249. El poema sinfónico de Saint-Saëns, *La danse macabre*, al que se refiere Eminescu es de 1874, por lo que se puede deducir que podría haber escrito este texto hacia 1876. Del mismo año es la poesía *Vis*, y se puede relacionar también con el poema *Codru și salon*. Se puede encontrar un contraste entre la vida rural y la de la ciudad. La escena del cementerio recuerda a la de *Geniu pustiu* (Genio solitario)²⁴⁴.

Contrapagină (El dorso de la página)

El texto está en el manuscrito 2255, 206-208. Eminescu utiliza elementos autobiográficos porque nos confiesa su profesión, fue apuntador entre 1868-1869, es por tanto este momento en el que compone el relato. Perpessicius identifica en Constantin Caraggio a Costache Caragiale, rival de Mihail Pascaly, del grupo del que formaba parte Eminescu. Torquato Tasso, que también presente en *Geniu pustiu* (Genio solitario), simboliza las “naturalezas catilinaras” que terminan, como sucede también en este texto, con la locura. Eminescu utiliza la ironía, como veremos en páginas siguientes. Habla sobre los “robos literarios” de Cocovei Moretto, como llama a I. Negruzzi, también en la poesía *Romancero español*. El aviso de Eminescu de que su obra es una “novela original”, para la que escribe esta introducción, es una forma de tomar conciencia de la propia creatividad y para diferenciarse de las exitosas novelas de Paul de Kock y George Sand. En este texto se encuentran varias de las ideas expuestas en *Geniu pustiu* (Genio solitario). En esta obra, critica por medio de su héroe el cosmopolitismo de una parte de la sociedad de Bucarest, como es, por ejemplo, el abuso de los francesismos²⁴⁵, o la hipocresía e injusticia de la sociedad.

²⁴⁴ Ibid., p. 396

²⁴⁵ Ibid., p. 397

Cînd eram încă la Universitate (Cuando estaba todavía en la universidad)

Se encuentra en el manuscrito 2278, 14-15 y es de la época de Iași, es decir, escrito entre 1876-1877. Es posible que fuera una introducción a *Iconostas și fragmentarium* (Iconostas y fragmentarium). En este texto encontramos numerosos elementos autobiográficos de Eminescu, como por ejemplo que escribía en la oscuridad²⁴⁶.

Istorie miniaturală Istoria unei lacrimi (Historia miniatural. Historia de una lágrima)

El texto aparece en el manuscrito 2255, 168-171 y se supone creado en la época en la que Eminescu está entre Iași y Berlín. El texto ofrece un ejemplo característico de interdependencia entre los géneros literarios y la creación del poeta. El fragmento está precedido de una poesía (*Si flori de ghaeță din ferești*) en las que se encuentran imágenes de la primera parte del texto en prosa. Hay relación con la poesía *Ochii* y la boda se puede encontrar en *Călin*. Aparecen también algunas ideas filosóficas parecidas a las que se encuentran en *Archaeus*²⁴⁷.

Șesul nemăsurat (El llano desmesurado)

Se encuentra en el manuscrito 2257, 371 y podría fecharse en torno a 1871. Por encontrarse algunos términos húngaros podríamos estar ante una traducción o ante una descripción según algún modelo que hubiese podido leer, como por ejemplo de Slavici²⁴⁸.

Ea era albă ca zăharul (Ella era blanca como el azúcar)

El texto se halla en el manuscrito 2290, 16-17 y pertenece a la época de los estudios universitarios del prosista, hacia 1871. Algunos críticos han visto un retrato de su amada Veronica Micle. Puede relacionarse con algunas composiciones poéticas como *Miradoniz*, *Demonism*²⁴⁹.

²⁴⁶ Ibid., p. 398

²⁴⁷ Ibid., p. 398

²⁴⁸ Ibid., p. 399

²⁴⁹ Ibid., p. 400

Amalia (Amalia)

Se encuentra en el manuscrito 2255, 259-262 y se puede fechar hacia el 1873. Eminescu describe aspectos de la vida burguesa de ciudades alemanas del siglo XIX. Se puede relacionar con *Cînd eram încă la Universitate* (Cuando estaba todavía en la universidad) y con las poesías *Din Berlin la Potsdam* (De Berlín a Potsdam) y *Milly*²⁵⁰.

Exerciții & Moloz (Ejercicios & Escombros)

Bajo este título se recogen varios fragmentos muy breves que son imposibles de datar. El fragmento tercero, parece figurar en el pensamiento de Poesis, en *Geniu pustiu* (Genio solitario), en la carta de despedida. El fragmento quinto se puede integrar en el poema en prosa que Toma Nour escribe a Sofia en *Din surâsul său un surâs sunt* (De su sonrisa una sonrisa soy). El fragmento sexto es una variante parcial de *Cine a văzut o 'nmormântare 'n București* (Quién ha visto un entierro en Bucarest). Los textos ocho, nueve y doce se relacionan con prosas realistas. El fragmento noveno evoca a *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor). El fragmento séptimo está emparentado con *Contrapagină* (El dorso de la página)²⁵¹.

Ah! Dac-aș fi ce am fost (¡Ah! Si fuera lo que fui)

Este texto se encuentra en el manuscrito 2287, 69, y Rusu lo fecha hacia el 1873²⁵². Tanto la investigadora, como Perpessicius, no pueden establecer relación alguna con algún otro texto.

Oceana (Oceana)

El presente texto, del manuscrito 2286, 62-64, y fechado hacia 1872-1873²⁵³, así como el siguiente, están relacionados, según Rusu, con *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original).

²⁵⁰ Ibid., pp. 400-401

²⁵¹ Ibid., p. 401

²⁵² Eminescu, M., *Proză literară*, Editura Minerva, București, 1984, p. 336

²⁵³ Ibid., p. 300

Ei se simțeau inocenți ca-n ziua cea dentăi (Ellos se sentían inocentes como en el primer día)

Se encuentra en el manuscrito 2255, 255, y se relaciona con el anterior.

Naturi catilinare (Naturalezas catilnarias)

El poeta informa a I. Negruzzi el 6 de febrero de 1871 que está trabajando en su novela *Naturalezas catilnarias*²⁵⁴. Según Rusu, el texto se encuentra en el manuscrito 2257, datando los textos en torno a 1870, en las páginas 82-85, 89, 137, 140-142 y 159-160²⁵⁵.

Schema cursului naturei (El esquema del curso de la naturaleza)

Se encuentra en el manuscrito 2287, 29-30, y Rusu lo fecha hacia el 1873²⁵⁶. Es un texto que según la investigadora se podría relacionar con *Archaeus* (Archaeus).

Scrisoarea către Angela (La carta a Ángela)

Se halla en el manuscrito 2280, 28, y Rusu lo data hacia el 1874. Es un texto que relaciona con *Istoria unei lacrimi* (Historia de una lágrima (historia miniatural))²⁵⁷.

²⁵⁴ Perpessicius, Op. Cit., vol. VII, p. 336

²⁵⁵ Rusu, Op. Cit., pp. 108-113

²⁵⁶ Ibid., p. 317

²⁵⁷ Ibid., p. 232

2.2. EL PROBLEMA DE LOS GÉNEROS

Al enfrentarnos a la prosa literaria de Eminescu nos encontramos diferentes tipos de textos. Hallamos cuentos cultos de inspiración folclórica; novela romántica, filosófica, histórica; y prosa literaria que se relacionan con textos periodísticos mediante dos procedimientos: el humor y la ironía. Además, hemos hallado muchos pasajes en los que notamos que su prosa adquiere un ritmo, una musicalidad, unas imágenes y unos efectos poéticos que nos hacen preguntarnos sobre el problema de los géneros. Desarrollemos estos problemas.

2.2.1. LOS GÉNEROS NARRATIVOS UTILIZADOS POR EMINESCU

La etapa del esplendor literario de Eminescu es el momento en el que publica en la prensa periódica su producción literaria, tanto sus poesías como su prosa. Las dos características que queremos destacar son la diversidad de géneros que utiliza y la originalidad.

Los subtítulos que añade a su prosa son representativos. *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima) publicado en primer lugar es un cuento fantástico. Eminescu en *La aniversară. Narațiune originală* (En el aniversario. Narración original) lo llama narración. *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) y *Sărmanul Dionis. Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) de una extensión intermedia son, para Eminescu, novelas. Cada publicación se encuadra dentro de un género diferente y, en ellas, destaca la originalidad que aparece formulada expresamente, en los tres últimos textos, o es evidente en el cuento.

De la prosa que permanece en los manuscritos, según la propia clasificación de Eminescu, tendríamos dos novelas más *Geniu pustiu* (Genio solitario) y *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) También algunos cuentos (*Vasilie finul lui Dumnezeu* (Vasilie el ahijado de Dios), *Frumoasa lumii* (La hermosa del mundo), *Finul lui Dumnezeu* (El ahijado de Dios), *Borta vântului* (El escondite del viento), *Călin nebunul* (Călin, el loco). Y, el resto de los textos, narraciones.

Si comparamos los términos sobre los géneros en diferentes países, según la tabla propuesta por García Berrio, con los que utiliza Eminescu podríamos establecer el siguiente cuadro²⁵⁸:

	Narración corta De tradición oral	Narración corta De tradición literaria	Narración mediana	Narración larga
Castellano	Cuento Historia	Cuento Novela corta	Novela	Novela
Inglés	Tale Story	Short Story	Short Novel	Novel Long Story
Francés	Histoire	Conte Nouvelle Recit	Nouvelle Novelette	Roman
Italiano	Storia Fiaba Favola	Novella	Racconto	Romanzo
Alemán	Märchen Erzählung	Geschichte Kurzgeschichte	Novelle	Roman

Eminescu		Narațiune (narración)	Basm/Poveste	Nuvelă (Novela)
----------	--	-----------------------	--------------	--------------------

Cada denominación corresponde a un registro cultural diferente con una tradición literaria que los respalda. Eminescu otorga el subtítulo de “original” a los textos que publica.

²⁵⁸ García Berrio, A., Huerta Calvo, J., *Los géneros literarios: sistema e historia*, Madrid, Cátedra, 1995, p. 180

No sabemos la razón, pero es evidente que nuestro autor acentúa el hecho de ser el creador. Además, resulta evidente que tiene conciencia de escribir géneros diferentes.

¿Qué significa el apellido “novela” en los textos de Eminescu? Los términos “narración corta, mediana y larga” proceden del italiano *novella*, derivada a su vez del occitano antiguo, *novela*, y del latín, *novellus*, de *novus*, nuevo, joven. El significado originario es, por lo tanto, acontecimiento “reciente”, novedad, noticia, mantenido también hoy en francés, *nouvelle*, la noticia (actual)²⁵⁹.

Novella pasó a designar los textos de longitud intermedia que, según Gerald Gillespie, no tienen gran diferencia de los cuentos o las novelas, y forman, por tanto, una continuidad con confusas zonas limítrofes. La terminología disponible para los románticos era entonces²⁶⁰:

	FORMA BREVE	INTERMEDIA	EXTENSA
Inglés	<i>(hi)story, tale</i>		<i>novel</i>
Español	<i>historia, cuento</i>	<i>novela (sentido arcaico)</i>	<i>novela</i>
Italiano	<i>storia-racconto</i>	<i>Novella</i>	<i>roman</i>
Francés	<i>histoire-conte</i>	<i>Nouvelle</i>	<i>Märchen</i>
Alemán	<i>Geschichte-Erzählung</i>	<i>Nouvelle</i>	<i>Roman</i>

Si problemática es la clasificación de los géneros, también lo es el hecho de diferenciar los actos de habla que dan lugar a los mismos, es decir: “contar”, “narrar” y “relatar”. A partir de la etimología de estas palabras, Castagnino establece la diferencia entre “contar” acción que mantiene su trasfondo numérico, mientras “narrar” es la acción orientada a evocar acontecimientos de forma secuencial, y “relatar” tiene un significado más general y

²⁵⁹ Hess, R., *Diccionario terminológico de las literaturas románicas*, Rainer Hess [et al.]; versión española de José M^a Díaz-Regañón López, Madrid, Gredos, D.L. 1995, p. 63

²⁶⁰ Gillespie, G., “¿Novella, nouvelle, novela [corta], short novel?: una revisión de términos”, Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares (comp.), *Del cuento y sus alrededores*, Caracas, Monte Avila Latinoamericana, 1993, p. 138

menos literario. Los sustantivos “cuento”, “relato” o “narración” heredarán parte del significado de la acción de la que partieron²⁶¹.

Veamos con detenimiento los géneros narrativos utilizados por Eminescu.

²⁶¹ Castagnino, R. H., “Jurisdicciones del Epos: contar, narrar, relatar”, Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares (comps.), *Del cuento y sus alrededores*, Op.cit., pp. 196-205

2.2.2. CUENTOS

El término español “cuento” traduce dos tipos rumanos de narraciones, “basm” y “poveste”. Si empezamos a preguntarnos qué es el cuento, debemos tener en cuenta que éste término se usaba en el Romanticismo para narraciones versificadas, que en Eminescu son frecuentes –valga como ejemplo, *Luceafărul* (El lucero)- o para las que están escritas en prosa y son de carácter popular, legendario o fantástico.

Según el diccionario de narratología, el cuento al constituir, tal como la novela, la novela corta o la epopeya, un género del modo narrativo, es normalmente definido y analizado en conexión con esos géneros narrativos y en particular con la novela. El cuento está enraizado en ancestrales tradiciones culturales que hacían del ritual del relato un factor de seducción y de aglutinación.

Las categorías de la narrativa que de modo más notorio están implicadas en la reducida extensión del cuento son la acción, el personaje y el tiempo. El cuento tiende a la concentración de los eventos: siendo normalmente lineal, sin consentir la inserción de las intrigas secundarias que admite la novela. La acción del cuento fundamenta precisamente en esa concentración y en esa linealidad su capacidad de seducir al receptor. El personaje tiende a ser no una figura compleja sino un elemento estático, que se identifica eventualmente con la categoría de tipo. El personaje puede incluso fundirse con el espacio, componente diegético al que no es posible atribuir un relieve descriptivo muy acentuado. El cuento puede incluir un tiempo diegético más amplio. Predominan en el cuento velocidades narrativas tan reductoras como el sumario y la elipsis, desvalorizándose simultáneamente la pausa descriptiva. El cuento es obligado a instaurar una frecuencia de tipo singulativo. La economía temporal propia del cuento acaba por convertirse en una decisiva característica distintiva²⁶².

Otros autores piensan que el cuento posee una notable indefinición en sus marcas de género: temas muy diversos, fines heterogéneos, origen folclórico o autoral, lenguaje oral o escrito, son algunos polos en torno a los que gira el relato ficcional breve. Precisamente Bobes establece como base de su tipología cuatro oposiciones fundamentales: forma de

²⁶² Reis, C., Lopes, A.C.M., *Diccionario de narratología*, Ángel Marcos de Dios [tr.], Salamanca, Almar, 2002, pp. 49-50

transmisión oral/escrita; el autor: anónimo/conocido; el mundo ficcional: fantástico/verosímil; y origen del tema: tradicional/original²⁶³.

Según Valles Calatrava, debido a una larguísima trayectoria histórica, con sus consiguientes modificaciones, el cuento posee notorias similitudes o relaciones con otras modalidades narrativas breves (mitos, leyendas, fábulas, patrañas, apólogos, etc.) y no ofrece tampoco unos lindes absolutamente definidos respecto a otras modalidades narrativas más extensas (novela corta y novela), por no hablar de su capacidad de intertextualización en estos últimos géneros. Además, establece una serie de rasgos fundamentales del cuento:

a) la necesaria distinción del cuento popular y el literario a partir de su distinto origen (popular/individual), parentesco (literatura/ mito), trayectoria histórica (permanente/desde el siglo XIX), forma de transmisión (oralidad/escritura), tema (tradicional/origen) y autoría (anónimo/conocido).

b) la breve extensión.

c) su surgimiento como una idea, una emoción o una impresión única y singular y su elaboración atendiendo primordialmente a la intención preestablecida de comunicar esa idea.

d) el centramiento de su estructura referencial en lo parcial antes que en la totalidad.

e) economía discursiva y la condensación de la historia narrativa²⁶⁴.

Por otra parte, Estébanez define cuento como relato breve, oral o escrito, en el que se narra una historia de ficción (fantástica o verosímil), con un reducido número de personajes y una intriga poco desarrollada, que se encamina rápidamente hacia su clímax y desenlace final.

Al relato de transmisión oral se le denomina generalmente cuento popular, y sus características son el anonimato de autor y la posible reiteración temática y argumental en diferentes versiones y culturas, dado su origen ancestral, vinculado en muchos casos a tradiciones míticas y folclóricas. Cita a Eliade que comparando mitos con relatos babilónicos, polinesios y ruso-siberianos, encuentra un esquema de argumento similar: “casi todos giran

²⁶³ Bobes Naves, M^a del C., *La novela*, Madrid, Editorial Síntesis, 1993, p. 43

²⁶⁴ Valles Calatrava, J., *Diccionario de teoría de la narrativa*, director, José R. Valles Calatrava; autores, José R. Valles Calatrava, Francisco Álamo Felices; colaboradores, Loreto Cantón Rodríguez [et al.] Salobreña, Granada, Alhulia, 2002, p. 280

en torno a un joven protagonista que debe pasar cierto número de pruebas: si consigue salvar todas estas dificultades, es ya un iniciado; se convierte en un héroe... Raros son los cantos épicos que no incluyen la lucha con el dragón, sea el descenso a los infiernos, sea una muerte seguida de una resurrección milagrosa”.

El cuento de transmisión escrita, aunque en muchos casos tenga sus antecedentes en un relato popular, se diferencia de éste en que el texto aparece ya fijado por la escritura y, por tanto, está más libre de ser alterado o deformado en diferentes versiones o interpolaciones. Algunos críticos aplican a estos relatos el calificativo de literarios; otros, en cambio, reservan dicho apelativo a los cuentos surgidos a partir del Romanticismo.

Con la llegada del Romanticismo surge una brillante generación de narradores, caracterizados por la originalidad creadora, un lenguaje cuidado y sugerente, y a la vez sencillo, la ausencia de intención didáctica y un tono de evasión al mundo de lo fantástico y maravilloso. Entre estos escritores figuran: E.T.A. Hoffmann en Alemania, EA Poe en EE. UU. En España deben destacarse las Leyendas, de Bécquer²⁶⁵ y, en Rumanía, la prosa de Eminescu.

Volviendo a Eminescu, sus textos que englobamos bajo el término de cuentos poseen rasgos de los “basm”. Aquí debemos hacer una precisión terminológica. Posiblemente la diferencia entre “basm” y “poveste” sea la misma que entre cuento fantástico y cuento maravilloso. Según Todorov, hay un fenómeno extraño que puede ser explicado de dos maneras, por tipos de causas naturales y sobrenaturales. La posibilidad de vacilar entre ambas crea el efecto fantástico²⁶⁶. Sin embargo, en la prosa literaria de Eminescu encontramos en numerosas ocasiones una aglutinación de elementos que hacen difícil la catalogación. Así, por ejemplo, en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), además de esa vacilación entre lo natural y lo sobrenatural hay una preponderancia del elemento reflexivo²⁶⁷, sobre todo porque contiene importantes ecos filosóficos.

Lo fantástico, según Todorov, exige el cumplimiento de tres condiciones. En primer lugar, es necesario que el texto obligue al lector a considerar el mundo de los personajes

²⁶⁵ Estébanez Calderón, D., *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 243-246

²⁶⁶ Todorov, T., *Introducción a la literatura fantástica*, México, Premia editora, 1980, p. 24

²⁶⁷ Simion, E., *Proza lui Eminescu*, București, Editura pentru literatură, 1964, p. 296

como un mundo de personas reales, y a vacilar entre una explicación natural y una explicación sobrenatural de los acontecimientos evocados. Luego, esta vacilación puede ser también sentida por un personaje de tal modo que el papel del lector está, por así decirlo, confiado a un personaje y, al mismo tiempo, la vacilación está representada, se convierte en uno de los temas de la obra; en el caso de una lectura ingenua, el lector real se identifica con el personaje. Finalmente, es importante que el lector adopte una determinada actitud frente al texto: deberá rechazar tanto la interpretación alegórica como la interpretación “poética”. Estas tres exigencias no tienen el mismo valor. La primera y la tercera constituyen verdaderamente el género; la segunda puede no cumplirse. Sin embargo, la mayoría de los ejemplos cumplen con las tres²⁶⁸.

De todas formas, Todorov termina afirmando que un texto puede ser fantástico si el lector experimenta en forma profunda un sentimiento de temor y terror, la presencia de mundos y de potencias insólitos²⁶⁹.

Los cuentos maravillosos, según Propp, son los que siguen este breve esquema. Comienzan con una disminución o daño causado a alguien (rapto, expulsión del hogar, etc.), o bien con el deseo de poseer algo (el rey envía a su hijo a buscar el pájaro de fuego) y se desarrolla a través de la partida del protagonista del hogar paterno, el encuentro con un donante que le ofrece un instrumento encantado o un ayudante por medio del cual halla el objeto de su búsqueda. Más adelante, el cuento presenta un duelo con el adversario (en Eminescu el duelo será con ancianas malvadas o dragones), el regreso y la persecución. Con frecuencia, esta composición presenta determinadas complicaciones. El protagonista ya ha regresado a su hogar, sus hermanos le arrojan a un precipicio. Más adelante reaparece, se somete a una prueba llevando a cabo actos difíciles, sube al trono y contrae matrimonio, en su propio reino o en el del suegro²⁷⁰.

Eminescu funde lo fantástico y lo maravilloso creando cuentos con los dos elementos y, de manera innovadora, trasciende los géneros. Nuestro autor recrea estilísticamente temas y motivos del folclore y los organiza de manera propia, es decir, entremezclan lo fantástico y lo maravilloso. Además, y nos los muestra en poesía y/o en prosa, rompiendo los

²⁶⁸ Todorov, Op. Cit., p. 30

²⁶⁹ Ibid., p. 31

²⁷⁰ Propp, V. J., *Las raíces históricas del cuento*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1974, p. 17

encorsetamientos de los géneros. Es decir, su capacidad de innovación le hace trasgredir los géneros literarios. Así, Eminescu utiliza el término “basm” en el título de la narración de Toma Nour; o temas ya folclóricos, como Călin, el loco, ya pertenecientes a tradiciones orientales como *Legenda cântăreșului. Poveste indică* (La leyenda del cantante. Cuento hindú), lo versifica y lo prosifica; o escribe poemas como *Povestea codrului* (El cuento del bosque).

Para Călinescu, el “basm” es un género vasto que supera a la novela porque contiene mitología, ética, ciencia, observaciones morales, etc. Su característica es que los héroes no son solamente hombres, sino también algunos seres homéricos e, incluso, animales. También las fábulas hablan de animales, pero éstas son simples máscaras para diferentes tipos de individuos. Los seres no humanos de los “basm” tienen su psicología y su sociología misteriosas. Ellos comunican con el hombre, pero no son hombres. Cuando en una narración faltan estos héroes homéricos no tenemos un “basm”²⁷¹.

En los cuentos de Eminescu hay rasgos de los “basm”. Si la característica que distingue al “basm” de las demás formas de relato es lo sobrenatural²⁷², en Eminescu encontramos elementos fantásticos sobrenaturales, que simbolizan las fuerzas del bien y del mal en lucha para y contra la felicidad del hombre.

Los cuentos de Eminescu son: *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima), *Călin nebunul* (Călin, el loco), *Frumoasa lumii* (La hermosa del mundo), *Borta vântului* (El escondite del viento), *Finul lui Dumnezeu* (El ahijado de Dios) y *Vasilie finul lui Dumnezeu* (Vasilie el ahijado de Dios).

El origen de sus protagonistas, sus características; sus aventuras e, incluso, sus enemigos presentan elementos sobrenaturales que son rasgos del “basm”.

El tópico más importante de los “basm” es la inteligencia, la fuerza y el valor de los protagonistas. Todas sus virtudes son únicas y el propio narrador se encarga de singularizarlos mediante fórmulas y descripciones. En el cuento *Călin nebunul* (Călin, el

²⁷¹ Calinescu, G., “Introducere”, en *Estetica basmului*, București, Editura pentru literatură, 1965, p. 9

²⁷² Ionescu, Á. C., *Contribución al conocimiento de la estructura de los cuentos tradicionales románicos: el héroe en el cuento popular rumano*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1983, p. 4

loco), el protagonista tiene que entrar en un castillo con una puerta de hierro y el narrador nos cuenta:

Și era o poartă mare de fier, că nu era 'n stare să treacă nime afară de Călin-Nebunul²⁷³.

Por supuesto, todos los protagonistas tienen la característica de ser “voinic”. Este es un término muy difícil de traducir por la multiplicidad de significados. Puede significar valiente, hombrachón, mozo, soldado. Como adjetivo equivale a fuerte, robusto, valiente, vigoroso, fornido, entre otros²⁷⁴. Nosotros decidimos traducirlo como valiente mozo. El emperador del “basm” *Finul lui Dumnezeu* (El ahijado de Dios) llama al protagonista directamente así:

– Voinice! te-i cununa cu fata mea, dar dacă mi-i spune cum dai drumul puterii d-tale²⁷⁵.

Aunque, en general, todos sus protagonistas son “voinici”, Eminescu establece una gradación con los héroes de sus “basm”. Los polos opuestos serían el pobre del cuento *Borta vântului* (El escondite del viento) y el Príncipe Azul de *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima). Mientras que el protagonista del primero era un hombre pobre con mucha descendencia que tiene que enfrentarse a una gran cantidad de contratiempos (el viento se lleva su harina, le roban los objetos mágicos, tiene que luchar contra un emperador y su ejército²⁷⁶); el Príncipe Azul, en cambio, nace entre la realeza y de una manera milagrosa:

²⁷³ Perpessicius, Op. Cit., Vol. VI, p. 333. Y había una gran puerta de hierro, por la que nadie era capaz de pasar excepto Călin, el loco

²⁷⁴ Calciu, Alexandru, *Dicționar român-spaniol*, Alexandru Calciu, Constantin Duhăneanu, Dan Munteanu [autores], București, Editura Științifică și Enciclopedică, 1979, p. 1106

²⁷⁵ Perpessicius, Op. Cit., Vol. VI, p. 354. – ¡Valiente mozo! te casarás con mi hija, pero si me dices cómo liberas tus poderes

²⁷⁶ Perpessicius, Op. Cit., vol. VI, pp. 348-349

Împărăteasa se ridică în toată mărirea ei statură, atinse cu buza ei seacă lacrima cea rece și o supse în adîncul sufletului său. Din momentul acela ea purcese îngreunată²⁷⁷.

El Príncipe Azul es un “voinic”, como el resto de los protagonistas, pero destaca por tener otras cualidades. Tocaba “doinas” y bailaba “horas”, canciones y bailes populares, de tanta calidad que hasta la Naturaleza se quedaba asombrada:

Văile și munții se uimeau auzindu-i cîntecele, apele-și ridicau valurile mai sus ca să-l asculte, izvoarele își turburau adîncul, ca să-și azvîrle afară undele lor, pentru ca fiecare din unde să-l audă, fiecare din ele să poată cînta ca dînsul cînd vor șopti văilor și florilor²⁷⁸.

La traducción del término “Făt-Frumos” también es problemática. Hay muchas otras posibilidades, como por ejemplo, príncipe encantado, príncipe azul, muchacho hermoso, entre otras. Nos hemos decidido por la traducción de Príncipe Azul, aunque no es no es el típico príncipe azul que tiene una actitud pasiva dedicándose únicamente a besar a las princesas. El Príncipe Azul del cuento de Eminescu sobresale por su belleza física y moral que son fuera de lo común. El Príncipe Azul. Al contrario, es tan hermoso como cualquiera de ellos, pero además es activo, busca la aventura, se enfrenta y lucha.

El Príncipe Azul sale en busca de restaurar la justicia, como los protagonistas de los “basm” de Eminescu, pero cuando llega ante el enemigo, éste, encantado por lo que ha oído de él, le ofrece una alianza. El Príncipe Azul, entonces, restaurará la justicia de su aliado. Luchará contra la madre de los bosques para evitar que su nuevo amigo tenga que pagarle el injusto tributo de diez niños. Luchará contra Genar para recuperar a la amada de su aliado. El Príncipe Azul, como los demás valientes mozos, es astuto, valiente, fuerte sin medida, pero a diferencia de ellos, quizá por su diferente origen, por su nacimiento sobrenatural, es distinto. Es un caballero renacentista, es guerrero y cultivado. Lucha contra sus oponentes, pero despierta la admiración por su arte:

²⁷⁷ Perpessicius, Op. Cit., vol. VI, p. 317. La emperatriz se levantó en toda su grandiosa estatura, tocó con sus labios secos la lágrima fría y la sorbió en lo profundo de su alma. Desde el momento aquel ella quedó embarazada

²⁷⁸ Perpessicius, Op. Cit., vol. VI, p. 318. Los valles y las montañas se asombraban oyéndole las canciones, las aguas levantaban sus olas más arriba para escucharle, los manantiales se enturbiaban en el fondo, para arrojar también afuera sus ondas, para que todas le oyeran, cada una de ellas pueda cantar como él cuando vayan a susurrar a los valles y a las flores

Apoi șezură amîndoi în umbră, Domnul cugetînd la tatăl său din cer, și sfîntul Petrea ascultînd pe cugete doina izvorului plîngător²⁷⁹.

Dos tópicos más que encontramos en los cuentos de Eminescu son la lucha y el rescate. Los protagonistas tienen que luchar contra enemigos sobrenaturales, ya sean endriagos o dragones, ya sean ancianas malvadas de los bosques, ya sean emperadores guardianes de bellas princesas. Los protagonistas se ven obligados a luchar contra ellos para rescatar a doncellas.

El Príncipe Azul, de *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima), tiene que luchar contra la madre de los bosques “mama pădurilor” y contra “Genar”. Para ganar a la madre de los bosques, le ayuda de la propia hija de la madre de los bosques con una estratagema, cambiar los toneles de los que se refrescaban los adversarios. Es el personaje femenino el que resuelve el conflicto para el héroe. Para ganar a Genar, el Príncipe Azul necesita la ayuda de Dios, de San Pedro y de la propia hija de Genar.

Los protagonistas de los “basm” *Călin nebunul* (Călin, el loco), *Finul lui Dumnezeu* (El ahijado de Dios) y *Vasilie finul lui Dumnezeu* (Vasilie el ahijado de Dios) tienen encarnizadas luchas contra dragones y endriagos para recuperar a princesas. Seres que tienen varias cabezas. Călin lucha con tres dragones, el primero de tres cabezas, el segundo de cuatro cabezas y el tercero, de ocho. Después para rescatar a la hija mayor del emperador tiene que luchar con endriagos que comen el primero cuatro hornos de pan, el segundo ocho, y el tercero, doce. A todos mata.

En el “basm” *Călin nebunul* (Călin, el loco), encontramos una curiosa estrategia estructural. Călin mata a doce dragones y les corta la lengua. La acción del cuento continúa hasta que al final del relato, las puntas se convierten en un objeto que permite el restablecimiento del orden. El gitano, que se hacía pasar por el asesino de dragones, recibirá su castigo por intentar engañar al emperador.

– Împărate, s' aducă toți smeii, să vezi: este vârful limbilor?

²⁷⁹ Perpessicius, Op. Cit., vol. VI, p. 322. Después se sentaron ambos en la sombra, el Señor pensando en su padre del cielo, y san Pedro escuchando en la meditación la canción popular del manantial lamentándose

A adus și cu adevărat nu era. Atunci el le-a scos și i le-au arătat²⁸⁰.

En los “basm” aparecen animales benéficos que ayudan al protagonista. En *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima), el Príncipe Azul rapta a la hija de Genar con un caballo con siete corazones que había conseguido de una malvada anciana. Este caballo supera a su propio hermano que confiesa a su dueño:

— Nu, zău, răspunse calul, pentru c-a încălecat pe un frate al meu, care are șapte inimi, pe când eu n-am decât două²⁸¹.

Es en este “basm”, además, donde encontramos un elemento popular que Eminescu repite dos veces:

Mi-ai făcut un vine-ți l-am făcut și eu²⁸².

El Príncipe Azul ayuda a dos animales (un mosquito, un cangrejo) y ellos le devuelven el bien ayudándole a recuperar los caballos de los que tenía que cuidar. Curiosamente, son los emperadores de los mosquitos y de los cangrejos.

Al pobre que va en busca del escondite del viento, *Borta vântului* (El escondite del viento), Dios y San Pedro le regalan un burro que al boñigar le hacía rico:

– Na-ți, bade, un măgar. Da să nu zici pân' acasă: măgar baligă-te²⁸³.

²⁸⁰ Perpessicius, Op. Cit., vol. VI, p. 336. – Emperador, que traigan a todos los dragones, para que veas, ¿tienen la punta de las lenguas? Los traje y en verdad no las tenían. Entonces él las sacó y se las mostró

²⁸¹ Perpessicius, Op. Cit., vol. VI, p. 327. — No señor, respondió el caballo, porque cabalga a uno de mis hermanos, que tiene siete corazones, mientras que yo no, sólo tengo dos

²⁸² Perpessicius, Op. Cit., vol VI, p. 324. Me hiciste un bien, te lo devuelvo

²⁸³ Perpessicius, Op. Cit., vol. VI, p. 349. – Coge, hombre, un burro. Y no digas hasta casa: burro boñígate

En conclusión, Eminescu utiliza el género de los “basm” en el que funde elementos folclóricos tradicionales y una elaboración culta personal. Además, mezcla lo fantástico y lo maravilloso con imágenes propias.

2.2.3. NARRACIONES

Entre los cuentos y las novelas se engloban un conjunto de textos que llamaremos narraciones. Se diferencian de los cuentos por la temática y los personajes. Se diferencian de las novelas por la extensión. Son relatos más breves que las novelas y los cuentos. Algunos autores presentan el concepto de anécdotas, nosotros, respetando la denominación de Eminescu, lo llamaremos narraciones.

Según André Jolles, el cuento es un relato en el que, aunque intervienen factores como el punto de vista, distancia o concierto de voces, desempeña un papel primordial la anécdota, lo que demuestra el carácter hipotextual de la misma y su facilidad para integrarse en otras narraciones más amplias ²⁸⁴. Es evidente que los textos de Eminescu son hipotextuales. Hay narraciones, como por ejemplo *Contrapagină* (El dorso de la página), que parecen ser la introducción de otro texto mayor. Algunas son variantes de pasajes incluidos en las novelas. Otras parecen esbozos de futuras novelas.

Por anécdota también define el diccionario de Reis en su segundo significado un texto breve en prosa sobre una particularidad semejante, a menudo vinculado a un desenmascaramiento psicológico y a un humor satírico ²⁸⁵.

En estas narraciones de Eminescu predomina la ironía, recurso que, como veremos en páginas siguientes, es un eje constante en la obra de nuestro autor. Un eje que permite la intertextualidad entre los textos literarios y periodísticos.

Sus relatos muestran, en sus breves páginas, elementos innovadores, como por ejemplo, el hecho de construir un relato en el que hay dos intervenciones que son dos textos epistolares, *Falsificatorii de bani* (Los falsificadores de dinero).

Eminescu consigue ponerse en relación con el lector a través de los episodios autobiográficos. Uno muy concreto es, por ejemplo, el relato *Cînd eram încă la universitate...* (Cuando estaba todavía en la universidad) en que cuenta su rutina. El autor, sin embargo, dejará que trascienda su vida, sus ideas y sus sentimientos en muchos de sus relatos, que al haberlos vivido, provocan una apariencia de mayor realismo. El ambiente de

²⁸⁴ Valles Calatrava, J., Op. Cit., p. 223

²⁸⁵ Hess, R., Op. Cit., p. 5

las tabernas que conoció Eminescu, se refleja en muchos relatos. Así por ejemplo, en *Archaeus* (Archaeus), nos describe una de las tascas:

Îl văd intrînd la Corabia lui Noe. Corabia aceasta este o crîșmă unde se găsește vin unguresc bun. Acolo aveam și eu masa mea de baștină și sara, cînd mi se ura cu cititul și scrisul, mă duceam la mesuța din colțul corăbiei și mi se părea că mă făceam iar copil, că eram în vremea lui Sim, Ham și Iafit²⁸⁶.

La tercera persona del narrador omnisciente aparece en la mayoría de los relatos. En otras ocasiones, esta tercera persona combina con el diálogo directo alternando así el tiempo pasado en la tercera persona y el presente en el diálogo, característico y obligado por la técnica narrativa. No diremos nada más aquí porque del narrador profundizaremos en el próximo capítulo.

En los relatos analizados observamos como algo constante la concisión en la forma y la extensión. Hay relatos que son versiones de otros relatos más extensos, como por ejemplo: *Visul unei nopți de iarnă* (El sueño de una noche de invierno), que se relaciona con *Geniu pustiu* (Genio solitario). Hay relatos que son muy breves, casi descripciones mínimas, como por ejemplo: *Un rîs amar* (Una risa amarga). O textos con temas repetidos en otros textos, pero que en sí mismos son relatos magníficos, como es el caso, por ejemplo de *Umbra mea* (Mi sombra). Todas estas características se verán en profundidad más adelante.

²⁸⁶ Perpessicius, Op. Cit., vol. VII, p. 279. Lo vi entrando al Navío de Noe. El navío es una tasca donde se encuentra buen vino húngaro. Allí tenía también yo mi mesa propia y por la tarde, cuando me cansaba de leer y escribir, iba a mi mesita del rincón del navío y me parecía que me hacía de nuevo niño, que estaba en el tiempo de Sim, Ham e Iafit. [N. T.: Sim, Ham e Iafit eran los tres hijos de Noé. Génesis. 5:32 Y siendo Noé de quinientos años, engendró a Sem, a Cam y a Jafet. A pesar de que siempre se le coloca entre Sem y Jafet, parece haber sido el más joven de los tres (9:32). La Biblia relata cómo Ham observó a Noah borracho y desnudo en su tienda. Él “vio la desnudez de su padre”, lo que implica en el hebreo bíblico un acto sexual o lo violó. *Encyclopaedia Judaica*, Fred Skolnik, editor in chief ; Michael Berenbaum, executive editor, Detroit, Thomson Gale, 2007, vol. 8, p. 290]

2.2.4. NOVELAS

Los cuatro relatos de Eminescu que se consideran como novelas son *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original), *Geniu pustiu* (Genio solitario) y *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă).

De las dos primeras podemos establecer una cronología concreta. *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) apareció publicada en 1873 y *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) en 1876. De las dos siguientes no podemos concretar una fecha de creación, pero *Geniu pustiu* (Genio solitario) y *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) se debieron escribir entre 1868-1871. En cualquier caso, son textos que se encuadran en lo que hemos llamado la etapa de esplendor de Eminescu.

Las influencias que se pueden descubrir en sus novelas provienen de diferentes ámbitos. Simion, en su gran análisis de la prosa de Eminescu, encuadra a *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) como una prosa fantástica y filosófica, como *Umbra mea* (Mi sombra) y *Archaeus* (Archaeus). *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original), también tendría elementos románticos, que según Simion, se describirían una fase concreta del amor romántico. *Geniu pustiu* (Genio solitario), para Simion, es un claro ejemplo de prosa romántica dominada por el tema del demonismo. Por último, *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) sería para el mismo autor un ejemplo de prosa fantástica erudita²⁸⁷. En páginas siguientes, ampliaremos estas informaciones.

2.2.5. LA IRONÍA. CONEXIONES ENTRE SU OBRA PERIODÍSTICA Y LITERARIA

El punto en el que convergen las dos facetas creativas de Eminescu, la literaria y el periodismo- es, en nuestra opinión, la ironía. Este recurso, por tanto, permite examinar la tensión entre sus textos periodísticos y literarios.

Eminescu publicó sus obras literarias en periódicos y dejó en manuscritos el resto de sus textos. La mayor parte de los escritos periodísticos de Eminescu se concentran en “Timpul” (El tiempo), del que fue redactor jefe y en que trabajó incansablemente, como ya

²⁸⁷ Simion, E., *Proza lui Eminescu*, București, Editura pentru literatură, 1964, p. 317

vimos en páginas precedentes. En grandes líneas, los temas que aborda en sus artículos periodísticos van desde teorías y opiniones políticas y económicas hasta problemas culturales, pasando por la educación rumana, la teoría laboral, el problema rural, la monarquía constitucional, observaciones y teorías históricas, la religión, el problema judío, la cuestión del Danubio. Temas, que como veremos más adelante, utiliza en sus prosas literarias. A estas semejanzas temáticas existentes entre la prosa literaria y la periodística, a nuestro juicio, se añade el elemento estilístico de la ironía que sirve como punto de conexión entre ambas.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de ironía? Ante la diversidad de definiciones encontradas, entendemos que no es éste ni el lugar adecuado para crear teorías sobre esta cuestión, ni tenemos el espacio que deberíamos para abarcarlas en su totalidad, sin embargo, debemos establecer alguna definición mínima en cuanto punto de partida.

Si profundizamos en los textos de Eminescu nos damos cuenta de que la ironía que en ellos encontramos es muy cercana a la definición propuesta por Jankélévitch, según el cual, la ironía es la alegría un poco melancólica que nos produce el descubrimiento de una pluralidad; nuestros sentimientos y nuestras ideas deben renunciar a su soledad señorial y aceptar vecindades humillantes; deben cohabitar en el tiempo y en el espacio con la multitud; las novedades confiesan su vejez y sumen en la confusión a los ingenuos; el universo se anima, pero la particularidad se atrofia; y el mundo se llena de variedad al tiempo que se vacía de fervor²⁸⁸.

La ironía en la prosa de Eminescu, tanto en la periodística como en la literaria, se fundamenta en provocar al mismo tiempo melancolía y humorismo. Eminescu crea su obra en un momento de profundo cambio cultural, social y político. Esa transformación social, como demostraremos, queda reflejada en sus obras con tintes irónicos. Esa mezcla de melancolía y alegría, esa conciencia de la pluralidad, de esas vecindades contra las que Eminescu ironiza, la podemos encontrar en la concreción del universo en el panorama político que le toca vivir.

Lumea asta ar mai trece ea daca toate păsurile și toate nenorocirile ți s-ar întâmpla încai *sans phrase*. Daca ți se-ntîmplă fericirea de-a muri, ea e unită cu

²⁸⁸ Jankélévitch, *La ironía*, Madrid, Taurus, 1986, p. 34

neplăcerea că unuia din preinșii amici îi va veni mîncărime de limbă și-ți va ținea la căpățîi un discurs cît toate zilele; dacă te lovește vreo nenorocire, părerea de rău ale cunoscuților, după cari în genere se ascunde părerea de bine, îți mai îngreuează încă sarcina vieții. Nu a fost lipsit de isteție muritorul acela care, pentru înția dată, a observat că soarta nu este numai rea, ci și răutăcioasă: că ea n-aduce numai suferințe, ci te ironizează totdeauna într-un chip oarecare pe cînd ți le dă.

Astfel s-a constatat de cătră chiar organele guvernului că învățămîntul merge foarte rău²⁸⁹.

Ballart afirma que toda ironía debe satisfacer una serie mínima y cerrada de condiciones con todos y cada uno de los siguientes rasgos: 1) un dominio o campo de observación; 2) un contraste de valores argumentativos; 3) un determinado grado de disimulación; 4) una estructura comunicativa específica; 5) una coloración afectiva, y 6) una significación estética²⁹⁰. Son condiciones que se encuentran abundantemente en los textos de Eminescu. El comentario de la situación contextual socio-histórica de la Rumanía del siglo XIX es el campo de observación de nuestro autor. El contraste lo suele conseguir presentando argumentos contrarios para posicionarse dentro de los postulados conservadores. Su objetivo es la transmisión de una ideología, o de un posicionamiento estético, que subyace bajo la ironía y siempre con una coloración afectiva. Los pasajes más significativos son aquellos en los que ironiza a los miembros del partido contrario, los rojos o liberales. Valga el siguiente texto como ejemplo:

Pardon. Nici noi n-am zis că nu există liberali în Moldova, ci că nu există roșii. *Distinguendum est*. Sub liberali înțelegem pe aceia cari vor realitatea sistemului parlamentar, sub roșii însă înțelegem acea demagogic flămîndă și pretinsă liberală care, în opoziție fiind, înjură pe Vodă și pe miniștri, iar, băgați odată la stăpîn, sînt cei mai tîrîtori, cele mai servile instrumente. Stîlpii de cafelele ai Bucureștilor, vînzători de bilete a cîntărețelor de la Ionescu, directori de bancă și șefi la divizia instrucției publice cu patru clase primare, advocați de mîna a doua deveniți directori de drum de fier, iată roșii. Această masă neagră de nulități invidioase care se simte insultată prin existența oricărei inteligențe superioare, oricărui caracter superior, oricărui merit superior — aceștia sînt roșii. Partid care,

²⁸⁹ Perpersicius, Op. Cit., vol XI, p. 239. Este mundo te dejaría de importar si todos los progresos y todas las desgracias te sucedieran al menos sans phrase (sin palabras). Si te sucediera la felicidad de morir, ella está unida al disgusto de unos falsos amigos que tendrán ganas de hablar y pronunciar en tu cabecera un discurso como siempre, si te golpea una desgracia, las lamentaciones de los conocidos, tras las que se esconde su alegría, te dificultarán todavía más el peso de la vida. No estuvo faltar de ingenio el mortal aquel que, por primera vez, observó que el destino no sólo es malo, sino también malvado: que no sólo trae sufrimiento, sino que ironiza siempre de una manera determinada mientras te lo da.

De esta manera han constatado también los órganos de gobierno que la educación va muy mal

²⁹⁰ Ballart, P., *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994, p. 311

Începînd de la d.C.A. Rosetti, cereau funcții de la ministrul Catargiu, unii pentru ei, alții pentru rudele lor, partid pe care-l desființezi din momentul în care ai umplut gura partizanilor cu cîte un oscior²⁹¹.

Según Booth, hay procedimientos literarios que mediante la antífrasis, es decir, el doble sentido caracterizado por la oposición, producen ironía. Nombra sin profundizar los actos de engaño deliberado, como la lisonja, las hipérboles y los eufemismos; y destaca tres figuras: la metáfora, la alegoría y fábula, y los juegos de palabras²⁹². Estas figuras retóricas se encuentran frecuentemente tanto en su prosa literaria, como en sus artículos políticos.

Una din frazele favorite ale demagogiei noastre, pusă chiar în gura M.S. Domnitorului în mesajul de închidere a Corpurilor legiuitoare, e aceea că în tot timpul războiului și în urmă, pe cît ținu ocupațiunea rusească, libertățile publice n-au fost defel înlăturate prin stare de asediu, ci toți am urmat a ne bucura de toate drepturile publice și private.

Caz nemaipomenit în altă țară, strigă rușii.

De mirare lucru ca tocmai guvernul nostru să aibă atîta dibăcie și circumspecțiune, atîta tact și cumpătare încît în timpuri cu totul extraordinare să n-aibă defel nevoie de măsuri extraordinare²⁹³.

La ironía de Eminescu, a través de metáforas y comparaciones, provoca una crítica ácida y amarga de la sociedad.

Trăim într-adevăr într-o vreme anemică, cu sufletul în gură, vreme bătrînă ca o cochetă spoită și fără de inimă. În așa vreme și din secta rusească mai sus

²⁹¹ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, p. 271. Perdón. Tampoco nosotros hemos dicho que no existan liberales en Moldavia, sino que no existen rojos. Distinguendum est (hay que distinguir). Por liberales entendemos a los que quieren la realidad del sistema parlamentario, por rojos en cambio entendemos aquel demagógico malcomido y presunto liberalismo que, estando en la oposición, insulta al Príncipe y a los ministros, y ricos una vez señores, son los más rastreros, los más serviles instrumentos. Los pilares de los cafés de Bucarest, vendedores de entradas de los cantantes de Ionescu, directores de los bancos y jefes de la división de la instrucción pública con cuatro clases de primaria, abogados de segunda fila se convierten en ejecutivos del ferrocarril, estos son los rojos. Esta mesa negra de nulidades envidiosas que se sienten insultados por la existencia de cualquier inteligencia superior, de cualquier carácter superior, de cualquier mérito superior – estos son los rojos. El partido que, surgiendo de C.A. Rosetti, pide funciones del ministro Catargiu, unos para ellos, otros para sus familiares, partido que lo han anulado desde el momento en el que llenaron la boca a los partidarios con algún huesecillo

²⁹² Booth, W., *Retórica de la ironía*, Madrid, Taurus ediciones, 1986, p. 50

²⁹³ Perpessicius, Op. Cit., vol X, p. 218. Una de nuestras frases favoritas de nuestra demagogia, puesta incluso en boca del MS Gobernante en el mensaje de clausura de los Cuerpos legisladores, es que a lo largo de la guerra y al final, cuanto duró la ocupación rusa, las libertades públicas no han sido en absoluto eliminadas por el sitio, sino que todos tenemos que alegrarnos de todos los derechos públicos y privados.

Caso extraordinario en otro país, gritan los rusos.

Hecho sorprendente que justo nuestro gobierno tenga tanta habilidad y circunscripción, tanto tacto y moderación que en estos tiempos, a pesar de ser extraordinarios, no necesiten medidas extraordinarias

pomenită se poate face ceva; ea e preferabilă perversității nude și va fi apreciată, dar —în parantez fie zis— în măsură cu modestia ei.

Dacă „Presa” voiește să-și reafle orizontul câtă neapărat să se aboneze la câteva ziare englezești. Expoziția din Australia? Hei? Ce ziceți? Nu vă surîde? Ce mai frumos subiect pentru un articol de fond! Lăsați opoziția să fie opoziție, căci, dac-o treziți, vă asigurăm că nu paguba ei va fi²⁹⁴.

Como afirma Gullón, el cambio de metáfora proporciona una nueva percepción de la realidad²⁹⁵ y así se logra la ironía.

Eminescu utiliza la ironía, como también hará con los temas, de una manera transversal en todos los géneros en los que escribe. Con comparaciones como las anteriores, el poeta ironiza contra sus críticos:

Critici voi, cu flori deșerte,
Care roade n-ați adus-
E ușor a scrie versuri
Când nimic nu ai de spus²⁹⁶.

Otras formas que provocan esa ironía son las interpelaciones directas al lector, las preguntas retóricas y las interrogaciones rítmicas. Valga como ejemplo, entre otros muchos:

Prin ce să însemneze? Prin avere? N-au. Prin învățătură? N-au. Prin iubire de muncă? Asemenea nu. Prin inteligență înăscută măcar? Nici prin aceasta.

Ce le lipsește dar? Totul, afară de număr și un organizator.
Numărul îl aveau, organizator au aflat în d. C.A. Rosetti.²⁹⁷

²⁹⁴ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, p. 418. Vivimos en verdad en un tiempo anémico, agónico, tiempo anciano como una coqueta encalada y sin corazón. En estos tiempos también de la secta rusa arriba mencionada se puede hacer algo; es preferible a las simples perversidades y será apreciada, pero - en paréntesis sea dicho - en la medida de su modestia.

Si la “Prensa” quiere volver a hallar el horizonte intente necesariamente suscribirse a algunos periódicos ingleses. ¿La exposición en Australia? ¿Vamos? ¿Qué os parece? ¿No os hace sonreír? ¿Hay un tema más hermoso para un artículo de fondo! Dejad que la oposición sea oposición, porque, si la despertáis, os aseguramos que no será en perjuicio suyo

²⁹⁵ Gullón, G., *El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976, p. 113

²⁹⁶ Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., pp. 430-431 Críticos, con flores estériles, / que no han llevado nunca frutos- / es muy fácil escribir versos / cuando nada que decir tienes

²⁹⁷ Perpessicius, Op. Cit., p. 205. ¿Por qué son importantes? ¿Por su fortuna? No tienen. ¿Por su cultura? No

Interesante es la aportación de Schoentjes al estudiar la ironía romántica, porque, parafraseando la primera cita que presenta de Schlegel, Eminescu también tiene ironía romántica²⁹⁸. Para Schlegel, la filosofía es la verdadera patria de la ironía, que podría definirse como la belleza lógica: pues siempre que se filosofa en diálogos hablados o escritos es necesario producir y exigir ironía (Lyceum, 42)²⁹⁹. Eminescu, como buen romántico que es, introduce diálogos irónicos como el que siguen dentro de su artículo:

NAIVITĂȚI RADICALE

Într-o ședință a Camerei, citindu-se un proiect de lege în care venea cuvântul „chip”, un filolog radical exclamă indignat:

Filologul: Ce fel, „chip”? Asta-i o *bazaconie* slavonă! Să se înlocuiască imediat cu un alt sunet radical!³⁰⁰

El hombre, según Schlegel, vive en un mundo de contradicciones inquietantes que intenta organizar y de apresar en su unidad para reducir su angustia existencial. Pero sus tentativas están destinadas al fracaso, porque si el espíritu llega a ser el Absoluto, entonces es incapaz de aprehenderlo³⁰¹. Las contradicciones y la corrupción que encuentra Eminescu en la sociedad, contradicciones con que ironiza, provocan su queja y la impotencia ante las mismas.

Și când te gîndești că acești *revoluționari români* trăiesc, indirect cel puțin, din buget, din banii noștri, ai fiecăruia din noi, din sudoarea țăranului și a breslașului, devenită reversibilă, când te gîndești că va veni momentul când trei

tienen. ¿Por amor al trabajo? Algo semejante no. ¿Por lo menos, por inteligencia innata? Ni por eso.

¿Pero, qué les falta? Todo, menos número y un organizador.

El número lo tienen, organizador lo han encontrar en el Sr. C.A. Rosetti

²⁹⁸ Schoentjes, P., *La poética de la ironía*, Dolores Mascarell [trad.], Madrid, Cátedra, 2003, p. 87

²⁹⁹ *Ibid.*, p. 88

³⁰⁰ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, p. 44

ESTULTICIAS RADICALES

En una reunión de la Cámara, leyéndose un proyecto de ley en el que aparecía la palabra "chip", un filólogo radical exclama indignado:

Filólogo: ¿Cómo "chip" (imagen)? ¡Eso es una extravagancia eslava! ¡Que se cambie inmediatamente por otro sonido radical!

³⁰¹ Schoentjes, P., Op. Cit., p. 90

sau patru din aceste scule vor trăi direct din buget, prin moștenire de pensie, iar ceilalți ocupînd cîte 3—4 funcții plătite...?! Iată pe ce mîni o s-ajungă statul român!
*O tempora, o mores!*³⁰²

Schoentjes propone dos procedimientos de la ironía romántica, la ruptura de la ilusión (como por ejemplo la torpeza o la mala intención de un tercero) y el distanciamiento crítico (autores, obrero y juez)³⁰³. En el caso de Eminescu, el contexto político es el que rompe cualquier posibilidad de ilusión:

Ne pare rău că trebuie să caracterizăm atît de aspru *self-governmentul* nostru; dar, din nefericire, așa este, și împotriva evidenței orice iluzie e zadarnică³⁰⁴.

Eminescu se siente obrero y juez de su propia obra y, mediante la ironía, consigue un distanciamiento del mundo que le desilusiona y que le resulta indiferente:

În fine, dacă veți vedea că n-am *fond* și voi să mă susțin numai cu *creditul personal* (ca mulți alții) sau cu *furtul de prin* alții (asemenea ca mulți) – dă[-mă] mata de gol pe mine, cum n-ai dat pe alții și dă [-mi] prin verdictul matale deplină *carte de calicie*.

V-aș fi scris mai mult, dar... la ce să vă supăr mai mult cu cartea de vizită a *unui om*, cînd grija [ma]tale cea mare ești mata însuși... Îmi permit numai [a] mă subsemna al domniei-voastre
amic or[i] inamic — toute-egale³⁰⁵.

³⁰² Perpessicius, Op. Cit., vol XI, pp. 195-196. Y cuando piensas que estos revolucionarios rumanos viven, indirectamente por lo menos, del presupuesto, de nuestro dinero, del de cada uno de nosotros, del sudor del campesino y del artesano, transformación reversible, cuando piensas que llegará el momento cuando treinta y cuatro de estos instrumentos vivirán directamente del presupuesto, por herencia de pensión, y los otros ¿ocupando 3—4 funciones pagadas...?! ¡Estas son las manos a las que llegará el estado rumano!
O tempora, o mores!

³⁰³ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, pp. 96-101

³⁰⁴ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, p. 190. Lamentamos que debemos caracterizar tan duramente a nuestro autogobierno, pero, por desgracia, así es, y contra la evidencia ¡cualquier ilusión es inútil!

³⁰⁵ Eminescu, M., *Opere*, en Perpessicius [ed.], București, Fundația pentru literatură și artă, 1977, vol VII, p. 319. En fin, si consideran que no tengo fondo y me voy a mantener sólo con el crédito personal (igual que muchos otros) o con el robo de otros (es decir, como muchos) –me doy a usted vacío, como no me he dado a otros y deme en su veredicto pleno libros de pobreza.

Le hubiera escrito mucho más, pero... por qué se va a enfadar tanto con la tarjeta de visita de un hombre, cuando su preocupación más grande es usted mismo... Me permito sólo firmar como suyo, amigo o (enemigo) –da igual

Schoentjes recoge la definición de Szondi sobre la ironía romántica. El tema de la ironía romántica es el hombre aislado, convertido en su propio objeto y privado por la conciencia del poder de obrar. Él aspira a la unidad y a la infinitud, y el mundo se le presenta como con fisuras y agotado. Lo que llamamos ironía es el intento de endurecer su situación crítica por medio del retroceso y de la inversión³⁰⁶.

Dar spiritul omenesc se întreabă: care este aspectul resumător, care este esența fenomenelor? Ce este lumea?

Știința care ne vorbește de acea unitate a forțelor ne răspunde la aceste întrebări: este *mișcarea*; lumea este mișcare pornită și întreținută. "Mișcare — iată cuvântul cel din urmă al științei exacte — mișcare totdeauna și pretutindeni, o stare de perpetuă năzuință, de vecinic nerepaos. Aci spiritului omenesc se impune iar un șir de întrebări mari:

"Mișcarea" ce e? Mișcare cătră ce și la ce? De ce mișcarea, năzuința mea proprie la cercetare? La ce știință? Pentru ce toate acestea?... În fine întrebarea care le rezumă pe toate celelalte: pentru ce acest *pentru ce* al omului?³⁰⁷

La narratividad de sus textos radica en relaciones duales, personajes-narrador y entre autor-lector, que es completamente nueva en la literatura rumana, y que permite articular la realidad y la ficción. Hecho que, como veremos, nos permite pensar en Eminescu como el creador de la novela rumana moderna. La ironía, que se puede encontrar tanto en su producción literaria como en su obra periodística, es uno de los elementos más innovadores de su prosa.

La ironía le sirve a Eminescu para dos objetivos: desde una perspectiva externa, para ofrecer una visión del mundo en el que se encuentra; desde una perspectiva más interna, para sellar con el lector la confesión íntima. De hecho llega a integrar la intervención irónica

³⁰⁶ Schoentjes, P., Op. Cit., p. 271

³⁰⁷ Perpersicius, Op. Cit., vol XI, pp. 407-408. Pero el espíritu humano se pregunta: ¿cuál es el aspecto esencial, cuál es la esencia de los fenómenos? ¿Qué es el mundo?

La ciencia que nos habla de aquellas unidades de las fuerzas nos responde a estas preguntas: es el movimiento; el mundo se está moviendo continua y constantemente. "Movimiento" — esta es la palabra final de las ciencias exactas - movimiento siempre y en todas partes, un estado de añoranza perpetua, de eternos sin descansos. Aquí el espíritu humano se impone de nuevo una lista de grandes preguntas:

"Movimiento" ¿qué es eso? ¿Movimiento hacia qué y por qué? ¿Por qué movimiento es mi propio anhelo de investigación? ¿Para qué la ciencia? ¿Por qué todo esto? ... En fin, la pregunta que resume todas las demás: ¿Por qué este? ¿por qué el hombre?

dentro del propio acto creador. Eminescu interpela directamente al lector con comentarios sobre el proceso mismo de escritura, de lectura, de edición, etc., es decir, en términos de narratología, que veremos en páginas siguientes, nuestro autor utiliza la metalepsis.

Para la perspectiva externa, Eminescu principalmente como arma de ataque contra la política liberal. Lo no escrito, lo no dicho es el fundamento de la ironía de Eminescu: el relato se posiciona en una clara definición moral e ideológica. Nos da a entender que es falso no lo que dice, sino lo que otros piensan o hacen. Es muy frecuente que Eminescu muestre lo que otros hacen ejemplificando con la fórmula de la presentación:

lată ce zice ingeniosul nostru adversar³⁰⁸.

Las comparaciones que hace con los políticos europeos son ilustrativas, como por ejemplo:

După cît știm rezultatul alegerilor acestora îl interesează foarte mult pe d. Brătianu, care a sosit anume de la Măgura spre a asista la triumful vechei sale idei privitoare la emiterea de bani de hîrtie. Napoleon I, în campania sa din Rusia, se ocupa cu statutele teatrului francez; d. Brătianu, în mijlocul preocupărilor crizei interne și a complicațiilor esteriore, gîndește la alegerea personalului băncii. Așa sînt oamenii mari; la toate celea se gîndesc deodată³⁰⁹.

En sus textos encontramos una ironía cruel contra la condición humana en general, las clases sociales que conforman la sociedad o, incluso, como ocurre en la *Satira III* (Carta III), contra otros pueblos:

Bulgăroi cu ceafa groasă, grecotei cu nas subțire³¹⁰.

Mediante el patetismo, su ironía se convierte en duras acusaciones hacia los gobernantes:

³⁰⁸ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, p. 418. He aquí lo que dice nuestro ingenioso adversario

³⁰⁹ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, p. 250. Después de que conocemos el resultado de estas elecciones le interesa mucho al Sr. Brătianu, que bajó de Măgura para asistir al triunfo de sus viejas ideas referentes a la emisión de dinero en papel. Napoleón I, en su campaña de Rusia, se ocupaba de los estatutos del teatro francés; D Brătianu, en medio de las preocupaciones de la crisis interna y las complicaciones exteriores, piensa en la elección del personal del banco. Así son los grandes hombres, en todo esto piensan a la vez

³¹⁰ Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., pp. 386-387

Dar — vai, fatalitate! — orele 5 sună, ședința ar trebui prelungită, când iată că d. Stolojan se suie la tribună pentru a citi mesajul prin care onorabilii sînt trimiși la primblare pînă la toamnă.

Mai răsuflă Bucureștii pîn-atunci!³¹¹

O acusaciones, bastante frecuentes, por otra parte, contra los miembros del partido liberal, los rojos:

Cînd, așadar, pentru o singură funcție abia e de ajuns un om, ce vom zice cînd vom vedea genii universale din partidul roșu ocupînd cîte 4-5 funcțiuni?³¹²

Eminescu con ironía, siempre preocupado con la situación contextual, aboga por la búsqueda de virtudes, denunciando lo que ve defectuoso, como en este ejemplo en el que critica la burocracia y a los gobernantes:

Toată inteligența și toată capacitatea țării s-ar concentra într-o numeroasă biurocrație către care țara s-ar îndrepta neconținut ochii, mulțimea pentru a primi ordinele și direcțiunea; oamenii capabili sau lacomi pentru a obține înaintare personală.

Acest tablou ipotetic făcut de autorul englez e trăsătură cu trăsătură portretul țării noastre.

Dacă însă un asemenea pericol există chiar pentru o veche țară parlamentară ca Engllitera, bogată, industrială, c-o puternică clasă de mijloc, ce să mai zicem de noi, unde guvernul este totul, țara nimic³¹³.

Dentro de la ironía social, los judíos son el centro de algún motivo de crítica y de ironía. Es cierto que en algún artículo clarifica la relación y la historia de los judíos en Rumanía, como se puede ver en diferentes artículos, sobre todo entre mayo y agosto de 1879, como por ejemplo el artículo “Cestiunea izraelită” (“Timpul”, el 24 de mayo, y el 12, 13, 14,

³¹¹ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, p. 130. Pero - ¡oh, fatalidad! – suenan las 5, la reunión deberá ser alargada, cuando he aquí que el Sr. Stolojan se sube a la tribuna para leer el mensaje en el que los honorables son enviados a pasear hasta el otoño.

¡Suspira con alivio Bucarest hasta entonces!

³¹² Perpessicius, Op. Cit., vol XI, p. 177. Cuando, por lo tanto, para una única función es suficiente un hombre, ¿qué diremos cuando veamos genios universales del partido rojo ocupando cada uno 4-5 funciones?

³¹³ Perpessicius, Op. Cit., vol XI, pp. 87-88. *Toda la inteligencia y toda la capacidad del país se concentra en una numerosa burocracia hacia la cual el país dirige constantemente sus ojos, multitud para recibir las órdenes y la dirección, personas capaces o codiciosas de obtener el progreso personal.*

Este cuadro hipotético hecho por el autor inglés es trazo a trazo el retrato de nuestro país.

Pero si un peligro semejante existe incluso para un viejo país parlamentario como Inglaterra, rico, industrial, con una poderosa clase media, ¿qué podemos decir de nosotros, donde el gobierno es todo, el país nada

21 de junio de 1879)³¹⁴; sin embargo, nosotros no nos detendremos en cuestiones ideológicas, sólo analizaremos este hecho desde el punto de vista irónico. Si Eminescu fue antisemita o fascista, nosotros no podemos saberlo. La personalidad de Eminescu ha sido manipulada a lo largo de los sistemas gubernamentales posteriores. Fue nacionalista, como lo fueron todos los escritores románticos. Criticó a todos los estamentos de la sociedad y lo hizo con ironía. Fue irónico con los judíos, igual que con los aristócratas, o con algunos miembros, incluso, del partido conservador del que formaba parte, o con la juventud, o con el clero ortodoxo. Todo lo anterior lo critica con ironía porque lo que él buscaba era la solidaridad y la justicia social. Un ejemplo de esa auténtica reivindicación la encontramos en la ironía que vierte sobre la cuestión del trabajo:

A nu munci și a nu avea – just. A nu munci și a avea – superb! / A munci
ca mine și a nu avea – deplorabil! / A munci și a avea – just³¹⁵.

En la prosa literaria Eminescu retrata el carácter judío con la dramática historia de Hagar, joven judía vendida por su propio padre a un cristiano. El matrimonio por conveniencia es un tema de la literatura universal, reflejo de un hecho que se da incluso hoy en día en la sociedad europea. Sin embargo, lo trata con ironía:

-Și de ce un, ginere? Pentru c-am vîndut pe Hagar creștinului? Ți-oi plăti
pentru c-am vîndut femeia ta-și nu este Hagar a mea în turn? Sărmana Hagar!³¹⁶

Por otra parte, desde una perspectiva interna, Eminescu mediante la ironía, y siempre preocupado con la situación contextual, muestra su lado más íntimo. La propuesta de determinadas virtudes que él considera necesarias para mejorar lo defectuoso que le rodea es una confesión de sus propios valores personales.

Eminescu critica el alejamiento de los valores auténticos de los religiosos ortodoxos

³¹⁴ Perpessicius, Op. Cit., vol X, pp. 239-256

³¹⁵ Eminescu, M., *Opere politice*, Popescu B., Popescu P. D. [eds.], Iași, Timpul, 1999, v. 1, p. 11. No trabajar y no tener -justo. No trabajar y tener -¡soberbio! / Trabajar como yo y no tener-deplorable / Trabajar y tener - justo

³¹⁶ Perpessicius, Op. Cit., vol. VII, p. 239. — ¿Y por qué no, yerno? ¿Porque vendí a Hagar al cristiano? Te voy a pagar porque vendí a tu mujer — ¿y no está mi Hagar en la torre? ¡Pobre Hagar!

a través de la ironía, como podemos ver en el artículo “Nu ne îndoim”³¹⁷. Un ejemplo de esta ironía la encontramos en el relato *Parintele Ermolachie Chisăsiță* (El padre Ermolachie Chisăsiță):

Despre neeficacitatea duioșilor sale religioase era convins³¹⁸.

Eminescuparece elevar un compromiso con la verdad para conseguir una confesión íntima con el lector. El narrador de la prosa literaria asume una perspectiva más interna que el narrador de artículos periodísticos. Desde el título de la novela *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), notamos la ironía porque el pobre protagonista asume la impotencia del héroe de estar a la altura de sus elevadas aspiraciones. Quizá sea una autoironía del propio Eminescu disfrazada de narración. La condición del pensador es ironizada también en la última parte de *Memento mori*:

Și cînd cred s-aflu-adevărul mă trezesc-c-am fost poet³¹⁹.

El relato literario más irónico posiblemente sea *Contrapagină* (El dorso de la página). El registro ceremonioso “am avut onoarea” es destrozada por la autoironía “facatoare de época”, escritores de crónicas. Como en la prosa periodística hay una tensión entre los valores auténticos y el contexto socio-histórico, su humildad frente a la mediocridad de los gobernantes. Eminescu muestra toda su originalidad mediante fórmulas como “ni luam libertatea”, una clara forma irónica, que sirve de contraposición ante el honorable público. Además, gráficamente presenta dos columnas que mantienen una relación irónica entre esencia y apariencia, entre verdad e ilusión, entre lo espiritual y lo material, realidad e imaginación. Él mismo se incluye en este juego, creando una autoironía cuando el propio Eminescu se describe como folletinista.

Astfel d. e. s-a-ntâmpat ca doamna Lume să dicteze
M. E.
feuilletoniste ennuyant
și d. Destin să scrie:

³¹⁷ Perpessicius, Op. Cit., vol. XI, pp. 324-325

³¹⁸ Perpessicius, Op. Cit., vol. VII, p. 301. Sobre la ineficacia de sus mansos religiosos estaba convencido

³¹⁹ Eminescu, M., *Poezii*, Iași, Editura Junimea, 1990, p. 335

M. E.
Sufler de Teatru³²⁰

Hay una ironía evidente al incorporar fórmulas vacías, como la de los textos jurídicos, que no aportan ningún significado.

Sfîrșesc prin a *nu* vă săruta mîna, pentru că oricît de mic sînt eu și oricît de mare ești mata, totuși celei mai mari părți a matali îi pare bine să fie egală cu mine, adică egale între sine, pentru că și eu fac parte din partea cea mare a matali, care parte voiește suspomenitul lucru, după părerea unora din ai matali, necuviincios³²¹.

Además del lenguaje jurídico, ironiza también con fórmulas que se encuentran en crónicas, prensa y textos filosóficos. “Gura lumei” (La boca del mundo), término irónico con el que se refiere al periodismo, es abiertamente criticada en varias ocasiones por Eminescu. Mediante la ironía y el eufemismo, nuestro autor transforma lo catastrófico en sorprendente.

Diferența caracteristică, specifică și esențială, între Lume și Gura lumii e frapantă:
[lum]ea în genere e bună, gura lumii e rea
[lu]mea e dreaptă, gura lumii nedreaptă
[lu]mea e eternă aceeași, gura lumii pe fiecă zi alta
*** diferența dintre lume și gura ei e aceea dintre conștiință și [v]orbă —
între fond și formă — între materia eternă și corpul trecător³²².

Eminescu también ironiza sobre otros autores que no sienten ninguna preocupación por el conocimiento de la tradición cultural rumana.

Ba pentru că limba noastră cam veche, cu sintaxa ei frumoasă, dar grea,
cu multele ei locuțiuni îi cam jena pe prietenii noștri, am dat-o de o parte și am

³²⁰ Perpessicius, Op. Cit., vol VII, p. 317 De este modo, por ejemplo ha sucedido que la señora Mundo dicte: M. E. folletinista aburrido (molesto) y el señor Destino escriba: M. E. Apuntador de Teatro

³²¹ Perpessicius, Op. Cit., vol VII, p. 318 Termino no sin saludarle, porque por muy pequeño que yo sea y por muy grande que sea usted, sin embargo a la mayor parte de usted le parece bien ser igual a la mía, es decir, iguales entre sí, porque también yo formo parte de la parte mayor de usted, cuya parte quiere el arriba mencionado cosa, según la opinión de algunos de los suyos, descarada

³²² Perpessicius, Op. Cit., vol VII, p. 317 La diferencia característica, específica y esencial, entre el Mundo y la Boca del mundo es sorprendente: el Mundo en general es bueno, la Boca del mundo es mala; el Mundo es justo, la Boca del mundo injusta; el Mundo es eternamente el mismo, la Boca del mundo cambia de un día para otro
*** la diferencia entre el mundo y su boca es la de entre conciencia y palabra, entre fondo y forma -entre materia eterna y cuerpo efímero

primit o ciripitură de limbă păsărească cu sintaxa cosmopolită, pe care cineva, dacă știe nițica franțuzească, o învață într-o săptămână de zile. Bietul Varlaam, mitropolitul Moldovei și al Sucevei,... și-ar face cruce creștinul auzind o păsărească pe care poporul, vorbitorul de căpetenie și păstrul [-păstrătorul, n.a.] limbii n-o înțelege. Dar Varlaam era un prost. În zilele noastre nici membru la Academie n-ar putea să fie³²³.

La ironía, como hemos visto, es un mecanismo utilizado por Eminescu en su prosa, tanto en la literaria como en la periodística. Es el recurso por el que critica su contexto histórico-social, lo exterior, y por el que nos manifiesta su ideología, su mundo interior. Es uno de los elementos más innovadores de su prosa.

³²³ Perpessicius, Op. Cit., vol. X, p. 394. Que nuestra lengua sea algo antigua, con su sintaxis hermosa, pero difícil, con sus abundantes locuciones como que les molesta a nuestros amigos, la dejé y recibí un trino de lengua artificial con sintaxis cosmopolita, a la que alguien, si sabe un poquito de francés, lo aprende en una semana. El pobre Varlaam, arzobispo de Moldova y de Suceava,... se santiguaría el cristiano oyendo lo artificial que el pueblo, el hablante modélico y el guardián [-conservador, mejor dicho] de lenguas, no entiende. Pero Varlaam era un tonto. En nuestros días ni siquiera miembro de la Academia podría ser. [N. T.: Varlaam es uno de los fundadores de la lengua rumana literaria]

2.2.6. LA PROSA DE EMINESCU ¿PROSA POÉTICA?

Comenzamos este apartado con una cita de Perpessicius:

Ca și în poezie, Eminescu posedă un număr egal de coarde la lira sa de prozator literar³²⁴.

En 1861 Baudelaire escribe su libro *Pequeños poemas en prosa* y en la carta “A Arsene Houssaye”, con la que comienza la obra, comenta unas palabras que podemos aplicar a muchos textos que hemos analizado de Eminescu:

(...) una pequeña obra de la que no podría decir, sin pecar de injusto, que no tiene ni pies ni cabeza, puesto que toda, por el contrario, es al mismo tiempo cabeza y pies, alternativa y recíprocamente. Considere usted, se lo ruego, cuán admirables comodidades nos ofrece a todos, a usted, a los lectores y a mí, esta combinación. Podemos cortar cuando queramos; yo mi ensueño, usted el manuscrito, su lectura los lectores; porque no hago que la indócil voluntad de estos penda del interminable hilo de una intriga superfin. Arranque usted una vértebra, y los dos trozos de esta tortuosa fantasía se unirán sin trabajo. Redúzcala usted a pequeños fragmentos, y verá que cada cual puede existir por sí solo³²⁵.

Gautier decía que, gracias a los pequeños poemas en prosa, Baudelaire pudo captar y ceñir más estrechamente lo inefable, fijar matices cambiantes que fluctúan entre la luz y el color y pensamientos que semejan volutas de arabescos o motivos de frases musicales³²⁶. Nosotros, salvando las distancias, obviamente, decimos que Eminescu en sus narraciones narra lo maravilloso, describe la luz, el color y los pensamientos; y crea imágenes poéticas encerradas en una prosa que contiene musicalidad. Prosa que, como veremos en páginas siguientes, es intertextual con su obra poética.

Quizá su prosa literaria sea su mayor logro romántico, al ser capaz de romper la frontera del género mezclando poesía, filosofía, historia, folclore. No es el inventor, pero

³²⁴ Perpessicius, Op. Cit., vol. VII, p. 39. Al igual que en la poesía, Eminescu posee el mismo número de cuerdas en su lira de prosista literario

³²⁵ Baudelaire, C., *Pequeños poemas en prosa*, Eusebio Heras [tr.], Barcelona, B. Castellá, 1905, p. 5

³²⁶ Baudelaire, C., y Gautier, T., *Charles Baudelaire Baudelarie por Gautier. Gautier por Baudelaire: dos biografías románticas*, Madrid, Nostromo, 1974, p. 87

creemos que se hace eco de los *Petits poème en prose* o *Las flores del mal*, de Baudelaire, del *Gaspard de la nuit*, de Aloysius Bertrand o, en palabras del propio Baudelaire sobre Gautier, de los cuentos poéticos³²⁷, como *La morte amoureuse*.

Si partimos de definiciones, se denomina prosa poética a una modalidad de escritura surgida en el marco de la estética del Romanticismo, en la que las formas entre la prosa y la poesía se hacen más borrosas, lo mismo que entre los géneros. En esta prosa se potencian los aspectos musicales del lenguaje (recurrencias fónicas, asonancias, ritmo, paralelismo, etc.) y las imágenes poéticas. El escritor, libre del encorsetamiento de la regularidad métrica y de la rima, puede dar rienda suelta a la expansión lírica de su espíritu³²⁸.

El romanticismo se caracteriza por la mezcla de géneros, hay narraciones que constituyen poemas en prosa no sólo por la armonía del conjunto de frases de variados ritmos, sino también por la idealización de las situaciones y los personajes³²⁹.

La prosa literaria de Eminescu es un hito en la literatura rumana porque se va a convertir en la primera prosa poética que se realiza en Rumanía. En sus relatos encontramos los sentimientos subjetivos nacidos en el interior del espíritu del prosista por las sensaciones que recibe de fuera. En muchos pasajes detectamos el intento de expresar un espacio espiritual y trascendental, interpretando cómo los fenómenos de la realidad alteran el espíritu de los hombres.

Eminescu entiende que la prosa es el vehículo de expresión espiritual e ideológica. Perfecciona la lengua porque a través de ella puede expresar sus sentimientos e ideas. Y Eminescu se embarca en una búsqueda de la belleza a través de la lengua. E. A. Poe definía la poesía verbal como la creación rítmica de la belleza. El gusto es su único árbitro. Con el intelecto o con la conciencia, sólo guarda relaciones colaterales. Como no sea incidentalmente, no tiene nada que ver con el deber ni con la verdad³³⁰.

Nuestro autor, para expresar su espíritu interno, dota a su prosa de un ritmo musical y de una sonoridad verbal. Eminescu intenta que su obra tenga una estructura interior rítmica.

³²⁷ Ibid., p. 122

³²⁸ Estébanez Calderón, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 880

³²⁹ Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Editorial Porrúa, 1997, p. 409

³³⁰ Poe, E. A., *Ensayos y Críticas*, Julio Cortazar [tr.], Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1973, pp. 89-90

A través de lo que nos van transmitiendo los sentidos crea un ritmo para tener una función trascendente. Se consigue que nos transporte a un espacio supra-real, es decir, los sentidos nos llevan a un mundo espiritual. Este mundo sublime se nos hace perceptible a través de palabras, frases, metáforas, símbolos que no sólo provocan una musicalidad, sino que transmiten un ritmo interno que Eminescu quiere expresar.

No es una mera descripción, nuestro autor mediante la musicalidad formal e interna nos sugiere su propio interior. La prosa poética de Eminescu tiene la misma actitud lírica y los mismos recursos estilísticos que sus poemas, pero no posee métrica. La musicalidad formal e interna provoca el nacimiento de imágenes poéticas, de idealizaciones. En la prosa que hemos analizado no nos hemos encontrado una mera sucesión de hechos narrados, sino una transmisión de sentimientos que muchas veces aparece acompañada de musicalidad. Eminescu crea mundos connotativos y sugerentes.

Podría objetarse que la musicalidad se debe a que utiliza un sistema de la lengua del siglo XIX, es decir, un rumano pre-moderno. Sin embargo, tras la lectura de su producción periodística, su obra narrativa y sus versos nos damos cuenta de que cuando narra utiliza un sistema lingüístico común al de la prosa periodística y que en ocasiones pinta su prosa con recursos literarios cercanos a la poesía, como por ejemplo hipérbatos, metáforas, aliteraciones.

Las descripciones que encontramos en la prosa literaria de Eminescu poseen voluntad estética, es decir, están cargadas de un ritmo poético construido a partir de efectos sensoriales, visuales y sonoros. Resultan incontables los efectos visuales: luces, sombras, penumbras, colores, muchas veces en contraste, asociados ya al personaje, ya al espacio. Creemos que estos efectos se producen por la acumulación de tres epítetos, llegando en algún momento a presentar hasta cuatro juntos, como por ejemplo en *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor).

Fruntea lui naltă, albă, foarte netedă și rondă se pierdea sub părul lung, moale și negru strălucit, care era umflat în vițe naturale mari, care înmulțeau strălucirea părului³³¹.

Eminescu tiene una visión pictórica. Como afirma Bulgar, el paisaje y el análisis de los estados anímicos incluye detalles capturados por un ojo perspicaz y de una fantasía asociativa llena de vibraciones y de color. Y más adelante continúa afirmando que el fondo lírico es una inmensa reserva de renovación descriptiva³³². Del tema de la intertextualidad hablaremos en páginas siguientes, lo que sí es cierto es que sus descripciones están llenas de lirismo, como por ejemplo la que encontramos en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela):

Dintr-o fereastră deschisă din catul de sus el auzi prin aerul nopții tremurând notele dulci ale unui clavier și un tânăr și tremurător glas de copilă adiind o rugăciune ușoară, pare că parfumată, fantastică. El își închise ochii ca să viseze în libertate. I se păru atunci că e într-un pustiu uscat, lung, nisipos ca seceta, deasupra căruia licărea o lună fantastică și palidă ca fața unei virgine murinde. E miază-noapte³³³.

La frecuente aparición de la luna es descrita con numerosos elementos poéticos. Valga como ejemplo el que encontramos en *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original):

Luna o poleia frumos și ea era îndestul de vicleană spre a se lăsa muiată-n întreg de această dulce și voluptuoasă lumină³³⁴.

Muchas personificaciones también están cargadas de elementos poéticos. Una que nos llama especialmente la atención es la del espejo por su evidente simbología y su

³³¹ Su frente alta, blanca, muy nítida y redonda se perdía bajo pelo largo, blando y negro brillante, que era hinchado en cepas naturales grandes, que multiplicaban el resplandor del pelo

³³² Bulgar, Op cit., p. 212-213

³³³ De una ventana abierta del piso de arriba él oyó por el aire de la noche temblando las notas dulces de un piano y una joven y temblorosa voz de niña susurrando una oración ligera, como perfumada, fantástica. Él cerró los ojos para soñar en libertad. Le pareció entonces que estaba en un desierto seco, largo, arenoso como la sequía, sobre el que centelleaba una luna fantástica y pálida como la cara de un virgen muriendo. Es media noche

³³⁴ La luna le doraba hermosamente y ella era suficientemente astuta para dejarse mojar entera de esta dulce y voluptuosa luz

capacidad de desdoblar a los personajes. Como sucede por ejemplo en *Avataarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă):

Astfel, obosit de orgia sufletului său, se-mbrăcă, se uită în oglindă... O umbră viorie îi colora fața... era vânat de palid ce era... Dar astfel era și mai frumos de cum fusese vodată...³³⁵.

Eminescu introduce en sus textos narrativos comparaciones poéticas, como en el fragmento de *Legenda cântărețului. Poveste indică* (La leyenda del cantante. Cuento hindú):

Într-o noapte, printre mreje de frunziș întunecat de oliv și laur, suspenda luna ca o pavăză de aur, el sta-ngenuncheat la picioarele ei și, [cu] capul culcat în poalele-i albe, se uita lung și-ntunecat c-o privire de profet în întunecimea cea blândă și albastră a ochilor ei mari. Cu mâinile ei dulci ea-i netezea părul, cu gura-i încrețită de amor ea-i săruta fruntea³³⁶.

Y si a las comparaciones les quitamos el elemento de relación nos encontramos dentro de la prosa con metáforas, como por ejemplo en el siguiente fragmento de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original):

Se făcuse noaptea. Stelele mari și albe tremurau pe cer și argintul lunii trecea, sfâșiind valurile transparente de nouri ce se-ncrețeau în drumu-i. Noaptea era caldă, îmbătată de mirosul snopurilor de flori; dealurile străluceau sub o pânză de neguri, apa molcomă a lacului ce-nconjura dumbrava era poleită și, tremurând, își arunca din când în când undele sclipitoare spre țărmii adormiți³³⁷.

La belleza y la desnudez no pasan desapercibidos para la mirada del prosista. Las descripciones más bellas que encontramos son las que unen estos dos elementos. El texto

³³⁵ De ese modo, cansado por la orgía de su alma, se vistió, se miró en el espejo... Una sombra morada le coloraba la cara... estaba cárdeno de pálido que estaba... Pero de ese modo era todavía más hermoso de lo que lo había sido alguna vez

³³⁶ Una noche, entre redes de follaje oscurecido de olivo y laurel, suspendía la luna como un broquel de oro, él estaba arrodillado a sus pies y, con la cabeza acostada en su regazo blanco, la miraba larga y oscuramente con una mirada de profeta en la lobreguez blanda y azul de sus ojos grandes. Con sus manos dulces ella le atusaba el pelo, con su boca fruncida de amor ella le besó la frente

³³⁷ Las estrellas grandes y blancas temblaban en el cielo y la plata de la luna pasaba, quebrando las olas transparentes de nubes que se arrugaban en su camino. La noche era cálida, embriagada por el olor de las gravillas de flores; los cerros brillaban bajo una tela de tinieblas, el agua sosegada del lago que rodeaba la floresta estaba dorada y, temblando, tiraba de vez en cuando las ondas brillantes hacia las orillas adormecidas

paradigmático que mejor ejemplifica esto es *Ea era albă ca zăharul* (Ella era blanca como el azúcar).

Encontramos también una mezcla de impresiones correspondientes a varios sentidos. Las sensaciones olfativas, por ejemplo, se asocian a las visuales. Lo más frecuente lo encontramos en las asociaciones entre lo visual y lo sonoro en muchas descripciones de lugar o ambiente, como por ejemplo en *Geniu pustiu* (Genio solitario)

Aerul tot era de lumină de aur, totul era lumină de aur, amestecat cu
geamățul lin și curat al arpelor de argint în mâinile unor îngeri ce pluteau în haine
de argint, cu aripi lungi, albe, strălucite, prin întinsul acel imperiu de aur³³⁸.

En conclusión, sin entrar en la discusión de la terminología, queremos afirmar que la prosa de Eminescu cuenta con una expresión lingüística propia, musical, lírica o poética.

³³⁸ El aire entero era de luz de oro, todo era luz de oro, mezclado con el gemido tranquilo y limpio de las arpas de plata en manos de unos ángeles que flotaba vestidos de plata, con alas largas, blancas, brillantes, por el extenso aquel imperio de oro

2.3. EMINESCU, CREADOR DE LA NOVELA MODERNA RUMANA

Además de los cuentos, los relatos y las novelas, a Eminescu le debemos poesías, traducciones, ironía, crítica literaria, teatral y sociopolítica. Tan variada es su obra que podríamos decir que no encontramos a otro escritor tan versátil como Eminescu en la literatura rumana.

Si nos centramos en su prosa, Eminescu podría ser considerado el primer novelista moderno rumano. Partiendo de algunos planteamientos de la narratología, de la teoría de la novela y de la historia de la literatura, en este apartado, nos proponemos observar brevemente el papel de nuestro autor en el proceso de conformación de la novela moderna rumana.

Empezamos dando un repaso a la narrativa rumana de mediados del siglo XIX, con el fin de situar la obra de Eminescu y así ver su evolución con respecto a las generaciones contemporáneas.

Călinescu, en su *Historia de la literatura rumana*, nos presenta a los tres principales creadores de la prosa rumana. Afirma de C. Negruzzi que su arte consiste en verter un conjunto de sentencias, unidas entre ellas mediante intimidades más verbales que de contenido, siendo su mejor novela *Alexandru Lăpușneanul* (1840), novela histórica que es una síntesis de gestos patéticos profundos, palabras memorables, de observaciones psicológicas y sociológicas agudas, de actitudes románticas e intuiciones realistas. El protagonista representa a la figura del héroe romántico, lleno de contradicciones³³⁹. De A. Pann y C. Moisi afirma que son grandes conocedores del folclore y de la tradición oral y popular³⁴⁰; y creadores de aforismos y máximas³⁴¹. Călinescu les presenta como fundadores de la prosa y los tres poseen la característica común del humorismo. De lo que podemos afirmar que a mediados del siglo XIX, la narrativa rumana posee tres corrientes fundamentales, la novela romántica, la novela histórica y la parameología.

Más adelante, Călinescu nos muestra a los autores más importantes después de 1859, es decir, a los predecesores de Eminescu. Comienza con Al. Odobescu, autor de novelas históricas (*Mihnea cel Rău* (1857), *Doamna Chiajna* (1860)) y un cuento (*Povestea lui Făt*

³³⁹ Călinescu, G., *Istoria literaturii române: de la origini pînă în prezent*, București, Minerva, 1982, p. 216

³⁴⁰ *Ibid*, p. 221

³⁴¹ *Ibid*, p. 225

Frumos împărat cu noroc la vânat)³⁴²; M. Filimon narrador que cultiva tres géneros Romane: *Ciocoii vechi și noi* (1862 y 1863); Novelas: *Mateo Cipriani* (1861); *Friedrich Staaps*; *O baroneasă de poronceală*; *Ascanio și Eleonora*; *Nenorocirile unui slujnicar sau Gentilomii de mahala*; y cuentos: *Roman Năzdrăvan*, *Omul de piatră*, *Omul de flori cu barba de mătăsă sau povestea lui Făt-Frumos* (1962)³⁴³. Călinescu habla de Gr. H. Grădăreanu autor de novelas como *Fulga sau ideal și real* o *Misterele românilor*, obras cargadas de sentimentalismo³⁴⁴. De Hasdeu, Călinescu destaca *Duduca Mamuca* como una novela de sensaciones investigadas³⁴⁵. También sobresale I. Ghica con sus dos obras *Scrisori* y *Amintiri din pribegia după 1848*, la primera obra epistolar y la segunda novela romántica de costumbres³⁴⁶.

Eminescu podría considerarse como un integrador de este grupo de prosistas, pero es un caso excepcional, porque frecuenta todos los géneros literarios de sus contemporáneos e introduce nuevos, como la novela filosófica, el relato construido mediante el diálogo de dos cartas, o la prosa poética, demostrando un gran ingenio en todas sus composiciones.

Por composición se designa genéricamente cierta organicidad de la obra artística, es decir, el principio de que la obra artística no es un conjunto arbitrario y caótico de elementos inconexos, sino un todo con cohesión, dotado de una economía interna que impone conexiones de interdependencia entre esos elementos³⁴⁷. Eminescu es el primero en conseguir que varios episodios adquieran su sentido en relación al relato en su totalidad, consiguiendo un equilibrio narrativo como sucede por ejemplo con *Avataarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă).

A pesar del amplio desarrollo de la novela rumana a mediados del XIX, Eminescu potencia su creatividad aclimatando los modelos europeos a la literatura rumana. Como veremos en páginas siguientes, Eminescu integra a los grandes filósofos alemanes, conoce el teatro de Shakespeare y las grandes obras románticas europeas.

La presencia constante del elemento cómico, que según Călinescu es una característica de la narrativa rumana de la segunda mitad del XIX, también está presente en

³⁴² Ibid, p. 356

³⁴³ Ibid, pp. 360-362

³⁴⁴ Ibid, p. 368

³⁴⁵ Ibid, pp. 378-379

³⁴⁶ Ibid, pp. 385-386

³⁴⁷ Reis, C., Lopes, A.C.M., Op. Cit., p. 45

la obra de Eminescu, sobre todo, en los aspectos vinculados a la vida cotidiana. En nuestro autor, la comicidad se produce mediante la ironía. La ironía sirve de crítica a la realidad, como demostramos en el capítulo anterior. Eminescu no utiliza el recurso del humor o la ironía como un mero divertimento sino, y aquí radica la novedad, como un oculto artificio que suaviza y a la vez muestra con toda su amargura la realidad cotidiana. Un ejemplo es la narración *Părintele Ermolachie Chisăliță* (El padre Ermolachie Chisăliță).

Algo que diferencia la prosa literaria de Eminescu de la de sus contemporáneos es el hecho de que cultiva dos géneros distintos, novelas y relatos. La diferencia entre ellos reside principalmente en la creación de la caracterización de los personajes. Es decir, en los relatos crea esbozos, apuntes, figuras, mientras que en las novelas crea personajes redondos, con profundidad y auténticos.

Eminescu abre el camino a la novela moderna rumana. En su clásico *Teoría de la novela*, Georg Lukács afirma algo que podemos aplicar a nuestro autor. Para el crítico, la característica fundamental de la novela del siglo XIX es la inadaptación del alma, ya que es más amplia y más vasta de todos los destinos que la vida puede ofrecer al novelista. La diferencia estructural decisiva que resulta es una realidad puramente interior. Hecho que provoca un combate entre dos mundos. El romanticismo marca la discordancia entre la interioridad y el mundo³⁴⁸. Eminescu sufre la inadaptación, a nuestro juicio, en lo que se refiere a su vida y, en lo relativo a la literatura, en el hecho de que para expresar sus sentimientos utilizara las más diversas formas.

Lukács, más adelante, añade que la toma de posición lleva al lirismo a tal grado que ella misma no es ya susceptible de expresión puramente lírica³⁴⁹. El lirismo de la prosa literaria de Eminescu nos resulta evidente e, incluso, se puede decir que es otro de los factores que le convierten en el gran innovador de la novela rumana del XIX.

La vida se vuelve poesía, pero, por eso mismo, el hombre se vuelve a la vez aquel que forma poéticamente su vida propia y aquel que la contempla como una obra de arte³⁵⁰. Esta idea de Lukács se ejemplifica en el caso de Eminescu. Por encima de cualquier forma o

³⁴⁸ Lukács, G., *Teoría de la novela*, Juan José Sebreli [tr.], Barcelona, Edhasa, 1971, p. 121

³⁴⁹ *Ibid.*, p. 123

³⁵⁰ *Ibid.*, p. 127

género, incluso, intratextualmente, subyace la vida de Eminescu, fenómeno que no se había dado todavía en la narrativa rumana del siglo XIX.

El romanticismo, según Georg Lukács, deviene escéptico, decepción cruel frente a sí mismo como frente al mundo: la novela del sentimiento romántico de la vida es el de la poesía de la desilusión. Privada de todo medio de obrar fuera de sí misma, la interioridad se recoge en el interior de sí, pero sin conseguir jamás renunciar de manera definitiva a lo que ha perdido para siempre; pues aunque ella misma lo quisiera, la vida misma le rehúsa tal satisfacción; ella le impone combates y, con ellos, inevitablemente derrotas, previstas por el escritor, presentadas por el héroe³⁵¹. Tal es el caso, por ejemplo, de *Geniu Pustiu* (Genio solitario) en la que, magistralmente, Eminescu haciendo uso del tópico de encontrar un “manuscrito”, nos cuenta la historia de Toma Nour, personaje que va presintiendo las pérdidas de su amada, Poesis, y de su amigo, Ioan.

Otro teórico cuyos aportes pueden ayudarnos a examinar la contribución de Eminescu al desarrollo de la novela moderna rumana es Bajtin. Coincidimos en que la novela es un fenómeno pluriestilístico, plurilingüístico y plurivocal, ya que en la prosa de nuestro autor podemos encontrar las unidades estilístico-compositivas en que se descompone generalmente el todo novelesco:

- 1) Narración literaria directa del autor (en todas sus variantes).
- 2) Estilización de las diferentes formas de la narración oral costumbrista.
- 3) Estilización de las diferentes formas de narración semiliteraria (escrita) y costumbrista (cartas, diarios, etc.).
- 4) Diversas formas literarias del lenguaje extra-artístico del autor (razonamientos morales, filosóficos, declaraciones retóricas, descripciones etnográficas, informes oficiales, etc.).
- 5) Lenguaje de los personajes, individualizado desde el punto de vista estilístico³⁵².

³⁵¹ Ibid., p. 128

³⁵² Bajtin, M., *Teoría y estética de la novela*, Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra [trs.], Madrid, Taurus, 1991, p. 80

La prosa de Eminescu desarrolla todas las posibilidades anteriores. Una manifestación de ello es la del dialogismo. En las continuas conversaciones entre los personajes, cada voz posee una psicología propia y cumple con la individualización estilística que propone Bajtin.

Otro mecanismo novelesco de nuestro autor son las diversas formas literarias que es capaz de organizar en un mismo texto. Sus prosas utilizan todos los lenguajes, maneras y géneros, incluso dentro de un mismo relato.

Según Bajtin, el idilio amoroso se caracteriza por la atenuación de las fronteras del tiempo, determinada por la unidad de lugar, contribuyendo de manera decisiva a la creación de un ritmo cíclico del tiempo. Eso provoca que el idilio se limita solamente a algunas realidades fundamentales de la vida como: el amor, el nacimiento, la muerte, el matrimonio, el trabajo, la comida y la bebida, las edades. Otro mecanismo que está presente en la narrativa de Eminescu es el universo idílico. Según el crítico ruso, la peculiaridad del idilio es la combinación de la vida humana con la de la naturaleza, la unidad de sus ritmos³⁵³. Esto se puede ver claramente en la isla de Euthanasius, en la novela *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original), ejemplificación del microuniverso del que habla Bajtin.

En conclusión, Eminescu para construir su universo narrativo utilizó múltiples ámbitos como la filosofía, las obras literarias europeas, el folclore rumano o acontecimientos de su propia vida. Por ello, creemos que Eminescu puede ser considerado el creador de la novela moderna rumana por los diferentes aspectos que hemos visto. La característica fundamental que podríamos aplicar a su prosa es la de la innovación. Se atreve transgredir las barreras tradicionales de los géneros; construye una forma narrativa que aprovecha varios géneros narrativos. Innova al mezclar lo fantástico y lo maravilloso. Toma elementos del folclore y crea cuentos totalmente originales y cultos. De hecho, en muchos lugares de sus novelas y sus relatos se puede detectar la influencia de la filosofía alemana, o aclimatando modelos literarios europeos a la literatura rumana. Finalmente, una innovación que no podemos dejar de pasar por alto es el intenso lirismo que encontramos en sus prosas, lo que

³⁵³ Ibid., p. 377

nos ha permitido hablar de prosa poética, género este que tendrá una clara intertextualidad con su poesía.

3. ANÁLISIS LITERARIO DE LA PROSA LITERARIA DE EMINESCU

3.1. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

Una vez descrito externamente el corpus de la prosa literaria de Eminescu, procederemos a un análisis interno que estudie los textos en su vertiente narratológica. Para ello, partiremos de la consideración de la totalidad de los relatos establecidos en un corpus que presentamos traducidos en el anexo. Hay que decir que Eminescu nunca reunió su prosa en un volumen, por lo que nos hemos limitado a recopilar el mayor número de textos de las ediciones más fiables que hemos descrito en el capítulo anterior.

Independientemente del grado de acierto que seamos capaces de alcanzar en las siguientes páginas, nuestro análisis presenta dos valores esenciales: el de analizar narratológicamente, por vez primera en el ámbito hispánico, un corpus que abarca toda la obra prosística literaria del autor; y el de partir de una traducción propia de los textos.

Nos hemos encontrado con el problema de clasificar sus textos en géneros. Atendiendo a los límites de extensión establecidos para los géneros narrativos, alguno de sus relatos podría encuadrarse dentro de los conceptos de breves narraciones cuya lectura insume entre media hora y dos; y de cuento breve porque duran la hora de lectura que fijaba Poe³⁵⁴; o tienen menos de las 30.000 palabras a las que alude Anderson Imbert³⁵⁵. Si nos atenemos a esta división, Eminescu solo tendría una novela, *Geniu pustiu* (Genio solitario), y el resto serían o bien breves narraciones, o bien cuentos.

³⁵⁴ Poe, E. A., *Ensayos y críticas*, Julio Cortázar [tr.], Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 135

³⁵⁵ Anderson Imbert, E., *Teoría y técnica del cuento*, Barcelona, Ariel, 1996, p. 34

Debemos respetar, sin embargo, la concepción de los géneros que tenía tanto Eminescu como sus contemporáneos. Hay que reseñar que el propio autor, en los títulos de sus relatos, añade el subtítulo de novela, como en *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) o *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela). Por lo tanto, según el propio autor, tendríamos tres novelas y el resto serían cuentos o narraciones. Consideraremos su prosa como narraciones, independientemente de su extensión, a excepción de los seis textos admitidos por la crítica como cuentos de inspiración folclórica y cultos. Estos relatos son un ejemplo magnífico del taller del escritor, porque en ellos encontraremos la relación entre tradición y creación propia, además de intratextualidad, es decir, textos que se relacionan con otros fragmentos de otros textos mayores, versiones o variantes. Ahondar en el problema de los géneros literarios sería alejarnos de nuestro propósito y, además, ya hemos dado unas pinceladas en páginas anteriores y no podemos detenernos más aquí.

El objetivo de este capítulo es realizar un análisis narratológico de todos los relatos de Eminescu para trazar un panorama de su prosa literaria. La metodología empleada, aunque parte de la narratología, en especial a través de las bases teóricas de Gérard Genette³⁵⁶, también se tendrán en cuenta otros planteamientos válidos para el análisis de la prosa literaria de nuestro autor³⁵⁷.

³⁵⁶ Las tres obras que consideramos fundamentales de la narratología y que utilizaremos con mayor frecuencia son: Genette, G., “Discours du récit”, en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, pp. 65-267; Mieke Bal, *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*, Madrid, Cátedra, 1985; C. Reis y A. C. M. Lopes, *Diccionario de narratología*, Salamanca, Almar, 2002

³⁵⁷ Sobre todo: Todorov, T., *Literatura y significación*, Barcelona, Planeta, 1974; Bourneuf, R., y Oullet, R., *La novela*, Barcelona, Ariel, 1981; Gullón, G., *El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976; Marchese A., y Forradellas, J., *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Ariel, 1986; Pozuelo Yvancos, J. M., “Estructura del discurso narrativo”, en *Teoría del lenguaje poético*. Madrid, Cátedra, 1988. 226-268; Gómez Redondo, F., “El discurso narrativo”, en *El lenguaje literario (Teoría y práctica)*, Madrid, EDAF, 1994

Dividiremos nuestro análisis en dos grandes apartados: historia y discurso. Es decir, por un lado nos centraremos en el plano del contenido, en la realidad representada en sí misma; por otro lado, en el plano de la expresión, en los medios de su representación. En cada uno de estos bloques, nos detendremos en las categorías fundamentales del relato, es decir, estructura, personajes, espacio y tiempo. Como diferencia, en el apartado de historia estudiaremos la cuestión temática; mientras que en el del discurso, nos centraremos en la instancia narrativa.

Por último, las traducciones literarias que aparecerán en las citas de los ejemplos de la prosa literaria de Eminescu son nuestras. Además, se indicará entre paréntesis el número de la página o páginas del volumen segundo del presente trabajo, en donde se encuentran.

3.2. LA HISTORIA

En este apartado atenderemos a la consideración supuestamente real de lo narrado o enunciado en los textos de Eminescu. Por tanto, aquí analizaremos los temas, la estructura, los personajes, el espacio y el tiempo.

3.2.1. LOS TEMAS

Eminescu es dueño de un extenso repertorio de temas. Proponemos los siguientes temas principales: el amor, la sociedad, el tiempo, la muerte y el sustrato ideológico.

3.2.1.1. EL AMOR

El tema del amor es, sin duda, el núcleo fundamental de la prosa literaria de Eminescu y, quizá, de toda su producción. Lo encontramos frecuentemente. Es recurrente y está íntimamente vinculado al concepto de amor que se puede encontrar en su obra poética. Sin duda, todos los críticos literarios que se han parado a analizar la obra de Eminescu han abordado el tema del amor en su vida y en su obra. Valga el ejemplo del crítico Murărașu que en muchos momentos encuentra el amor a Veronica Micle en sus producciones poéticas³⁵⁸. Sin embargo, lo que nos atañe aquí y ahora, sin embargo, es la prosa.

Debemos preguntarnos, en primer lugar, qué es el amor para Eminescu. En *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original), de 1870, encontramos una primera definición de amor que Eminescu pone en boca de Ieronim:

Amorul este o nenorocire și fericirea ce mi-o oferi, venin³⁵⁹.

³⁵⁸ Murărașu, Op. Cit., pp. 178-179

³⁵⁹ Perpessicius, v. VII, p. 125. El amor es una desgracia y la felicidad que me ofreces, veneno

El tema del amor provoca una contraposición de sentimientos en los personajes de la prosa literaria de Eminescu, como se puede ver, por ejemplo, *Scrisoarea către Angela* (La carta a Ángela) en la interesante afirmación:

Tu mă urăști – căci amorul este ură³⁶⁰.

El amor para Eminescu es una visión ideal, antitética, enraizada directamente con el tema del amor romántico alemán. Sin embargo, también encontramos aspectos propios de Eminescu. Su amor coincide con la idealización romántica, con el amor puro, pero otras veces, con el erotismo y la sensualidad. Eminescu gusta de introducir el erotismo en su prosa, como por ejemplo en *Amalia* (Amalia).

Noaptea fetița dormea la părinți atunci ea intra numa-n cămașă în odaia lui și sau pe jos, sau de-a-npicioarele el se-mbăta de frumusețile ei. A-i cuprinde șalele, a ține mîna la acele rotunzimi perfecte și pline era deja o fericire nemaipomenită, nouă încă, apoi ea mai era rușinoasă, încît actul amorului o făcea să tremure, să țipe, să leșine, ceea ce-i adăuga și mai mult fericirea³⁶¹.

El erotismo es frecuente en su prosa. Una descripción muy erótica la encontramos también en *Ea era albă ca zăharul* (Ella era blanca como el azúcar):

(...) cu globurile de zăpadă a sînilor, pătate în vîrf cu două alunele dogorite, cît și mai în jos unde pîntecele se adună ca sculptat într-un nod concrescut. Mai devale de aceast mirador a organismului inferior se-ncepea părul luciu-negru și abia-ncrețit, care-i dumbrava centrului, ce constituie izvorul regenerărei omenești, apoi urmau trîmbii rotunzi a picioarelor³⁶²

³⁶⁰ Eminescu, *Proză literară*, vol. II, București, Editura Minerva, 1989, p., 70 Tú me odias – porque el amor es odio

³⁶¹ Perpessicius, v. VII, p. 326. Por la noche la chiquilla dormía en el suelo entonces ella entraba solo en camisa en su cuarto y o en el suelo, o de pie él se embebía de su belleza. Le abraza la espalda, coge la mano aquella redondas perfectas y llenas tenía ya una felicidad singular, nueva aún, después ella era también vergonzosa, de modo que el acto del amor la hacía temblar, gritar, desmayarse, lo que añadía todavía más felicidad

³⁶² Perpessicius, v. VII, p. 325. (...) con los globos de nieve de los senos manchados en la punta con dos avellanas abrasadoras-, como también más abajo donde el vientres se recoge como esculpido con un nudo crecido. Más abajo de este anudamiento del organismo inferior comienza el pelo lucido negro y apenas

Ese erotismo desemboca en el amor sensual de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original). En esta obra observamos varios momentos de pasión carnal, como el que proponemos a continuación:

Își golise gîtul ei de ninsoare, își despletise părul pe umerii rotunzi și pe sînii crescuți în sete de amor, pînă rămase goală și frumoasă ca o statuă antică, avînd înaintea acestei din urmă avantajul vieții, acea piele caldă, dulce, netedă care lasa urme dac-o atingeai.³⁶³

Otro ejemplo que se puede considerar una variante de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) es *Ei se simțeau inocenți ca-n ziua cea dentăi* (Ellos se sentían inocentes como en el primer día) en donde también se encuentra el erotismo:

(...) inima Cesarei începu să tremure, ea-ncepu să plîngă, și plîngînd, strîngea sub sărutările ei gura tînărului amic care, înlănțuit de brațele-i, își pierduse mintea. Ea recăzu ca moartă pe patul ei de flori înfoiete, numai din cînd în cînd o rază mai învia, asemenea unui fulger repede, casa întreagă cu rîzîndelee chipuri și cu scenele-i de amor de asupra lor, cari, vinovați și ascunși sub o mantie neagră, pierduse memorie, strălucire, inocență, în acea elementarăși întunecoasă plăcere care, asemenea nașterii și morții, sunt întunecoase și timpite momente de uitare, de neconștiință, de o viață vegetativăși fărăînțelese...³⁶⁴

Eminescu, como otro rasgo propio, no siempre hace que el hombre sea el sujeto activo en la relación amorosa. Encontramos numerosas ocasiones en las que o bien es un ser

encrespado, que es la floresta del centro, que constituye el manantial de la regeneración de la humanidad, luego siguen los troncos redondos de los pies

³⁶³ Perpersicius, v. VII, p. 132. Desnudo su cuello de nieve, se soltó el pelo sobre los hombros redondos y sobre los senos crecidos por la sed de amor, hasta quedar desnuda y hermosa como una estatua antigua, teniendo ante ésta última la ventaja de la vida, aquella pielecita cálida, dulce, nítida que dejaba huellas si la tocabas

³⁶⁴ Eminescu, *Proză literară*, vol. II, București, Editura Minerva, 1989, p. 150. (...) el corazón de Cesar empezó a temblar, ella empezó a llorar, y llorando, apretaba bajo sus besos la boca del joven amigo que, enlazado a sus brazos, había perdido su mente. Ella recayó como muerta sobre su cama de flores ahuecadas, solo de vez en cuando un rayo enviaba, como de un relámpago rápido, la casa entera con sus risueñas figuras y con sus escenas de amor de encima de ellos, que, culpables y escondidos bajo un palio negro, habían perdido la memoria, el brillo, la inocencia, en aquel elemental y oscuro placer que, como el nacimiento y la muerte, son oscuros y tontos momentos de olvido, de inconsciencia, de una vida vegetativa y sin sentido.

sobrenatural, o bien es la mujer los que desempeñan este papel. En *Avatarii faraonului Tlă*

(Los avatares del faraón Tlă), es Lilla la que confiesa primero su amor:

— Ah! să-ți spun cum... Eu te-am văzut pe tine în saloanele doamnei N. Mi-ai fost recomandat, dar tu te-ai uitat așa, pe deasupra, la mine, mi-ai spus o banalitate și te-ai dus apoi... și eu te urmăream, priveam în vo oglindă ca să te văd în colțul de fereastră în care ședeai... stam seri întregi, plîngeam nopți întregi... ah! cum te iubesc, Angelo, zise ea înecîndu-i fața cu sărutări... Într-o zi s-apropie doctorul de Lys de mine. Se uită în ochii mei cum știe el a se uita — ciudat adică...

"lubești pe Angelo, d-șoară, zise el cu tonul fără expresie și firesc, cum e felul lui de a vorbi..."

"Nu", zic eu.

"Haide-n astă-sară în clubul Amicilor întunericului, dacă vrei să-l vezi..."

"Dar nu voi să-l văd..."

"Sania mea te va lua", zise el.

"Dar nu voi să merg cu sania d-tale..."

"Ea va sta la porțița grădinii d-tale", zise el, ridicîndu-se și surîzînd.

Angelo, m-am dus noaptea în grădină, am deschis porțița, m-am pus în sanie și iată-mă-s³⁶⁵.

Eminescu encuentra en el tema del amor elementos paradójicos. Si entendemos la paradoja como, según Estébanez, la oposición y armonización de conceptos aparentemente contradictorios³⁶⁶, observamos que esta figura aparece a menudo en la prosa del escritor rumano cuando se trata de este tema. Valga como ejemplo en *Sofia-Dochia Din surâsul său un surâs sunt* (Sofia-Dochia, De su sonrisa una sonrisa soy):

³⁶⁵ Perpessicius, v. VII, p. 271 — ¡Ah! que te diré cómo... Yo te vi a ti en los salones de la señora N. Me fuiste recomendado, pero tú miraste así, por encima, a mí, me dijiste una banalidad y te fuiste después... y yo te perseguía, miraba en cualquier espejo para verte en la esquina de la ventana en la que estabas... estuve anocheceres enteros, lloraba noches enteras... ah! cómo te amo, Angelo, dijo ella ahogándole la cara con besos... Un día se acercó el doctor Lys a mí. Me miró a mis ojos como sabe él mirar — extraño es decir... Amas a Angelo, señorita, dijo él con el tono sin expresión y natural, como es su forma de hablar... No, dije yo. Ven esta noche al club de los Amigos de las tinieblas, si quieres verle... Pero no quiero verle... Mi trineo te cogerá, dijo él. Pero no quiero ir con su trineo...

Él estará en la puertecita de tu jardín", dijo él, levantándose y sonriendo.

Angelo, me llevó por la noche al jardín, abrí la puertecita, me puse en el trineo y aquí estoy

³⁶⁶ Estébanez Calderón, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 800

Nu măiubi, te conjur, te rog, căci acest amor te va omorî³⁶⁷.

Incluso el amado, en muchas ocasiones es ambiguo porque posee elementos masculinos y femeninos a la vez, como por ejemplo en *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă):

— Cezar sau Cezara, zise demonul surfîzînd c-o firească echivocitate.

— O, grațioasă androgină, zise el beat de strălucirea arătărilor, vin de-mi
dă o sărutare...³⁶⁸

El amor de la prosa de Eminescu participa del tópico de la mirada. Ver a la otra persona es el preámbulo del amor. En *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima), este preludio se encuentra en todas las mujeres del cuento:

(...) ochii cei negri ai fetelor se umpleau de lacrimi de dor³⁶⁹

En *Legenda cântărețului. Poveste indică* (La leyenda del cantante. Cuento hindú), la emperatriz se enamora del pobre cuando le mira:

Ea-l văzu răsărind prin crengे în lumina de lună era înalt și frumos³⁷⁰

Eminescu es capaz de introducir en este tema la vertiente cómica. En *La aniversară* *Narațiune originală* (*En el aniversario. Narración original*) podemos encontrar cómico la cursilería en el tratamiento entre los protagonistas, por ejemplo en el siguiente pasaje:

³⁶⁷ Eminescu, *Proză literară*, vol. II, București, Editura Minerva, 1989, p., 133. No me ames, te lo pido, te ruego, porque este amor te matará

³⁶⁸ Perpessicius, v. VII, p. 263. — Cezar o Cezara, dijo el demonio sonriendo con una natural ambigüedad. — Oh, gracioso andrógino, dijo él borracho del resplandor de las apariciones, acércate dame un beso...

³⁶⁹ Perpessicius, v. VI, p. 318. Los ojos negros de las chicas se llenaban de lágrimas de añoranza

³⁷⁰ Perpessicius, v. VII, p. 276. Ella lo vio asomada por las ramas a la luz de la luna- era alto y hermoso

Ea era blondă, *foarte* blondă, cu părul ca un caier de cînepă și scurteica — oricît de groasă ar fi fost — accentua totuși liniile unei talii fine și mlădioase. O broască. Rîdeau vorbind — adică mai mult rîs decât vorbă. Cine nu-și aduce aminte de tinerețea sa — și fiecare a avut una — de acele hotărîri de a fi serioși în amor, că-i pe viață, acea defensiune în paragrafe a copilei, ca să nu-i zică pe nume, să n-o tutuiască — să n-o sărute. Celelalte calea-vale, dar o guriță? cît lumea. Așa erau și ei. De vorbit despre... istorie, geografie și alte lucruri folositoare da! se-nțelege, cît vrei — dar o guriță, *tu? pe nume?* -niciodată! ³⁷¹

No encontramos con mucha frecuencia en la prosa de Eminescu el concepto de matrimonio socialmente establecido. Al contrario, lo que predomina es la idea de que el amor es una fusión de las almas, lo que resulta muy avanzado para su época y rasgo característico del Romanticismo. Propugna un amor espiritual, en el sentido de dar a la relación amorosa un valor único por encima del compromiso moral, social y, menos aún, religioso. Eminescu lucha contra la imposición de las convenciones sociales y defiende el amor libre y, por tanto, por encima de las reglas impuestas externamente. La crítica la oposición entre los amados o la búsqueda de matrimonios de conveniencia es frecuente en su prosa. Personajes que se interponen entre los jóvenes enamorados son el conde Castelmare en *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) que lucha con Jeronim por Cezara; y el marqués Álvarez de *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) que de una manera fantástica es desdoblado por el reflejo del espejo y que intenta interponerse entre el amor de dos jóvenes. El padre de Hagar en *Iconostas și fragmentarium* (Iconostas y fragmentarium) *Pe podelele reci de cărămidă* (Sobre el entarimado frío de ladrillo) es el ejemplo más cruel. El propio progenitor es el encargado de vender a su hija y de matar a su yerno. En cambio, *Amalia*

³⁷¹ Perpessicius, v. VII, p. 115. Ella era rubia, muy rubia, con el pelo como un copo de cáñamo y casaquilla — todo lo gruesa que hubiera sido — acentuaba no obstante las líneas de una talla fina y flexible. Una rana. Reían hablando — es decir reían más que hablaban. Quién no recuerda su juventud — también cada uno ha tenido una — de aquellas decisiones de ser serios en el amor, que es de por vida, aquellas defensas en los párrafos de la niña, para no decir el nombre, para no tutear — para que no la besen. Los otros iban y venían, ¿pero un besito? Cuanta gente. Así estaban también ellos. Hablando sobre... historia, geografía y otras cosas útiles ¡sí! Se entiende, cuanto quieras — pero un besito, ¿tú? ¿Por el nombre? — ¡nunca!

(Amalia) es el ejemplo paradigmático que propugna Eminescu de mujer porque logra ignorar los elementos sociales externos en la relación amorosa libre. Amalia es una madre soltera libre para establecer una relación amorosa.

El tema del amor es complementario con el de la muerte porque en muchos de los textos se encuentran unidos, como se puede ver en el final de *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă):

Eu nu te-nșel, ți-o spun dinainte: eu voi usca viața ta de m-alegi pe mine... eu te voi omorî... dar nu-ți voi coase halat, nici ți-oî împleti pungi de tutun... eu te [voi] despera... Dar nu ți-oî face copii... De un singur lucru te asigur, nu ți se va urî cu mine, poate însă ca mie să mi se urască cu tine... atunci, se-nțelege, se sfîrșește totul... atunci știu că vei trebui sau să mori, sau să nebunești³⁷².

El amor en la prosa de Eminescu, en conclusión, se manifiesta como el fin último al que tienden sus personajes principales. La ideología de Eminescu acerca del amor es filosófica y compleja. El amor que se presenta en sus relatos es la unión de un amor de pasión humana y un amor idealizado, modélico, cerebral e incluso casi platónico.

3.2.1.2. LA SOCIEDAD

Un tema transcendental en la prosa literaria de Eminescu es el de la sociedad. Nuestro narrador es sensible a las miserias humanas, a la pobreza y a la injusticia. Encontramos evidencias notorias de la preocupación de nuestro autor por la sociedad que le tocó vivir.

En la prosa literaria está presente el conflicto social entre los ricos y los pobres. La pobreza le angustió, traumatizó y persiguió durante toda su vida, hecho que queda reflejado

³⁷² Perpessicius, v. VII, p. 273. Yo no te engaño, te lo digo de antemano: yo secaré tu vida si me eliges a mí... yo te mataré... pero no te voy a coser la bata, ni te voy a llenar las bolsas de tabaco... yo te voy a desesperar... Pero no te daré niños... Una única cosa te aseguro, no te afeearás conmigo, puede en cambio que yo me afee con contigo... entonces, se entiende, se acaba todo... entonces sé que tendrás o que morir, o que enloquecer

en varios momentos de su prosa. En sus cuentos, por ejemplo, sus personajes, que tienen un claro componente simbólico, como es el hecho de que se dividan en ricos y pobres. Es sintomático el comienzo del cuento *Borta vântului* (El escondite del viento) en el que en vez de encontrarnos una fórmula introductoria característica de este género aparece una presentación que remarca su pobreza. En rumano el superlativo se expresa con la reduplicación del adjetivo, por ejemplo:

Era un om sărac-sărac³⁷³

En varios momentos, Eminescu muestra la inquina hacia un estamento social privilegiado, la jerarquía eclesiástica. La ironía y el sarcasmo se centran en los defectos de sus miembros. Un ejemplo es la improductividad que del sacerdote nos ofrece en *Avatarii faraonului Tlâ* (Los avatares del faraón Tlâ) en donde el personaje es satirizado por su acción.

Popa-și făcu cruce... Dar el luase banii de-ngropare anticipînd... Ce-i păsa...³⁷⁴

La situación económica de las personas y las familias constituye otro poderoso motivo temático en los relatos del escritor rumano. Por ejemplo, en la narración *Pe podelele reci de cărămidă* (Sobre el entarimado frío de ladrillo), la familia tiene que vender a su hija Hagar para subsistir, lo que provoca un conflicto entre el padre, viejo rabino, y el marido, dando lugar a la avaricia y terminando con el asesinato.

³⁷³ Perpessicius, v. VI, p. 348. Había un hombre pobre pobre

³⁷⁴ Perpessicius, v. VII, p. 259. El sacerdote se santiguó... Pero él había cogido el dinero del entierro previamente... Qué le importaba...

M-am făcut Domn, unsul goimilor, el căruia * i-am vîndut fata, D-zeu mă ierte. Îmi trebuiau banii ca să mă duc la Ierusalaim, căci sînt bătrîn și Rabin³⁷⁵.

Menos habitual resulta lo contrario: el enriquecimiento, que lleva emparejado un proceso corruptor. Eminescu utiliza pocos neologismos por lo que su uso hace más sintomática la descripción de esos nuevos ricos, como apreciamos en *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Doi dandy din cei mai corupți ai orașului, care rîdeau în convoiul mortuar, îmbrăcați cu pantaloni de călărie strîmți, cu veste vinete, cu legături roșii, cu jachete galbene, cu pălării largi și cu cîte două lanțuri de orologii. Secele fețe de maimuță rîdeau rîsul cel amar al desfrînaților sceptici, într-un convoi care numai rîsul nu era apt de a-l escita³⁷⁶.

Eminescu condena la riqueza mal empleada, la avaricia, lo que provoca una desigualdad social insalvable. Interesante es la reflexión que encontramos en *Naturi catilinare* (Naturalezas catilinas):

Om rău nu există. Ci într-o societate în disoluțiune fiecare individ neprivilegiat caută numai interesul lui propriu, și prin astă desconsiderațiune a interesului común, fie el cît de bun la [muncă], el devine de sine rău pentru că e-n coliziune de interese. Ș-apoi fiecare om e rău, cînd interesu aproapelui nu-i destul de bine păzit. Răul e-n societate, nu in indivizi. Și o epocă de tranzițiune e o epocă de disoluțiune internă³⁷⁷

³⁷⁵ Perpersicius, v. VII, p. 240. Me he convertido en Señor, el ungido de los infieles, el que ha vendido a su hija, Dios me perdone. Necesitaba dinero para ir a Jerusalem, porque son anciano y Rabino

³⁷⁶ Perpersicius, v. VII, p. 199. Dos dandy de los más corruptos de la ciudad, que se reían en convoy mortuario, vestidos con pantalones de equitación estrechos, con el chaleco morado, con cordones atados rojos, con chaquetas amarillas, con los sombreros extensos y con sendas cadenas de reloj. Las secas caras de mono reían la risa amarga de los desenfrenados escépticos, en un convoy en el que sólo la risa no era apta para excitar

³⁷⁷ Eminescu, *Proză literară*, vol. II, București, Editura Minerva, 1989, p., 122. Hombre malo no existe. Sino en una sociedad en disolución cada individuo no privilegiado busca solo su propio interés, y por esto la desconsideración del interés común, sea él todo lo bueno en el trabajo, el deviene por sí malo porque está en colisión de intereses. Y después cada hombre es malo, cuando el interés propio no está lo suficientemente bien vigilado. El mal está en la sociedad, no en los individuos. Y una época de transición es una época de disolución interna

Los estamentos encargados que sustentan el poder ejecutivo son irónicamente presentados en el comienzo de *Archaeus* (Archaeus):

(...) pe-un subcomisar de poliție — deși aceștia sînt în genere oameni cari pricep tot³⁷⁸.

La sociedad compuesta por la aristocracia y los altos mandos del ejército es radiografiada en varios momentos de su prosa. Una genial descripción la encontramos en los primeros párrafos del relato *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor):

În catul de jos a unei case mari se adunase o societate aleasă, pentru joc de cărți, societate compusă din membrii unor familii din cele mai cu influență, din mai mulți consuli străini care-și făcuse principala ocupațiune a vieții lor în jocul de hazard, al cărui cult atît de stricăcios l-au introdus la noi cu deosebire risipitoarea ofițerime rusească³⁷⁹.

Un elemento social a tener en cuenta es la materia histórica, la guerra, la política y el tema patriótico. Eminescu refleja perfectamente lo que supuso la revolución de 1848, es decir, una revuelta contra las culturas de importación y de la imitación servil, con una violenta diatriba antifrancesa, exaltando el amor a la patria³⁸⁰. No puede decirse que el tema patriótico sea abundante, pero sí resulta destacable en algunos de sus relatos, lo que debe ser relacionado, sin lugar a dudas, a la visión regeneradora de Eminescu. Toma Nour, personaje de *Geniu pustiu* (Genio solitario), podría ser el interlocutor del propio pensamiento de Eminescu.

³⁷⁸ Perpessicius, v. VII, p. 278. (...) de uno miembro grueso del ayuntamiento o de un comisario de policía — aunque estos son generalmente hombres que entienden todo

³⁷⁹ Perpessicius, v. VII, p. 292. En la planta baja de unas casas grandes se había reunido una sociedad escogida, para jugar a las cartas, sociedad compuesta de miembros de unas familias de mayor influencia, de muchos cónsules extranjeros que había hecho su principal ocupación de su vida el juego de azar, cuyo culto tantos estragos nos ha introducido especialmente la derrochadora por los oficiales rusos

³⁸⁰ Perpessicius (editor), *Eminescu. Opere*, Vol. VII, București, Academiei Republicii Socialiste România, 1977, p. 24

leșit dintr-o litografie secretă de sub mîna unor juni apostoli ai Libertății adevărate, ai Cosmopolitismului celui mai posibil și celui mai egalitar, acest ziar era interpretul unor idei demne, frumoase, tinere. El chema popoarele la o alianță sacră contra tiranilor celor răi ai pămîntului, la esilarea din regula lumii a maiestăților meschine, a diplomaților gîzi a opiniei zilei, a rezbelului, în care se varsă atîta sînge din inima cea sîntă a popoarelor.

Vis frumos care-a început a fi al lumii întregi, vis care, devenit convingiune, nu va desființa pe-o cale pacifică și nepătată de sînge numai capetele cu coroane tiranice, ci și popoarele ce tiraniză asupra altora!³⁸¹

Las atrocidades de la guerra se recrean de un modo vivo en el relato *Geniu pustiu* (Genio solitario). Hay que decir que esta prosa cuenta con numerosos pasajes que reflejan la situación histórica y social de la Rumanía de mediados del siglo diecinueve. Eminescu para finalizar el relato del sangriento del episodio del molinero, acontecido durante el conflicto de 1848 realiza la siguiente reflexión:

(...) revoluțiunea și nesiguranța vieții proprii îl face pe om nepăsător pentru viața sa și face din omor și luptă o stare normală a omului, acela va-nțelege nu numai starea noastră, ci și secolii aceia unde ocupațiunea principală a popoarelor consta din bătălii și pradă³⁸².

Reseñable es también el episodio en el que Toma Nour mata al conde húngaro:

Românii nu prădau, ci ucideau. Oamenii nu se măsurau după ranguri, ci după capete, căci coasa nu știe diferența între capul creț și negru al magnatului și între capul de cîne al honvedului. Era teribil acest popor cînd își scutura lanțurile lui de fier — teribil ca varga lui Dumnezeu. — Și oare nu sunt toate popoarele așa? Blînde și pacifice în timp de pace, fizionomia buonomă ochii sinceri, statura aplecată de sarcina cea grea a vieții. Dar vezi-le în revoluțiune! Vezi profunditatea aceluși suflet teribil care zăcea sub masca buono miei, vezi cum presupune, de nu știe, injuriile trecutului, vezi cum aruncă lanțurile mîinilor sale în fața stăpînilor fără suflet. Și se tem stăpînii fără de suflet, și-și dau averile ca să-și scape viața. Ci

³⁸¹ Perpessicius, v. VII, p. 181. Sacado de una litografía secreta bajo la mano de unos jóvenes apóstoles de la Libertad verdadera, del Cosmopolitismo más posible y el más igualitario, este periódico era el intérprete de unas ideas dignas, hermosas, jóvenes. Llama a los pueblos a una alianza sagrada contra los tiranos malvados de la tierra, exilia de la regla del mundo a las majestades mezquinas, a los diplomáticos torturadores de las opiniones del día, a las guerras, en las que se derrama tanta sangre del corazón santo de los pueblos. ¡Hermoso sueño que empezó a ser del mundo entero, sueño que, convertido en convicción, no se producirá de un modo pacífico e inmaculado de la sangre no solo de las cabezas con coronas tiranas, sino también de los pueblos que tiranizan a otros!

³⁸² Perpessicius, v. VII, p. 214. (...) la revolución y la inseguridad de la vida propia hace al hombre indiferente por su vida y hace de la muerte y la lucha un estado normal del hombre, aquel entenderá no sólo estado nuestro, sino también la de los siglos aquellos donde la ocupación principal de los pueblos constaba de combates y presa

omul din popor nu vrea averile, geaba l-ai umplea cu aur, geaba l-ai îmbrăca în mătase. Pînea ce i-ai luat-o de la gura copilului, i-ai cîntări-o cu aur, lacrimile lui de venin și sudorile lui de sînge i le-ai răscumpăra cu surele mărgăritare ale Orientului — ci el nu vrea aurul și mărgăritarul tău, el vrea viața ta! — Și cine ar găsi-o nedrept, cine rău? E o lege în natură, care să nu acuze? E o lege în natură, care să nu-ți dea drept, cînd tu ucizi pe cel ce ți-a biciuit secolii pe părinții tăi, pe cel ce ți-a ars în foc pe străbunii tăi, pe cel ce umple fîntînile și rîurile cu copilul sufletului tău?— Legile care compun fundamentul eticei chiar te îndreptătesc de-a face cît ți s-a făcut, pentru că numai așa se poate restitui echilibrul, dreptul pe pămînt³⁸³.

Se desprende que Eminescu siente la necesidad de influenciar en su sociedad. Desde los postulados del Romanticismo, lucha contra el positivismo y la razón. Sin embargo, vaticina una victoria de estas ideologías por lo que en sus textos encontramos un sentimiento de pesimismo ante la injusticia social como podemos demostrar con esta cita sintética de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original):

Doctrinile pozitive, fie religioase, filozofice, de drept ori de stat nu sunt decât tot atâtea pledoarii ingenioase ale minții, al acestui advocatus diaboli care e silit de voință ca să argumenteze toate celea. Acest mizerabil avocat e silit să puie toate într-o lumină strălucită și, fiindcă existența este în sine mizerabilă, el e nevoit să împodobească cu flori și c-o aparență de profundă înțelepciune mizeria existenței, pentru a înșela în școală și în biserică pe tucanii cei mici, care intră abia în scenă, asupra valorii vieții reale. Pentru lucrătorii statului onoarea, pentru soldați gloria, pentru principi strălucirea, pentru învățați renumele, pentru proști cerul, și astfel o generațiune înșeală pe cealaltă prin acest advocatus diaboli moștenit, prin acest sclav silit la șireție și sofisme, care aicea se vaieră ca popă, colo face mutre serioase ca profesor, colo parlamentează ca avocat, dincolo taie fețe mizerabile ca cerșitor. Acest din urmă o face pentr-un pahar de vin ce-l are

³⁸³ Perpessicius, v. VII, pp. 220-221. Los rumanos no capturaban, ellos mataban. Los hombres no se contaban según un rango, sino por cabezas, porque la guadaña no sabe diferencia entre la cabeza rizada y negro del magnate y entre la cabeza de perro del soldado húngaro. Era terrible este pueblo cuando se sacude sus cadenas de hierro, terrible como la vara de Dios. ¿Y acaso no son todos los pueblos así? Blandos y pacíficos en tiempo de paz, fisonomía bonachona, ojos sinceros, la estatura agachada por la ocupación pesada de la vida. ¡Pero míralos en revoluciones! Ves la profundidad de aquella alma terrible que yacía bajo la máscara bonachonería, ves como presupone, si no sabe, las injurias del pasado, ves como tiran las cadenas de sus manos ante los dueños sin de alma. Y temen los dueños sin de alma y dan sus haberes para salvar su vida. Pero el hombre del pueblo no quiere haberes, geaba (en vano) lo llena con oro, geaba lo vistes en seda. El pan que se lo has cogido de la boca del niño lo ha pesado con oro, sus lágrimas de veneno y su sudorile (sudor) de sangre lo ha redimido con las grises perlas del Oriente; pero él no quiere el oro y tu perla, ¡él quiere tu vida! Y quién lo encontraría injusto, ¿quién mal? ¿Hay una ley en la naturaleza que no le disculpe? ¿Hay una ley en la naturaleza que no te da derecho a que mates al que azotó durante siglos a tus padres, al que quemó en el fuego a tus antepasados, al que llena las fuentes y los ríos con el niño de tu alma? Las leyes que componen el fundamento de la ética incluso te dirigen a pedir cuanto se te quitó, de hacer cuanto se te hizo, porque sólo así se puede restituir el equilibrio, el derecho sobre la tierra.

in petto, altul pentr-un titlu, altul pentru bani, altul pentru o coroană, dar la toți în esență este aceeași, un moment de beție.³⁸⁴

Como consecuencia de lo anterior, dentro del tema de la sociedad, Eminescu muestra su postura ante el cosmopolitismo. Según Simion, esta idea también se puede encontrar en artículos políticos y en poemas satíricos del propio Eminescu³⁸⁵. Teniendo en cuenta de que parte del conservadurismo de los ideales de “Junimia”, adquiere una postura razonable porque está abierto a incorporar lo enriquecedor que pueda venir y a combatir lo que no sea provechoso en cualquier ámbito de la vida social, desde el lenguaje hasta las costumbres. Sin embargo, se queja amargamente de que sus conciudadanos no compartan la misma idea de cosmopolitismo, como se puede ver en *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Oamenii noștri, zic eu, sunt de-un cosmopolitism sec, amar, sceptic — ba și mai mult: au frumosul obicei de-a iubi orice-i străin, de-a urî tot ce-i românesc. Noi am rupt-o cu trecutul fie ca limbă, fie ca idee, fie ca mod de-a privi și a cugeta; căci altfel n-am putea trece în ochii Europei de națiune civilizată³⁸⁶.

En conclusión, Eminescu divide la sociedad rumana en dos grandes clases sociales, ricos y pobres. En relatos como los cuentos de inspiración folclórica construye una metáfora de la sociedad rumana de mediados del XIX. En sus relatos encontramos, por un lado, un

³⁸⁴ Perpessicius, v. VII, pp. 122-123. Las doctrinas positivas, sean religiosas, filosóficas, de derecho o de estado no son más que alegatos ingeniosos de la mente, de este abogado del diablo que está obligado por fuerza a argumentar todas estas. Este miserable abogado es forzado a poner todo en una luz brillante y, como la existencia es en sí misma miserable, él está obligado a adornar con flores y con una apariencia de profunda sabiduría la miseria de la existencia, para mentir en la escuela y en la iglesia a los ignorantes pequeños, que entran apenas en la escena, sobre los valores de la vida real. Para los funcionarios del estado el honor, para los soldados la gloria, para príncipes el resplandor, para sabios renombre, para simplones el cielo, y de ese modo una generación engañada por otra de este abogado del diablo heredado, por este esclavo forzado a astucias y sofismas, que aquí se lamentará como sacerdote, allí hará gestos importantes como profesor, allí parlamentará como abogado, más allá cortará caras miserables como mendigo. Este último lo hará por un vaso de vino que lo tiene en el pecho, otro por un título, otro por dinero, otro por una corona, pero todos en esencia es lo mismo, un momento de borrachera

³⁸⁵ Simion, E., *Proza lui Eminescu*, București, Editura pentru literatură, 1964, p.33

³⁸⁶ Perpessicius, v. VII, p. 179. Nuestros hombres, dije yo, son de un cosmopolitismo seco, amargo, escéptico —incluso peor: tienen la bonita costumbre de amar cualquier cosa extranjera, y de odiar todo lo que es rumano. Hemos roto con el pasado ya sea con la lengua, las ideas, el modo de mirar y de pensar, porque de otro modo no podríamos mirar a la Europa de naciones civilizadas

acercamiento al pueblo y a sus tradiciones y, por otro, una crítica a la injusticia social de los más pudientes. Eminescu participa del tópico del Romanticismo del autor incomprendido y solitario ante la sociedad positivista, global y capitalista.

3.2.1.3. EL TEMA DEL TIEMPO

En la prosa literaria de Eminescu prolifera el tema universal del tiempo. Muchas veces está relacionado con conceptos filosóficos, que trataremos de explicar. Sin lugar a dudas, es un elemento innovador en el conjunto de la obra de nuestro autor. Además, este tema tiene una vinculación especial con su producción poética, como veremos en próximas páginas cuando tratemos la intertextualidad.

Eminescu crea diferentes imágenes, inspirándose en las ideas de Schopenhauer, para el cual, en *El mundo como voluntad y representación*, parte de una afirmación que influirá en la concepción del tiempo de Eminescu: “El mundo es mi representación” y “el mundo es mi voluntad”³⁸⁷. Y frente a la propia percepción del mundo aparecerá la opinión de los demás, como señala en *Archaeus* (Archaeus):

Cu ce drept modul nostru să fie cel adevărat și al lui cel fals? Pentru ce nu viceversa? Sîntem noi nebuni ori el e nebun... asta-i întrebarea³⁸⁸.

Para Schopenhauer, las formas esenciales son el tiempo, el espacio y la causalidad que pueden ser descubiertas y reconocidas partiendo del sujeto sin ser necesario conocer siquiera el objeto; lo que Kant llamaba los *a priori*³⁸⁹. Eminescu utiliza esta idea para explicar el concepto de Archaeus.

Ba lipsa unuia din cele cinci simțuri, chiar venind mai tîrziu, modifică radical lumea cugetării³⁹⁰.

³⁸⁷ Schopenhauer, A., *El mundo como voluntad y representación*, Barcelona, Orbis, 1985, vol. I, p. 18

³⁸⁸ Perpessicius, v. VII, p. 281. ¿Con qué derecho nuestro modo es el verdadero y el suyo el falso? ¿Por qué no es al revés? Estamos nosotros locos o, el loco es él... esa es la pregunta

³⁸⁹ Schopenhauer, A., Op. Cit., vol. I, p. 19

³⁹⁰ Perpessicius, v. VII, p. 280. Porque la falta de uno de los cinco sentidos, aunque aparezcan más tarde, modifican radicalmente el mundo del pensamiento

Eminescu, a través de Schopenhauer, recoge la sabiduría india que afirma que es la Maya, el velo del error que cubre los ojos de los mortales, la que hace ver un mundo del cual no se puede afirmar la existencia, ni la no existencia, pues es semejante al ensueño o a la luz del sol que se refleja en la arena y que el viajero toma desde lejos por agua, o bien a una cuerda tirada en el suelo a la que toma por una serpiente³⁹¹. El estado de ensoñación aparecerá frecuentemente en los personajes de la prosa de Eminescu.

Eminescu crea diferentes imágenes líricas que representan el tiempo y la eternidad desde la perspectiva de lo efímero. La historia es efímera. El tiempo es inconmensurable, eterno, pero los sujetos cambian. Esta idea es adaptada de una manera singular e irónica por Eminescu, por ejemplo, en *Contrapagină* (El dorso de la página) en el que a través de la imagen de la “boca del mundo” representa al sujeto individual:

Lumea e eternă, aceeași, gura lumii pe fiece zi alta...³⁹².

La historia para Eminescu tiene una relación directa con el universo y su creador. Eminescu siente admiración por las civilizaciones pasadas y cómo estas han intentado explicar el problema del tiempo. Tiene una imagen positiva de los pueblos gloriosos e ilustres, tanto en su prosa como en su poesía como veremos cuando hablemos de la intertextualidad. Eminescu conoce las civilizaciones clásicas y siente especial predilección por Egipto, Grecia y Roma. En su prosa *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), por ejemplo, ofrece una cita de una obra bibliográfica culta latina sobre la influencia del cosmos en la vida de los hombres.

³⁹¹ Schopenhauer, A., Op. Cit., p. 21

³⁹² Perpersicius, v. VII, p. 317. El mundo es eternamente el mismo, la boca del mundo cada día otra

Titlul era scris și latinește: “architecturae cosmicae sive astronomiae geocentricae compendium” — învățătură despre a lumii orânduială dumnezeiască după cum toate pentru pământ a fi zidite se arată de către înduratul Dumnezeu — de pe grece pe românie tâlcuită cu adăugire a înfrinței zodiilor asupra vieții omenești³⁹³.

Y, en el mismo relato, unas líneas más adelante nos describe cómo es uno de esos libros clásicos, en donde cita a Platón y a Pitágoras:

Tablele erau pline de schemele unei sisteme lumești imagine, pe margini cu portretele lui Platon și Pitagora și cu sentințe grecești³⁹⁴.

Permítaseme en este momento y de manera puntual mostrar la visión que tiene Eminescu del hombre respecto al tiempo en su poesía. En *Glossă* (Glosa) afirma:

Viitorul și trecutul
Sunt a filei două fețe
Vede-n capăt începutul
Cine știe să le-nvețe;³⁹⁵

Visión que, en su prosa *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), refuerza la idea de la impotencia del hombre frente al tiempo:

Omul are-n el numai [în] șir ființa altor oameni viitori și trecuți³⁹⁶.

Eminescu trata el tema de la metempsicosis en sus obras, tanto en su poesía como en su prosa. Es un concepto que se relaciona con los temas del tiempo y de la muerte. Es un

³⁹³ Perpessicius, v. VII, p. 98. El título estaba escrito también en latín: “architecturae cosmicae sive astronomiae geocentricae compendium” — enseñanza sobre un mundo (regido) orânduială por Dios según como todo para la tierra ha sido construida se muestra por el afligido Dios — de griegos a romanos (interpretación) tâlcuită con añadidos de la influencia de los signos zodiacales sobre la vida humana

³⁹⁴ Perpessicius, v. VII, p. 98. Las tablas estaban llenas de esquemas de unos sistemas mundanales imaginarios, en los márgenes con los retratos de Platón y Pitágoras y con sentencias griegas

³⁹⁵ La traducción es de Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 233. Mas el futuro y el pasado / son dos caras de una moneda, / comprende al final el comienzo / el que es capaz de aprenderlo;

³⁹⁶ Perpessicius, v. VII, p. 101. El hombre tiene en él sólo en fila el ser de otros hombres futuros y pasados

concepto complejo que podría definirse como la creencia que presupone la reencarnación o transmigración de un principio individual. Aparece en algunas religiones antiguas, orfismo y pitagorismo, y en otras universales, como hinduismo y budismo. El elemento que permanece en el individuo se mantiene idéntico a sí mismo desde su constitución in illo tempore, y pasa de una reencarnación a otra hasta el término definitivo de este proceso³⁹⁷.

Desde un planteamiento filosófico, Copleston afirma Pitágoras aceptó la doctrina de la metempsícosis. El alma es poderosa y perdura tras la muerte. Más adelante el filósofo inglés afirma que el parecido entre varios puntos importantes del orfismo y del pitagorismo acaso se deba a algún influjo de aquel sobre este; pero es difícil de determinar si se dio en realidad una influencia directa y, si es que la hubo, hasta qué punto influyó. El orfismo esta en conexión con el culto de Dioniso, culto que pasó a Grecia procedente de la Tracia o la Escitia y era ajeno al espíritu del culto olímpico, aunque su carácter “entusiasmador” y “extático” halló eco en el alma griega. Los iniciados órficos eran instruidos en la doctrina de la transmigración de las almas, de tal modo que, para ellos, lo importante del hombre era el alma y no el cuerpo que la aprisiona: en efecto, el alma era el hombre “real”, no una simple sombra o imagen del cuerpo, tal como aparece en Homero³⁹⁸.

Esa reencarnación, esa apariencia de ser con otra alma, Eminescu está presente en todos los géneros literarios de Eminescu. En su prosa, como en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela). En el teatro donde los actores son los recipientes de otras formas. Y, también, en sus poesías encontramos el concepto de metempsícosis en Glossă (Glosa):

Alte măști, aceeași piesă,

³⁹⁷ Filoramo, Giovanni (editor), *Diccionario Akal de las religiones*, Tres Cantos (Madrid), Akal, 2001, p 473

³⁹⁸ Copleston, Frederick Charles, *Historia de la filosofía. Volumen I, De la Grecia Antigua al mundo cristiano*, Barcelona, Círculo de Lectores, D.L., 2012, p. 32

Alte guri, aceeași gamă,
Amăgit atât de-adeșe
Nu spera și nu ai teamă³⁹⁹.

El presente se muestra como insignificante. El tiempo se presenta como la nada que simplemente ahoga hombre, como descubrimos en *Satira I* (Carta I):

Astfel, într-a vecinicii noapte pururea adâncă,
Avem clipa, avem raza, care tot mai ține încă...
Cum s-o stinge, totul piere, ca o umbră-n întuneric,
Căci e vis al neîntinții universul cel himeric...⁴⁰⁰.

En *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) encontramos el secreto de la metempsirosis, es decir, la capacidad de las almas de transponerse para viajar en el tiempo y en el espacio.

Bine zici, meștere Ruben, că egiptenii aveau pe deplin dreptate cu metempsihoza lor. Bine zici cum că în sufletul nostru este timpul și spațiul cel nemărginit și nu ne lipsește decît varga magică de a ne transpune în oricare punct al lor am voi⁴⁰¹.

El concepto de metempsirosis es filosófico y religioso. En páginas precedentes hemos dicho que Eminescu leía *Rāmāyaṇa* o *Mahābhārata* cuando apenas tenía veinte años. Esta literatura india podría contener parte de la idea de metempsirosis de Eminescu. El *Rāmāyaṇa* es una epopeya que cuenta el curso de vida *Rāma*. En *Mahābhārata*, Eminescu podría haberse inspirado de la historia de la fiel Sāvitrī, que enseña cómo el amor triunfa

³⁹⁹ La traducción es de Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 233. otras máscaras, la misma obra, / otras bocas, la misma escala, / tú, engañado tantas veces, / no tengas miedo ni esperanza

⁴⁰⁰ La traducción es de Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 353. así, en la noche siempre profunda de la eternidad, / poseemos el insante, poseemos el rayo, mientras el rayo dure... / cuando se apague, todo desaparece, como sombras en tinieblas, / pues nuestro universo quimérico es sólo sueño de la nada

⁴⁰¹ Peressicius, v. VII, p. 100. Bien dices, maestro Ruben, que los egipcios tenían plenamente razón con su metempsirosis. Bien dices que en nuestra alma está el tiempo y el espacio inconmensurables y sólo nos hace falta una varita mágica para transponernos en cualquiera de los puntos que tenemos

sobre la muerte⁴⁰². Un claro ejemplo de lo dicho es *Legenda cântărețului. Poveste indică* (La leyenda del cantante. Cuento hindú).

El hombre, a través de los sueños, puede salir de sus coordenadas espacio-temporales y formar parte del todo, tiene la oportunidad de vivir su pasado y el futuro al mismo tiempo. Al fin y al cabo, las distintas formas existentes son parte de una sustancia eterna. El sueño es el comienzo de un viaje del alma, porque como afirma en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela):

Nu există nici timp, nici spațiu — ele sînt numai în sufletul nostru. Trecut și viitor e în sufletul meu, ca pădurea într-un sîmbure de ghindă, și infinitul asemenea, ca reflectarea cerului înstelat într-un strop de rouă⁴⁰³.

Además, en su poesía aparece la idea de la relatividad de las coordenadas espacio-temporales, cuando afirma que los antiguos maestros pueden mantener algo inmenso dentro de algo pequeño, como muñecas rusas, véase en *Satira I* (Carta I):

(...) universul fără margini e în degetul lui mic⁴⁰⁴

De igual manera, en *Luceafărul*, el protagonista contiene una esencia absoluta, demiúrgica. Dionis en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) irá aprendiendo que se puede superar la inconmensurabilidad del tiempo y del espacio.

⁴⁰² Schuhmacher, S., y Woerner, G., [et al.], *Diccionario de la sabiduría oriental. Budismo, hinduismo, taoísmo, zen*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1993, pp., 214 y 289

⁴⁰³ Perpessicius, v. VII, p. 93. No existe ni tiempo, ni espacio — ellos están sólo en nuestra alma. Pasado y futuro están en mi alma, como el bosque en un hueso de bellota, y el infinito igualmente, como el reflejo del cielo estrellado en una gota de rocío

⁴⁰⁴ La traducción es de Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., pp. 350-351. (...) el universo sin límites se encuentra en su dedo meñique

— Sînt încredințat, dascăle, în privința vremii, dar nemărginirea—spațiul?
— Tot ca vremea, bucată cu bucată poți fi în orice loc dorit, pe care n-o
poți părăsi neîmplută⁴⁰⁵.

Eminescu consigue transmitir la relatividad temporal mediante la ambigüedad narrativa del personaje, así en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) encontramos al mismo tiempo, por un lado, a Dionis y, por otro, a Dan. Dan manifiesta su existencia mientras duerme Dionisio y viceversa.

Ya hemos visto la influencia de la filosofía alemana en lo relativo a la idea de que el tiempo solo existe en la mente del hombre. Esta idea está muy presente en la prosa del autor rumano. Eminescu sabe de la certeza del tiempo porque existe sólo en relación a otra cosa. En cierta forma, se anticipa a la teoría de la relatividad. La idea de que si el hombre no lo imaginara, quizás no existiría aparece en *Satira I* (Carta I), como se puede ver en los siguientes versos:

Timpul mort și-ntinde trupul și devine vecinicie,
Căci nimic nu se întîmplă în întinderea pustie,⁴⁰⁶

Semejante reflexión encontramos en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela):

Mărimea fiind numai relativă, se înțelege că atomii din miezul acelui
mărgăritar a cărui margini le era cerul, a cărui stropi soare, lună și stele, acei pitici

⁴⁰⁵ Perpessicius, v. VII, p. 101— Confío, maestro, en lo relativo al tiempo, pero ¿la inconmensurabilidad del espacio?

— Igual que el tiempo, trozo a trozo puedes estar en cualquier lugar deseado, el cual no puedes abandonar vacío

⁴⁰⁶ La traducción es de Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 353. el tiempo muerto alarga su cuerpo y se convierte en eternidad, / pues nada más acontece en la gran inmensidad desierta

nemărginit de mici aveau regii lor, purtau războaie, și poeții lor nu găseau în univers destule metafore și comparațiuni pentru apoteoza eroilor⁴⁰⁷.

Eminescu plantea la idea de que el tiempo se puede plegar, a través de la metempsicosis, lo que permite la doble existencia de Dionis y Dan. La idea de que no haya ni futuro ni pasado, sólo el ahora, como hemos visto antes, también aparece en Glossă (Glosa). El demiurgo es la perfección de la materia y sus personajes -tanto Dionis y Dan como el lucero, Luceafărul- en un momento inicial formaron parte de su inmortalidad, de ese ser que no necesita al tiempo.

Los personajes de Eminescu desean evadirse del tiempo, de una manera romántica, bien renunciando a lo mortal como en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) o a lo inmortal como ocurría en *Luceafărul*. El tiempo queda en un segundo lugar cobrando importancia el hombre, como afirma Simion, porque lo que en el fondo busca es héroe es aspirar a la armonía de comienzo de la existencia humana⁴⁰⁸, al momento original en donde no hay tiempo:

Trăiesc sub domnia lui Alexandru-vodă ș-am fost tras de-o mînă nevăzută
în vremi ascunse în viitorul sufletului meu. Cîți oameni sînt într-un singur om?⁴⁰⁹

El tiempo pasado se plantea a menudo como una pérdida, pero se transforma en doloroso si además no se está al lado del ser amado, como sucede en un momento de la prosa de *La aniversară Narațiune originală* (En el aniversario. Narración original).

⁴⁰⁷ Perpessicius, v. VII, p. 106. El tamaño siendo sólo relativo, se comprende que los átomos del núcleo de aquella perla cuyo margen era el cielo, cuyos gotas sol, luna y estrellas, aquella enana incommensurabilidad pequeña tenía sus reyes, llevaba guerras, y sus poetas no encontraban en el universo bastantes metáforas y comparaciones para el apoteosis de los héroes

⁴⁰⁸ Simion, E., *Proza lui Eminescu*, București, Editura pentru literatură, 1964, p. 83

⁴⁰⁹ Perpessicius, v. VII, p. 100. Vivo bajo el reinado de Alexandru-Vodă y he sido arrastrado de una mano invisible a los tiempos escondidos en el futuro de mi alma. ¿Cuántos hombres hay en un solo hombre?

— Da! Nu mă iubești... repet-o, spune-o... te cred, fiindcă tu nu m-ai iubit niciodată, zise el cu amărăciune. Negri vor trece anii mei... În toate chipurile voi căuta să te uit⁴¹⁰.

El tiempo es implacable y funciona de la misma manera para todos, independientemente de su naturaleza. Esta idea aparece tanto en su poesía, por ejemplo en la *Satira I* (Carta I), en la que incluso el “viejo maestro” está muerto a pesar de que su genio se eleve por encima de los demás mortales, como en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) donde el hombre cae en la tentación de la soberbia al creerse un ser sobrenatural, atemporal:

— Umbra ceea a d-tale e un portret care-ți seamănă, zise el.
— Maistre Ruben, te-ai prostit rău de când nu ne-am mai văzut, zise tînărul zîmbind, ori eu am devenit o ființă superioară magistrului meu... se poate și asta⁴¹¹.

El tiempo provocará la muerte que, para Eminescu, tiene una función igualadora recogiendo la tradición medieval europea de la danza de la muerte en su texto *Visul unei nopți de iarna* (El sueño de una noche de invierno):

La danse Macabre... jocul Morților... Privesc peste ei toți, cum rîd, cum şușuie mătasa, cum glumesc, cum șoptesc cu șoaptele lor calde și îmbătătoare. Și peste-o sută de ani ce-o să fie toți, toți din sala aceasta? O, ochi frumoși, o, sute de ochi strălucitori, o sute de guri surîzătoare, o sute de inimi tinere... ce-o să rămîie din voi?...⁴¹²

⁴¹⁰ Perpessicius, v. VII, p. 116— ¡Sí! No me amas... repítelo, dilo... te creo, porque tú no me amaste nunca, dijo él con amargura. Negros pasarán mis años... En todos los rostros buscaré mirarte

⁴¹¹ Perpessicius, v. VII, p. 111 — Tu sombra es un retrato que se te parece, dijo él.

— Maestro Ruben, te has atontado mucho desde que no nos hemos visto, dijo el joven sonriendo, o yo me he convertido en un ser superior a mi maestro... puede ser también esto

⁴¹² Perpessicius, v. VII, p. 313. La danse Macabre... el juego de los Muertos... Miro a todos ellos, cómo ríen, cómo cuchichea con su madre, como bromean, cómo susurra con sus cuchicheos cálidos y embriagadores. Y dentro de cien años que serán todos, ¿todos los de esta sala? ¡Oh! Ojos hermosos, oh, cientos de ojos brillantes, oh, cientos de bocas sonrientes, oh, cientos de corazones jóvenes... ¿qué quedará de vosotros?...

En *Luceafărul* la acción es diversa y Catalin, el protagonista, es capaz de realizar viajes espacio-temporales a “miles de años”:

Porni luceafărul. Creșteau
În cer a lui aripe,
Și căi de mii de ani treceau
În tot atâtea clipe⁴¹³.

De la misma manera, en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) encontramos esta idea del viaje espacial.

— Tu știi — cugetă umbra și el îi auzea cugetările — știi bine că sufletul tău din începutul lumii și pînă acuma a făcut lunga călătorie prin mii de corpuri din care azi n-a mai rămas decît praf⁴¹⁴.

Otro momento en el que siente que la existencia del hombre puede estar desacompasada con el tiempo en el que debería vivir o haber vivido lo encontramos en *Însemnări caracterologice* (Apuntes caracterológicos).

Ion se simte prin urmare nenăscut la punctul acela în timp, care ar conveni caracterului lui; însă sătul și dezgustat de viață, el *decide* a se arunca întreg în curentul timpului și de a se lăsa dus, dacă nu poate duce. Pentru că o țință nu e conv[e]nabilă în timp, pentru că el *în timp* nu e la locul său, de aceea el își alege o țință secundară, contrapusă naturii lui interne și o eșecută după puteri, căci el e fidel principiului: că în timpi mari, chiar dacă acești timpi nu i-ar aparține lui, e o lașitate de-a nu fi de nici o partidă⁴¹⁵.

⁴¹³ La traducción es de Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., p. 419. Partió el lucero. Le crecían / en el cielo las alas, / y caminos de miles de años pasaban / en otros tantos instantes

⁴¹⁴ Perpessicius, v. VII, p. 104 — Tú sabes — pensó la sombra y él la oyó los pensamientos — sabes bien que tu alma desde el comienzo del mundo y hasta ahora ha hecho el largo viaje por miles de cuerpos de los que hoy sólo ha quedado polvo

⁴¹⁵ Perpessicius, v. VII, p. 224. Ion se siente por consiguiente, no nacido en el punto aquel mientras que se adapta a su carácter, sin embargo, harto y disgustado de la vida, decide lanzarse totalmente en la corriente del tiempo y se deja llevar, si no puede ir. Porque un objetivo ideal, porque no es conveniente en el tiempo, porque él en el tiempo no está en su lugar, por eso elige un objetivo secundario, contrapuesto a su naturaleza interna, y la ejecuta según sus fuerzas, porque es fiel a sus principios: que en tiempos grandes, aunque este tiempo no le pertenezca, es una cobardía no estar de ninguna parte

La prosa literaria de Eminescu muestra la peculiar preocupación por el tema del tiempo. Es un elemento novedoso en la literatura rumana porque utiliza ideas filosóficas del pensamiento alemán de los siglos XVIII y XIX junto con conceptos de las tradiciones hindú, egipcia o griega.

3.2.1.4. LA MUERTE

La muerte es un tema fundamental de la obra de Eminescu. En la prosa literaria de Eminescu, el tema de la muerte se nos muestra asociado a diversos motivos que se entrelazan con él, como es el demonismo, el sueño, espacios celestes, la metempsicosis, el doble, la noche y la naturaleza. El tema de la muerte, evidentemente, también está relacionado con el del tiempo, como hemos visto ya en páginas anteriores. Veamos estos aspectos.

El demonismo, o creencia en seres maléficos, está presente a lo largo de toda la creación literaria de Eminescu. Tanto en su poesía como en su prosa, aparecen seres que tienen la capacidad de viajar libremente por entre las fronteras de la vida y la muerte. Estos seres son descritos como bellos y horribles al mismo tiempo, femeninos y masculinos a la vez, como sucede en *Avataarii faraonului Tlâ* (Los avatares del faraón Tlâ):

— Cezar sau Cezara, zise demonul surîzînd c-o firească echivocitate⁴¹⁶.

Los demonios de Eminescu son maléficos y bellos como es descrito en *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Ai fi crezut că e un poet ateu, unul din acei îngerî căzuți, un Satan, nu cum și-l închipuiesc pictorii: zbîrcit, hidos, urîcios, ci un Satan frumos, de-o

⁴¹⁶ Perpessicius, v. VII, p. 263. Cezar o Cezara, dijo el demonio sonriendo con una natural ambigüedad

frumusețe strălucită, un Satan mîndru de cădere, pe-a cărui frunte Dumnezeu a scris geniul, și iadul îndărătnicia, un Satan dumnezeiesc care, trezit în ceri, a sorbit din lumina cea mai sîntă, și-a îmbătat ochii cu idealele cele mai sublime, și-a muiat sufletul în visurile cele mai dragi, pentru ca în urmă, căzut pe pămînt, să nu-i rămână decît decepțiunea și tristețea, gravată în jurul buzelor, că nu mai e în ceri⁴¹⁷

La vida es sueño. Eminescu utiliza la misma paradoja de Calderón. También para el narrador rumano la vida es sueño, por ejemplo, en *Geniu pustiu* (Genio solitario). Para el autor rumano, el sueño es, en muchos lugares su prosa, un momento de muerte o de transposición. Como sucede, por ejemplo en *Naturi catilinare* (Naturalezas catilinas):

Și deși s-ar parè cum că un stadiu anonim e indiferent, totuși ce dulce e
somnul fără de vise!
Moartea e un moment – și un dureros.⁴¹⁸

Lo que se percibe como vida es algo que no posee una certeza absoluta. Eminescu juega con la percepción sensorial, es decir, el mundo que perciben nuestros sentidos puede ser falso y puede parecer absurdo como sucede en *Cugetări imposibile* (Pensamientos imposibles).

La metempsicosis es la disociación de los elementos psíquicos de un hombre después de la muerte. Dichos elementos, que comprenden las imágenes mentales, la memoria y la imaginación, servirán para formar otros cuerpos. Para Eminescu, este traspaso se produce entre hombres, por lo que no se puede hablar de reencarnación, pero sí de metempsicosis. Es

⁴¹⁷ Perpersicius, v. VII, pp. 178-179. Habrías creído que es un poeta ateo, uno de los ángeles caídos, un Satán, no como lo imaginan los pintores: arrugado, horroroso, espeluznante, sino un Satán hermoso, de una hermosura brillante, un Satán orgulloso de ser caído, en cuya frente Dios ha escrito el genio, y el infierno porfía, un Satán endiosado que, suspendido en el cielo, ha embebido de la luz más santa y ha sumergido los ojos en los ideales más sublimes y se ha empapado el alma con los sueños más amados, porque al final, caído a la tierra, no se quede sólo con la decepción y la tristeza, grabada alrededor de los labios, porque ya no está en el cielo

⁴¹⁸ Eminescu, *Proză literară*, vol. I, București, Editura Minerva, 1989, pp. 120-121. Y aunque parecería como un estadio anónimo e indiferente, sin embargo ¡qué dulce es el sueño sin sueños!
La muerte es un momento- y no doloroso

evidente que Eminescu, en sus estudios universitarios en Austria y Alemania descubrió este concepto filosófico. Del pitagorismo recogió su idea fundamental, a saber, la supervivencia del alma después de la muerte y su transmigración a otros cuerpos⁴¹⁹. Un ejemplo lo encontramos en *Schema cursului naturei* (El esquema del curso de la naturaleza):

Aceste umbre stau pe loc ca o urzeală, ca idea unei ființe sub car undele
rîului etern altele formează o bătătură, singura ce dă consistență acestor umbre
și totuși ea însăși într-o eternă tranziție, într-un pelerinagiu din ființă-n ființă, un
Ahasver a formelor lumei⁴²⁰

Cita textualmente el concepto de metempsicosis en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela):

Bine zici, meștere Ruben, că egiptenii aveau pe deplin dreptate cu
metempsihoza lor. Bine zici cum că în sufletul nostru este timpul și spațiul cel
nemărginit și nu ne lipsește decît varga magică de a ne transpune în oricare punct
al lor am voi⁴²¹.

Así, por ejemplo, encontramos en *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) que a la muerte del faraón Tlă comienza el viaje de elementos psíquicos a través del tiempo y que se hacen carne primero en el anciano Baltazar de Sevilla y, después, en Angelo, el joven demoníaco.

Sin embargo, Eminescu funda una cosmología propia. El escritor rumano crea un espacio celestial literario, es decir, inventa su propio cosmos. En *Sărmanul Dionis Nuvelă*

⁴¹⁹ Abbagnano, Nicola, *Historia de la filosofía*; trad., Juan Estelrich y J. Pérez Ballestar, Barcelona, Hora, 1994-1996, vol., I, p., 21

⁴²⁰ Eminescu, *Proză literară*, vol. II, București, Editura Minerva, 1989, p., 166. Estas sombras están inmóviles como una trama, como la idea de un ser bajo el cual las ondas del río eterno otras forman un corral, la única que da consistencia a estas sombras y sin embargo ella misma en una eterna transición, en un peregrinaje de ser en ser, un Ahasver de las formas del mundo

⁴²¹ Perpersicius, v. VII, p. 100. Bien dices, maestro Ruben, que los egipcios tenían plenamente razón con su metempsicosis. Bien dices que en nuestra alma está el tiempo y el espacio inconmensurables y sólo nos hace falta una varita mágica para transponernos en cualquiera de los puntos que tenemos

(El pobre Dionis Novela), para llegar a la luna los personajes tienen que pasar por un firmamento propio.

Sărutarea ei îl împlu de geniu și de-o nouă putere. Astfel îmbrățișați, aruncă neagra și strălucita lui mantie peste umerii ei albi, îi încunjură talia strângînd-o tare la piept, iar cu cealaltă mînă fluturînd o parte a mantiei se ridicară încet, încet prin aerul luciu și pătruns de razele lunii, prin nourii negri ai cerului, prin roiurile de stele, pînă ce ajunseră în lună. Călătoria lor nu fusă decît o sărutare lungă⁴²².

Estos mundos que imagina Eminescu se encuentran alejados de los espacios terrenales y cercanos a los estados de la muerte. El espacio lunar al que llegan los personajes de *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) es una especie de paraíso y, como en la referencia bíblica, hay un objeto prohibido que, en este relato, es una puerta.

Ceruri de oglinzi, [îngeri] plutind cu înălțatele aripi albe și cu brîie de curcubeu, portale nalte, galerii de-o marmură ca ceara, straturi de stele albastre pe plafonduri argintoase — toate pline de un aer răcoare și mirositor. Numai o poartă închisă n-au putut-o trece niciodată. Deasupra ei, în triumghi, era un ochi de foc, deasupra ochiului un proverb cu literele strîmbe ale întunecatei Arabii. Era doma lui Dumnezeu. Proverbul, o enigmă chiar pentru îngeri⁴²³.

Eminescu conocía la mitología egipcia, según la cual hay una “fuerza vital”, Ka, que es un componente del espíritu humano que contiene un minúsculo principio universal e inmortal de la vida. Para Eminescu, incluso Dios es un átomo-un punto matemático como afirma en *Naturi catilinare* (Naturalezas catilnarias). Todo está compuesto por átomos y otra

⁴²² Perpessicius, v. VII, pp. 105-106. Su beso le llenó de genio y de un nuevo poder. De este modo abrazados, arrojó su negra y brillante capa sobre sus hombros blancos, le rodeó la cintura apretándola fuertemente al pecho, y con la otra mano arreó ondeando una parte del gabán levantándose despacio, despacio por el aire brillante y penetrante de los rayos de la luna, por las nubes negras del cielo, por los enjambres de estrellas, hasta que llegaron a la luna. Su viaje no fue más que un beso largo

⁴²³ Perpessicius, v. VII, p. 107. Cielos de espejos, ángeles flotando con altas alas blancas y con las cinturas de arco iris, portales altos, galerías de un mármol como la cera, estratos de estrellas azules sobre techos plateados — todos llenos de un aire fresco y oloroso. Sólo una puerta cerrada no la pudieron pasar nunca. Encima de ella, en el triángulo, había un ojo de fuego, encima del ojo un refrán con las letras torcidas de la oscura Arabia. Era la catedral de Dios. El proverbio, un enigma incluso para los ángeles

vez encontramos la idea de la relatividad del universo, como se puede ver en *Umbra mea* (Mi sombra):

Mărimea fiind numai relativă, astfel încât ceea ce nouă ni-i mare altora li se pare mic, se-nțelege că atomii microscopici din acel mărgăritar a cărui margini le era cerul, stropii -stele și lună și soare, acei pitici aveau regii lor, purtau războaie, se urau mereu, închipuindu-și diferite bazaconii despre închipuita lor mărime⁴²⁴.

El tema del doble se relaciona con el de la muerte. Eminescu recoge este elemento característico del romanticismo y lo introduce en la literatura rumana, sobre todo, con su imagen de la sombra y el espejo. En *Visul unei nopți de iarnă* (El sueño de una noche de invierno), obra que se relaciona intratextualmente con *Geniu pustiu* (Genio solitario), cita directamente a E.T.A. Hoffmann, lo que nos hace presuponer que conociera su obra *Die Elixiere des Teufels* (Los elixires del diablo).

În poveștile lui Hoffman unul îndrăgește un chip de ceară ce sta într-o fereastră... Degeaba se-nchina la luceafărul dimineții sale, deseaba la luceafărul serilor... Luceafărul era o păpușă... coeur de marbre⁴²⁵

Eminescu aborda el tema del doble de dos maneras diferentes. Primero como un desdoblamiento de la propia personalidad, en *Umbra mea* (Mi sombra), donde hay un diálogo interno:

Se-nțelege că acum n-am făcut decît a răsuci firul cugetărilor și a sta de vorbă cu reflectul meu asupra diferitelor probleme ale omenirii.

⁴²⁴ Perpersicius, v. VII, p. 138. La grandeza siendo solo relativa, de tal modo que lo que a nosotros nos parece grande a otros les parece pequeño, se entiende que los átomos microscópicos de aquella perla cuyo margen era el cielo, regado de estrellas, luna y sol, aquel enano tenía sus reyes, llevaba guerras, se odiaban siempre, imaginándose diferentes bazaconii (hipótesis) sobre su imaginada grandeza

⁴²⁵ Perpersicius, v. VII, p. 313. En los cuentos de Hoffman uno se enamora de una figura de cera que está en una ventana... en vano se postra al lucero de su madrugada, en vano a los luceros de la tarde... el lucero era una muñeca... coeur de marbre

— Știi ceva, îi zic eu, te las pe pământ în locul meu, în împrejurările mele, și eu mă duc de-aicea să-mi petrec cîtăva vreme în lună⁴²⁶.

Y, segundo, como usurpación de la personalidad, como sucede en *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă).

— Oh! Oh! strigă marchizul, aici e mai mult decît umbra mea...
Apucă o spadă lungă și-ncepu să manevreze pe lîngă oglindă⁴²⁷.

En dos ocasiones se produce el desdoblamiento, en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) y en *Umbra mea* (Mi sombra). En ellos, la sombra se queda en el mundo mientras que el doble viaja a espacios lunares.

La narración *Moartea lui Ioan Vestimie* (La muerte de Ioan Vestimie) obra en la que el alma sale del cuerpo nos recuerda al cuento *Mi entierro. Discurso de un loco*, de 1882, de Leopoldo Alas “Clarín”. En él, Agapito Ronzuelos al llegar tarde a casa se encuentra con que ha muerto. Es testigo de su propio velatorio y entierro y descubre la hipocresía de sus amigos y mujer. Ioan Vestimie se da cuenta de que ha muerto porque lee su esquila en un periódico. A Ioan se le aparece la mujer más hermosa de la ciudad y le acompaña a un lugar donde se produce un baile.

Los ambientes nocturnos también se relacionan con la muerte en la prosa literaria de Eminescu. En muchos de los pasajes, la presencia de la muerte se produce en la noche. En próximas páginas, analizaremos la contraposición entre noche y día. Las noches se cargan de

⁴²⁶ Perpessicius, v. VII, p. 137. Parece que ahora lo que hice fue retorcer el hilo de los pensamientos y hablar con mi reflejo sobre los diferentes problemas de los hombres.

— Sabes algo, le dije yo, te dejo en la tierra en mi lugar, en mis circunstancias, y yo me voy de aquí para pasar algún tiempo en la luna

⁴²⁷ Perpessicius, v. VII, p. 256 — ¡Oh! ¡Oh! gritó el marqués, aquí hay más que mi sombra... Cogió una espada larga y empezó a blandirla junto al espejo

una tranquilidad otorgada por la luna que anticipará un desenlace mortal. Un ejemplo representativo sería el duelo entre Jeronim y Castelmare al final del capítulo V de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original).

Son abundantes las descripciones de ambientes nocturnos y, en algunos pasajes, aparecen unidos a lugares sepulcrales como en el siguiente ejemplo de *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Cînd i-am redeschis, eram singur în cimitir. Luna revărsa printre arborii niși și străluciți în haina lor argintie o lumină dalbă ca visul de vară, iar bătrînul cioclu arunca încet, nepăsător, melancolic bulgării ce sunau pe scîndurile uscate ale sicriului. Un vis de moarte, de mormînt, iată tot⁴²⁸.

Es durante la noche cuando los personajes visitan los castillos. Unas veces, para luchar contra enemigos rurales, como en *Geniu pustiu* (Genio solitario):

În curînd coborîrăm dealurile și ne-ndreptam de-a dreptul prin cîmpii cu iarbă moale la castelul ce se ridica în mijlocul unui parc întins și frumos. Ferestrele lui toate ardeau prin întunericul cel des al nopții și din ce în ce ne apropiam de acele lumini ce ne păreau magice⁴²⁹.

Y otras, para penetrar en ruinas de castillos medievales donde sucederán acontecimientos maravillosos, tanto en los cuentos, como en *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima):

⁴²⁸ Perpessicius, v. VII, p. 191. Cuando los volví a abrir, estábamos solos en el cementerio. La luna rebosaba entre los árboles nevados y brillantes en sus vestimentas plateadas una luz inmaculada como el sueño de verano, de nuevo el anciano sepulturero tiró despacio, indiferente, melancólico bolas que sonaban sobre las tablas secas del ataúd. Un sueño de muerte, de tumba, eso es todo

⁴²⁹ Perpessicius, v. VII, p. 213. Pronto bajamos los cerros y nos dirigimos directamente por las llanuras con la hierba blanda al castillo que levantaba en medio de un parque extenso y hermoso. Todas sus ventanas ardían entre la tiniebla espesa de la noche y poco a poco nos acercamos a aquellas luces que nos parecían mágicas

Deci se porni și înspre sară ajunse la castelul Genarului⁴³⁰

Como en narraciones como *După această întâmplare minunată* (Después de este acontecimiento maravilloso) o *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă):

(...) un râu curgea alene prin sălcii plângătoare și în vârful dealului se-nălța un castel vechi acoperit cu*** fier a cărui muri colțuroși erau înseninați de lună...⁴³¹.

La naturaleza representa un gran valor en la prosa de nuestro autor. Eminescu reúne dos dimensiones esenciales, la terrestre y la cósmica. Imagina el espacio de dos maneras: o bien sus descripciones son realistas y forman un ambiente concreto; o bien son una proyección onírico-cosmológica. La descripción de la naturaleza no puede ser interpretada como un elemento secundario. Al contrario, nos parece evidente que hay una clara relación entre ella y los sentimientos del narrador y de los personajes. Cuando entra en juego la muerte, la naturaleza se armoniza con los sentimientos. La muerte se rodea de agua, acantilados, y elementos naturales insufribles. Valgan como ejemplo las descripciones de relatos como *Istoria unei lacrimi* (Historia de una lágrima (historia miniatural),

Cuando se produce el encuentro amoroso, las descripciones de la naturaleza la presentan como amena y paradisíaca. Un ejemplo paradigmático lo tenemos en el paraíso subterráneo, al que se accede a través del agua, es decir, la isla de Euthanasius que aparece en *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original). La muerte social da lugar a la vida paradisíaca caracterizada por una exuberante naturaleza.

⁴³⁰ Perpessicius, v. VI, p. 323. Entonces partió y por la noche llegó al castillo de Genar

⁴³¹ Perpessicius, v. VII, p. 264. (...) un río corría lentamente por los sauces llorones y en la cima del cerro se levantaba un castillo viejo cubierto con hierro cuyos muros angulosos estaban serenados por la luna...

En conclusión, podemos decir que el tema de la muerte en Eminescu es la consecuencia del paso del tiempo. Es un concepto que está directamente vinculado a otros temas como el del amor -por ser este el medio para armonizar las circunstancias temporales de la vida; como al sueño, a la metempsicosis, a la naturaleza. Es difícil deslindar en la prosa de Eminescu el tema de la muerte de los otros que hemos visto hasta aquí.

3.2.1.5. EL SUSTRATO IDEOLÓGICO

Eminescu es un crisol de diversas fuentes ideológicas. Bebe de ellas a partir de innumerables lecturas, sin embargo, no creemos que el escritor rumano tuviera muchos libros. Para acceder a ellos, tendría dos caminos, uno, el uso de las bibliotecas. Hemos visto que a lo largo de su vida tuvo una estrecha relación con ellas. Otro, nos es conocido el hecho de que comprara, leyera y revendiera una gran cantidad de obras, como hemos visto en su biografía cuando iba a la universidad. Sus continuos viajes, la carencia de un domicilio estable y, sobre todo, su situación económica no le consentiría tenerlos. Sabemos que sí utilizaba cuadernos en los que apuntaba las ideas que le interesaban. Esos cuadernos son los manuscritos a los que hemos hecho referencia en capítulos anteriores. En ellos, hemos intentado rastrear la ideología de Eminescu.

Creemos que nuestro autor tenía una cultura literaria radicalmente diferente a la de sus contemporáneos. El fundamento cultural e ideológico se asienta en los estudios escolares y universitarios. En Cernăuți, entra en contacto con la literatura europea, la rumana y el folclore. En Austria y Alemania, por un lado, recibe el modelo retórico nacional romántico; y, por otro, entra en contacto con la filosofía idealista alemana, sobre todo, con los conceptos filosóficos de Platón, Leibniz, Schopenhauer, Kant y las culturas orientales, como la egipcia o la hindú.

De la prosa literaria de Eminescu podemos extraer su sustrato ideológico. Introduce los pensamientos de grandes filósofos en su prosa. Conceptos como el espacio y el tiempo; o como la relación entre la perspectiva subjetiva y objetiva; se anticipa a la teoría de la física moderna de la relatividad; o incluso aborda el problema de dios, creando su propia concepción del demiurgo. Su prosa literaria se conjuga con estos temas filosóficos. Pero podríamos decir más aún. Del mismo modo que es capaz de mezclar géneros, en su prosa intercala esa ideología filosófica con diferentes elementos fantásticos, como sucede, por ejemplo, en estos tres textos relacionados entre sí: *Umbra mea* (Mi sombra), *Archaeus* (Archaeus) y *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela).

Analicemos cómo conjuga estos conceptos filosóficos en su prosa literaria. Siguiendo a las ideas de Platón, el cosmos es un cuerpo perfecto, una esfera. El universo es una esfera cerrada, que contiene muchas esferas concéntricas. En el centro de la esfera se encuentra la tierra o las semillas de fuego del mundo. Las esferas son órbitas planetarias. La esfera más exterior es la esfera de las estrellas fijas. Para Platón, el eje de las esferas concéntricas es la columna de luz. En cada órbita planetaria existe una sirena, cada cual con su sonido característico. La combinación de los sonidos da la música a las esferas. Aunque, el universo es musical y vivo, es un ser, es creado por un demiurgo bajo las leyes matemáticas.

La ley es la armonía matemática. Como tipo de espacio, el universo platónico está concentrado alrededor de un punto del cual crece un eje. Es el tipo de espacio que pertenece a los pensamientos míticos, el espacio concentrado alrededor del eje del mundo. El lugar en donde el eje se intercepta con la tierra es un “omphalos”. El eje del mundo unifica el nivel de la existencia sagrada con la de la profana. Omphalos es, para el pensamiento mítico, el punto de realidad absoluta. Platón manifiesta una institución antropocéntrica del mundo, su

universo es antropocéntrico⁴³². Este platonismo está presente, por ejemplo, en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) cuando Eminescu nos muestra las reflexiones de su personaje:

Fărmăturile acelu bulgăre se numesc imperii, infuzorii abia văzuți de ochii lumii se numesc împărați, și milioane de alte infuzorii joacă, în acest vis confuz, pe supuși... El își întinse mîna asupra pămîntului. El se contrase din ce în ce mai mult și iute, pînă ce deveni, împreună cu sfera ce-l încunjură, mic ca un mărgăritar albastru stropit cu stropi de aur și c-un miez negru. Mărimea fiind numai relativă, se înțelege că atomii din miezul acelu mărgăritar a cărui margini le era cerul, a cărui stropi soare, lună și stele, acei pitici nemărginit de mici aveau regii lor, purtau războaie, și poeții lor nu găseau în univers destule metafore și comparațiuni pentru apoteoza eroilor⁴³³.

Tenemos la sensación de que Eminescu intenta buscar sus propios modelos para explicar las teorías filosóficas de Platón, como sucede en *Schema cursului naturei* (El esquema del curso de la naturaleza) cuando nos enumera algunos ejemplos como el río, las sombras:

Schema cursului naturei este un cerc de forme, prin care materia trece ca prin puncte de tranzițiune⁴³⁴.

O, incluso, como al judío errante, en *Archaeus* (Archaeus):

E unul și acelaș punctum saliens care apare în mii de oameni, dizbrăcat de timp și spațiu, întreg și nedespărțit, mișcă cojile, le mîină una 'nspre alta, le

⁴³² Petrescu, I. Em., *Cursul Eminescu*, Cluj-Napoca, Universitatea “Babes-Bolyai”, p., 43

⁴³³ Perpersicius, v. VII, p. 106. Los pedacitos de aquella bola de nieve se llaman imperios, recipientes apenas vistos de los ojos del mundo se llaman emperadores, y millones de otros recipientes actúan, en este sueño confuso, en suposiciones... Él tendió su mano sobre la tierra. Él la contrajo cada vez más y rápidamente, hasta que se convirtió, junto con la esfera que la rodeaba, pequeña como una perla azul salpicada con gotas de oro y con un núcleo negro. El tamaño siendo sólo relativo, se comprende que los átomos del núcleo de aquella perla cuyo margen era el cielo, cuyos gotas sol, luna y estrellas, aquella enana incommensurabilidad pequeña tenía sus reyes, llevaba guerras, y sus poetas no encontraban en el universo bastantes metáforas y comparaciones para el apoteosis de los héroes

⁴³⁴ Eminescu, *Proză literară*, vol. II, București, Editura Minerva, 1989, p. 166. El esquema del curso de la naturaleza es un círculo de formas, por las que la materia pasa como por puntos de transiciones

părăsește, formează altele nouă, pe când carnea zugrăviturelor sale apare ca o materie, ca un Ahasver al formelor, care face o călătorie ce pare vecinică⁴³⁵.

Interesante es la concepción para Leibniz de la teoría del espíritu. Sobre los sentidos externos afirma que los usamos lo mismo que el ciego utiliza su bastón. Muy lejos, por tanto, de ser verdad, como algunos se imaginan, que única y exclusivamente entendemos la naturaleza de las cosas sensibles, son éstas en verdad las que menos conocemos⁴³⁶. Más adelante añade, que el sentido nos proporciona más error que verdad; el espíritu se libera de la materia en el puro conocimiento de las verdades eternas y alcanza con ello su perfección⁴³⁷. Como sucede también en *Archaeus* (Archaeus) un poco antes:

(...) pînă bagi de seamă că sînt închipuirile unui surd despre vocea omenească, a cărei natură normală el o uitase sau avea numai o reminiscență slabă despre ea⁴³⁸.

Del modelo kantiano, toma la idea de que el universo, que aparece como infinito, contiene una pluralidad de mundos, donde cada uno de ellos nace y muere. El universo en su totalidad es inmortal, las partes son mortales. Con el modelo kantiano, la perspectiva antropocéntrica ha desaparecido. El ser humano es una casualidad. En lugar del demiurgo matemático aparece un tipo de gran mecánico, impersonal, que se confunde con la Ley⁴³⁹.

⁴³⁵ Perpersicius, v. VII, p. 283. Es el único y mismo punto saliente que aparece en miles de hombres, desnudado de tiempo y espacio, entero e indivisible, mueve las cáscaras, las conduce una hacia otra, las abandona, forma otras nuevas, hasta que la carne de su pintura aparece como una materia, como un Ahasver de las formas, que hace un viaje que parece eterno

⁴³⁶ Hirschberger, Op. Cit., p. 102

⁴³⁷ Hirschberger, Op. Cit., p. 104

⁴³⁸ Perpersicius, v. VII, p. 280. Hasta que te das cuenta de que son las imaginaciones de un sordo acerca de la voz humana, cuya naturaleza normal él la había olvidado o tenía sólo una reminiscencia débil acerca de ella

⁴³⁹ Petrescu, Op. Cit., pp. 43-44

Eminescu se encarga de transmitirnos sus preocupaciones ideológicas y filosóficas a través de los personajes. El relato *Archaeus* constituye un claro trasunto filosófico de nuestro autor a través del anciano que cuenta su teoría.

Cugetări imposibile nu există, căci, îndată ce o cugetare există, nu mai e imposibilă, și dac' ar fi imposibilă, n-ar exista. Ce este imposibil? Am să-ți pun îndată o mulțime de probleme. Condițiile a orice posibilitate sînt în capul nostru. Aicea sînt legile ciudate cărora natura trebuie să li se supuie. Aicea-i timpul cu regulele lui matematice, aicea spațiul cu legile geometrice, aicea cauzalitatea cu necesitatea ei absolută, si dacă le ștergi acestea... și un somn adînc le șterge pentru cîteva oare... ce simțemînt ni rămîne pentru acest interval al ștergerii? Nimic⁴⁴⁰.

En la *Crítica de la Razón Pura*, obra que traduce Eminescu, Kant deduce que el espacio y el tiempo no son en modo alguno “una propiedad de las cosas en sí”. El espacio no es más que la condición subjetiva humana de la experiencia sensible. Es empíricamente real, pero trascendentalmente ideal⁴⁴¹. Por otra parte, el tiempo constituye la forma de intuición de todos los fenómenos, es lo más profundo. Todas las intuiciones del espacio son también intuitas en el tiempo, pero no al revés⁴⁴².

Sărmanul Dionis Nuvelă (El pobre Dionis Novela) es la prosa filosófica kantiana de Eminescu por excelencia. En ella se mezcla el sueño romántico con meditaciones filosóficas. El sueño de la nada es el mundo utópico. Eminescu nos presenta a su protagonista, Dionis,

⁴⁴⁰ Perpersicius, v. VII, p. 280. Pensamientos imposibles no existen, porque, una vez que un pensamiento existe, ya no es imposible, y si fuera imposible, no existiría. ¿Qué es imposible? Te pondré en seguida una multitud de problemas. Las condiciones a cualquier posibilidad están en nuestra cabeza. Aquí están las leyes extrañas a las que la naturaleza tiene que someterse. Aquí está el tiempo con sus reglas matemáticas, aquí el espacio con sus leyes geométricas, aquí la causalidad con su necesidad absoluta, y si borras estas... también un sueño profundo las borra por unas horas... ¿qué sentimiento nos queda durante este intervalo de olvido? Nada

⁴⁴¹ Hirschberger, Johannes, *Historia de la filosofía*, trad., Luis Martínez Gómez, Barcelona, Herder, D.L. 2011, vol. II “Edad moderna, Edad contemporánea”, p., 207

⁴⁴² Hirschberger, p., 208

como un joven que reflexiona sobre la teoría kantiana de la subjetividad del espacio y el tiempo como formas de la intuición, de nuestros sentidos.

...În faptă lumea-i visul sufletului nostru. Nu există nici timp, nici spațiu — ele sunt numai în sufletul nostru. Trecut și viitor e în sufletul meu, ca pădurea într-un sîmbure de ghindă, și infinitul asemenea, ca reflectarea cerului înstelat într-un strop de rouă⁴⁴³.

No conocemos sino el modo nuestro de percibir el espacio y el tiempo, modo que nos es propio, y que no tiene por qué ser el modo único necesario para todo ser, aunque lo sea para todo hombre⁴⁴⁴. Véase, por ejemplo, en *Cugetări imposibile* (Pensamientos imposibles):

Poate că noi nu facem alta decît visăm într-un fel și el într-altul... Dar bine... vedem lumea. Și el o vede. Dar o pipăim. Și el o pipăie. Cu ce drept modul nostru să fie cel adevărat și al lui cel fals ? Pentru ce nu viceversa? Sîntem noi nebuni ori e el nebun, asta-i întrebarea⁴⁴⁵.

Pensamientos sin contenido son vacíos; intuiciones sin conceptos, son ciegas⁴⁴⁶. La forma unida al fondo era el concepto más importante en la vida y obra de Eminescu, como hemos visto cuando hablábamos de Maiorescu. Nuestro autor, como buen conservador decimonónico rumano, era enemigo de la apariencia.

Por último, Eminescu conoció las teorías de Schopenhauer. Ya hemos expuesto algunas de sus ideas cuando hablábamos del tema del tiempo. Schopenhauer sostiene que nuestros actos nunca son libres. La libertad está fijada por el encadenamiento casual del

⁴⁴³ Perpessicius, v. VII, p. 93. De hecho el mundo es el sueño de nuestra alma. No existe ni tiempo, ni espacio — ellos están sólo en nuestra alma. Pasado y futuro están en mi alma, como el bosque en un hueso de bellota, y el infinito igualmente, como el reflejo del cielo estrellado en una gota de rocío

⁴⁴⁴ Hirschberger, p., 208

⁴⁴⁵ Perpessicius, v. VII, p. 285. Puede que nosotros no hacemos otra cosa soñar de una forma y él en otra... Pero bien vemos el mundo. También él lo ve. Pero lo palpamos. También él lo palpa. ¿Con qué derecho nuestro modo de ser es el verdadero y el suyo el falso, por qué no al revés? Somos nosotros locos o es él, el loco, esta es la pregunta

⁴⁴⁶ Hirschberger, p., 209

mundo⁴⁴⁷. Ante lo cual, según Schopenhauer, habría tres instintos en el obrar humano: el egoísmo, que quiere el propio bienestar y es ilimitado; la malicia, que quiere el mal ajeno y llega hasta la más extrema crueldad, y la compasión, que quiere el bien ajeno y llega hasta la nobleza y la magnanimidad⁴⁴⁸.

Los personajes de Eminescu reflejan estos tres instintos que señala Schopenhauer. Egoístas son algunos personajes de los cuentos. En *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima), Genar es un personaje que custodia celosamente a su hija, que solo puede ser raptada por alguien como el Príncipe Azul. En *Borta vântului* (El escondite del viento), el matrimonio que hospeda al protagonista que recibe los regalos que le convertirán en un hombre rico actúan movidos por el egoísmo. El egoísmo es lo que mueve a los hermanos de Călin, el loco, por lo que le cortan las piernas para poder quedarse con las hijas del emperador. El egoísmo es lo que mueve al judío que quiere comprar insistentemente el pájaro a la mujer del cuento *Frumoasa lumii* (La hermosa del mundo). También el emperador del cuento *Finul lui Dumnezeu* (El ahijado de Dios) es egoísta con su hija, porque quiere mantenerla con él a cualquier precio, hasta que no tiene más remedio que acceder al matrimonio con el ahijado de Dios. En el resto de su prosa también encontramos a personajes malvados. En *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă), nos resulta llamativa la maldad de la muchacha que jura amor al hombre rico, que se siente indignada al principio para desaparecer después con la cartera.

— Ah... cum poți crede cum că aur, cum că numai interes poate mișca inima mea... Nu, nu! Sînt în stare de-a renunța... dar te voi iubi în veci... Sînt în stare, speriată de această inimă crudă, să fug de prezența d-tale... dar nu sînt în stare să te uit...

⁴⁴⁷ Hirschberger, p. 367

⁴⁴⁸ Hirschberger, p. 369

— Ella, toată averea mea... milionul întreg... iată-l în acest portofoliu... E-nsoțit de un act formal de dăruire... Îl pun pe masă... mă duc... Nu voi ca prezența mea să te facă să roșești... Nimic... nimeni în lume nu va ști izvorul bogăției tale viitoare... Pură ca un angel, bogată, vei putea să alegi ce vrei...

— O, zise ea plângînd, nu s-aseamănă nimic cu această răceală și cruzime de inimă...

El ieși... Ea rămase-n fața portofoliului deschis... Mîinile ei tremurau, ochii îi străluceau c-o lumină avară... Ea băgă portofoliul în sîn... Ieși...

Marchizul reintră în odaie.

— S-a dus, zise el încet... O, aur... totuși nu poți orice. Părerea amorului doar... Amorul nu!...⁴⁴⁹

La maldad la encontramos en algunos personajes de la prosa literaria de Eminescu. Uno de los personajes más malvados es Ianoș el cabecilla de un grupo de soldados húngaros que cuelga a un sacerdote, mata a su hija y después la viola, como sucede en *Geniu pustiu* (Genio solitario). El judío que aparece en *Iconostas și fragmentarium. Pe podelele reci de cărămidă* ((Iconostas y fragmentarium) Sobre el entarimado frío de ladrillo) que vende a su hija también es caracterizado por Eminescu como un personaje malvado.

Todos los héroes de Eminescu gozan del instinto superior de Schopenhauer. Desde sus personajes de cuentos, como el protagonista de *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima), hasta Toma Nour, pasando por Jeronim, podemos decir que en un momento dado son compasivos.

⁴⁴⁹ Perpessicius, v. VII, p. 257 — Ah... cómo puedes creer que oro, que sólo interés puede mover mi corazón... ¡No, no! Soy capaz de renunciar... pero te querré por los siglos... Soy capaz, asustada de este corazón crudo, de huir de tu presencia... pero no soy capaz de olvidarte...

— Ella, todo mi haber... el millón entero... he aquí en esta cartera... Está acompañado de un acto formal de devoción... Lo pongo sobre la mesa... me voy... No quiero que mi presencia te haga ponerte colorada... Nada... nadie en el mundo sabrá el manantial de tu riqueza futura... Pura como un ángel, rica, podrás elegir lo que quieras...

— O, dijo ella llorando, no se parece nada con este enfriamiento y crueldad de corazón...

Él salió... Ella se quedó frente ala cartera abierta... Sus manos temblaban, sus ojos brillaban como una luz avara... Ella metió lacartera en el seno... Salió...

El marqués volvió a entrar en el cuarto.

— Se ha ido, dijo él en voz baja... Oh, oro... sin embargo no lo puedes todo. El parecer del amor tan sólo... ¡El amor no!...

En conclusión, Eminescu introduce en el panorama cultural rumano el pensamiento de los grandes filósofos alemanes de los siglos XVIII y XIX. Además, aporta una visión propia al ámbito espiritual, alejándose de la religiosidad ortodoxa. Podemos decir que crea su propia idea de Dios, enriquecida por sus amplios conocimientos en egiptología y culturas orientales.

3.2.2. LA ESTRUCTURA

El estudio de la estructura de la historia es el aspecto al que los investigadores del análisis del texto narrativo han concedido mayor atención. No podemos hacer aquí una historia del concepto de estructura de la historia, pero veamos algunas ideas básicas.

Partiendo del trabajo de Propp, existen acciones funcionales que integran la historia caracterizadas por una fuerte cohesión interna. Esas funciones son las acciones de un personaje definidas desde el punto de vista de su significación en el desarrollo de la intriga. Las relaciones entre las acciones determinarán cuales son básicas y cuales no. En el caso de que se produzca identidad semántica de acciones se puede definir las funciones según sus consecuencias⁴⁵⁰.

Las treinta y una funciones que propone son válidas para los cuentos maravillosos y funcionan en los cuentos de Eminescu, como veremos en páginas siguientes, pero no se pueden aplicar a todas sus narraciones.

Nos hacemos la misma pregunta que Barthes, en “Introducción al análisis estructural de los relatos”, ¿dónde buscar la estructura del relato?⁴⁵¹ El resumen del relato, si se hace con

⁴⁵⁰ Propp, V., *Morfología del cuento*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1977, Madrid. p. 76

⁴⁵¹ Barthes, “Introducción al análisis estructural de los relatos”, en Roland Barthes [et al], *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972, p.10

criterios estructurales, mantiene la individualidad del mensaje. Y añade, más adelante, que la traducibilidad del relato resulta de la estructura de su lengua; por un camino inverso, sería pues posible descubrir esta estructura distinguiendo y clasificando los elementos traducibles e intraducibles de un relato⁴⁵². Para Barthes, la función del relato no es la de “representar”, sino la de montar un espectáculo que nos sea aún muy enigmático, pero que no podría ser de orden mimético (...) la pasión que puede inflamarnos al leer una novela no es la de una “visión”, es la del sentido, es decir, de un orden superior de la relación, el cual también posee sus emociones, sus esperanzas, sus amenazas, sus triunfos⁴⁵³.

La traducción de la prosa literaria de Eminescu, junto con los resúmenes y comentarios que hemos hecho cuando presentábamos el corpus, nos ha permitido descubrir algunas estructuras. Sin embargo, es a partir de las categorías actanciales, Greimas, en *Semántica estructural*, establece que hay dos actantes sintácticos constitutivos de la categoría “sujeto” frente a “objeto” que se relacionan a partir del investimento semántico del deseo⁴⁵⁴. Greimas resume las funciones de Propp y establece el contrato, cuyo mayor ejemplo es la boda; la prueba, aceptada por todos los héroes y que en ocasiones conlleva la aparición de un ayudante; la ausencia del héroe, es decir, la llegada de incógnito del héroe; alienación y reintegración (pregunta-respuesta, decepción-sumisión, traición-falta); y las pruebas y sus consecuencia⁴⁵⁵. Al final, establece el concepto de relato como mediación y afirma que los relatos pueden contener un gran número de contradicciones que, sin embargo, no son visibles. El relato da la impresión de equilibrio y de neutralización de las contradicciones. El relato es el mediador entre estructura y comportamiento, entre permanencia e historia, entre la

⁴⁵² Ibíd, p. 41

⁴⁵³ Ibíd, p. 43

⁴⁵⁴ Greimas, A. J., *Semántica estructural: Investigación metodológica*, Madrid, Gredos, 1973, p. 270

⁴⁵⁵ Ibíd, pp. 298-309

sociedad y el individuo⁴⁵⁶. Todas estas funciones están presentes en la prosa literaria de Eminescu y, sobre todo, como demuestra Glodeanu al centrarse en la estética de los cuentos de Eminescu⁴⁵⁷.

Por último, cabe señalar las aportaciones de Claude Bremond. Propone que la agrupación de tres funciones engendra una secuencia elemental: posibilidad del proceso, realización en forma de conducta y acción en transcurso y el resultado⁴⁵⁸. Para ello, establece cinco papeles narrativos principales: el paciente (afectado por su estado puede ser beneficiario y víctima), el agente (que puede ser voluntario o involuntario), el influyente (que tiende a persuadir o a disuadir, informando u ocultando, seduciendo o intimidando, obligando o prohibiendo, aconsejando o desaconsejando), el mejorador-degradador, el otorgador de méritos y el retribuidor⁴⁵⁹.

Dentro de la construcción de la historia nos hemos detenido en los desenlaces de los textos que hemos analizado, para observar que hay tres posibilidades. En primer lugar, hay textos en los que se ha producido algún cambio con respecto a la situación inicial. En segundo lugar, que la situación inicial varió pero al final se restableció el orden. Por último, hay relatos en los que no se produjo ninguna modificación de la situación inicial.

Desde otro punto de vista, la prosa analizada tendría dos posibles desenlaces, euforia o disforia. Entre los textos estudiados de Eminescu hay una mayor cantidad de relatos

⁴⁵⁶ Ibíd, p. 324

⁴⁵⁷ Glodeanu, G., *Avatarurile prozei lui Eminescu*, București, Libra, 2000, pp.151-187

⁴⁵⁸ Bremond, C., “La lógica de los posibles narrativos”, en Roland Barthes [et alt], *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972, p. 87

⁴⁵⁹ Bremond, C., *Logique du récit*, Paris, Edit. Du Seuil, 1973, pp. 345-350

eufóricos o de final feliz, frente a los disfóricos o de final desgraciado o negativo. La prosa con final eufórico presenta una gran variedad de resultados. A veces, se produce un desenlace completamente positivo. En otras ocasiones, los finales son irónicos. En algún otro, el final feliz aparece sugerido. En algunos más, la satisfacción final implica la superación objetiva o subjetiva de pruebas o peligros. En algún caso, el final feliz se logra a costa del castigo o la desgracia de los antagonistas. Los finales disfóricos retratan un fracaso final, la frustración o el desengaño del personaje.

Valga como ejemplo paradigmático la propuesta de estructura compositiva de un relato de Eminescu presentado por Papahagi, de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original). Para este crítico, habría unos intereses simétricos tanto en la distribución por capítulos, como en la selección de los personajes. Tras los primeros capítulos (I, Jeronim, II, Cezara), alterna párrafos epistolares (III, V, VII) con los de acción propiamente dicha (IV, VI, VIII). El centro de la novela está formado por los capítulos V (Ieronim rechaza el amor de Cezara) y VI (Cezara enamora a Ieronim). Además, es significativo que haya seis personajes. Ieronim y Cezara son los protagonistas. A ellos se les suman sus segundos (Onofre y Francesco). Castelmare y Euthanasius definen la trama y el espacio. Este crítico propone el siguiente esquema⁴⁶⁰:

		Castelmare		
Ieronim	Onofre		Francesco	Cezara
		Euthanasius		

⁴⁶⁰ Papahagi, M., *Eros și utopie*, Cluj-Napoca, Editura Dacia, 1999, p. 11

En los cuentos, tomando como referencia la prosa que publicó, *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima), la estructura narrativa del cuento se marca por la sucesión de aventuras por las que tiene que pasar el protagonista. Aventuras que se superponen unas a otras, como vasos comunicantes, y que irá resolviendo para llegar al final eufórico.

3.2.3. LOS PERSONAJES

Otro elemento fundamental de la historia son los personajes. No resulta fácil separar radicalmente este aspecto de la historia y del discurso. En este apartado observaremos el referente humano en el mundo real, tanto de manera individual como social.

3.2.3.1. EL PAPEL DE LA MUJER

La prosa literaria de Eminescu tiene como uno de los valores más importantes el estudio del papel de la mujer en la sociedad rumana decimonónica. Eminescu siente una especial fascinación por las mujeres, tanto en lo concerniente a la atracción de la belleza, el amor o el sexo, como en su superioridad respecto al hombre. El poeta rumano nos ofrece una visión de la situación de la mujer del siglo XIX en Rumanía, debido a la amplísima galería de mujeres ejemplares que pueblan su narrativa.

La primera sensación es que en la sociedad rumana, por otro lado, algo habitual en muchas otras sociedades, la mujer debía de ser más joven que el marido, como por ejemplo en *La curtea cuconului Vasile Creangă* (En el patio del señor Vasile Creangă):

Femeia cuconului Vasile era cu mult mai tânără decât el și încă destul de frumoasă⁴⁶¹.

Sin embargo, notamos que el papel de la mujer es secundario y está a la sombra del hombre. Las mujeres, como afirma en *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Femeia poporului nostru nu lucrează... are cu ce trăi; ⁴⁶²

El destino de las mujeres se encuentra en manos de los hombres. En muchos pasajes de su prosa vemos a padres que conciertan matrimonios de sus hijas sin su consulta, a mujeres sujetas a la voluntad del marido o, por las situaciones económicas desfavorables, ven limitadas sus elecciones.

El único oficio que podía otorgar una cierta independencia a una mujer en la Rumanía del siglo XIX, según encontramos en la prosa literaria de Eminescu, es el “miserable oficio”, como lo nombra en *Geniu pustiu* (Genio solitario). La prostitución aparece en muchos momentos de su prosa. Una muchacha que tuviese la cara enjalbegada era síntoma, en la Rumanía del siglo XIX, de ser una mujer de mala vida. Un ejemplo lo encontramos en *Față cu aceste ființe* (Cara con estos seres):

⁴⁶¹ Perpessicius, v. VII, p. 305. La mujer del señor Vasile era con mucho más joven que él y aún bastante hermosa

⁴⁶² Perpessicius, v. VII, p. 179. La mujer de nuestro pueblo no trabaja... tiene con lo que vivir

Dacă s-ar oferi pur și simplu ca mașine ale deșertării sexuale. Dar nu! Ele surîd cu fața lor spoită, nici par fețe frivole spoite gros cu roșu, căci urâciunea morții un consistă în ea însăși, ci totdeauna în simulațiunea vieții⁴⁶³.

Una descripción de la mujer en los relatos de Eminescu nos la presenta hermosa, rubia, bonitos ojos, piel blanca, dulce, es decir, mantiene el canon de belleza de la mujer del romanticismo. Son tópicos que se repiten en muchas de sus descripciones incluso válidos para describir la belleza masculina, como por ejemplo en *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original)

Pletele lui blonde fluturau împrejurul capului său alb ca marmura și a frunții boltite și ochii lui albaștri străluceau pare că de putere și energie⁴⁶⁴.

Por lo general, las mujeres que aparecen en sus prosas están dotadas de talento y tienen ideas propias, son inteligentes y sensibles. Aunque sobre Eminescu cuelga el calificativo de misógino, en nuestro análisis no hemos encontrado dicha circunstancia. Es más, incluso cuando habla de la prostitución es respetuoso con ellas, como por ejemplo en

Asemenea tuturor femeilor ce trec din viciu în viciu, ea o fi căzut în datorii și or[i] fi vînzînd pe cale judecătorească singura ei avere: căsuța.⁴⁶⁵

3.2.3.2. LOS ESTAMENTOS SOCIALES

La prosa literaria de Eminescu es un desfile de personajes de todas las clases sociales, pero no con la misma frecuencia e importancia.

⁴⁶³ Perpessicius, v. VII, p. 227. Si se ofrecieran simplemente como máquinas de vacío sexual. ¡Pero no! Sonríen con su cara enjalbegada, ni siquiera parecen chicas frívolas muy enjalbegadas con rojo, porque la fealdad de la muerte no consiste en ella misma, sino siempre en la simulación de la vida

⁴⁶⁴ Perpessicius, v. VII, p. 123. Su melena rubia volaba alrededor de su cabeza blanca como el mármol y de la frente arqueada y sus ojos azules brillaban como de poder y energía

⁴⁶⁵ Perpessicius, v. VII, p. 189. Como a todas las mujeres que van de vicio en vicio, ella habría contraído deudas y habría vendido por vía judicial su única pertenencia: la casita

Las clases altas aparecen asiduamente, lo que refleja el interés que en él suscitan. Plantean además un matiz ideológico para alguien como nuestro autor con una ideología conservadora. En ellas proyecta su visión moral y su crítica constante hacia los ricos. Condena su insensibilidad, su apariencia, su frivolidad, su banalidad. El paradigma positivo es el señor Vasile Creangă *La curtea cuconului Vasile Creangă* (En el patio del señor Vasile Creangă) al que Eminescu describe positivamente porque es el ejemplo de rumano noble y rural a seguir:

Cuconul Vasile Creangă era bogat și om bun de suflet⁴⁶⁶.

Eminescu ve favorablemente a quienes han hecho fortuna con su trabajo honrado. Por el contrario, se muestra crítico con los ricos superfluos, como aparece en *Istoria unei lacrimi* (Historia de una lágrima (historia miniatural)):

Cugetați [la] o copilă bogată. Părinți și protopărinți a fost bogați, va să zică a adunat în mîna lor sudoarea, va să zică durerea altora⁴⁶⁷.

La clase media aparece poco definida, quizá debido a su poca relevancia en la realidad social rumana del siglo diecinueve. En su prosa aparecen pocos oficinistas, profesores, comerciantes... por no decir ninguno. Quizá los miembros del ejército podrían formar parte de esa clase media, pero no son muy frecuentes sus apariciones.

⁴⁶⁶ Perpessicius, v. VII, p. 305. El señor Vasile Creangă era rico y hombre bueno de alma

⁴⁶⁷ Perpessicius, v. VII, p. 322. Imaginad una niña rica. Los padres y los antepasados han sido ricos, es decir, han recogido en su mano el sudor, mejor dicho, el sudor de otros

Predominan en cambio personajes pertenecientes a las clases pobres. También sobre las clases menos favorecidas proyecta su moral. El estrato más bajo de la sociedad aparece como víctimas de la opresión de la clase elevada. Encontramos muchas descripciones de casas pertenecientes a esta clase social. Algunos críticos ven en ellas los lugares en los que vivía el propio Eminescu. Valga como ejemplo la descripción que realiza en *Geniu pustiu* (Genio solitario):

M-am dus la el. Locuia într-o cameră naltă, spațioasă și goală. În colțurile tavanului paia[n]jenii își esersau pacifica și tăcuta lor industrie, într-un colț al casei, la pământ, dormeau una peste alta vro cîteva sute de cărți, visînd fiecare din ele ceea ce cuprindea, în alt colț al casei un pat de lemn c-o saltea de paie, c-o plapumă roșie și-nainte[a] patului o masă murdară, cu suprafața ilustrată de litere mari latine și gotice ieșite de sub bricegelul vreunui ștrengar de copil. Pe masă, hîrtii, versuri, ziare rupte și întregi, broșuri efemere ce se împart gratis, în fine, totul un abracadabra fără înțeles și fără scop⁴⁶⁸.

Apuntemos, en último lugar, que los personajes pertenecen tanto al medio urbano como al rural. Así, por ejemplo, en *Geniu pustiu* (Genio solitario), Toma Nour y Ioan viven en la ciudad de Cluj y cuando comienzan las luchas contra los húngaros se refugian en las montañas.

Dentro de la situación social, existe en la prosa literaria de Eminescu, un nutrido grupo de personajes pertenece al mundo clerical, sacerdotes y rabinos, sobre todo. Sin embargo, la sensación es la de un anticlericalismo manifiesto. Suelen ser personajes ruines, intolerantes, aprovechados, interesados, crueles e inmorales. Personajes más preocupados

⁴⁶⁸ Perpersicius, v. VII, pp. 181-182. Fui a su casa. Vivía en una habitación alta, espaciosa y vacía. En las esquinas del techo las arañas ejercitaban pacífica y silenciosamente su industria, en una esquina de la casa, en el suelo, dormían amontonados unos cuantos cientos de libros, soñando cada uno de ellos con lo que contenían, en otra esquina de la casa una cama de madera con un colchón de paja, con una manta roja y frente a la cama una mesa sucia, cuya superficie estaba ilustrada con letras grandes latinas y góticas sacadas de debajo de la navaja de un travieso niño. En la mesa, papeles, versos, periódicos rotos y enteros, folletos efímeros que se reparten gratis, en fin, todo un galimatías sin sentido y sin finalidad

por lo mundano que por lo espiritual. Sátira, ironía y comicidad se encuentran en todos los elementos del relato de *Părintele Ermolachie Chisăliță* (El padre Ermolachie Chisăliță). El rabino de *Iconostas și fragmentarium. Pe podelele reci de cărămidă* ((Iconostas y fragmentarium) Sobre el entarimado frío de ladrillo) se compara él mismo con Lot, quien en la literatura rabínica era considerado como un hombre muy codicioso de riquezas, y en Sodoma practicaba la usura⁴⁶⁹.

Artistas y escritores asoman tímidamente en la prosa de Eminescu. Nos parece inevitable pensar en la posibilidad de que el autor quisiera plasmarse en estos personajes. No sería descabellado pensar que Eminescu incluyera aspectos autobiográficos, e incluso rasgos de su autorretrato, en momentos de su prosa. Podríamos afirmar que Eminescu utiliza a sus personajes para transmitir su propia ideología, como ya hemos demostrado en páginas anteriores. Hay personajes que reflejan ciertas facetas del escritor rumano, como por ejemplo las conversaciones que se producen en las tabernas, véase, por ejemplo, en la del “Navío”, de Archaeus:

Corabia aceasta este o crîșmă unde se găsește vin unguresc bun. Acolo aveam și eu masa mea de baștină și sara, cînd mi se ura cu cititul și scrisul, mă duceam la mesuța din colțul corăbiei și mi se părea că mă făceam iar copil, că eram în vremea lui Sim, Ham și Iafit⁴⁷⁰.

⁴⁶⁹ Skolnik, Fred y Berenbaum, Michael (eds.), *Encyclopaedia Judaica*, Detroit, Thomson Gale, 2007, vol. 13, p. 216

⁴⁷⁰ Perpersicius, v. VII, p. 279. El Navío es una tasca donde se encuentra buen vino húngaro. Allí tenía también yo mi mesa nativa y por la tarde, cuando odiaba la lectura y la escritura, iba a mi mesita del rincón del navío y me parecía que me hacía de nuevo niño, que estaba en el tiempo de Sim, Ham e Iafit (N.T.: Ham fue uno de los tres hijos de Noé. Génesis. 5:32 Y siendo Noé de quinientos años, engendró a Sem, a Cam y a Jafet. A pesar de que siempre se le coloca entre Sem y Jafet, parece haber sido el más joven de los tres (9:32). La Biblia relata cómo Ham observó a Noah borracho y desnudo en su tienda. Él “vio la desnudez de su padre”, lo que implica en el hebreo bíblico un acto sexual o lo violó. Skolnik, Fred y Berenbaum, Michael (eds.), *Encyclopaedia Judaica*, Detroit, Thomson Gale, 2007, vol. 8, p. 290

Suelen estar caracterizados positivamente los pintores que se entregan con fervor al arte. Francesco, en *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original), es el pintor que se encargará de presentar a Ieronim a Cezara.

El mundo del teatro surge en varios relatos; y el de las letras en general, en varias narraciones. Siempre con una caracterización positiva. Así en *Cugetări imposibile* (Pensamientos imposibles):

În Craiova, Monte Cristo dramatizat a ținut pe oameni pîn-a doua zi dimineața în teatru și nimeni nu gîndea la aceea cît timp a trecut⁴⁷¹.

A Eminescu le fascina el mundo de los libros como nos muestra la primera persona en *Archaeus* (Archaeus):

(...) cărțile vechi eu unul le citesc și găsesc între lucruri absurde unele semințe de lumină pe cari apoi le țin minte⁴⁷².

Los caracteres morales de los personajes también son dignos de análisis. Eminescu se centra en el perdedor, el fracasado. Siempre hay una estrecha relación entre el derrotado y la pobreza, como por ejemplo en este pasaje de *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Din creștetele munților românii slobozeau roți înfășurate-n paie și aprinse, care se rostogoleau cu o repejune demonică pînă se pierdeau hăulind în prăpastiile adînci, în inima pămîntului. Buciumele sunau din vîrfuri astfel încît ți se părea că sufletele de aramă a munților se trezise și sunau a moartea lumii. Culme cu culme ardea, atîția uriași ochi roșii, cîte unul pe o frunte de deal. Codrii bătrîni trosneau amorțiți de iarnă, stelele și luna erau mai palide-n cer, cerul însuși părea mai sur. Era unul din acele spectacole mărețe, din acele tablouri uriașe pe care

⁴⁷¹ Perpessicius, v. VII, p. 286. En Craiova, Monte Cristo dramatizado tuvo a los hombres hasta las dos de la madrugada en el teatro y nadie pensaba en cuanto tiempo había pasado

⁴⁷² Perpessicius, v. VII, p. 279. (...) los libros viejos yo los leo y encuentro entre cosas absurdas unas semillas de luz que luego recuerdo

numai Dumnezeu le poate zugrăfi pe tabla întinsă a lumii înaintea ochilor uimiți și a inimii înfrînte⁴⁷³.

La tacañería y la avaricia son defectos que se asocian a varios personajes. Quizá en el extremo opuesto destacan los protagonistas de sus cuentos. Ya hemos analizado en páginas anteriores como Eminescu recoge la teoría de los tres instintos en el obrar humano de Schopenhauer.

En materia religiosa, hallamos un enfrentamiento con la institución eclesiástica ya mediante la burla, ya mediante la censura. Critica la milagrería, la religiosidad superficial. Su pensamiento religioso era individual y se alejaba de las doctrinas de su época. Esa es la razón por la que creemos que Eminescu crea su propia cosmología, por eso utiliza la idea de un demiurgo inmortal, como ya hemos visto anteriormente.

En lo social y político, es conservador. Eminescu tenía sus propias opiniones sobre el gobierno, la justicia y los deberes de los gobernantes. Muchas de estas ideas críticas se manifiestan por boca de sus personajes, por ejemplo en esta frase en que expresa su opinión sobre los gobernantes en el interesante comienzo de *Geniu pustiu* (Genio solitario):

(...) miniștri ce nu știu a guverna⁴⁷⁴

⁴⁷³ Perpessicius, v. VII, p. 204. De las crestas de las montañas los rumanos soltaban ruedas envueltas en pajas y encendidas, que arrojaban con una rapidez demoníaca se perdían gritando en los precipicios profundos, en el corazón de la tierra. Las trompas de los pastores sonaban desde las cimas de modo que te parecía que las almas de cobre de las montañas se habían despertado y llamaban a la muerte de la gente. Cumbre a cumbre ardían, tantos gigantes ojos rojos, cada uno sobre una frente del cerro. Los bosques ancianos crujían entumecidos por el invierno, las estrellas y la luna estaban más pálidas en el cielo, el cielo mismo parecía más gris. Era uno de aquellos espectáculos grandiosos, de aquellos cuadros gigantes que sólo Dios puede retratar en la tabla extensa del mundo ante los ojos asombrados y el corazón derrotado

⁴⁷⁴ Perpessicius, v. VII, p. 179. (...) ministros que no saben gobernar

En *Basmul cel mai fantastic. Toma Nour în ghețurile siberiene* (El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos), expresa otra idea crítica en cuanto a la justicia mediante una antítesis y una antífrasis:

M-a dus în sala dreptății celei nedrepte⁴⁷⁵

Dan, el protagonista de *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), resume la concepción pesimista sobre el mundo de Eminescu:

Vei vedea cum nu se minte în școală, în biserică, în stat, că intrăm într-o lume de dreptate, de iubire, de sfințenie, pentru a vedea, când murim, c-a fost o lume de nedreptate, de ură. Ah! cine ar mai vrea să trăiască când i s-ar spune de mic încă, în loc de povești, adevărata stare de lucruri în care va intra?⁴⁷⁶

En conclusión, Eminescu nos da su visión de la sociedad, a través de los personajes que nos presenta en su prosa literaria. Son capaces de reflejar tanto la ideología, llegando incluso a acercarnos a aspectos personales del propio Eminescu.

3.2.4. EL ESPACIO

El examen de los espacios en que se desarrolla la prosa de Eminescu nos ofrece elementos de interés en dos sentidos: el carácter urbano/rural y la preferencia por los espacios interiores frente a los exteriores.

⁴⁷⁵ Perpessicius, v. VII, p. 235. Entré en la sala de justicia injusta

⁴⁷⁶ Perpessicius, v. VII, p. 104. Verás como se nos miente en la escuela, en la iglesia, en el estado, como entramos en un mundo de justicia, de amor, de santidad, para ver, cuando muramos, que fue un mundo de injusticia, de odio. ¡Ah! ¿Quién querría vivir cuando se le dice de pequeño aún, en el lugar de cuentos, el verdadero estado de cosas en el que va a entrar?

Las capitales económicas y culturales de Rumanía y Moldavia, respectivamente Bucarest y Iași, son los espacios en los que se localizan gran parte de sus relatos. La acción de *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor) se sitúa en Iași. También la acción de *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) transcurre en la capital de Moldavia, donde nos la describe de la siguiente manera:

De departe se văd turnurile strălucitoare ale bisericilor Iașilor, casele frumoase văruiți, cu streșine vechi peste care vărsa o viorie lumină răsăritoarea lună⁴⁷⁷.

En cambio, la geografía urbana de la capital de Rumanía adquiere un relieve distinto y considerable, como es el caso del comienzo de *Geniu pustiu* (Genio solitario), que se describe con detalle.

Ploaia cădea mărunță pe stradele nepavate ale Bucureștilor, ce se trăgeau strâmte și noroioase prin noianul de case mici și rău zidite din care constă partea cea mai mare a așa-numitei capitale a României⁴⁷⁸.

La mayor diferencia entre Bucarest y Iași no se encuentra en lo externo, sino en los espacios internos. En Iași nos describe suntuosos palacios que sirven para albergar grandes fiestas con sus paredes blancas, como sucede en *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor):

În catul de jos a unei case mari se adunase o societate aleasă, pentru joc de cărți, societate compusă din membrii unor familii din cele mai cu influență, din mai mulți consuli străini care-și făcuse principala ocupațiune a vieții lor în jocul de hazard, al cărui cult atât de stricăcios l-au introdus la noi cu deosebire risipitoarea

⁴⁷⁷ Perpessicius, v. VII, p. 100. De lejos se veían las torres brillantes de las iglesias de Iași, casas hermosamente encaladas, con calles sotechadas viejas sobre las que vertía una morada luz la salida de la luna

⁴⁷⁸ Perpessicius, v. VII, p. 177. La lluvia caía menuda por las calles no pavimentadas de Bucarest, que se prolongaban estrechas y fangosas por la multitud de casas pequeñas y mal construidas de que consta la mayor parte de la así llamada capital de Rumanía

ofițerime rusească. Pereții salonului, altfel albi, erau acoperiți cu covoare lucrate de scorțari din țară, un ram de meserie care-a-nceput a se pierde cu totul⁴⁷⁹.

Que contrastan con las casas de Bucarest que son negras y donde se producen encuentros sexuales, como es el caso de *Casele negre ale Bucureștilor* (Las casas negras de Bucarest).

EL ESPACIO EXTERIOR Y RUMANÍA

Salir de Rumanía, supone recalar en dos mundos totalmente diferentes, uno europeo y otro extraplanetario, es decir, sus personajes van a Alemania o a mundos lunáticos. Cruzan la frontera con Hungría o traspasan el tiempo para llegar al antiguo Egipto o a la España del barroco, como sucede, por ejemplo, en *Avatarii faraonului Tlâ* (Los avatares del faraón Tlâ).

Eminescu se queja amargamente en muchos pasajes de que el cosmopolitismo no es bien entendido por la sociedad rumana. El autor rumano se queja de que la sociedad rumana incorpora del extranjero el lujo, lo superfluo, las formas, las costumbres, las palabras. La amargura surge porque eso provoca el olvido de la propia cultura y tradición. En *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor) encontramos al narrador advirtiéndolo al lector de que:

(...) căci într-acelea l-ar fi uimit luxul sau mai bine zis acea barbară superfluență de mobile scumpe aduse din străinătate⁴⁸⁰

⁴⁷⁹ Perpessicius, v. VII, p. 292. En la planta baja de unas casas grandes se había reunido una sociedad escogida, para jugar a las cartas, sociedad compuesta de miembros de unas familias de mayor influencia, de muchos cónsules extranjeros que había hecho su principal ocupación de su vida el juego de azar, cuyo culto tantos estragos nos ha introducido especialmente la derrochadora por los oficiales rusos. Las paredes del salón, de otro modo blancas, estaban cubiertas con alfombras trabajadas con sitas del país, un tipo de oficio que ha empezado a perderse completamente

⁴⁸⁰ Perpessicius, v. VII, p. 293. (...) lo hubiera asombrado el lujo o mejor dicho aquella bárbara superficialidad de los muebles caros traídos del extranjero

Véase también la amargura de Eminescu en el comienzo de *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Cît despre inteligența noastră — o generațiune de amploiați... de semidocti... oameni care calculează cam peste câți ani or veni ei la putere... inteligență falsă, care cunoaște mai bine istoria Franței decît pe-aceea a României, fii unor oameni veniți din toate înghiurile pămîntului, căci adevărații copii de român încă n-au ajuns să învețe carte... oameni în fine care au făptură și caracter de la tații greci, bulgari și numai numele de la mumă — de la dizgrațiata Românie. Și încă dacă și-ar [fi] cîștigat prin ceva dreptul de-a se numi români; dar nu. Ei își urăsc țara lor mai rău și mai cumplit decît streinii. O privesc ca un exil, ca o supărătoare condițiune a existenței lor... ei sînt... cum o spun înșii, români de naștere, francezi în inimă — și dacă Franța le-ar procura semidoctilor noștri avantajele pe cari li l[e] dă nefericita lor patrie, ei ar fi emigrat de mult... cu toții!⁴⁸¹

En cambio, lo auténtico, lo tradicional rumano lo encuentra Eminescu en un espacio rural idílico. Nuestro escritor siempre se sentirá atraído por la vida en el pueblo como podemos observar en la descripción *La curtea cuconului Vasile Creangă* (En el patio del señor Vasile Creangă):

Caracterul vieții de sat este liniștea și tăcerea. Ziua, oamenii fiind la lucru, numai copiii se joacă cu colțul drumului, babele detot bătrîne șed torcînd la umbră pe prispă și moșnegii adunați la crîsmă își petrec restul vieții lor bînd și povestind. Abia sara, cînd satul devine centrul vieții pămîntului ce-l înconjură, se începe acea duioasă armonie cîmpenească, idilică și împăciuitoare⁴⁸².

⁴⁸¹ Perpessicius, v. VII, pp. 179-180. En cuanto a nuestra inteligencia — una generación de funcionarios... de semidoctores... hombres que calculan en cuantos años llegarán al poder... inteligencia falsa, que conoce mejor la historia de Francia que la de Rumanía, hijos de hombres llegados de todos los rincones del mundo, sino verdaderos hijos de rumanos que todavía no han llegado a estudiar libros... hombres en fin que tienen la estructura y el carácter de los padres griegos, búlgaros y sólo el nombre de la madre — de la desgraciada Rumanía. (...) Odian su propio país y de un modo más terrible que los extranjeros. Lo miran como un exilio, como una molesta condición de su existencia... ellos son... como dicen ellos mismos, rumanos de nacimiento, franceses de corazón — y si Francia les otorgase a nuestros semidoctores las ventajas que da su infeliz patria, ellos habrían emigrado hace mucho... con todos!

⁴⁸² Perpessicius, v. VII, pp. 304-305. El carácter de la vida de aldea es la tranquilidad y el silencio. Durante el día, los hombres estando trabajando, sólo los niños juegan con el rincón del camino, las viejas muy ancianas están hilando a la sombra sobre el soportal y los ancianos reunidos en la tasca pasan el resto de su vida bebiendo y hablando. Apenas por la tarde, cuando la aldea deviene el centro de la vida de la tierra que le rodea, comienza aquella afectuosa armonía campestre, idílica y conciliadora.

Eminescu nos ofrece muchas informaciones sobre el lugar en donde se va a realizar la acción y nosotros queremos destacar tres: monasterios, ruinas y cementerio.

Los monasterios son lugares de desolación. En *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) Ieronim se encuentra en un monasterio descuidado. Tras matar a Castelmare, salta al abismo desde un monasterio gris que de manera catafórica anticipará el lugar por donde pasará después Cezara.

Eminescu cultiva el género de terror localizado en unas ruinas. Normalmente son castillos, a veces incluso monasterios, pero siempre son lugares totalmente abandonados donde se producen encuentros con lo fantástico. Tienen características repetidas, como son la oscuridad, la aparición de extrañas luces, frío y el encuentro con un ser sobrenatural. Hay varios textos que recogen estas ruinas fantasmagóricas, como por ejemplo, *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) o *Noaptea era întunecoasă* (La noche estaba oscura):

Deodată dădu ca d-un vad, calul se opinti și-l trecu, apoi i păru că vede o pată alburie de departe... El merse spre ea, se dete jos de pe cal ca să-și mai încălzească picioarele amorțite și, trăgînd după el calul de căpăstru, mergea mereu spre pată, care i se zugrăvea dinaintea ochilor. Deodată dădu cu nasul de ceva rece ca oțelul. Aceasta era pata de lumină: era o fereastă brumată, da de la ce nici știa; el suflă-n geam pînă făcu o roată rotundă și se uită⁴⁸³.

⁴⁸³ Perpessicius, v. VII, p. 245. De repente dio con un vado, el caballo se esforzó y lo saltó, después le pareció ver una mancha clara a lo lejos... Él fue hacia ella, se bajó del caballo para calentarse los pies adormecidos y, llevando tras él el caballo del bozal, fue siempre hacia la mancha, que se le pintaba delante de los ojos. De repente dio con la nariz con algo frío como el acero. Ésta era la mancha de luz: era una ventana escarchada, pero de la que no sabía, él resopló en el cristal hasta que hizo una rueda redonda y miró

Los cementerios son espacios inquietantes dentro de la prosa de Eminescu. Participa de la concepción normal, son lugares en donde se produce la despedida del ser querido. Llena de patetismo es la escena en la que Ioan ve el cortejo fúnebre de Sofía que es llevada al cementerio en *Geniu pustiu* (Genio solitario). Hasta aquí, todo normal. Sin embargo, en Eminescu encontramos el cementerio como un espacio en el que se produce la vuelta a la vida. El abandono de los sepultureros del cuerpo del anciano porque se les hacía tarde es la circunstancia propicia para que en la soledad se produzca el milagro de la metempsicosis de Tlâ, como se puede ver en este fragmento de *Avataarii faraonului Tlâ* (Los avatares del faraón Tlâ):

Ajunseră curînd afară de oraș, la țintirimul cu murii lui albi și lungi, ce păreau unși cu var de lumina lunei... trecură peste pragul porțiței negre, s-apropiară de mormînt, lîngă care fumega încă lutul proaspăt. În fundul mormîntului umed erau așezate paie... Ei îl răsturnară pe bătrîn de pe scîndură cu fața în jos, pe paie... aruncară înc-un braț de paie peste el... și începură a arunca pămînt peste el...

— E tîrziu, Boromeo, zise unul, hai și ne-om duce acasă... Mîne om veni de om împli mormîntul... Am aruncat destul pentru ca să nu fie descoperit...

— Hai dar!⁴⁸⁴

En conclusión, Eminescu ambienta sus cuentos en exteriores. En el resto de su narrativa, sitúa a sus personajes en lugares diversos en los que en muchas ocasiones se mezclan exteriores e interiores. Cuando los espacios se reducen, podemos encontrar magníficas descripciones de interiores, como salones públicos o tabernas. Sin duda alguna, la prosa de Eminescu permite conocer el espacio de la Rumanía del siglo XIX.

⁴⁸⁴ Perpessicius, v. VII, p. 251. Habían llegado pronto afuera de ciudad, en el cementerio con sus muros blancos y largos, que parecían untados con cal de luz de luna... pasaron por el umbral de las puertecillas negras, y se acercaron a la tumba, al lado humeaba aún lodo fresco. En el fondo de la tumba húmeda había colocadas pajas... Ellos tiraron al anciano de la tabla con la cara boca abajo, sobre las pajas... tiraron otro brazo de pajas encima de él... y empezaron a tirar tierra encima de él...

— Es tarde, Boromeo, dijo uno, vayámonos a casa... Mañana vendremos a llenar la tumba... Hemos arrojado bastante para que no sea descubierto...

— ¡Vamos entonces!

3.2.5. EL TIEMPO

Entendemos por el tiempo de la historia el tiempo matemático, es decir, la sucesión cronológica, la descripción de épocas, los tiempos filtrados por las vivencias subjetivas del personaje, o tiempo psicológico⁴⁸⁵.

Independientemente del tiempo verbal en que se narren, en su mayoría pasado como veremos en el apartado del discurso, la prosa de Eminescu, se sitúa en el presente, en la actualidad contemporánea al escritor rumano. Valga como ejemplo la contextualización coetánea que realiza el narrador en *S-a 'ntâmpilat în vremea mea* (Sucedió en mi época).

La actualidad se nos ofrece de manera periodística en varios relatos en los que predomina la circunstancia, en los que Eminescu introduce a sus contemporáneos de una manera irónica, como hemos visto en páginas anteriores en *Contrapagină* (El dorso de la página). Pero también se encarga de buscar figuras representativas, como es el caso del revolucionario Mureșanu⁴⁸⁶, en *Schema cursului naturei* (El esquema del curso de la naturaleza).

Resultan pocas las prosas que se centran en episodios acaecidos en un tiempo más o menos remoto. El más relevante lo encontramos en *Geniu pustiu* (Genio solitario) donde aparece ambientada la revolución de 1848.

⁴⁸⁵ Reis, C., Lopes, A.C.M., *Diccionario de narratología*, Ángel Marcos de Dios [tr.], Salamanca, Almar, 2002, p. 240

⁴⁸⁶ Adrei Mureșanu fue un poeta cuyos versos “Uniți-vă în cuget, uniți-vă în simțiri” (Uníos de pensamiento, uníos de corazón) fueron recogidos por la sociedad România Jună (Rumanía Joven) a la que perteneció Eminescu en Viena, según Vatamaniuc, D., *Publicistica lui Eminescu*, Iași, Editura Junimea, 1985, p. 12

Escasos son los relatos que se remontan a épocas muy alejadas del presente. Se retrotrae al tiempo Egipcio o a la Sevilla de los Siglos de Oro, en *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă), pero en este caso lo importante es el viaje del alma.

Muchos textos presentan acronías – término que según indica Genette es la ausencia de toda relación temporal⁴⁸⁷. Hay relatos en los que no consta precisión temporal alguna, como por ejemplo *Falsificatorii de bani* (Los falsificadores de dinero) o *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original). Nada se nos dice sobre el momento narrado, del que solo podemos presuponer que es coetáneo a Eminescu.

Otro claro ejemplo son los cuentos que, gracias a sus fórmulas introductorias, son propiamente acrónicos. Hecho que carga a los cuentos de esencia simbólica y mitológica. Es el caso por ejemplo del comienzo de *Legenda cântărețului. Poveste indică* (La leyenda del cantante. Cuento hindú):

De mult, de mult a fost un Împărat în țara depărtată a Indiei ⁴⁸⁸

⁴⁸⁷ Genette, G., “Discours du récit”, en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 119

⁴⁸⁸ Perpersicius, v. VII, p. 276. Hace mucho, hace mucho había un Emperador en el país lejano de India

3.3. EL DISCURSO

Una vez analizada la historia, nos centraremos de manera paralela con el discurso (intriga, argumento, plot, discours)⁴⁸⁹ la estructura, los personajes, el espacio y el tiempo, precedidos estos apartados por el que dedicaremos a los diversos factores del relato y de su proceso de narración.

3.3.1. LA INSTANCIA NARRATIVA

Entendemos por instancia narrativa lo que ciertos teóricos llaman narrador o figuras de la narración⁴⁹⁰, y que Genette puede identificar con la voz⁴⁹¹.

3.3.1.1. FOCO Y VOZ

La diferencia entre foco y voz, siguiendo los planteamientos de Genette, es la de distinguir entre quién ve y quién narra los hechos. Cuando pensamos en quién ve debemos tener en cuenta el punto de vista, la perspectiva o la focalización. Y así, partiendo de Pouillon⁴⁹² y de Todorov⁴⁹³, distingue:

1. Relato no focalizado o focalización cero, que corresponde al narrador omnisciente, a la visión “por detrás” de Pouillon, o a Narrador>Personaje de Todorov.

2. Focalización externa, el narrador objetivo o behaviorista, equivalente a la visión “desde fuera”, de Pouillon, o a Narrador<Personaje de Todorov.

⁴⁸⁹ Reis, C., Lopes, A.C.M., *Diccionario de narratología*, Ángel Marcos de Dios [tr.], Salamanca, Almar, 2002, pp. 65-67

⁴⁹⁰ Pozuelo Yvancos, José María, “Estructura del discurso narrativo”, en *Teoría del lenguaje poético*. Madrid, Cátedra, 1988, p. 240

⁴⁹¹ Genette, G., “Discours du récit”, en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, pp. 225 y ss

⁴⁹² Pouillon, J., *Tiempo y novela*, Buenos Aires, Paidós, 1970, pp. 61-94

⁴⁹³ Todorov, T., “Las categorías del relato literario”, en Roland Barthes [et alt], *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972, pp. 178-179

3. Focalización interna o narrador subjetivo, la visión “con” de Pouillon o a la fórmula Narrador=Personaje.

La respuesta a la pregunta de quién narra los hechos nos lleva a la voz. Según Genette, la voz es la oposición entre yo-no yo, de la que resulta el relato homodiegético (el narrador está presente en la historia que cuenta) y el relato heterodiegético (el narrador está ausente de la historia que cuenta). Dentro del relato homodiegético, Genette propone el relato autodiegético, es decir, el relato autobiográfico en el que el protagonista cuenta su propia historia⁴⁹⁴.

Como resultado de los distintos puntos de vista y según el estatuto del narrador por su relación con la historia, Genette propone que el relato de las memorias es de tipo autodiegético⁴⁹⁵, es decir, el narrador es el protagonista de la historia narrada. Esta identidad entre narrador y protagonista se da en muchos textos de la prosa de Eminescu, en la que los discursos cuentan con un marcado carácter autobiográfico. Valga como ejemplo el relato *Cînd eram încă la Universitate* (Cuando estaba todavía en la universidad).

Aparece con más frecuencia la focalización interna en momentos o situaciones del relato heterodiegético cuando la tercera persona describe ambientes, como sucede, por ejemplo, en el relato *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor). En cambio, el foco y la voz coinciden en muchas/ocasiones. El personaje que narra es el mismo que ve o percibe los acontecimientos, con lo que la perspectiva se torna rigurosa y coherente. La única excepción serían los cuentos de inspiración popular que Eminescu versionará.

⁴⁹⁴ Genette, G., “Discours du récit”, en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, pp. 225 y ss.

⁴⁹⁵ *Ibid.*, p. 252

3.3.1.2. LA FOCALIZACIÓN

La focalización puede ser definida como la representación de la información diegética que se encuentra al alcance de un determinado campo de conciencia⁴⁹⁶. Creemos que en la narrativa de Eminescu es frecuente el cambio de foco. El narrador tiende a variar su relato enfocando alternativamente desde fuera o desde dentro de algún personaje, de manera más o menos continuada, como vamos a tratar de demostrar.

La narración no focalizada u omnisciente es la más numerosa en la prosa de Eminescu. Posee un narrador que ve por encima de sus personajes, inmiscuyéndose en lo narrado como por ejemplo con pensamientos, revelación de sentimientos u opiniones.

Hay textos que combinan focalización y no focalización, alternando momentos de visión por detrás con visión con la situación, y algunos, menos, de visión desde fuera. Es decir, la focalización cero se mezcla con la focalización interna y alguna vez externa: el narrador unas veces interviene, otras veces ve a través del personaje, y otras percibe de manera objetiva. Se podría hablar, por tanto, de una focalización variada, ya que la focalización interna aparece muy a menudo, pero alterna con la no focalización o narración omnisciente.

Los textos en los que un narrador externo al relato ve a través del personaje son en su mayor parte textos en que alguien cuenta una historia ajena en absoluto a él. Es narrador de una historia en la que no participa y de la que se limita en ocasiones a ser un simple introductor, sin mayor participación que la de quien describe el marco (una fiesta) y pasa a ser narratario de un texto en el cual un segundo narrador cuenta su caso. Un ejemplo de esta

⁴⁹⁶ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 99

presentación del personaje con una perspectiva externa, casi cinematográficamente, la encontramos en el relato *Iconostas și fragmentarium. Pe podelele reci de cărămidă* ((Iconostas y fragmentarium) Sobre el entarimado frío de ladrillo).

Sub murii acelei havre se strecura încet, c-un sac în spinare, un evreu tânăr⁴⁹⁷.

Dentro de la focalización interna en la prosa de Eminescu, encontramos también una focalización interna variable que consiste en la circulación del núcleo focalizador del relato por varios personajes, como sucede en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) y *Geniu pustiu* (Genio solitario). En este último relato, el cambio de núcleo focalizador crea la ficción que va desplazándose entre el narrador, a Toma y a Ioan.

En cuanto a la focalización externa se caracteriza por la estricta representación, y nosotros añadiríamos representación objetiva, de las características superficiales y materialmente observables de un personaje, de un espacio o de ciertas acciones⁴⁹⁸, la encontramos en relatos en los que el narrador objetivo presenta un diálogo que cobra un papel importante.

La distancia es un aspecto relacionado con la focalización y, en concreto en el caso de las escenas dialogadas, es la posición del narrador con respecto a la historia y especialmente a los personajes⁴⁹⁹. En la prosa que analizamos, Eminescu establece una distancia cercana a sus personajes mediante la complejidad del narrador, ya sea mediante el empleo de la primera persona gramatical, ya a través de la pintura de su carácter, ya en la

⁴⁹⁷ Perpessicius, v. VII, p. 239. Bajo los muros de aquella sinagoga se deslizaba despacio, con un saco en el espinazo, un judío joven

⁴⁹⁸ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 101

⁴⁹⁹ Genette, G., "Discours du récit", en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 184

moralidad de su actuación. Sin embargo, los cuentos son los textos en los que el autor se distancia con mayor nitidez.

Narración	Focalización		
	No focalizada	Interna	Externa
Heterodiegética	Moş Iosif (El anciano Iosif)	Avatarii faraonului Tlă (Los avatares del faraón Tlă)	Şesul nemăsurat (El llano desmesurado)
Homodiegética	Geniu pustiu (Genio solitario)	Archaeus (Archaeus)	

Asimismo, también encontramos relatos que contraponen la visión cercana y amable con que se presenta a unos personajes, con el enfoque alejado y adverso que se proyecta sobre otros. Modificando la ejemplificación de Genette para adaptarla a la prosa literaria de Eminescu, proponemos el siguiente cuadro con nuestros propios ejemplos:

3.3.1.3. LA VOZ

La voz nos permite establecer dos tipos de narración, el relato heterodiegético y el relato homodiegético⁵⁰⁰. El narrador heterodiegético o externo es aquel que no pertenece a la historia y narra desde fuera de ella, en tercera persona gramatical, siendo omnisciente. Pocos son los textos de Eminescu que presentan un narrador estrictamente heterodiegético.

Es difícil delimitar al autor del narrador dentro del relato heterodiegético. En el caso del escritor rumano parece más que probado que en algunas ocasiones invade el plano de la

⁵⁰⁰ Genette, G., “Discours du récit”, en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 252

ficción. Eminescu, en su prosa, nos plantea una cuestión irresoluble, utiliza un narrador como desdoble del propio yo o es solamente una técnica narrativa. La superposición de niveles narrativos en los que un personaje en primera persona aparece dentro del marco general en tercera (procedimiento habitual de los relatos homodiegéticos); o la inclusión de cartas en el relato podrían ser hipótesis tanto para defender que Eminescu no poseía una técnica fluida de narración o, por el contrario, y nosotros nos inclinamos más por esto, que podía reflejar un ritmo narrativo propio, e incluso poético.

El relato homodiegético, es decir, el de un narrador interno que cuenta una historia que vive o ha vivido como personaje central, relato autodiegético; o como testigo o personaje secundario más o menos cercano al protagonista, presenta una proporción muy elevada en la prosa de Eminescu. Es el caso, por ejemplo, del narrador que, partiendo de una reunión, cede la palabra a otro personaje que será narrador de la historia. Sucede por ejemplo en *Archaeus* (Archaeus) y *Geniu pustiu* (Genio solitario). Por tanto, los relatos del narrador autodiegético, aquellos en los que alguien cuenta en primera persona una historia en la que él mismo participa como protagonista, son poco frecuentes en la narrativa de Eminescu.

La prosa de Eminescu también presenta una cierta diversidad de niveles narrativos. En la mayor parte de ellos, el narrador no está personificado y relata la historia exterior a la diéresis. Pero también hallamos textos en los que se abre un nivel intradiegético, que es el producido cuando un personaje aparece físicamente en el texto como narrador. Si este cede la palabra a un segundo narrador que, dentro del primer nivel anterior, cuenta su historia habremos accedido a un nivel metadiegético o hipodiegético⁵⁰¹. En palabras de Todorov, en

⁵⁰¹ Genette, G., “Discours du récit”, en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 255

la prosa hay digresiones e incrustaciones cuando una historia secundaria es englobada dentro de la primera⁵⁰².

Este nivel intradieгético de los relatos posee un narrador homodieгético que participa en una tertulia y cede la palabra a otro personaje que será quien cuente el caso o episodio, como sucede en *Geniu pustiu* (Genio solitario).

Debemos hablar también del narratario o personaje al que se dirige el narrador de manera explícita o implícita⁵⁰³. Puede dirigirse al lector o a los personajes. Es un aspecto moderno de su narrativa el hecho de que el narrador salga de la ficción para dirigirse, para comentar con el lector, aspectos que está narrando. Hay varios momentos en la prosa literaria de Eminescu en los que sucede este fenómeno, como en *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor), *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela), *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original). Estas dos últimas, publicadas en la prensa, permitían un contacto con el lector es más directo.

Incluso en los cuentos, rasgo con el que participa de la oralidad característica de este género literario, aparece una segunda persona, un destinatario al que se dirige directamente el narrador, como sucede por ejemplo en *Frumoasa lumii* (La hermosa del mundo):

Și-am încălecat pe-o șa și ți-am spus-o așa⁵⁰⁴

⁵⁰² Todorov, T., *Poétique de la prose*, París, Seuil, 1971, p. 82

⁵⁰³ Genette, G., “Discours du récit”, en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, pp. 252

⁵⁰⁴ Perpessicius, v. VI, p. 347. Y colorín colorado... te lo conté así

Estos relatos intradieгéticos nos hacen percibir la abundancia del fenómeno de la oralidad. La oralidad se nos ofrece en las conversaciones o diálogos, frecuentes en los textos analizados, por ejemplo *Archaeus* (Archaeus).

Dentro del estudio de la voz, cabe establecer además las diversas funciones del narrador. Genette reconoce las que se enumeran a continuación⁵⁰⁵:

1. Función narrativa. Se relaciona con la historia y resulta inherente al hecho mismo de narrar. Desaparece cuando nos encontramos los momentos epistolares o las tablas informativas.

2. Función organizadora. Se relaciona con el discurso, marcando las articulaciones y relaciones de su estructura. Hay relatos que tienen partes y el narrador organiza.

3. Función de comunicación. Se relaciona con la situación narrativa y se orienta hacia el narratario, a la manera de las funciones conativa y fática de Jakobson.

4. Función testimonial. Se orienta hacia el propio relator, a la manera de la función expresiva o emotiva de Jakobson. El narrador da cuenta de su propia relación con la historia a través de la declaración de sus fuentes de información, de sus recuerdos, de sus sentimientos o su reacción ante los hechos que narra o de las conductas de los personajes. También tiende a aparecer en relatos autodieгéticos en los que se integra de modo natural la subjetividad del narrador.

5. Función ideológica. Es la función en la que el autor se proyecta sobre el narrador. No es fácil separar al autor del narrador. La abundancia de la omnisciencia narrativa en las

⁵⁰⁵ Genette, G., "Discours du récit", en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, pp. 261-265

novelas y cuentos del momento constituye una de las manifestaciones principales de esta vinculación. En palabras de Gullón, escribir en primera persona es modo que impone la subjetivación de lo contado, pues lo que se refiere sólo es conocido por el lector a través de las impresiones experimentadas por el narrador. Las limitaciones, prejuicios y condicionamientos del narrador no podían sino manifestarse en la narración, aminorando la sensación de realidad que ésta produce⁵⁰⁶.

Todas las funciones las encontramos en la prosa del escritor rumano. El narrador organiza, orienta y expone, incluso, su ideología política, filosófica y social. No podemos saber en qué textos Eminescu está detrás del narrador. Pero sí es cierto que el narrador aparece como un personaje dotado de rasgos o caracteres que no son posibles considerar al margen de Eminescu.

3.3.1.4. EL MODO O MODALIDAD

El modo es la categoría con la que Genette se refiere a las diferentes formas de discurso o modos de contar que pueden ser utilizados por un narrador al relatar una historia. Genette divide esta “regulación de la información narrativa” en dos modalidades: distancia y perspectiva. Para entender cabalmente este concepto hay que partir de la idea de que una misma historia no sería narrada de igual modo por diferentes personajes, por ejemplo. Así pues, las posibilidades de desarrollo discursivo de cualquier historia son elevadísimas gracias a las distintas variantes modalizadoras. Genette ha distinguido dos tipos de relato según la

⁵⁰⁶ Gullón, G., *El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976, p. 70

distancia que establece el narrador con la materia narrada: el relato de sucesos y el relato de palabras⁵⁰⁷.

En la prosa de Eminescu encontramos ejemplos de relatos de sucesos (como por ejemplo: *Geniu pustiu* (Genio solitario)) y relatos de palabras (como: *Contrapagină* (El dorso de la página) o *Cugetări imposibile* (Pensamientos imposibles)).

Debemos tener en cuenta los tipos de discurso que emplea Eminescu en su prosa. Utiliza con frecuencia el estilo directo, o mimesis total, que es el que se da en aquellos discursos en los que se reproducen las palabras o pensamientos de los personajes de manera textual, tal y como se supone que ellos mismos los han formulado. Eminescu lo introduce frecuentemente con verbos de locución, además de signos de puntuación específicos tales como el guion y las comillas.

Genette establece una doble distinción en cuanto al modo narrativo se refiere. Por un lado, define estilo indirecto, o diégesis, cuando se narrativizan las palabras de los personajes. Por otro lado, define estilo directo, o mimesis, cuando al narrador le interesa reproducir textualmente las palabras de los personajes. Por eso se produce una gradación desde la mimesis total, en la que se reproduce textualmente el discurso, pasando por los distintos modos de diégesis (estilo indirecto libre parcialmente mimético, estilo indirecto y discurso narrativizado)⁵⁰⁸.

⁵⁰⁷ Genette, G., "Discours du récit", en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, pp. 186-ss; 189-ss

⁵⁰⁸ Genette, G., "Discours du récit", en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 184

Eminescu recorre todos los modos narrativos. En su prosa son muy frecuentes y dramáticos los discursos que el narrador mimetiza directamente. Pero también encontramos los pensamientos de los personajes descritos por la tercera persona del narrador. Eminescu se nos revela como un narrador moderno que utiliza todos los modos narrativos. Los narradores de la prosa literaria de Eminescu “dicen” y “muestran”. Utiliza un narrador que por detrás muestra las acciones de sus personajes y pero también dramatiza sus actos. Así, las caracterizaciones de los personajes nos vienen dadas por las palabras del narrador y por lo que ellos mismos dicen.

Dentro de la narración, debemos prestar atención también a la descripción, ya que es uno de los aspectos de la modalidad. La descripción presenta pasajes discursivos que aportan información sobre el espacio, los personajes y los objetos, a la vez que confiere al texto momentos de suspensión temporal, pausas en la progresión de la historia, que contribuyen a crear determinados efectos rítmicos en el desarrollo de la trama⁵⁰⁹. Encontramos, en varios relatos de Eminescu, la descripción como un elemento de la modalidad esencial. Es el caso paradigmático de la descripción del ambiente y de las costumbres del propio autor, como sucede en *Cînd eram încă la Universitate* (Cuando estaba todavía en la universidad).

Como señala Pozuelo, los pasajes descriptivos presentan las siguientes funciones que, en general, no se dan aisladas sino que pueden ser complementarias:

1. Función demarcativa: la descripción actúa de frontera inicial o final de una acción, presagia un desarrollo posterior.

⁵⁰⁹ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 56

2. Función dilatoria o retardataria: a menudo el suspenso es creado o mantenido por un retardamiento de la acción al incluirse una descripción.

3. Función decorativa o estética: la descripción clásica siempre tuvo un estatus de figura de ornamento, de lucimiento de virtuosismo del escritor.

4. Función de simbólica o explicativa: la descripción del atuendo de un personaje, de su rostro, del mobiliario de su casa, etc. funcionan como un indicio de las características de ese personaje y la indicación necesaria para comprender y valorar mejor sus acciones⁵¹⁰.

En la narrativa de Eminescu, estas descripciones colaboran para crear ilusión de “realidad”. En la mayoría de las descripciones, el narrador se encarga de describir. En *Geniu pustiu* (Genio solitario), la descripción de Toma, el personaje protagonista, de la cruenta muerte y violación de la hija del sacerdote posee una doble función. Por un lado, aparece la función referencial o función demarcativa, es decir, nos informa. Sin embargo, la voz del narrador al final se impone a la percepción del personaje. Por otro, tendría también la función demarcativa porque la descripción subraya el carácter de los personajes.

Sin embargo, las descripciones que sobresalen en los textos analizados son las decorativas, en las que el narrador, con un fuerte carácter personal, nos introduce en un mundo poético. Es el recurso narrativo más evidente que nos permite hablar de una prosa poética, como ya hemos visto en el capítulo anterior. Esta descripción puede llegar a ser considerada como impresionista porque al narrador le interesa captar los colores y los efectos

⁵¹⁰ Pozuelo Yvancos, José María, “Estructura del discurso narrativo”, en *Teoría del lenguaje poético*. Madrid, Cátedra, 1988, p. 259-260

de la luz lo más fielmente posible, condicionando al lector por su subjetivismo. Un ejemplo, podría ser la descripción del padre de Sofía en *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Bătrînul ședea pe scaunul cel de lemn. Fruntea sa pleșuvă și încongiurată de cîțiva peri albi ca argintul în lumină era norată de durere, ochii săi roșii de bătrînețe și de culoare turbure erau plini de lacrimi, capul său palid, pe jumătate mort, tremura convulsiv și brațele sale spînzurau de-a lungul sprijoanelor scaunului⁵¹¹

En Eminescu encontramos una descripción técnica y detallista, no solo de objetos sino también de retratos. La detención del narrador sobre determinados objetos nos hace pensar en la importancia para el propio escritor rumano. Para Simion, la descripción realista sugiere una atmósfera moral, como por ejemplo cuando describe la habitación de Toma⁵¹², en *Geniu pustiu* (Genio solitario).

Aunque en la prosa literaria encontramos etopeyas, es decir, ejemplos en donde los personajes presentan caracterizaciones de su personalidad, sin embargo, los retratos son las descripciones favoritas y más frecuentes de Eminescu. De cada personaje introduce algún rasgo físico junto a uno moral. Valga como ejemplo el retrato que nos encontramos del anciano Iosif, en *Moș Iosif* (El anciano Iosif):

Ochii, adînciți în boltiturile lor, păreau a fixa un punct sub încrețitele sprîncene, buzele gurii se îmflase crește în meditațiune, iară barba îndoită de

⁵¹¹ Perpessicius, v. VII, p. 189. El anciano estaba sentado sobre una silla de madera. Su frente calva y rodeada de unos pelos blancos como la plata en la luz estaba oscura de dolor, sus ojos rojos de vejez y de color turbio estaban llenos de lágrimas, su cabeza pálida, medio muerta, temblaba combulsivamente y sus brazos colgaban a lo largo de los brazos de la silla

⁵¹² Simion, E., *Proza lui Eminescu*, București, Editura pentru literatură, 1964, p. 28

aplecarea pieptului își răstrea în sus capătul stufos și argintiu, dînd întregii fețe o arătare nemulțumită și rebelă⁵¹³.

Eminescu otorga a la descripción una función explicativa y simbólica. Muchos personajes representan fuerzas opuestas (bondad frente a maldad; sensible frente a cruel). *Contrapagină* (El dorso de la página) podría ser un ejemplo evidente de lo que afirmo porque incluso textualmente Eminescu, mediante columnas, marca la oposición entre dos símbolos:

Așa d.e. doamna Lume dictează:

D-nu PETRICĂ MOFT
farsor en gros et en detail
COSTEA URLĂ
Cu minavetul
TACHE CARAGHIOZLÂC
Comediant
COLTUC BÎRZEA
Vacari sau în cazul
cel din urmă Bostan-bașa
STAN ÎNJURĂTURĂ
Om bețiv sau hengeri

Ms. Destin scrie:

PETRICĂ Compte MOFT[E]
om politic
CONSTANTIN URLATORIANO
poète et grand homme de lettres
CONSTANTIN CARAGGIO
Artist dramatique
PRINCE COLTUQUE BARZE
Ministre Secrétaire d'Etat
aux Affaires & c.
DON ESTEVAN DE LAS JURADORES
journaliste⁵¹⁴

⁵¹³ Perpessicius, v. VII, p. 310. Los ojos, ahondados en sus bovedillas, parecían fijar un punto bajo las arrugadas cejas, los labios de la boca se había hinchado rizados en meditaciones, y la barba doblada por la inclinación del pecho se empujaba (răstrea) hacia arriba cabo tupido y plateado, dando a toda la cara una apariencia descontenta y rebelde.

⁵¹⁴ Perpessicius, v. VII, p. 317

Así por ejemplo la señora Mundo dicta:	El señor Destino escribe:
Señor PETRICĂ MOFT	PETRICĂ CompteMOFT/E
farsante en general y en particular.....	político
COSTEA URLĂ	CONSTANTIN URLATORIANO
Con la viola	poeta y gran hombre de letras
TACHE CARAGHIOZLÂC	CONSTANTIN CARAGGIO
Comediante	artista dramático
COLTUC BÂRZEA	Prince COLTUQUE BARZE
Pastor o en el caso que	Ministro Secretario de Estado
siga a Bostan-bașa	Negocios & c.
STAN ÎNJURĂTURĂ	DON ESTEVAN DE LAS JURADORES
Borracho o perrero	periodista

Por último, tenemos que decir que las descripciones de Eminescu se caracterizan por contener con mucha frecuencia un importante valor poético a través de los elementos metafóricos y comparativos.

3.3.2. LA ESTRUCTURA

En este apartado, analizaremos la estructura de la prosa de Eminescu. Debemos atender a tres grandes subapartados: 1. la estructura externa o diseño exterior: las partes, las divisiones o los títulos; 2. la estructura interna o disposición de los distintos elementos textuales; y 3. los procedimientos compositivos y expresivos empleados.

3.3.2.1. ESTRUCTURA EXTERNA

La prosa de Eminescu no suele presentarse en diferentes partes debido a que su extensión no es muy amplia. Solo en algunas narraciones presentan marcas para dividir el texto.

A veces, aparecen marcadas separaciones menores a través de líneas de puntos que indican cambios o elipsis temporales, cambios de personaje, de lugar, cambios de la descripción a la narración, de la acotación al diálogo. Quizás se deba a que eran textos pensados para ser publicados fragmentariamente en prensa. El caso más claro sea el de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) en el que se marca la separación entre la narración y el género epistolar precisamente con estas marcas. Narración que está también dividida en ocho capítulos.

Geniu pustiu (Genio solitario) también presenta la separación en capítulos. Algunos críticos la dividen en las tres partes separadas por los tres números romanos; y otros autores, introducen el texto *Poesis*, como el cuarto y último.

Exerciții & Moloz (Ejercicios y escombros) e *Însemnări caracterologice* (Apuntes caracterológicos) son embriones, escombros para futuras edificaciones pero contienen separaciones, bien con marcas, bien con la palabra “capítulo”.

Otros dos textos *Iconostas și fragmentarium. Pe podelele reci de cărămidă* ((Iconostas y fragmentarium) Sobre el entarimado frío de ladrillo) y *Moartea lui Ioan Vestimie* (La muerte de Ioan Vestimie), aparecen divididos en tres capítulos numerados.

Los títulos de su prosa tienen un valor catafórico muy marcado ya que anticipan y concentran los elementos importantes de la trama, de la situación, del personaje y hasta de su desenlace. La longitud de sus títulos varía. Podemos encontrar títulos de extrema brevedad, titulados con una única palabra, como por ejemplo: *Amalia*, *Oceana*, *Archaeus* o *Poesis*. De ahí pasamos a medios como: *Umbra mea* (Mi sombra), *Moș Iosif* (El anciano Iosif) o *Juni cu corpuri slabe* (Jóvenes con cuerpos delgados). Hay que decir que no sabemos si Eminescu los tituló así o fueron sus posteriores editores.

Es significativo, por otra parte, que la prosa que publicó en vida contenía títulos en los que introduce el concepto de original: *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original), *La aniversară Narațiune originală* (En el aniversario. Narración original).

Además, nos resulta llamativo el hecho de que Eminescu definiera intencionalmente el género del texto en los subtítulos, como sucede, al igual que en los anteriores casos con *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela).

Tras haber seguido los elementos propuestos por Spang⁵¹⁵, no abundan en la prosa de Eminescu otros elementos paratextuales o cotextuales.

3.3.2.2. ESTRUCTURA INTERNA

La observación de la estructura interna permite fijar dos momentos cruciales, el comienzo y el desenlace. En cuanto al comienzo, algunos textos presentan una descripción y después se pasa a una narración, o de una introducción se pasa a la historia. Destacan por ejemplo *Geniu pustiu* (Genio solitario) donde encontramos una introducción metaliteraria; o *Archaeus* (Archaeus) donde se evidencia claramente esa parte introductoria de la historia propiamente dicha cuando empieza diciendo:

Așa în una din zile stam fluierînd la fereasta deschisă.⁵¹⁶

La descripción inicial es frecuente en sus relatos con un claro papel introductorio, como por ejemplo en *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor) donde, después de situarnos en el tiempo y en el espacio, nos describe el invierno.

No faltan tampoco comienzos abruptos debidos fundamentalmente bien a que se han perdido hojas de manuscritos, bien a que son fragmentos que Eminescu tenía pensados como variante de otro relato superior. Valga como ejemplo *Ea era albă ca zăharul* (Ella era blanca como el azúcar) que podría ser un pasaje para incluirlo en *Cezara Nuvelă originală* (Cezara

⁵¹⁵ Spang, K., “Aproximación semiótica al título literario”, en *Actas del I Simposio Internacional de la Asociación Española de Semiótica celebrado en Toledo durante los días 7, 8 y 9 de junio de 1984*, Madrid, CSIC, 1986, pp. 531-541

⁵¹⁶ Perpessicius, v. VII, p. 279. Así un día estaba silbando con la ventana abierta

Novela original) o en *Geniu pustiu* (Genio solitario). Un comienzo abrupto lo encontramos en el cuento *Borta vântului* (El escondite del viento).

En algunos textos nos hemos encontrado una justificación del acto mismo de contar, es decir, el propio narrador explica las razones por las que narra, produciéndose simultáneamente varios niveles diegéticos. Eminescu utiliza el tópico del manuscrito en varios de sus relatos como, por ejemplo, en el final del segundo capítulo de *Geniu pustiu* (Genio solitario). En otras ocasiones, la aparición de un nuevo personaje en una tertulia es el motivo a partir del cual comienza un diálogo filosófico como ocurre en *Archaeus* (Archaeus).

Los cuentos que crea Eminescu poseen fórmulas de los cuentos clásicas, pero también elaboradas por él mismo. Un ejemplo paradigmático podría ser el comienzo del cuento que publica, *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima):

În vremea veche, pe cînd oamenii, cum sunt ei azi, nu erau decît în germenii viitorului, pe cînd Dumnezeu călca încă cu picioarele sale sfînte pietroasele pustii ale pămîntului, — în vremea veche trăia un împărat întunecat și gînditor ca miază-noaptea și avea o împărăteasă tînără și zîmbitoare ca miezul luminos al zilei.⁵¹⁷.

Otro inicio interesante, narratológicamente hablando, es el de *Finul lui Dumnezeu* (El ahijado de Dios) en el que aparece una primera persona del singular que dirigiéndose directamente al lector:

Poveste, poveste — da eu nu-s de pe cînd poveștile — eu sunt de mai încoace, da m-am dus într-o zi la soacră-mea ș-am găsit un sac de povești, și

⁵¹⁷ Perpessicius, v. VI, p. 317. En el tiempo antiguo, cuando los hombres, como son ellos hoy, no eran más que los gérmenes del futuro, cuando Dios pisaba aún con sus pies santos los pedregosos desiertos de la tierra, — en el tiempo antiguo vivía un emperador oscurecido y pensativo como la media noche y tenía una emperatriz joven y sonriente como el medio día luminoso

venind a casă l-am scăpat jos și s-o despica sacul și de-atunci s-o împlut lumea de povești ș-am învățat și eu una și ț-o spun d-tale.⁵¹⁸

Utiliza también formas clásicas como:

Eră odat-un Împărat ș-avea trei fete și erau așa de frumoase⁵¹⁹

Forma con la que comienza el cuento *Călin nebunul* (Călin, el loco). Una fórmula intermedia la encontramos en *Vasilie finul lui Dumnezeu* (Vasilie el ahijado de Dios) o en *Frumoasa lumii* (La hermosa del mundo) donde aparece la siguiente introducción:

Apoi poveste, poveste, D-zeu la noi sosește, că-nainte mult mai este. Era odată un vînătoriu ș-avea trei copii și era sărac-sărac, cît numai cu-atîta se ține, că-mpușca cîte-o păsăruică, o vindea ș-atîta era hrana lui, săracul.⁵²⁰

Analizando el desenlace de los relatos de Eminescu, no cabe duda de que el escritor rumano posee una clara conciencia de la potencialidad constructiva y significativa que el cierre aporta al texto. Unas veces refuerza la carga emotiva; otras, produce la descarga humorística; otras, enfoca moralmente la historia.

El desenlace en los cuentos también presenta fórmulas tópicas. Los cuentos, como hemos visto en páginas anteriores, son los textos que presentan un desenlace eufórico por excelencia. Es interesante observar cómo la estructura encuadra de las fórmulas al comienzo y al final de los textos. Las fórmulas finales presentan la misma originalidad que las de apertura.

⁵¹⁸ Perpessicius, v. VI, p. 350. Cuento, cuento — sí yo no sé de cuando los cuentos — yo soy más cercano, pero me fui un día a casa de mi suegra y encontré un saco de cuentos, y al llegar a casa lo dejé en el suelo y se abrió el saco y desde entonces se llenó el mundo de cuentos y aprendí también yo uno y te lo cuento a ti

⁵¹⁹ Perpessicius, v. VI, p. 329. Érase una vez un Emperador que tenía tres hijas

⁵²⁰ Perpessicius, v. VII, p. 279. Después, cuento, cuento, Dios a nosotros llega arriba, que adelante queda mucho. Había una vez un cazador que tenía tres niños y era pobre

Podemos encontrar un cambio entre los dos mundos distintos, el del cuentista y el de sus oyentes. Es decir, entre un “allí” o el mundo maravilloso, imaginario y lleno de peligros de los personajes del cuento; y el del narrador, el nuestro. Pero también el narrador, implícitamente, parece solicitar y pedir credibilidad por parte de sus oyentes, ya que lo que ha estado contando no es invención suya, es “verdadero” y él no es más que un simple testigo que transfiérelo que vivió y vio en el mundo del “allí”. Sucede, por ejemplo, en *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe azul nacido de una lágrima) o *Frumoasa lumii* (La hermosa del mundo) al aparecer la primera persona; o el posesivo también de primera persona en *Borta vântului* (El escondite del viento). Junto a esa presencia del yo ante la ficción, Eminescu añade otro matiz de rima y musicalidad, como sucede en o *Călin nebunul* (Călin, el loco):

(...) și ei au făcut o ulcicuță de papară și m-o dat pe uș-afară. Da mie mie o fost ciudă, și m-am dus în grajd și mi-am ales un cal cu șeua de aur, cu trupu de criță, cu picioare de ceară, cu coada de fuior, cu capul de curechi, cu ochii de neghină, și-am pornit p-un deal de cremene: picioarele se topiau, coada-i pîrîia, ochii pocnia. Și-am încălcat pe-o prăjină și ți-am spus o minciună, și-am încălcat pe-o poartă și ți-am spus-o toată⁵²¹.

Sin embargo, hay varios textos en los que encontramos finales abruptos, como en *Finul lui Dumnezeu* (El ahijado de Dios) o *Vasilie finul lui Dumnezeu* (Vasilie el ahijado de Dios).

Un elemento de la originalidad de la prosa de Eminescu es la estructura interna de su prosa. La manera en la que comienza y termina sus relatos es muy elaborada y todos sus textos van creciendo hacia un clímax eufórico final.

⁵²¹ Perpessicius, v. VI, p. 337 (...) y ellos hicieron una olluela de panetela y me la dieron afuera. Y a mí me sentó mal, y me fui al establo y me elegí un caballo con silla de oro, con el cuerpo de acero, con los pies de cera, con la cola de cañamazo, con la cabeza de col, con los ojos de cizaña, y partí por un cerro pedregoso: los pies se hundían, su cola pârâia, los ojos pocnia. Cabalgué por prăjină y te dije una mentira, cabalgué por una puerta y te he contado todo

3.3.2.3. PROCEDIMIENTOS COMPOSITIVOS Y EXPRESIVOS

La prosa de Eminescu presenta numerosos procedimientos compositivos y expresivos. Aquí nos centraremos en recurso del discurso como el dualismo, la repetición, el realismo el humor, la enumeración y la gradación.

El procedimiento compositivo más abundante en la prosa de Eminescu es el del dualismo o bimetración. Son muy numerosos los cuentos que presentan dos personajes paralelos, por lo general opuestos en su carácter y actuación. El ejemplo paradigmático es el desdoblamiento del personaje del marqués en *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă).

La repetición se produce con los personajes, ya que a uno, como ejemplo a Toma, lo podemos encontrar como protagonista de otros textos. Pero además, la repetición produce efectos paralelisticos, es decir, cada vez que introduce un nuevo elemento en el texto, aparece también en la estructura siguiente. Hay incluso una bimetración en el estilo provocando un ritmo binario. Por decirlo de otro modo, es como si dejara y cogiera, primero nombra y después lo repite para ampliar información. Sin duda, este efecto provoca musicalidad a su prosa. Valga como ejemplo la repetición de “resurrección” en *Istoria unei lacrimi* (Historia de una lágrima (historia miniatural))

Cine nu-i cuprins în această resunîiune * nu plînge... nu are sens pentru
[el] acea arie⁵²².

⁵²² Perpessicius, v. VII, p. 322. Quien no entienda en esta su resurrección * no llora... no tiene sentido para él esta aria

La dualidad temporal, marcada por dos momentos: antecedentes y caso, tiempo anterior y posterior, que desembocaría en una recapitulación de la historia que el narrador ofrece al lector, o el personaje al narratario, no es un recurso estructural muy abundante en la prosa de Eminescu.

Utiliza frecuentemente recursos productores de realismo. Eminescu borra las diferencias entre ficción y realidad, confundiendo el mundo posible con el real. La misma presencia del narrador interno u homodiegético constituye esencialmente un factor de verosimilitud. Otro elemento de verosimilitud es el anclaje a referencias espaciales (teatro, cantina) y la geografía urbana de Bucarest.

Buena parte de los principales recursos compositivos y expresivos empleados por Eminescu son de naturaleza semántica. Es abundante la presencia del humor, a menudo a través de la ironía, que se proyecta fundamentalmente sobre la religión y el amor, como hemos dejado patente a lo largo de nuestro trabajo.

Shklovski establece algunas técnicas de composición como la confusión, el paralelismo, el marco y el enhebrado. La confusión consiste en la eliminación de los rasgos secundarios⁵²³. El paralelismo consiste en extraer el objeto de su envoltura de asociaciones habituales⁵²⁴. El marco es una manera de incluir un relato dentro de otro⁵²⁵. Y, por último, el procedimiento de composición por enhebrado consiste en que todos los relatos forman un todo, se suceden y reúnen por un personaje común⁵²⁶.

⁵²³ Shklovski, V., “La construcción de la “nouvelle” y de la novela”, en Todorov, T. [et al.], *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Signos, 1970, p. 133

⁵²⁴ *Ibid*, p. 137

⁵²⁵ *Ibid*, p. 141

⁵²⁶ *Ibid*, p.144

Todas estas técnicas compositivas se dan en la prosa literaria de Eminescu. La confusión y el paralelismo son el germen de las metáforas visuales tan presentes en sus relatos. Valga como ejemplo la luna. Este elemento celeste se personifica de manera paralelística en varios momentos y pierde alguno de sus rasgos característicos, como por ejemplo en *Geniu pustiu* (Genio solitario) o en *Casele negre ale Bucureștilor* (Las casas negras de Bucarest)

(...) luna se strecură, pare-că slăbită și ***, prin risipiatu[ri]le norilor⁵²⁷

Las cartas de Euthanasius de *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) podrían considerarse ejemplos de marco, según Shklovski, y es evidente que entre sus textos se produce un enhebrado, ya que temas y personajes son intertextuales, como veremos más adelante.

3.3.3. LOS PERSONAJES

3.3.3.1. CLASIFICACIÓN

Antes de entrar en la clasificación de los personajes, debemos definirlos. Según Bobes, los personajes son los actantes revestidos de unos caracteres físicos, psíquicos y sociales que los individualizan⁵²⁸. Detengámonos en los rasgos individuales de los personajes que encontramos en la prosa literaria de Eminescu.

⁵²⁷ Perpessicius, v. VII, p. 226. (...) la luna se cuela como debilitada y (soñadora) por las dispersiones de las nubes

⁵²⁸ Bobes, *La novela*, pp. 144-145

Los signos textuales que construyen el personaje en el discurso son de tres tipos: a) signos de ser, que generalmente son estáticos y se manifiestan mediante sustantivos y adjetivos; b) signos de acción o situación, son generalmente dinámicos y suelen estar manifestados mediante verbos, que remiten a las acciones funcionales o circunstanciales del personaje; y c) signos de relación, que se refieren a los rasgos distintivos o a los circunstanciales, y sirven para oponer funcionalmente unos personajes a otros⁵²⁹.

Anderson Imbert distingue cinco posibilidades de clasificación de los personajes: a) por la importancia de su participación en la acción: principales y secundarios; b) por el nivel de individualización: característicos y típicos; c) por su evolución a lo largo de la trama: estáticos y dinámicos; d) por la variedad de los rasgos de su personalidad: simples y complejos; y e) por el grado de permanencia de su carácter: chatos y rotundos⁵³⁰.

Partiendo de los anteriores parámetros, analizaremos por un lado el listado de nombres y, por otro, su caracterización.

3.3.3.2. NOMINACIÓN

El nombre del personaje constituye el primer elemento caracterizador. Hay personajes con nombre propio como Ioan Vestimie, Vasile Creangă, Toma Nour, Amalia, Oceana, Sofía, Poesis, Tlă, Cezar, Ieronim. Muchas veces, al nombre propio le acompaña una aposición, como en Călin, el loco, El pobre Dionis o Vasilie el ahijado de Dios. También aparecen nombres propios de personajes reales y contemporáneos a Eminescu, como, por

⁵²⁹ Ibid., pp. 159-161

⁵³⁰ Imbert, Op. Cit., pp. 245-249

ejemplo, Rössler, Mureșanu. Siendo el texto de *Contrapagină* (El dorso de la página) el más interesante en cuanto onomástica se refiere.

Más interés ofrece la nominación simbólica que Eminescu ofrece en sus relatos. En varios relatos los personajes llevan nombres que expresan el carácter de sus personajes. El ejemplo paradigmático es el del príncipe protagonista del cuento *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe azul nacido de una lágrima).

Asoma también en la nominalización de los personajes el recurso al humor o a la ironía, mediante el uso de los diminutivos, como *Finița* en *Geniu pustiu* (Genio solitario) y sobre todo el del protagonista de *Părintele Ermolachie Chisăliță* (El padre Ermolachie Chisăliță).

Podemos encontrar también personajes innominados, colectivos, que tienen un papel secundario en el desarrollo de la historia. Son personajes planos que retratan los diferentes estamentos sociales de la Rumanía de la segunda mitad del siglo XIX, como sirvientes, historicistas, periodistas, actores, entre otros muchos.

3.3.3.3. CARACTERIZACIÓN

La caracterización de los personajes que aparecen en la prosa literaria de Eminescu se produce a partir de las descripciones que de ellos encontramos. En general, podemos decir que suelen ser poco realistas y tienden a la fantasía.

El mecanismo compositivo que caracteriza como fantástico a un personaje se produce mediante la comparación. Muchas veces poética, con un lenguaje embellecido. Un ejemplo ilustrativo podría ser el texto *Ea era albă ca zăharul* (Ella era blanca como el azúcar).

De cada personaje Eminescu elige los rasgos que va a describir. Sin embargo, hay una descripción tipo que le sirve de modelo. En la descripción física utiliza idénticos mecanismos tanto para hombres como para mujeres. Muchas veces, incluye en la descripción su forma de vestir, como por ejemplo en *Avataarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă):

(...) văzură un băiet frumos, palid ca suprafața mărgăritarului, cu ochii în bolți mari, negri, cam turburi, dar adînci, cu părul care-i curgea în vițe negre și strălucite deasupra umerilor, cu pantaloni strîmți asemenea ciorapilor de mătăsă neagră... în genere toate hainele îi erau strîmt lipite de corp, încât formele cele mai frumoase, asemenea ale unei statui, erau îmbrăcate cu acest tricot de matasă. Pe cap avea o pălărie de catifea viorie c-o pană roșie. Mîinile lui de zăpadă purtau o vargă...⁵³¹

Un dato importante para la novela y la caracterización del personaje es conocer los antecedentes, que tienen una función mítica, como ocurre sobre todo en los cuentos. Por ejemplo, los orígenes del Príncipe Azul de *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe azul nacido de una lágrima) explican su destino.

⁵³¹ Perpessicius, v. VII, pp. 262-263. (...) vio un muchacho hermoso, pálido como la superficie de la perla, con ojos como bóvedas grande, negros, algo turbios, pero profundos, con el pelo que le caía en cepas negras y brillantes sobre los hombros, con los pantalones estrechos como calcetines de seda negra... en general todas sus ropas le estaban estrechamente pegadas al cuerpo, de modo que las formas más hermosas, como las de una estatua, estaban vestidas con este tejido de seda. Sobre la cabeza tenía un sombrero de terciopelo jacinto con una pluma roja. Sus manos de nieve llevaban una varita...

3.3.4. EL ESPACIO

3.3.4.1. ESPACIO Y ENUNCIACIÓN

La enunciación, en narratología, es el acto narrativo productor, la narración. En el interior del universo espacio-temporal de los eventos narrados, el discurso de los personajes funciona como un simulacro del acto de enunciación, en el interior del propio discurso narrativo⁵³². Los simulacros de acto de enunciación, que son abundantes en la prosa de Eminescu, resultan pertinentes para las situaciones espaciales.

3.3.4.2. ESPACIOS FICTICIOS Y SIMBÓLICOS

La toponimia fantástica de la prosa de Eminescu aparece simultáneamente con su ucronía. Es decir, cuando se nos describe un lugar, encontramos la supresión de conectores y referencias temporales, lo que provoca una imagen de atemporalidad y simultaneidad mediante la yuxtaposición y adjunción espacial de escenas⁵³³. Este fenómeno aparece de manera recurrente en su prosa. La descripción de lugares como pueden ser los monasterios encantados o los mundos extraterrenales son ejemplos de esta toponimia fantástica.

El efecto de crear un espacio onírico lo consigue a través de la descripción sinestésica. La toponimia ficticia se hace familiar. La realidad se mezcla con los sueños. En las aguas de oro de un lago celeste, los héroes de *Umbra mea* (Mi sombra) se bañan salpicándose. El príncipe de *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe azul nacido de una lágrima) se envuelve en una manta tejida con rayos de luna. La protagonista de *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre

⁵³² Reis y Lopes, Op. Cit., p. 74

⁵³³ Valles, Op. Cit., p. 588

Dionis Novela) tiene vestimentas plateadas. Valga como ejemplo la descripción con la que comienza *Oceana*.

Ca cusute pe o pînzarie albastră trămurau stelele mici și albe pe cer si
argintul cald al lunei trecea, sfîșăind voalul transparent de nouri albi ce se-
ncrețeau pe dînsul⁵³⁴.

Papahagi, y nosotros estamos de acuerdo con el crítico rumano, acepta la identificación de la isla de Euthanasius con una utopía⁵³⁵, es decir, un mundo fuera de este, un lugar paradisíaco.

⁵³⁴ Eminescu, *Proză literară*, vol. II, București, Editura Minerva, 1989, p., 147. Como cosidas por una tela azul temblaban las estrellas pequeñas y blancas por el cielo y el plateado calor de la luna pasaba, desgarrando el velo transparente de nubes blancas que se encrepaban sobre él.

⁵³⁵ Papahagi, Op. Cit., p. 21

3.3.5. EL TIEMPO

3.3.5.1. EL ORDEN TEMPORAL

En todo texto narrativo, el tiempo en el que se narran los hechos sufre inevitablemente alteraciones por muy fiel que se quiera al tiempo de la historia. Estudiar el orden temporal de una narrativa, según Genette, es confrontar el orden de disposición de los eventos o segmentos temporales en el discurso narrativo con el orden de sucesión de esos mismos eventos o segmentos temporales en la historia. Los acontecimientos, en el tiempo del discurso, tienen una disposición cronológica alterada por anacronías⁵³⁶.

Genette define las anacronías como las discordancias entre el tiempo de la historia y el del relato y plantea tres conceptos: dirección (prolepsis y analepsis), alcance y amplitud⁵³⁷. Eminescu, en su prosa, utiliza las anacronías. En la de inspiración folklórica encontramos pocas debido a que la coincidencia entre el tiempo de la historia y el del relato es casi total, por eso sus cuentos son los textos menos realistas.

La anticipación o prolepsis (prolepse) es el movimiento de anticipación de eventos cuya ocurrencia, en la historia, es posterior al presente de la acción. Según Genette, la narrativa en primera persona se presta mejor que cualquier otra a la anticipación, por su declarado carácter retrospectivo, que autoriza al narrador a alusiones al futuro y particularmente a su situación presente, que en cierto modo forman parte de su papel⁵³⁸.

Eminescu, mostrando un elemento narrativo moderno, anticipa los sucesos de la historia. Quizá el único caso de anticipación sean las preguntas retóricas del narrador, o las

⁵³⁶ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 193

⁵³⁷ Genette, G., "Discours du récit", en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 89

⁵³⁸ Reis y Lopes, Op. Cit., pp. 212-213

preguntas abiertas en las que el lector se ve incluido en la acción y tiene que contestar con su propia vida. Un ejemplo, lo encontramos en la abundante presencia de textos epistolares en la prosa literaria de nuestro autor.

La retrospección o analepsis (analepse), siendo este fenómeno más común que la prolepsis. Es un movimiento temporal retrospectivo destinado a relatar eventos anteriores al presente de la acción e incluso anteriores a su inicio⁵³⁹. Cuando en la historia vuelve a aparecer un personaje que ha aparecido antes, hay una retrospección para actualizar la situación del mismo. Es decir, el personaje es caracterizado por la retrospección externa que hace el narrador al presentarlo, relativa a su vida anterior. Eminescu construye el carácter de sus personajes que será retomado posteriormente con un carácter evidentemente anafórico. Como ocurre, por ejemplo, con Toma mata al comandante húngaro, de *Geniu pustiu* (Genio solitario):

Mă uitam c-o ură nespusă la omul ce-mi luase tot și care acuma nu mai
era decât un cadavru⁵⁴⁰.

El alcance de una anacronía es la distancia del momento de la historia en que se encuentra la narrativa primera. El alcance de una anacronía puede ser de pocas horas, de varios meses o de algunos siglos⁵⁴¹. Como es el hecho de recurrir al tópico del manuscrito encontrado, por ejemplo al final de la segunda parte de *Geniu pustiu* (Genio solitario), o al género epistolar, como en *Falsificatorii de bani* (Los falsificadores de dinero).

⁵³⁹ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 20

⁵⁴⁰ Perpessicius, v. VII, p. 213. Miré con un odio indecible al hombre que me había robado todo y que ahora ya no era más que un cadáver

⁵⁴¹ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 17

La amplitud de una anacronía es la cantidad de relato que ocupa y puede variar su extensión desde una explicación circunstancial a varios capítulos⁵⁴². La prosa de Eminescu se caracteriza por tener una amplitud variable, pero con una marcada tendencia hacia la brevedad.

3.3.5.2. EL RITMO DEL RELATO

El ritmo del relato sirve para constatar la organización temporal de la historia con la dimensión de la duración cuantitativa temporal del discurso generando una serie de efectos concernientes a la velocidad narrativa⁵⁴³.

Todo relato debería tener un isocronismo, es decir, un procedimiento que procura imprimir al discurso una duración idéntica a la de la historia relatada⁵⁴⁴. Genette introduce la imagen de un péndulo que fluctúa entre el tiempo de la historia y del discurso, con una velocidad constante⁵⁴⁵.

Sin embargo, es evidente que en los relatos encontramos variaciones de ritmo, es decir, *anisocronías*. Es la alteración en el discurso de la duración de la historia y la cantidad de discurso que se le dedica, pudiéndose prolongar o reducir.

Las anisocronías, o variaciones de ritmo, se estudiarán examinando la relación entre la duración de la historia y la cantidad de discurso que se le dedica. Según esas variaciones,

⁵⁴² Reis y Lopes, Op. Cit., p. 19

⁵⁴³ Valles, Op. Cit., p. 543-544

⁵⁴⁴ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 127

⁵⁴⁵ Genette, G., "Discours du récit", en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 123

Genette descubre cuatro movimientos narrativos básicos: pausa, sumario, extensión y elipsis⁵⁴⁶.

La **pausa** representa una forma de suspensión del tiempo de la historia mientras que el tiempo el relato prosigue; al interrumpir momentáneamente el desarrollo de la historia, el narrador se extiende en reflexiones o en descripciones que dan lugar de nuevo al desarrollo de las acciones narradas⁵⁴⁷.

La *pausa* consiste en interrumpir el tiempo de la historia mientras el del relato prosigue, ya sea desarrollando la historia en el *espacio*, pausa descriptiva, ya sea ocupándose de elementos ajenos a la historia, digresiones del narrador. Eminescu utiliza las pausas para describir. El paisaje le sirve de trasfondo a toda su prosa y se desarrolla como una metáfora para apoyar el tema del relato.

El **sumario** es el resumen de la historia, de tal modo que el tiempo de ésta aparece reducido, en el discurso, a un lapso durativo sensiblemente menor que el que su ocurrencia exigiría⁵⁴⁸. Son pocos los momentos en la prosa de Eminescu en los que utiliza breves porciones del relato para recoger una historia mayor.

La **extensión** consiste en que el tiempo del discurso es más largo que el de la historia⁵⁴⁹. El diálogo es el recurso que mejor produce la ilusión de igualdad entre las dos temporalidades.

⁵⁴⁶ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 23

⁵⁴⁷ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 197

⁵⁴⁸ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 235

⁵⁴⁹ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 93

La **elipsis** constituye toda forma de supresión de lapsos temporales más o menos amplios. Genette distingue tres tipos de elipsis, la explícita, mediante expresiones temporales adverbiales; la implícita, no expresada por el discurso pero que puede ser inferida por la historia; y la hipotética, no susceptible de ser delimitada de forma rigurosa con relación al tiempo de la historia y solamente intuita de forma difusa⁵⁵⁰.

3.3.5.3. LA FRECUENCIA

Genette define la *frecuencia* temporal como “les relations entre les capacités de répétition de l'histoire et celles du récit”⁵⁵¹. La frecuencia tiene que ver con la capacidad o disponibilidad manifestada por el narrador para realzar la repetición de ciertas acciones, desvanecer ese carácter repetitivo, ceñirse a la singularidad de ocurrencia de los acontecimientos o evocar anafóricamente eventos singulares. Habría tres tipos de frecuencia narrativa: singulativo, repetitivo e iterativo⁵⁵².

La frecuencia singulativa consiste en relatar una vez lo que ha sucedido una vez⁵⁵³. La frecuencia repetitiva consiste en la aparición en el discurso en varios momentos un evento que ha ocurrido en un cierto momento de la historia. Según Genette, esta frecuencia está cargada de una innegable intencionalidad estética porque la mención obsesiva de un evento puede convertirse en un verdadero leitmotiv⁵⁵⁴. La frecuencia iterativa consiste en que una sola emisión narrativa asume en conjunto varias ocurrencias del mismo evento⁵⁵⁵.

⁵⁵⁰ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 72

⁵⁵¹ Genette, G., “Discours du récit”, en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 78

⁵⁵² Reis y Lopes, Op. Cit., p. 109

⁵⁵³ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 229

⁵⁵⁴ Reis y Lopes, Op. Cit., pp. 220-221

⁵⁵⁵ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 130

Eminescu hace un uso tradicional de la frecuencia narrativa en su prosa, pues el relato singulativo predomina ampliamente sobre el repetitivo y el iterativo. Lo que provoca un estilo binario. El iterativo es favorecido por la aparición del diálogo, tan frecuente en la prosa de Eminescu, llegando incluso a crear un diálogo diferido con el intercambio epistolar, como sucede en *Falsificatorii de bani* (Los falsificadores de dinero).

Además, debido a la caracterización de los personajes de su prosa, basada en la repetición constante de diálogos y retratos, Eminescu suele acudir al iterativo para expresar sus ideas, para mostrarnos al personaje mientras dialoga. Emplea fórmulas iterativas para mostrarnos al personaje en la acción de una manera singulativa, repitiendo su rasgo característico varias veces, como por ejemplo en *Aur, mărire și amor* (Oro, grandeza y amor), jugar a las cartas caracteriza a las personalidades Rumanas:

Din acest soi de oameni s-a recrutat apoi în urmă acel contingent de așa-numiți oameni mari ai României a căror cel mai mic defect era acela că nu știau carte. Aceștia apoi au încurcat lumea amar de vreme, vrînd ca să-și recîștige valoarea unei vieți pierdute-n cărți⁵⁵⁶.

Un efecto que provocan las repeticiones es la comicidad; las palabras ridículas del sacerdote y el sacristán en *Părintele Ermolachie Chisăliță* (El padre Ermolachie Chisăliță), que se vuelven aún más ridículas la segunda vez que las leemos, y nos causan cuanto menos una sonrisa. La caracterización caricaturesca es por sí misma un indicador de posibilidades de repetición; una sola acción presentada como singulativa en Eminescu puede llegar a tener

⁵⁵⁶ Perpessicius, v. VII, p. 293. De este género de hombres se reclutaba después el contingente de los así llamados hombres grandes de Rumanía cuyo menor defecto era aquel de no saber jugar a las cartas. Estos después han confundido el mundo amargo de tiempo, queriendo volver a ganar el valor de unas vidas perdidas en las cartas

la fuerza de un iterativo; no tenemos más que pensar en la única intervención del cura, que nos hace suponer cómo serán todas y cada una de sus celebraciones religiosas.

Cînd popa se-ncurca rău și oamenii se-ntreba: "Ci Doamne! oare ce-o fi zicînd", palamarul răspundea categoric: "Tăceți, mă, nu vedeți că părintele cîntă grecește?"⁵⁵⁷

Se suprimen años enteros de la historia que no interesaban en su singularidad, y que hubieran sido el momento más adecuado para la utilización del iterativo, como por ejemplo como sucede con la escena del alemán del molino de *Geniu pustiu* (Genio solitario).

En la prosa literaria de Eminescu predomina el relato singulativo. Sin embargo, como afirma Genette, al utilizar el imperfecto logra la sensación de crear un relato "pseudo-iterativo"⁵⁵⁸. Así, las escenas de sus relatos se presentan con riqueza y precisión de detalles.

El estilo directo es un elemento de las escenas que provoca que el relato sea iterativo. Siempre que en la prosa de Eminescu aparece el diálogo se crea una ambigüedad de contenido que se amplifica por las descripciones de elementos repetidos, ya sea una persona, un lugar o un objeto.

No es únicamente el diálogo directo de los personajes lo que tiene un valor singulativo, sino que también son iterativos cuando parecen similares pero no idénticos. Eminescu gusta de utilizar este diálogo socrático o faústico en varios momentos de su prosa, siendo *Archaeus* (Archaeus) el ejemplo más paradigmático.

⁵⁵⁷ Perpessicius, v. VII, p. 299. Cuando el sacerdote se equivocaba gravemente y la gente se preguntaba: "¡Oh Señor! acaso qué está diciendo", el palamar respondía categóricamente: "Callad, vamos, ¿no veis que el padre canta en griego?"

⁵⁵⁸ Genette, G., "Discours du récit", en *Figuras III*, París, Seuil, 1972, p. 152

El relato iterativo en la prosa literaria de Eminescu es poco frecuente, al igual que el relato pseudo-iterativo. Podemos encontrarlo cuando se sugieren situaciones grotescas, al aparecer repetidas onomatopeyas eclesiásticas del sacristán en *Părintele Ermolachie Chisăliță* (El padre Ermolachie Chisăliță).

Por último, en cuanto al relato repetitivo, no aparece con frecuencia en la prosa literaria de Eminescu. Un personaje puede repetir desde su punto de vista lo que el narrador ya ha dramatizado antes para nosotros. Es poco frecuente, y evidenciamos que es el relato singulativo el que posee un predominio absoluto en la prosa literaria de Eminescu.

3.3.5.4. EL TRANSCURSO DEL TIEMPO

El transcurso del tiempo muestra la relación entre la narración y el supuesto suceso. Las varias posibilidades de colocación temporal de la narración con relación a la historia, según Genette, pueden sintetizarse en cuatro modalidades: narración ulterior, anterior, simultánea e intercalada. Estas cuatro soluciones no pueden disociarse de otros aspectos del proceso de la narración, ni de dominios de la estructuración del discurso como el tiempo, la distancia y la perspectiva narrativa⁵⁵⁹.

La narración anterior es el acto narrativo que antecede a la ocurrencia de los eventos a los que se refiere. Ocurre cuando es enunciado un relato de tipo predictivo, anticipando (sueño, profecía...) acontecimientos proyectados en el futuro de los personajes de la historia y del narrador⁵⁶⁰. Es posible encontrar algún ejemplo en la prosa de Eminescu de estas predicciones o sueños, como vimos en apartados anteriores, pero valga como muestra el

⁵⁵⁹ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 153

⁵⁶⁰ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 154

momento de *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) en el que el ser femenino predice el futuro al protagonista:

Tu te vei înamora⁵⁶¹

La narración intercalada es el acto narrativo que resulta de la fragmentación de la narración en varias etapas interpuestas a lo largo de la historia. Se entrecortan y aparecen por etapas diferentes hechos⁵⁶². Un claro ejemplo de narración intercalada lo conforma la intromisión del género epistolar dentro de la narración. Quizá la novela *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) sea la muestra más evidente.

La narración simultánea está constituida por aquel acto narrativo que coincide temporalmente con el desarrollo de la historia⁵⁶³. Los monólogos interiores o las propias alocuciones del narrador dirigiéndose directamente al lector, valga como ejemplo el final de *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela):

Mulți din lectorii noștri vor fi căutat cheia întâmplărilor lui în lucrurile ce-l
încunjurau⁵⁶⁴

La narración ulterior es el acto narrativo que se sitúa en una posición de inequívoca posterioridad con relación a la historia. Es la narración dominante y se adecua tanto a un narrador heterodiegético, como a uno autodiegético⁵⁶⁵.

⁵⁶¹ Perpessicius, v. VII, p. 260. Tú te enamorarás

⁵⁶² Reis y Lopes, Op. Cit., p. 154

⁵⁶³ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 155

⁵⁶⁴ Perpessicius, v. VII, p. 113. Muchos de nuestros lectores buscarán la llave de sus sucesos en las cosas que les rodean

⁵⁶⁵ Reis y Lopes, Op. Cit., p. 156

Para observar el transcurso del tiempo debemos tener en cuenta el tiempo de los verbos y el conocimiento que tiene el narrador sobre el desarrollo de la historia. En Eminescu encontramos momentos en los que el predominando el pasado se ve eclipsado por la aparición del presente intercalado para dar al lector una impresión más viva de la acción. Además de viveza, igual que ocurre con la lírica, ese presente está cargado de lirismo⁵⁶⁶.

Hay presentes que se intercalan en una narración en la que predominan los pasados. Los pretéritos que los sitúan consiguen una mayor fuerza expresiva. Un ejemplo de este uso del presente se encuentra, por ejemplo, en *Poesis* (Poesis):

M-ai crezut trădătoare, desfrînată, și-ai luat lumea-n cap. Da, am fost criminală, inima mea, criminală cum a fost Maria Magdalena. Tomo, nu mai cer iubirea ta, căci cînd vei citi aceste șire, n-ai mai putea iubi decît craniul cel îngropat și ochii cei morți a unei fete nebune -nebune de amorul tău — zdrobite de iubirea ce i-o impusese natura, de iubirea pentru bătrînul ei tată.⁵⁶⁷

Estadísticamente predomina el pasado en la prosa de Eminescu, y es constante, ya que todos los hechos de la historia, incluso los más “recientes”, son relatados por el narrador en pasado. En otras palabras, el momento de la narración es bastante posterior a los acontecimientos. Sin embargo, no nos permiten aventurar una fecha exacta.

No encontramos relaciones entre historia y narraciones. La historia se encuentra en un momento de la línea temporal ficticia y la narración en el pasado, posteriormente. Tampoco hemos descubierto datos que nos permitan precisar la distancia exacta entre las historias y las narraciones.

⁵⁶⁶ Irimia, D., *Limbajul poetic eminescian*, Iași, Editura Junimea, 1979, p. 153

⁵⁶⁷ Perpessicius, v. VII, p. 222. Me crees traidora, desenfrenada, y te has marchado. Sí, he sido criminal, mi corazón, criminal como fue María Magdalena. Toma, ya no pido tu amor, porque cuando leas estas líneas, sólo podría amar con el cráneo enterrado y los ojos muertos de una chica loca –loca por tu amor — rota de amor que la había impuesto la naturaleza, de amor por su viejo padre

La prosa literaria de Eminescu puede dividirse en dos grandes grupos: uno, en las que se establece un tiempo y un espacio concretos; otro, en las que es imposible situar dichos elementos. Muchos de sus textos están ambientados en un pasado no excesivamente lejano, mientras que el ambiente de otras como es de actualidad.

3.4. DE LA HISTORIA AL DISCURSO

Hasta aquí hemos realizado un análisis interno de la prosa de Eminescu desde los presupuestos de la narratología. En este capítulo que dividiremos en dos grandes apartados intentaremos, en primer lugar, caracterizar los principales rasgos de su estilo y, en segundo lugar, establecer vinculaciones de nuestros textos con la poesía de nuestro autor.

3.4.1. EL ESTILO DE LA PROSA LITERARIA DE EMINESCU

Realizar un estudio profundo del idiolecto del escritor rumano y compararlo con el sistema lingüístico del rumano del siglo XIX nos parece un tema apasionante pero, como igual que en otros muchos asuntos que hemos tratado aquí de manera sucinta, no podemos afrontarlo en este trabajo. En cambio, sí podemos fijarnos en algunas de las piedras angulares de la composición retórica que nos han llamado la atención mientras traducíamos su obra. Como hemos ido haciendo en páginas anteriores, aquí intentamos analizar los mecanismos de creación literaria a partir de ejemplos ilustrativos de Eminescu.

La extensión de la prosa de Eminescu oscila entre las 32.763 palabras de *Geniu pustiu* (Genio solitario) a las escasas 107 de *Juni cu corpuri slabe* (Jóvenes con cuerpos delgados). Por lo general, los relatos que nos encontramos en la prosa literaria de Eminescu tienden a ser breves.

El estilo narrativo de Eminescu es complejo y muchos críticos han dedicado sus vidas a tratar de describirlo. Aquí nos detendremos únicamente en el léxico; y en los recursos retóricos que utiliza que son, sobre todo, epítetos, comparaciones y metáforas.

El léxico

En cuanto al léxico, al leerla prosa literaria de Eminescu tenemos la impresión de estar ante textos con un intenso carácter retórico. El autor nos muestra la riqueza de su vocabulario en las descripciones, tanto de espacios como de personajes.

Encontramos una buena muestra del léxico relativo al arte y a la construcción de palacios, casas y templos en sus descripciones a lo largo de su prosa literaria.

El vocabulario de Eminescu demuestra la capacidad que tiene para asimilar los elementos culturales filosóficos que hallamos en la terminología que utiliza. Sin embargo, aporta originalidad. A esto tenemos que añadir el hecho de que lo narrado oscile entre el mundo real y el mundo fantástico que crea.

Además de todo este léxico percibimos una cierta amargura y melancolía en la prosa de Eminescu quizá debido a los términos de carácter negativo, lo cual nos lleva a pensar en una proyección psicológica.

Encontramos también costumbres rumanas. Ante todo, el autor quiere conseguir que su prosa sea lo más verosímil posible recuperando elementos característicos del folklore rumano como “doinas”, “horas” (canciones y bailes tradicionales).

También aparece en su prosa un léxico relacionado con fenómenos meteorológicos que tendrán una relación entre los protagonistas y su estado de ánimo. Las estepas nevadas de Siberia son una evidente manifestación del vacío y soledad del protagonista, *Basmul cel*

mai fantastic. Toma Nour în ghețurile siberiene (El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos).

En cuanto al léxico, tenemos que añadir que otro mecanismo frecuente en su prosa es, como afirma Bulgar, la sustitución de un neologismo por un término antiguo mediante la atribución de valores metafóricos nuevos a palabras hoy en desuso⁵⁶⁸, valga como ejemplo la palabra “privaz”, que encontramos en *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) y que en el rumano actual sería “pervaz”:

(...) cuprindea ca un privaz părul negru și uscat, (...) ⁵⁶⁹

Notamos que Eminescu, como afirma Bulgar, busca eternamente la palabra que exprese la verdad⁵⁷⁰. Suele repetir un par de veces un término en contextos muy próximos y después introduce un sinónimo, hecho que causa un ritmo narrativo original y propio, como sucede en *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe azul nacido de una lágrima):

(...) încolțea un dor mai adânc, mai întunecos, mai mare — dorul
voiniciei⁵⁷¹.

En otras ocasiones, aparecen términos en un contexto próximo que se enriquecen mutuamente y que pueden ser interpretados como sinónimos, como sucede en el mismo texto:

Și se făcu nuntă mîndră și frumoasă⁵⁷²

⁵⁶⁸ Bulgar, Gh., *Momentul Eminescu în evoluția limbii române literare*, București, Minerva, 1971, p. 87

⁵⁶⁹ Perpessicius, v. VII, p. 128. (...) abarcaba como un alféizar el pelo negro y seco

⁵⁷⁰ Bulgar, Op cit., p. 151

⁵⁷¹ Perpessicius, v. VI, p. 318. se arrinconaba una añoranza más profunda, más lóbrega, más grande — la añoranza de los valientes mozos

⁵⁷² Perpessicius, v. VI, p. 328. Y se hizo boda orgullosa y hermosa

Hay que admitir que la lengua, el léxico y las construcciones gramaticales, que encontramos en la prosa de Eminescu no difieren de la lengua rumana actual, sin embargo, hallamos una tendencia al regionalismo.

Eminescu es capaz de utilizar términos regionales, como hemos visto, con otros del nivel culto. Como por ejemplo en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela):

Anathema sit! ⁵⁷³

Los recursos retóricos

Los recursos retóricos embellecen la prosa y la confieren poeticidad. En la prosa literaria de Eminescu encontramos con mucha frecuencia epítetos, paralelismos y repeticiones, bimembraciones, personificaciones, metáforas y comparaciones, entre otros.

Muchos recursos estilísticos y figuras retóricas son las que utiliza Eminescu a la hora de producir su propio estilo que tiene un evidente valor poético. Según la clasificación propuesta por Díez Borque⁵⁷⁴ analizaremos los siguientes aspectos:

A) Figuras de adición: entre las figuras de adición destacan dos: la **sinonimia**, muy utilizada por Eminescu para reiterar la misma idea que detiene el flujo de la narración que se bifurca en varios términos y el **pleonismo** que es la insistencia en una palabra o varias que son redundantes para la comprensión de la idea que quiere transmitir y pueden tener valor expresivo.

⁵⁷³ Peressicius, v. VII, p. 98. ¡Sea anatema!

⁵⁷⁴ Díez Borque, José María, *Comentarios de textos literarios*, Madrid, Playor, 1984, págs. 96-100; 106-115

B) Figuras de omisión: las figuras de omisión que aparecen en la obra son, fundamentalmente, la **elipsis** que consiste en suprimir elementos de la frase, sin que se altere la comprensión con lo que dota de energía, concentración y poder sugestivo; en la mayoría de casos la palabra que se omite en las elipsis es el verbo en todas las oraciones y el **asíndeton** cuando se omiten conjunciones para dar más rapidez, viveza y sensación de agilidad a la frase.

C) Figuras de repetición: más orden y concierto ponen en el estilo de Eminescu las figuras de repetición como son las anáforas, derivaciones, polisíndetos que ofrecen un ejemplo de cuidada expresión. Las **anáforas** son frequentísimas en toda la narración. La **derivación** consiste en utilizar dos o más palabras que tienen la misma raíz. El carácter reiterativo del estilo se ve reforzado por el constante uso del **polisíndeton**, la repetición de las conjunciones que hace que el ritmo de la narración se detenga.

D) Figuras de posición: en las figuras de posición destaca el **paralelismo**; quizá sea el recurso más utilizado por Eminescu. Con él aumenta el ritmo lento y pausado del estilo, ya de por sí demorado por el abundante uso del epíteto, como hemos visto anteriormente. Entre los paralelismos más utilizados destacan, sobre todo, los de tipo oracional, aunque también están presentes los que remarcan los sintagmas preposicionales. Esta figura está muchas veces relacionada con la anáfora que, según ya he señalado, es muy frecuente en el texto. El paralelismo y la sintaxis se combinan con otras figuras como (zeugmas, cambios de formas gramaticales cubiertos en gran medida por figuras como el poliptoton y la adnominatio) y correlaciones. En el caso de poliptoton, es decir, repetir una nueva palabra

que se introduce en el discurso en diversas formas y funciones gramaticales⁵⁷⁵, debemos admitir que es muy frecuente en la prosa de Eminescu.

El **quiasmo** es otro de los recursos que, sirviéndose del paralelismo, también aparece en la obra de Eminescu; en su contrabalanceo, este recurso va equilibrando y dando una simetría que completa el resto de paralelismos vistos hasta ahora.

La inversión del orden lógico o gramatical de las palabras sirve para realzar alguna palabra o concepto, aunque si se abusa de él puede convertirse simplemente en un obstáculo para la comprensión. Quizá el autor rumano utilice el **hipérbaton** con la primera intención y éste está muy presente en su obra. Sería tedioso señalar todos los ejemplos del texto ya que son muchísimos, aunque sí es necesario citar algunos.

Dentro de este grupo de figuras retóricas y como muestra de la cultura de Eminescu es muy típico de su estilo la aparición de incisos y frases que entrecortan el fluir sintáctico del período y adoptan dos formas: la **aposición** y la **construcción de participio absoluto**.

E) Tropos: Eminescu recurre muy frecuentemente al uso de tropos. Sobre todo utiliza la **perífrasis** que se expresa con varias palabras lo que podría expresarse con unas pocas o con una. Es un recurso de la *amplificatio*, vista anteriormente, y puede resultar muy eficaz. También utiliza la **metáfora**, es el tropo fundamental y de mayor complejidad. La metáfora se apoya en una comparación, más o menos común entre dos realidades y se establece una identidad entre los dos términos.

F) Figuras patéticas: al tono expresivo y de carga emocional ayudan las figuras patéticas, en especial las **exclamaciones** y las **interrogaciones retóricas**.

⁵⁷⁵ Estébanez, Op. Cit., p. 862

Con ellas aumente tanto la expresividad como el carácter subjetivo de los pasajes, teniendo en cuenta que suelen aparecer, sobre todo, en los momentos de fuertes emociones padecidas por los personajes, o en aquellos en la figura del autor se deja traslucir tras el narrador. Para dar esa emotividad y subjetivismo, ayuda también el **dialogismo**, muy presente en toda la obra.

G) Figuras lógicas: con estas figuras se despliega, por un lado, su capacidad lingüística en forma de **comparaciones** que hacen posible la variedad, y, por otra, su proyección psicológica a través de la **antítesis**, quedando entre la convención del género y la necesidad personal de escribir. Las comparaciones son muy abundantes. En cualquier caso, pone de manifiesto sus ideas contradictorias. La antítesis se produce de diferentes maneras. En *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima) encontramos una antítesis léxica con repercusiones en la caracterización de los personajes o de la acción. Así la anteposición día a noche, crea una antítesis entre los elementos benefactores y los elementos maléficos.

Eminescu se encuentra dentro de las convenciones de los géneros y del movimiento romántico la posibilidad de aportar su peculiaridad personal; al igual que en el léxico que emplea, se aprecia en el uso reiterado de los **epítetos**. La posposición del adjetivo al sustantivo domina toda su prosa, de tal manera que se remarca aún más la función expresiva del lenguaje y ensalza el sentido poético del término al que acompañan. Así, lo que consigue es crear un ritmo a la narración, un ritmo que se hace pausado y enriquecedor. Además, la repetición del adjetivo con valor superlativo es frecuente en la prosa literaria de Eminescu. Incluso, se produce antítesis en los epítetos.

Por último, dentro de estas figuras patéticas debemos hacer referencia a la **hipérbole** o exageración desmedida que encontramos sobre todo cuando se trata el tema de la belleza. Sobre todo, las hipérboles se centran en el ensalzamiento de la belleza femenina.

En conclusión, una vez vistos los recursos estilísticos utilizados por Eminescu podemos afirmar que su prosa literaria potencia la función poética y expresiva del lenguaje. Su prosa es una rica construcción llena de artificios como los paralelismos, las antítesis y las construcciones de participio absoluto. Su prosa posee un ritmo lleno de poeticidad, de descripciones que enriquecen el dinamismo narrativo. Eminescu crea un ritmo original y peculiar.

3.4.2. VARIANTES TEXTUALES: CAMBIOS, SUPRESIONES Y ADICIONES

En este apartado vamos a detenernos a observar las relaciones que se producen dentro la prosa literaria de Eminescu. Hemos percibido que en el conjunto de textos hay cambios, supresiones o adiciones.

La mayor parte de su prosa quedó olvidada en manuscritos. En vida solo publicó cuatro obras, como ya hemos visto. Sucesivas ediciones fueron recuperando sus textos. De los textos que tenemos, aunque haya fragmentos, podrían englobarse para formar uno mayor, ya que algunos parecen versiones de otros textos mayores. El hecho de encontrar repetido algún nombre en varios relatos, es una muestra de que varios textos orbitan juntos. Así, por ejemplo, Toma es un personaje que aparece en varios relatos (*Basmul cel mai fantastic. Toma Nour în ghețurile siberiene* (El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos); *Geniu pustiu* (Genio solitario) o *Un râs amar* (Una risa amarga)) y nos permiten establecer la hipótesis de que son textos íntimamente relacionados.

Los cambios que encontramos en la prosa literaria de Eminescu se deben principalmente, en nuestra opinión, al intento de mejorar la calidad literaria y estilística los textos. Sucede por ejemplo, entre *Archaeus* (Archaeus) y *Cugetări imposibile* (Pensamientos imposibles) o entre las dos variantes de *După această întâmplare minunată* (Después de este acontecimiento maravilloso) en los que Eminescu reemplaza sinónimos.

Eminescu utiliza, según Glodeanu, duplicaciones, por ejemplo en *Călin nebunul* (Călin, el loco) o en *Legenda cântărețului. Poveste indică* (La leyenda del cantante. Cuento hindú)⁵⁷⁶. Esa necesidad nos hace pensar que la canalización de su expresión literaria está

⁵⁷⁶ Glodeanu, G., *Avatarurile prozei lui Eminescu*, București, Libra, 2000, pp.170-171

por encima de los esquemas genéricos poéticos y narrativos. Las causas posibles serían bien el cambio de finalidad, ya que considera que la información que se transmite es del todo relevante, bien, la ampliación de ideas, sobre todo cuando aparecen ciertos pasajes añadidos.

El estudio de los manuscritos, que no hemos sido capaces de llevar a cabo, nos hubiera proporcionado la posibilidad de comparar las distintas fases de producción y las variaciones que fue realizando. Seguramente, estudios posteriores podrán realizar esta comparación.

3.4.3. LA CATEGORÍA DOMINANTE

M. C. Bobes habla de dos unidades de funciones, los actantes y el cronotopo. Una de ellas puede transformarse en categoría dominante sobre las demás y que trataremos de detectar en la prosa literaria de Eminescu. Según la autora, el cronotopo no tiene en sí contenidos narrativos, pues constituye las coordenadas donde ocurren y se insertan las acciones y sus sujetos, y en esto somos kantianos. Sin embargo, puede utilizarse como elemento organizador del relato: si el énfasis se pone en el tiempo, la novela sigue la biografía de un personaje o la historia política de un pueblo (tiempo exterior), o bien se proyecta sobre las vivencias interiores (tiempo interiorizado), pero en todo caso habrá también desplazamientos físicos o psíquicos; cuando el énfasis se sitúa en el espacio como categoría organizadora de la sintaxis del relato generalmente se sigue un viaje y se detallan los desplazamientos, que, como es lógico, transcurren en un tiempo⁵⁷⁷.

Los elementos organizadores de los relatos de Eminescu también podrían clasificarse según las dos categorías dominantes que propone Bobes. Por un lado, encontramos relatos cuya categoría dominante es el tiempo. Por otro, relatos cuya categoría dominante es el espacio. Por último, también tenemos que señalar textos en los que las dos categorías tienen la misma importancia.

Los “basm” son los textos en los que domina la categoría dominante del espacio porque los personajes se desplazan en busca de aventuras, emprenden largos viajes para rescatar princesas raptadas, superando pruebas para conseguir reestablecer el orden inicial. Textos que podrían clasificarse dentro de la categoría dominante del espacio son: *Aur*, *mărire*

⁵⁷⁷ Bobes, M. C., *La novela*, Madrid, Síntesis, 1993, p. 182

și amor (Oro, grandeza y amor), *Casele negre ale Bucureștilor* (Las casas negras de Bucarest) o *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe azul nacido de una lágrima), entre otros.

La categoría dominante que Eminescu utiliza más asiduamente, a nuestro juicio, es la del tiempo. En sus narraciones encontramos la preeminencia por el tiempo exterior y el interior sobre el espacio. Textos que podrían encuadrarse dentro de la categoría dominante del tiempo son: *Avataarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă), *Visul unei nopți de iarna* (El sueño de una noche de invierno), o *Archaeus* (Archaeus), entre otros.

Un texto sin categoría dominante, ya que se pueden observar a la vez las categorías de tiempo y espacio es *Geniu pustiu* (Genio solitario).

El texto más representativo del tercer grupo, es decir, el que da igual importancia a las dos categorías dominante sería *Geniu pustiu* (Genio solitario) porque tenemos, por un lado, la descripción de la biografía de un personaje dentro de unos acontecimientos históricos concretos y, por otro, el viaje que realiza el protagonista.

3.4.4. INTERTEXTUALIDAD

Las relaciones intertextuales de nuestro autor pueden ser estudiadas en una doble vertiente, ya a partir de las conexiones con otras obras y autores, ya de las conexiones con las obras completas del propio Eminescu.

Se entiende por intertextualidad, según Kristeva, el lugar en que se cruzan y se ordenan enunciados que provengan de muy distintos discursos. En el caso de Eminescu podríamos, hablar en palabras de Martínez, tanto de una intertextualidad externa cuando la relación textual se produce entre obras de distintos autores, como de una intextualidad interna o intratextualidad al caso producido entre obras del propio autor. Es, en palabras de Genette, uno de los posibles tipos de trascendencia textual, en concreto el que establece lazos de presencia textual efectiva de un texto en otro⁵⁷⁸.

En lo que se refiere a la intratextualidad externa, Eminescu ofrece en su prosa un estrecho diálogo con la literatura europea, desde la Clásica hasta el Romanticismo, pasando por el Renacimiento.

Encontramos frecuentemente en su prosa alusiones o menciones directas a obras y autores. Así, por ejemplo, en el final del relato *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) cita directamente a Théophile Gautier.

Llama la atención la repetición del personaje de Ofelia de Shakespeare que es citado en la novela *Geniu pustiu* (Genio solitario) y en *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela). Eminescu es un gran conocedor de la obra Shakespeare porque en *Avatarii*

⁵⁷⁸ Valles Calatrava, J. (dir.), *Diccionario de teoría de la narrativa*, José R. Valles Calatrava [et al.], Publicación Salobreña (Granada), Alhulia, 2002, pp. 415-416

faraonului Tlă (Los avatares del faraón Tlă) cita a Hamlet y en *La curtea cuconului Vasile Creangă* (En el patio del señor Vasile Creangă) al rey Lear.

Es probable que conozca la obra de Edmond About porque en *La aniversară Narațiune originală* (En el aniversario. Narración original) coincide el nombre de su personaje femenino, Tolla, con el título de una novela del autor francés.

Dumas aparece en *Geniu pustiu* (Genio solitario) al comienzo de la novela. Otros autores que también son citados en la novela y que entendemos como posible el hecho de que los hubiera leído son Tasso y Mór Jókai de Ásva, el “gran cuentista húngaro”.

Contrapagină (El dorso de la página) es un texto interesante porque se sitúan entre el mundo real y la cultura. Los personajes que aparecen son Paul de Kock, Tasso, George Sand, Schuman, entre otros.

La obra de Novalis, *Heinrich von Ofterdingen*, se puede relacionar con *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) porque hay un sabio anciano que comenta a Heinrich ideas sobre el tiempo y los recuerdos del mismo modo que sucede entre Dionis y el maestro Rubén.

A su vez, textos *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) o *Umbra mea* (Mi sombra) coinciden con *Peter Schlemihls wundersame Geschichte* (La maravillosa historia de Peter Schlemihls), de Adelbert von Chamisso, poeta romántico alemán. El personaje maldito de Peter que quiere salir de la sociedad en la que vive, un ser maligno que intenta engañar a un mortal, el tema de la sombra y, en definitiva, como afirma Stoichiță, la búsqueda a la pregunta trascendental sobre qué es el hombre⁵⁷⁹... son elementos que encontramos en la prosa de Eminescu.

En muchos pasajes de su prosa y en sus cuentos aparecen personajes de la literatura religiosa. A veces perteneciente a la tradición cristiana a través de personajes bíblicos, como Dios, Adán y Eva, María, Jesús, san Pedro, Judas, san Nicolás y el arcángel Miguel.

⁵⁷⁹ Stoichiță, V. I., *Breve historia de la sombra*, Madrid, Siruela, 2006, p. 193

Paralelamente, su prosa está cargada también de mitología Clásica. Cita en varias ocasiones el mito romano de Venus y Adonis relacionado con la pintura y como contraposición a la pareja bíblica. Utiliza el mito griego de Aurora y Orión. En todo momento enriquece su prosa con ejemplos y comparaciones cultas.

Un tema interesante, no posible aquí y ahora, sería el estudio en profundidad de las relaciones que tuvo Eminescu con España. En su prosa hay referencias a la literatura española. No sabemos si las fuentes son directas o indirectas a través de otras literaturas, pero en *Avatarii faraonului Tlâ* (Los avatares del faraón Tlâ) sitúa a sus personajes en Madrid, Sevilla y Bilbao. Quizás vio representada la ópera de Verdi, “La fuerza del destino”, basada en *Don Álvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas. Además, tampoco sabremos si llegó a conocer el *Somnium*, el viaje a la luna de Juan Maldonado. Desconocemos si leyó directamente o a través de alguna traducción o referencia la obra de Calderón de la Barca, o si fue una casualidad, pero los dos autores piensan que la vida es sueño.

En cuanto a la influencia que recibe del folclore, según Bulgar, tenemos que tener muy en cuenta que Eminescu considera la literatura popular un exponente de la cultura nacional y que la base folclórica de la creación literaria de nuestro autor se evoca en toda su complejidad en toda su obra⁵⁸⁰.

Es posible que muchos episodios que aparecen en la prosa de Eminescu provengan de fuentes orales. Episodios que encontramos en su prosa, y que seguramente se registraron con anterioridad, son el episodio del molino o el asesinato de la hija del sacerdote en su novela *Geniu pustiu* (Genio solitario).

De origen folclórico son los nombres propios, como el de Genar y los nombres de los seres malignos, como por ejemplo la Madre de los bosques en *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima). Estamos de acuerdo con la afirmación de Perpersicius, según la cual la inspiración folclórica de Eminescu posee una rica gama que va desde la canción en metro popular hasta la composición erudita como por ejemplo *Călin*

⁵⁸⁰ Bulgar, Op. Cit., pp. 90-91

nebunul (Călin, el loco)⁵⁸¹.

Otro elemento folclórico importante que introduce Eminescu en su prosa es la utilización de la tradición oral a través del refranero, que está presente para reflejar los diferentes idiolectos de sus personajes o incluso para conseguir un elemento de la oralidad. Valga como ejemplo en *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe azul nacido de una lágrima):

Desperat, era să iee lumea-n cap, cînd deodată (...)⁵⁸²

Eminescu utiliza como hemos visto una gran diversidad de fuentes externas, sin embargo, y esto es un rasgo original, son mezcladas con su propia invención. Son adaptadas, incorporadas a su propio universo narrativo de una manera personal.

En cuanto a la intratextualidad entre su poesía y su prosa son numerosas y muy valiosas. Hay temas que se repiten en sus obras, como por ejemplo el del tiempo, como ya vimos en el capítulo de la historia, del que aquí ya no volveremos a hablar. Un tema que gusta a Eminescu representar es el del doble. Tanto en la prosa como en la poesía encontramos personajes ambiguos, dobles, seres demoniacos bellos como niñas. En *Înger de pază* (Ángel de la guarda) leemos:

Ești demon, copilă, că numai c-o zare
Din genele-ți lunge, din ochiul tău mare⁵⁸³

En *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) por ejemplo:

— A, zise Angelo, apropiindu-se de foc, ce dulce căldură... Cum te cheamă, frumosul meu demon...

⁵⁸¹ Perpessicius (editor), *Eminescu. Opere*, Vol. VII, București, Academiei Republicii Socialiste România, 1977, p. 29

⁵⁸² Perpessicius, v. VI, p. 324. Desesperado, estaba a punto de coger el toro por los cuernos, cuando de repente

⁵⁸³ La traducción es de Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., pp. 188-189. ¿Eres demonio, niña, pues sólo con una mirada / de tus largas pestañas, de tus ojos tan grandes

Misticismul era elementul lui... el nu mai simțea nici o frică.
— Cezar sau Cezara, zise demonul surzînd c-o firească echivocitate⁵⁸⁴.

Se produce una curiosa coincidencia cuando encontramos el hecho de la metonimia del meñique en el que o bien puede caber el universo, *Satira I* (Carta I), o bien ser capaz de romper un mazo, *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima).

Hablando del protagonista, debemos reseñar que es un personaje intertextual. Compone *Făt-Frumos din tei* a partir de su famoso “basm” *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima). El trasvase entre cuentos (“basm”) y poesía es frecuente. *Călin nebunul* (Călin, el loco) es un poema popular del que Eminescu transforma en verso para, en un momento posterior, crear su cuento.

Un tema que no podemos dejar de normar con importantes conexiones textuales es el de Egipto. Es muy probable que conociera la obra de Gautier *Le Roman de la momie*, 1858. Egipto aparece en varias de sus poesías. La titulada *Egipetul* (Egipto) tiene descripciones semejantes a las que encontramos en *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă).

El tema del demonismo, que consideramos fundamental en la obra de Eminescu, lo encontramos tanto en su relato *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) como en su obra poética *Luceafărul*.

Naturi catilinare (Naturalezas catilinas) se relaciona con la poesía *Împărat și proletar* (Emperador y proletario) porque comparten la misma idea sobre el tema de la muerte. En ambos textos, la muerte es liberación y la vida un sueño. Su prosa dice:

Și deși s-ar parè cum că un stadiu anonim e indiferent, totuși ce dulce e
somnul f ăr ă de vise!⁵⁸⁵

Y en el poema:

⁵⁸⁴ Perpessicius, v. VII, p. 263

— Ah, dijo Angelo, acercándose al fuego, qué dulce calor... Cómo te llamas, mi hermoso demonio... El misticismo era su elemento... él ya no sentía ningún miedo.

— Cezar o Cezara, dijo el demonio sonriendo con una natural ambigüedad

⁵⁸⁵ Eminescu, *Proză literară*, vol. I, București, Editura Minerva, 1989, p., 120. Y aunque parecería como un estadio anónimo e indiferente, sin embargo ¡qué dulce es el sueño sin sueños!

Când știi că visu-acesta cu moartea se sfârșește,
Că-n urmă-ți rămân toate astfel cum sunt, de dregi
Oricât ai drege-n lume - atunci te obosește
Eterna alergare... ș-un gând te-ademenește:
*Că vis al morții-eterne e viața lumii-ntregi.*⁵⁸⁶

Eminescu inserta poemas en sus prosas. En su prosa *Geniu pustiu* (Genio solitario) encontramos una variante de *Înger de pază* (Ángel de la guarda) con la que resalta el amor que siente Toma Nour por Poesis. En *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) encontramos el extraño poema que es la transformación en verso de los pensamientos de Dionis.

La relación amorosa entre los dos enamorados también es compartida tanto en su prosa como en su poesía. La pareja que encontramos en *Floare albastră* (flor azul) participa del juego del cortejo como la de *La aniversară Narațiune originală* (En el aniversario. Narración original).

La poesía *Ondina*⁵⁸⁷ se relaciona con el cuento de *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe azul nacido de una lágrima), pues contiene los dos textos el mismo motivo, dos jóvenes escapando en un caballo volador de una anciana malvada que les persigue.

Es constante la interferencia entre la prosa y la poesía. Los cuentos tienen su versión en verso, *Călin nebunul* (Călin, el loco) y *Călin file din poveste* (Călin fragmento de un cuento)⁵⁸⁸; el protagonista de *Sărmanul Dionis Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) tiene también una poesía (Cugetările sărmanului Dionis⁵⁸⁹) Nuvelă (El pobre Dionis Novela), o incluso fragmentos narrativos mágico maravillosos que encontramos por ejemplo en *Avatarii faraonului Tlă* (Los avatares del faraón Tlă) se encuentran también versificados, por ejemplo, en *Mureșianu*⁵⁹⁰ o en el poema *Egipetul* (Egipto)⁵⁹¹.

⁵⁸⁶ La traducción es de Eminescu, M., *Poesías*, Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., pp. 224-225. Cuando sabes que este sueño con la muerte acaba, / que todas las cosas quedan atrás así como están, / por mucho que mejores el mundo –entonces te cansa / esta eterna carrera... entonces te atrae un único pensamiento: / *el sueño de la muerte eterna es la vida del mundo entero*

⁵⁸⁷ Perpessicius, vol. I, p 471

⁵⁸⁸ Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., pp. 303 y ss

⁵⁸⁹ Perpessicius, vol. I, p 46 y ss

⁵⁹⁰ Perpessicius, vol. I, p 482

⁵⁹¹ Giurcă, D. M., y Lucía Megías, J. M. [trads.], Op. Cit., pp. 159 y ss

4. CONCLUSIÓN

Llegados al final de nuestro trabajo, queremos concluir nuestra exposición con una síntesis de los aspectos más destacables, tanto en lo que concierne al autor como a la traducción y estudio de la prosa literaria de Eminescu.

Su principal valor –sin querer ser presuntuosos- radica en haber conseguido recopilar, traducir y analizar una obra tan valiosa, y a la vez tan olvidada, como es la de la prosa literaria de Eminescu. Ha sido una tarea ardua y laboriosa, que dudábamos si seríamos capaces de culminar, pero, una vez realizada, nos sentimos satisfechos. Con ello, hemos logrado cumplir lo que desde más de diez largos años ha –cuando iniciábamos nuestra dedicación a Eminescu.

Esta tesis, en consecuencia, se asienta en un sólido corpus textual para el conocimiento de la prosa literaria de Eminescu. Quizá el único valor de nuestra tesis sea el de trabajar con los textos para traducirlos y analizarlos narratológicamente. Es decir, desde estos presupuestos, el análisis que acompaña a nuestra traducción no ha pretendido otra cosa que no sea trabajar con los textos de Eminescu. Será un trabajo oportuno solo por el mero hecho de ser la primera tesis dedicada al genial escritor rumano en España. Estamos seguros de que pronto aparecerán otras que superarán nuestro trabajo en profundidad y calidad.

El capítulo inicial reúne los principales datos contextuales de Eminescu. Además de ir situando en su trayectoria vital la carrera literaria del autor, y en especial sus prosas. Y todo ello nos ofrece el perfil de una persona enigmática, controvertida y polémica. No ha sido nuestro propósito el de escribir una biografía de Eminescu. Ya hay bastantes, extensas y bien documentadas. No. Tan sólo hemos aspirado a trazar, a grandes rasgos, su contexto histórico, social y cultural; sin olvidar que nuestro principal objetivo ha sido el de acercar a Eminescu al lector hispánico, que desconoce la literatura rumana, no conoce bien la obra de nuestro escritor y, aún menos, su prosa literaria.

Para realizar este primer capítulo hemos intentado adentrarnos en los momentos importantes de su vida. Su dependencia económica no le permitió dedicarse por completo a la literatura, de la que sólo gozó de reputación tras su muerte. Se le puede discutir en materia ideológica o política, no entramos en ello, pero es incuestionable el valor literario de su prosa literaria que es lo que hemos analizado aquí.

Conservadurismo, pertenencia al grupo cultural “Junimea” y germanofilia son los ingredientes esenciales de su ideología política, que no oculta jamás, que inspira muchos de sus escritos, pero que, sobre todo, cubre con una magistral calidad formal.

Para el estudio de su prosa adoptamos una visión diacrónica y analizamos cada obra atendiendo sobre todo al progreso que representa en el camino narrativo emprendido por el autor, sin perder de vista el criterio cronológico.

Una consideración inicial de alcance general nos lleva a señalar el carácter limitado de este corpus narrativo de Eminescu, en lo que concierne tanto a su amplitud como a su ubicación en el tiempo, pues se trata de un conjunto reducido de textos, unos cincuenta relatos de extensión variable, escritos en su mayoría en la década de los setenta –entre 1868 y 1880. Y cruzando datos y fechas de prosa y poesía, podemos establecer que la dedicación de Eminescu a la narrativa preexiste y subyace en el tiempo respecto a la creación poética.

El segundo gran bloque de nuestra tesis se ha centrado en el análisis descriptivo de la prosa literaria de Eminescu. Nos pareció fundamental establecer un corpus a partir del cual traducir y trabajar; y, para ello, cotejamos dos magníficas ediciones críticas, la de Perpessicius y la de Rusu. Establecido el corpus, desechamos la idea de realizar una edición crítica genética, proyecto interesante pero inabarcable aquí y ahora. Sin embargo, ofrecimos unas sucintas indicaciones del proceso creativo de Eminescu. En ese taller vimos a nuestro autor forjando numerosos y variados géneros que son sólo formas de un fondo que subyace entre todos los textos. Formas diversas, periodismo, cuentos, novelas, relatos, géneros epistolares o, incluso, prosa poética. Todo ello nos llevó a divisar la figura de Eminescu en el panorama literario rumano del diecinueve como un precursor de la novela rumana moderna.

Al estudio narratológico consagramos el extenso tercer capítulo, que, al margen de sus posibles errores, encierra dos aciertos: el de basarse en un corpus delimitado, y el de partir de una traducción de los textos, que presentamos en el anexo. Se ofrece una visión conjunta de toda esta producción con una metodología abierta, pero basada sobre todo en los postulados teóricos de Gérard Genette y la narratología, de los que tomamos el planteamiento analítico general, con la división en historia y discurso, junto con bastantes acercamientos

particulares. En ambos planos hemos estudiado la estructura, los personajes, el espacio y el tiempo, además de los temas en el ámbito de la historia, y la instancia narrativa en el del discurso, intentando con ello dotar a nuestro trabajo del mayor equilibrio y coherencia posibles.

Los temas de la prosa de Eminescu pertenecen sobre todo al orden social y moral, también al estético, y se localizan en la actualidad de autor y lector, en el mundo moderno. El enfoque social se aplica con frecuencia a aspectos de las relaciones amorosas (matrimonio y divorcio, amor libre), de la utilización sesgada del sentimiento religioso (condena del proselitismo y del fanatismo, burla de la milagrería y de la devoción), y de las vicisitudes históricas (las atrocidades de la guerra) y políticas (las miserias de la política menuda), y aparece fuertemente marcado por la impronta moral (autenticidad, integridad, crítica de las apariencias), que se resuelve en lo literario sin el recurso a la moraleja explícita. Los motivos estéticos (inclinación por la belleza, interés por el arte, defensa del desnudo) y los relativos a la actualidad y al mundo moderno (el cosmopolitismo), completan en síntesis su temática que, como han señalado muchos estudiosos, posee una gran variedad.

En cuanto a la construcción de la historia, domina con mucho la estructura con cambios, pero cabe reseñar el interés de unos pocos cuentos en que solo se produce una expectativa de cambio. Por lo demás, resulta frecuente el juego de oposiciones entre apariencia y realidad, y en lo que concierne al desenlace, el predominio de un tipo de final eufórico.

La consideración de los personajes nos desvela una amplia casuística en torno a la mujer, que concentra un protagonismo al que Eminescu aplica, como dijimos, una profundidad y originalidad que no admiten parangón en la literatura rumana del momento. A pesar de la ejemplaridad moral que encarna asiduamente, no por ello queda reducida al estatuto de personaje plano, funcional, sino que suele ser una criatura compleja, dotada además de cualidades que la hacen muy atractiva a los ojos del lector. Un retrato de la mujer que Eminescu reproduce constantemente a lo largo de su prosa y que nos permite afirmar que cree su propio tópico de belleza, cuyas principales características son la hermosura y la dualidad.

Menos relieve presentan en general las figuras masculinas, de las que también se hacen particularmente atractivas aquellas que se levantan desde la integridad, enfrentadas a veces a las que carecen de sentido moral. La notable diversidad social exhibida –desde el aristócrata hasta el marginado- no impide una atención preferente hacia fracasados y excluidos.

La localización en el espacio y en el tiempo de estos relatos de Eminescu va unida estrechamente a los personajes y a su situación en la realidad. Y así, el espacio presenta dos notas principales: el carácter urbano, y más en concreto el de Bucarest, que remite a la variedad social; y la inclinación hacia los interiores, que se revelan como extensión o proyección del personaje. El tiempo –no podía ser de otro modo- tiende a situar la historia en el presente, en la actualidad, en el momento compartido de autor y lectores.

En el análisis del discurso, hemos prestado atención preferente a la instancia narrativa en las facetas de la focalización, la voz y la modalidad. En lo que respecta a la primera, la frecuencia de la narración no focalizada u omnisciente no implica por lo general un narrador absorbente, sino que la perspectiva autorial suele quedar contenida en el marco de la ficción, sin romper la ilustración narrativa, sin dirigirse prácticamente nunca al lector, sin una sola moraleja explícita, lo que hace de Eminescu un prosista innovador y moderno. La carga ideológica suele trasladarse, en consecuencia, a los personajes, lo que, eso sí, origina con cierta frecuencia un patente maniqueísmo, que implica al autor en la historia precisamente a través de la cercanía o lejanía respectivas que establece con sus criaturas literarias. A destacar como rasgo positivo la percepción subjetiva, que conduce al cuento de tipo psicológico, una de las facetas más sobresalientes de la cuentística de Eminescu.

La voz que domina en nuestros relatos es la del narrador heterodiegético o externo, pero no deja de aparecer un narrador homodiegético o interno que responde casi siempre a un modelo bastante definido: el de quien, participando en una tertulia, reunión o simple conversación, cede la palabra a otro personaje, que será el narrador del caso o episodio, convirtiendo de paso en narratario al primer narrador. Se trata de una fórmula narrativa muy frecuente en la época, que en Eminescu ofrece algunos usos particulares de interés: así sucede, por poner un ejemplo eminente, en el subjetivismo, lirismo y emotividad en muchos momentos de su prosa. Por otra parte, ciertos relatos presentan un interesante perspectivismo

ligado a los cambios de voz, mientras que varios más se acogen al recurso de la oralidad, llegando a formalizarse como diálogo puro, sin narrador interpuesto.

En cuanto a la modalidad, predomina el relato de sucesos, con el consiguiente empleo del discurso indirecto, por encima del relato de palabras. Resultan destacables algunas prosas que revelan en Eminescu, además, un excelente manejo del diálogo, quizás debido a sus amplios conocimientos teatrales. Otro rasgo característico de su estilo posiblemente sea el empleo de la descripción, de raigambre realista, que llega a adquirir un relevante protagonismo en la pintura de interiores, tanto en la elocuente descripción de los objetos como en el simbolismo aplicado al personaje. Son descripciones en las que Eminescu emplea una cantidad incontable de efectos sensoriales, en especial cromáticos y visuales, que muestran su consumada maestría: sombras, penumbras, claridades, semiclaridades, contrastes de luces o de colores..., proyectando en el relato una visión pictórica muy característica.

La estructura externa muestra alguna vez el texto dividido en capítulos numerados, y, más frecuentemente, con simples líneas de puntos que marcan algún tipo de salto o separación en la historia, si bien son muy numerosos los relatos que constituyen un todo único sin delimitación ninguna. Hay que destacar los títulos por consignar, no solo un alto grado de originalidad y creatividad, sino también el acierto que presentan como elementos de coherencia textual.

Por lo que respecta a la estructura interna, hemos puesto de relieve tanto la excelencia de muchas de las fórmulas de apertura, como el interés y variedad del desenlace.

También se analiza una amplia variedad de procedimientos constructivos en unidades menores: el dualismo o bimetración (frecuentemente ligado a lo tendencioso: en personajes, situaciones, espacio, tiempo, desenlace, o simplemente en el ritmo binario de la prosa), la tripartición (de fondo más bien tradicional), la recapitulación de la historia, diversos recursos productores de realismo, el humor y la ironía, la metáfora (en el lenguaje del amor, sobre todo) y otros recursos semánticos como la personificación, la comparación, la polisemia..., además de varios procedimientos morfosintácticos tales como la gradación, el sumario rápido o la enumeración.

Para el estudio de los personajes en este nivel discursivo en los cuentos de inspiración folclórica hemos partido de la clasificación comprensiva de Anderson Imbert, quien distingue cinco posibilidades dobles en función de otras tantas variables: a) por la importancia de su participación en la acción (principales y secundarios), b) por el nivel de individualización (característicos y típico), c) por su evolución a lo largo de la trama (estáticos y dinámicos), d) por la variedad de los rasgos de su personalidad (simples y complejos), y e) por su grado de permanencia de su carácter (planos y redondos) . A pesar de la brevedad y de la elementalidad de la forma misma del cuento, los personajes principales de la narrativa breve de Eminescu –como creemos haber mostrado- tienden a ser característicos, dinámicos, complejos y redondos, y dotados, en consecuencia, de una más que notable modernidad. Nos hemos detenido con detalle en la nominación, y también en la creación del personaje, tanto en la caracterización resumida (prosopografía y etopeya, autocaracterización, caracterización por el lugar y los objetos, por el vestido, por las lecturas, a través de las referencias pictóricas, de gran interés en algunos casos) como en la caracterización escenificada (en la que hemos puesto de relieve el perspectivismo de algunos relatos y la caracterización por la lengua).

En relación con el espacio del discurso, hemos analizado la presencia del lugar en la prosa y, sobre todo, la nominación del lugar en los casos en que se recurre a un espacio de ficción. Observamos el empleo habitual de la toponimia oculta, lo que ratifica algo ya percibido al tratar de los lugares de la historia: el realismo estricto con que Eminescu aborda la geografía urbana (Bucarest sobre todo), y el simbolismo que aplica a la provincia, al mundo rural y a los espacios extraterrenales.

Acerca del tiempo, consideramos el orden, el ritmo, el transcurso y las relaciones entre tiempo y voz. En primer lugar, observamos cómo domina la disposición que sigue la cronología de las acciones, si bien se producen frecuentes analepsis y prolepsis –muy importantes en algún caso-, que estudiamos, así como varias simultaneidades reseñables. En cuanto al ritmo del relato, se produce un dominio general del sumario, con muy diferentes modulaciones, y menos de la escena, sin olvidar la importancia de la pausa, con tendencia a encabezar el relato, en algunos textos. Respecto a la frecuencia, hallamos sobre todo relatos singulativos, a veces mezclados con momentos iterativos (generalmente descriptivos) en diferentes supuestos y proporciones. Asimismo, las distintas variedades y valores de la

plasmación del transcurso temporal producen algún caso de gran interés; y en cuanto a la relación entre tiempo y voz, consideramos las correspondencias temporales entre enunciado y enunciación junto al tiempo verbal empleado en el relato, que nos muestra la frecuencia dominante de la narración ulterior a los acontecimientos en tiempo verbal pretérito, si bien encontramos casos de simultaneidad entre enunciado y enunciación, expresada en tiempo verbal presente, y otros que combinan, superponen o intercalan en el relato simultaneidad y ulterioridad.

Hasta aquí el análisis narrativo, tras el cual presentamos algunas cuestiones textuales e intertextuales. Bajo el título De la historia al discurso, tratamos sobre la extensión de los textos (en general breves); analizamos globalmente los cambios, supresiones o adiciones al pasar de una versión a otra (con una clara tendencia a recortar o simplificar); establecemos una clasificación en función de la categoría dominante (personaje, acontecimiento, desenlace, tiempo, espacio), y estudiamos las relaciones intertextuales en una doble vertiente: a) en las conexiones con otras obras y autores, y b) en las conexiones con las novelas del propio Eminescu. Las correspondencias con otros géneros se revelan numerosas y, en ocasiones, muy valiosas. Hemos analizado también minuciosamente las conexiones textuales entre la prosa y el resto de la obra literaria del propio Eminescu, tanto en una como en otra dirección, esto es, de la prosa literaria a la periodística (en el segundo capítulo) y de la poesía a la prosa (en el tercer capítulo).

Hemos destacado también la fuerte influencia de la filosofía, de las culturas orientales, clásicas, y, contemporáneas, como las del romanticismo.

El análisis estilístico de la escritura de Eminescu —que hemos detallado en nuestro estudio acudiendo a un buen número de pasajes de su narrativa— nos revela una prosa romántica, con una marcada tendencia hacia la expresión poética en el plano formal, y caracterizada, en el plano del contenido, por una gran riqueza cultural, filosófica, pictórica e histórica.

Es esta complejidad uno de los factores que confieren a la narrativa breve de Eminescu una riqueza que la crítica hasta ahora no ha sabido ver en su justa dimensión. Ya

no podemos decir que Eminescu es un poeta del que apenas si conocemos su vertiente prosística. De ningún modo. Eminescu es un gran poeta, pero también un excelente narrador y uno de los maestros de la prosa literaria decimonónica rumana y universal.

Madrid, en marzo de 2015

5. BIBLIOGRAFÍA

5. 1. LAS EDICIONES DE LA PROSA LITERARIA DE EMINESCU

5.1.1. TEXTOS PUBLICADOS EN VIDA

Eminescu, M., *Făt-Frumos din Lacrimă* (Príncipe Azul nacido de una lágrima), en “Convorbiri literare”, (IV, 17, y IV, 18) el 1 y el 15 de noviembre de 1870

Eminescu, M., *La aniversară. Narațiune originală* (En el aniversario. Narración original) en “Curierul de Iași”, IX, 76, el 9 de julio de 1876

Eminescu, M., *Cezara Nuvelă originală* (Cezara Novela original) en “Curierul de Iași”, IX, 87, el 6 de agosto de 1876; 88, el 11 de agosto de 1876; 89, el 13 de agosto de 1876; 90, el 15 de agosto de 1876, y 91, el 18 de agosto de 1876

Eminescu, M., *Sărmanul Dionis. Nuvelă* (El pobre Dionis Novela) en “Convorbiri literare”, VI, 9, el 1 de diciembre de 1872, 10, el 1 de enero de 1873

5.1.2. TEXTOS PUBLICADOS TRAS SU MUERTE

Eminescu, M., *Proză și versuri*, V. G. Morțun, Iași, 1890

Eminescu, M., *Geniu pustiu*, I. Scurtu, Ed. Institutului Grafic Minerva, București, 1904

Eminescu, M., *Opere complete*, A.C. Cuza, Iași, 1914

Eminescu, M., *Scrieri literare*, D. Murărașu, Scrisul Românesc, Craiova, 1935

Eminescu, M., *Proză literară*, A. Colorian (ed.), Cugetarea, București, 1943

Eminescu, M., *Proză literară*, E. Simion y F. Șuteu (eds.), București, 1964

Eminescu, M., *Opere*, vols. VI y VII, Perpessicius (ed.), Editura Academiei Republicii Socialiste Româna, București, 1977

Eminescu, M., *Opere*, vol. VI. Proză literară, A. Rusu (ed.), Editura Minerva, București, 1982

Eminescu, M., *Proză literară*, A. Rusu (ed.), Editura Minerva, București, 1984

Eminescu, M., *Proză literară*, București, Editura Minerva, 1989

Eminescu, M., *Opere*, vol. II, D. Vatamaniuc, Fundația Națională pentru Știință și Artă, București, 1999

5. 2. ESTUDIOS SOBRE LA BIOGRAFÍA Y EL CONTEXTO HISTÓRICO-SOCIAL DE EMINESCU

- Alexandrescu, Ioan; Chiper, Ioan [et al.], *Rumanía '95: Visión enciclopédica*, Bucarest, Minerva, 1994
- Bonamusa Gaspá, Francesc, *Pueblos y naciones en los Balcanes (siglos XIX y XX). Entre la media luna y la estrella roja*, Madrid, Ed. Síntesis, 1998
- Bridge, F.R., y Bullen, Roger, *The great powers and the European States System, 1815-1914*, London, Longman Group Limited, 1980
- Brockhaus, F.A. (editor), *Brockhaus Enzyklopädie in zwanzig Bänden*, vol. 12, Wiesbaden, F.A. Brockhaus, 1970
- Călinescu, George, *Viața lui Mihai Eminescu*, București, Editura pentru literatură, 1964
- Cimpoi, M., Simion, E., “Eminescu”, en *Dicționarul general al literaturii române*, vol. II, Academia Română; Lucian Alexiu [et al.]; Eugen Simion [coord.], București, Univers Enciclopedic, 2005
- Cândea, Virgil, *Breve historia de Rumania*, Bucarest, Editorial Meridiane, 1977
- Dumitrescu Bușulenga, Zoe, *Eminescu. Viața*, București, Editura Elion, 2000
- Giurescu, Constantin C. [dir.], *Chronological history of Romania*, Horia C. Matei [et al.], Bucharest, Editura Enciclopedica Romana in co-operation with the National Commission of the Socialist Republic of Romania for Unesco, 1972
- Jelavich, Barbara, *History of the Balkans, Eighteenth and Nineteenth Centuries*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 1983
- Maestro de León, Argimiro, *Las naciones balcánicas: sus problemas y vicisitudes*, Madrid, Ed. Calleja, 1944
- Mănuță, D., “Junimea”, en *Dicționarul general al literaturii române*, v. II, Academia Română; Lucian Alexiu [et al.]; Eugen Simion [coord.], București, Univers Enciclopedic, 2005
- Pasaila, Vasile, *Presa în istoria moderna a românilor*, București, Fundatiei Pro, 2004

- Pavlowitch, Stevan K., *Istoria Balcanilor. 1804-1945*, (Adreea Doica, trad.), Iași, Ed. Polirom, 2002
- Perpessicius [ed.], *Opere, M. Eminescu*, M., vol I, București, Fundația pentru literatură și artă, 1939
- Petrescu, Ioana Em., “Eminescu”, en *Scriitori români*, Zaciu, M., Papahagi, M., y Sasu, A. [Coords], București, Editura științifică și enciclopedică, 1978
- Stan, Apostol, *Revoluția română de la 1848*, București, Albatros, 1992
- Todorov, N., “El nacimiento de los estados balcánicos”, en *Historia de la humanidad*, vol. 6, dirigido por S.J. de Laet [et al.]; codirigido por H. Dani [et al.]; París, UNESCO; Barcelona, Planeta-De Agostini, 2004.
- Ungureanu, Gheorghe, *Eminescu în documente de familie*, Iași, Editura Junimea, 2001

5. 3. CRÍTICA LITERARIA Y TEORÍA DE LA NARRATIVA

- Al-George, S., *Arhaic și universal: India în conștiința culturală românească*, București, Dalsi, 2000
- Álvarez Calleja, María Antonia, *Acercamiento metodológico a la traducción literaria con textos bilingües comentados*, Madrid, UNED, 2007
- Anderson Imbert, E., *Teoría y técnica del cuento*, Barcelona, Ariel, 2007
- Anghelescu, A., “Eminescu sau despre firea și nefirea lucrurilor”, en Eminescu, M., *Proză literară*, A. Rusu (ed.), Editura Minerva, București, 1984
- Bal, M., *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*, Madrid, Cátedra, 1985
- Bourneuf, R., y Ouellet, R., *La novela*, Barcelona, Ariel, 1989
- Călinescu, George, *Opera lui Mihai Eminescu*, București, Editura Minerva, 1976
- Ciobanu, N., *Eminescu. Structurile fantasticului narativ*, Iași, Ed. Junimea, 1984
- Del Conte, R., *Mihai Eminescu o dell' Assoluto*, Modena, S.T.E.M., 1961
- Evseev, I., *Dicționar de magie, demonologie și mitologie românească*, Timișoara, Editura Amarcord, 1997
- García Yebra, V., *En torno a la traducción*, Madrid, Gredos, 1989
- Genette, G., «Discours du récit. Essai de méthode», *Figures III*, Paris, Seuil, 1972
- Glodeanu, G., *Avatarurile prozei lui Eminescu*, București, Libra, 2000
- Gómez Redondo, F., “El discurso narrativo”, en *El lenguaje literario. Teoría y práctica*, Madrid, EDAF, 1994
- Gullón, G., *El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976
- Marchese, A., y Forradellas, J., *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Ariel, 1986
- Pavel Dan, Sergiu, *Proza fantastică românească*, București, Editura Minerva, 1975

- Perpessicius, “Proza lieterară a lui Eminescu”, en Eminescu, M., *Opere*, v. VII, București, Editura Academiei Republicii Socialiste Română, 1977
- Poe, E. A., “Hawthorne” 1842, *Ensayos y críticas*, ed. y trad. Julio Cortázar, Madrid, Alianza, 1973
- Pouillon, J., *Tiempo y novela*, Buenos Aires, Paidós, 1970
- Pozuelo Yvancos, J. M., “Estructura del discurso narrativo”, en *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, Cátedra, 1988
- Reis, C., Lopes, A.C.M., *Diccionario de narratología*, Salamanca, Almar, 2002
- Ruști, D., *Dicționar de teme și simboluri din literatura română*, Iași, Ed. Polirom, 2009
- Simion, E., *Proza lui Eminescu*, București, Editura pentru literatură, 1964
- Spang, K., “Aproximación semiótica al título literario”, en *Investigaciones semióticas, I. Actas del I Simposio Internacional de la Asociación Española de Semiótica*. Madrid, CSIC, 1986
- Stoichiță, V. I., *Breve historia de la sombra*, Madrid, Siruela, 2006
- Todoran, E., “Fantasticul romantic și folcloric”, en *Eminescu*, București, Ed. Minerva, 1972
- Todorov, T., “Las categorías del relato literario”, en Roland Barthes [et alt], *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972
- _____, *Poétique de la prose*, París, Seuil, 1971
- _____, *Literatura y significación*, Barcelona, Planeta, 1974.
- Vianu, T., *Arta prozatorilor români*, București, Albatros, 1977
- _____, (dir.), *Dicționarul limbii poetice a lui Eminescu*, București, Editura Academiei, 1968

6. ÍNDICES

6. 1. ÍNDICE CRONOLÓGICO DE LA PROSA⁵⁹²

1868	Trăia într-un orașel supus turcilor (Vivía en una ciudad sometida a los turcos)	2257
	Contrapagină (El dorso de la página)	2257
1868-1869	Geniu pustiu (Genio solitario)	2255
	Poesis (Poesis)	2255
	Ea era culcată pe patul ei cel alb (Ella estaba acostada sobre su cama blanca)	2255
	Însemnări caracterologice (Apuntes caracterológicos)	2291
	Făt-Frumos din Lacrimă (Príncipe Azul nacido de una lágrima)	“Convorbiri literare”, 1870
1870-1871	Umbra mea	2255

⁵⁹² Las tres columnas que se aparecen a continuación recogen sucesivamente de izquierda a derecha: 1. año de publicación o posible período de composición, 2. título del relato, 3. lugar de la publicación o manuscrito. Presentamos su traducción entre paréntesis para facilitar la lectura

	(Mi sombra)	
	Scrisoarea lui Dionis (La carta de Dionis)	2255
	Basmul cel mai fantastic. Toma Nour în ghețurile siberiene (El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos)	2255
	Naturi catilinare (Naturalezas catilinarías)	2257
	Călin nebunul (Călin, el loco)	2284
	Frumoasa lumii (La hermosa del mundo)	2284
	Borta vântului (El escondite del viento)	2284
	Finul lui Dumnezeu (El ahijado de Dios)	2284
	Vasilie finul lui Dumnezeu (Vasilie el ahijado de Dios)	2284
1872-1874	Amalia (Amalia)	2255

	Ea era albă ca zăharul (Ella era blanca como el azúcar)	2255
	Iconostas și fragmentarium (Iconostas y fragmentarium) Pe podelele reci de cărămidă (Sobre el entarimado frío de ladrillo)	2255
	După această întâmplare minunată (Después de este acontecimiento maravilloso)	2255
	Fondalul acestei scenerii sălbatece (El telón de fondo de estas escenas salvajes)	2255
	Noaptea era întunecoasă (La noche estaba oscura)	2255
	O, taci, ce spui că mă iubești, copilă (O calla, qué dices que me amas niña)	2276
	Avatarii faraonului Tlà (Los avatares del faraón Tlà)	2255
	Nu... Dar înainte de-a-mi povesti de regele Tlà (No, pero antes de que me cuentes sobre el rey Tlà)	2268
	Legenda cântărețului. Poveste indică (La leyenda del cantante. Cuento hindú)	2259
	Întîia sărutare	2255

	(El primer beso)	
	Moş Iosif (El anciano Iosif)	2255
	Istoria unei lacrimi (Historia de una lágrima (historia miniatural))	2255
	Sărmanul Dionis Nuvelă (El pobre Dionis Novela)	“Convorbiri literare” 1872-1873
	Ah! Dac-aş fi ce am fost (¡Ah! Si fuera lo que fui)	2287
	Ei se simţeau inocenţi ca-n ziua cea dentăi (Ellos se sentían inocentes como en el primer día)	2255
	Oceana (Oceana)	2286
	Schema cursului naturei (El esquema del curso de la naturaleza)	2287
	Scrisoarea către Angela (La carta a Ángela)	2280
1874-1877	Fragment (Fragmento)	2255

	Cînd eram încă la Universitate (Cuando estaba todavía en la universidad)	2255
	La aniversară Narațiune originală (En el aniversario. Narración original)	“Curierul de Iași” 1876
	Cezara Nuvelă originală (Cezara Novela original)	“Curierul de Iași” 1876
	Aur, mărire și amor (Oro, grandeza y amor)	2255
	Falsificatorii de bani (Los falsificadores de dinero)	2255
	Părintele Ermolachie Chisăliță (El padre Ermolachie Chisăliță)	2255
	S-a ’ntîmplat în vremea mea (Sucedió en mi época)	2255
	Archaeus (Archaeus)	2269
	Cugetări imposibile (Pensamientos imposibles)	2287
	La curtea cuconului Vasile Creangă (En el patio del señor Vasile Creangă)	2255

	Visul unei nopți de iarnă (El sueño de una noche de invierno)	2255
	Șesul nemăsurat (El llano desmesurado)	2257
1878-1880	Moartea lui Ioan Vestimie La muerte de Ioan Vestimie	2268
Sin datar	Sofia-Dochia Din surâsul său un surâs sunt (Sofia-Dochia, De su sonrisa una sonrisa soy)	2255
	Un râs amar (Una risa amarga)	2257
	Cine a văzut o 'nmormântare 'n București (Quién ha visto un entierro en Bucarest)	2255
	Casele negre ale Bucureștilor (Las casas negras de Bucarest)	2284
	Juni cu corpuri slabe (Jóvenes con cuerpos delgados)	2257
	Față cu aceste ființe (Cara con estos seres)	2291
	Exerciții & Moloz (Ejercicios & escombros)	2255; 2257; 2258; 2279; 2287 y 2290
	Fragmentarium (Fragmentarium)	

6. 2. ÍNDICE ALFABÉTICO DE LA PROSA⁵⁹³

A

Ah! Dac-aș fi ce am fost (¡Ah! Si fuera lo que fui): 72, 89

Amalia (Amalia): 71, 89, 138, 142

Archaeus (Archaeus): 71, 78, 83, 86, 90, 106, 107, 146, 151, 170, 171, 172, 187, 201, 202, 204, 213, 214, 231, 243, 246

Aur, mărire și amor (Oro, grandeza y amor): 13, 71, 85, 89, 123, 146, 190, 191, 198, 203, 213, 230, 245

Avatarii faraonului Tlă (Los avatares del faraón Tlă): 71, 77, 82, 83, 84, 86, 91, 107, 125, 128, 140, 141, 142, 143, 144, 161, 163, 166, 168, 175, 191, 193, 194, 196, 217, 222, 233, 246, 247, 249, 250, 251, 252

B

Basmul cel mai fantastic. Toma Nour în ghețurile siberiene (El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos): 70, 81, 189, 236, 243

Borta vântului (El escondite del viento): 69, 76, 91, 99, 100, 103, 144, 175, 214, 216

C

Casele negre ale Bucureștilor (Las casas negras de Bucarest): 70, 79, 191, 219, 246

Călin nebunul (Călin, el loco): 69, 76, 91, 99, 102, 215, 216, 243, 249, 251, 252

Cine a văzut o 'nmormântare 'n București (Quién ha visto un entierro en Bucarest): 70, 80, 89

Cînd eram încă la Universitate (Cuando estaba todavía en la universidad): 71, 88, 89, 198, 207

⁵⁹³ A continuación se relacionan por orden alfabético en rumano toda la prosa analizada de Eminescu según sus respectivos títulos y se consignan todas sus apariciones en nuestro estudio. Se presenta su traducción entre paréntesis para facilitar la lectura

Cezara Nuvelă originală (Cezara Novela original): 39, 41, 67, 69, 77, 78, 81, 83, 89, 91, 107, 124, 125, 131, 134, 137, 139, 142, 148, 167, 168, 182, 180, 183, 187, 193, 196, 203, 211, 212, 213, 219, 233, 237

Contrapagină (El dorso de la página): 71, 87, 89, 105, 118, 152, 195, 206, 210, 221, 248

Cugetări imposibile (Pensamientos imposibles): 71, 84, 162, 174, 187, 206, 243

D

După această întâmplare minunată (Después de este acontecimiento maravilloso): 70, 81, 82, 168, 243

E

Ea era albă ca zăharul (Ella era blanca como el azúcar): 71, 88, 126, 138, 213, 221

Ea era culcată pe patul ei cel alb (Ella estaba acostada sobre su cama blanca): 70, 80

Ei se simțeau inocenți ca-n ziua cea dentăi (Ellos se sentían inocentes como en el primer día): 72, 90, 139

Exerciții & Moloz (Ejercicios y escombros): 72, 212

F

Falsificatorii de bani (Los falsificadores de dinero): 71, 85, 105, 196, 226, 230

Făt-Frumos din Lacrimă (Príncipe Azul nacido de una lágrima): 67, 69, 75, 76, 91, 99, 100, 102, 103, 141, 167, 175, 175, 176, 181, 214, 216, 221, 222, 223, 237, 241, 246, 249, 250, 251, 252, 261

Față cu aceste ființe (Cara con estos seres): 70, 79, 182

Finul lui Dumnezeu (El ahijado de Dios): 69, 76, 91, 99, 100, 102, 175, 214, 216

Fondalul acestei scenerii sălbatece (El telón de fondo de estas escenas salvajes): 70, 82

Frumoasa lumii (La hermosa del mundo): 69, 76, 91, 99, 175, 203, 215, 216

G

Geniu pustiu (Genio solitario): 18, 38, 39, 70, 79, 80, 81, 82, 86, 87, 89, 91, 106, 107, 126, 130, 133, 145, 146, 147, 149, 161, 162, 165, 167, 176, 182, 185, 187, 188, 190, 192, 194, 195, 200, 202, 203, 206, 208, 209, 212, 213, 214, 219, 221, 226, 231, 235, 243, 246, 247, 248, 249, 252

I

Iconostas și fragmentarium. Pe podelele reci de cărămidă ((Iconostas y fragmentarium) Sobre el entarimado frío de ladrillo): 176, 186, 200, 212

Istoria unei lacrimi (Historia de una lágrima (historia miniatural)): 90, 168, 184, 217

Î

Însemnări caracterologice (Apuntes caracterológicos): 70, 79, 160, 212

Întîia sărutare (El primer beso): 70, 78

J

Juni cu corpuri slabe (Jóvenes con cuerpos delgados): 70, 80, 212, 235

L

La aniversară Narațiune originală (En el aniversario. Narración original): 69, 77, 78, 141, 158, 212, 248, 252

La curtea cuconului Vasile Creangă (En el patio del señor Vasile Creangă): 71, 78, 86, 182, 184, 192, 248

Legenda cântărețului. Poveste indică (La leyenda del cantante. Cuento hindú): 71, 83, 99, 125, 141, 156, 196, 243

M

Moartea lui Ioan Vestimie (La muerte de Ioan Vestimie): 71, 85, 166, 212

Moș Iosif (El anciano Iosif): 71, 86, 209, 212

N

Naturi catilinare (Naturalezas catilinas): 72, 79, 90, 145, 162, 164, 251

Noaptea era întunecoasă (La noche estaba oscura): 71, 82, 193

Nu... Dar înainte de-a-mi povesti de regele Tlă (No, pero antes de que me cuentes sobre el rey Tlă): 71, 84

O

O, taci, ce spui că mă iubești, copilă (O calla, qué dices que me amas niña): 71, 81, 83

Oceana (Oceana): 72, 89

P

Părintele Ermolachie Chisăliță (El padre Ermolachie Chisăliță): 71, 78, 85, 129, 186, 221, 230, 232

Poesis (Poesis): 70, 79, 234

S

S-a 'ntâmplat în vremea mea (Sucedió en mi época): 71, 85, 195

Sărmanul Dionis Nuvelă (El pobre Dionis Novela): 39, 41, 69, 77, 78, 80, 81, 83, 86, 97, 107, 118, 124, 134, 152, 153, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 163, 164, 166, 170, 171, 173, 189, 190, 200, 203, 212, 223, 233, 238, 247, 248, 251, 252

Schema cursului naturei (El esquema del curso de la naturaleza): 72, 90, 163, 171, 195

Scrisoarea către Angela (La carta a Ángela): 72, 90, 138

Scrisoarea lui Dionis (La carta de Dionis): 70, 78

Sofia-Dochia Din surâsul său un surâs sunt (Sofia-Dochia, De su sonrisa una sonrisa soy): 140

Ș

Șesul nemăsurat (El llano desmesurado): 71, 88

T

Trăia într-un orășel supus turcilor (Vivía en una ciudad sometida a los turcos): 70, 81

U

Umbra mea (Mi sombra): 70, 78, 81, 86, 106, 107, 165, 166, 170, 212, 223, 248

Un râs amar (Una risa amarga): 70, 80, 106, 243

V

Vasilie finul lui Dumnezeu (Vasilie el ahijado de Dios): 69, 76, 91, 99, 102, 215, 216

Visul unei nopți de iarnă (El sueño de una noche de invierno): 71, 87, 106, 159, 165, 246

6. 3. ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

A. Darzău, 43
A. Rusu, 68, 69, 72, 261, 264
A.D. Xenopol, 77
Aaron Pumnul, 12, 57, 63
Adelbert von Chamisso, 248
Albert Galleron, 23
Alecsandri, 35, 65, 155, 156
Alejandro I, 13, 14, 76
Alejandro Ipsilanti, 14
Alexander Suțu, 14
Alexandru Chibici Revneanu, 50
Alexandru II Ghica, 15
Alexandru Ioan Cuza, 15, 17, 19, 20, 21
Aloysius Bertrand, 122
Althaus, 41
Aron Pumnul, 35, 36, 37, 63, 64
Asachi, 65, 85
August Treboniu Laurian, 16
Avram Iancu, 18
Axente Sever, 18

B

Bajtin, 130, 131
Baudelaire, 121, 122
Bécquer, 97
Blanchin, 35
Bobes, 95, 96, 219, 245
Bonitz, 42
Booth, 110
Bulgar, 124, 237, 249

C

C.A. Rosetti, 15, 110, 111, 112
Calderón de la Barca, 249
Călinescu, 33, 34, 36, 37, 38, 40, 41, 42, 45, 46, 47, 48,
49, 51, 52, 53, 54, 77, 84, 99, 127, 128, 262, 264
Carol I, 12, 21, 23
Castagnino, 93, 94

Ch

Christian Tell, 16

C

Cocovei Moretto, 87
Constantin Caraggio, 87
Constantin Ipsilanti, 13
Costache Caragiale, 87
Costache Epureanu, 17
Costache Negruzzi, 15

D

D. Cantemir, 43
Dana Mihaela Giurcă, 59
Dernberg, 42
Dimitrie Bolintineanu, 38
Dimitrie Cantemir, 66
Dosoftei, 66
Dosoteiu, 42
Droysen, 41
Dühring, 41, 42
Duque de Rivas, 249

E

E.T.A. Hoffmann, 97, 165
Edgar Quinet, 16
Edmond About, 248
Eliade, 96
Emanoil Manolache, 17
Emin Efendi, 34
Eminescu, 12, 13, 15, 9, 10, 11, 12, 13, 18, 19, 21, 22,
24, 25, 29, 30, 31, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41,
42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55,
57, 58, 59, 61, 62, 64, 66, 67, 68, 73, 74, 75, 76, 77,
79, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 91, 92, 93, 94,
95, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 107,
108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117,
118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127,
128, 129, 130, 131, 133, 134, 135, 137, 138, 139,
140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149,
151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160,
161, 162, 163, 164, 165, 166, 168, 169, 170, 171,
173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182,
183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 191, 192, 193,
194, 195, 196, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 205,

206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215,
216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225,
226, 227, 228, 230, 231, 232, 234, 235, 236, 237,
238, 239, 240, 241, 242, 243, 245, 246, 247, 248,
249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258,
259, 261, 262, 263, 264, 265, 273, 11, 12, 13, 21
Estébez, 140
Eufrosina Popescu, 38

F

Fanny Tardini-Vlădimirescu, 53
Filimon, 128
Franz Joseph I, 20
Friedrich Albrecht Weber, 83
Friedrich von Schlegel, 83

G

García Berrio, 92
Gautier, 121, 122, 247, 251, 106
Genette, 73, 134, 196, 197, 198, 200, 201, 202, 203,
204, 205, 206, 225, 227, 228, 229, 231, 232, 247,
254, 264
Georg Lukács, 129, 130
George Sand, 87, 248, 335
Gerald Gillespie, 93
Gheorghe Asachi, 26
Gheorghe Bibescu, 15
Gheorghe Movilă, 42
Ghica, 15, 22, 128
Glodeanu, 84, 179, 243, 264
Goethe, 51, 84
Gogu Cantacuzino Nababul, 25
Grande, 128
Grigore Dimitrie Ghica, 14
Grigore Ureche, 66
Guido Reni, 85, 308
Gullón, 111, 134, 205, 264

H

Hasdeu, 128
Hegel, 84
Heinrich Siegel, 39

I

I. Creangă, 31
I. L. Caragiale, 22, 38
I. Negruzzi, 77, 87, 90
I.L. Caragiale, 29, 31, 54

Iacob Lahovary, 23
Iacob Negruzzi, 29, 40
Imbert, 133, 220, 258, 264
Ioan Caragea, 13
Ion C. Brătianu, 25
Ion Ghica, 15, 16
Ion Heliade Rădulescu, 18
Ion Mincu, 23
Ion Neculce, 66
Ion Sandu Sturdza, 14
Iosif Vulcan, 37, 38
Iovian Brad, 18

J

Jacques Cazotte, 82
Jankélévitch, 108
Jean Paul Friederich Richter, 78
José Manuel Lucía Megías, 9, 10, 11, 59, 9, 10
Juan Maldonado, 249
Jules Michelet, 16
Junimea, 12, 21, 29, 30, 31, 34, 36, 41, 45, 47, 48, 50,
51, 58, 77, 118, 195, 234, 254, 262, 263, 264

K

Kant, 39, 82, 84, 151, 169, 173, 287, 295
Karl Ferdinand Gutzkow, 78
Karl S. Barach-Rappaport, 39
Kristeva, 247

L

Lamartine, 16, 17
Lascăr Catargi, 42, 54
Lascăr Catargiu, 22
Laurian, 54
Lepsius, 41, 42, 82
Leskien, 42
Ludwing Ritter von Arndts, 39

M

M. Pompiliu, 77
Maiorescu, 12, 29, 30, 31, 40, 42, 45, 47, 48, 49, 50, 51,
52, 54, 57, 58, 59, 65, 77, 174
Martínez, 173, 247
Mihail Kogălniceanu, 15, 54
Mihail Pascaly, 87
Mihail Sturdza, 15
Mihăilescu, 54
Miron Costin, 66

Moisi, 127
Morțun, 53, 68, 261
Munk, 42
Murărașu, 68, 137, 261

N

N. Gane, 77
N. Krețulescu, 42
Negruzzi, 127
Nicolae Bălcescu, 15, 16
Nicolae Costin, 66
Nicolae Cretzulescu, 15
Nicolás I, 19
Nitsch, 42
Novalis, 248

O

Odobescu, 127
Onkel Adam, 37

P

Pann, 65, 127
Papahagi, 34, 180, 224, 263
Pascali, 37, 38
Paul de Kock, 87, 248, 335
Pavel Kiseleff, 15
Perpessicius, 68, 69, 72, 74, 75, 76, 77, 81, 83, 84, 86,
87, 89, 90, 100, 101, 102, 103, 106, 109, 110, 111,
112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121,
137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146,
147, 148, 149, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 158,
159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168,
171, 172, 173, 174, 176, 182, 183, 184, 185, 186,
187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 196, 200,
203, 209, 210, 213, 214, 215, 216, 217, 219, 222,
226, 230, 231, 233, 234, 237, 238, 249, 250, 251,
252, 254, 261, 263, 265, 215
Petre P. Carp, 29
Petrino, 43, 45, 46
Poe, 97, 122, 133, 265
Poggendorf, 42
Propp, 98, 177, 178

R

R. Zimmermann, 39
Robert Zimmermann, 39, 86

Rosa del Conte, 54
Rötscher, 38
Rudolf Ihering, 39

S

Saint-Saëns, 87
Scarlat Callimachi, 14
Schlegel, 112
Schoentjes, 112, 113, 114
Schopenhauer, 82, 86, 151, 152, 169, 174, 175, 176,
188
Schuman, 248
Simion, 29, 35, 37, 50, 51, 54, 57, 62, 63, 64, 66, 68, 97,
107, 149, 158, 209, 261, 262, 265
Slavici, 22, 29, 31, 40, 45, 85, 88
Ștefan cel Mare, 40
Ștefan Micle, 42, 49, 61
Sturdza, 14, 15, 31
Șuțu, 51, 54
Szondi, 114

T

Th. Gautier, 82, 85
Th. Rosetti, 41, 42, 54
Th. Vogt, 39
Theodor Bernhard Welter, 82
Theodor G. Rosetii, 29
Theodor Vogt, 39
Timotei Cipari, 16
Todorov, 12, 97, 98, 134, 197, 202, 203, 218, 263, 265
Tudor Vladimirescu, 14

V

V. Pogor, 77
Valles Calatrava, 96, 105, 247
Vasile Creangă, 71, 78, 86, 182, 184, 192, 220, 248,
271, 275, 15, 319, 320
Vasile Pogor, 29
Vatamaniuc, 68, 195, 261
Verdi, 249
Veronica Micle, 12, 40, 41, 42, 49, 54, 57, 61, 88, 137

Z

Zaharia, 43
Zeller, 41

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General



ANEXO: TRADUCCIÓN DE LA PROSA LITERARIA DE M. EMINESCU

Ricardo Alcantarilla Martínez

Madrid, 2015

LA TRADUCCIÓN DE LA PROSA LITERARIA DE EMINESCU

La traducción de la prosa literaria de Eminescu nos ha supuesto un reto que no ha estado exento de problemas. En todos los planos del lenguaje y en el estilo nos hemos encontrado dificultades que hemos intentado resolver adoptando diferentes decisiones.

Si empezamos por el plano fonológico, debemos confesar que el rumano del siglo XIX no era un sistema regularizado. La prosa de Eminescu presenta oscilaciones vocálicas y consonánticas, así como una peculiar puntuación. Nuestra traducción obvia estos fenómenos ya que la hemos adecuado a nuestro código del siglo XXI. Así, los signos de puntuación se adaptan al español actual para dar una mayor flexibilidad a la sintaxis.

En cuanto a la morfosintaxis, nos hemos encontrado con nombres propios que hemos conservado, en la medida de lo posible, al no son muy extraños para el lector español. En lugares más especiales hemos introducido notas aclaratorias. Cuando hemos encontrado la repetición de verbos léxicos (dijo, dijo, dijo), hemos introducido un nuevo verbo más apropiado para la situación (señaló, susurró, añadió, aclaró, admitió) para agilizar la lectura. Los adjetivos demostrativos y posesivos se han traducido directamente por el determinante. La doble negación rumana se ha perdido al traducirla al español. Hay cambios en el uso del gerundio porque es menos común en español, lo que nos ha hecho optar por una oración subordinada relativa. Se ha cambiado la consecución temporal de algunos tiempos verbales. Ante las numerosas estructuras morfosintácticas hoy en día en desuso, hemos optado por modernizar la prosa literaria de Eminescu. Ante la inseguridad del valor sintáctico de nexos,

bien porque el sistema lingüístico rumano de la época no los tenía suficientemente fijados o eran distintos a los actuales, bien porque Eminescu intenta buscar nuevos sentidos; hemos optado por una traducción libre que sea lo más adecuado pragmáticamente hablando que sea posible.

En el plano léxico, las dificultades encontradas tienen que ver con la utilización de arcaísmos y con el uso de términos específicos de la cultura rumana que son intraducibles. Para salvar el primer obstáculo, hemos encontrado pasajes en los que ha sido necesario reflejar diferencias dialectales cuando el narrador rumano hace hablar a algunos personajes, por eso el lector encontrará pasajes con un español no muy natural. Para el segundo, ante el préstamo cultural, es decir, ante términos a los que no hemos podido encontrar una expresión en español, hemos optado por una paráfrasis y su correspondiente explicación en una nota a pie de página.

Ha sido difícil encontrar un estilo para traducir la prosa literaria de Eminescu. Hemos intentado en todo momento encontrar la imagen y el sentido que quiere transmitir el narrador. Después la hemos traspasado a un lenguaje comprensible para un lector hispánico actual. No es por tanto una traducción libre, aunque tampoco es una repetición del ritmo rumano.

Nuestro propósito ha sido transformar la prosa rumana del escritor del siglo XIX, sintiendo que la mutilamos, la traicionamos, la empobrecemos y la emborronamos, para presentar un texto lo más cercano posible al español actual. En todo momento hemos sentido el miedo de no comprender totalmente el sentido original, porque, como afirma García Yebra, la posibilidad de la traducción literaria depende primeramente de la posibilidad de

comprender el original. Efectivamente, una interpretación errónea tiene como resultado una versión también errónea o el bloqueo de la operación traductora⁵⁹⁴.

En conclusión, esperamos haber creado un texto que sea lo suficientemente atractivo y placentero para un lector hispánico y lo suficientemente honesto para con Eminescu. Valgan, como argumento exculpatario, las palabras de María Antonia Álvarez Calleja:

De ahí que no sea tan fácil elegir qué autor vamos a traducir; es preciso sentir afecto y respeto por él, pero esto no es suficiente: conviene incluso que exista una afinidad especial, una relación específica que nos acerque a él de forma subjetiva, a fin de poder captar el tono exacto, el estado de ánimo preciso tanto en la lengua como en el estilo y la forma⁵⁹⁵

⁵⁹⁴ García Yebra, V., *En torno a la traducción*, Madrid, Gredos, 1989, p., 127

⁵⁹⁵ Álvarez Calleja, María Antonia, *Acercamiento metodológico a la traducción literaria con textos bilingües comentados*, Madrid, UNED, 2007, p. 20

Índice

Príncipe Azul nacido de una lágrima	9
El escondite del viento	28
Călin, el loco.....	31
La hermosa del mundo	43
El ahijado de Dios	58
Vasilie el ahijado de Dios.....	69
El pobre Dionis Novela	75
En el aniversario. Narración original	107
Cezara Novela original.....	112
Mi sombra.....	136
La carta de Dionis.....	140
El primer beso	142
Genio solitario	145
Poesis.....	208
Apuntes caracterológicos	211
Las casas negras de Bucarest.....	213
Cara con estos seres.....	214
Jóvenes con cuerpos delgados.....	215
Sofia–Dochia. De su sonrisa una sonrisa soy.....	216
Una risa amarga.....	222
Quién ha visto un entierro en Bucarest	223
Ella estaba acostada sobre su cama blanca.....	224
Vivía en una ciudad sometida a los turcos	226

El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos	227
Iconostas y fragmentarium. Sobre el entarimado frío de ladrillo	230
Después de este acontecimiento maravilloso	236
El telón de fondo de estas escenas salvajes	239
La noche estaba oscura	240
Los avatares del faraón Tlà	242
O calla, qué dices que me amas niña	283
La leyenda del cantante. Cuento hindú	285
Archaeus	287
Pensamientos imposibles	296
No, pero antes de que me cuentes sobre el rey Tlà	299
La muerte de Ioan Vestimie	300
Oro, grandeza y amor	306
Los falsificadores de dinero	312
El padre Ermolachie Chisăliță	313
Sucedió en mi época	318
En el patio del señor Vasile Creangă	319
El anciano Iosif	328
El sueño de una noche de invierno	331
El dorso de la página	335
Cuando estaba todavía en la universidad	340
Historia miniatural. Historia de una lágrima	341
El llano desmesurado	346
Ella era blanca como el azúcar	347
Amalia	348

Ejercicios y escombros	349
¡Ah! Si fuera lo que fui.....	352
Ellos se sentían inocentes como en el primer día	353
Naturalezas catilinarias.....	357
Oceana	361
El esquema del curso de la naturaleza.....	363
La carta a Ángela.....	364
Fragmento (variante de <i>Después de este acontecimiento maravilloso</i>)	365

Príncipe Azul nacido de una lágrima

En el tiempo antiguo, cuando los hombres, tal y como son hoy, no eran más que los gérmenes del futuro; cuando Dios pisaba aún con sus pies santos los pedregosos desiertos de la tierra, — en el tiempo antiguo vivía un emperador oscurecido y pensativo como la media noche y tenía una emperatriz joven y sonriente como el medio día luminoso.

Desde hacía cincuenta años, el emperador estaba en guerra con su vecino. Había muerto el vecino y había dejado de herencia a los hijos y a los nietos odio y enemistad de sangre. Cincuenta años, y únicamente el emperador vivía solo, como un león envejecido, debilitado por las luchas y los sufrimientos — emperador, que en su vida no había reído nunca, que no sonreía ni ante la canción inocente del niño, ni ante la sonrisa llena de amor de su esposa joven, ni ante los cuentos de las ancianas, ni ante las bromas de los soldados envejecidos en combate y necesidades. Se sentía débil, se sentía muriendo y no tenía a quien dejar la herencia de su odio. Triste se levantaba de la cama imperial, de al lado de la emperatriz joven — cama áurea, pero desierta y maldita, — triste iba a la guerra con el corazón indómito, — y su emperatriz, que se quedaba sola, lloraba con lágrimas de viuda su soledad. Su pelo amarillo como el oro más hermoso caía sobre sus senos blancos y redondos, — y de sus ojos azules y grandes corrían hilos de perlas acuosas sobre una cara más blanca que la plata de la azucena. Largas ojeras moradas se formaban alrededor de los ojos y las venas azules se notaban en su cara blanca como el mármol vivo.

Cuando se levantaba de su cama, se echaba sobre los escalones de piedra de una bóveda en la muralla, en la que velaba, sobre una candileja humeante, el icono revestido de plata de la Madre de los Dolores. Conmovida por los rezos de la emperatriz arrodillada, los párpados del icono frío se humedecieron y una lágrima corrió del ojo negro de la madre de Dios. La emperatriz se levantó en toda su grandiosa estatura, tocó con sus labios secos la lágrima fría y la sorbió en lo profundo de su alma. Desde aquel momento, ella quedó embarazada.

Pasó un mes, pasaron dos, pasaron nueve, y la emperatriz dio a luz un varón blanco como la espuma de la leche, con el pelo rubio como los rayos de la luna. El emperador sonrió, el sol sonrió y también su ardiente imperio, incluso llegó a quedarse inmóvil, de modo que en tres días no hubo noche, sino sólo serenidad y alegría, — el vino corría de los barriles descorchados y los gritos de alegría hendían la bóveda del cielo.

Y le puso la madre el nombre: Príncipe Azul nacido de una lágrima⁵⁹⁶.

⁵⁹⁶ La traducción del término „Făt-Frumos” es problemática. Hay muchas otras posibilidades, como por ejemplo, príncipe encantado, príncipe azul, muchacho hermoso, entre otras. Nos hemos decidido por la traducción de Príncipe Azul porque queremos resaltar que su belleza física (bello) y moral (príncipe) son fuera

Y creció y se hizo grande como los abetos de los bosques. Crecía en un mes lo que otros en un año.

Cuando fue lo bastante grande, mandó que le fabricaran un mazo de hierro, lo tiró arriba para hender la bóveda del cielo, lo cogió con el meñique y el mazo se rompió en dos. Entonces encargó que le hicieran otro más pesado — lo tiró arriba cerca del palacio de nubes de la luna; cayendo de las nubes, no se rompió por el dedo del valiente mozo⁵⁹⁷.

Entonces el Príncipe Azul se despidió de sus padres para irse a luchar él solo con los soldados del emperador que estaba enemistado con su padre. Se puso sobre su cuerpo imperial ropas de pastor, camisa de seda, tejida con las lágrimas de su madre, orgulloso sombrero con flores, cordeles y abalorios rotos del cuello por las hijas de los emperadores, se puso en la cintura verde una chirimía⁵⁹⁸ para tocar canciones y otra para bailes populares⁵⁹⁹, y, cuando estaba el sol a dos lanzas⁶⁰⁰ en el cielo, marchó a recorrer el ancho mundo, el valiente mozo.

Por el camino, cantaba y tocaba bailes populares, y lanzaba el mazo para partir las nubes, tan lejos que para recuperarlo tenía que andar todo el día. Los valles y las montañas se asombraban al oír sus canciones, las aguas levantaban sus olas más arriba para escucharle, los manantiales se enturbiaban en el fondo para arrojar también afuera sus ondas, para que todas le oyeran, para que cada una de ellas pudiera cantar como él cuando susurraba a los valles y a las flores.

Los ríos resonaban por debajo de las cinturas melancólicas de las rocas, aprendían del pastor emperador canciones de amores, y las águilas que permanecían enmudecidas sobre las cimas secas y pardas de los peñascos altos, aprendían de él el grito de lamento desgarrador.

Quedaban todos asombrados mientras pasaba el pastor emperador, cantando y tocando música popular; los ojos negros de las chicas se llenaban de lágrimas de añoranza; y en el pecho de los pastores jóvenes, apoyados con un codo en una peña y con una mano sobre el bastón, se arrinconaba una añoranza más profunda, más lóbrega, más grande — la añoranza de los valientes mozos.

de lo común. Añadimos “nacido” para facilitar la comprensión y también podría haberse traducido por “concebido”

⁵⁹⁷ Traducimos “voinic” por valiente mozo que es un caballero fuerte y valeroso que se distingue por sus hazañas

⁵⁹⁸ Instrumento musical de viento, hecho de madera, a modo de clarinete

⁵⁹⁹ En rumano “doina” es una melodía popular; y “hora” es un baile popular rumano

⁶⁰⁰ Una “lanza” era una unidad de medida de tiempo, de una hora y media, calculada según el espacio recorrido de un astro en el cielo, empezando desde el momento en el que sale

Todos permanecían en el mismo sitio, sólo el Príncipe Azul continuaba siempre, siguiendo con la canción la añoranza de su corazón, y con los ojos el mazo, que brillaba entre las nubes y en el aire como un águila de acero, como una estrella mágica.

Cuando se hacía de noche al tercer día, el mazo, al caer, golpeó una puerta de cobre, y provocó un retumbo fuerte y largo. La puerta se rompió y el valiente mozo entró. La luna había salido de entre las montañas y se reflejaba en un lago grande y limpio, como el sereno cielo. Al fondo se veía brillando, de lo limpia que estaba, una arena de oro; y en medio del lago, una isla de esmeraldas, rodeada de un follaje de árboles verdes y tupidos, donde se elevaba orgulloso un palacio de un mármol como la leche, brillante y blanco — de tal forma brillaba, que en las murallas se reflejaban como en un espejo de plata, la floresta y la vega, el lago y las orillas. Una barca áurea vigilaba sobre las ondas limpias del lago al lado de la puerta; y en el aire limpio de las tardes salían trémulas del palacio canciones orgullosas y serenas. El Príncipe Azul se encaramó al bote y, remando, llegó hasta las escaleras de mármol del palacio. Una vez dentro, vio en las bóvedas de las escaleras candelabros con cientos de brazos, y en cada brazo ardía una estrella de fuego. Entró en la sala. La sala era alta, sostenida de pilares y de arcos, todos de oro, y en el medio había una grandiosa mesa, cubierta de blanco, todos los platos labrados de una única perla grande; y los boyardos que estaban en la mesa con ropas áureas, sobre las sillas del terciopelo rojo, era hermosos como los días de la juventud y alegres como los bailes populares. Pero sobre todo uno de ellos, que tenía en la frente una corona de oro batida con diamantes, y con las ropas brillantes, era hermoso como la luna de una noche de verano. Pero más imponente era el Príncipe Azul.

— ¡Bienvenido, Príncipe Azul! dijo el emperador; oí de ti, porque verte no te había visto.

— Bien hallado, emperador, aunque me temo que no nos vamos a despedir como amigos, porque vine para luchar encarnizadamente, porque bastante daño has hecho ya a mi padre.

— Pues yo no he hecho daño a tu padre, al contrario, siempre he luchado en la batalla noblemente. Pero contigo no me voy a batir. Voy a hacer algo mejor, diré a los músicos que canten y a los sirvientes que llenen las copas con vino y haremos un juramento de fraternidad hasta la muerte.

Y se besaron los mozos de los emperadores entre los vítores de los boyardos, y bebieron y conversaron.

Dijo el emperador al Príncipe Azul:

— ¿A quién temes más en el mundo?

— A nadie de este mundo, excepto de Dios. ¿Y tú?

— Yo tampoco a nadie, excepto a Dios y a la Madre de los bosques. Una vieja anciana y fea, que anda por mi imperio de la mano de la tormenta. Por donde pasa ella, la faz de la tierra se seca, las aldeas se desvanecen, las ciudadelas caen derrumbadas. Fui a combatir con ella, pero no conseguí nada. Para que no me destruya todo el imperio, tuve que pactar con ella y darle como tributo a diez niños de mis súbditos. Y hoy viene a cobrar el tributo.

Cuando sonó la media noche, las caras de los comensales se ensombrecieron; porque sobre la media noche cabalgando, con alas de viento, con la cara arrugada como una peña hinchada y surcada por arroyos, con un bosque en vez de pelo, aullaba por el aire enlutado la Madre de los bosques loca. Sus ojos -dos noches turbias, su boca -un abismo enorme, sus dientes -hiladas de piedras de molinos.

Como venía bramando, el Príncipe Azul la cogió por la cintura y la lanzó con todas sus fuerzas a un batán grande de piedra; sobre el batán arrojó un trozo de peña, que ató por todas partes con siete cadenas de hierro. Dentro, la vieja chillaba y forcejeaba como el viento encerrado, pero no le servía de nada.

Volvió después al banquete; cuando de repente por las bóvedas de las ventanas, a la luz de la luna, vieron dos cerros largos de agua. ¿Qué era? La Madre de los bosques, sin poder salir, surcaba las aguas junto con el batán y su cara golpeaba entre dos cerros. Y huía sin parar, una peña de piedra endemoniada, rompiendo el camino por los bosques, surcando la tierra dejando un rastro enorme, hasta perderse en la lejana noche.

El Príncipe Azul después de celebrar durante mucho tiempo, cogiendo el mazo al hombro, marchó tras el rastro dejado por el batán, hasta que llegó junto a una casa hermosa, blanca, que reflejaba la luz de la luna en medio de unos jardines de flores. Las flores estaban en hileras verdes y brillaban azules, rojo-oscuras y blancas, y entre ellas enjambraban mariposas delicadas, como centelleantes estrellas de oro. Olor, luz y una canción infinita, leve, dulce, saliendo del enjambre de las mariposas y de las abejas, embriagaban el jardín y la casa. Al lado de zaguán⁶⁰¹ había dos barriles con agua, y sobre el zaguán hilaba una chica hermosa. Su ropa blanca y larga parecía una nube de rayos y sombras, y su pelo de oro estaba trenzado en colas dejadas por la espalda, mientras una corona de perlas estaba colocada en su frente nítida. Alumbrada por los rayos de la luna, ella parecía empapada de un aire de oro. Sus dedos como de cera blanca hilaban en una rueca de oro y de un copo de una lana como la plata hilaba un hilo de una seda blanca, delgada, brillante, que parecía más un vivo rayo de luna, que recorría el aire, como el hilo de lino.

Al ruido leve de los pasos del Príncipe Azul, la chica levantó los ojos azules como las ondas del lago.

⁶⁰¹ Traducimos “prispă” por ser una especie de zaguán

— Bienvenido, Príncipe Azul, dijo ella con los ojos limpios y entreabiertos, cuánto he soñado contigo. Mientras mis dedos hilaban un hilo, mis pensamientos hilaban un sueño, un sueño hermoso, en el que yo te amaba. Príncipe Azul, del copo de plata hilaba y estaba tejiéndote una ropa urdida en encantos, batida en felicidad; para que la lleves... para que me ames. Con mi rueca te haría una ropa, con mis días, una vida llena de caricias.

De ese modo, como miraba postrada a él, el huso se le escapó de la mano y la rueca cayó junto a ella. Ella se levantó y, como avergonzada de lo que había dicho, sus manos colgaron abajo como las de un niño culpable y sus ojos grandes se agacharon. Él se acercó a ella, con una mano le abrazó por la cintura, y con la otra le acarició despacio la frente y el pelo y le susurró:

— ¡Qué hermosa eres tú, qué adorable me resultas! ¿Quién es tu madre, niña mía?

— La Madre de los bosques, respondió ella suspirando; ¿me querrás tú ahora que sabes de quién soy hija? Ella le abrazó con ambos brazos desnudos su cabeza y le miró profundamente a sus ojos.

— Qué me importa quién es tu madre, dijo él, es suficiente que te amo.

— Si me amas, huyamos entonces, dijo ella pegándose más fuerte a su pecho; si te encontrara madre, ella te mataría, y si murieras tú, yo enloquecería o moriría también yo.

— No tengas miedo, dijo él sonriendo y deshaciéndose de sus brazos. ¿Dónde está tu madre?

— Desde que vino se atormenta en el batán en el que la has encerrado tú y roe con los colmillos las cadenas con las que la ataste.

— ¡Qué importa! Dijo él yéndose para ver dónde estaba.

— ¡Príncipe Azul, dijo la chica mientras dos lágrimas grandes brillaron en sus ojos, no te vayas aún! Que te voy a enseñar lo que tienes que hacer para vengas a mi madre. ¿Ves estos dos barriles? Uno tiene agua, el otro tiene poder. Cambiémoslos de lugar uno por otro. Madre, cuando lucha con sus embrujamientos, grita cuando está cansada: “¡Espera, bebamos un poco de agua!” Luego ella bebe poder, mientras que su enemigo sólo agua. Por eso nosotros los cambiamos de lugar: ella no lo sabrá y beberá sólo agua mientras lucha contigo.

Como dijo, así lo hicieron.

Él se colocó detrás de la casa.

— ¿Cómo estás, vieja? gritó él.

La vieja, encolerizada, arrancó de una vez el batán que tenía arriba y rompió las cadenas, alargándose delgada y grande hasta las nubes.

— ¡Ah, bien que has venido, Príncipe Azul! dijo ella, haciéndose de nuevo pequeña, ¡ahora vamos a luchar, ahora el hombre verá quién es más fuerte!

— ¡Vamos! Dijo el Príncipe Azul.

La vieja le cogió por la cintura, se alargó llevándole hasta las nubes, después le golpeó con la tierra y le metió en la sepultura hasta los tobillos.

El Príncipe Azul la golpeó y la metió en la tierra hasta las rodillas.

— Espera, bebamos agua, dijo la Madre de los bosques fatigada.

Descansaron y resoplaron. La vieja bebió agua, el Príncipe Azul bebió poder, y un tipo de fuego inapagable le recorrió con escalofríos de frescor todos los músculos y todas las venas débiles.

Con un poder doblado, con brazos de hierro, arrancó a la vieja de la cintura y la metió en la tierra hasta el cuello. Después la golpeó con el mazo en la cabeza y la destrozó el cerebro. El cielo se cargó de nubes, el viento empezó a gemir frío y a sacudir la casa pequeña en todas las articulaciones de sus vigas. Serpientes rojas rompían fulminando el regazo negro de las nubes, las aguas parecían que ladraban, sólo el trueno cantaba hondo como un profeta de la perdición. Por aquellas tinieblas espesas e impenetrables, el Príncipe Azul veía blanqueando una sombra de plata, con el pelo de oro destrenzado, perdida, con las manos elevadas y pálidas. Él se acercó a ella y la abrazó con sus brazos. Ella cayó muerta de miedo sobre su pecho, y sus manos frías se escondieron en su pecho. Para despertarla, él la besó los ojos. Las nubes se rompían en trozos en el cielo, la luna roja como el fuego brotaba por sus roturas dispersas; y sobre su pecho, el Príncipe Azul veía cómo florecían dos estrellas azules, limpias, y asombradas -los ojos de su novia. Él la cogió en brazos y empezó a huir con ella en la tormenta. Ella recostó la cabeza en su pecho y parecía que había adormecido. Llegó junto al jardín del emperador, él la puso en la barca, llevándola como en una cuna encima del lago, arrancó hierba, heno con olor y flores del jardín y le construyó una cama, en la que la colocó como en un nido.

El sol saliendo de levante la miró con cariño. Sus ropas húmedas por la lluvia se pegaron a sus miembros dulces y redondos, su cara era de una palidez húmeda como la cera blanca, las manos pequeñas estaban unidas al pecho, el pelo destrenzado y disperso sobre el heno, ojos grandes, cerrados y ahondados en la frente, de ese modo ella era hermosa, pero parecía muerta. Sobre aquella frente nítida y blanca, Príncipe Azul esparció unas flores azules, después se puso junto a ella y empezó a cantar melodías populares levemente. El cielo limpio -uno grande, el sol -una cara de fuego, las hierbas rociadas, el olor húmedo de las flores avivadas la hacían dormir mucho y tranquila, e iba acompañada en el camino de sus

sueños por la voz llorosa de la chirimía. Cuando estaba el sol en el medio día, la naturaleza calló y el Príncipe Azul escuchó feliz su resoplido, caliente y húmedo. Despacio agachó su mejilla y la besó. Entonces ella abrió los ojos aún llenos de sueños, y estirándose somnolienta, dijo en voz baja y sonriendo:

— ¿Tú estás aquí?

— ¿Pues no estoy aquí, no ves que no estoy aquí? dijo él llorando de felicidad.

Como estaba junto a ella, ella le tendió un brazo y le rodeó la cintura.

— Vamos, levántate, dijo él acariciándola, es mediodía.

Ella se levantó, se apartó el pelo de la frente y lo puso sobre la espalda, él le abrazó la cintura, ella le abrazó la cabeza — y de ese modo pasaron entre los estratos de flores y entraron en el palacio de mármol del emperador.

Él la llevó ante el emperador y se la presentó, diciéndole que era su novia. El emperador sonrió, luego cogió de la mano al Príncipe Azul, como si quisiera decirle algo en secreto, y le llevó a una ventana grande, por la que se veía el lago extenso. Y él no le dijo nada, sólo miraba asombrado al brillante lago y sus ojos se llenaron de lágrimas. Un cisne alzó las alas como si fueran unas telas de plata y con la cabeza sumergida en el agua rasgó la cara serena del lago.

— ¿Lloras emperador? Dijo el Príncipe Azul. ¿Por qué?

— Príncipe Azul, dijo el emperador, los bienes que me has hecho a mí no te los puedo pagar ni con lo más deslumbrante para la vista, por muy valioso que sea, y aun así quiero pedirte aún más.

— ¿Qué quieres, emperador?

— ¿Ves el cisne delicado de las ondas? Siendo joven, tendría que amar la vida y, con todo eso, cuántas veces quise suicidarme. Amo a una chica hermosa, con los ojos pensativos, dulces como los sueños del mar -la chica de Genar⁶⁰², hombre orgulloso y salvaje que se pasa la vida cazando por entre los bosques ancianos. ¡Oh, todo lo áspero que es él, así es de hermosa su hija! Cualquier intento de raptarla fue inútil. ¡Inténtalo tú!

El Príncipe Azul hubiera permanecido en aquel lugar, pero mucho estimaba el juramento de hermandad, como cualquier valiente mozo, más que a los días, más que a la novia.

⁶⁰² Genar puede ser un nombre popular del mes de Enero

— Emperador demasiado iluminado, qué suerte has tenido, la mayor de todas: la de hacer juramento de hermandad con Príncipe Azul. Vamos, que raptaré a la chica de Genar.

Y cogió su caballo listo, caballo con el alma del viento, Príncipe Azul, e iba a marcharse. Entonces su novia — Ileana se llama — le dijo levemente al oído, besándolo dulcemente:

— No olvides, Príncipe Azul, todo el tiempo que tú estés lejos, yo voy a llorar.

Él la miró con lástima, la acarició, pero luego, deshaciéndose de sus abrazos, se lanzó sobre la silla del caballo y marchó al mundo.

Pasaba por bosques desiertos, por montañas con la frente nevada, y cuando salía de entre las peñas ancianas la luna algo pálida, como la cara de una chica muerta, entonces veía de vez en cuando algún harapo gigantesco pendido del cielo, que rodeaba con sus regazos la cima de alguna montaña — una noche hecha añicos, un pasado en ruina, un castillo sólo piedras y murallas rotas.

Cuando se iluminó el día, Príncipe Azul vio que la hilera de las montañas daban a un mar verde y extenso, en el que viven miles de olas serenas, brillantes, que trillaban la aria del mar despacio y melodiosa, hasta donde el ojo se pierde en el azul cielo y en el verde del mar. Al final de la hilera de las montañas, justo sobre el mar, se reflejaba en su fondo una grandiosa peña de granito, de la que sobresalía como un nido blanco una fortaleza hermosa, que, de blanca que era, parecía plateada con plata. De las murallas arcadas salían ventanas brillantes, y de una ventana abierta se divisaba, entre los jarrones de flores, una cabeza de chica, morena y soñadora, como una noche de verano. Era la chica de Genar.

— Bienvenido, Príncipe Azul, dijo ella, saltando de la ventana y abriendo las puertas del grandioso castillo, donde ella habitaba sola como un genio en un desierto, esta noche me parece que hablo con una estrella, y la estrella me dijo que venías de parte del emperador que me ama.

En la sala grande del castillo, en la ceniza de la chimenea, velaba un gato con siete cabezas, que cuando aullaba de una cabeza se oía durante un día, y cuando aullaba de las siete, se oía durante siete días.

El Genar, perdido en sus salvajes cacerías, se alejó durante un día.

Príncipe Azul cogió a la chica en brazos y poniéndola sobre el caballo, volaron los dos por el desierto del largo mar como dos apenas vistos ángeles del aire.

Pero el Genar, hombre alto y fuerte, tenía un caballo sobrenatural con dos corazones. El gato del castillo maullaba de una cabeza, y el caballo del Genar relinchaba con su voz de bronce.

— ¿Qué pasa? Le preguntó el Genar al caballo sobrenatural. ¿Se te han robado los bienes?

— No a mí me han robado los bienes, sino a ti gravemente. Príncipe Azul te robó la hija.

— ¿Tenemos que apresurarnos mucho para cogerle?

— Apresurémonos pero no demasiado, para que le podamos coger.

El Genar montó y voló como el susto de la anciana a consecuencia de los fugitivos. Pronto les alcanzó. Luchar con él Príncipe Azul no podía, porque el Genar era cristiano y su poder no era del espíritu de las tinieblas, sino de Dios.

— Príncipe Azul, dijo el Genar, eres muy hermoso y me da lástima de ti. Esta vez no te haré nada, pero la próxima vez... ¡recuerda!

Y cogiendo a su hija con él, desaparecieron en el viento, como si no hubieran existido.

Pero Príncipe Azul era valiente mozo y conocía el camino de vuelta. Él se volvió y encontró a la chica de nuevo sola, pero más pálida y más llorosa ella parecía también más hermosa. El Genar se había ido de nuevo a cazar durante dos días. Príncipe Azul cogió otro caballo incluso del establo del Genar.

Esta vez se fue por la noche. Ellos huían como huyen los rayos de la luna sobre las hondas olas del mar, huían por noche desierta y fría como dos sueños queridos; y por su fuga se oían los maullidos largos y repetidos del gato de la chimenea del castillo. Luego le pareció que ya no podía seguir, igual que los que quieren huir en sueños y aun así no pueden. Luego una nube de polvo les abarcó, porque el Genar venía siguiendo el caballo, como rompiendo la tierra.

Su cara daba miedo, la mirada cruenta. Sin decir una palabra, él cogió al Príncipe Azul y le arrojó a las nubes negras y llenas de tormenta del cielo. Luego desapareció con la chica completamente.

Príncipe Azul, ardido por relámpagos, no cayó de él nada más que un cacillo de ceniza en la arena hirviente y seca del desierto. Pero de su ceniza se hizo un manantial limpio que corría sobre una arena de diamante, junto a él salieron árboles altos, verdes, tupidos esparcían una sombra refrescante y olorosa. Si alguien hubiera entendido la voz del manantial, habría entendido el lamento en una larga canción folclórica sobre Ileana, la emperatriz de la balada del Príncipe Azul. Pero ¿quién comprende la voz del manantial en un desierto, donde hasta entonces no había pisado pie de hombre?

Pero por aquel entonces el Señor andaba aún sobre la tierra. Un día se vio a dos hombres viajando por el desierto. Las ropas y la cara de uno brillaba como la blanca luz del sol; el otro, más humilde, no parecía más que la sombra del alumbrado. Eran el Señor y San Pedro. Sus pies hervidos por la arena del desierto pisaron entonces los frescos y limpios riachuelos que corrían del manantial. Por el curso del agua con sus tobillos desgarraban las olas hasta la sombra de la fuente. Allá el Señor bebió del agua y se lavó su cara santa y alumbrada y sus manos milagrosas. Después se sentaron ambos en la sombra, el Señor pensando en su padre del cielo, y san Pedro escuchando en la meditación la canción popular del manantial lamentándose. Cuando se levantaron para ir más lejos, dijo san Pedro:

“Señor, haz que este manantial sea lo que fue antes”.

“¡Amén!” dijo el Señor elevando su mano santa, después se alejaron hacia el mar, sin mirar más atrás.

Como por encanto se extinguió el manantial y los árboles, y Príncipe Azul, despertó como de un sueño largo, miró a su alrededor. Entonces vio el rostro alumbrado del Señor, que iba sobre las olas del mar, que se agachaban ante él, exactamente como si estuvieran secas; y a san Pedro, que, yendo tras él y vencido por su naturaleza humana, miraba atrás y saludaba Príncipe Azul con una inclinación de cabeza. Príncipe Azul les seguía con los ojos hasta que la figura de san Pedro desaparecía en la lejanía, y no se veía nada más que el rostro brillante del Señor arrojando un rayo de luz sobre la brillante agua, de modo que si el sol no hubiera estado en el medio día, ¡hubieras creído que el sol se ponía! Él comprendió el milagro de su resurrección y se arrodilló hacia el poniente de aquel sol de Dios.

Pero después recordó que había prometido raptar a la chica de Genar, y lo que promete el valiente mozo difícilmente lo deja sin hacer.

Entonces partió y por la noche llegó al castillo de Genar, que brillaba en las tinieblas de la noche como una sombra. Él entró en casa... la chica de Genar lloraba. Pero cuando lo vio, su cara se tranquilizó como se tranquiliza una onda por un rayo. Él le contó cómo resucitó; entonces ella le dijo: “Raptarme no me puedes raptar hasta que no tengas un caballo igual que el que tiene mi padre, porque aquél tiene dos corazones; pero yo le voy a preguntar esta tarde de dónde tiene el caballo, para que puedas también tú conseguir uno como aquél. Pero hasta entonces, para que no te encuentre mi padre, yo te transformaré en una flor”. Él se sentó en una silla, y ella susurró un hechizo dulce, y, como lo besó en la frente, él se convirtió en una flor roja oscura como una guinda madura. Ella la puso entre las flores de la ventana y cantaba de regocijo, resonando el castillo de su padre.

Entonces entró el Genar.

— ¿Risueña mi chica? ¿Y por qué estás alegre? preguntó él.

— Porque ya no existe Príncipe Azul que me rapte, respondió ella riendo.

Se pusieron a cenar.

— Padre, preguntó la chica, ¿de dónde tienes tu caballo, con el que vas a cazar?

— ¿Por qué quieres saberlo? dijo él frunciendo las cejas.

— Sabes muy bien, respondió la chica, que no quiero saberlo nada más así para saberlo, porque ahora ya no hay Príncipe Azul que me rapte.

— Sabes tú que no me opongo a ti nunca, dijo el Genar.

Lejos de aquí, junto al mar, hay una vieja que tiene siete yeguas. Ella coge hombres que las cuide un año (aunque su año no dura más de tres días), y si alguien las cuida bien, ella le hace elegir como justa recompensa un potro, y si no, lo mata y pone su cabeza en un palo. Incluso si alguien cuida bien a las yeguas, no obstante ella engaña al hombre, porque saca los corazones de todos los caballos y los pone en uno solo, de modo que el que cuida elige siempre un caballo sin corazón, que es peor que uno normal...¿Estás contenta, hija mía?

— Contenta, respondió ella sonriendo.

Pero al mismo tiempo el Genar le puso en la cara un pañuelo rojo, delicado, oloroso. La chica miró mucho a los ojos de su padre, como un hombre que se despierta de un sueño, del que no puede acordarse. Ella había olvidado todo lo que le había dicho su padre. Pero la flor de la ventana vigilaba entre las hojas, como una estrella roja por entre las frunces de una nube.

Al día siguiente el Genar marchó de nuevo de madrugada a cazar. La chica besó murmurando a la flor roja y Príncipe Azul nació como de la nada ante ella.

— Eh, ¿sabes algo? La preguntó él.

— No sé nada, dijo ella triste y poniendo el dorso de la mano sobre su frente, olvidé todo.

— Sin embargo yo oí todo, dijo él. Quédate contenta, chica mía; pronto nos veremos de nuevo.

Él montó en un caballo y desapareció en el desierto.

En el bochorno abrasador del día... vio cerca del bosque un mosquito forcejeando en la arena hirviente.

— Príncipe Azul, dijo el mosquito, llévame contigo hasta el bosque, que te recompensaré también yo bien. Soy el emperador de los mosquitos.

Príncipe Azul lo llevó hasta el bosque por el que tenía que pasar.

Saliendo del bosque, pasó de nuevo por el desierto hasta junto al mar y vio un cangrejo tan quemado por el sol, que ya no tenía ni fuerzas para regresar...

— Príncipe Azul, dijo él, tírame al mar, que te recompensaré también yo bien. Soy el emperador de los cangrejos.

Príncipe Azul lo tiró al mar y siguió su camino.

Cuando hacia la noche llegó a un chamizo feo y cubierto con basura de caballo. Alrededor no había valla, sino sólo unas largas estacas afiladas, de las que seis tenían cada una en el pico una cabeza, y la séptima ninguna, se tambaleaban siempre en el viento y decía: ¡cabeza! ¡cabeza! ¡cabeza! ¡cabeza!

Sobre el zaguán galería una vieja anciana y arrugada, acostada sobre una zamarra vieja, estaba con su cabeza gris como la ceniza en los regazos de unas siervas jóvenes y hermosas, que le acariciaban la cabeza.

— Bien os encontré, dijo Príncipe Azul.

— Bienvenido, mozo, dijo la vieja levantándose. ¿Por qué has venido? ¿Qué buscas? ¿Quieres apacentar mis yeguas quizá?

— Sí.

— Mis yeguas pastan sólo de noche... Mira, incluso ahora puedes partir con ellas a pastar... ¡Chica vamos! toma dale tú al mozo la comida que le he hecho yo y déjale partir.

Junto al chamizo había bajo tierra una cueva. Él entró en ella y allí vio siete yeguas negras brillantes — siete noches, que desde que existían no habían divisado aún la luz del sol. Ellas relinchaban y daban coces.

Sin comer en todo el día, él cenó lo que le había dado la vieja y luego, montando a una de las yeguas, cogió a las otras en el aire lóbrego y fresco de la noche. Pero, poco a poco sintió cómo le entraba un sueño de plomo por todas sus venas, los ojos se le hacían telarañas y él cayó como muerto en la hierba del césped. Él se despertó cuando apuntaba el día. Mientras allí, las yeguas no estaban en ninguna parte. Él se creía con la cabeza puesta en el palo, cuando vio saliendo de un bosque en la lejanía a las siete yeguas ahuyentadas por un enjambre inconmensurable de mosquitos y una voz tenue le dijo:

— Me hiciste un bien, te lo he hecho también yo.

Cuando regresó con los caballos, la vieja empezó a rabiarse, volcó la casa de arriba abajo y pegó a la chica, que no tenía culpa.

— ¿Qué tienes, madre? Preguntó Príncipe Azul.

— Nada, dijo ella, me han venido también a mí caprichos. Contigo no tengo nada... estoy muy contenta.

Después entrando en el establo, empezó a pegar a los caballos, gritando:

— ¡Escondeos mejor, os pegará la madre de Dios, para que ya no os encuentre, os mate la cruz y os coma la muerte!

Al día siguiente partió con los caballos, pero de nuevo cayó y durmió hasta que apuntó el día. Desesperado, quería coger el toro por los cuernos, cuando de repente vio saliendo del fondo del mar a los siete caballos, mordidos por una multitud de cangrejos.

— Me hiciste un bien, dijo una voz, te lo he hecho también yo.

Era el emperador de los cangrejos.

Él arreó los caballos hacia la casa y vio de nuevo un espectáculo como el día anterior.

Pero durante el día la sierva de la anciana se acercó a él y le dijo en voz baja apretándolo de la mano:

— Yo sé que tú eres Príncipe Azul. No comas el pedazo que te hierve la vieja, porque está hecho con somnolienta... Te voy a hacer yo otro tipo de pedazo.

La chica a escondidas le hizo la merienda, y por la tarde, cuando iba a marcharse con los caballos, sintió como por arte de magia la cabeza despierta. Hacia la medianoche volvió a casa, metió a los caballos en el establo, les encerró y entró en la habitación. Sobre la chimenea del horno, en la ceniza todavía lucían unos carbones. La vieja estaba estirada sobre el catre y agarrotada como muerta. Él pensó que había muerto y la sacudió. Ella estaba como el tronco y no se movía en absoluto. Él despertó a la chica, que dormía sobre el horno.

— Mira, dijo él, ha muerto tu vieja.

— ¡Ojalá estuviera muera! Respondió ella suspirando. En verdad que ahora está como muerta. Ahora es medianoche... un sueño entumecido le abarca el cuerpo... pero su alma quién sabe en qué encrucijada está, quién sabe por qué caminos de brujería anda. Hasta que canta el gallo, ella chupa los corazones de los que mueren, o vacía las almas de los desgraciados. Sí, corazón⁶⁰³, mañana se te cumple el año, llévame también a mí contigo, que te voy a ser de gran utilidad. Yo te libraré de muchos peligros que te tiene preparados la vieja.

⁶⁰³ Bădică es un regionalismo utilizado por Eminescu que nosotros hemos traducido por corazón, pero puede significar chaco, tato, tío, hombre, querido

Ella sacó del fondo de una caja cascada y vieja una piedra para afilar, un cepillo y un pañuelo de cabeza.

Al día siguiente por la mañana se le cumplió a Príncipe Azul el año. La vieja tenía que darle uno de los caballos y después dejarle marchar con Dios. Mientras comían, la vieja salió hasta el establo, sacó los corazones de los siete caballos, para ponerlos todos en un potrillo delgado, al cual se le veían las costillas. Príncipe Azul se levantó de la mesa y después de la artimaña de la vieja fue a elegir el caballo que tenía que coger. Los caballos sin corazones eran de un negro brillante, el potrillo con los corazones estaba acostado en un rincón sobre un montón de basura.

— A esta elijo yo, dijo Príncipe Azul, señalando al caballo delgado.

— Pero como Señor perdóname, ¿¡has trabajado en vano!? Dijo la vieja astuta. ¿Cómo no coges lo que te pertenece? Elígete uno de los caballos hermosos... cualquiera que sea, te lo doy.

— No, a esta quiero, dijo Príncipe Azul, manteniendo su palabra.

La vieja rechinó los dientes como ida, pero después apretó el molino cascado de su boca, para que no saliera por ella el veneno que le removía el corazón abigarrado.

— ¡Vamos, cógetela! Dijo al final.

Él se subió al caballo con el mazo al hombro. Parecía que la cara del desierto le seguía, y volaba como un pensamiento, como un vendaval entre los remolinos de arena que se levantaban a su paso.

En un bosque le esperaba la chica huida. Él la subió al caballo tras él y huía siempre.

La noche inundó la tierra con su aire negro y fresco.

— ¡Me arde la espalda! Dijo la chica.

Príncipe Azul miró atrás. De un remolino alto, verde, se veían inmóviles dos ojos de brasa, cuyos rayos rojos como el fuego ardiendo penetraban en los riñones de la chica.

— Tira el cepillo, dijo la chica.

Príncipe Azul la escuchó. Y de repente detrás vio que se levantaba un bosque negro, espeso, grande, estremecido por un largo susurro de hojas y por un aullido hambriento de lobos.

— ¡Adelante! Gritó Príncipe Azul al caballo, que volaba igual que un demonio perseguido por una maldición por las tinieblas de la noche. La luna pálida pasaba por nubes grises como una cara limpia por medio de unos sueños turbios y secos.

Príncipe Azul volaba... volaba incesantemente.

— ¡Me arde la espalda! dijo la chica con un gemido pesado, como si hubiera sido muy forzado para no decirlo todavía.

Príncipe Azul miró y vio un búho grande y pardo, del que sólo brillaban los ojos rojos, como dos relámpagos encadenados de una nube.

— Tira la piedra de afilar, dijo la chica.

Príncipe Azul la tiró.

Y de repente se levantó de la tierra un colmillo pardo, justo, incommovible, un gigantesco petrificado como el miedo, con la cabeza tocando a las nubes.

Príncipe Azul silbaba por el aire tan veloz, que le parecía que no huía, sino que caía de lo alto del cielo en una profundidad invisible.

— Me arde, dijo la chica.

La vieja había agujereado la peña en un lugar y pasaba por ella disfrazada de una cuerda de humo, cuyo extremo delantero quemaba como un carbón.

— Tira el pañuelo de la cabeza, dijo la chica.

Príncipe Azul la escuchó.

Y de repente vio detrás un brillo extenso, limpio, hondo, un lago que refleja blanco cómo se bañaban en el fondo la luna de plata y las estrellas de fuego.

Príncipe Azul oyó un hechizo prolongado por el aire y miró por entre las nubes. Durante dos horas — perdida en lo alto del cielo — flotaba despacio, despacio por el azul fuerte de la Medianoche la anciana con las alas de cobre.

Cuando la vieja nadó enloquecida hasta la mitad del lago blanco, Príncipe Azul tiró el mazo a las nubes y golpeó a la Medianoche en las alas. Ella cayó como el plomo a la tierra y martilleó luctuosa doce veces.

La luna se escondió en una nube y la vieja, abarcada por su sueño de hierro, se sumergió en la profundidad hechizada y desconocida del lago. Y en su mitad se levantó una hierba larga y negra. Era el alma condenada de la vieja.

— Hemos escapado, dijo la chica.

— Hemos escapado, dijo el caballo de los siete corazones. Señor, añadió el caballo, tú golpeaste a Medianoche, cayendo a tierra dos horas antes de tiempo, y yo siento bajo mis patas removiéndose la arena. Los esqueletos enterrados por los remolinos de arena ardiente

de los desiertos tienen que levantarse para subir a la luna para su banquete. Es peligroso pasar ahora. El aire envenenado y frío de sus almas muertas os podría matar. Es mejor que os acostéis, y yo hasta entonces volveré a mi madre, para chupar otra vez más la leche resplandeciente blanca de sus ubres, para hacerme más hermoso y brillante.

Príncipe Azul le escuchó. Se bajó del caballo y extendió el gabán sobre la arena aún hirviente.

Pero extrañamente... los ojos de la chica se hundieron en la cabeza, los huesos y las articulaciones de su cara había salido afuera, el cutis moreno se hizo morado, la mano pesada como el plomo y fría como un témpano de hielo.

— ¿Qué te pasa? La preguntó Príncipe Azul.

— Nada, no me pasa nada, dijo ella con la voz apagada: y se tumbó en la arena, temblando como poseída.

Príncipe Azul dejó libre al caballo, después se tumbó sobre el gabán que había tendido.

Él adormeció; sin embargo le parecía que no se había dormido. La piel de los ojos a la luz del ojo se le enrojeció como el fuego y a través de ella parecía que veía como la luna bajaba despacio, engrandeciéndose hacia la tierra, hasta que parecía como una fortaleza santa y plateada, colgada del cielo, que temblaba brillante... con palacios altos, blancos... con miles de ventanas de rosas; y de la luna bajaba a la tierra un camino imperial cubierto con grava de plata y batido con polvo de rayos.

Y del extenso desierto se removían de la arena los esqueletos altos... con las cabezas secas de huesos... envueltos en largos sudarios blancos, tejidos raros de hilos de plata, que por los sudarios se divisaban los huesos blanqueados por la sequedad. Sobre sus frentes portaban coronas hechas de hilos de rayos y de espinas áureas y largas... y montados sobre esqueletos de caballos, iban paulatinamente... en largas filas... rayas movedizas de sombras plateadas... y subían al camino de la luna, y se perdían en los palacios de mármol de la fortaleza de la luna, por cuyas ventanas se oía una música lunática... una música de sueño.

Entonces le pareció que también la chica de su lado se levantaba despacio... , que su cuerpo se deshacía en el aire, sin quedar nada más que los huesos, que, inundados de un gabán plateado, cogía también ella el camino luminoso que llevaba a la luna. Se iba al turbio imperio de las sombras, de donde había venido a la tierra, seducida por el hechizo de la vieja.

Después la piel de sus ojos se verdeció... se ennegreció — y ya no vio nada.

Cuando abrió los ojos, el sol estaba arriba del todo. La chica faltaba también de verdad. Pero en el desierto árido relinchaba el caballo hermoso, brillante, embriagado por la luz áurea del sol, que él ahora veía por primera vez.

Príncipe Azul se abalanzó sobre él y en el lapso de unos pensamientos felices llegó al castillo cercado del Genar.

Esta vez el Genar cazaba lejos durante siete días.

Él cogió a la chica sobre el caballo delante de él. Ella le abrazó el cuello con sus brazos y escondió la cabeza en su pecho, mientras que los regazos largos de su ropa blanca tocaban por el vuelo la arena del desierto. Iban tan veloces, que les parecía que el desierto y las olas del mar huían, mientras ellos estaban en el sitio. Y sólo tenuemente se oía al gato maullando de las siete cabezas.

Perdido en los bosques, el Genar oyó al caballo relinchando.

— ¿Qué tienes? Le preguntó.

— Príncipe Azul te roba la hija, respondió el caballo sobrenatural.

— ¿Puedo cogerle? Preguntó el Genar asombrado, porque sabía que había matado a Príncipe Azul.

— No, a fe, respondió el caballo, porque monta a un hermano mío, que tiene siete corazones, mientras que yo sólo tengo dos.

El Genar clavando las espuelas hondo en las costillas del caballo, que huía sacudiéndose... como un vendaval. Cuando vio a Príncipe Azul en el desierto, dijo su caballo:

— Di a tu hermano que tire a su dueño en las nubes y que venga a mí, que le voy a alimentar con migas de nuez y le voy abreviar con leche dulce.

El caballo del Genar le relinchó a su hermano lo que se le había dicho, pero su hermano se lo dijo a Príncipe Azul.

— Di a tu hermano, dijo Príncipe Azul a su caballo, que también tire a su dueño a las nubes, y lo voy a nutrir con brasas y lo voy abreviar con palos de fuego.

El caballo de Príncipe Azul le relinchó esto a su hermano, y éste arrojó al Genar a las nubes. Las nubes del cielo marmóreo se hicieron un palacio gris y hermoso, y de dos pestañas de las nubes se veían dos ojos azules como el cielo, que arrojaban relámpagos largos. Eran los ojos del Genar, exiliado en el imperio del aire.

Príncipe Azul desaceleró el paso del caballo y colocó a la chica sobre aquel hermano suyo. Un día aún, y llegaron a la orgullosa fortaleza del emperador.

La gente creía muerto al Príncipe Azul, y por eso, cuando difundió la fama de su llegada, el día humedeció el aire en la luz de fiesta y los hombres esperaban murmurando la fama de su llegada, como resuena un tragal al soplo de un viento.

Pero ¿qué había hecho mientras en ese tiempo Ileana la emperatriz?

Ella, como se había ido Príncipe Azul, se encerró en un jardín con altas murallas de hierro, y allá, tumbándose sobre las piedras frías, con la cabeza sobre un pedrusco de pedernal, lloraba en una bañera de oro, colocada junto a ella, lágrimas limpias como el diamante.

En el jardín con muchos estratos, no regados ni buscada por nadie, nacieron de la piedrecillas áridas, del bochorno del día y de la sequedad de la noche flores con las hojas amarillas y con un color apagado y turbio como los turbios ojos de los muertos — las flores del dolor.

Los ojos de la emperatriz Ileana, cegados de llorar, ya no veían nada, que le parecía solo que en la brillante bañera, llena de sus lágrimas, veía como en sueño el rostro de su novio amado. Y sus ojos, dos manantiales secos, ya habían cesado de verter lágrimas. Quien la veía con su pelo rubio y largo, destrenzado y disipado como los rizados de una capa de oro sobre su pecho frío, quien hubiera visto su cara de un dolor mudo, esculpida como con el escoplo en sus facciones, hubiera pensado que es una marmórea hada de las ondas, acostada sobre una tumba de arenal.

Pero como oyó el fragor de su llegada, su cara se tranquilizó; ella cogió un cacillo de lágrimas del baño y salpicó el jardín. Como por encanto, las hojas amarillas de las sendas de árboles y de los estratos verdescieron como la esmeralda. Las flores tristes y turbias blanquecieron como la perla brillante, y del bautizo de las lágrimas cogió el nombre lacrimosas.

La emperatriz ciega y blanca andaba despacio por los estratos y recogió en sus regazos una multitud de lacrimosas, que luego, tendiéndolas junto al baño de oro, hizo una cama de flores.

Entonces entró Príncipe Azul.

Ella se tiró a su cuello, pero, enmudecida de alegría, ella no pudo nada más que dirigir sobre él sus ojos apagados y ciegos, con los que hubiera querido sorberle su alma. Luego ella lo cogió de la mano y le enseñó el baño de lágrimas.

La luna limpia florecía como una cara de oro sobre la serena profundidad del cielo. En el aire de la noche, Príncipe Azul se lavó la cara en el baño de lágrimas, luego, envolviéndose en el gabán que le habían tejido de los rayos de la luna, se acostó a dormir en la cama de flores. La emperatriz se acostó también ella junto a él y soñó en el sueño que la

Madre del Señor había desprendido del cielo dos moradas estrellas de la mañana y se las había colocado sobre la frente.

Al día siguiente, despertó y ella veía...

Al tercer día se coronó emperador con la hija del Genar.

Al cuarto día tenía que ser la boda del Príncipe Azul.

Un enjambre de rayos viniendo de cielo dijeron a los músicos populares cómo cantaban los ángeles cuando se santifica a un santo, y enjambres saliendo del corazón de la tierra les dijeron cómo cantan las hadas cuando traman los bienes de los hombres. De ese modo los músicos populares con maestría cantaron melodías elevadas y deseos hondos.

La rosa acalorada, los lirios de plata, las lacrimosas grises como la perla, las amariposadas violetas y las flores todas se juntaron, hablando cada una en su olor, y siguiendo consejo largo como ser las luces de la ropa de novia; luego confiaron su misterio a una cortés mariposa azul salpicada con oro. Ésta se fue y voló en muchos círculos sobre la cara de la novia mientras ella dormía e hizo que viera en un sueño brillante como el espejo cómo tenía que vestirse. Ella sonrió cuando se vio tan hermosa.

Y los novios se pusieron camisa de tarta de rayos de luna, cintura de perlas, gabán blanco como la nieve.

Y se hizo boda orgullosa y hermosa, como no ha habido otra sobre la faz de la tierra.

Y vivieron luego en paz y en tranquilidad muchos años y felices, y si es verdad lo que dice la gente, que para los bellos príncipes el tiempo no pasa, así que puede que sigan viviendo incluso hoy.

El escondite del viento

Había un hombre muy pobre, y tenía una multitud de hijos. Entonces era el tiempo de la hambruna y él trabajó una semana por un cacillo de grano. Entonces se fue al molinillo con él. Después de que lo moliera, salió afuera con el cacillo de harina y empezó una tormenta grande y voló toda la harina del cacillo. Pero él encolerizó bravamente. «No me dejo yo así con una con dos», e hizo un escobón de pajas y partió.

Le preguntó un hombre:

– ¿Dónde te vas, compadre?

– Me voy a tapar el escondite del viento, porque me cogió la harina del cacillo.

– Pero ¿dónde la encontrarás?

– Dónde esté allá me voy.

Después de andar mucho camino, se encontró con Dios y san Pedro (estaban en la tierra por aquel entonces).

– ¿A dónde vas hombre?

– Me voy a tapar el escondite del viento, que me robó la harina del cacillo.

Y Dios le dijo así:

– Hombre, ya no sigas. Toma una nuez... pero hasta que no llegues a casa no digas: nuez, ábrete.

Regresando él, anocheció y llegó a casa de un hombre y le rogó que le dejara dormir allá por la noche.

– ¿De dónde vienes hombre? le preguntó el hombre aquel.

– Me iba a tapar el escondite del viento y me encontré a un loco en el camino y me dio una nuez y dijo que no dijera hasta casa nuez, ábrete. ¿Qué significará esto?

La mujer del hombre, astuta, coge la nuez en la mano y dice:

– Deja que vea tu nuez.

Le cambia la nuez al hombre. Y después se va a un redil que tenía y dice: “Nuez ábrete”.

Cuando lo dijo —salió tanto ganado, ovejas, caballos, vamos, una riqueza entera.

¡Tú ya sabes, el poder divino!

Se va al día siguiente a casa «Nuez ábrete». Cómo va a abrirse la nuez.

– ¡Que Dios castigue al viento y al diablo con el anciano! Me voy a tapar el escondite del viento y a pegar al anciano que me ha engañado.

Alcanza de nuevo a Dios.

Pero Dios, ya sabes, poder divino, ahora tenía otro rostro... no le reconoció.

– ¿A dónde vas, hombre?

– A tapar el escondite del viento y a matar al anciano, porque me ha engañado.

– Coge, hombre, un burro. Y no digas hasta casa: burro saca una boñiga.

– No lo diré.

Regresó él de nuevo a la casa del hombre aquel. Y el hombre aquel le hospedó y le dio vino de beber, y el hombre se achispó y adormeció sobre la banqueta. Pero había unos gitanos de paso que tenían burro y el hombre se fue, lo compró y le cambió el burro.

El hombre al día siguiente se levanta, coge al burro y se va a casa y le dice: ¡burro, haz dinero!

El burro, ¿cómo iba a hacerlo? Coge un palo y empieza a deslomar⁶⁰⁴ al burro.

– Ahora ya no le perdono yo.

Fue en busca del anciano y a tapar el escondite del viento. Encontró a Dios.

– Coge hombre, una muleta, y no digas hasta casa: muleta dóblate.

Coge la muleta, va al hombre aquel. El hombre le dio todavía mayor recibimiento e idearon un plan: después de ver qué daba la muleta, lo matarían, para que no sospechara que había sido él. Ahora dice el hombre a la mujer:

– Vamonos, mujer, con la muleta al sótano, cerramos la puerta y decimos: muleta dóblate.

Se meten. La muleta empieza a golpearles y a chafarles. Entre que el hombre estaba achispado y que tardó en despertarse, ellos estaban hecho papilla.

– Hombre, te daremos el burro y la nuez, solo por favor, sácanos de aquí.

⁶⁰⁴ Dişála es un regionalismo que significa moler, deslomar

Pero el hombre dejó que recibieran más golpes. Tomó el burro, la muleta y la nuez y marchó para casa.

Tan rico se hizo, que llegó la noticia hasta el emperador. Tanto dinero tenía él, que si sembró creció trigo de oro. El emperador oyó que tenía un sembrado de oro y envió dos emisarios para que le diera semillas, para sembrar también él.

– Decidle al emperador que no quiero dárselas, a ver qué me hace.

El emperador cuando oyó esto, tremendamente irritado preparó sus ejércitos, para declararle la guerra. El emperador estaba al frente, sabes, dirigiendo. Y vino hasta su puerta y gritó que saliera afuera. Él tenía dinero, pero siempre con los trajes nuestros, no con los trajes polacos. Él puso la muleta bajo el sayo y salió afuera. Al emperador con tantos miles de hombres le dio vergüenza luchar contra uno solo. Dijo:

– Hombre, muestra tú primero el poder.

– Bien, emperador. Muleta dóblate, a todo soldado da dos y al emperador veintidós. (La muleta era divina, solo en la cabeza les pegaba estrepitosamente).

Enloqueció a los soldados y al emperador. Se fue el emperador, y quedó en paz y vivió bien.

Que Dios permita vivir también a mis niños así.

Călin, el loco

Érase una vez un Emperador que tenía tres hijas y eran tan hermosas que al sol podías mirar, pero a ellas no. Y bien, dos eran hermosas, pero la belleza de la mediana era indescriptible. Cuántos hijos de emperadores y de generales pidieron sus manos, el emperador no quiso darlas. Una tarde llegaron tres jóvenes y las pidieron, pero él no quiso darlas. Entonces ellos salieron afuera y uno de ellos empezó a silbar hasta que se hizo una nube grande y ya no se vieron más ni a ellos ni a las chicas. Las raptaron.

Entonces el emperador anunció al país, que quién encontrara a las chicas, se las daría como esposas. En el aquel pueblo del emperador había un hombre y tenía tres hijos. Dos eran como eran, pero uno era tonto, estaba en la ceniza y se llamaba Călin, el loco. Y dijeron aquellos dos hermanos: Vamos también nosotros a buscar a las chicas del emperador. Y Călin dijo: Voy también yo con vosotros. Y aquellos dos le dijeron: vamos. Y el emperador dijo que a los que fueran tras sus hijas les daría dinero para los gastos y trajes de repuesto. Ellos hicieron un arco y dijeron que hasta donde lo lanzaran, hasta donde llegara, allá descansarían. Lo arrojó el mayor y marcharon unos dos días hasta que llegaron. Lo tiró también el mediano y la misma distancia recorrieron. Y cuando lo arrojó Călin, el loco, la marcha fue de tres meses, día y noche, y entonces llegaron. Ellos yendo por el camino prepararon también pedernales y eslabones. Y apenas consiguieron encender un poco de fuego. Y dijeron así entre ellos para vigilar el fuego uno de ellos cuando dormirán los otros dos, que si se apaga el fuego les cortarán la cabeza del que tuviera que vigilarlo.

Se acostaron los dos y el mayor se quedó vigilando. A media noche se oyó un rugido terrible. Era un dragón con tres cabezas.

– ¿Cómo pudiste pisar a las tierras ancestrales de mi padre sin permiso de nadie? Vamos a luchar.

– ¡Vamos!

Y luchó con él, y luchó hasta que mató al dragón, e hizo de sus tres cabezas tres almiarés de carne. Y se despertaron los otros dos.

– Mirad, vosotros dormisteis, en cambio yo, mirad qué lucha tuve. A la siguiente noche el mediano tenía que quedarse de guarda. De nuevo sobre la media noche se oyó – un rugido.

– ¿Cómo pudiste pisar a las tierras ancestrales de mi padre sin permiso de nadie? Éste tenía cuatro cabezas.

– Vamos a luchar.

– ¡Vamos!

Y lo mató también a éste e hizo cuatro almiares de carne de sus cabezas. Cuando se despertaron empezaron a pensar que le tocaría a Călin, el loco, vigilar bien el fuego. La tercera noche había llegado. De nuevo sobre la media noche se oyó un griterío grande. Un dragón había con ocho cabezas.

– ¡Vamos! dijo Călin, el loco – porque el dragón era maravilloso, también lo sabía él – vamos a luchar.

– ¡Vamos!

La lucha fue encarnizada intentando que no le diera el dragón. Le corta Călin, el loco, una oreja y salpicó una gota de sangre con la que se apagó el fuego. Y así por entre la oscuridad siguieron luchando hasta que al final lo mató Călin, el loco, e hizo ocho almiares de carne. ¿Qué iba a hacer ahora él? El fuego se había apagado. Lo cogió él y marchó triste por entre el bosque y llegó a un árbol alto y se encaramó a su cima y vio a lo lejos en el horizonte un fuego. Bajó y echó a andar hacia allá y se encontró a un hombre por el camino.

– Buenas noches.

– Igualmente.

– ¿Pero quién eres?

– Yo soy Por la tarde.

Călin, el loco, lo cogió y lo ató a un árbol codo con codo. Continuó él un buen trozo y se encontró con un hombre.

– Buenas noches.

– Igualmente.

– Pero ¿quién eres?

– Yo soy Media noche.

Cogió también a aquel y lo ató a un árbol. Continuó él adelante y encontró a otro hombre.

– Buenas noches.

– Igualmente.

– Pero ¿quién eres?

– Yo soy Madrugada.

Ató también a aquel. Él lo ató, porque le daba miedo que no se hiciera de día.

Por fin llegó él allá. Allá había un hoyo grande y una caldera con un par de peroles grandes, y dentro hervían unas dos o tres vacas y alrededor de las trébedes se cocía una torta. Y a su alrededor dormían doce dragones y dos dragonas, sus madres.

Călin, el loco, cogió dos tizones en un cascajo y un carbón en la pipa y, marchándose, justo le vino así un olor bueno de comida, y tomando un trocito una gota de agua hervida cayó en la oreja de un dragón y él gritó tremendamente haciendo que todos se despertaran y cogieran a Călin, el loco.

Y quisieron matarle y él dijo:

– Les ruego a ustedes, déjenme que soy hombre pobre. Pero ellos dijeron así:

– Si tú nos traes a la Chica del emperador Rojo, nosotros te dejaremos.

Y él dijo:

– Pero por qué no la cogéis vosotros, que sois más y más fuertes.

– Pero nosotros somos espíritus impíos y el emperador tiene un gallo y un perro. Nosotros cuando nos acercamos a su palacio, el gallo canta y el perro ladra y nosotros tenemos que huir. Pero tú puedes mejor, que eres hombre terrenal.

Pero Călin, el loco, astuto:

– Vengan también ustedes conmigo, que yo soy hombre terrenal y el perro no ladrará, ni el gallo cantará.

Pero Călin, el loco, miró y vio a un mozo como él atado codo con codo de un árbol, y cuando vio que se marchaba Călin, el loco, él se apresuró tan tremendamente que se arrancó los brazos del árbol y huyó.

Y ellos marcharon, marcharon hasta que llegaron a la puerta del emperador. Y era una puerta grande de hierro, por la que nadie excepto Călin, el loco, era capaz de traspasarla. Y él se encaramó a la puerta y dijo a los dragones:

– Vamos que os cojo uno por uno de la cabellera y os meto en el patio. Y les cogió todos uno por uno y con la espada les cortó la cabeza hasta que cortó todas. Y entró en el patio, y el emperador, de la estupenda muralla y puerta que tenía, las puertas estaban todas abiertas. Călin, el loco, subió arriba por las escaleras y las escaleras eran de oro batidas con diamante, y entró en la casa donde dormía la chica. Había luna y esplendor afuera y la luna

iluminaba la habitación donde dormía la chica. La chica era tan hermosa que era indescriptible. Călin, el loco, la besó y le cogió el anillo de la mano y se fue.

Cuando llegó a los dragones decapitados, les cortó las puntas de las lenguas a los doce y las puso en el pañuelo y pasó la puerta y continuó su camino. Marchó hasta que llegó a la caldera. Pudo coger a una dragona y la cortó, pero la otra escapó. Cogió con el dedo pequeño la torta y sobre los otros la caldera con la carne y en un cascajo un poco de fuego y siguió su camino.

Y llegó a la Madrugada y le dio un trozo de carne y un trozo de torta, lo desató y le dijo: ¡puedes irte!

Y siguió su camino — llegó a la Media noche y también le dio a aquel un trozo de carne y un trozo de torta y también liberó a aquel.

Cuando llegó a Por la tarde, ya estaba casi muerto desde que lo había atado. Le dio también a aquel un trozo de carne y un trozo de torta y le dijo:

– ¡Vete en paz!

Cuando llegó, no acabó de encender el fuego y ya el sol ahora estaba en lo alto. Sus hermanos habían dormido tanto que se habían hundido una braza en la tierra. Cuando se despertaron dijeron:

— ¡Oye, Călin, el loco! Larga ha sido esta noche.

Pero Călin, el loco, nada les contó de lo que le había sucedido por la noche. Se prepararon de nuevo para partir y lanzó otra vez Călin, el loco, el arco y marcharon así hasta el Bosque de oro. Cuando llegaron allá les dijo Călin, el loco, así:

– Hermanos, vosotros no podéis pasar este bosque. Hacedos vosotros una cabaña aquí y quedaos y yo me voy solo.

De este modo él marchó. Cuando llegó al medio del bosque de oro, la chica grande del emperador hacía la comida a su dragón.

– ¡Buen día, chica de emperador!

– Igualmente, Călin -loco. De tu nombre oí, pero verte nunca te vi, pero huye que si viene el dragón te mata.

– Pero ¿cuánto come tu dragón?

La chica dijo:

– Cuatro hornos de pan, cuatro vacas fritas y cuatro barriles de vino.

Dice:

– Déjame ver a mí, ¿lo podré comer?

Se pone Călin, el loco, y come todo.

Entonces viene también el dragón.

– ¡Buen día, malvado dragón!

– Igualmente, Călin -loco.

– Vine para coger a la chica. Así que venga, vamos a luchar.

– Espera que coma algo.

– Pero qué, dice, yo te comí la comida.

– Tanto mejor, dice, así yo son ágil y tú eres pesado.

Y empezaron a luchar y a luchar — y lo mató Călin, el loco. Al final dijo a la chica:

– Quédate aquí, que yo me voy a liberar a tus dos hermanas. Y marchó. Llegó a la mitad del bosque de plata.

La chica mediana hacía la comida también. Pero él cuando la vio cayó rendido de amor.

– ¡Bueno día, chica de emperador!

– Igualmente, Călin -loco. De tu nombre oí, pero verte nunca te vi.

Pero también Călin, el loco, era hermoso y a la chica le resultó agradable. Y la chica le dijo:

– ¡Huye que si viene el dragón te mata!

– Y ¿cuánto come el dragón?

– Ocho hornos de pan, ocho vacas fritas y ocho barriles de vino.

– Trae aquí, ¿lo podré comer? Y comió todo. He aquí que viene también el dragón.

– ¡Buen día, malvado dragón!

– Gracias, Călin -loco.

– Vamos a luchar.

– Espera que coma algo.

– ¡Que yo te comí la comida!

– Me será más fácil la lucha.

Y empezaron, lucharon y lucharon — y lo mató Călin, el loco.

Pero tan amada le resultó la chica, que la cogió con él al bosque de cobre. Cuando llegaron al medio del bosque, también allí hacían que comer. Aquella no le conocía, pero viéndole con su hermana entendió.

– ¿Dónde está tu dragón?

– Cazando, Călin -loco. Pero ¡huye que te mata!

– ¿Cuánto come él?

– Doce hornos de pan, doce vacas fritas y doce barriles de vino.

– Deja que vea, ¿lo comeré?

Come Călin, el loco, come, hasta que un barril de vino no lo puede beber y dice así:

– El dragón es un barril más grande y fuerte que yo.

Y de repente viene el dragón.

– Buen día, malvado dragón.

– Igualmente, Călin -loco.

– Vine para coger a la chica.

– Ya pero a la chica no la coges.

– ¡Vamos a la lucha!

– Sólo espera que coma algo.

– ¡Yo la comida te la he comido!

– Yo voy a ser más ágil, tú más pesado. Vamos a la lucha.

– ¡Vamos!

Se lucha, se lucha, y casi no puede con el dragón.

Dice el dragón:

– Vamos, yo me convertiré en una llama roja, tú harás una llama verde.

Pero él con eso se equivocó porque la llama roja es más débil, la llama verde es más fuerte.

Y de repente pasó por arriba una corneja.

Y le dijo el dragón:

– Corneja, corneja, mójate tu ala en el agua y apaga esta estaca verde.

Y Călin, el loco, dijo:

— Emperador muy alto, moja tu ala en el agua y apaga esta estaca roja.

La corneja cuando oyó — sabes tú, subió —y se alejó. Después de que la mojó, empezó a picotearla, y tanta sangre empezó a correr que le llegó hasta la rodilla.

De allí él se cogió a las chicas y partió.

Llegaron al bosque de oro y cogió también a la mayor y marchó hasta llegar a sus hermanos.

Y dijo así:

– Hermanos, a estas dos cogerlas vosotros, pero la mediana es mía; y se acostó a dormir.

Y los hermanos se aconsejaron esto: como matarle no se puede, le podían cortar las piernas y quitarle las chicas y llevarlas al emperador y decir que ellos las había rescatado.

Le cortaron las piernas cuando dormía, cogieron a las chicas y se marcharon (tan cansado estaba por la lucha, que no sintió cuando le cortaron las piernas).

De madrugada se despertó él. Se vio sin piernas. ¿Qué hacer? Se las habían llevado de allá, porque de lo contrario se las hubiera vuelto a poner él mismo debido a que tenía muchos poderes.

Y marchó él despacito y entró en el bosque de oro. Fue unos tres días y unas tres noches y llegó a un palacio, tan hermoso era, que no podías soportar mirarle. Y oyó una canción tan luctuosa, que se le rompió el corazón. Fue él despacito y subió por las escaleras aquellas y vio allí al mozo al que le había roto las manos el dragón.

– ¡Buen día, valiente!

– Te lo agradezco, Călin -loco, ¿qué te ha pasado?

Y él comenzó a decir todo lo que le había pasado.

– ¡Vamos seamos hermanos de sangre!

– ¡Vamos!

– ¿Y quién eres? le preguntó Călin, el loco.

– Yo, dijo, soy un hijo de emperador y los bosques estos han sido todos de mi padre y nos los robaron los dragones; desde que mataste a los dragones, ahora de nuevo somos nosotros los dueños, y yo porque no tengo manos vivo aquí. Yo sin manos, tú sin pies, vamos a vivir bien.

Călin, el loco, coge con las manos el cuello del hijo del emperador y pasearon por el bosque. Así, un día, oyeron un crujido en las hojas. Su hermano de sangre dijo así:

– Yo me acercaré despacito y lo dejaré y tú lo cogerás con las manos.

Dejándolo libre, cogieron a la dragona escapada y dijo así:

– Hazme a mí piernas y a éste brazos, o te matamos.

Y la dragona dijo:

– Mira, a una braza de distancia hay un charco, mete allí y saldrás con piernas y el otro con brazos.

Y Călin, el loco, pícaro:

– Métete tú primero.

– Eh... ¡meteros vosotros!

Y Călin, el loco, rompió una ramita verde la mojó en el agua aquella y la sacó seca, y empezó a golpearla, porque quiso secarles.

– Te ruego no me pegues, porque hay a la derecha otro charco.

Călin, el loco, metió una ramita seca y la sacó verde y se metió él allí y salió con piernas y el otro con brazos. Y mataron a la dragona porque sabían que en cualquier momento iba a hacer daño.

De allá ellos marcharon y de nuevo dijo Călin, el loco, así:

– Ahora yo me voy a buscar a mi esposa, pero primero voy a un sitio, al que te conté yo – A la chica del emperador Rojo.

Y empezaron a ir. Yendo ellos por un bosque, cerca del patio del emperador, recogió Călin, el loco, un pañuelo de avellanas. Llegando a la puerta oyó un bramido grande. Ellos estaban vestidos con pantalones campesinos populares y con pellico y calentados con un cinto. La anciana de la puerta es de los nuestros;

- ¡Buenas tardes, tía!
- ¡Igualmente, valiente mozo!
- ¿Pero qué sucede aquí, qué se oye?
- Se casa la chica del emperador.
- ¿Con quién se casa?
- El cocinero, que mató a doce dragones.

Pero Călin, el loco, le dijo así a la anciana:

- Tía, he aquí te doy un cacillo de monedas, para que me hagas lo que te voy a decir.
- Te lo haré valiente mozo.

Él cogió el pañuelo con la avellanas. Era pañuelo de los nuestros—negro con florecillas alrededor – y puso el anillo en medio y dijo así:

– Lleva, tía, y pon delante del emperador, aunque te echen a empujones, tú métete como sea.

La anciana se fue y entró a codazos allá, lo puso en la mesa, y salió. Cuando le dio Călin, el loco el cacillo de monedas, ella se alegró tremendamente... porque ella con todo lo que había tenido en su vida, pero ni lo vio.

El emperador al coger el pañuelo derramó las avellanas sobre la mesa y quedó el anillo en el medio. La chica dijo:

- Mira, padre, mi anillo, que no se sabe cómo lo he perdido.

El emperador empezó a gritar:

- ¿Quién trajo el pañuelo con las avellanas?

Los maestros de ceremonias dijeron que había sido la anciana que estaba en la puerta. Rápidamente gritaron que trajeran a quién lo había traído. Cogieron a Călin, el loco y entró. Pero el novio, el gitano, estaba sobre tres almohadas de puf. Cuando estaba Călin, el loco, en el umbral de la puerta, una almohada cayó bajo el gitano. Cuando estuvo en el medio de la casa, cayó la segunda y el gitano dijo: en voz baja, no me echas por tierra. Cuando

estuvo al lado del emperador, cayó también la tercera almohada, porque al gitano no le correspondía ese sitio.

Dijo el emperador:

- ¿Cómo, valiente mozo, el anillo de mi chica llegó a ti?
- ¡Emperador Altísimo! Y empezó a contarle la historia.

Pero el gitano dijo:

- Por qué dices mentiras, yo maté a los dragones.

Y Călin dijo:

– Emperador, que traigan a todos los dragones, para que veas que tengo las puntas de las lenguas.

Los trajo y realmente no las tenían. Entonces él las sacó y se las mostró.

Entonces el emperador gritó que le trajeran el caballo mejor del establo y ató al gitano a la cola del caballo, y le puso también un saco de nueces y arreó al caballo... Dónde cae la nuez, cae también un trocito del gitano.

Ahora el emperador dijo:

- A partir de ahora, valiente mozo, serás mi yerno.

Pero Călin dijo:

– No emperador, que a mí otra me gusta, pero yo tengo un hermano de sangre aquí conmigo, también hijo de emperador, que la tome él.

Y lo trajo, aunque la chica hubiera querido mejor a Călin, el loco; sin embargo, le aceptó porque el otro también era adecuado. E hizo una boda tremenda que duró unas tres semanas, luces, músicos, ¿qué no había?

Y allá dijo Călin, el loco:

- Ahora me voy a encontrar a la mía.

Cuánto lloraban ellos y empeñaba, pero no pudo convencerlo de que se quedara. Y se marchó. Cuando llegó él a la casa de su padre, había un palacio enorme, y una piara de cerdos que cuidaba un muchacho de unos siete años. Desde que le cortaron las piernas habían pasado unos ocho años.

- Bueno día, muchacho.

– Igualmente, señor.

– ¿Quién vive en este palacio?

– Unos valientes mozos, que salvaron a las chicas del emperador, que habían raptado los dragones.

– ¿Cómo viven ellos, con qué chicas se casaron?

– El grande se casó con la chica grande, el mediano se casó con la pequeña.

– ¿Y la mediana?

– A ella la pusieron a guardar la ratería.

– ¿Y tú de quién eres?

– Mi madre dice que soy de Călin, el loco, quién será aquel.

Pero él cuando oyó esto, sólo su corazón lo sabía, vamos, que me perdone tu madre, ¡honrada tu cara! era suyo,

– Le ruego, señor, ayúdame a quitar los cerdos de allí.

Iban los cerdos iban, cuando una marrana no quiso entrar.

Călin, el loco, pegó como loco a la marrana. Ella empezó a gritar corriendo, todos los cerdos tras ella. Cuando lo oyeron salieron afuera y empezaron a gritar, ¿quién está allí golpeando a los cerdos? Călin, el loco, entró en el palacio. Ellos cuando lo vieron, le conocieron. Se levantaron veloces y se arrodillaron ante él.

– Perdónanos hermano, que reconocemos el error.

Pero Călin dijo así:

– No, hermanos, hagamos una bola de hierro y nos pondremos los tres juntos, y así haremos una cruz. La tiráis uno de vosotros a lo alto, que ella sepa al cual caer, aquel es culpable.

Y la tiró a lo alto, y cayó a los dos y le hizo en mil pedazos.

Y él hizo una boda tremenda... Pero él no era tan duro de corazón como para castigarles, como aquellos le hicieron, él los quería igual que a sus cuñadas. E hizo un baile tremendo y estaba también yo allá... y ellos hicieron una olluela de panetela y me la dieron afuera. Y a mí me sentó mal, y me fui al establo y me elegí un caballo con silla de oro, con el cuerpo de acero, con los pies de cera, con la cola de cañamazo, con la cabeza de col, con los ojos de cizaña, y partí por un cerro pedregoso: los pies se hundían, su cola crepitaba, los

ojos tronaban. Cabalgué por una varita y te dije una mentira, cabalgué por una cancela y te conté la historia entera.

La hermosa del mundo

Después, cuento, cuento, Dios a nosotros llega arriba, que adelante queda mucho. Había una vez un cazador que tenía tres niños y era muy pobre, con lo único que vivía era con la caza de algún pajarito, lo vendía y éste era el sustento, pobre. Había un bosque cercano, y le llamaban: El bosque negro. Las gentes de aquella aldea empezaron a decir que nadie podía acercarse a aquel bosque. Estaba tan desierto que nadie iba, porque decían que a media noche venían los diablos.

El pobre hombre dijo un día a su mujer:

– ¡Ah mujer!, morir moriré igualmente, así que me voy al bosque, a ver qué encontraré allá.

De ese modo la esposa le puso una torta en la talega y marchó — cogió el fusil a la espalda. Llegando él allá tuvo mucho miedo... pero el hombre pobre, la pobreza le empuja a ir a cualquier sitio para ganar.

Andando por el bosque llega a un árbol alto y enormemente tupido, no sabría decir su nombre y ve un pájaro tan hermoso — era de oro.

Qué hacer, mejor que dispararlo, sería mejor poder cogerlo, porque vendiéndolo vivo más dinero conseguiría. Persiguiéndole por el árbol, se metió en un escondite... y lo coge. Él no se quedó por la noche porque temía a los diablos, así que cogió al pájaro y regresó a casa e hizo una buena jaula y puso al pájaro en la jaula.

Lo cogió un sábado y el domingo por la mañana puso un huevo. El huevo era de oro. Pero él dijo:

– Mira, mujer, yo no venderé el pájaro éste porque pondrá huevos y tendremos un huevo que nos alimentará todos los días.

Él coge el huevo y va al mercado y pregunta a un mercader:

– ¿Qué tienes para vender y cuánto pides?

– Tengo un huevo y pido mil lei.

Pero un judío dice, porque ellos son más astutos:

– Deja que vea el huevo.

Cuando ve el huevo de oro –aunque valía más de mil lei- le paga mil lei. Coge el dinero, compra lo que necesita para los niños y la mujer, y se va a casa. En el buche del pájaro había algo escrito, pero el hombre no sabía leer.

Cuando al siguiente domingo de nuevo puso un huevo de oro. Él se fue de nuevo a pedir mil lei. Pero para que te des cuenta, ¡se encontró con el mismo judío!

Al tercer domingo, cuando llevó el huevo, hizo sospechar al judío, y pensó: le pregunto dónde vive, para ir a ver de dónde conseguía los huevos de oro. Llega el judío y ve que tenía la jaula en la esquina de la casa.

Nada más entra el judío en casa -como sabía leer- echó un vistazo al fondo de la casa. Sobre el buche del pájaro escribía esto: “quien come el corazón será emperador; quien come las mollejas, cada vez que se levante por la noche, encontrará una bolsa de dinero bajo la cabeza; quien coma hígado será un hombre con suerte en el mundo, donde vaya, cualquier paso que dé, siempre suerte tendrá”. Ahora el judío, con mala idea le dice al hombre:

– ¡Véndeme el pájaro!

– No puedo, señor. Esta es la ganancia de toda la vida para mis hijos y mía.

A pesar de todo lo que insistió el judío, no quiso el pobre hombre venderlo. El judío dijo que se sentía mal y que si podía pasar la noche en su casa.

El cazador al día siguiente se levantó de madrugada y se fue con la escopeta a cazar. El judío –astuto mientras que la mujer, como muchas de por aquí -tonta- le dijo así a la mujer:

– Mujer, por qué vives con un hombre tan pobre, vente conmigo, que vivirás bien y voy a mantener también a tus hijos.

Y la mujer dijo:

– ¡Si te bautizas! A nosotros, dijo, no nos está permitido separarnos.

El judío dijo:

– Déjalo en mis manos, que yo le mato antes de mañana. Le da no sé qué y mata al hombre. Después dice así:

– Mujer, te tomaré como esposa, pero primero prepárame el pájaro y fríelo. Que no falte nada del pájaro, entero me lo como yo.

Y la mujer, tonta, lo preparó. Cortó y frío el pájaro y lo puso sobre el horno, lo reservó y ella salió de la casa a sus asuntos, y los tres muchachos entran en la casa. Dijo uno de ellos:

– Vaya, tengo mucha hambre... Madre ha frito el pájaro, comamos algún pedazo.

– Pero si lo ha frito para el judío, ¿nos pegará!

– Comamos trozos de dentro para que no se note.

El mayor el corazón, el mediano las mollejas, el pequeño los hígados.

El pájaro ahora ya no valía nada porque se lo habían comido aquellos.

Dijeron los niños, después de que lo comieron:

– Vamos, huyamos, para que no nos pegue.

Había un hueco en la parte trasera de la casa y se metieron allí.

Llega el judío. Pero faltaban los trozos de dentro. Y empieza a gritar y a pegar a la pobre mujer.

– Evidentemente, lo comieron los niños, porque nadie más ha estado en casa.

El judío enseguida llama a los niños, para rajarlos, y comer de los niños.

Los buscó, los buscó, al final no los encontró... Vio el judío que no estaban y no estaban, y lo llevaron los demonios -¡cruz de oro en casa!- dejó a la mujer. Porque lo iba a hacer igualmente, pero Dios que no duerme quiso que lo comieran antes los niños que aquel.

... Entonces, el mayor vivió muchas aventuras y se hizo emperador de aquel país. Sólo el pequeño, se había quedado en casa de su madre, este que había comido los hígados e iba a ser el que más suerte tendría, era muy perezoso.

El que comió las mollejas encontró bolsas de dinero y se convirtió en un hombre tremendamente malvado. Sólo le gustaba divertirse; — con perdón —, le gustaban las mujeres hermosas. Allí, vivía una muchacha muy hermosa que la llamaban: La hermosa del mundo. Al sol podías mirar, pero a ella no. Se esforzaba para que su padre, un rico boyardo, se la diera. Este no se la daba. Iba a casa de su madre:

– Madre, de qué me sirven a mí los buenos dineros, si no puedo yo casarme con la que amo.

Y su madre dijo:

– Querido de madre, ve e intenta encontrarte con ella. (Habla con ella, puede que también tú le gustes). Pero ella era astuta.

Ahora, este que había comido los hígados juega con unas bolas con otros chicos afuera. Viene un anciano;

– ¿Querido mío, qué haces tú aquí?

– ¡Mira, juego, anciano!

– Ven conmigo, que te daré peras y manzanas (sabes como se les dice a los niños)
— engaña al niño y le lleva con él.

Pero aquel era un brujo temible — helaba el agua. Y ahora, hechizando por el bosque negro, dio con algo asombroso, que él no podía hacer, sólo un niño. Se fue allá con el muchacho, en medio del bosque y se acercó a una piedra grande. Golpeó tres veces la piedra y se abrió la tierra. Y él dijo al chico así:

– Muchacho, ve por estas escaleras, bajo la tierra (había unas escaleras), y entrarás en un jardín muy hermoso, encontrarás una casita allá en el jardín. Entra en la casa y verás una chimenea hecha allá y sobre la chimenea verás una llave. Coge la llave aquella, guárdala en la cintura y vuelve aquí. Pero, coge este anillo de hierro, que sin él no podrás entrar (era aquel lugar el más allá, dicen).

El muchacho se fue, marchó despacio y entró hasta el jardín aquel.

Aquello era un paraíso, un jardín con árboles, con árboles de oro... que el muchacho se asombró cuando entró allá, y sabes, como niño, antes corrió a las peras y a las manzanas que a la llave del anciano. Sabes cómo es nuestra tradición — llevaba camisola con cinturoncito bien cerrado, y se llenó el pecho de manzanas y de peras. Y cuando iba se acordó de la llave, fue a cogerlo— la llave era tremendamente herrumbrosa... Quién sabe lo que había hecho él con la llave aquella, hasta hoy hubiéramos estado bajo su mano tal vez. Vuelve el muchacho despacito, sube de nuevo por la escalera para salir — ya sabes que el anciano, aunque tenía poder, no podía entrar en el edén, pero este como niño. . .

Cuando llegó arriba para salir, el anciano gritó:

– ¡Espera no salgas! ¡Dame la llave! El muchacho dice (era pequeño, pero tenía cabeza):

– No ¡déjame que salga primero afuera!

– No te dejo.

– ¡No te doy la llave! (sabes tú ni la mano podía meter, porque era pecador).

– Te mataré.

– Mátame, si puedes.

Él hizo ¡tranc! con el pie en el suelo y se cerró la tierra.

¿Qué podía hacer el pobre muchacho? Se volvió, para ir de nuevo por los jardines aquellos. Pero se había cerrado la tierra, ya no existía la hermosura aquella. Comenzó el pobre a llorar. Llorando sin querer se frotó las manos y del anillo que le dio el anciano apareció un hombre.

El hombre aquel era de hierro. Era espíritu impío, pues hombre de los nuestros de hierro, nadie ha visto jamás.

– Muchacho, ¿quién te ha traído a ti aquí?

– He aquí como— se lo contó el muchacho todo.

– Yo te sacaré, muchacho, si primero vete de aquí y me cortas unas veinte vacas, me las frías, para que tenga comida para el camino cuando te lleve (que sabes tú, a nosotros nos pareció que estaba en la boca, pero él estaba justo en el centro de la tierra, cuando cerró la piedra).

Después sube al muchacho sobre los hombros, pone en una mano veinte vacas fritas y en la otra mano unos toneles con agua, con vino, no sé que contenían— y al muchacho le da un cuchillo y un jarro.

– Cuando tenga hambre, cortas con el cuchillo la carne, y dame de comer, y cuando tenga sed dame agua con el jarro.

Y fue él, marchó día y noche sin pasar, era tan oscuro que había ni una mota de polvo, porque estaba bajo tierra.

Ya casi no les quedaba comida a las vacas ni agua para beber. Pero el espíritu impío le dijo así:

– Si tienes suerte y no se acaba la comida y el agua, no te comeré, pero si se terminan, te como. Mira hacia arriba, ¿ves el sol?

– Lo veo como una luz de cerilla.

– ¡Vaya! ¡Conque queda todavía!

Y sigue — pero ahora había quedado sólo una mitad de vaca:

– Mira arriba, ¿cómo es el sol de grande?

– Le veo por la mitad.

– Es — ¡luego queda un buen trozo de camino!

Cuando estaban más casi saliendo, la comida se había acabado, sólo quedaba agua.

– Dame comida que tengo hambre.

El pobre muchacho ¿qué podía hacer? Toma el cuchillo y se corta un trozo de muslo, le da también agua y parten de nuevo. Por fin, salen a este mundo. Cuando le baja al suelo:

– Dime de verdad, ¿de dónde me diste el último trozo?

– De verdad te lo diré, me he cortado el muslo.

– De verdad te digo, si hubiera sabido que eres tan dulce, no te hubiera traído.

– ¿Ahora no me puedes comer?

– Vamos, allá era mi terreno y tú un extraño— ahora eres demasiado bueno para Dios y no deja que te coma (sabes tú, que bajo la tierra está el lugar de los diablos).

Y el hombre se hizo invisible.

Pero el muchacho estaba el pobre hambriento, se había olvidado que tenía las manzanas aquellas en el pecho y la llave aquella. Echa a correr hacia la casa de su madre. Y, sabes tú, él era perezoso, pero era ingenioso, ¿acaso pensaba que solo hay gente ingeniosa entre ustedes? Pues no. Entró en casa, pero su madre era tremendamente pobre, que ya sabes, el boyardo cuando llegó al poder, no cogió a la pobre madre para mantenerla, aunque era emperador.

– Madre, ¿no tienes un trocito de vela que encender?

– Tengo, querido de madre, de la Pascua (la guardaba para encenderla, Dios nos libre, en caso de tormenta). Encende la vela.

Y él dice:

– Ay, madre, tengo mucha hambre. Tengo unas peras y unas manzanas, pero me duele el corazón comerlas. Él no se había dado cuenta de que eran de oro. Las arrojó bajo un poyo. Madre, he aquí una llave, que está muy herrumbrosa; límpiala y véndela y cómprame un pan.

Nada más empezó a frotarla un poco, cuando entraron unos cinco hombres de hierro en casa.

– ¿Qué desean, dueños? (Él iba a poder dar la vuelta al mundo con la llave aquella; porque tenía la llave del infierno, podía hacer con los diablos cualquier cosa).

La mujer se asustó terriblemente de ellos. Pero el muchacho, pícaro, enseguida lo entendió todo.

– Queremos comer y vino bueno.

De repente llegaron unos sirvientes y pusieron la mesa, y ¡qué no pusieron! y después de que acabaran de comer, recogieron aquello y se fueron.

– ¡Vamos, madre! La llave esta la guardo yo.

El muchacho ya se había convertido en un mozo, bueno para casar.

– Madre, he oído que la Hija del emperador es hermosa. Me voy a casarme con ella.

– Mi alma, ¿tú un muchacho tan pobre casarte con la Hija del emperador? ¿Qué locuras estás diciendo?

– Y si yo quiero así. Ve, madre, a pedir su mano.

– ¿Pero cómo entro yo allá, mi alma?

– Ve, madre.

Él la incitaba.

– ¿Cómo voy a ir con las manos vacías?

– Madre, ¿ve a ver si no se han podrido las manzanas y las peras? Llévaselas.

– Bien dices, querido mío.

Y la anciana se viste con un sayo de campesino, se pone un paño hermoso en la cabeza, coge en el pañuelo las montañas y se marcha. Llega a la puerta del emperador. El emperador estaba en el zaguán alto. Vio el emperador que luchaban los guardias con ella, no la dejaban entrar. Pero aquel emperador era compasivo, no como este de ahora. Pensó que venía a pedir algo.

– ¡Dejadla! ¡Pasa! ¿Me oís?

Cuando oyeron la orden del emperador, la dejaron.

– ¿Qué quieres, tía?

– Pues, Excelentísimo emperador, vine por una cosa grande.

– ¿De qué se trata, tía?

– Toma primero un regalo.

Vio el emperador las peras y las manzanas de oro y se quedó asombrado. ¡Qué una campesina tuviera algo así! — solo en sus patios había aquella clase de cosas.

– Mi hijo quiere casarse con su hija, Emperador.

El emperador estuvo un momento y al final pensó: la anciana esta está loca.

– Si tu hijo — dijo — hasta mañana por la mañana en lugar de tu casa hace un palacio como el mío, y un jardín como el mío con una sendita de árboles hasta mi patio, y en cada árbol cantan los pájaros, yo le daré a la chica.

– Adiós, emperador.

Regresa la mujer.

– He aquí, querido mío, lo que dijo.

– Bueno, madre, lo haré hasta mañana.

Frotó la llave y vinieron de nuevo cinco hombres de hierro.

– ¿Qué quiere, señor?

– Hasta mañana por la mañana que haya un palacio totalmente hecho de cristal, y embellecido con oro y que haya una sendita acompañada de árboles y un árbol que florezca, a uno que le estén brotando hojas, otro al que se le caigan la hoja, que no haya dos iguales. Y la sendita que sea de terciopelo con la hierba de terciopelo. Junto a cada árbol que esté un soldado con el sable sacado. Y que los pájaros canten tan hermoso que no pueda dormir el emperador ni la Hija del emperador.

¡Eh! Y cuando aún quedaba mucho hasta el día, todo estaba preparado.

El emperador por la mañana cuando se despertó dijo a la chica:

– En todo el tiempo que llevo en este palacio nunca han cantado los pájaros como ahora (porque él no se esperaba esto, pensaba que eran todos los pájaros de su jardín).

Cuando salió afuera y lo vio, dijo:

– ¡Oye! gran poder tiene este hombre.

El chico dice:

– Ve, madre, y pídele la mano de la chica.

Se fue la anciana al emperador, le daba largas, ya que no quería entregar a su hija a gente de esta clase.

– Escucha, tía, si de hoy en una semana viene en un carruaje de oro con caballos que coman ascuas y beban llamas, le daré a la chica.

Pero la chica iba a casarse el mismo día con otro emperador.

– He aquí, mi alma, lo que dijo.

– Haré también esto, madre.

De repente oye un estruendo grande, afuera.

– ¿Será esto, madre?

Su madre va a enterarse y dice:

– Se casa la Hija del emperador.

– ¿Con quién se casa?

– Con tal hijo de emperador. Mira, querido mío, sólo hiciste que se burlaran de mí.

– Deja, madre, que de igual modo tendrá que dármela.

Tomo él la llave y la frotó. Era el invierno. Y vino el hombre de hierro.

– ¿Qué quiere, amo?

– ¡La Hija del emperador se ha casado hoy! Cuando se duerman, coge al novio y sácalo afuera y a la novia llévala a una cueva, pero de madrugada llévalos de nuevo a ambos a la casa.

Por la mañana entra el emperador a casa.

– Y bien, queridos, ¿cómo dormisteis?

Dijo él:

– Yo, padre, tuve mucho frío.

– Pues, dijo ella, yo no sé dónde estaba, sé que buscaba una vela para encender y no la encontraba, y no había cama, ni nada.

– Has tenido un sueño.

– Pero cómo demonios, padre, mira cómo las yemas de mis dedos se han helado.

– Yo no siento la espalda.

– ¿Por qué le no dijisteis al sirviente que encendiera el fuego? No pasa nada.

La tarde siguiente, de nuevo frota la llave. Viene de nuevo.

– ¿Qué quiere, amo?

– Quiero que vayas y le pongas al yerno del emperador sobre un montón de nieve cuando se duerma, y a la novia ponla en la cima de la casa.

Sobre la casa hacía frío, pero al menos no había nieve. Él, en cambio, se ha helado. Pero, aún así sentía lástima de ella.

– Déjala en el tejado sólo la mitad de la noche.

Cuando trajo al novio por la mañana, estaba tieso. Reunió a todos los doctores, pero ya no había nada que hacer— murió el pobre.

Y pasó una semana.

Él, de nuevo frota la llave y vino aquel.

– Mañana por la mañana, trae una carroza de oro y caballos que coman brasas y que beban llamas y también los trajes más hermosos del mundo para mí.

Se sube él, como un boyardo, en la carroza al día siguiente y marcha hacia el emperador.

– ¿Cómo estás valiente mozo? Dijo el emperador.

– Vine para que me des a la chica.

Él hace como que no sabía que había muerto el yerno.

Se la da el emperador. Hace una boda esplendorosa, coge a la chica y la lleva a su palacio— y él le muestra el inmenso amor que sentía por ella.

Pero ocurre que el brujo se entera que él había salido de la tierra. Qué iba a hacer él para poder echarle mano, porque él, aunque era un brujo feroz, tenía solo un par de diablos, mientras que el otro tenía en su poder la llave del infierno.

Él guardaba la llave aquella siempre sobre una estufa y sólo el sirviente sabía de ella. Pero el sirviente no era muy listo.

Un día acompañó a la Hija del emperador de paseo. El brujo cogió una multitud de llaves nuevas y hermosas, algunas de oro, otras de bronce, o de plata y empezó a gritar en la puerta del yerno del emperador.

– ¿Quién me cambia llaves herrumbrosas por otras de oro?

Y el sirviente, que no tenía demasiada mente, pensó en darle la llave aquella a cambio de una de oro, que mejor le serviría a su dueño.

¡Eh! y cuándo cogió la llave, le cogió al pobre, todo su poder. Se la da.

Cuando llegó él del paseo el palacio ya no estaba. Quedó él, el pobre, en el campo ya no tenía siquiera la choza que tenía antes.

El emperador le envió este mensaje con un maestro de ceremonias: que si antes de tres días no volvía a hacer el palacio como antes le quitaría a la chica para siempre. Y, ya sabes, mejor le hubiera quitado los días que quitársela a ella. Gran cosa es el amor.

¿Qué podía hacer él? Ahora la chica estaba también tremendamente enamorada de él. Antes, más querido le era el otro, el que se había muerto helado, ¡pero ahora! Esperó él hasta el tercer día; no hay remedio alguno, el palacio no lo puede hacer. Se despide de su esposa: ¡quién sabe qué lamento fue allá!

– Me voy ahora a buscar mi destino.

Marcha él y llega a un charco (como un estanque de grande).

– Ya no tengo nada que hacer, ¡me ahogo!

Pero, frotándose las manos, frota también el anillo que le había dado el brujo cuando lo metió la primera vez en el hoyo, y aparece un hombre de hierro.

– ¿Qué quiere, amo?

– Quiero la llave aquella del infierno.

– Yo la llave del infierno no te la puedo dar.

– Entonces ¿qué hago yo, dime al menos dónde está?

– El brujo, para que no le coja nadie se ha hecho un palacio sobre el Prut⁶⁰⁵, y si pudieras ir hasta allí, él la tiene escondida bajo su almohada de su cabeza.

– ¿Qué puedo hacer para llegar a él?

– Coge, dice, este trocito de hierro, date tres volteretas sobre ella y te convertirás en una mosca –al final verás cómo recuperarlo.

Y se hizo invisible el hombre aquel.

Lo cogió él, se dio tres volteretas encima de ella y voló convertido en una mosca hasta el Prut. Llegó allí y se encontró al brujo durmiendo una siesta. Pero entrar... ¿por dónde entrar? Las ventanas estaban con los postigos puestos cerrados completamente.

⁶⁰⁵ El río Prut es un afluente del río Danubio que discurre por Ucrania, Rumanía y Moldavia

– Me meto por el ojo de la cerradura.

Se mete y se posa sobre la estufa. En cuanto se despierta el brujo, empieza a golpear en medio de la casa con unos martillos y comienzan a salir tantos diablos que daban escalofríos. Y empezó a mandar a unos para que hicieran males, a otros para que empujaran a los hombres para hacer males, — o lo que no quiere Dios, ¡porque el hombre es terrenal y pierde la cabeza! Y, después de poner él sus obras en marcha, salió afuera. La mosca se movió, cogió la llave de debajo de la almohada y levantó el vuelo despacito – despacito y salió. Su alegría era indescriptible ya que iba a recuperar a la chica. Ahora, lo importante no era él, sino ella. Frotó la llave, vinieron los hombres de hierro.

– Que me hagáis el palacio de nuevo tal como era.

Ahora aprendió la lección: llevaba la llave siempre con él.

¿Qué podía hacer el brujo? Había en la aldea aquella una anciana santa... Por aquel entonces había gente buena, había santos... no como ahora. Cuando a alguien le dolía la cabeza y cuando tenía alguna enfermedad, sólo con poner la mano le curaba.

Y fue el brujo, y mató a la anciana y se vistió él en sus trajes.

Enfermó su mujer, la Hija del emperador, pero qué enfermedad, dio Dios me ayude a no tenerla mientras viva, en cuanto decía ¡ay!, él se derrumbaba.

– Quiero que llames a la anciana santa.

Llega — pero era el brujo. Comienza a poner la mano sobre su cabeza, como si, querido señor, la deshechizara. Y cuando sale él de la casa, le dice el brujo a la mujer:

– Señora, Majestad, cuanta belleza y esplendor hay en tu casa y no tienes un huevo hermoso de mármol.

– ¿Qué clase de huevo tía?

– De los que sólo se encuentran en el fondo de la tierra.

– ¡Vaya!, se lo diré a mi marido, para que envíe a alguien a buscarlo.

Y se va el brujo.

Regresa él a casa.

– Mira, dijo — he aquí lo que me dijo la anciana esta santa.

– Voy a frotar la llave.

Frota la llave y vienen dos hombres de hierro.

– ¿Qué quiere, amo?

– Quiero el huevo de mármol de debajo la tierra.

– Que Dios te castigue (o esté él allá); con todo lo que hago por ti ¿hasta la llave del infierno tienes, ahora quieres quitarnos también todo nuestro poder?

Mira tú el brujo lo había hecho adrede, queriendo que el diablo lo estrangulara.

– Te mataría, pero como sé que esto no sale de ti, te perdono, y te digo así: que la anciana santa es el brujo y que hoy va a venir con un cuchillo grande y haciendo que pone la mano sobre la cabeza de tu mujer la matará.

En cuanto oyó él esto, ¡of! ¡Se puso a temblar!

Y se va el hombre el de hierro. Él prepara su yatagán⁶⁰⁶ y cuando llega a casa el brujo, pide al sirviente que lo desvista primero y, de verdad, encuentra un cuchillo grande, sabes como el filo de navaja, y con el yatagán le hace trocitos. Ahora eran plenamente felices. El pobre ya no sabía qué era el dolor, como sabía antes y dice un día:

– Vamos, hermana, vayamos a encontrar a mis dos hermanos (¡pero su madre había muerto!). Empiezan a prepararse, se marchan hasta que se encuentran en guerra con otro. Nunca está el pobre hombre en paz. Y estaba él tan disgustado, que no podía con su alma. Viendo al recién llegado se alegró y dijo así:

– Ya que eres yerno de emperador, ayúdame y podré ganar a mi enemigo.

Y preparó un ejército tan grande que pudo, por fin, derrotarlo.

Así pues, estos dos dicen que eran muy felices — sólo el tercero, era más desgraciado (el de la molleja). Aquel cogió y se fue a la Hermosa del mundo. Al entrar al palacio del boyardo aquel, no le dejaron entrar. Entonces él organizó un baile esplendoroso e invitó a acudir a todos, entre los que estaba también la Hermosa del mundo. Era tan hermosa, que, cuando llegó al baile lo alumbró tanto que... perdoneme usted. Él comenzó el baile que duró hasta la madrugada—puso mesas y comenzó a jugar a las cartas. Él hizo todo lo posible para jugar con ella. Él tenía suerte pero se dejaba ganar, y siempre ganaban otros de lo enamorado que estaba. Entonces ella, viendo tanto dinero, se maravilló y dijo a su padre:

– Vamos, padre, a invitarle a nuestra casa (sabes, sea como sea, cobre gana cobre pero no huesos del hombre. Después de un tiempo, fue a verla y llaba unos diez bolsas de oro – jugaban a las cartas de nuevo y ella le ganó todo, no le quedó ni una monedita⁶⁰⁷. Viendo ella que no le quedaba ni un céntimo, empezó a reírse de él. Y llovía afuera. Y

⁶⁰⁶ Especie de sable o alfanje que usan los orientales

⁶⁰⁷ Pitac: moneda rusa de poco valor

queriendo o no queriendo tuvo que quedarse allí. Por la noche, cada vez que se despertaba, encontraba una bolsa de dinero bajo la cabeza.

Al día siguiente, por la mañana, cuando vino el sirviente para que se lavara, después de que terminó de lavarse, le puso en la mano unas veinte monedas de oro de propina. Corrió a ella el sirviente, y ella dijo:

– ¡Oye! ¿De dónde tiene este hombre tanto dinero?

Va a buscarle y le dice así:

– Serás mi marido si me dices de dónde tienes tanto dinero.

Él había enloquecido y se lo dijo el tonto. Y entonces ella le hizo un café y se puso muy enfermo. Empezó a vomitar, y vomitó la molleja. Y la cogió ella, la lavó, quién sabe con qué, la perfumó y se la tragó, para encontrar ella las bolsas con el dinero. Cada uno con su suerte.

A él todavía le quedaban unas diez bolsas de dinero de la noche aquella.

Ella lo echó afuera. Él montó en un caballo y partió. Cabalgando, llegó a un campo de flores, el caballo se puso a comer y se convirtió en un burro.

Él recogió un manojo de flores y se las puso en el bolsillo. Siguió su camino montado sobre el burro hasta llegar a un lago. El burro se paró a beber agua y convirtió de nuevo en caballo.

– Vamos, dijo, bueno es esto.

Coge un poco de agua en un frasco agua y se da la vuelta. Llega de nuevo allá, a la casa de la Hermosa del mundo, y con del dinero que le había quedado organiza otro baile espléndido. Ella corre para ver de dónde tenía dinero.

– Del manojo este de flores.

Él se lo da y cuando lo huele, en seguida se convierte en burra. Y él la deja así y se va.

Espera el sirviente que salga la dueña afuera. –¡No está! –Gran pecado.

Cuando entra, encuentra la burra.

Al rato vuelve el joven, la saca de casa y se van, él montado a lomos de la burra. Le da heno para que coma, aunque ahora tenía corazón humano. Ella dijo así con dolor:

– No te engañaré más a partir de ahora y te voy a devolver la molleja, sólo hazme cómo fui.

Con todo lo que le había hecho sufrir, él se había vuelto cruel y siguió cabalgando hasta llegar al palacio de su hermano, el emperador, donde se encontraba también el otro hermano, el que estaba casado con la Hija del emperador. Y cuando les contó que la burra era la Hermoso del mundo, ellos insistieron para que la perdonara. La perdonó y le dio agua y volvió a ser como antes.

Y había ahora tres Emperadores sobre un país. Y fueron todos felices... Y colorín colorado... este cuento se ha acabado.

El ahijado de Dios

Cuento, cuento — sí yo no sé de cuando los cuentos — yo soy más cercano, pero me fui un día a casa de mi suegra y encontré un saco de cuentos, y al llegar a casa lo dejé en el suelo y se abrió el saco y desde entonces se llenó el mundo de cuentos y aprendí también yo uno y te lo cuento a ti.

Había una vez un hombre y tenía dos hijos. La mujer estaba en cinta y tuvo un muchacho, pero él era pobre, no tenía quién le bautizara. He aquí que por allí estaba Dios y san Pedro. Y Dios le bautizó y fue el muchacho travieso.

Después del muchacho hizo una chica, era tan hermosa, al sol podías mirar, pero a ella no. Su tarea era la de llevar comida al campo. Llevando ella comida al campo la vio un dragón y quiso cogerla. Pero el ahijado de Dios era travieso y dijo así a la chica: que él iba a hacer un surco hasta la comida y ella siempre sobre surco vaya a sus hermanos. El ahijado de Dios era travieso no estaba, el dragón tremendo. Él sabía que había urdido su Hermano y la trajo por el surco hasta su casa. La chica se fue con la comida justo al patio del dragón. Esperan ellos que venga— ¡no está!

— ¡Eh! madre, ¡me voy a buscar a mi hermana que la cogió el dragón— dijo el ahijado de Dios!

E hizo una bola de hierro a los gitanos en lugar del norte y se la lanzó y él fue tras ella.

Llegó hasta una fuente y un árbol. Allá poniéndose él a descansar, oyó diciendo así:

— ¡Señor, Señor, si viniera madre, porque ahora mismo nos come el endriago!

— Pero ¿a quién se oía?

Miró por la copa del árbol, vio dos crías de pájaro.

— Niños, ¿dónde está el endriago que os va a comer?

— Está aquí en la fuente.

— ¿A muchos os ha comido hasta ahora?

— Sí, a unos veinticuatro.

— Pues dejad que os libre yo.

Se encaramó a la copa del árbol junto a las crías. El endriago estiró una cabeza para coger una cría. Pero él tenía espadón y le cortó la cabeza. Estiró también la otra y también le cortó aquella. Las crías no sabían qué hacer de alegría y dijeron así:

– Cuántos hermanos hemos sido, a todos nos los comió, sólo nosotros dos quedamos. Si viniera madre, grande, de alegría te comería; métete bajo mi ala.

Se metió bajo su ala y no se vio. Se oyó un bramido grande; llegó el pájaro. El pájaro era la madre del viento.

– ¡Queridos de madre no os comió!

– El ahijado de Dios nos libró.

– Dónde está para que le coma de alegría.

– Por favor, madre, si le comes devuélvelo.

– Pero ¿dónde está?

– Se fue al levante.

Y ella empezó a bramar fuerte al levante. Y las crías dijeron al ahijado de Dios:

– Madre, tiene que pasar un fuego que te come hasta que llegue al levante.

Vuelve.

– No está querido de madre.

– ¡Aquí está, madre!

Y ella le cogió y le tragó y cuando lo devolvió así se hizo él tan hermoso, que iluminaba el lugar en donde estaba.

– Qué te haré por el bien que me hiciste, que me salvaste a los niños — dijo el pájaro.

– Que me digas dónde está el dragón con mi hermana.

– Ni le he visto, ni le he oído.

– Al contrario no me agradezcas.

– Silbó para que venga mi hijo, el viento de levante.

Y silbó ella una vez y vino un hombre – medía una palma y su barba era de un codo y cabalgaba un conejo cojo. Y le dijo el pájaro:

– Medía una palma

Barba codo

Cabalga un conejo cojo.

¿Dónde está el dragón que cogió a la chica, a la hermana del ahijado de Dios?

– Ni lo oí, ni lo vi. A lo mejor lo sabe mi hermano, el viento de mediodía...

Cuando silbó una vez, vino otro. Éste era grande de estatura, con los labios grandes y no tenía ojos. Y cuando silbaba, por todos sitios se oía.

– ¿No viste, ni oíste al dragón que cogió a la chica, a la hermana del ahijado de Dios?

– Ni lo he visto, ni lo he oído.

– ¿Qué puedo hacer? Dijo el pájaro.

– ¿Como no lo sepan nuestros hermanos de sangre?

– ¿Dónde están?

– De aquí están lejos. Tenemos que ir muy lejos. Coge un hilo de mi pelo, cógete también de mi barba y parte muchacho al camino. Y pon los pelos en tres y cuando en un tiempo de necesidad silbes en ellos mismos, yo, nosotros te ayudaremos a hacer justicia por aquí y entrarás en el bosque y siempre ve adelante.

Lo cogió y marchó hasta el bosque aquel... cuando en el medio del bosque vio una humareda tremenda de grande que se asfixiaba, ya no podía. Se acercó él allá por el a hurtadillas y encontró a la madre del dragón—se quemaba el pelo de los pies por el calor tremendo que hacía y ya no podía.

– Buenos días tía.

– Gracias a ti valiente mozo, pero — dijo — ¿a dónde vas valiente mozo?

– Busco el patio del dragón, tía.

– ¡I, muchacho! Mucho tienes que ir hasta llegar y ya no quedan días para acercarte.

– Por favor, tía, dime dónde está el camino aquel, que no tengo miedo... me voy.

– Yo no lo sé, querido de tía.

Él, marchando así por el bosque, oyó una voz de hombre diciendo:

– ¡Ay!, ¡ay!, (Dios mío,) tengo mucha ham ¡Oye!

Él se acercó. ¿Acaso está allí? Vio a un hombre sentado con las rodillas en el pecho en el suelo:

– ¿Qué te sucede, hombre?

– Nueve sembrados de trigo recogí y los hice pan y los comí y sigo teniendo hambre.

– Ven conmigo.

– Vamos.

Yendo él más lejos oyó una voz de hombre diciendo así:

– Tengo mucha sed.

– Bueno tiempo, hombre. ¿Por qué tienes sed, no encuentras agua que te sacie?

– Todos los lagos que había en el bosque todos los bebí y sigo teniendo sed.

– Ven conmigo.

– Vamos.

Yendo ellos así más lejos entraron en otro bosque los tres y oyeron bajo un matorral un frufrú. ¿Quién era? El viento de medio día el de los labios grandes.

– Bueno tiempo, viento, ¿qué haces aquí?

– Me preparo para coger aire y disparar un mosquito. Lo disparo intentando no romperle la piel.

– Pero dónde está el mosquito, que yo no le veo.

– Está al lado del sol.

– Deja, ven conmigo.

– Que no. Yo me voy tras el mosquito, id vosotros delante.

Fueron ellos más lejos y llegaron al palacio del dragón. El dragón estaba cazando y la chica estaba en el zaguán.

– Buen tiempo, hermana.

– Me dijo el dragón que vienes por mí. Pero vuélvete que te mataré.

– No tengo miedo.

– Él ahora viene de cazar.

Llegó el dragón.

– Bienvenido, ahijado de Dios.

– Bien hallado, cachorro de dragón.

– Vamos a la lucha.

– ¡Vamos!

Y lucharon ellos tres días y tres noches y no se podían vencer y no se rendía ni el dragón, ni el ahijado de Dios.

Él encendió los dos cepillos y vino el viento de levante y de mediodía y cuando puso los labios en el tercero justo en la mitad hendió al dragón cuando respiró. Una mitad murió la que tenía una cabeza, pero la otra mitad no, porque le quedaban dos—porque tenía tres en total. Y rogó el ahijado de Dios tremendo al Estado de la Palma – barba–codo.

– No te puedo hacer nada, porque él se fue al emperador del país este para decir lo que has hecho. Ahora si pudieras luchar con aquel.

Él se marchó con su Hermana.

Cuando llegó cerca del palacio del emperador aquel en el que no había modo de pasar, así era de tremendo y yendo él alrededor llegó a un charco. Sobre el charco aquel había tres chicos y se batían con un gorro, con una fusta y con un punzón.

– ¿Por qué os pegáis, chicos?

– Esto nos ha quedado de nuestro padre y no lo podemos repartir.

– Y ¿para qué necesitáis vosotros esto?

– Cuando te pones el gorro en la cabeza no te ves, cuando das con la fusta subes al patio del emperador, cuando dices: punzón–punzoncillo — te subes al cerro de cristal.

– Pero en el cerro de cristal ¿quién está, qué buscáis vosotros allá?

– En el cerro de cristal tiene el emperador a la chica.

– ¿Por qué la tiene allá?

– Para que no la cojan los dragones.

– ¿Hasta cuándo?

– Hasta que encuentre un valiente mozo que mate al dragón... Al que mate al dragón le dará la chica el emperador.

– Ya chicos, yo haré buena justicia, meteros todos en el lago y yo os echaré una, quién la coja más rápido de aquel será.

Él, astuto, cogió todas en la mano, metió a los chicos en el agua y al final se puso la bici y subió al cerro donde estaba el emperador, al patio imperial.

En el patio del emperador había una hermosura, que no se puede contar. El emperador estaba afuera, — era anciano y bebía cachimba.

– ¡Buen tiempo emperador!

– ¡Gracias a ti valiente mozo! Fuerte hombre tienes que ser cuando has subido hasta aquí a mi casa.

– Así es emperador, vine para matar al dragón, para liberar a la chica.

– El dragón no ha venido todavía a mi casa. Pero se oye que está aquí en el valle en un lago, es de noche intenta subir a coger a la chica del cerro de cristal.

– Queda sano, Emperador.

– Vete sano, valiente mozo.

– Me voy tras el dragón. Si lo mato me darás a la chica.

– Te la daré.

Llegó él al lago en donde encontró a los chicos. Se puso el gorro en la cabeza, se hizo invisible y se puso bajo un matorral de hierbajos. Él era hermoso y fuerte, pero era pobre. Sobre el lago aquel había un cajón boca abajo. A media noche oyó él un bramido tremendo. Aquel era el charco del dragón, venían los diablos y mandaron la noche. Vino el diablo más grande, se montó sobre el cajón. Silbó tremendo y vinieron diablos cojos, tuertos, y empezó a preguntar al Diablo ¿qué tenían que hacer ellos?

– Yo he enfurecí a tres chicos, aunque tan sólo mataré a uno de ellos.

Lástima grande que llegó el ahijado de Dios y los ha cogido.

– ¿Y tú?

– Yo he enfurecí al viento de mediodía para que rompa por la mitad al dragón con tres cabezas y dos cabezas han escapado, pero la mitad está muerta.

– No hicisteis ninguna tarea, os enseñaré yo lo que haréis. Al lado del charco este en el valle, hay un tesoro de dinero. El tesoro de un anciano y el anciano morirá esta noche. Id y coged el dinero aquel para que sea nuestro.

– ¿Y si lo coge alguien con poder divino?

– Nadie se puede acercar si lo cogemos nosotros.

– Nadie, ¿nadie en todo el mundo puede?

– Alguien puede, he aquí que: si viene el ahijado de Dios antes de que cojáis el dinero sucederá que traerá el agua aquella con que lo bautizaron y nos salpicará, nos quemará, y él cogerá el dinero.

Aquel oyó. Se levanta por la mañana y se marchó para casa. A él le inquieta ir tras el dinero. Llegó él a casa.

– Madre ¿dónde está el agua con que me bautizaron a mí?

La encontró su madre en la iglesia al lado del altar y cogió él y se marchó de nuevo. Llegando allá — los diablos tenían todo el dinero. Fue y se acercó, les salpicó. Los diablos gritaban y decían:

– Por favor, ahijado de Dios, qué quieres que hagamos, pero no nos quemes.

– Si me traéis al dragón que se escapó, yo os dejaré libres.

– Por favor, he aquí me voy para traerlo.

Y cogió un hatajo de diablos tremendo de muchos.

– Pero vivo puede que no te lo podamos traer.

– Muerto no quiero, vivo traédmelo.

Y cogió a los diablos e hizo una cuba de hierro y les mandó tras el dragón para que lo metan en él. Cuando lo trajeron la cuba era tan pesado, que sólo los diablos lo podían levantar.

– Ponedlo aquí.

Pero con el látigo lo subieron al emperador con la cuba y todo.

Les dijo el emperador:

– ¿Qué tienes aquí?

– Aquí está todo mi poder emperador... muéstrame a la chica o lo suelto. El emperador de una vez se aterrorizó, y al final (él, astuto) la trajo para que la vea él. Por dónde subió el emperador al cerro de cristal no se sabe, él tenía un poder tremendo, desconocido. Después de que la trajo, él después de que la vio enloqueció, tanto le llenó de amor. Pero, perdónale tú, también él a ella.

– ¡Valiente mozo! te casarás con mi hija, pero si me dices cómo liberas tus poderes.

Pero él por el amor en el que había caído la chica perdió la mente.

– Emperador, yo te engañé, aquí está el dragón.

El emperador gritó pronto:

– Mátao valiente mozo, que él ahora mismo rompe el cuba, que yo le cogí una vez y lo ha roto.

Él de alegría porque le daba a la chica, de una vez empezó a matar al dragón. Le vertió recién encendida sobre la brasa y empezó a gritar tan tremendo el dragón que tembló el palacio del emperador. Después de que mató al dragón, empezó a salir un humo, así de tremendo olía de pesado, que el valiente mozo cayó como muerto. El emperador, su alegría, le cogió y puso al valiente mozo en la cuba y le dejó en el valle. Él tomó a la chica y la subió al cerro de cristal. El pobre valiente mozo cuando cayó él muerto le quedó la sula en el zaguán del emperador. Entonces se despertó él en la cuba...

– ¡Ah señor!, astuto he sido, más astuto el emperador. ¿Qué haré yo?

Comenzó él a sacudirse para salir de allí. A pesar del poder que tenía él no podía romper aquello. Él todavía tenía un trocito de barba de Statu–palma. Encendiéndolo, comenzó a venir él con el conejo cojo sobre la cuba.

– Libérame.

Empezó a golpear el conejo para romper la cuba. (Porque todo el poder del viento de levante está en el conejo; el conejo ¿por qué huye tan rápido?). Escapando él, le dijo Statu–palma así:

– A partir de ahora ya no me llames, al final ya no te hago nada, porque tres veces te he hecho bien.

Ahora él bate el látigo y llegó al emperador. El emperador arrojó el alfiler.

– Vine, emperador, para que me des a la chica.

Hacía como que no sabía, que dio la cuba abajo.

– Yo te daré la chica, si te vas al cerro el de las flores y me traes una flor del medio del jardín aquel, yo te daré a la chica.

El acepta y parte, marchó durante un año. ¿Quién había en el jardín aquel? Estaba Statu–palma.

– Vaya valiente mozo, ¿precisamente hasta aquí has venido tras de mí?

– Vine, para pedirte que me hagas otro bien. Que me des la flor del medio del jardín este.

Él se lo da. Así era de orgullosa, olía tan hermoso la flor aquella que te adormecía. Llegando al emperador, se la dio.

– Si me haces algo yo te daré la chica. Yo arderé (cuanto hato de ganado tenía el emperador) y si te la comes en una noche, yo te daré la chica.

Lo hizo así después de la orden del emperador y él dijo al que no se harta y come todo en una noche. Él solo entonces se hartó, hasta que el día abrió. Él comió así con tanta gula, que las paredes del granero le envidiaban. Y se maravilló el emperador de tanto poder.

– Si bebes de la fuente (se halla en el Patio) de agua, yo te daré la chica.

Él llama al otro hermano de sangre, que no se hartaba de agua, lo bebió, una fuente no era suficiente y rompió también aquella.

Junto al patio del emperador había un tremendo bosque.

– Si tú soplas una vez en mi bosque y se mueren todos los mosquitos hasta la puerta del palacio, yo te daré la chica.

Él encendió el pelo del viento de medio día. Cuando se fue el viento de medio día y cuando puso sus labios en cuatro y silbó, casi traga al emperador. Así de fuerte y así ellos lloraron duro, parece que estaba entre pobres de Ismail.

– ¡Gran poder tienes! Di a los mosquitos que se vayan de aquí.

– No lo digo, hasta que no me des la chica.

El emperador la cogió con ternura y lo engaño. Y dijo al viento que soplara y se fueron los mosquitos de la puerta.

– Si subes y la coges del cerro de cristal te doy la chica.

– Un alfiler olvidé yo aquí.

– Yo no la he visto.

Estuvo él tres días y tres noches y pensó qué hacer y se le ocurrió una idea: llamar al viento de mediodía. El viento de medio día le dijo así:

– Otro bien tengo que hacerte. Tengo que ponerme en el zaguán del emperador y empezar a soplar.

Poniéndose él, sopló y se balanceó el palacio tanto que parecía que iba a derrumbarse.

– Emperador, si me das a la chica el viento parará.

– El palacio dejó que se derrumbe, pero yo la chica no te la daré.

Y él dijo al viento:

– Ponte frente a la puerta y empieza a soplar en casa con todo tu poder.

Él puso los labios en cinco y cuando empezó a soplar, el emperador salía de pared en pared.

– Emperador, dame la chica que el viento parará.

– Sube al cerro de cristal y cógela.

– Dame el punzón emperador.

– El punzón lo he arrojado al medio del lago al lado del cajón... allá donde están los diablos.

Él estaba pegado de la tierra, ya que el viento no tenía que hacer nada —terminó lo que tenía que hacer, aquel se derrumbó.

Así yendo él al lago aquel, estaba el tremendo palacio hecho por los diablos, donde cogían el dinero; y sobre el agua había una casa hecha tremenda de orgullosa y en la casa aquella se oía un sollozo. Y se dirigió y empezó con la barquita a ir y llegó a la casa aquella. En la casa aquella, cuando entró, había un hijo de emperador cogido por los diablos y trabajaba allí todos los días.

– ¿Qué haces aquí, hombre?

– He aquí me han cogido los diablos, porque cogí dinero y yo no puedo escapar de aquí. Yo tengo un imperio tremendo de orgullo, vamos seamos nosotros hermanos de sangre.

– ¡Vamos!

– Hermanos de sangre seremos, pero huye que vienen los diablos, se acerca media noche. Él todavía tenía agua del bautizo. Esperó a la media noche, vinieron los diablos y él comenzó a salpicarles.

– Por favor, ahijado de Dios, lo que pidas te lo daremos, sólo déjanos.

– La sula del medio del estanque.

Se fue y trajo el diablo la sula.

– Ahora llévanos hasta el cerro a ambos y después no te salpicaré.

Ellos, por miedo les llevaron. Él dijo:

– Punzón, punzoncillo, súbenos al cerro de cristal.

Cuando les subió, tanto lamento que tuvo ella por él, que había una bañera de lágrimas.

Entonces El emperador no tuvo nada más que hacer y se la dio. Hizo una boda tremenda y al final se la llevó, trajo a su Hermana de la casa del dragón y se casó con su hermano este de cruz...

Vasilie el ahijado de Dios

Cuento, cuento, palabra de cuento, en esta tarde a nosotros llega por una paja centenaza, para hablarte esta tarde.

Había un hombre — tenía tanto poder que, perdonad la palabra simplona, a todos los niños que nacían él los bautizaba, a todos los mozos que se casaban él los coronaba⁶⁰⁸. Tenía una hija y un muchacho. La hija era tan hermosa que al sol podías mirar, pero a ella no. Todos los emperadores del mundo le pidieron su mano, pero ni ella quería irse, ni su padre quería darla. Por aquel tiempo paseaban S. Pedro y Dios sobre la tierra. Porque había hecho milagros, antes andaba también el diablo — cruz de oro en casa. Llegando al hombre aquel le dice:

- Hombre, ¿por qué no quieres que se case tu hija? Le preguntó S. Pedro.
- No quiere la chica irse y no encuentro hombre apropiado para ella.
- Di, hombre, que yo te voy a encontrar uno.

El diablo oyó esto. Y así hizo un viento y empezó la hija se quedó embarazada. Enterándose la aldea, el hombre comenzó a perder la honra que tenía, y primero en su aldea.

Empezó a asombrarse el hombre, por qué causa había perdido él la honra. Su hijo le dijo: he aquí, padre, por esta causa. Y el hombre planeó con la madre de la chica liberarse de ella por ese motivo. Contrataron a un hombre, subieron a la chica en el carro y le dijeron que se la llevara a un desierto, le sacara sus ojos y se los trajeran. El hombre se la llevó. Tras la muchacha iba también un perrito. Ella le rogó al hombre que sacara los ojos del perro y la dejara a ella sana. Ella se hizo un hoyuelo y bebía agua y comía, hormigas y cucarachas comía, ¡Dios me libre!

Por voluntad de Dios y S. Pedro — puesto que ella era la pobre inocente — dio a luz a un muchacho. Dios que sabía lo que había sucedido fue a verla a su desierto y ella le rogó que le bautizara al niño, y le puso por nombre Vasilie — el ahijado de Dios.

Lo que creía otro en un año, él lo crecía en un día. Y Dios plantó un árbol y le dijo a su madre que cuando pudiera arrancar el árbol y sacarlo de la tierra con las raíces, con ramas y todo, entonces podría dejarle que se fuera para vengarse del diablo. Y el árbol aquel en tres años se hizo tan grueso que no podías rodear con una cuerda de aquí a Dorohoi⁶⁰⁹.

⁶⁰⁸ En el rito matrimonial ortodoxo, los novios son coronados

⁶⁰⁹ Dorohoi es una ciudad de Rumania en el distrito de Botoșani

El muchacho cuando se hizo mayor la preguntó:

– Madre, ¿dónde está padre?

Ella le dijo a él, que no sabe quién es. Dijo:

– Yo me voy, madre, a buscarlo.

– Te irás, querido de madre, si puedes arrancar el árbol de aquí de la tierra.

En cuanto se puso lo sacó como saco yo una raíz de zanahoria.

Le hizo su madre unas cuantas tortas de maíz y le dio una talega y se marchó.

He aquí que llegó a una aldea pero él no había visto hombres hasta entonces. Le entró sueño y se tumbó en el suelo junto a una fuente. Y así se le apareció en sueños la Virgen María y le dijo:

– Muchacho, en vano andas para encontrar a tu padre, anda mejor para buscar tu suerte.

Él se despierta y mira al pozo y ve una chica de unos 11 años que lloraba.

– Chica, ¿por qué lloras tú?

– ¡Cómo no voy a llorar si me ha puesto padre aquí para que me coma el endriago!

– ¿Cómo es el endriago ese?

– A todas las chicas de la aldea se las ha comido y sólo he quedado yo. (Ella era la hija del boyardo de aquella aldea. Dijo que si no la comía también a ella pararía la lluvia y secaría las aguas, para que se muriera la gente de hambre).

– Pero dime, ¿tienes que esperar mucho, muchacha, aquí hasta que venga el endriago para comerte?

– Hasta mañana de madrugada.

– ¿Sabes si hay gitanos aquí en la aldea?

La chica le encaminó y se fue allí y mandó hacer un espadón, y con él volvió al pozo. Se acostó y la chica se acostó a su lado. Y así se durmió tan profundamente que no oyó cuando llegó el endriago. La chica se despertó y empezó a gritar estrepitosamente pero él no se despertaba: le había robado el sueño el endriago. La chica le cogió por los pelos y se quedó con un mechón en la mano, y tan fuerte le dolió que súbitamente se incorporó y empezó a luchar con el endriago. Tanto lucharon ellos tres días y tres noches que corrían regueros de sangre en lugar de agua y lo mató. Hizo montones de carne como se hacen en otoño montones

de heno y le cortó la lengua y los ojos los sacó y los puso en el cinto dejó a la chica y se fue. Se fue a ver a su madre a la que quería mucho. Por el camino se encontró con la madre de los endriagos.

– Buen camino, valiente mozo, dijo la anciana.

– Gracias, buena mujer.

– Tengo muchas ganas de preguntarte algo, valiente mozo. ¿No habrás visto a mi muchacho? Tenía doce cabezas. Tremendamente fuerte.

– Sí, dijo, ¿tú cuántos hijos tienes?

– Sólo dos.

– Pues he oído hablar de tu hijo, le mató un valiente mozo de la corte del boyardo esta aldea.

Ella se lo agradeció y siguieron sus caminos.

Más adelante, se encuentra con un dragón.

– Buen camino, valiente mozo, hace mucho te busco y no te encuentro. Sé que mataste a mi hermano; así que ahora ¡vamos a luchar!

Y empezaron a luchar. Éste tenía veinte y cuatro cabezas —era tremendo— y se luchó seis días y seis noches y no lo podía vencer.

– Por favor déjame, dijo el dragón, y todos mis tesoros te los doy a ti.

– Vamos primero a verlos, me los das en la mano y después te dejo libre.

Así que el dragón le cogió y le llevó a sus moradas.

Tantos tesoros tenía él y tantas piedras preciosas tenía que se iluminaba la casa por oscuridad que hubiera.

Vasilie – el ahijado de Dios, temió dejarle libre. Hizo un gran tonel de hierro y dejó sólo un huequecito para que respirara y cerró la puerta, se llevó la llave con él y a las otras moradas las dejó abiertas. Y fue y le dijo a su madre:

– Madre, ven a vivir conmigo. Pero no le dijo cómo había ganado todo aquello. Y la llevó allí a las casas del dragón y le rogó:

– Madre, pueden entrar en todos los cuartos salvo en esta alcoba que está cerrada.

Ella se aguantó unas dos semanas. Luego pensó lo siguiente: ¿Por qué no me deja mi hijo entrar en esta alcoba? Y por la noche cuando dormía le robó la llave. Se fue a cazar, porque había un hermoso bosque allá, y todos los días se iba.

Ella abrió la puerta y entró en la alcoba y el dragón viéndola que entraba le dijo:

– Mujer, dame una cubo de agua y te daré el tesoro más grande.

Le dio tres cubos. Se hinchó y rompió el tonel. Consiente la mujer vivir con el dragón para que no mate a su hijo.

Se enferma. Miel de oso.

Bosques y morada hermosa.

Cuando hizo Dios el mundo. Dos hermanos: el santo Sol y la santa luna. No había gente sobre la tierra, sólo ellos dos estaban. Él quiso casarse con su Hermana y fue a Dios a pedirle permiso para que se la diera. Dios no quiso. Y él vino y dijo:

– Vamos, hermana, casémonos que yo ya no escucho a Dios.

La santa luna le dijo:

– Voy yo a pedirle permiso.

Y se fue a Dios y le dijo:

– ¡Señor! ¿Por qué no quieres que despose mi hermano?

– No quiero porque tú tienes que ser la noche y tu hermano, el día.

Y así la dejó Dios y se fue y abrió todas las puertas del infierno y del cielo y dijo:

– Si te casas con tu hermano irás al infierno, y si no le coges irás al cielo.

Vuelve ella y se lo cuenta al santo Sol. El santo Sol dijo: mejor estar en el infierno y casarnos, que en el edén y no casarnos. Y se desposaron. Cuando empezó el sacerdote la ceremonia, los iconos comenzaron a llorar y se hizo oscuridad afuera y vino una nube gruesa y cogió al santo Sol y lo puso en el levante y a la luna en el ocaso. Dios les dio a ellos tal poder que cuando lo ordenaran, crecerían los bosques y las aguas en este mundo y le dio el nombre de Ileana Cosânzeana. De una manera en este mundo y de otra manera en el otro. En el bosque aquel vivía Ileana Cosânzeana.

Él llamó a la puerta, porque se había hecho noche cerrada. Ella lo recibió en la casa y lo preguntó:

– ¿Qué quieres, muchacho?

– Mira, mi la madre está enferma y me pidió que le trajera miel de oso.

– Coge uno de mis caballos, dijo Ileana Cosânzeana y ve despacio a su lomo. Cuando llegue justo el medio día, cuando calienta más mi hermano, entonces los osos dormirán.

Él la hizo caso y cogió la miel y volvió a su madre.

– Mira, madre, te la he traído. Ella comió:

– Me curé.

Queso de cierva.

Se le apareció en sueño la Virgen María. Se fue a buscar a Ileana Cosânzeana.

– Coge, mozo, a los ciervos no puedes irte hasta que no te quedes conmigo por lo menos unas cinco, seis semanas, hasta que termine de crear el mar, no pueda pasar la cierva y la cojas.

Ileana Cosânzeana era milagrosa. Ella sabía qué pensamiento tenía él. Trabajó ella, no había lluvias, no la pudo hacer en seis semanas. El dragón pensó que él se había muerto. Hizo una corta más grandiosa aún y vivía con su madre. Ileana Cosânzeana como no pudo acabar el mar le dijo así:

– Toma este queso que tengo y llévaso, porque ella no está enferma.

Le dijo que ella fingía para matarle y vivir con el dragón.

– Pues voy a matarlos.

Llegando él a casa, como le dijo Ileana Cosânzeana, la encontró.

– ¡Ah!, madre, por qué has querido matarme, le preguntó.

Y por segunda vez se enfrentó con el dragón. Luchando lo mató. Se apiadó de su madre y no la mató, pero la metió en el tonel en el que había encerrado al dragón. Volvió a casa de Ileana Cosânzeana y le contó lo que había hecho con su madre. Ileana le dijo:

– De ahora en adelante la dejas y nunca vuelvas a verla porque te destruirá.

– Yo allá no volveré, y de aquí no me voy.

Tan prendado se había quedado de Ileana Cosânzeana que la amaba profundamente.

Ileana le dijo:

– No puedes casarte conmigo, vete y cástate con la chica que has liberado del endriago.

Así pues hablaba de tal manera que podía persuadir a cualquiera; le hizo caso y se marchó. Cuando llegó, la chica precisamente en ese momento se casaba.

El pobre Dionis Novela

...y todo de este modo, si cierro un ojo veo mi mano más pequeña que con los dos. Si tuviera tres ojos la vería aún más grande, y cuantos más ojos tuviera más todas las cosas de mi alrededor me parecerían más grandes. Con todo esto, nacido con miles de ojos, en medio de unas fealdades colosales, ellas todas relacionadas conmigo, y guardando la proporción, no me parecerían ni más grandes, ni más pequeñas de lo que me parecen hoy. Imaginemos el mundo reducido a las dimensiones de una bala, y todo aquello de ella caído en analogía, los habitantes de este mundo, presuponiéndose dotados con nuestros órganos, entenderían todo aquello absolutamente en el modo y en las proporciones en las que lo entendemos nosotros. Imaginemos, *caeteris paribus* (permaneciendo el resto constante), mil veces grande — la misma cosa. Con proporciones intactas — un mundo mil veces grande y otras mil veces pequeño sería para nosotros todo igual de grande. Y los objetos que vemos, mirados con un ojo, son más pequeños; con ambos — más grandes; ¿cómo de grandes son ellos absolutamente? ¿Quién sabe si no vivimos en un mundo microscópico y sólo los hechos de nuestros ojos nos hacen que veamos en el tamaño en el que vemos? ¿Quién sabe si no ve cada uno de los hombres todo aquello de una forma, y no oye cada sonido de otro modo — y sólo la lengua, la denominación de un modo de un objeto que uno lo ve así, otro de otro modo, los une en consenso? — ¿La lengua? — No. Puede que cada palabra suene diferente en los oídos de los diferentes hombres — sólo el individuo, permaneciendo igual, lo oye de una forma.

Y, en un espacio imaginado como sin márgenes, ¿no hay un trozo suyo, por grande o pequeño que sea, sólo una gota en relación con la inconmensurabilidad? De la misma forma, en la eternidad sin márgenes ¿no existe cualquier trozo de tiempo, por grande o pequeño, sólo un instante suspendido? Y he aquí como. Presuponiendo el mundo reducido a un grano de rocío y las relaciones de tiempo, a una gota de tiempo, los siglos de la historia de este mundo microscópico serían parpadeos, y en estos parpadeos los hombres trabajarían exactamente igual y pensarían igual que en edades nuestras — sus edades para ellos serían igualmente tan largas como para nosotros las nuestras. En qué indefinición microscópica se perderían los millones de recipientes de estos investigadores, en qué infinitud de tiempo el momento de alegría — y todas estas, todas, serían — todo de este modo igual que hoy.

...De hecho el mundo es el sueño de nuestra alma. No existe ni tiempo, ni espacio — ellos están sólo en nuestra alma. Pasado y futuro están en mi alma, como el bosque en un hueso de bellota, y el infinito igualmente, como el reflejo del cielo estrellado en una gota de rocío. Si halláramos el misterio por el que nos ponemos en contacto con estos dos órdenes de cosas que están escondidas en nosotros, misterio que poseyeron tal vez los magos egipcios y asirios, entonces en las entrañas del alma bajándonos, podríamos vivir en realidad en el pasado y podríamos habitar el mundo de las estrellas y del sol. Lástima que la ciencia de la

necromancia y la de la astrología se perdieron – ¡quién sabe cuántos misterios nos habrían descubierto a este respecto! Si el mundo es un sueño — ¿por qué no podríamos coordinar la fila de sus fenómenos como quisiéramos nosotros? No es verdad que existe un pasado — la consecutividad está en nuestro pensamiento — las causas de los fenómenos, consecutivos para nosotros, las mismas siempre, existen y trabajan simultáneamente. Vivir en el tiempo de Mircea el Viejo o de Alexandru el Bueno⁶¹⁰ — ¿es acaso absolutamente imposible? Un punto matemático se pierde en la inconmensurabilidad de sus disposiciones, un instante en su indivisibilidad infinitesimal, que no cesa nunca. En estos átomos de espacio y tiempo, ¡cuánto infinito! Si pudiera también yo perderme en la infinitud de mi alma hasta llegar a la fase de su emisión que se llama la época de Alexandru el Bueno por ejemplo... y sin embargo...

Con justa palabra el lector se le aclarará la cabeza y se preguntará – ¿por la mente de qué mortal pasan estas ideas? La existencia ideal de estas reflexiones tiene como fuente de emisión una cabeza con melena de una salvaje irregularidad, hundida en un gorro de cordero. Era de noche y la lluvia caía nimia por las calles sin pavimentar, estrechas y embarradas que pasan por la multitud de casas pequeñas y mal construidas de las que forman la mayor parte de la capital de Rumanía, y por los charcos de barro que salpicaban al atrevido que se fiaba de las pérfidas ondas pasaban unas botas grandes las cuales no habrían pasado el diluvio, cuantos más fuertes calentadores que soterraba en ellas los pantalones del individuo contenido en cuanto que el tiempo se hacía suyo. La sombra de nuestro héroe desaparecía entre la abundancia de lluvia, que daba a su cabeza el aspecto de un carnero llovido, y te asombrabas de lo mucho que resiste a los torrentes de lluvia – su ropa mojada – o metafísica. De por las tascas y tiendas penetraba por las ventanas con muchos vidrios, grandes y sucios, una luz sucia, más difusa aún por las gotas de lluvia que habían inundado los cristales. Por todas partes pasaba algún romántico silbando; algún zafio con la cabeza embriagada de vino se ponía a hablar con las paredes y con el viento; alguna mujer con la cara hundida en el capuchón manifestaba sus efímeras sombras por el espacio negro, igual que los dioses oscurecidos de epopeyas nórdicas... De una tasca abierta se un violín chirriando. El metafísico nuestro se acercó a mirar y los rayos penetraron por la puerta y le golpearon la cara. No era una cabeza fea la de Dionis. La cara era de aquella dulzura cárdena blanca como el mármol en la sombra, algo chupada sin estar seca, y los ojos cortados en forma de almendra eran de aquella intensiva voluptuosidad que tiene el terciopelo negro. Ellos nadaban en sus órbitas — una sonrisa fina y con todo esto tan inocente pasó por su cara ante el espectáculo que miraba. Qué era: Un muchacho de gitano con la cabeza pequeña en un sombrero cuyos bordes eran el símbolo acertado de la inconmensurabilidad, con botas en las cuales hubiera cabido enteramente y en un sayo largo que le llegaba al talón y que sin duda alguna no era suyo, chirriaba con un arco al que le habían quedado en cuantos pelos y, con los dedos secos, movía unas cuerdas falsas que resonaban nerviosamente, y alrededor se agitaba la tierra un húngaro alto, con los pies descalzos metidos en zapatillas grandes llenas

⁶¹⁰ Mircea cel Bătrân reinó entre 1386 y 1418 en Valaquia. Alejandro I de Moldavia (Alexandru cel Bun) fue príncipe de Moldavia entre 1400 y 1432

de pajas. Por muy desagradable que hubiera sido el espectáculo para el sentido estético de mi viajero, él tuvo una influencia importante sobre nuestro héroe que, despertada de sus fantasías metafísicas, se dio cuenta de que la lluvia le había mojado hasta los huesos. Él entró en un café de al lado, para secarse. Levantándose el gorro peludo, vimos una frente tan lisa, blanca, correctamente arqueada, que coincide plenamente con la cara verdaderamente grata de mi joven. El pelo sólo algo demasiado largo corría en cepas bajando por la espalda, pero la sequedad negra y salvaje del pelo contrastaba agradablemente con la cara fina, dulce e infantil del muchacho. Se colgó el abrigo mojado y, al aroma embriagador de un café turco, sus ojos blandos y brillantes se perdieron de nuevo en aquel intensivo sueño que les queda ocasionalmente bien a los chicos, porque la seriedad contrasta siempre gratamente con la cara de niño. Entre estos muros ahumados, llenos del olor a tabaco, del ruido de los jugadores de domino y de la cadencia del golpe de un reloj de madera, ardían lámparas somnolientas esparciendo rayas de amarilla luz por el aire pesado. Dionis hacía con un lápiz un cálculo matemático sobre la mesa vieja de la madera lustrosa y a menudo sonreía. Su sonrisa era muy inocente, dulce lo podríamos llamar, y sin embargo de una profunda melancolía. La melancolía a su edad era el signo característico de los huérfanos; él era huérfano, una existencia — como son muchas entre nosotros — sin ninguna esperanza y, aparte de eso, determinado por el nacimiento del neopositivismo. En la introducción a estas filas sorprendimos uno de los pensamientos que le preocupaban generalmente — y con una semejante mente el hombre no llega lejos — y mucho menos el pobre — y Dionis era un muchacho pobre. Por su naturaleza predispuesta, él era cada vez más pobre. Era joven — puede que ni dieciocho años — tanto peor... ¿qué vida le espera a él?... Un copista avisado a cultivarse en marcha, solo... y esta libertad de elección en los elementos de cultura le hacían leer sólo lo que encajaba con su predisposición anímica tan soñadora. Cosas místicas, sutilidades metafísicas que le atraían el pensamiento que un imán — ¿es una maravilla acaso que para él el sueño era una vida y la vida era un sueño? ¿Era un milagro que fuera supersticioso? A veces se había imaginado él mismo que tristes, que largos, que monótonos pasarán los años de su vida — como una hoja sobre el agua. Falto de amor — porque no tenía a nadie en el mundo, amante de soledad, en la incapacidad anímica de crearse un destino más feliz, él sabía que en “este orden de la realidad”, como la llamaba él, no encontraría ninguna sonrisa y ninguna lágrima — sin ser amado ni odiado por alguien, se apagará como una chispa por la cual nadie pregunta — nadie en el mundo. Su casa desértica, un rincón lóbrego y lleno de telarañas del archivo de una cancillería, y la atmósfera perezosa y flemática del café — eso era toda su vida. ¿Quién pregunta si él también tiene un corazón, si a él también le gustaría andar hermoso vestido, como son preguntados tantos chicos — si a él también le gustaría — amar? Amar — esta idea esta le oprimía a menudo el corazón. ¡Cómo hubiera sabido él amar! ¡Cómo hubiera llevado en las manos, cómo se hubiera arrodillado ante una niña que le hubiera dado a él su corazón! A veces se imaginaba aquella sombra plateada con la cara blanca y pelo de oro — porque todos los ideales son rubios — y parece que sentía sus manitas calientes y angostas en sus manos, y parece que le fundía los ojos besándola, y parece que se le fundía el alma, el ser, la vida, mirándola... eternamente mirándola.

Por todas partes en las mesas se divisaban grupos de jugadores de cartas, hombres con el pelo desordenado, cogiendo las cartas en una mano que temblaba, chasqueando los dedos con la otra ante de golpear, moviendo sus labios sin decir una palabra y bebiendo de vez en cuando con sorbos ruidosos algún trago del café y la cerveza que estaban delante — ¡signo de triunfo! Del otro lado uno escribía con tiza sobre el paño verde del billar; uno con el sombrero alto sobre la nuca y con las manos unidas detrás, con un cigarrillo largo en la boca cuya independencia estaba bordeada sólo por los labios del individuo, miraba — el diablo sabe dónde, con interés o por mirar a un retrato de Dibici-Zabalkanski⁶¹¹ pendido en la ahumada pared. El reloj, fiel intérprete del anciano tiempo, sonó doce veces de su lengua de metal, para dar a conocer al mundo, que no le escuchaba, que habían pasado las doce de la noche. Dionis fue hacia la casa. Fuera la lluvia había cesado y, por los encantos y las olas de las nubes negras-moradas, la luna pasaba pálida y fría. En medio de un jardín desierto, donde los armuelles y las hierbas malas habían crecido grandes en matorrales negros-verdes, se levantaban los ojos de ventana rota de una casa vieja cuya azotea de madera estaba putrefacta y cubierta con un musgo que brillaba como la escarcha en la luz fría de la luna. Unos escalones de madera llevaban al desván. La puerta grande abierta en el balcón del desván se tambaleaba chirriando por el viento y sólo en un quicio, los escalones estaban putrefactos y negros — por todas partes faltaba alguno, así que tenías que saltar dos a la vez y el balcón de madera se tambaleaba bajo los pasos. Él pasó por la maraña del jardín y por los setos vivos derrumbados y subió rápidamente las escaleras. Todas las puertas estaban abiertas. Él entró en una habitación alta, espaciosa y vacía. Las paredes eran negras por la abundancia de la lluvia que corría por el desván y un moho verde se había pegado a la cal; los marcos de las ventanas se quebraban bajo la presión de los muros viejos y las rejas de las ventanas estaban rotas, sólo sus raíces herrumbrosas brotaban en la madera putrefacta. En los rincones del techo con vigas largas y encapotado por telarañas ejercían callada y apacible industria; en un rincón de la casa, en el suelo, dormían uno encima de otro unos cientos de libros viejos, muchos de ellos griegos, llenos de enseñanzas bizantinas; en otro rincón, una cama, es decir, unas cuantas tablas sobre dos cabras, cubiertas con una capa de pajas y con una manta roja. Ante la cama una mesa sucia, cuya madera áspera de antigua estaba grabada con letras latinas y góticas; sobre ella papeles, versos, periódicos rotos, folletos efímeros de esos que se dan gratis, en fin, un desorden en verdad pagano. La luna vertía su luz fantástica por las ventanas grandes, blanqueando el suelo que parecía untado con tiza; las paredes afligidas tenían, sobre donde llegaba la luz de la luna, dos cuadros grandes plateados, como reflejo de las ventanas; las telarañas brillaban alegremente en la luna y sobre los libros tumbados en el rincón se percibía una angelical sombra de hombre. Estaba colgado sobre un clavo el busto en el tamaño natural de un niño de unos dieciocho años, con el pelo negro y largo, con los labios delgados y rosados, con la cara fina y blanca como pulida en mármol y con unos ojos azules grandes bajo grandes cejas y pestañas largas negras. Los ojos azules del niño eran tan brillantes, de un colorido tan claro y sereno, que parecía que miraban con

⁶¹¹ General ruso en la guerra ruso-turca de 1828-1829

inocencia, con su dulzura más femenina sobre el espectador. A pesar que aquel retrato comparecía una figura vestida como hombre, sin embargo las manos dulces, pequeñas, blancas; los rasgos de la cara de una palidez delicada, húmeda, brillante, blanda, los ojos de una profundidad indecible, frente seca y femenina pequeña, el pelo ondulado, algo demasiado largo — te hubiera hecho creer que es la figura de una mujer travestida. El soñador Dionis se paró justo ante aquel retrato que bajo la luz llena de la luna parecía vivo, sus ojos estaban llenos de una supersticiosa idiotez, él susurró levemente y con la voz ahogada de lágrimas: “¡Buenas tardes, papá!”, la sombra parecía que le sonría desde su marco de madera —él se acercó y besó las manos del retrato, luego la cara, la boca, los ojos de fuego cárdeno. Ahogado de amor por un ser que ya no existía, hubiera deseado que durara eternamente esta noche con el aire del fresco aclarado por la luz de la luna, eternamente hubiera deseado que durara la dulzura, incomprendida, pero tan feliz de su locura. Es decir que sobre esta figura se había concentrado su amor, tal forma tenía su desierta, y pobre vida — ¡un retrato!... Sí, era su padre, cuando había tenido su edad. Su madre, una mujer pálida, alta, rubia, con los ojos negros, le había hablado a menudo de su padre; de aquel niño quién sabe extraviado en las clases bajas del pueblo. Misterioso, sin decir a nadie el secreto de su nombre, él vivía en la casa del sacerdote anciano cuya hija era María. Ellos se amaron. Todos los días le prometía que el secreto de su alma llegará al final, que él la tomaría como esposa, que un destino feliz le esperaba. Pero un día él recibió una carta con sello negro — la abrió — la leyó — la hizo pedazos y con ella su mente... una copia de un testamento parecía ser por lo que se podía notar de los trozos rotos. Él murió en el sanatorio mental... pálido, mudo hasta el último momento, preocupado parece que por esconder un secreto grande.

El fruto del amor de estos hombres fue Dionis.

Su viuda madre lo creció a él como pudo con el trabajo de sus manos —manos delicadas de señora— su cara pálida como la cera, sus ojos de una oscuridad tierna tenían sólo para él cuidado y entendimiento — para él — y para el retrato. Desde niño aún él admiraba los ojos hermosos del retrato que brillaban como vivos en sus órbitas. ¡Qué hermoso fue papá! decía él sonriendo y su madre, oyéndolo, se secaba a escondidas sus lágrimas.

— ¿Los ojos? no es así, Dionis — ¡los ojos!

— ¡Sí, madre!

— ¡Estos ojos!... Oh, si hubieras visto tú estos ojos alguna vez en tu vida te hubiera parecido que los vuelves a ver en cada cárdena estrella de la mañana, en cada onda azul, por entre cada pestaña de nubes. ¡Qué hermoso era este niño y qué joven murió! Hermosos se han hechos de mármol sus ojos en las tinieblas de mis pensamientos, como habrían quedado por las nubes, sobre la bóveda lóbrega, dos, sólo dos estrellas moradas... y luego lo cogió en sus brazos, lo acariciaba, lo besaba. Fuera de los ojos negros, que eran suyos, estaba él entero, él, el niño del retrato. Ella lo creció mal — pero cómo se podía de otro modo — ¡lo quería

tanto! Su única alegría en una vida sin esperanza, sin futuro, sin agradecimiento, ella no tenía más dolores, ni alegrías que las de su niño. Su alma entera era un reflejo sombrío y triste de su alma de niño. Qué pensaba el niño con su mente candorosa, una palabra, un sueño, la preocupaba días enteros — días enteros podía meditar sobre una palabra salida de su loca boca. Pero, consumida por la ausencia, ella se apagó un día. En su delirio, ella cogió la mano del niño y la escondió en su pecho, al lado del corazón, y la calentó — ¡un símbolo de su vida entera!

Desde entonces la fisonomía, su sonrisa había adquirido aquella sombra dulce de tristeza que lo hacía tan interesante — e irresistible para los capullos de las jubiladas. Pero a él mismo no se le pasaba por la cabeza que a él le hubiera podido amar alguien — a él no le había amado nadie en el mundo afuera de su madre — ¡cómo lo hubieran podido amar a él, tan sólo, tan pobre, tan sin futuro! No tiene cada hombre, pensaba él, su familia, amigos, parientes, sus hombres, que le amen — ¿a quién le importo yo? Como vivo también voy a morir, por nadie llorado, por nadie amado.

La luna se escondió en una nube negra partida en dos filas de largos relámpagos rojos — la casa se oscureció — y ya no se vio ni la sombra de la pared del retrato, ni la sombra alta de Dionis. Él encendió la luz.

Miremos ahora también en la pobreza iluminada de los rayos de una vela suya metida en el cuello de una garrafa que hacía de candelero. Qué visión — también aquí, aquí pasaba él el verano y el invierno. El invierno, de hielo acibarado, fulminaba la viga en el cuarto, chirriaban las maderas y las piedras, el viento ladraba por las vallas y las ramas nevadas; hubiera querido dormir, soñar, pero el hielo le helaba los párpados y le crecían telarañas los ojos. Su sayo además de esto estaba más urdido que el callo, rojo por los márgenes, al final de los codos, parecía que reía también el viento de él. Los hombres chirriaban irónicamente la boca cuando lo veía... Y en semejantes momentos, en las largas y frías noches de invierno, ¿cree alguien como que él, reducido hasta el colmo de la miseria, estaba triste? Ese era su elemento. Un mundo entero de imaginaciones humorísticas le llenaba el cerebro, una más rara que otra y aún con la incapacidad. Él se daba cuenta de que sus razonamientos a menudo se transformaban en filas rítmicas, en palabras rimadas, y entonces ya no resistía a no escribirlos en el papel... sobre todo la garrafa vacía era capaz de llenarlo de pensamientos melancólicos...

¡Ah! garrafa panzuda tan sólo de candelero sirves

Y la mucosa vela chirriando el aceite también quemado

Y en esta pobreza te inspira, canta bardo —

Dinero no he visto desde hace un siglo, vino no he bebido desde hace un mes.

Un reinado por un cigarrillo, se llenan las nubes de nieve
¡Con ficciones!... Pero ¿de dónde? Chirría por el viento la ventana,
En el puente maúllan los gatos — en los pavos cárdena es la crestada
Y con pasos melancólicos meditando anda en el corral.

¡Uh! qué frío... me veo el soplo — y el gorro el de oveja
Sobre las orejas puse tieso — y de codos ni me importan
Como el gitano, que meten el dedo por la rara casa
De la red — con mis codos yo corro el tiempo de sumergirme.

Cómo no soy un ratón Señor — por lo menos él tiene piel —
Me comería mis libros — no me importaría del hielo...
Me parecerían magníficos, dulce un trozo de Homero,
Uno palacio boquete en la pared y la esposa — un icono.

Sobre las paredes con polvo, sobre el puente con largas telarañas
Roen las chinches rojas, ¡que te es agradable miraras!
Pesado les es de mantas de pajas y luego de mi pobre piel
Ni tengo que más me chupe. — En un enjambre de más de una braza

Salieron de paseo — ¡qué diversión gentil!
Aquella chinche es anciana, peregrinos en marcha la protegen;
Aquel es caballero... es rápido... ¿acaso sabe francés?
La que rodea la multitud es una romántica niña.

¡Bruh! Tengo frío — He aquí sobre la mano cómo resopla una negra pulga
Que mi blando dedo en la boca — tengo que cogerla — oye deja al pobre.
Escondida alguna mujer, sé que habrá visto al demonio—
Pero yo — que me importa a mí — el pobre “¡ser!” ¿Qué a la pulga?

Y el gato ronronea en la estufa — que hastiado está. Ya gato,
Ven aquí a hablar, único amigo y reloj;
Si hubiera en el mundo una aldea de gatos, ¡Oh! En él te haría señor,
Para que sepas también tú una vez el señorío que hay, ¡pobre!

¿Acaso qué piensa el astuto en hacerse ovillo y enrollarse en sí mismo?
¿Qué ideas le inspira dulce en su gatuna fantasía?
¿Alguna señora con blanca piel con el amor lo invita,
Rendez-vous le dio en el cobertizo, o en el puente hondón?

Si hubiera en el mundo sólo gatos— ¿seguiría siendo poeta? Lo mismo:
Maullando en odas altas, trágico maullido — un Garrick⁶¹²,
El día tirado al sol acechando las colas de ratones
De noche en el puente, galería y voladizo afectuoso a la luna.

Si fuera Filósofo — ¡mi sentimiento estaría eternamente en aprieto!
En conferencias populares los ideales los defendería
Y juventudes generosas, a las señoritas que se pierden

⁶¹² Posiblemente, David Garrick (1717 - 1779) fue un actor y dramaturgo británico. Está considerado como una de las principales figuras del teatro del siglo XVIII

Las mostraría que el mundo sueño es — un sueño aburrido — de gato.

O como cura, allí en el templo rezando al ser que
Según a imagen y semejanza creó el gatuno linaje,
Gritaría: ¡un gatuno! ¡un gatuno! Ay... Haram⁶¹³
De tu alma gatuna, sin ayunar en el ayuno grande.

¡Ah! Hay entre vosotros de aquellos que no creen la tabla de la ley,
La naturaleza más allá de la naturaleza, la mente más allá de la mente
¡Qué el destino gatuno de desarrolle!— ¡adelante!
¡Ah! ateos, ¿no teméis al infierno ni al Espíritu -de los murciélagos?

¡Anathema sit! — Os escupirá cualquier gato bueno,
¿No veis que el entendimiento está incluso en vuestros hechos?
¡Oh gatos sin alma! — Araña nos dará con las uñas
Y al torso os dio los bigotes — ¿queréis acariciarle con la pata?

¡Les! ¡Qué en castaña se apaga la cabeza de la luz!
Anciano, ve a acostarte, ¿no ves que anochece?
Que soñemos favores y oro, tú en nicho y yo en la cama.
Si pudiera dormir al menos. — Sueño, en el pensamiento descansa,

O, cubra mi ser con tu callada armonía,
Ven sueño – o ven muerte. Para mí es lo mismo

⁶¹³ Haram (ḥarām) (حرام) es una palabra hebrea y árabe que significa prohibido o sagrado

Pasaré aún con los gatos y con las pulgas y con la luna,

O si no — ¿a quién le importa? Poesía — ¡pobreza!

Pero en esta noche Dionis estaba alegre sin saber por qué. En la cabecita de la vela que estaba en cuello de la garrafa con el ojo rojo y enfermo, él abrió un libro viejo encuadernado en piel y roído por las polillas — un manuscrito de signos zodiacales. Él era un ateo supersticioso — y hay muchos de estos. Las iniciales de este libro con letras cirílicas estaban escritas extrañas con tinta roja como la sangre, caracteres eslavos de una piadosa, gibosa, fantástica apariencia. Una astrología de origen bizantino, basada en el sistema geocentrista, sistema que admite a la tierra como el centro de la arquitectura mundanal y al hombre la criatura para cuyo placer Dios ha creado el mundo. El título estaba escrito también en latín: “*architecturae cosmicae sive astronomiae geocentricae compendium*” — enseñanza sobre un mundo ordenado por Dios según como todo para la tierra ha sido construida se muestra por el afligido Dios — de griegos a romanos interpretado con añadidos de la influencia de los signos zodiacales sobre la vida humana. Y con una dedicatoria: “al que en su ser inconmensurable, en los hechos de sus manos maravillosas Dios para una eterna alabanza consagrada”. Las tablas estaban llenas de esquemas de unos sistemas mundanales imaginarios, en los márgenes con los retratos de Platón y Pitágoras y con sentencias griegas. Dos triángulos cruzados, rodeaban la sentencia: “*Director coeli vigilat noctesque diesque, qui sistit fixas horas terrigenae.*” Constelaciones pintadas en rojo, cálculos geométricos contruidos después de un ficticio y místico sistema — al final, muchas interpretaciones de sueños, coordinados alfabéticamente — un libro que no dejaba nada que desear para encender a unos cerebros supersticiosos, dispuestos a un semejante alimento. Al final del libro estaba retratado San Jorge en la lucha con el dragón — querido señor símbolo que representa a la verdad destrozando a la ignorancia. El oro de la cubierta del vínculo de piel se había borrado a trechos y resplandecía sobre las otras como salpicadas con manchas. Con los codos colocados en la mesa y con la cabeza en las manos, Dionis descifraba el texto oscuro con un interés peculiar, hasta que la cabecita de luz empezó a agonizar haciéndose humo. Se apagó. Él acercó la silla a la ventana, que abrió y, a la luz pálida de la luna, él hojeó mirando a las constelaciones extrañas. En una página encontró una multitud de círculos que se cortaban, tantos que parecía un ovillo de hilos rojos o una telaraña pintada con sangre. Después levantó los ojos y miró soñando a la cara blanda de la luna — ella pasaba hermosa, clara sobre un cielo limpio, hondo, transparente, por las nubes de un fluido de plata, por las estrellas grandes de oro fundido. Parecía que encima había mil círculos más, parecía que suponía su existencia transparente por su azul profundo... Quién sabe — pensó Dionis — si en este libro no está el signo capaz de transponer en las entrañas del alma, en mundos que se forman de verdad tal como y como los deseas, en espacios iluminados de un azul espléndido, húmedo y armonioso.

Ante la vivienda de Dionis había una casa blanca y hermosa. De una ventana abierta del piso de arriba él oyó por el aire de la noche temblando las notas dulces de un piano y una joven y temblorosa voz de niña susurrando una oración ligera, como perfumada, fantástica. Él cerró los ojos para soñar en libertad. Le pareció entonces que estaba en un desierto seco, largo, arenoso como la sequía, sobre el que centelleaba una luna fantástica y pálida como la cara de un virgen muriendo. Es media noche. El desierto calla, el aire está muerto y sólo su respiración está viva, sólo su ojo está vivo, para ver en una nube de plata, en lo alto del cielo, un ángel blanco, arrodillado, con las manos unidas, que canta una oración divina, profunda, trémula: la oración de un virgen. Entreabrió los ojos y vio por la ventana arcada y abierta, en medio de un salón brillante, una joven chica vestida en una ropa blanca, estremeciendo con sus dedos delgados, largos y dulces teclas de un piano sonoro y acompañando los sonidos ligeros de unas notas divinas con su voz dulce y blanda. Parecía que el genio divino británico Shakespeare hubiera exhalado a la tierra un nuevo ángel lunático, una nueva Ofelia. Cerró de nuevo los ojos hasta que, recayó al desierto largo, el palacio blanco se confundía con la nube de plata y la joven chica con el ángel arrodillado. Después, apretando los ojos con fuerza y duro, ahogó su sueño en las tinieblas —no vio nada más— sino que oía desapareciendo, como un recuerdo oscurecido, la oración de una virgen. La música había cesado hace mucho y él, aun así preso de sus impresiones, tenía sin embargo los ojos apretados— cerrados. Cuando se despertó de su ensoñación, la ventana de arriba del palacio estaba abierta, en el salón había oscuridad y los cristales de la ventana brillaban como la plata en la blanca luz de la luna. El aire era rubio y estival, y los rayos de la luna, penetrando en la habitación de Dionis, golpeaban su cara pálida y llenaban su alma llena de lágrimas con una indecible melancolía. “Sí — repetía él despacio su idea fija — bajo nuestra frente está el mundo — aquel desierto extenso — por qué sólo el espacio, por qué no el tiempo, el pasado”. Miró de nuevo a la telaraña de las líneas rojas — y las líneas empezaron a moverse. Él puso el dedo en su centro — una voluptuosidad anímica lo abarcó — primero le pareció oír el susurro de aquellos ancestrales ancianos que, cuando era pequeño, le contaban en tiempo de invierno, cogiéndole en las rodillas, cuentos fantásticos sobre hadas vestidas en oro y luz, que llevan claridad a los palacios de cristal — y parece que fue ayer, ayer parece que enmarañaba sus dedos en sus barbas blancas y escuchaba su voz sabia y susurrante, en la bondad del pasado, en aquellas noticias de ancianos. Él ya no dudaba... por una mano invisible él era arrastrado al pasado. Veía levantándose señores en ropas de oro y marta, los escuchaba desde sus tronos, en los envejecidos castillos, veía el diván de hombres ancianos, al pueblo entusiasta y cristiano ondeando como las olas del mar en el patio del Señor — pero todas estaban aún mezclados.

Y las líneas del signo astrológico se movían terriblemente como serpientes de brasa. Cada vez se hacía más y más grande la telaraña.

— ¿Dónde estamos? oyó él una voz del centro de la brasa del libro.

— ¡Alexandru el Bueno! pudo él susurrar con la voz apretada, porque la alegría, el asombro le apretaban el alma y... despacio, despacio la telaraña roja se amplió, se diafaniza

y se transformó en un cielo enrojecido por la puesta del sol. Él estaba tirado sobre una llanura trenzada, el heno bastido olía, el cielo del atardecer estaba sobre él azul, limpio, hondo, nubes de brasa y oro llenaban con sus ejércitos el cielo, los cerros eran cargados con pesos púrpuras, los pájaros en el aire, los espejos de los ríos rubicundos, la trémula voz de la campana llenaba la tarde llamando a la eternidad, ¿y él? — Él — ¡qué ropa extraña! Un hábito de paño, una toca negra — en su mano el libro astrológico. Y qué familiar le parecía todo. Él ya no era él. Le parecía tan natural que se había despertado en este mundo. Sabía seguro que había venido al campo para leer, que leyendo había adormecido. La habitación oscura, la vida pasada de un hombre que se llamaba Dionis, extraño — ¡él había soñado! “¡Ah! pensó él — mi libro me gastó esta farsa, a consecuencia de su lectura soñé tantas cosas extraordinarias. Qué mundo extraño, qué hombres extranjeros, qué lengua, parece que era la nuestra, pero no obstante extraña otra”... ¡Raro! El monje Dan se había soñado laico llamándose Dionis... ¡parece que se había hecho en otros tiempos, entre otros hombres! ¡Extraño! “Ah maestro Ruben, dijo él sonriendo — ¡tu libro en verdad es maravilloso!... sólo si no mareara la mente; ahora siento yo, el monje, que el alma viaja de siglo en el siglo, el mismo alma, sólo que la muerte le hace olvidar lo que ya ha vivido. Bien dices, maestro Ruben, que los egipcios tenían plenamente razón con su metempsicosis. Bien dices que en nuestra alma está el tiempo y el espacio inconmensurables y sólo nos hace falta una varita mágica para transponernos en cualquiera de los puntos que tenemos. Vivo bajo el reinado de Alexandru-Vodă y he sido arrastrado de una mano invisible a los tiempos escondidos en el futuro de mi alma. ¿Cuántos hombres hay en un solo hombre? Tantos cuantas estrellas hay en una gota de rocío bajo el cielo limpio de la noche. Y si agrandaras aquella gota, para poder mirar en su profundidad, volvías a ver todos los millares de estrellas del cielo, cada una — un mundo, cada una con países y pueblos, cada una con la historia de sus épocas escrita en ella — un universo en una gota pasajera. ¡Qué profundo es el judío este!” — pensó él para sí mismo sobre el maestro Ruben.

Él se levantó de la hierba con el libro viejo en la mano. Lejos, las montañas con la frente coronada de bosques, con los regazos perdidos en los valles con manantiales blancos. Nubes grandes, redondas y llenas como vendaval pasaban sobre el cielo hondo azul; por ellos las montañas levantaban profundas y costas en despilfarro, rocas negras y cortantes hendían por todas partes las tinieblas y un abeto se alzaba solitario y fulminado por un rayo sobre una cima de montaña ante el sol que se ponía. Cuando el sol entró en las nubes, ellas parecían rojas y moradas, orladas con el oro que alumbraba detrás de él. Soterraba en montones de arcos altos, de grutas profundas, encaramadas unas encima de otras, la luz del celestial emperador, y sólo de vez en cuando, desgarrándose, se desbordaba por sus negras ruinas lagos púrpuras. Luego, despacio, se precipitaba en rizados morados, el sol caía sobre el valle y aparecía sobre la cima del abeto solitario como una frente en los rayos sobre los hombros negros, luego bajó entre las ramas de pelo un nido de rubí entre las ramas, luego, detrás del tronco grueso, tiró rayas rubicundas sobre las rocas de las montañas y hacía que ellas encendieran la brasa de plata de sus frentes — hasta que se sumergió completamente detrás

de la montaña, que estaba negra y alta, retratándose en el aire azul sus márgenes orlado con rojo. Atardeció despacio, las estrellas grandes surgieron sobre los azules sembrados del cielo y temblaban voluptuosos en el aire blando y claro de la tarde y la armonía campestre llenó la noche con sus millares de voces, todas peculiares y todas contribuyendo a la dulce y la voluptuosa somnolencia de la luna.

Por el mundo rubicundo de la puesta de sol hermosa pasaba nuestro monje, sin tomar parte en el hechizado estado de la naturaleza, lleno aún de las impresiones de su extraño acontecimiento. De lejos se veían las torres brillantes de las iglesias de Iași, casas hermosamente encaladas, con calles sotechadas viejas sobre las que vertía una morada luz la salida de la luna. Él apresuró los pasos, hasta que entró en el mercadillo. Una callejuela estrecha, con las casas viejas y decrépitas cuyas plantas superiores eran más extensas que las de abajo, de modo que la mitad de la planta de arriba sobresalía sobre los pilares de madera y sólo la mitad de las de abajo, plantas altas, adelantadas bajo cobertizos largos, apretados, llenos del músculo negro verde; y en las plantas estaban los ancianos hablando de sus cosas; chicas jóvenes brotan caras rubicundas como la manzana por los postigos abiertos de las ventanas con barrotes, por los que se veían jarrones con flores amarillas como de oro. Sólo por todas partes la luna rayaba algún rayo largo y angosto en la sombra de la callejuela, por todas partes pasaba algún hombre silbando — lento, lentamente las callejuelas adormecían, los postigos se cerraban, las velas se apagaban, los vigilantes de noche pasaban con las cabezas hundidas en gabanes blancos, y nuestro monje pasaba como una sombra ásperamente retratada por las largas y las lóbregas callejuelas.

Él se paró ante unas casas que hallaba aislada en medio de un corral desierto. Por los resquicios de los postigos cerrados se divisaba luz. La casa tenía como un tejado puntiagudo, las paredes eran de piedra pequeña como con la que se empiedran las fuentes y cualquier enlucido había caído de ellas, de modo que parecía un trozo de la ruina de una fortaleza. Los postigos eran mucho más extensos que las ventanas angostas, y en una galería cogida en aire por los pilares de la muralla en cuatro músculos llevaban por un lado unas escaleras altas, que llegaban a la mitad de la entera altura de la casa. Ningún árbol, ninguna dependencia junto a la casa; el corral grande con su hierba seca se extendía amarillo en la luna y sólo una fuente se movía gimiendo su balanza en el viento. Él encaramó rápido las escaleras y golpeó fuerte en la puerta de los zaguanes. En tienda sonaron pasos.

— ¿Quién es? preguntó una voz honda, pero tranquila.

— Yo, Dan. La puerta se abrió y justo ante Dan brotó un hombre alto, con la barba larga y gris, con la frente grande, y sobre coronilla tenía un fez pequeño, parecido al gorro judío⁶¹⁴. Él tendió al monje la mano y lo condujo al cuarto. En armarios viejos de madera sencilla había libros viejos encuadernados en piel, cráneos de hombres y pájaros disecados

⁶¹⁴ Îarmûrcă era un gorro típico de los judíos del norte de Rumanía

sobre los estantes de la pared, una cama y una mesa llenas de pergaminos y papeles; y en la atmósfera, pesada por el olor de las sustancias cerradas en frasquitos, la antorcha arrojaba una luz turbia, roja, amarilla y somnolienta.

El maestro Ruben era un anciano de una antigua belleza. Una frente alta, despejada, fruncida de pensamientos, ojos pardos, arqueados profundamente en la cabeza sabia, y la barba larga, que corría por debajo de los hundidos hombros de la mejilla hasta sobre el pecho siempre algo encogido, le daba apariencia de un sabio de la antigüedad. Su apariencia era tranquila — pero no blanda; sólo alrededor de su boca musculosa se veía una dulzura amargada de dudas. Él es un judío sabio, exiliado de España en Polonia, donde todavía, sin poder ser maestro público, porque se había quedado en su ley, había sido llamado por el Señor de Moldavia como maestro de matemática y filosofía en la Academia de Socola. El monje Dan era uno de los escolares de la Academia, y especialmente del maestro Ruben, con el que compartía todas sus dudas, y también todos sus descubrimientos ocultos. El sabio judío miraba con cierta curiosidad a la cara soñadora de Dan.

— ¿Y bien?

— Plenamente tal como me dijo, maestro — dijo Dan — hoy confío que el tiempo inconmensurables es hecho de nuestro inmortal alma. Viví en el futuro. Te digo, ahora tengo dos hombres con todas sus peculiaridades en mí — uno, el monje Dan, que habla contigo y vive en los tiempos del reinado de Alexandru-Vodă, otro con otro nombre, viviendo dentro de unos quinientos años.

— En fila, respondió Ruben, puedes poner en vida a todos los individuos que originaron tu ser y a todos cuyo ser originarás tú. Por eso los hombres tienen un sentimiento oscuro de preservación y aumento de su alcurnia. Son todos ellos los que renacen en tataranietos... Y esta es la distinción entre Dios y hombre. El hombre tiene en él sólo en fila el ser de otros hombres futuros y pasados. Dios tiene de repente todas alcurnias que vendrán y que pasaron; el hombre abarca un lugar en el tiempo. Dios es el tiempo mismo, con todo lo que sucede en él, pero el tiempo conjuntamente, como un manantial cuyas aguas regresan a él mismo, o como ruedas que de repente abarcan todas las espirales, que giran eternamente. También el alma nuestra tiene la eternidad en sí — pero sólo trozo a trozo. Imagínate que en una rueda movida en el lugar se pegara un hilo de polvo. Este hilo pasará por todos los lugares por los que pasa la rueda girando, pero sólo en fila, mientras la rueda justo en ese mismo instante está en todos los lugares abarcada por ella.

— Confío, maestro, en lo relativo al tiempo, pero ¿la inconmensurabilidad del espacio?

— Igual que el tiempo, trozo a trozo puedes estar en cualquier lugar deseado, que no puedas abandonar vacío. Sabes el poder de una ley: No hay espacio desierto. Pero es un medio para escapar de este peso... un peso impuesto por el pasajero cuerpo humano. Viste

que en el hombre hay una fila infinita de hombres. De esta fila deja a uno que ocupe tu lugar todo el tiempo que faltes de él. Se comprende que éste no podrá ser entero porque, entero siendo, te negaría tu existencia. Sin embargo, en el hecho, el hombre eterno, del que surgirá toda la fila de hombres pasajeros, tiene a cada uno a su lado, en cualquier momento — lo ves, aunque no lo puedas coger con la mano — es tu sombra. Durante un tiempo os podréis cambiar las naturalezas — tú puede dar a tu sombra toda tu naturaleza pasajera de hoy, ella te dará a ti su naturaleza eterna, y, como sombra provista de eternidad, adquirirás incluso un todo del todo—poder de Dios, los deseos se te cumplirán según tu pensamiento... se entiende, cumpliendo las fórmulas, porque las fórmulas son eternas como las palabras de Dios que él las pronunció al construir el mundo, fórmulas que tienes todas escritas en el libro que te presté.

— Maestro Ruben, acaso ¿cuándo llegaré a entender tu profundidad?

— Mi profundidad la tienes tú en ti, sólo aún sin descubrir. ¿Crees que entiendes lo que digo si no fueras de mi naturaleza? ¿Crees que te hubiera elegido discípulo mío si no conociera tu eternidad y tu profundidad? Tú eres como un violín en el que están encerradas todas las canciones, sólo ellas tienen que despertarse de una mano maestra, y la mano que despertará tus entrañas soy yo.

— ¿Si en esta noche intentara irme a un espacio edificado completamente según mi deseo...?

— Podrías... porque lo tienes en ti, en tu alma inmortal, infinita en su hondura. En la fila séptima del libro están todas las fórmulas que necesitas para eso. Y también en la séptima fila hallarás qué tienes que hacer más tarde. Se entiende que entonces tenemos que despedirnos para siempre; porque, en los espacios deseados, el día será siglo, y cuando regreses ya no encontrarás a Ruben, sino a otro hombre, análogo conmigo, al que fácilmente encontrarás — sólo que puede que él no te reconocerá, puede que esté perdido en los misterios de su enseñanza y será hombre como todos los hombres. Enseñanzas ya no te doy, porque están de sobra; cuando tu sombra, como sombra aún, comience a hablar, ella será omnisciente y te dirá lo que tienes que hacer; cuando te cambies tú en su naturaleza, entonces serás tú omnisciente y en cualquier caso ya no me necesitarás. Pero tendrás en cuenta una circunstancia: mi libro, leyéndolo en orden, es incomprensible... pero por cualquier sitio por el que comiences, hojeando siempre la séptima fila, una claridad divina está en cada fila. Éste es un misterio que ni yo entiendo, y se dice que a un hombre creyente en la existencia de Dios no podrá descubrir el pensamiento escondido en este extraño cálculo. En vano preguntas a tu sombra... ella no sabe nada sobre este misterio. Se dice que el diablo antes de caer se le ocurrió esta oscura idea y entonces cayó. Si se te ocurre saber, destruirás todas las circunstancias, tiempo y espacio huirán de tu alma, y quedarás como unas ramas secas, de las que el tiempo parece huido. Sin conocer yo solo este misterio, porque, como dije, ni soy capaz de pensarlo, no puedo aconsejarte en este aspecto.

Ruben se atusó despacio la barba y una honda tristeza estaba escrita en su cara anciana y sabia. Dan le besó la mano. ¿No iba a despedirse para siempre? Ruben rompió con los dedos el moco caído de las velas y vio en la luz viva que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Ambos se levantaron y Dan se tiró a su cuello, llorando como un hijo que ya no verá más a su padre.

Pero una vez que salió Dan, una vez que bajó las escaleras con el libro bajo el brazo y levantando con la mano el largo regazo del hábito paño... la casa se convirtió en una cueva con las paredes negras como la tinta, las velas de cera en un carbón flotante en el aire, los libros en urnas grandes de cristal, la boca atada con pergamino, en el medio de la cual temblaban en un fluido luminoso y morado diablos pequeños ahorcados por los cuernos, que pataleaban con las piernas. Ruben mismo se encogió, su barba se hizo peluda y en tenedores como dos barbas de chivo, sus ojos lucían como la brasa, la nariz se le torcía y se secaba como un tocón de árbol y, rascándose su cabeza peluda y cornuda, empezó a reír a carcajadas y se retorció: — ¡Ja, ja! dijo, ¡otra alma destrozada completamente! Los diablos se torcían riendo en sus urnas y se daban encima de cabeza, y Satanás estiró sus pies de caballo, resoplando pesadamente.

— Mucho necesité hasta que le cogí en el lazo a este monje piadoso, pero por fin... ¡ja, ja!... sin embargo... no obstante... tiene que destrozar a mi anciano enemigo. ¿Le dije que no puede pensar en el misterio de calcular el libro?... tener que venirle... tener que venirle... A mí ¿por qué me vino? ¡Porque tuvo que venirme!...

Dan pasaba rápido por una parte de la ciudad en la que habitaba la aristocracia. Patios blancos como la plata, con pasillos y escalones de escaleras limpias y enceradas brillaban en la luna, estaban perdidos en medio de unos árboles frutales; sobre el margen de la callejuela, sobre las vallas, colgaban alguna mitad de las ramas de los árboles de los jardines... filas de nogales con las hojas anchas, membrillos y cerezos... por todas partes se divisaba por entre las verdes tinieblas de los jardines algún horizonte amarillo por los postigos cerrados... Él iba rápidamente... sólo de vez en cuando pasaba junto a él algún joven caballero con el gorro hecho con zalea de ovejas pelilargas, envuelto en gabán cuyo regazo de detrás se levantaba por el sable que cogía su mano... en otros lugares veía a los caballeros saltando las vallas y penetrando por jardines hasta debajo alguna ventana que se abría después ante la luna, dejando que brotara alguna sombra blanca que agachaba su cabeza joven sobre el marco en la sombra de debajo de la ventana. En otro lugar uno cogido de los barrotes hacía estudios florísticos uniendo sus labios con los de un ser que también sacaba la cabeza por los barrotes... Sólo por todas partes oía a perros aullando a la luna, vigilantes de noche que gritaban, o a grupos de caballeros que venían de alguna fiesta nocturna. Ellos rompían hojas de las ramas pendidas y las tiraban detrás del monje imberbe y pálido... Las estrellas protegían la fortaleza, la luna pasaba como un escudo de plata por las tinieblas de las nubes, en el aire había oro y en los jardines olor y una sombra profundamente morada, rota por los rayos de luz blanca que pasaba por hechizos de hojas como coladores de luz.

Él llegó a casa. Él estaba en una celdita de la casa de un boyardo grande. Despacio, pasó por el pasillo largo sobre el cual los pilones salidos estaban suspendidos sobre pilares blancos... pasó como una sombra y, cuando entró en su celda, resopló tranquilo. ¿No iba a emprender una cosa extraordinaria? — Las tinieblas cargadas con el olor de resina de su celda eran penetradas sólo por el punto rojo de unas lamparillas que ardían sobre un estante cargado con albahaca seca y flores de debajo del icono vestido con plata del Mesías. Un grillo ronco cantaba en la estufa. Él encendió una lámpara negra, llena con aceite; su luz humeaba titilando. Despacio, lentamente el ojo de la luz se enrojeció... él la colocó en la mesa... abrió el libro viejo con las letras borrosas y con significado oscuro. El silencio era tan grande que parecía oír el pensamiento, el olor, el crecimiento justo de unas garrafas rojas y hermosas que crecían en una vasija entre las cortinas de su ventana. Miraba a la pared ahumada de su propia sombra, grande y fantástica. La lámpara revoloteaba larga, como si hubiera querido llegar al techo, y su sombra... como un hechizo negro con la nariz alargada, con el gorro colocado sobre los ojos, parecía que había comenzado a hablar íntimamente con él. Parecía que le preguntaba pensando... parecía que ella le respondía en pensamientos deshilachados... un diálogo y con todo esto, si quería comprender su realidad, no era nada más que un diálogo de sus pensamientos propios, él consigo mismo. ¡Extraño! Esta separación de su individualidad fue la fuente de unos pensamientos extraños. Él se fijó áspero y fijamente en su sombra... ella, enfadada por este ceño, cogió despacio, despacio los perfiles de las paredes y se hizo clara, como un viejo retrato pintado en óleo. Él parpadeó los ojos — ella se volvió sombra sencilla.

Es un momento grande, pensaré primero — pensó él — ¿desde cuándo he deseado algo para mí? ¿Sólo para mí?... No. ¿De mis rezos la dejé alguna vez a ella? ¿De mis pensamientos ha faltado ella? ¿María? ¡Oh, no! — Cuántas veces deseé algún poder extraordinario, sólo para ella lo deseo. ¡Oh! — Y la llevaré a un desierto donde no haya nadie — nadie nada más que ella y yo; que bajen las estrellas del cielo en la superficie blanca, para que se parezcan a ejércitos de flores de oro y de plata; que siembre florestas de laurel con lóbregas sendas, con los lagos azules y claros como la lágrima; ella que corra por sendas ocultas, fingiendo huir de mi amor y que yo la persiga... ¡No! sin ella estaría el paraíso desierto.

Y quién era ella, ¿María?

Era la hija del comandante Tudor Abedul, un ángel rubio como una lágrima de oro, esbelta como un lirio de cera, con ojos azules y devotos igual que azul y devoto es el hondo cielo y su divina eternidad. A menudo miraba del libro de rezos a la cara profunda y pálida del monje; la había visto él a menudo levantando — una flor en la ventana — y por las noches con la luna él se quitaba el hábito y se ponía una capa de caballero, con la que velaba bajo los cristalitos de su ventana... hasta que se abrían, hasta que brotaba su niñita pálida por la velación y por amor, hasta que los rayos de sus ojos se deslizaban profundos en sus ojos negros. Algunas palabras, un apretón de manos y desaparecía de nuevo en el perfume de su

alcoba, llenando las noches con dulces e inolvidables sueños... Ahora pensó semejantes cosas sobre ella.

Su lámpara aleteaba más fantásticamente, las letras ancianas del libro adquirían significado y se introducían en sueños y en pensamientos que le llenaban la cabeza sin querer, su sombra empezó de nuevo a coger los perfiles de un icono de óleo, con la frente alta, pálida, despejada, con los labios morados, con el pelo de algunos hilos grises, con la mirada fija y profunda, que se dirigió fijamente sobre el libro abierto delante de Dan. Su sombra le susurró en los pensamientos largos precisamente lo que él quería responderla.

— Tú sabes — pensó la sombra y él la oyó los pensamientos — sabes bien que tu alma desde el comienzo del mundo y hasta ahora ha hecho el largo viaje por miles de cuerpos de los que hoy sólo ha quedado polvo. Él solo no lo sabe, porque cuántas veces se ha encarnado de nuevo, tantas veces bebió del agua sin gusto y del olvido de Lete; y nadie la acompañó en su olvidado viaje excepto yo — la sombra de los cuerpos en los que vivió él, tu sombra; en cada viaje a la tumba, en cada nacimiento estuve junto a ellos; estuve en tu cuna, estaré en tu tumba. Tu alma, sin que hoy se acuerde, estuvo una vez en el pecho de Zoroastru⁶¹⁵, que hacía que las estrellas se cambiaran de lugar con la profunda voz y el cálculo combinado sus cifras. Aquel libro de Zoroastru, que contiene todos los misterios de su ciencia, está abierto ante ti. Los siglos han estado descifrándolo y no lo consiguieron plenamente, sólo yo puedo descifrarlo, porque hablé desde la pared con Zoroastru como hablo hoy contigo.

Dan vio claramente la separación de su ser en una parte eterna y una pasajera. El libro de Zoroastru era su propiedad justa. Él volvió siete hojas y la sombra cogió los perfiles del bajo-relieve, pero volvió otras siete y la sombra se desprendió despacio, como de un marco, saltó abajo de la pared y quedó diáfana y sonriente, pronunciando clara y respetuosamente:— ¡Buenas tardes! La lámpara con su llama roja quedó entre Dan y la sombra nacida.

— Sigamos — dijo la sombra retomando más lejos el hilo de sus pensamientos, pensamientos que Dan oían como si fueran sus propios pensamientos. Acercándote por encantamiento a mi ser y dándome a mí el tuyo, yo me convertiré en hombre de fila, olvidando absolutamente mi pasado; y tú te convertirás como yo, eterno, omnisciente y, con la ayuda del libro, todopoderoso. Tú me dejas a mí en tus circunstancias, con la sombra encarnada de tu amada, con tus amigos; me condenas a olvidarme de mi visionario ser; y tú emprendes un viaje con tu amada totalmente, a cualquier lugar del mundo que te guste... a la luna por ejemplo. Allá vivirás un siglo y te parecerá un día. Además puedes coger también la tierra contigo, sin que se enfade. Lo conviertes en una perla con eslabón y lo cuelgas del collar de tu amada; y créeme que miles y miles de veces más pequeños, sólo las proporciones

⁶¹⁵ Personaje legendario, presunto fundador de las antiguas religiones persas. Puede traducirse como Zoroastro o Zaratustra

de entre ellos permanecerán igual, los hombres se creerán igual de grandes que hoy. ¿Su tiempo? Una hora de tu vida será un siglo para ellos. Los instantes serán decenios y en estos instantes se harán guerras, se coronarán reyes, se apagarán y nacerán pueblos, en fin todas las tonterías de hoy sucederán y entonces, se entiende que en disminución análoga, absolutamente sin embargo la misma cosa.

— Bien, dijo Dan cogiendo la mano fría y diáfana de la sombra, te animo a escribir la memoria de tu vida, para que la encuentre cuando regrese a la tierra y la relea. Tú tienes un juicio frío y sabré que me describes toda la naturaleza visionaria y engañosa de las cosas mundanales; de la flor que con mente tonta, por su ropa brillante, que es feliz en su dulzura, hasta el hombre que cubre con palabras grandes, con una hipocresía eterna que dura como la historia de la humanidad, aquella semilla negra y mala que es la raíz verdadera de la vida y de sus hechos—su egoísmo. Verás cómo se nos miente en la escuela, en la iglesia, en el estado, como entramos en un mundo de justicia, de amor, de santidad, para ver, cuando muramos, que fue un mundo de injusticia, de odio. ¡Ah! ¿Quién querría vivir cuando se le dice de pequeño aún, en el lugar de cuentos, el verdadero estado de cosas en el que va a entrar?

— ¿El llamamiento de un filósofo? dijo la sombra sonriendo con amargura — ¡muy bien! Lo que dices tú me decide la suerte. Encenderé la lámpara y buscaré hombres. Las memorias de mi vida las encontrarás en el cajón de esta mesa, cuando regreses. Yo solo moriré y seré enterrado cuando tú vuelvas, porque las horas de tu vida serán hilos de años enteros para la tierra. ¡Vuelve sin embargo siete hojas y cógeme de la mano! ¿Qué sientes?

— Siento mis brazos extinguiéndose en aire y con todo esto adquiriendo poderes gigantescos; siento como, se despegan los átomos pesados de mi cerebro, mi mente se hace clara como un trozo de sol.

— Yo, dijo la sombra levemente, siento oscureciéndose y extinguiéndose la conciencia de mi eternidad; siento pesados como bajo plomo mis pensamientos... Vuelve otras siete hojas y la metamorfosis recíproca será absoluta.

Dan volvió las hojas, susurró y la sombra se hizo hombre. El hombre se parecía a él y miraba asustadizo y asombrado a Dan, fijándolo como si fuera una sombra, con los labios temblorosos y con los pasos vacilantes. Dan era una sombra luminosa. Él levantó el brazo largo y fuerte en el aire. ¡Duerme! dijo autoritario. El reloj resuena ronco una hora... la sombra encarnada en hombre cayó como muerta sobre la cama. Y Dan cogió su larga capa sobre los hombros, apagó la lámpara, de puntillas pasó por la casa y cuando salió afuera cerró la puerta tras de sí y empezó a ir despacio, despacio a la luz de la luna sobre las calles extensas de la ciudad, con las ventanas y las puertas cerradas, con las murallas blancas y amarilleadas por la luna, con las cortinas corridas, con algún guardián de noche con los bigotes hundidos en el cuello y la capucha del gabán y con un palo bajo el brazo; en fin, una tranquilidad somnolienta, un aire cálido de verano, la luna brillante, las estrellas de oro que cerraban sus

párpados para abrirlos de nuevo, un cielo azul y sin nubes, casas altas cuyos aleros de tejas miraban a la luna — ¡he aquí el cuadro! Sus pasos de sombra no se oían en la calle... se mostraba hundido en el gabán, con el sombrero sobre los ojos, e iba de este modo por las alumbradas calles sin que la luna hiciera alguna sombra sobre las murallas, porque la suya la había dejado en casa, así que él mismo también parecía ser una sombra incomprensida que huía entre los muros de las casas colocadas en fila. La casa del final de la callejuela era amarilla, con ventanas doradas por la luna, con las cortinas blancas. Él golpeó despacio en la ventana.

— ¿Tú eres? respondió una voz querida y blanda.

— Yo... abre la ventana... no hay nadie en la calle, no te puede ver nadie, y además aunque te vieran...

La ventana se abrió despacio, la cortina se corrió y de entre sus rizos apareció hermosa y pálida la cabeza rubia de un ángel. La luna caía justo en la cara, de modo que sus ojos azules brillaban más fuerte y parpadeaban como golpeados por un rayo de sol. Bajo la blanca ropa de noche del cuello hasta abajo se traicionaban los cuernos de los senos y las manitas y sus brazos blancos y desnudos hasta los hombros se tendieron hacia él y él la inundó a besos. Un momento, y él saltó por la ventana, la abrazó su cuello desnudo, luego le cogió la cara en las manos y la besó con tanto ardor, la apretó con tanto fuego, que parecía que bebía la vida entera de su boca.

— ¡Amada — dijo él despacio atusándola su pelo de oro — amada! ven conmigo al mundo.

— ¿Dónde?

— ¿Dónde? En cualquier sitio. Viviremos tan felices allá donde estemos, sin que nos moleste nadie; tú para mí, yo para ti. De los sueños nuestros edificaremos castillos, de los pensamientos nuestros profundos mares con miles de ondulados espejos, de los días nuestros siglos de felicidad y de amor. ¡Vamos!

— Pero qué dirá mi madre, dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Su sombra se reflejaba en la pared. Dan la miró fijamente; la sombra se desprendió despacio y se levantó sobre una rayo de luna para caer en la cama.

— Quién está allí — dijo María temblando en su pecho.

— Tu sombra, respondió él sonriendo — ella quedó petrificada... la veía cómo dormía.

— ¡Oh! qué libre y ligera me siento — dijo ella con una voz de un timbre de oro. Ningún dolor, ninguna pena en el pecho. ¡Oh! te agradezco... Y qué hermoso me pareces tú ahora... parece que eres otro... parece que eres de otro mundo.

— Ven conmigo, susurró él en su oreja, ven por entre los ejércitos de estrellas, por las fortalezas de rayos, hasta que, lejos de esta tierra infeliz y negra, la olvidaremos, para que ya no tengamos nada más en la mente que a nosotros.

— Vamos pero, susurró ella rodeándolo el cuello con sus brazos blancos y pegando su boquita a sus labios.

Su beso le llenó de genio y de un nuevo poder. De este modo abrazados, arrojó su negra y brillante capa sobre sus hombros blancos, le rodeó la cintura apretándola fuertemente al pecho, y con la otra mano arreó ondeando una parte del gabán levantándose despacio, despacio por el aire brillante y penetrante de los rayos de la luna, por las nubes negras del cielo, por los enjambres de estrellas, hasta que llegaron a la luna. Su viaje no fue más que un beso largo.

Él dejó en el suelo su dulce peso en la ribera olorosa de un lago azul que reflejaba en su profundidad toda la corona de florestas que les rodeaba y al abrir los ojos un mundo entero en lo hondo. Él se dirigió de nuevo hacia la tierra. Cerca de la tierra, él colocó sobre las costillas de una nube negra y miró largamente y pensativo por última vez a la tierra. Cogió el libro de Zoroastru, abrió unas hojas y empezó a leer la comarca de la tierra, y cada letra era un año, cada fila un siglo de verdad. Era algo espantoso cuantos crímenes pudieron suceder en este átomo tan pequeño en la inconmensurabilidad del mundo, en esta bola de nieve negra y baladí que se llama tierra. Los pedacitos de aquella bola de nieve se llaman imperios, microorganismos apenas vistos de los ojos del mundo se llaman emperadores, y millones de otros microorganismos actúan, en este sueño confuso, en suposiciones... Él tendió su mano sobre la tierra. Él la contrajo cada vez más y rápidamente, hasta que se convirtió, junto con la esfera que la rodeaba, pequeña como una perla azul salpicada con gotas de oro y con un núcleo negro. El tamaño siendo sólo relativo, se comprende que los átomos del núcleo de aquella perla cuyo margen era el cielo, cuyos gotas sol, luna y estrellas, aquella enana inconmensurabilidad pequeña tenía sus reyes, llevaba guerras, y sus poetas no encontraban en el universo bastantes metáforas y comparaciones para el apoteosis de los héroes. Dan miró por el microscopio la cáscara de aquella perla y se asombró cómo no reventaba por la multitud del odio que contenía. La cogió y, regresando, colgó en el collar de su amada la perla azul.

¡Y qué hermosura había hecho él en la luna!

Provisto con una imaginación gigantesca, él puso dos soles y tres lunas en la profundidad azul del cielo y de una fila de montañas edificó su señorial palacio. Columnas — peñas grises, aleros — un bosque antiguo que se hizo en las nubes. Escaleras altas bajaban

entre costas desplomadas, entre los trozos de bosque barrancoso en el fondo de los barrancos hasta un valle extenso cortado por un río grandioso que parecía que llevaba sus islas como si fueran unos navíos cubiertos de florestas. Los espejos brillantes de las olas reflejan en la profundidad los iconos de las estrellas, que, mirándolo, parecía que mirabas al cielo.

Las islas se levantaban con ahuecamientos de incienso y con la grava de ámbar gris. Sus florestas lóbregas de las riberas se pintaban en el fondo del río, que parecía que de una y de la misma raíz un paraíso se levantaba a la luz de la madrugada, otro se ahondaba en el fondo del agua. Filas de cerezos sacuden pesados la nieve rosada de su florecimiento rico, que el viento amontonaba en montones de nieve; flores cantaban en aire con hojas entorpecidas por cucarachas como piedras preciosas, y sus murmullos llenaban el mundo de un terremoto voluptuoso. Grillos roncós cantaban como relojes tirados en la hierba, y telarañas de esmeralda tejían desde una isla hasta la orilla opuesta un puente de tela de diamantes que encandila morada y transparente, que, de la luna rayos penetraban por él, movían el río con millares de ondas. Con el cuerpo alto esbelto, blanca como la plata por la noche, pasaba María sobre aquel puente, entrelazando su pelo cuyo oro se deslizaba por sus manitas de cera. Por las ropas plateadas se transparentaban los miembros delicados; sus pies de nieve apenas tocaban el puente... O a menudo, sentados en un bote de cedro, bajaban sobre las obedientes olas del río. Él apoyaba su frente coronada con flores azules en sus rodillas, y sobre sus hombros cantaba un pájaro majestuoso.

El río ancho se ahondaba en bosques oscurecidos, donde el agua apenas ya brillaba de vez en cuando tocada por algún rayo: los troncos de los bosques llegaban con sus ramas sobre el río y formaban bóvedas altas de verdura impenetrable. Sólo por todas partes alguna raya repentina encima del agua. Las olas reían y la mano lóbrega de su mundo azul, hasta que de repente el río impedido por peñas y montañas se recoge entre bosques como el gran espejo del mar y se aclara bajo el sol, hacía que pudieras contar en su profundidad todas sus cosas de plata.

Para divertirse, inventó un juego de cartas. Los reyes, las reinas y las sotas de las cartas tenían todos rostros copiados de cuentos que se decían por las noches. El juego mismo era un cuento largo y enredado, como de Halima, en que las reinas se casaban, los reyes se casaban y las sotas andaban enamoradas, cuentos que terminaban hasta que no lo acababan, muertos de sueño.

¡Pero en su sueño!

Antes de dormir ella juntaba sus manos y, mientras las estrellas blancas sonaban en aéreas cuerdas a rezar al universo, sus labios murmuraban sonriendo, luego su cabeza, pálida por el soplo dulce de la noche, caía sobre la almohada. ¡Quién la había visto de este modo! Nadie — sólo él, que cubría su brazo, colgado sobre el margen de la cama, con besos. Él adormecía arrodillado. Soñaban ambos el mismo sueño. Cielos de espejos, ángeles flotando

con altas alas blancas y con las cinturas de arco iris, portales altos, galerías de un mármol como la cera, estratos de estrellas azules sobre techos plateados — todos llenos de un aire fresco y oloroso. Sólo una puerta cerrada no la pudieron pasar nunca. Encima de ella, en el triángulo, había un ojo de fuego, encima del ojo un refrán con las letras torcidas de la oscura Arabia. Era la catedral de Dios. El proverbio, un enigma incluso para los ángeles.

Pero acaso ¿por qué el hombre no prueba alguna felicidad! El eterno signo árabe de sobre la catedral de Dios preocupaba la mente de Dan, su objetivo era la búsqueda en el libro de Zoroastru — él quedaba callado a sus preguntas. Y sin embargo cada noche se repetía este sueño, cada noche él andaba con María en el mundo solar de los cielos. Y cada vez que andaban, él llevaba consigo en el sueño su libro de Zoroastru y buscaba en él la solución a la pregunta. En vano los ángeles que pasaba llevando en sus regazos las oraciones de los mortales le miraban significativamente; en vano uno le dijo tranquilo, agachándose a su oreja: “¿Por qué buscas lo que no puedes comprender?” Otro: “¿Por qué quieres sacar del cobre el sonido del oro? No eres capaz”. — Pero lo que le parecía extraño era que, cada vez que se le ocurría que los ángeles hicieran su voluntad, ellos en verdad, sin que se lo dijese, cumplían mimando sus pensamientos. Él tampoco podía explicarse esta armonía preestablecida entre su propio pensamiento y la vida de estos ángeles.

— ¿No ves tú, María, que todo lo que pienso yo los ángeles lo cumplen al instante?

Ella le tapó la boca con la mano. Luego le susurró al oído:

— Cuando llueve, todos trigales crecen; cuando Dios quiere, tú piensas lo que piensan los ángeles.

En vano. Su mente estaba preocupada y la mirada de sus ojos grandes estaba fijos sobre aquella puerta eternamente cerrada.

— Quisiera ver la cara de Dios, dijo él a un ángel que pasaba.

— Si no la tienes en ti, no existe para ti y en vano la buscas, dijo el ángel serio.

Una vez él sintió su cabeza llena de canciones. Semejante a una colmena de abejas, las arias zumbaban limpias, dulces, claras en su mente embriagada, las estrellas parecían que se movían según su tacto; los ángeles que pasaban sonriendo junto a él imitaban los cantares que a él se le pasaban por la mente. En ropas de plata, con frente como la nieve, con los ojos azules que lucían oscuros en el mundo solar, con pechos dulces, nítidos como el mármol, pasaban los ángeles hermosos con las cabezas y hombros inundados de melenas; y un ángel, el más hermoso que vio en su solar sueño, tocaba con el harpa una canción tan conocida... nota a nota él lo predecía... El aire blanco se encendía por la voluptuosidad de la canción. Sólo el signo árabe lucía rojo, como la brasa en la noche.

“Esta es la pregunta, dijo Dan levemente, el enigma que penetra mi ser. ¿Acaso no cantan ellos lo que pienso yo?... ¿Acaso no se mueve el mundo como quiero yo? Él apretó con un oscuro dolor a María en su corazón. El abalorio de la tierra quemaba en su collar de perlas... *Acaso sin saberlo no soy yo mismo Dio...*” ¡Bum! El sonido de una campana gigantesca — la muerte del mar, la caída del cielo — las bóvedas se rompieron, su esmalte azul se rajó, y Dan se sintió alocado y sumido en inconmensurablemente. Ríos de relámpagos lo perseguían, pueblos de truenos ancianos, rugían desde la inconmensurabilidad que temblaba movida... ¡Oh, pensamiento infeliz! deliró él. — Con espasmos cogía en su mano el libro de Zoroastru, instintivamente rompió el abalorio de la tierra del cuello de María. Ella se caía de sus brazos... como un sauce caótico que tiende sus ramas hacia él y gritaba cayendo: “¡Dan! ¿Qué me has hecho a mí?”

Y una voz resonó detrás de él: “Infelices, ¿qué osaste a pensar? ¡Tu suerte ha sido que no pronunciaste la palabra entera!...” Absorbido como por un imán inconmensurable, él cayó como el relámpago, en un momento viajó mil años. De repente las tinieblas a su alrededor se tranquilizaron, negro-muerto, sin sonido y sin luz. Él abrió el libro, tiró la cuenta y empezó a leer: la cuenta cayó luminosa por entre las tinieblas y se desplegó poco a poco. Cada vez más grande, más grande — se iluminó — hasta ver lejos como a una luna — y él bajó con el libro bajo la mano las nubes gruesas, se acercó a la tierra, ya veía los pináculos brillantes de una ciudad, luces esparcidas, una noche veraniega con el aire rubio, jardines olorosos y... y abrió sus ojos.

Él se sacudió algo del sueño. El sol se levantó como un globo del oro ardiente sobre un cielo hondo azul; el jardín de debajo de la ventana en que había adormecido Dionis era de un verde húmedo y refrescado después de la noche con lluvia, las flores frescas levantaban al sol las coquetas cabezas infantiles y sus ojos llenos de frías e infructuosas lágrimas. En la casa de enfrente las cortinas blancas estaban aún bajadas, por las sendas de su jardín moreras y cerezos floridos, las acacias con el olor dulce ocultaban las sendas malgastada (perdidas) en una morada y melancólica sombra.

¿Había sido un sueño su sueño tan verdadero o había sido una realidad de tipo visionaria toda la realidad humana? — La cortina de enfrente se corrió un poco y por sus pliegues blancos apareció una rubia cabeza de niña. Reía.

— ¡María! Susurró él con el corazón apretado.

Su pelo rubio y entrelazado en coletas caía por la espalda; un rosado púrpura en la sien, la boca chiquitina como una guinda madura y la cara blanca y roja como la manzana señorial. Después de que rio — ¿quién sabe por qué? — ella dejó la cortina que recayera.

Pero su corazón se contrajo con violencia, porque él comprendió el sentido, pero también la incapacidad de realizar sus sueños. Ahora sabía que amaba. “¿Por qué necesito también esto? pensó él con el alma llena de lágrimas”. No es bastante la miseria en la que

viví — al menos una miseria sin deseos. Y mi primer deseo y puede que el último — ¡irrealizable! El rasgo fino y amargo de los bordes de su boca se ahondó evidentemente. Su alma tembló al pensar que no podría sacudirse el peso de este amor. ¿Esperanza? él no podía tenerla. Un sentimiento que no había conocido nunca ¿era ese nacer con el amor?

Ella reapareció, sonreía. Esta vez corrió las cortinas arriba y tenía un clavel en su manita blanca y miraba como a los pensamientos del cáliz púrpura de la flor. — ¡Inestimable! Susurró él mirándola a ella. ¡Ah! ella tiene que ser buena, ¿por qué sonreía?, ¿por qué? ¿Y precisamente en la ventana? ¿Acaso ella no le veía? Pero si le veía, si estas sonrisas tuvieran una intención... pequeña, coqueta, ¿pero no obstante? — Volvió a desaparecer.

Tengo que escribirla, rogarla... rogarla que no me sonría, que no me llene el alma de una vana, dolorosa ilusión. Eso... no me rechazará ella. Es tan buena; la rogaré que sea mala.

Con una dolorosa, no antes sentida voluptuosidad él la escribió:

Estrella,

Pobre de bienes, belleza y espíritu, mi corazón está tan enfermo como una chispa de sol por la noche, y te amo. Y tus ojos, fundidas las estrellas de la mañana, miran tan hondo, tan felices en lo profundo de la noche de mi alma, cuánto te sueño velando y, dormido, a la imagen de sus luces estoy despierto.

¿Puedes acaso adivinar el sentimiento con que he escrito, ángel?

...¡Oh, no! En tu vida luminosa no ha podido brotar ni la sombra siquiera de unos dolores semejantes a aquellos que destrozan mi corazón. ¡Lo destrozan! Imagínate que de un hombre con sentimientos, de un ser verdadero no queda nada más que una larga, encarnada desesperación. Tú no conoces a semejantes hombres. Ellos no pueden pertenecer a los círculos en los que tú te mueves. Ellos están abajo. Cuando un corazón perdido en la miseria, en opresión, en la incapacidad de cultivar sentimientos, porque cada uno de ellos encuentra sus márgenes en los poderes de aquel que los tiene, cuando un semejante corazón eleva sus aspiraciones a ti, y las elevaría sin querer, luchando hasta sudar, sin poder resistirlas, ¿qué sentiría un semejante hombre? ¿Tristeza? ¡Esto no es tristeza! ¿Desesperación? ¡Esto no es desesperación! Es una agonía del alma, una lucha vana, cruda, sin voluntad. La desesperación mata, este sentimiento trabaja. Mártir es el nombre de mi amor. En cada fibra rota hay una inconmensurabilidad de dolores; y no de una vez, fibra a fibra se rompe mi corazón. La muerte es un momento, la desesperación es tiempo — un semejante sentimiento es el infierno. ¡María! puedes tú imaginarte una semejante tortura sin que llores — de lástima, no — ¿de horror? De piedra sea un corazón, es un margen que lo mueve; de veneno sea una alma, hay dolores que tienen que endulzarle, y no hay dolor más grande que el mío. Por qué estoy yo en el mundo, ¿cuándo tú fuiste destinada a ser? Por qué cayeron mis ojos sobre ti, ¿por qué te vi? ¡Ciego si hubiera sido, de cuanta amargura hubiera escapado! Si no hubiera

sido nada, hubiera escapado de una vida torturada, desierta, sin luz. — ¡Flor! cómo sonríes en el jardín de tus días, sin que sepas que un corazón se rompe; ¡estrella! cómo luces en tu cielo, sin que sepas que un alma muere. Y, en tu ignorancia, eres todavía más hermosa, eres todavía más la causa de unos crudos dolores. ¡Ah! ¡Qué hermosa eres y cuanto más eres, con tanta infelicidad estoy, y cuanto lo soy, con tanta mayor hermosa eres! — No tuve esperanzas, poco me importó; no tuve deseos, ninguno en el mundo, poco me importó; de uno fui capaz, de uno, que me abarca toda mi vida, y aquel es irrealizable, ¡tú! — Todo lo grande que sea tu lástima, hasta allá no se puede bajar. ¡No me sonrías! Tu sonrisa me llena de esperanzas las venas. Amarme no te está permitido, ¡despréciami! ¡Te lo ruego! Puede que tu desprecio me mate y la muerte no es nada frente a mi tortura actual. Beso la huella de tus pasos, a los muro beso por los que pasó tu sombra, ¡despréciami! Yo no puedo no amarte. Tú no sabes por qué, y no te lo puedo decir, y con todo esto tu rostro, la sombra que has tirado sobre la tela de mis pensamientos son la única felicidad que he tenido el mundo.

¡María!... ¡así es si de este modo te llamas! no puedes llamarte de otro modo... ¡tú!... no te puedo decir de otro modo... ¡Adiós! ¡Adiós!

Y, aunque escribió, no obstante una esperanza de una dolorosa dulzura, desierta pero única, le mareaba su alma. Él se imaginaba que ella podría ser suya. ¡Ella! todo el mundo está abarcado por esta palabra. Cuando pensaba como le cogería su cabeza de oro en las manos y le fundiría los ojos con sus besos, cuando pensaba que en su cintura dulce podría descansar cubierto por su brazo, que podría coger sus manitas blancas, mirar a sus transparentes dedos durante horas enteras, enloquecía. ¿Qué es la vida? Él sentía que una hora al lado de ella valdría más que toda su vida. Tan intensa, dolorosa, sin la llamada felicidad en una hora de amor. ¡Y cómo la hubiera hablado él! Cuántas denominaciones inventaría él, cada una más enamorada, más sin sentido, más singular, para una sonrisa de sus labios, una sonrisa pasajera, la sombra de unos felices pensamientos; tanta gratitud por una mirada; tanto agradecimiento para dejar un momento sus dedos dulces en sus manos, y él sentía como le apretaba su corazón, que le hacía sentir los constantes e incontables latidos,... lloraría y reiría de felicidad, como un niño, después enloquecería y eternamente soñaría aquella hora inigualable.

¿De dónde este sentimiento desmesurado, de dónde esta irresistible locura? Él no sentía su cabeza, no sentía su corazón, todo giraba a su alrededor en una luz rosada, parecía que no veía nada más que las cortinas blancas y de detrás de cada una brotaba, sonriendo con una asustada e infantil fineza, su cabeza. ¿Enamorado de ella? Eso hubiera sido poco. No de ella, de cada pensamiento suyo, de cada paso, de cada sonrisa, un descomunal amor. Dios si hubiera estado hubiera mirado su universo, para buscar otro en sus ojos azules; si lo hubiera encontrado, no se sabe,... la búsqueda hubiera durado eternamente. ¡Cómo la amaba! Si le hubiera despreciado, hubiera amado su desprecio; una idea de odio a ella le hubiera sido comprendido su amor cuanto hubiera vivido.

“¡Ah! sonrió él con un tipo de dolorosa borrachera, ¡si pudiera besarla una vez! Parece que no hubiera deseado nada más en el mundo... o acariciarle las manos, o soltarle el pelo, o besarle los hombros. ¡Ángel mío!”

Él envió la carta. Estaba en la ventana angustiado, como si esperara la sentencia de muerte, no sabía qué pensar, ni pensaba en algo, era una mezcla sin hilos de iconos turbios, embriagadores. Ah! él pidió desprecio y esperaba amor.

Ella brotó de la ventana. Él se retiró detrás de la cortina, para observarla. Sus ojos se secaron de ardor y brillaban con un enfermo deseo; ella brotó hermosa, sus ojos grandes y hondos estaban llenos de lágrimas, y miraban ante él, en las manos unidas y dejadas abajo tenía la carta y en la cara con una expresión indecisa, ahogada de deseo de llorar como un niño culpable. Él se mostró en la ventana, y sus ojos de telarañas de lágrimas se dirigieron hacia él... profundos, piadosos, flotantes... Ella arrugó la carta con la mano, la llevó al corazón... y... un dolor afilado, crudo le penetró su corazón; parecía que le había roto la vida, y cortado en dos el corazón, unas tiniebla blancas le abarcaron la vista... y luego nada... nada. Él había caído todo lo largo que era sobre el suelo de su habitación.

La niña huyó asustada de la ventana.

.....

— ¿Qué carta tienes tú en la mano, María? ¿Y qué aspecto tienes? ¿Qué te pasa? dijo un anciano amistoso, que asomó precisamente entonces por la ventana, levantando con su mano fina el mentón redondo de la chica. Ella intentó sonreír, pero tan dolorosa y tan preocupada...

— ¡Muestra!... Él deshizo con un dulce apremio la carta arrugada de sus manos... la miró, y su cara se ahondó cada vez más. Llegó a la firma.

— ¿De quién adquiriste tú esta carta, dónde vive este hombre?

Las lágrimas la inundaron y ella se arrojó suspirando al cuello de su padre.

— Mira, dijo ella entrecortada, allí está el pobre... en la casa desierta de enfrente... lo vi cayendo como muerto al suelo... quién sabe si ha muerto. Corre, padre... puede que aún no sea demasiado tarde.

— ¿Qué aspecto tiene? preguntó el anciano, preocupado como se ve por un pensamiento complicado.

— ¡Oh! ¡Es hermoso! dijo ella rápidamente... y luego se mordió sonriendo los labios.

Se asomó otro hombre más calvo y con gafas, con el que el anciano habló rápidamente y en voz baja, enseñándole la carta. El calvo movió la cabeza.

Ellos bajaron veloces las escaleras y enseguida fueron a la casa de enfrente. Aunque eran ambos ancianos, ellos se habían apresurado porque les traicionaba el vivo interés que tenían por llevar a Dionis. Ellos abrieron la puerta. Dionis estaba tumbado en el suelo, el pelo desordenado, los ojos cerrados con vehemencia. El calvo lo levantó despacio del suelo y le desnudó el pecho.

— Casi se le rompe una vena del corazón, dijo él levemente. Parece muy sensible. Una alegría grande lo mataría. No debemos despertarle siquiera... Le voy a dar cloroformo, para que del desmayo pase a un sueño profundo.

Mientras que el doctor (habréis adivinado que nuestro calvo bípedo era doctor) hablaba consigo mismo, asintió con la cabeza, levantó las cejas y movió sus gafas sobre la frente, el padre de María se fijó en el retrato de la pared. La explicación en dos palabras: La persona jurídica que se haya ahora bajo el cuidado del Esculap nuestro tenía derecho a una herencia. Pruebas eran la semejanza con el retrato y muchas otras circunstancias que no nos interesan, relacionadas sin embargo con el origen hasta ahora oscuro de Dionis. Suficiente que su suerte material desde este momento había cambiado.

Él mismo estaba tumbado sobre la cama. La cabeza levantada sobre almohadas y apoyada sobre pecho, la palidez tranquila y marmórea de la cara contrastaba con pelo en el desorden. Una mano estaba apretada en el corazón, ella comprimía convulsiva el dolor que sentía allá; la otra colgaba sobre el margen de la cama abajo. Un gabán negro lo cubría, por los rizos que transparentaban sus delicadas y correctas formas. El padre de María se agachó sobre él y le miró con placer, con intención.

— ¡Eso es! pensó el doctor con astucia.

.....

Una tiniebla espesa, grisácea y brillante... luego un cielo de un eterno y azul tenebroso, con las estrellas blandas por el soplo de la noche, con las nubes fruncidas, con el aire caliente... y de nuevo, de nuevo la ciudad vieja con las calles estrechas, con las casas encogidas, con los pilones mohosos en la luna, y Dan pasaba rápidamente por calles... la luna arrojaba algún rayo por sus tinieblas... él entró en su casa plenamente consciente sobre sus largos sueños.

— Y me pasó por la mente, dijo él, aquella idea infeliz que Ruben creía incapacidad en la cabeza de un hombre. — Su sombra dormía en la cama.

Él leyó en el libro de Zoroastru... ella se levantó despacio... con los ojos cerrados... adelgazó... se pegó a la pared y se colocó irónica, fantástica, larga, delante de él.

Dan se sentía enfermo, abatido, aplastado bajo el peso de sus pensamientos. A parte por eso un relámpago le pasó justo por el corazón mientras caía. Él sentía el relámpago doliéndole en el corazón. Él se tumbó en la cama y se cubrió con el hábito... Delante de él pasaron seres extraños que no había visto nunca. “¡Ah! pensó él — pronto moriré, estas son ya sombras del otro mundo”. Sólo su sombra propia se quedó justo en la pared, parecía que sonreía y — ¡extraño! — tenía ojos azules. “El diablo te lleve, pensó él, incluso mi sombra se burla de mí ahora”.

La puerta se abrió y entró el maestro Ruben.

— ¿Qué vacío, maestro, desde cuándo has dejado que te crezcan patillas y desde cuándo llevas puesto caftán judío?

— ¡Ay de mí hombre, hace mucho! — desde cuando recuerdo, dijo Ruben atusándose la barba. ¿Pero me has visto de otro modo alguna vez junto al Patio viejo?

— Junto al Patio viejo... es Riven... el vendedor de libros, y no tú, maestro Ruben.

Ruben miró largamente a él. — Tú no estás bien, Señor, dijo él serio.

— Yo muero, maestro Ruben... Mira en mi mesa, allá están las memorias de mi sombra, de la sombra que ves en la pared, escrita mientras estuve en la luna.

El judío miró fijamente al enfermo y movió la cabeza.

— Tu sombra es un retrato que se te parece, dijo él.

— Maestro Ruben, te has atontado mucho desde que no nos hemos visto, dijo el joven sonriendo, o yo me he convertido en un ser superior a mi maestro... puede ser también esto.

El judío se acercó a la cómoda que le había señalado el enfermo, abrió su cajón y dio de verdad con unos vínculos de los papeles amarillos y marchitos, atados con hilo de hebra azul... él los sacó, los miró, después los puso sobre la mesa. — En el momento este entraron dos hombres en su celda que Dan no había visto antes. Uno de ellos, calvo y seco, vino a tomarle el pulso, el otro hablaba con Ruben. Ruben les enseñó los papeles... el hombre miró rápidamente entre ellos... sin duda, dijo él para sí... — “¿Desde cuándo lo conoces?” añadió volviéndose hacia el judío.

— Desde hace mucho. Él me compraba libros. Generalmente los más viejos y todo de aquello que no puedo vender a nadie en el mundo. Yo solo los compraba a montones, bibliotecas despilfarradas de hombres ancianos cuyos herederos después me los vendían a uno precio mínimo, como papel solamente. Y en semejantes libros él removía con una especie de pasión por comprar los más oscuros y los sin sentido. Ahora de igual modo tenía algunas antigüedades de estas y había venido a mostrárselas, él me las habría comprado

seguro... pero ahora... lo encontré en el estado en el que lo veis. Y después ya ni me llama: señor Riven, ¡sino maestro Ruben! Dios sabe cómo le habrán enloquecido todos estos en la cabeza del pobre hombre.

El enfermo oía todo esto y no sabían qué sentido darle. “Están locos los hombres estos, pensó él, y el maestro Ruben sale con desvaríos de su mente... ya no le conozco. ¡Eso es! pensó él al final, yo he muerto y Ruben vino con los médicos para vendarme el cuerpo. Tiene razón... por los cambios por los que pasé, mi cuerpo tiene que haberse convertido fenomenal. ¿Pero acaso son doctores estos dos?...Me parece que se parecen a Satanás ambos... O es un hombre, dividido en dos apariciones ancianas con las que se divierte el taimado Ruben a mi costa... una mitad con pelo y una calva. La calva me toma el pulso y la que tiene pelo mira mi sombra, colgada de un clavo en la pared. ¡Mira! ahora la desprende de la pared y se la da a Ruben en la mano.— ¡Bravo! Maestro Ruben, gritó él, tus diablos son hábiles en desprender las sombras de la pared, y este calvo tiene que cogerme a mí... porque como veo juega a doctor en el momento este... “¡Bravo! ¡Bravo!” Él aplaudía riendo.

Ruben cogió su sombra y los papeles de la mesa y salió de casa, cerrando con ruido la puerta tras de sí... — Te has ido, hebreo... te has ido y me has vendido al torturador de almas”, murmuró él con una resignación dolorosa, recayendo con la cabeza en la almohada.

— Tiene fiebre... está delirando, dijo seriamente el calvo.

.....

Es de noche... Un frescor dulce penetra por las ventanas abiertas, y Dionis tumbado sobre la cama temblaba de fiebre, con los labios secos, con la frente llena de sudor y con la cabeza pesada. Le parecía que se había despertado de unos sueños largos, oscuros, sin significado y él mira, sin fe a la realidad, a su alrededor. El retrato de su padre faltaba de la pared, los libros viejos también... la casa es la misma, pero los muebles nuevos y elegantes, alfombras en el suelo, sólo la cama es la misma. Extraño, pensó él, de maravilla en maravilla... yo ya no sé qué sucede conmigo. — La luna rebosa todo su oro en su cuarto y bajo este esmalte diáfano los muebles y las alfombras brillaban somnolientas y mates; un reloj tintineaba despacio y débil en la pared y por su mente pasaron rápidos, turbios, mezclados, todos los acontecimientos apenas pasados. Y todos le parecían sueños; su mente le parecía refrescada, fría, clara ante la mente que había tenido antes. A su alrededor había desaparecido el mundo semioscuro de su juventud; él miraba al futuro como si mirara desde el fondo de un lago tranquilo y limpio como la lágrima. Él solo no podía explicarse esta claridad de mente. Cerró sus ojos. De repente sintió como que del margen de su cama estaba sentado alguien... estaba a los pies. Luego sintió una mano dulce y pequeña sobre la frente. Él abrió los ojos por la mitad. Vio un chico con la cara ovalada, pálida, algo delgado, el pelo de oro cubierto por un sombrero del terciopelo negro con los márgenes extensos, vestido con una blusa de terciopelo que lo abarcaba, apretado por un collar lustroso, la cintura más

delicada del mundo. Los ojos de Dionis medio cerrados no traicionaban lo que él velaba. Lo miró totalmente, de la cabeza inundada en oro hasta los botines pequeñitos que brillaban radiantes sobre la alfombra florecida.

“¡Ah! pensó él, y el corazón tembló en él, ¡es María!”

Sí, ¡el tesoro! ella era. Hablaba sola... las chicas hablan a menudo solas... Él sintió el aire endulzándose bajo sus susurros.

— Hui de casa disfrazada... siempre me aplazaban, o hoy, o mañana... el monstruo de doctor decía que sería peligroso para él... oyes ¿peligroso? ¡Yo no soy peligrosa! dijo ella severa — Pero si se despertara... entonces, o, entonces... ¡Duerme! ¡Duerme! susurró ella agachando su boca sobre su frente... Él sintió un rocío húmedo corriéndole el pelo... Pero en el momento aquel él se enlazó al cuello... ella, asustada, quiso retirarse, pero su brazo la cogía enérgicamente acostada de este modo sobre su pecho... Él se levantó.

— ¡Déjame! dijo ella roja como púrpura.

Pero él la había abrazado, la acariciaba su frente blanca y le quitó el sombrero y dejó que surgieran sobre los hombros abajo las olas del pelo rubio... luego cogió sus manitas en sus manos... ella no se resistía más... la miró, la besó los dedos... ella no se resistía más...

— María, ¿me amas tú?

— ¿Pero si no me llamara María? dijo ella bajo la inspiración de una repentina maldad.

— ¿Pero cómo?

— ¡Sí! ¡Sí! María, dijo ella con vocecita plateada, pero calla, no te he perdonado que hablaras... no te he perdonado... No te levantes, porque no te he perdonado... Ella le empujó sobre la almohada... Él quería hablar, pero sentía su boca tapada de besos... Él cerró sus ojos y sintió que el corazón se le rompía en el pecho... y de nuevo los abrió, para abarcar con ellos su dulce peso, que reía con un tipo de aniñada locura con su sonrisa, de sorpresa y susto ella propia... de todo, todo...

A menudo en las noches largas de invierno, después de que ella desde hace mucho se había convertido en el tesoro de su matrimonio, cuando de buena voluntad vivían exiliados en alguna aldea para amarse lejos del ruido del mundo, María entró de repente en el salón caliente y alumbrado sólo por los rayos rojos de la brasa del hogar, entró vestida como hombre, como en la noche aquella cuando se vieron por primera vez de cerca. Sus miembros esbeltos en la blusa de terciopelo negro, el mismo sombrero con los márgenes extensos sobre su pelo rubio y los piecitos más pequeños del mundo en botines varoniles. Y ella se acercó a él. Sus manitas blancas y transparentes como la cera contrastaba con las manitas blandas y

negras y de este modo paseaban del brazo por la semioscuridad cálida de la sala; de vez en cuando juntaban sus bocas, de vez en cuando se quedaban delante de un espejo, con las cabezas apoyadas uno de otro, y se reían. Era un contraste agradable: su cara trazada y fina de la que no se había podido aún borrar la amargura de una juventud difícil, sino que había quedado aún en una facción de indecible ingenuidad alrededor de su boca, junto a su fisonomía oval, redondeada y blanca... la figura de un joven demonio al lado del rostro de un ángel que no ha conocido nunca la duda.

Dos palabras como conclusión. ¿Quién es el hombre verdadero de estos sucesos, Dan o Dionis? Muchos de nuestros lectores buscarán la llave de sus sucesos en las cosas que les rodean; ellos encontrarán elementos constitutivos de su vida anímica en la realidad: Ruben es Riven; la sombra de la pared, que juega un rol tan grande, es el retrato con los ojos azul; con su desaparición de ésta desaparece lo que os anima a llamarla una idea fija; en fin, con el hilo de las causalidades en la mano, muchos pensarán el sentido de sus acontecimientos, reduciéndolos a sencillos sueños de una imaginación enferma.

Ha sido un sueño o no, esta es la pregunta. ¿Acaso no lo anteriormente recogido de la vida es una escena cuya existencia no la podemos explicar? ¿Acaso no somos igualmente aquellos figurantes que, queriendo representar un ejército grande, pasan por la escena, rodean el fondo y reaparecen de nuevo? No es acaso la humanidad de la historia semejante a una de este modo de armadas que desaparecen en una compañía vieja para reaparecer en una nueva, ejército grande para el individuo constituido en espectador, pero el mismo número bordeado para el director de escena. ¿No son los mismos actores, aunque las piezas sean otras? Es justo que detrás del fondo no somos capaces de ver. — ¿Y no podría ser que alguien, viviendo, tenga momentos de una lucidez retrospectiva que le parezcan como las reminiscencias de un hombre que desde hace mucho ya no es?

No vacilamos al leer algunos pasajes de una epístola de Théophile Gautier que colorea de algún modo la idea esta: “No siempre somos del país que nos vio nacer y por eso buscamos nuestra verdadera patria. Aquellos que son hechos de este modo se sienten como exiliados en su ciudad, extranjeros junto a sus hogares y trabajado de una nostalgia inversa... Sería fácil señalar no sólo el *país* sino incluso *el siglo en el que hubiera tenido que suceder su existencia verdadera*... Me parece que viví una vez en Oriente y, durante el carnaval me disfracé con algún caftán, creo que retomé mis verdaderas vestiduras. Estuve siempre sorprendido por no entender bien la lengua árabe. Tengo que haberla olvidado”.

En el aniversario. Narración original

Ella se llamaba Cleopatra, y él Gajus Iulius Caesar Octavian Augusto. Es decir, ella había leído una novela y hubiera querido tener veinte y seis años y no tenía más de catorce; él, la historia de los romanos y quería tener cuarenta años. Tenía sólo dieciocho e iba a la escuela. Sin embargo hoy, en el día de san Ermil, él miraba a Octavian August y esperaba felicitaciones por ser su onomástica. Su padre le había regalado un reloj hermoso, su madre — una cajita de madera para el aseo, la hermana — un par de zapatillas. Elis —nada. Elis, es decir, Cleopatra, su prima. Él se había retirado a su cuarto, donde los clásicos estaban colocados sobre una cómoda en religiosa regla e inviolabilidad y se paseaba con pasos grande por la casa. Era moreno y algo poético. Tenía ojos azules, lo que quería decir mucho, y era un hermoso muchacho. Ahora estaba con asombro ante el espejo, miraba con asombro a sus ojos propios y parecían que le preguntaban algo. “Tolla me lo ha hecho”. Era un tiempo en el que, a consecuencia de una novela española, la reina actual de Egipto se llamaba Tolla. Él se llamaba por aquel entonces Bertrand... ¡tempi passati!

“¡Nada! ¡Nada! — También yo le di por su cumpleaños una muñeca. Es decir ¡que yo le he dado! ¡Si no supiera qué darle! Madre me dijo que le regalara una muñeca. ¡Tolla, Tolla! — dijo el riendo— te quiero mucho”. Después se sentó a la mesa y pensó profundamente... sobre la igualdad de dos hipótesis. Cogió una hoja grande del papel blanco y escribió justo en el medio: ¡Reina! ¡Te amo! Rubricado: Gajus Julius Caesar Octavian Agust de mano propia.

Por la tarde era la fiesta. Estaba invitada también la prima Elis y — gran maravilla — vino. Sus padres se desembarazaron de ella allí y se fueron a otro lugar, donde de igual modo eran esperados. Octavian Agust el emperador festejaba la tarde hasta casa, y le perdonaban las ocupaciones del estado romano, y hoy — lo perdonaban las ocupaciones del estado romano. En toda la tarde no habló una palabra con la señorita. Ella también frunció las cejas entre los ojos, que levantó sobre la frente; con los brazos cruzados, pie sobre pie, estaba terca en un rincón, con los labios apretados pegados. Pero a escondidas ella colaba algún rayo justo a sus ojos. Estaba muy enfadada. Desde hace dos años se enfadaba muy fácilmente y se desenfadaba igual de fácil. Antaño no se enfadaba de ningún modo.

Se acercó la medianoche. Él vino muy serio. “¿Me dejaréis, señorita, que os acompañe hasta casa?” Ella miró a sus ojos y empezó a reír.

— ¿Por qué te ríes? ¿Qué es esa risa?

— Bien. ¡Vamos!

Era una noche hermosa, luna, un hielo áspero sin casi viento. La nieve había quedado sobre las vallas y tablas de ambas partes de la calleja. La nieve había cargado las

ramas de los árboles y los tejados de las casas. La escarcha crujía bajo los pasos y él pasaba con ella del brazo... ella en casaquilla con cuello de piel, roja la cara, el capuchón blanco de lana rodeaba la cara, la frente. Ella era rubia, muy rubia, con el pelo como un copo de cáñamo y casaquilla — todo lo gruesa que hubiera sido — acentuaba no obstante las líneas de una talla fina y flexible. Una rana. Reían hablando — es decir reían más que hablaban. Quién no recuerda su juventud — también cada uno ha tenido una — de aquellas decisiones de ser serios en el amor, que es de por vida, aquellas defensas en los párrafos de la niña, para no decir el nombre, para no tutear — para que no la besen. Los otros iban y venían, ¿pero un besito? Cuanta gente. Así estaban también ellos. Hablando sobre... historia, geografía y otras cosas útiles ¡sí! Se entiende, cuanto quieras — pero un besito, ¿tú? ¿Claramente (de verdad)? — ¡nunca!

Así se habrían quedado — pero la luna, ¡la luna!

La luna alumbraba sus caras blancas como la leche con las mejillas rojas y su pelo rubio, muy rubio, que rodeaba con lujo y finura una cara llena y sonriente. Mientras él pronunciaba un discurso sobre un tema de astronomía —indiferente tanto para él como para ella — es decir mientras se fastidiaban uno a otro, ella le miraba a él sin escucharle; se le hubiera tirado al cuello, lo hubiera besado mil veces — así pensaba ella al menos — si — si se hubiera caído.

¡Ah! que tonto es — pensaba ella — no puede hablar de otra cosa, hoy al menos — añadió mirando tímidamente arriba a él. Qué hermoso es así, cuando dice disparates, me gusta así — pensaba siempre todo ella. Luego ya no pensó nada o Dios sabe qué — bastante, después de que calló mucho sin escuchar, dijo algo extenso y algo como si no se hubiera dado cuenta:

— Tú, Ermil, — y asustada de lo que había dicho, ya no dijo nada. Su cara estaba roja de vergüenza.

Él se quedó parado, le apretó la mano y dijo en voz baja:

— Dilo otra vez.

— No.

— ¿No? Me enfado... que lo sepas.

— Tú... repitió ella en voz baja, con los ojos medio cerrados, con la voz temblorosa. Era un tú solitario, sin tener relación con alguna frase — y sin embargo ¿qué tú? De su boca había venido primero.

Siguieron hablando — este vez más íntimamente — no sobre el amor; pero no obstante sobre una cosa seria — sobre el matrimonio, como ella funda el estado, que es el

origen del matrimonio en los indios, todas cosas profundas. Cada tú era controvertido. Cuando se proponía decir tú, morían de vergüenza, y hablaban serios, después de largas luchas anímicas: “Vuestra merced”; cuando establecían diplomáticamente decir vuestra merced — en lugar de tú — tú por error, y de nuevo por error, y así continuamente.

Al final llegaron a la puertecita.

— ¡Elis! tú... no sabes cuánto te amo... ni puedes saberlo porque... porque tú no tienes corazón.

— De verdad ¿y tú? Ves, pensó ella, pero no dijo nada...

— Desde que te vi, desde cuando sabes tú — porque tú sabes que yo te amo y siempre esta frialdad cuando estás sola conmigo. Siempre me obligas a hablar sobre cosas que ni siquiera escuchas... Eres mala de corazón, ¡Elis!

— ¡Señor! dijo ella, dominándose y quedando rígida ante él. ¿Quieres enseñarme cómo tengo que portarme?

— Y con todo esto, dijo él en voz baja y dolido, la luna embellece el mundo para nuestro amor.

Ella miró arriba y sus ojos humedecidos por dulces lágrimas brillaban en la luna. Él la abrazó la cintura y se miraban los dos — no pensaban nada. Era algo tan doloroso, tan feliz en la cara, en toda su alma — reirías y llorarías si les hubieras visto de ese modo.

Al final empezaron a reír — dos niños — se reían con lágrimas en los ojos. Y era tan plateada su risa y la boquita tan hermosa — hubieras bebido agua de su boca.

— Señor, dijo ella de repente con una seriedad grande — hoy nos hemos permitido muchas cosas poco permitidas — sólo hoy y lo siento... que tenga que... que...

— Venga, ¿qué...? Y esta mano de consejero... Yo no son niño, Elis... que sepas tú que no soy... Mira, por ejemplo...

— ¿Por ejemplo...?

— Ya no te voy a apretar la mano, ya no te voy a llamar por el apellido... de hoy delante.

¡Oh! pensó ella para sí misma con dolor, pero qué podía decir. Se colocó sobre el banco de piedra de al lado de la puertecita... Ella le dio la espalda y se mordió las uñas... él miraba la nieve. ¡Tonta cosa!

Hubieran podido quedarse mucho tiempo así. No sé... Por fin... ella... por fin... su poder ha sido el que — así despacio — con un poco de orgullo pero no demasiado:

— ¡Ermil!

— ¡Oigo!

— Yo que te lo he dicho directamente para que no digas que no te lo he dicho... pero... yo no te amo de ningún modo... y tú me lo has dicho hoy, que yo no te amo. — ¡Así! Ella se había puesto algo en la cabeza hoy: una idea... y este era el modo con el que buscaba pretextos para pelear — y estas peleas, ¿sabía ella cómo se acababan acaso?

— ¡Sí! No me amas... repítelo, dilo... te creo, porque tú no me amaste nunca, dijo él con amargura. Negros pasarán mis años... En todos los rostros buscaré mirarte. Tú tienes un corazón de mármol... Ni sonrisas, ni lágrimas, ni ruegos, ni terquedad no lo conmueven.

— ¡Deja, deja! Pensó ella y sonrió con soberbia que puede ser tan áspera.

— Yo te lo dije, señor mío, tantas veces, que sólo la amistad verdadera puede ser el vínculo entre nosotros. ¿Qué pides más?... ¿Qué quieras de mí? añadió rápidamente.

— ¿Qué quiero, dijo él con una triste ternura, qué quiero? ¿Pero no ves tú cómo sufro? Dime sólo que me amas — ¡dilo! pero no con dos significados, no como entonces en el baile... ¡directamente! ¡Dilo!

— ¡Sí! dijo ella muy fría — vuestra merced sabe que yo te amo, seguro. Sí.

— ¡Oh, esta frialdad! ¡Tú me matas, Elis! Háblame, dijo el rogador, cómo sabes tú en ocasiones hablar, con una ternura asombrosa, con una dulzura de hermana — de amante.

— ¡Bien, bien! ¡Lo sé!

— ¿Qué sabes tú? Mira que ya no me enfadas... te hablo blandamente. ¿Me das tu mano? Así. Di.

— ¿Ves tú, Ermil? dijo ella con una seriedad infantil y triste — tú crees... tú crees que yo tengo agua en las venas... que yo... ¿qué yo no te amo?... Pero que te lo digo a ti... yo no soy áspera... Qué dirías tú si... pero te ruego que no lo digas a nadie... si... pero a fe que no lo digas...

— ¿Qué?

— ¡Ves tú! formalmente te paré... tengo tu promesa que no me besarás nunca. ¿Así es?

— Así.

— Que ya no me digas que yo no te amo — dijo enfadada — que digas que yo te amo — repitió con una vergonzosa gracia... hoy... hoy... Se sintió abrazada por la cintura, cerró los ojos, dejó la cabeza sobre su hombro y estaba cerca de morir.

— ¡Oh! te amo... no he sabido nunca cuánto te amo... — su voz era dulce, tenue, llena de lágrimas, santificada por el primero beso.

— Tú eres un ángel... obstinado... pero un ángel...

La sonrisa descarada, el ojo devoto, la coquetería risueña volvió a su sitio después de aquel beso... justo la tranquilidad. Y ella tenía su brazo detrás de su cuello.

— Me voy... y tú eres un burro.

— Deja que lo sea... No te vayas...

— Tienes... ¡tú! Así es que tú no olvidarás nunca esta noche, dijo en voz baja, así de bajo y no obstante así de claro.

— ¡Ah! nunca.

— Y ahora... tengo que traerte algo de casa... Un regalo para tu cumpleaños... ¿Así es?...

Ella entró rápido, volvió y trajo una caja grande... Ellos la dejaron caer, pero no pasó nada... era otro beso.

Gajus Iulius Caesar Octavian August se fue a casa. Se colocó delante del fuego y dijo sonriendo: “¡Tú eres un burro!” Abrió la caja. Encima había un dibujo. Él era... dejado en un sillón; una mujer... ella, de detrás del sillón le tapaba los ojos con las manos. Él levantó los ojos y la vio... y un momento le pareció que la veía. Pero dónde habrá estado. ¿Pero qué más había en la caja? Las muñecas que le había dado por su cumpleaños hace dos años. Sobre la frente de la primera había: “Bertrand es un burro”, sobre la frente de la segunda: “Gajus no tiene toda su mente”. Luego había algo más. Un pequeño libro de apuntes... impresiones de novelas, de poesías, escritas cada día y al final de cada apunte, como final, como un pensamiento antes de dormir/morir: “¡Ermil, te amo!”.

Cezara Novela original

I

Era una mañana de verano. La gran y extensa infinitud estaba azulada, el sol se levantaba despacio en la serenidad profunda azul del cielo, las flores se despertaban frescas después del sueño largo de la noche, las peñas negras de rocío empañaban y las hacían grises, sólo por todas partes caían de ellas, perezosas de calor, pequeños trozos de arena y piedra.

De unos colmillos de peñas hacia el poniente se levantaba un monasterio viejo rodeado de muros, igual que una fortaleza, y de detrás de los muros veías por todas partes alguna cabeza verde de álamo o de castaño. Los tejados puntiagudos por las tejas mohosas, la bóveda negra de la iglesia, las murallas rodeadoras derrumbadas y caídas por su desgaste, por las plantas gruesas, por hormigas que fundaban sus estados, por procesiones largas de bichos rojos que se torraban con indecible pereza, la puerta de roble de una antigüedad secular, las escaleras de piedras romas y comidas por usarse mucho, todo esto conjuntamente te hacía creer que era más una ruina parada a la curiosidad que vivienda.

A la derecha del monasterio se levantaban cerros con bosques, jardines, vivos, aldeas con casitas blancas esparcidas por entre las fajas de los valles, a la izquierda un camino pasaba como una cuerda por una inconmensurabilidad de sembrados verdes que se perdían en la lejanía del horizonte, en su justa grandeza, cuya superficie estaba rota por todas partes por algún colmillo de peña que salía de debajo del agua.

A lo largo de las murallas rodeadoras iban sendas por las costillas del cerro, interrumpidas en su curso por topineras de topos. Por una de las sendas vemos un monje anciano yendo hacia la puerta del monasterio, con las manos juntas detrás a la espalda. Su hábito era de paño, estaba abrochado con cordón blanco, los rosarios de lana colgaban de una esquina del pecho, las zapatillas de madera se arrastraban y repiqueteaban a cada paso. Su barba blanca le quedaba algo rara, los ojos como el suero inexpresivos y algo atontados; nada resignado o ascético en él.

Llegó a la puerta, tiró de la campanilla, un hermano le abrió, él entró en el patio que parecía abandonado del monasterio, con su entarimado de piedras cuadradas entre las que crecían a su voluntad briznas de hierba alta, y en medio había como un estanque cuyas riberas eran salvajes con toda clase de malas hierbas. Bardanas grandes, las velas, trébol de olor amarillo y la arveja que tejía sus mantos de flores sobre toda la vegetación que la estrangulaba con las farragosas ramas. Una galería larga, ensombrecida y con muchas columnas responde con una escalera que da al patio. El anciano abrió la puerta del zaguán y se hizo invisible dentro del edificio.

En la muralla larga y alta del monasterio, mirado desde el jardín, se ven ventanas con barrotes negros, como las ventanas de celdas abandonadas, sólo una está toda entretejida con yedra y en el interior de aquel hechizo de hojas oscuras se ve en vasijas rosas blancas que parecen buscar el sol con sus cabezas. Aquella ventana daba a una celda en las paredes que estaban tiradas con el lápiz todo tipo de esbozos extraños — aquí un santo, allí un perro se revolvía en la hierba, allí el icono muy bien ejecutado de un escarabajo, flores, matas, cabezas de mujeres, gorros, zapatillas, en fin, un libro de esbozos malgastado en la pared. Un armario con libros eclesiásticos, una silla con el respaldo alto, ropas monjiles colgadas en un clavo, una caja retratada con toda clase de flores, una cama sencilla bajo la que se veía un par de zapatillas y un gato negro, esta era toda la ropa. Por hechizo vivo y tembloroso por las ventanas penetraban los rayos del sol y llenaban la semioscuridad de la celda con rayos de luz en los que se veían miles de hilos movedizos que todos jugaban en el imperio de unos rayos y desaparecían de la vista de repente con ella.

Sobre la silla estaba un monje joven. Él se halla en aquellos momentos de holgazanería agradable que tiene un mastín cuando estira todos los músculos al sol, perezoso, somnoliento, sin deseos. Una frente alta e igual de extensa sobre la cual el pelo forma un marco brillante y negro estaba colocada encima de unos ojos ahondados en sus bóvedas y encima de la nariz fina, una boca con los labios delgados, un mentón redondeado, ojos agradecidos, como se diría, en ellos mismos mira con una clase de conciencia de sí que podrían convertirse en atrevidos, su expresión es una extraña mezcla de sueño y razón fría.

Se acercó a la ventana y miró al jardín de abajo a la hierba blanda, crecida a la sombra virgen de los árboles, en los naranjos que brillaban por las hojas, luego cogió el lápiz y dibujó sobre la pared una naranja. Cogió una zapatilla, la puso en la mesa y la miró, luego abrió un libro eclesiástico y en una esquina de la página pintó la zapatilla. ¡Y qué profanación de los libros eclesiásticos! Todos los márgenes tenían perfiles de mujeres, sacerdotes, caballeros, mendigos, comediantes... en fin, la vida en su realidad, emborronada en cada rincón disponible.

De repente entró el anciano.

— Bendice, padre.

— Dios.

— Bien, Jerónimo, dijo el anciano alegre y en una oreja, ¿en qué más trabajas, travieso?

— ¿Yo? ¿Pero cuándo he trabajado yo en algo? Esta presuposición agravía mi carácter, padre... Yo no trabajo en nada; juego dibujando caballos verdes en las paredes; ¿pero trabajar...? Soy más sabio de lo que parezco.

— Haces mal en no aprender pintura.

— Yo no hago nada mal, ni bien, porque no hago nada. Juego.

— Sotieras el talento, hijo, sotieras el talento.

— Sotierro al diablo, padre.

— ¡Apague Satanás! dijo el anciano saltando en un pie y tirándose a sus brazos.

Jerónimo empezó a reír.

— Dios sabe, padre, de dónde tenéis tanta alegría. Yo tengo momentos en los que estoy triste, tú... no creo.

— ¿Yo triste, Jerónimo? Que me lleve el diablo, hijo mío, si estuve triste alguna vez. La tristeza huye de mí como mi compadre del incienso. Pero deja eso... ven a la ciudad conmigo. Hoy, entrando en tu abadía, hice una cara amargada y turca... he dicho que te necesito para un encargo, mentí como siempre — al final, te concede mi sociedad sería de sepulturero. Nosotros, Jerónimo, iremos a la ciudad... conozco en un lugar vino bueno, sabes colea, ¡phiu! ¡Jugaremos a las cartas con otros hermanos, fumaremos de las cachimbas largas todo el día de hoy y miraremos por las ventanas a las señoritas! Se entiende que sin...

— Se entiende.

— Me asombra ¿cómo diablos te has hecho monje, maldito Jerónimo?

— Me asombra ¿cómo diablos te has hecho monje tú, padre?

— ¿Quién? El diablo.

Se engañaría alguien creyendo que todas las liviandades de los monjes tienen alguna importancia. Sus así llamadas maldiciones eran unas niñerías, con toda la libertad de las palabras con las que los visto. Un vaso de vino, una partida de cartas, una cachimba de tabaco, de vez en cuando una mirada precipitada sobre el perfil de una niñas sonrientes — estos eran hoy y siempre todos sus renombrados desenfrenos. Todo el encanto consistía en el misterio con el que vestía disimuladamente sus pequeños pasos mundanales.

Jerónimo se echó su hábito, puso una cara siniestra, el bromista anciano puso una trastornada totalmente, para hacer efecto sobre el asustado conserje, y ambos salieron rápidamente del monasterio, para aminorar la prisa del paso apenas en el camino grande, que llevaba a la ciudad.

II

— Condesa, haré que tu padre te fuerce para que seas mía.

— Quién duda de que puedes hacer esto, quién, que eres capaz de hacerlo. Mi padre te debe dinero y tú quieres a su hija. Nada más natural. Acordaréis los dos sobre el precio como dos hombres de honor que sois... pero hasta que no sea tu mujer tengo el derecho de rogarte que me dejes... Tendrás bastante tiempo para atormentarme cuando sea tu mujer.

La hermosa condesa le volvió la espalda y miró por la ventana sobre la callejuela. Ella empezó a reír, porque vio a un anciano bromista esforzándose en cortar personas piadosas para imponerse a los transeúntes. Jerónimo y Onofre estaban en la callejuela; Onofre, contando los rosarios que tenía en las manos unidas sobre el vientre, Jerónimo con la frente de profunda y noble seriedad.

El marqués Castelmare miró largo y salvaje a aquella niña que despreciaba su amor, luego salió veloz, tirando la puerta detrás de él.

— Qué lindo es aquel monje, susurró la condesa sonriendo. Y qué gracioso anciano... Parece un payaso en un rodillo de intrigante. Qué nobles facciones tiene el joven... parece un demonio... hermoso, serio, indiferente. Siempre necesita Francesco un modelo para su demonio en su “La caída de los ángeles”... si pudiera echar mano al monje...

— Maestro — gritó ella fuerte, acercando dos sillas a la ventana.

Entró un anciano con una blusa de terciopelo, con la cara alta y serena, con una barba gris, y se acercó a la niña con una pregunta en los labios.

— Ven a mi lado... Ponte aquí... Mira a aquel monje joven. Qué hermoso demonio en la “La caída de los ángeles”, ¿no es así?

— Qué hermoso Adonis en “Venus y Adonis”, dijo el pintor sonriendo, tú Venus, él Adonis.

— ¡Eh! Esto es muy fuerte.

Francesco le cogió la mano en la suya y acercó la boca a su frente hermosa.

— Eres niña, dijo él en voz baja, ¿y por qué no? Tú quieres amar... toda la fibra de tu corazón tiembla ante esta palabra... ¿Quieres pero como un hombre al que no amas, aquel Castelmare, que te toma por esposa...? Sabes que soy rico... sabes que te amo como si fueras hija mía... sabes que tu padre te vendería si le pagaran el precio que pide, porque es pobre, desenfrenado, jugador... y que no tiene otra forma de escapar de la desgracia que la de huir de esta casa. ¿Quieres un padre?... Aquí me tienes... ¿Quieres una casa? La mía la tienes abierta. ¿Quieres un amante, Cezara?... Aquí lo tienes. También yo amé... conozco desde la juventud esta dulce turbación... Tú estás sedienta de ella... y aun así serías capaz de escapar de la mano del más hermoso modelo de pintura... Un ángel de genio, porque los demonios son ángeles de genio... los otros que quedaron en el cielo son algo tontos.

— Pero bien, padre, no correré yo detrás de él, dijo ella roja como el fuego.

— ¿Quieres que corra yo tras él?

— E no...

— E sí... Mi saludo, señorita, dijo Francesco precipitándose hacia la puerta. Lo habría parado... no le salían las cuentas... para no pararle... no se caiga. Ella no hizo nada, lo que era lo más prudente en este caso. El pintor salió sonriendo con maldad, pero con especial encantado por las caras que le ponía Cezara... contradictorias, turbias, desesperadas.

Ella había quedado en una confusión. Miraba a Jerónimo. Qué hermoso era... El corazón temblaba en ella... lo hubiera matado si hubiera sido suyo... Estaba loca.

¡Pero qué hermosa, qué llena, qué amable era ella! Su cara era de una blancura ambarina oscurecida sólo por una morada sombra, la transparencia de aquel fino sistema venos que concentra los ideales del arte en la arqueada frente y en aquellos ojos de un azul oscuro que brillan en la sombra de sus pestañas largas y se hacen por eso más dulces, más lóbregos, más demoníacos. Su pelo rubio parece una escarcha áurea, la boca dulce, con el labio superior un poco más lleno, parecía que pedía besos, la nariz fina y el mentón redondo y dulce como el de las mujeres de Giacomo Palma. Tan noble, tan hermosa, su cabeza se elevaba con una clase de aniñada soberbia, del mismo modo que la elevan los caballos de raza árabe, y entonces su cuello alto cogía aquella energía marmórea y graciosa igual que el cuello de Antinous.

Ella recostó su cabeza en una mano y miró a aquel joven monje con un indefinible, resignado deseo. Todas las palabras de Francesco ella las tomaba en broma, a qué realidad, que es justo, le habría gustado. ¿Qué lóbregas alegrías sentía su corazón en aquella mirada,... cómo hubiera deseado... qué hubiera deseado?... ¡Ah! quién lo dice, quién lo puede decir, y qué lengua es lo suficientemente rica como para poder expresar aquella inconmensurabilidad de sentimientos que se amontonan no en el amor mismo, sino en la sed de amor. Ella sueña en la ventana... que sueña sólo... ¿no sería un pecado analizar sus sentimientos?...

III

Onofre y Jerónimo, pasando por la calle, no veían que eran perseguidos por un hombre. Era el pintor. Jerónimo tenía que buscar el correo, donde se encuentra, una carta de un tío suyo, un anciano ermitaño. He aquí lo que escribía:

Amado en Cristos sobrino.

Es una belleza de día ahora cuando te escribo y estoy tan lleno de dulzura fresca del día, del olor de las llanuras, de bocas descomunales de la naturaleza, que me entran

ganas de decir también yo a la naturaleza lo que pienso, lo que siento, lo que vive en mí. Mi mundo es un valle, rodeado por todas partes de peñas impenetrables que están como una muralla desde grande, de modo que alma de hombre no puede conocer este edén terrenal donde vivo yo. Un solo lugar de entrada hay — una peña movediza que cubre magistralmente la boca de una cueva que lleva hasta adentro de la isla. De otro modo quien no penetra por aquella cueva cree que esta isla es un montón de peñas estériles alzadas sobre el mar, sin vegetación y sin vida. Pero ¿cómo es el corazón? Alrededor hay peñas gigantescas de granito, como unos vigilantes negros, mientras que el valle de la isla, profunda y por supuesto bajo el espejo del mar, está cubierto de grava de flores, de cepas salvajes, de hierbas altas y olorosas en las que guadaña no entró nunca. Y sobre la manta mullida del mundo vegetal se mueve un mundo entero de animales. Miles de abejas mueven las flores pegándose a su boca, los abejones vestidos en terciopelo, las mariposas azules llenan una región cierta de aire sobre la cual ves temblando la luz del sol. Las peñas altas hacen que mi horizonte sea angosto. Un trozo de cielo tengo sólo, ¡pero qué trozo! Un azur lóbrego, limpio, transparente, y sólo de vez en cuando alguna nube blanca como si se hubiera vertido leche sobre el cielo. En el medio del valle hay un lago en el que corren cuatro manantiales que resuenan, se agitan, vuelcan las piedras todo el día y toda la noche. Es una música eterna en el silencio veraniego del valle y en la lejanía, por la hierba verde, sobre las faldas grava, los ves moviéndose y serpenteando con su plata fluida, transparente y viva, tirándose a los brazos de los remolinos que dan vueltas locos, luego precipitándose más lejos, hasta que, suspirando de satisfacción, se adentra en el lago. En el medio de este lago, que aparece negro por el reflejo de los juncos, de la hierba y de los mimbres de sus alrededores, hay una nueva isla, pequeña, con un monte de naranjas. En aquel monte está la cueva en la que he hecho mi casa, y mi colmenar. Toda esta isla en la isla es una floristería sembrada por mí explícitamente para las abejas. Trabajo todo el día haciendo algo. Sabes que en mi juventud fui escultor. Por eso, después de que he alisado el granito de mi cueva, lleno la superficie de las paredes con los ornamentos y bajorrelieves como los llenas tú con los esbozos. La distinción es que la escultura está desnuda, según las figuras que esculpo yo, de igual manera. En una pared están Adam y Eva... He intentado capturar en estas formas la inocencia primitiva... Ninguno de ellos no sabe aún lo que significa el amor... ellos se aman sin que lo sepan... las formas son vírgenes e inmaduras... en la expresión de la cara puse ternura y no pasión, es un idilio tranquilo y cándido entre dos hombres que no tienen conciencia de la belleza, ni de su desnudez. Ellos pasean abrazados bajo la sombra de una fila de árboles, ante ellos un ganado de corderos.

Completamente de otro modo están Venus y Adonis. Venus es sólo amor. Ella apoya su cabeza embriagada de pasión sobre el hombro de aquel joven femeninamente hermoso, tímido y enamorado de sí mismo, y él mira disimuladamente las formas perfectas de la diosa que le hace feliz, porque le da vergüenza mirarla realmente. Él juega el papel de una chica candorosa que el amante habría descubierto.

En general me gusta representar a la mujer agresiva. El hombre es naturalmente agresivo, si hablamos de la naturaleza se repite en cada ejemplar este aspecto y sus excepciones son precisamente las mujeres agresivas. Es una indecible gentileza el modo en el que una mujer que ama y que es al mismo tiempo inocente, tímida, tener que acercarse a un hombre o huraño, quién sabe por qué, o también más púdico y más niño que ella. Como ves no hablo de cortesanas, de mujeres cuya experiencia es la guía del amor, sino precisamente de la agresión de la inocencia femenina. Por eso esculpo ahora precisamente sobre la pared más blanca a Aurora y Orion. Sabes que la joven Aurora rapta a Orion, del que se había enamorado la misma cruda y virgen Diana y se lo llevó a la isla Delos. En la cara de Orion expreso aquel fondo de tinieblas y soberbia que ves más en todos los jóvenes, en Aurora aquella alegría inextinguible de las chicas jóvenes, – esculpir la agresión en semejante cara es difícil... Una cosa me parece extraña. Después de las horas que en amor se llama pastoril queda en el hombre un profundo desaliento y tristeza, incluso sostengo que es justo en aquel momento cuando el hombre es más capaz del suicidio, incluso más indiferente ante la muerte que en cualquier otro momento. Encuentro por otro lado que un joven no seducido es más difícil de seducir que una chica, y que la pobre Venus hubo que tener su tortura con Adonis. Es un misterio esta aversión anterior, la tristeza después del placer. Pero yo no lo entiendo.

Paso por la escuela. Sabes de quien: la de mis abejas. Pienso como que todas las ideas que flotan sobre la superficie de la vida los hombres son rizados que tira un gabán sobre un cuerpo que se mueve. Ellas son otra cosa que el movimiento del cuerpo mismo, aunque depende de ella. Primero el estado de las abejas. Qué orden, maestría, armonía en el trabajo. Si tuvieran libros, diarios, universidades, verías a los literatos haciendo combinaciones geniales sobre este orden y pensarías que son hechos por la inteligencia, mientras que ves que no la inteligencia, sino algo más profundo arregla todo con un sentimiento seguro, sin fallo. Después las colonias. En todo el verano vemos unas dos o tres generaciones colonizándose del estado materno, y lo que nos alegra es la falta de frases y razonamientos con los que los hombres visten esta emigración de la superpoblación de los habitantes. Después las revoluciones. En todo el año una revolución contra la aristocracia, los cortesanos de la reina — menos el contrato social, los discursos de los parlamentos, argumentos para el derecho divino y derecho natural. Cinis et sombra sumus (somos ceniza y sombra).

Pero, responderás, padre, tienes ideas y pensamientos en la naturaleza según la analogía de las circunstancias humanas, juzgas así pues las organizaciones de estado de los animales sólo porque los ves parecidos con los humanos y reproduces nuestro mundo en su mundo. No. Los hombres mismos llevan una vida instintiva. Normalmente también las instituciones crecidas sobre el fundamento de la naturaleza se apegan a religiones subjetivas, hechos malos y miserables, pero fuertes con objetivo y precisamente acomodados con la apretada mente de muchos hombres. Esto lleva mucho tiempo de ese modo. Naces, te

casas, haces niños, mueres, precisamente igual que los animales, sólo que en vez de callejuela de aldea, donde desfilan donjuanes cuadrúpedos, existen para los hombres sala de baile, el juego, la música, donde ves igualmente a los jóvenes con el monóculo oliendo las hembras. Y de ese modo pasan muchos periodos de tiempo, creas o no creas con lo que se te argumenta la excelencia de este mundo, y mueres después, sin que alguien se pregunte después sobre aquella mosca que, como aprendido, produjo ensayo científico, o, después de las circunstancias, predicó, agitado republicano y así sucesivamente. Y puede que de vez en cuando te vengan momentos de lucidez en los que miras como despertado de un sueño y ves de repente con asombro que has vivido en un orden de cosas estrictamente organizado, sin que lo sepas o sin que lo quieras. Y esta mente, que en turbación y en el desierto empuja y lucha de la historia de los hombres, de la historia de unos que elemental, ¿tiene de vez en cuando algún relámpago de lucidez, esta ruptura de sinsentido que habla también ella? ¿Que tenga alguna influencia, que signifique algo, que explique algo en la naturaleza, ella que no es más que una explicación de la misma naturaleza? Ni hablar siquiera.

De ese modo vemos en las grandes migraciones de los pueblos, donde los hijos de la minoría salían del país mientras la colmena materna queda en el lugar, una analogía con los enjambres de las abejas. No las explicaciones que se dan a los hechos, sino los hechos mismos son la verdad.

Las doctrinas positivas, sean religiosas, filosóficas, de derecho o de estado no son más que alegatos ingeniosos de la mente, de este abogado del diablo que está obligado por fuerza a argumentar todas estas. Este miserable abogado es forzado a poner todo en una luz brillante y, como la existencia es en sí misma miserable, él está obligado a adornar con flores y con una apariencia de profunda sabiduría la miseria de la existencia, para mentir en la escuela y en la iglesia a los ignorantes pequeños, que entran apenas en la escena, sobre los valores de la vida real. Para los funcionarios del estado el honor, para los soldados la gloria, para príncipes el resplandor, para sabios renombre, para simplones el cielo, y de ese modo una generación engañada por otra de este abogado del diablo heredado, por este esclavo forzado a astucias y sofismas, que aquí se lamentará como sacerdote, allí hará gestos (mutre) importantes como profesor, allí parlamentará como abogado, más allá cortará caras miserables como mendigo. Este último lo hará por un vaso de vino que lo tiene en el pecho, otro por un título, otro por dinero, otro por una corona, pero todos en esencia es lo mismo, un momento de borrachera.

He aquí lo que aprendo yo de mis maestros, de las abejas — en su escuela veo que somos sombras sin voluntad, autómatas que hacemos lo que tenemos que hacer y que, para que el juguete no se disguste, tenemos esta mano de cerebro que quiere demostrarnos que en verdad hacemos lo que queremos, que podemos hacer una cosa o no... Esto es un engaño en sí en el que la multitud de probabilidades es confundida con lo que estamos forzados a hacer.

La vida interna de la historia es instintiva; la vida exterior, los reyes, sacerdotes, profesores, son lustre y frase y, como la ropa de seda puesta sobre un cadáver no puede conocer en qué estado se halla, de ese modo de estas vestimentas mentirosas no puedes conocer cómo es la historia misma.

Yo, gracias a la naturaleza, me desnudé de la ropa de las disertaciones. Sé que tú eres hasta hoy hermano laico. No te hagas monje, niño mío... no mientas en hábito y toca de lo que eres, un chico bueno. He sido ermitaño, no monje. Quisiera que alguien ocupe mi lugar de ermitaño, porque soy anciano y puede que pronto me llegue la hora de la redención. Culpa tuya, pero sólo después de que muera...mientras viva discúlpame también tú. He necesidad de soledad. La vejez es una muerte tranquila, que despacio bate mi corazón ahora, que veloz batía hace 60 años... ¡Mundo, mundo! Y un día batirá cada vez más despacio, después cesará, porque se terminará el aceite de la lamparilla. Sé que no sentiré que muero. Será un paso sosegado y natural, que no temo. Adormeceré... y no me despertaré sólo de nuevo... Te beso la frente, espíritu querido,

Euthanasius

IV

Cuando Jerónimo salía con Onofre de un viejo edificio, les vio Francesco y habló con el primero, para que fuese modelo de un cuadro suyo. Éste, viendo que no tenía que encontrar la oposición del anciano maestro, obtuvo el permiso y marcharon los tres hacia su vivienda. En el camino, el padre Onofre, fijándose por casualidad en la mano del pintor, que contenía algunas piezas de oro, creyó que encontraron a alguien importante y, apretando con mucha amistad e intención alabadora la mano de este, pensó que tenían muchas causas para alejarse, sobre todo porque las tablas de la tasca lo invitaban con cariño — así por todos estos motivos se marchó.

Mientras Cezara, curiosa e intranquila, fisgaba por el cuarto del pintor. Ella se acercó al cuadro cubierto con una tela, la levantó y miró ya que estaba delante de la obra “La caída de los ángeles”. Con la cara de una serena seriedad extendía el Arcángel Mihail su espada de fuego en el aire. Su melena rubia volaba alrededor de su cabeza blanca como el mármol y de la frente arqueada y sus ojos azules brillaban como de poder y energía. Su brazo se extendía sobre el caos... las alas largas y blancas parecían llegar en una elipse sobre sus hombros y encima de la frente se doblaba un círculo de estrellas azules. Al fondo estaba el caos, arriba recorrido por todas partes de alguna estrella muriendo, abajo lóbrego y frío. Pero a la derecha de la espada del ángel había dejado una raya grisácea de lugar vacío para la figura del demonio perseguido.

Ella oyó pasos en el zaguán. Un biombo escondía la cama del artista... ella se escondió detrás de él... se sentó sobre la cama... y miraba. Entró Francesco con el joven monje. El corazón le latía en las paredes del pecho que creía que quería romperse. El artista

le enseñó a Jerónimo el cuadro y el lugar que tenía que ocupar su rostro en aquella tela; luego entraron los dos en un gabinete. Cezara no se movió de lugar... callaba como el pez.

Francesco volvió, buscaba la paleta, los pinceles, dejó sobre la ventana una cortina de seda azul, de modo que la habitación se llenó de un aire morado... puso en un lugar adecuado un pedestal negro de madera, la puerta del gabinete se abrió... y... Cezara estaba a punto de gritar... pero se tapó la boca con una manita y con la otra sus ojos. Hablemos bajo... al menos mis lectores se imaginan que les hablo al oído... veamos, ¿quedó la mano de Cezara sobre los ojos? Sus senos habían crecido por los latidos del corazón que había soltado una bomba en el corpiño algo estrecho de terciopelo negro... ¿por qué los había cerrado? ¿Pero quién sabe que su corazón tenía semejante turbación? Ella se desabrochó el pecho, sus senos blancos como la nieve se liberaron de su cárcel de terciopelo y ella expiró profundamente, aunque en silencio. Luego se puso rápidamente la mano en los ojos de nuevo, hasta que se le refrescó el alma... Luego levantó un dedito,... el meñique, sobre los ojos y miró entre los dedos... Vio una cabeza hermosa sobre unos hombros extensos y blancos, sobre un busto que parecía hecho de mármol... Ahora le empezaba a apretar la columna... ella se desabrochó la hebilla y, expirando cada vez más tranquila, empezó a mirar totalmente a aquel modelo hermoso, cuyos músculos y formas respiraban orgullo y nobleza... Sus manos se le cayeron, porque estaba cansada por los nervios, pero no harta de mirar. Temblaba con todo esto como un azogado y hubieras oído el rechinar de dientes si no hubiera tenido la boca fuertemente apretada.

El pincel del pintor volaba sobre espacio vacío que había dejado en la tela y bajo su mano nacían las formas de Jerónimo, de arriba a abajo, forma con forma hasta los hombros, que el pintor esbozaba con dos largas y brillantes alas negras... La sesión era larga. Mientras que Jerónimo estaba en el pedestal derecho, inmóvil, orgulloso como un antiguo Apolo en la semioscuridad cárdena del cuarto, que el pintor había hecho explícitamente para acertar el tono fundamental de la figura.

— ¡Jerónimo! interrumpió Francesco el silencio que dominaba en la sala.

Cezara se asustó con estos sonidos. Le vino la idea extraña de que el pintor tenía pensado quitar el biombo a un lado... entonces ella sería descubierta... con su aseo desordenado, con el pelo desgredado, con los ojos encendidos en la cabeza y con la cara roja como la sangre... Pero no era eso.

El pintor dijo:

“He llegado a la cabeza. Tienes que haber dudado alguna vez en tu vida algo. Recuerda aquella situación, para que vea qué expresión tomará tu cara”.

Jerónimo recordó la carta del anciano Euthanasius y una sonrisa fría, escéptica, le deshizo un poco los labios. ¡Oh, si se hubiera quedado de mármol así! Tenía un dolor orgulloso en su cara, y a la pobre Celuz le salió una lágrima del ojo.

— ¡Sí, sí! ¡Esa es la expresión! dijo Francesco inspirado. Sus ojos se entusiasmaron y su pincel esbozó rápidamente aquellas facciones de una dolorosa amargura ante su oscurecido genio infernal.

— Qué infeliz tiene que haber sido cuándo el recuerdo le cambió la cara —pensó Cezara y una ternura dulce y tranquila le llenó el alma... Ella ya no era la misma. De trémula quedó tranquila — ahora le amaba. En aquella hermosa estatua de mármol blanco, en aquel Adonis atónito ella presuponía un alma... quería llorar ahora... sus labios se deshicieron con una dulce expresión de dolor y de amor, ella inclinó su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Sentía que lloraba sin querer.

— Necesitaría aún unas sesiones, dijo Francesco.

Cezara abrió sus ojos, pero... Francesco había corrido la cortina y ella vio de nuevo a su Adonis en la luz plena del sol. Se tapó de nuevo los ojos y oyó como el pintor y Jerónimo se alejaron en el gabinete de al lado. Ella saltó rápidamente, sin hacer ruido, sigilosa, se fue deprisa por la puerta afuera hacia su habitación, se tiró en la cama, y escondió su cara en la almohada y arrugó todo lo que le cabía en las manos. Cuando Francesco entró en su cuarto, ella se tira a su cuello, lo apretó espasmódicamente, lo acarició, lo besó...

— ¿Qué te pasa, niña mía?

— Nada.

— ¿Te gusta?

Ella susurró algo incomprensible, con los ojos llenos de lágrimas y deseo.

V

Cezara a Jerónimo

Perdona si una mujer te dice que te ama. Una mujer hermosa y joven, porque sé que soy hermosa. Pero sé yo... tú eres tan orgulloso, sabes mirar tan frío... ¡Ah! cómo fundiría el hielo de tus ojos con mi boca — ¡amado! Por qué visto el amor con el velo de la vergüenza... cuando te amo, cuando recibiría ser tu sierva, sólo porque sufriré en un rincón de la casa en que habitarás tú, porque sufriré como besa la almohada en la que dormirás tu cabeza. ¿Ves tú qué niño sometido, humillado, es el amor? Tú crees que soy una desvergonzada, una mala, una mujer de difamada: pero piensa una cosa, que sería un cordero, que no hablaría una palabra, que callaría mirándote, si me amaras también tú a mí. ¿Sé yo cómo es tu corazón?

¿Puedo yo saberlo? Ven a mí y dime cómo es... Qué sucede en aquella habitación en donde quisiera vivir yo... sólo yo. ¿Y sabes tú cómo me llamo?

Cezara

.....

Jerónimo a Cezara

Que eres hermosa, lo creo; que me amas, te lo agradezco; que me ofreces todo lo que tú crees que me haría feliz, hace que sea capaz de inmolar mi vida por ti. Te beso la mano para la voluntad que tienes de hacerme feliz, aunque te equivocas cuando crees que tu amor de mujer me podría hacerlo. El amor es una desgracia y la felicidad que me ofreces, veneno. Que no sepas esto es la circunstancia que te hace adorable. Si tuvieras por un momento mis ojos, qué diferente se te mostraría este mundo en el que tú buscas y esperas encontrar lo que no está en él — la felicidad. Tú dices que te amé. Si te pudiera amar como a una estrella del cielo... ¡sí! Pero si suspiro, si deseo... no oigo yo por todas partes los mismos suspiros ordinarios, las mismas añoranzas... ordinarias; ¿por qué cuál es su objetivo? El placer animal, la reproducción en la misión de la tierra de gusanos nuevos con los mismos sucios deseos en el pecho, que los viste con la luz de la luna y con el resplandor de los lagos, los mismos besos asquerosos, que los asemejan con el susurro de los céfiros y con el delirio de las hojas de haya. Es así, ¿o no?

Mírate, aquellos jóvenes con sonrisas banales, con sentimientos afeminados, con murmullos equívocos, ves a aquellas mujeres que les responden con miradas voluptuosas y moviendo sus labios — ¡ves! En torno a este instinto gira la vida de la humanidad... ¡Comida y reproducción, reproducción y comida!... Y yo ¿qué papel desempeño?... ¿Mendigar un beso? ¿Ser el esclavo de tu zapatilla, que tiemble cuando te descubras el seno... el seno que mañana será un cadáver, y que después de su existencia es también hoy? ¿Cortarme el pelo para que te guste, mentirte para divertir tu mente débil; hacerte una muñeca para... quién dice para qué? ¡No! no me haré el cómico de aquel mal que domina el mundo; me da lástima de ti, de mí, me da lástima el mundo entero. Mejor me hubiera exprimido todo el fuego del corazón, para malgastarlo en chispas, que animarme con él un sentimiento que lo creo no sólo culpable, sino también ordinario... ¡Déjale que se acaricie en sus sentimientos, déjales que se amen, déjales que mueran como vivieron: yo pasaré indiferente por esta vida, como un exiliado, como un paria, que un loco!... sólo no como ellos son. Las semillas de la vida son el egoísmo y su ropa la mentira. No soy ni egoísta, ni mentiroso. A menudo, cuando me subo a una piedra alta, me parece que en los rizos del gabán tirados sobre el hombro me he quedado y convertido en una estatua de bronce, por la que pasa un mundo que sabe que este bronce no tiene ningún sentimiento común con él... Déjame en mi orgullo y en mi frialdad. Si el mundo tuviera que extinguirse y yo pudiera salvarlo con una mentira, yo no la diría, sino que dejaría que el mundo se extinga. ¿Por qué quieres tú que me baje del pedestal y me

mezcle con la multitud? Yo miro arriba, igual que la estatua de Apollo... ¡sé la estrella aquella del cielo —fría y luminosa! — ¡y entonces mis ojos te mirarán eternamente a ti!

I.

.....

Jerónimo abandonó el monasterio según el consejo de Euthanasius y vivió aislado en una celducha de la ciudad, que había adornado con flores y con sus esbozos pintados. En este estado de ermitaño recibía a menudo las visitas de Francesco. Un día él le enseñó a éste la carta de Cezara.

— Ei, ¿tienes que pensar lo que dices tú?

— He aquí lo que digo, respondió mostrando la suya.

— Haz lo que quieras, pero hoy ven a mi taller, porque el cuadro está listo.

Marchó y vino — a la casa de Cezara.

— La señorita Cezara, recomendó Francesco cuando entró.

— ¿Cezara? murmuró Jerónimo asombrado y miró fijamente, serio, con la cara avergonzada y roja de la pobre chica. Jerónimo se colocó en un diván y parecía maldispuesto... Francesco salió; y Cezara... se tiró a los pies del joven con las manos unidas, temblando y casi llorando.

— ¡Oh! dijo ella en voz baja, como si temiese lo que decía, y cogiéndole una mano la llevó a sus labios — ¿puedes sufrir mi amor? que lo sufras sólo... porque no pretendo que me ames; pero déjate amar... como un niño... Oí que odias a las mujeres, solitario y estoy desesperada amándote...

Él le abrazó la cintura, la levantó despacio del suelo, la colocó a su lado; después le puso la mano detrás de la cabeza y la miró directa y fijamente a sus ojos... Le era extraño... no podía creer lo que veía con los ojos.

— ¿De verdad hablas? preguntó él.

Ella agachó su frente. Había visto su sonrisa y había visto bastante para no esperar nada. ¡Ah! Pensó para sí misma, ¿qué placer puede encontrar un hombre como él en una muñeca fácil, en esta máscara de cera mía? Se entiende... Otro hombre se hubiera sentido halagado, él... halagado no estaba... Sabe que merece amor y me pregunta sólo, como un maestro a su alumna, amigable pero bastante frío; “¿Verdaderamente hablas?”

Otra mujer, más orgullosa de su belleza, hubiera salido morada de ira y agraviada de muerte de la casa. No se ofrece una mujer para ser rechazada. ¿Ella? Estaba triste. Hubiera llorado... hubiera llorado hasta morir, pero no podía estar enfadada con él.

Y él, cuánto más la miraba, más hermosa la encontraba. Tenía lástima de ella, aunque no quería inspirarla esperanzas vanas, como hubiera hecho cualquier hombre en su lugar.

— No es que no seas hermosa, Cezara. Hablemos bajo... te llamaré de tú, porque me eres querida, aunque no te amo del modo en que desearía yo mismo. Escucha. Yo no amé nunca y puede que ni soy capaz. Pero una cosa cree. No amo a nadie, pero si amara, claro que tú serías mi amada. Siento una adoración en mi corazón por ti que puede que se transforme en amor... si... ahora bien, si no me amaras tú a mí. Yo sólo no sé cómo describirte el sentimiento extraño que me enfría el corazón, es decir, no me lo enfría sino que me lo hace somnoliento. No tengo deseos y tú me enseñaste a tenerlos... Te parece extraño esto... pero también a mí. Parece que te besaría... si no me temería que me devolvieras el beso; parece que te amaría... cuando estuvieras enfadada conmigo.

— No puedo ser... no puedo fingir... en nada, dijo ella. Es triste, añadió tranquila y con la voz un poco más profunda, porque de tu amor pende la felicidad de mi vida entera... Ahora Castelmare tiene el juego libre... no tengo causas para oponerme al matrimonio con él, porque tú no quieres saber nada de mí. Ya no huiré de mi padre, porque tengo que buscar olvidar mi desgracia, si se puede, con otra desgracia... Soy mujer... creí que era hermosa... ya no lo puedo creer... creí que tenía el derecho de despreciar el amor de un hombre que me quiere... he pagado terriblemente este desprecio con la misma medida.

— Cezara, dijo él en voz baja y enternecido... ¿me dejas pensar sobre este asunto? Tengo un corazón y una mente extraña. Nada penetra en ella directamente. Una idea queda en mí días enteros sobre la superficie de la mente; ni me toca, ni me interesa. Apenas después de muchos días ella penetra en el fondo de la cabeza y entonces se convierte, por otras que ha encontrado allá, profunda y arraigada. Cezara,... mis sentimientos son totalmente de ese modo. Puedo ver un hombre cayendo muerto sobre la callejuela y en el primer momento no me hace ninguna impresión... apenas después de horas reaparece su imagen y comienzo a llorar... lloro mucho y la huella queda imborrable en mi corazón. ¿Tú dices que tenga lástima de ti? Yo te digo: ten lástima de mí... porque si alguna vez el amor penetrara en mi corazón, moriría de amor. Tú no me entiendes, sólo siento que el amor y mi muerte estarán muy cerca una de otra. Lo que tengo directamente es la simpatía... esto lo tengo completamente. Ámame si quieres, si — deja que te diga esta dulce palabra — si tienes la clemencia de quererme. ¿Tú piensas que yo no te podría querer? Te equivocas... Déjame sólo un tiempo... como tu icono que penetra profundamente en el corazón, familiarizarme con esta idea, yo, que nunca he sido amado, ni amé a nadie... y pienso como que completamente podría enloquecer amándote.

Él la besó la frente y salió... Ella sonreía. Cogió un juego de cartas y las barajó, para ver si le habían vuelto las manos, y dijo tranquila, enfilando las cartas:

— Si viene mañana, lo voy a amar; si no viene, entonces... entonces de todas formas lo voy a amar.

.....

Jerónimo a Euthanasius

Acaricio una figura de niña a mi manera... es decir lleno un álbum con las diferentes expresiones de una sola cabeza. Es extraño que mis ojos tan claros, puedo decir de una celestial claridad, no puedan abarcar nada de repente. Emborrono las paredes. Metí a una niña enamorada de mí, a la que todavía no amo... La vi roja, tímida, turbada... Pinté en mi libro esta expresión. Se arrodilló junto a mí... me rogó que le sufra el amor... no te puedo describir la expresión de inocencia, candidez y amor de su cara... pero lo he esbozado... Es para besar mi esbozo. Puede que sea una de las más acertadas de cuantas he retratado. Lo he puesto junto a mí. Desconcierto y una dulce resignación. Un perfil angelical. Le dije palabras buenas. Un rayo de esperanza en aquella amable aflicción de la cara. Un adorable esbozo. Pero siento que poco a poco los esbozos se familiarizan con el corazón. No la amo. No. Adiós, padre.

.....

Oh amas, hijo mío, sin que lo sepas. Cinis et umbra sumus⁶¹⁶.

Euthanasius

VI

Hay hombres a los que los espíritus de observación y las mujeres los descubren de un solo modales — hombres con poco espíritu, pero de un carácter duro, expreso, consecuente. De este modo era Castelmare. Si una mujer lo hubiera oído tirando la campanilla, hubiera sabido en seguida con qué cara le recibiría; si un actor bueno le hubiera oído los pasos severos, apretados y de una áspera regularidad resonando por las galerías y los pasillos del palacio Bianchi, hubiera sabido por una acción reconstructiva, sin verle, que se imagina casi el carácter del hombre en cuestión: una naturaleza común, consecuente y fuerte.

Una vez metido en la cabeza casarse con Cezara quisiera o no quisiera, él tenía todos los medios bienvenidos, aunque no dispusiera de muchos, porque no tenía bastante espíritu para esto. Pero, como le servía la inteligencia, él intentó descubrir si por casualidad la astuta niña tuviera algún amor.

⁶¹⁶ Horacio dice: *pulvis et umbra sumus* (Carm. IV, 7, 16)

Aunque Jerónimo no sabía qué sentía por Cezara, le gustaba escuchar de ella como un niño de su hermana mayor y, justamente hablando, ella abusaba en un modo imperdonable de este poder que tenía sobre él. Él sentía en su presencia una clase de duda en el corazón, una clase de escalofrío sin significado cuyo recuerdo lo perseguía días enteros. No se puede decir que era amor, porque, aunque le gustaba su presencia, no obstante le gustaba mucho más, lejos de ella, pensar en ella. En semejantes recuerdos, en los que él jugaba con su imagen, su presencia real le era incluso molesta. Sentía como una púa en el corazón cuando ella estaba enfrente, ya no tenía aquella libertad de soñar que era la esencia de su vida y la única felicidad de un carácter contento, sin amor y sin odio. Si me diera paz, pensó él para sí, no obstante sería como sería. Entonces la cogería de su mano pequeña y nos miraríamos en la luna — en la virgen luna — entonces la miro como si fuera una estatua de mármol o como si fuera un cuadro retratado sobre un fondo luminoso en un libro con iconos... Parece que su pelo es una espuma de oro, tan suave es... Y su cara se dora de un modo extraño. Pero no me da como el mundo paz... siempre me estrangula... me besa — y dice que la ame. Sí claro. De otro modo... es de verdad hermosa — siendo sincero. El mentón se redondea como una manzana amarilla... su boquita en ocasiones parece que es una cereza... y los ojos, ¡ah los ojos! Sólo si no se acercaran a los míos... me toca las pestañas y me estremezco hasta los pies. Entonces ya no veo qué hermosa es... una tiniebla me oscurece los ojos... entonces la mataría... Esto no es vida, ¡esto es una tortura! Pero la pobre niña... siendo justo... qué sabe ella lo que me atormenta.

Y hoy anda por el jardín del palacio Bianchi. Como unas alas de águila salvaje abarcaba como un alféizar el pelo negro y seco, aquella hermosa y fatigada cara de mármol de Paros. Los párpados medio dejados abajo traicionaban el tamaño de sus ojos de un oscuro y demoníaco azul y sin embargo disgustados, los labios entreabiertos mostraban un enérgico dolor y sólo el cuello se doblaba con orgullo, como si no lo hubiera perdido bajo el peso de la vida. La noche era brillante, el aire parecía nevado por los rayos de la luna, que se colaba por el lóbrego verdor de los árboles. Él estaba en un banco, con las manos unidas y dejadas sobre las rodillas, con la frente agachada y el pelo caído sobre ella, pensaba cosas de las que no se daba cuenta y sólo la luna resbalando por entre las nubes llenaba la noche de sueño. Y oyó un frufrú débil que le despertó... Era ella. ¿Cómo había cambiado ahora? Su cara ya no estaba chupada, sino redondeada evidente, sus senos estaban más llenos, sólo el color de la mejilla había desaparecido, dejando lugar a una palidez que le daba un aire de indecible ternura. Los ojos ya no tenían aquel salvaje y nocturno resplandor en la profundidad en la que relampagueaba el lóbrego amor y el lóbrego deseo... sino, aclarado, indecible de hondos, hubieras mirado días enteros en ellos. Tranquilidad y una melancólica paz había en su hondura... Y en aquella cara tan pálida, llena pero triste, sonreía sufriendo tanto la boca púrpura... una rosa de Jericó cuya belleza no pasa. Ella se acercó despacio por las sendas recorridas por la serena noche sobre las sendas blancas pintadas por las sombras hechizadas de hojas. Ella le vio, pero no aceleró el paso. ¿Le había adivinado ella el carácter? Puede. Él

se quedó en el lugar y la miró fijamente como se acercaba despacio, igual que una lunática, como en sueño.

Él..., apoyando su codo en el respaldo del banco, cogió el mentón en la mano, moviendo despacio sus dedos y mirando asombrado, con los ojos brillantes, ante la brillante figura de ella que se acercaba. Ella se sentó junto a él, pero hacia la luna. No le tocó la mano — nada. La luna le doraba hermosamente y ella era suficientemente astuta para dejarse mojar entera de esta dulce y voluptuosa luz. Él la miraba siempre. Luego estiró él primero la mano y cogió despacio su manita fina y fría. Ah! pensó, y un algo nunca antes sentido le pasó por el corazón... ah! cómo me gusta ahora. Ahora se pegó despacio a la figura flexible y fácil y, colocando su boca en la oreja de ella, le susurró tranquilo, aunque con la voz llena de ardor:

— Mira la luna, la luna de media noche — hermosa como un niño de catorce días y — fría... No sientes tú que cesó todo el dolor de la vida, cualquier deseo, cualquier aspiración en la mirada de este orgulloso cuadro del que también tú formas parte... Ahora estás en mi cabeza, ángel, hermosa como no te he visto nunca... dulce... ¿No sabes tú que yo te amo...?

Ella se estremeció, pero calló.

— Y luego mira a la ciudad entera, con esta mezcla brillante de palacios y caminos, ve como, había llegado de la luna, brillo sobre las mesas lóbregas las cimas de las torres y las telas de los navíos sobre el río. Y sin embargo el centro de este cuadro eres ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!... No se oía nada... nada más que a lo lejos en algún jardín el ruiseñor y se oía rugiendo despacio una rueda de agua. Y tú miras callada e inocente estos mundos... Las rosas florecen en tu cara... Tú, reina de las almas, ¿no eres limpia como el manantial? ¿Esbelta como el ciprés? ¿Dulce como el ruiseñor? ¿Joven como la luna llena, aniñada como un canario, amada como una Diosa? Mira, dijo él todavía más bajo, la calle aquella estrecha y lóbrega: sólo en un único rincón corta la sombra un rayo de luz, pero en aquel lugar parece que ha nevado... Ven conmigo... ven conmigo a casa... Correré la cortina de la ventana de mi cuarto y miraremos toda la noche al cielo... ¡Ah! ¡Te amo!... gritó él apretado... ¡te amo!... ¡lo veo demasiado bien que te amo!

Él la apretó con tanta fuerza que se aferraron los dos en un abrazo largo y nervioso. Después él recayó cansado de un sentimiento nunca antes conocido sobre el respaldo del banco, cerró sus ojos y dejó la cabeza en aquel respaldo. La luna le daba justo en la cara, Cezara se puso justo delante de él, se inclinó sobre él, le cogió con ambas manos sobre el respaldo del banco y lo besó, con los ojos medio cerrados, muchas veces. Él no sentía nada... como un niño mareado de sueño al que la madre lo acaricia.

Se oyó un crujido en las hojas de una mata. “¡Dios mío! — pensó ella asustada — ¿si me hubiera visto alguien? — Puede Castelmare. ¡Pobre niño! ¿Cómo regresará él a casa? Este hombre puede acecharle”.

Ella le dejó un momento para que se despertara de esta borrachera... luego le preguntó tranquila, como si no hubiera querido interrumpir solo despacio sus razonamientos, su sueño que tenía:

— ¿Sabes manejar el sable?

— ¡Sí! dijo él.

— Te traigo un sable — ¿no es así?

— Sí...

— ¿Y me das un beso por ella?

— Sí.

Ella subió rápidamente al palacio y después de dos minutos vino con una espada que ceñía, aprovechándose de la ocasión de apretarla del medio.

— Mi dulce témpano de hielo — ¡tú, mármol! ¡Tú, piedra, tú!

— Dame paz, Cezara. Quiero morir.

— ¡No, no! ángel mío... ve a casa... Que no te ocurrirá nada por el camino... piensa en tu Cezara... perla. No pudo parar de cogerle la cabeza entre las manos ni de besarle otra vez... fuerte y con ruido.

— ¡Ahora vete, vete! Te ruego.

— ¿Por qué me ruegas?

— Porque te mataría si te quedas.

— ¿Cómo?

— Sé yo cómo, dijo ella, astuta como un niño.

Ella le llevó hasta una maraña y le empujó fuera del jardín. Luego regresó y, abrazando un tronco, dijo en voz baja y con un tipo de despecho:

“¡Jerónimo! ¡Te muerdo!”

Ella golpeó con los puños en el tronco de árbol; luego se fue a su cuarto y, rompiéndose con cólera el corpiño de terciopelo, enmarañando su pelo tan rubio, ella miró al espejo con los ojos ahogados de lágrimas y con los labios temblorosos. Luego se tiró en la cama y murmuró en voz baja, muy bajito y se ahogó de suspiros, palabras dulces,

inolvidablemente dulces y acariciadoras, por entre las que recorría sólo un nombre pronunciado más fuerte... Jerónimo.

No le fue sin embargo igual de este modo a Jerónimo. Él se acercó a la calle estrecha, el aire tranquilo de la noche lo había despertado y, de una naturaleza mucho menos sensual que su paloma, él había quedado sólo con la convicción teórica de que la ama. Él pasó por la calle lóbrega con su paso fácil, que se conocía digamos elástico peso como se siente el paso de un caballo de raza, cuando oyó detrás suyo un paso severo, regulado como el de un soldado, y reconoció que era el de Castelmare. Él se paró y se volvió hacia el lugar de donde venía el sonido... Castelmare llegó... Silencio. Jerónimo reventó con la punta del sable en una muralla de granito y, al chispazo, se reconocieron ambos rivales. A la vez, sin que se intercambiaran alguna palabra siquiera, los sables empezaron a cruzarse, después se oyó un gemido... una caída pesada sobre el pavimento duro de la calle; una de las dos sombras desapareció en una casa cercana... la otra quedó muda.

VII

Jerónimo se tumbó en su cama y corrió la cortina de la ventana para mirar como la luna se ponía en el río, haciendo como de su superficie un camino blando y luminoso, cuando oyó batiendo despacio en la puerta. Él se levantó y abrió. Era el pintor.

— Joven, dijo él, tienes que huir lo más rápido de la ciudad.

— ¿Por qué?

— Has matado a Castelmare.

— Lo sé.

— Sabes. Pero lo que no sabes puede es que él es el nieto y heredero del gobernador de esta ciudad, que los duelos están prohibidos y que puedas llegar a la horca.

— ¿Y bien?

— ¿Y bien? De dónde has aprendido este lenguaje, Jerónimo, añadió el anciano sosegado, ¡niño mío! Lo sentiría por tu cabeza tan hermosa. Aparte de eso tienes una consideración... He aquí.

Él le dio un papel emborronado con líneas torcidas. Éste lo abrió.

Cezara a Jerónimo

Huye te ruego. No mataste a Castelmare. Sofocado de sangre, dijeron a los hombres que lo trajeran a nosotros. Contó todo, a quien le debe su herida. ¡Huye... te ruego! Pueden

perseguirte incluso esta noche. Lo que es más triste: el conde quiere casarse conmigo en el estado en el que se halla y ¡no tengo ningún poder de resistir!... Pero te amo. Cree que no sobreviviré a mi desgracia. Quedando aquí, no escaparías, sino que me harías sólo morir de preocupación... ¡mi pájaro! Huye, y pueden que... ¡ah! ¿Dónde está la esperanza de que me cojan?... no ves que no sé qué más decir... Te diría: ven a mí, y no puedo. Dime: ¿te pierdo, por verte una vez más? ¡No! Huye, Jerónimo; puede que algún suceso imprevisto me guarde para ti... puede que el conde muera... le deseo la muerte... ¡te amo! ¡No, no! no creas que te amo tanto para decirte que te quedas...

Adiós... ¡amado mío!

Cezara

Jerónimo se puso el manto sobre sus hombros y fue a la orilla del río, donde Francesco le dio su bote. Él abrazó al anciano amigo, desprendió el bote de la orilla, se subió y navegó río abajo hasta que, llegando sobre el brillo alto del mar, él tiró timón y palas al agua, se tumbó en el bote bajo el cielo que se levantaba su estrellada grandeza, y de ese modo — un grano flotante sobre el área inconmensurable de las aguas — adormeció profundamente.

Al día siguiente el sol estaba arriba cuando abrió los ojos. Él vio que su bote se había encallado entre unas rocas de piedra... El sol dominaba el cielo y llenaba el seno del mar con la luz. En la orilla continental él vio saliendo de las rocas de bosque un monasterio viejo por cuyas columnas de piedra gris, en balcón, andaban con paso regular y despacio monjas. Un jardín unido con los muros del monasterio se extendía hasta abajo a los regazos del mar, que se movía subiendo sus aguas hasta junto un bosquecillo de cipreses y rosas ocultos en la caída de unas rocas, como un asilo de baño.

Él se levantó y, saltando de una piedra a otra, investigó su rocoso imperio. Él encontró un manantial de agua viva y dulce que se precipitaba con mucho ruido del fondo de unas cuevas. Entró en la cueva... un frescor benefactor lo abarcó a él, a quien el sol le había quemado en su sueño... iba siempre adelante... la cueva se alargaba poco a poco y se hacía cada vez más lóbrega. De repente vio como un horizonte sereno, pero le pareció que se le escapaba. Viendo sin embargo que no se extinguía, él se acercó y vio un boquete, en el que metió la mano, que correspondía en algún sitio... miró por ella... vio matorrales grandes y le llegó un olor adormecedor de hierba. Él intentó agrandar el boquete con el poder de las manos, pero eran un granito difícil de agrandar: sólo un pedrusco grande parecía que se movía. Él lo movió, el pedrusco se volvió como en los quicios y dejó una pequeña entrada por la que podía pasar arrastrándose. Él entró rápidamente, empujó el pedrusco a su lugar, cubrió justo el horizonte pequeño con piedras y tierra y, cuando volvió su mirada para ver dónde había entrado, se quedó de piedra por la belleza del paisaje.

Peñas gigantescas y grises estaban edificadas alrededor una sobre otra hasta los cielos y en medio suyo se ahondaba un valle, un jardín de valle con manantiales, en el medio como un lago y en medio del lago una isla que tenía en filas largas colmenas de unos abejas grandes.

— Es la isla de Euthanasius, pensó él asombrado y pisó despacio, maravillándose a cada paso. Hasta los insectos estaban domados en este edén. Mariposas curiosas, azules, doradas, rojas le cubrían su pelo largo y negro, de modo que su cabeza parecía esparcida con flores. El aire de esta isla estaba lleno de fiestas susurrantes de las abejas, de los abejones, de las mariposas, la hierba le llegaba hasta el pecho, la arveja ponía lazos floridos a los pies... un calor, un olor voluptuoso penetraba el edén. Él se acercó al lago y, pasándolo por donde era vado, llegó a la isla. Las abejas rodearon zumbando sobre el nuevo y joven emperador del edén. Se acercó a la cueva que sabía que tenía que estar en esta isla; la encontró de verdad esculpida en piedra, encontró el escoplo y las herramientas de escultura, la cama, un botijo con agua; pero el anciano faltaba. Sobre una mesita había una hoja escrita.

”Siento que mi médula se hace tierra, que mi sangre es helada y no abarcada como el agua, que mis ojos apenas ya reflejan el mundo en el que viven. Me apago. Y no queda más que el jarro de lodo en el que ardió la luz de una vida rica. Me sentaré bajo la cascada de un arroyo; lianas y flores de agua rodearán con su vegetación mi cuerpo y me trenzarán el pelo y la barba con sus hilos... y en mis palmas vueltas hacia el manantial eterno de la vida, “el sol”, a las avispas que edificaron sus panales, a su fortaleza de cera. El río corriendo eternamente fresco que me disuelve y que me une con la naturaleza entera, pero que me guarda de la putrefacción. De este modo mi cadáver quedará años enteros bajo el torrente corriente, como un anciano rey de cuentos, adormecido durante cientos de años en una isla hechizada”.

Jerónimo miró a las paredes esculpidas con escenas de amor, vio libros viejos y escrituras muchas sobre el estante de un armario arrimado a una pared y, oliendo el agua del botijo, viendo que ella estaba expirada y calentorra, presupuso que el anciano tenía que estar muerto. De este modo él, heredero natural de este lugar de paz, de estos jardines cerrados como un cuarto, removi6 los libros, que eran todos escogidos y le prometían mucha diversión; las escrituras del anciano, en que cada pensamiento era un monograma de esta cabeza profunda y feliz y cuya resonancia era tan grande que cada construcción despertaba un mundo de pensamientos y analogías en la cabeza del joven. En verdad, se familiarizó pronto con su pequeño imperio, estaba como en casa, cuidaba de los estratos del jardín y de colmenas, andaban como una cierva salvaje por los matorrales y las hierbas de la isla. A menudo en las noches cálidas se tumbaba desnudo sobre las riberas del lago, cubierto sólo con una tela de lino — y entonces la naturaleza entera, el murmullo de los manantiales blancos, el rugido del mar, la grandeza de la noche lo ahondaban en un sueño tan profundo y feliz, en el que vivía como una planta, sin dolor, sin sueños, sin deseo.

VIII

El día en el que tenían que celebrarse las nupcias de Cezara con Castelmare, su padre, el marqués Bianchi, murió de apoplejía en medio de los vasos y de sus comensales. Cuando ella lo vio estirado en la cama, las pestañas aún abiertas sobre los ojos vidriosos, la boca llena de espuma, ella se apoyó en la bóveda de un ventana y miró disgustada sobre aquel cadáver que ya no vivía y que, para cumplir su pasión que tenía que tener este final, iba a venderla, la figura de Madonã, al hombre que más odiaba en el mundo.

Cuando Castelmare se presentó, empezó a acariciarla:

— Condesa, dijo él, tu padre ha muerto y has quedado sin otro apoyo en el mundo que yo, tu futuro hombre.

— Y que sin éste, dijo ella, porque tu cesaste de ser mi futuro hombre — o al menos mi año de luto han alejado esta feliz perspectiva. Golpearás de nuevo a mi puerta después de un año.

Castelmare salió descontento, arrojándola una última mirada de odio irreconciliable. Francesco la aconsejó que abandonara la ciudad, donde estaba expuesta a persecuciones crueles de su adorador, y que se retirara a un monasterio de monjas cercano a unas horas — donde ella también se había ido después del entierro de su padre.

Ella adelgazó de preocupación, pobre niña... de Jerónimo ya no había oído nada, sólo que el bote de Francesco, en el que él había partido al mar, había sido encontrado roto en la orilla, de modo que ella lo creía ahogado, muerto hace mucho.

En los muros tranquilos monasterio ella se reencontró a ella misma. La celda que le habían dado tenía la ventana hacia el jardín y el mar; y a menudo, tirando el pestillo de la puerta para no ser molestada por nadie, ella miraba horas enteras miles de veces a las ondas lejanas que se perdían en el horizonte, al abrupto jardín, hermoso y salvaje, en el que habían crecido hierbas malas y árboles hasta la orilla; u otras veces, perdiéndose entre las sendas sombreadas, ella escardaba los hilos de hierba de la senda o se escondía en un bosquecillo cerca de la orilla, en el que estaba horas enteras, ahondada en su añoranza sin esperanza.

En los días cálidos ella se desnudaba y, dejando sus ropas en el bosquecillo, se bajaba al mar. Figura maravillosa, apariencia de nieve en la que la joven delicada, la dulce blandura de la infancia era reunida con la belleza noble, madura, suave, pronunciada de la mujer. Por la transparencia general de unas pielecitas nítidas se veían como las venas de violín y cuando su pie tocaba el mar, cuando sentía las aguas mojando su cuerpo, su sonrisa se hacía de nuevo nerviosa y salvaje, con toda su niñez; en la lucha con el océano anciano ella se sentía rejuveneciendo, ella sonría con boca apretada de energía y se dejaba a los abrazos ruidosos del océano, cortando de vez en cuando con los brazos blancos las ondas azules, nadando de lado, o de espaldas, retorciéndose voluptuosa sobre la cama de olas.

Había comenzado a anochecer y ella dejó su amor con el mar, de nuevo sonreía ante olas con aquella intensiva y dulce voluptuosidad. Desnudó su cuello de nieve, se soltó el pelo sobre los hombros redondos y sobre los senos crecidos por la sed de amor, hasta quedar desnuda y hermosa como una estatua antigua, teniendo ante ésta última la ventaja de la vida, aquella pielecita cálida, dulce, nítida que dejaba huellas si la tocabas. Se tiró al mar y empezó a nadar, poniéndose como meta llegar a unas rocas que veía a un cuarto de hora lejos de la orilla.

Las ondas tranquilas la llevaban y pronto llegó a las rocas del mar. Ella fue despacito a lo largo de ellas, arrimando sus manos a las paredes de piedra, llegó a una cueva de la que corría desgarrado y brillante un manantial, entró caminando a lo largo del arroyo y de repente un panorama celestial se abrió ante sus ojos...

“¡Dios! ¡Qué edén! pensó ella — estaré aquí poco”. Ella fue delante por la hierba que, caliente y olorosa, le cosquilleaba el cuerpo, se tiró en el lago claro como la lágrima, cuya agua casi le hacía adormecer, corrió luego por la floresta de naranjas, perseguida de mariposas y abejas... Estaba loca, como un niño extraviado en un jardín hechizado de cuentos. Detrás, viendo que el sol se había inclinado, ella regresó por el camino por el que había venido, pero se asustó cuando vio que no había salida.

¿Qué puedo hacer? Con el pensamiento de que se había perdido echó un vistazo a su alrededor... en ninguna parte había salida...

“¡Ah! pensó, y ¿qué pasaría si estoy una noche en este edén encantado? ¿Quién me ve y quién me conoce?”

Se hizo de noche. Las estrellas grandes y blancas temblaban en el cielo y la plata de la luna pasaba, quebrando las olas transparentes de nubes que se arrugaban en su camino. La noche era cálida, embriagada por el olor de las gravillas de flores; los cerros brillaban bajo una tela de tinieblas, el agua sosegada del lago que rodeaba la floresta estaba dorada y, temblando, tiraba de vez en cuando las ondas brillantes hacia las orillas adormecidas. Y en medio de este espectáculo de la noche dejada sobre un edén rodeado de mar pasaba Cezara como una imaginación de nieve, con su pelo largo de oro que le llegaba a los talones... Ella iba despacio... Todos los sueños, todo el gozo de una aromada noche de verano le abarcó su alma virgen... ¡hubiera llorado! Se acordó de su amante y le pareció que era Eva en el paraíso, sola con su dolor. Ella llegó junto al lago y vio la senda de grava bajo el agua. Empezó a pasar y el agua huía girando alrededor de sus tobillos... Ella miró a aquella floresta encantada... un deseo de felicidad le abarcó el pecho... estaba tan sedienta de amor como el niño joven y frágil, sus labios estaban secos de deseo de unos besos, sus pensamientos eran apasionados como un estrato con las flores medio marchitas por el bochorno. Cuando llegó a la floresta la sombra olorosa de los árboles altos arrojaba un reflejo azul sobre su pielecita, que parecía una estatua de mármol en la luz de violón... De repente ella vio por los árboles

una figura de hombre... pensó que era una imaginación suya, proyectada sobre los hechizos de hojas... y aquella figura tomó poco a poco perfiles más claros... era él.

“¡Ah! pensó ella sonriendo, qué loca estoy... por todas partes él, en la belleza de la noche, en el silencio de las florestas”... Él se acercó... Él creía de igual manera que tenía una imaginación real ante él... La miró fijamente, se miraron fijamente.

Cuando le cogió la mano... ella gritó.

— Cezara, gritó él, abrazándola en sus brazos... ¡Cezara! ¿Eres una imaginación, un ensueño, una sombra de la noche pintada con la nieve de la luz de la luna? O, ¿eres tú? ¿Tú?

Ella lloraba... no podía responder. Se creía loca, creía que era un sueño, y hubiera querido sólo que fuera eterno aquel sueño.

— ¿Tú eres? ¿Justo tú? preguntó ella con la voz ahogada porque todo su pensamiento se había refrescado, todos sus sueños se volvían espléndidos y deseosos de vida... Ella ya no se cansaba mirándolo... Y olvidó el estado en el que estaba.....

Mi sombra

A menudo, cuando estoy ante la humeante luz amarilla de mi lámpara, cuando miro a su ojo rojo, cuando abro un libro viejo lleno de disparates antiguos, de las creencias de un mundo con cabezas, por otro lado, como las nuestras (cosa que muestra la relatividad de la verdad), frecuentemente, digo, converso con mi lámpara verde y vieja y miro bajo su zamarrica, cuando aletea fantástico, como si echara de menos el techo. Cuando la miro ante mí, en la pared mal encalada, veo a mi honorable sombra, con la nariz algo larga y el gorro hasta los ojos, y fijo mis ojos en ella y pienso... mi pensamiento es palabra para ella, porque ella me entiende y me responde también con pensamientos largos y desordenados sobre lo que la había preguntado, sin que me agraden aquellas respuestas, porque no hablo en pensamientos sino conmigo mismo. Yo conmigo. ¡Raro! Esta separación de mi individualidad se convierte en la fuente de unos pensamientos raros, que hacen que me fije áspera y largamente en mi sombra, de modo que ella, apenada de tanta búsqueda, prendía poco a poco, lentamente formas sobre la pared hasta que se quedan claras como un retrato pintado en óleo, después empieza a coger relieve y a sobresalir de la pared y salta de su marco y me saluda sonriendo, levantándose el gorro de la cabeza.

– Buenas tardes, mi señor, dije yo, y le tendí la mano, pero en vano lo hacía, porque la sombra, aunque vertida, aunque hermosa, no era más que sombra. Le ofrecí una silla y ella se sentó.

– Estás descontento con el mundo, dijo sonriendo.

–Sí, respondo yo también sonriendo.

Parece que ahora lo que hice fue retorcer el hilo de los pensamientos y hablar con mi reflejo sobre los diferentes problemas de los hombres.

– Sabes algo, le dije yo, te dejo en la tierra en mi lugar, en mis circunstancias, y yo me voy de aquí para pasar algún tiempo en la luna. Donde no haya hombres, no pueda haber odio, y por eso he decidido estar en algún lugar solo, feliz, sin preocupaciones, y tú permaneces en la tierra en mi lugar, con la simple misión de escribir en tu diario todo lo que te va a suceder- las memorias que voy a leer también yo.

La lámpara ardía entre él y yo, el libro estaba abierto, en el que un pedante había dado curso a sus pensamientos sobre el mundo, el reloj daba roncamente las doce, mi sombra se tumbó en la cama de tablas cubiertas con una colcha, y yo me puse el gabán sobre los hombros, miré, saliendo de casa, por el hueco de la puerta el rostro de la dueña de la casa que justo se desnudaba para acostarse también ella, después de puntillas pasé por la cocina, por el zaguán y, cuando salí afuera, cerré la puerta tras de mí y empecé a caminar despacio, despacio a la luz de la luna, por las largas calles de la ciudad con ventanas y puertas cerradas,

con muros blancos y amarilleados por la luna, con las cortinas dejadas, con algún vigilante nocturno con el bigote metido en el cuello y la capucha del gabán y con una vara bajo el brazo, en fin, una tranquilidad somnolienta, un aire caliente de verano, una luna brillante, las estrellas de oro que cerraban sus párpados para abrirlos de nuevo, un cielo azul y sin nubes, casas altas cuyas cubiertas de ladrillos miraban a la luna — éste es el cuadro. Las chicas que dormían en sus habitaciones perfumadas, acariciadas por un enjambre de sueños de oro, estudiantes que dormían con la cabeza sobre los libros soñando ministerios, dandis soñando con presas y caballos, tontos sin soñar nada — qué me importa a mí este mundo que duerme, al que odio y abandonaría para no volver a él? Mis pesados pasos golpeaban en las piedras cuadradas de las calles, yo me envolví hundido en el gabán con el sombrero hasta los ojos y andaba de este modo por las iluminadas calles, sin que la luna me hiciera ninguna sombra en las paredes, porque la mía la había dejado en casa, de este modo yo mismo parecía no ser otra cosa que una sombra solitaria que corría entre los muros de las casas ordenadas sucesivamente. Hacia el final de la ciudad había una casa amarilla, con ventanas brillantes plateadas por la luna, con las cortinas blancas. Llamé despacio a ella.

— ¿Eres tú? Respondió una voz dulce y tierna como la de una niña.

— Yo, abre la ventana, no hay nadie en la calle, no te puede ver nadie, y aunque te vieran...

La ventana se abrió despacio, la cortina se corrió y entre los bucles de la cortina apareció, hermosa y pálida, la cabeza rubia de un ángel. La luna reflejaba justo su cara, de tal modo que sus ojos azules brillaban más fuerte y pestañeaban como golpeados por los rayos del sol. Bajo su ropa blanca de noche, desde el cuello hacia abajo, le traicionaban los bultos de los pechos, y sus manos y sus brazos blancos y desnudos hasta los hombros me los tendió y yo los inundé con besos.

En un momento entré por la ventana, le cubrí con las manos su cuello desnudo, después la cogí la cara en mis manos y la besé con tanto ardor, la abrazaba con tanto fuego, que me parecía como si bebiera la vida entera de su boca.

— ¡Onde! Dije levemente, acariciando su pelo de oro. Onde, sabes tú algo, ven conmigo a la luna, vamos a vivir tan felices allí, sin que nos moleste nadie, tú para mí, yo para ti, de nuestros sueños haremos castillos, de nuestros pensamientos —mares con millares de ondas, de nuestros días— siglos de felicidad y de amor. ¡Vámonos a la luna! Deja tu sombra en casa, acuéstala en la cama, y tú ven conmigo entre nieves de estrellas y entre lluvias de rayos, hasta que, lejos de esta tierra miserable y negra, la olvidemos, para que no tengamos en la cabeza nada más que a nosotros.

— Vamos entonces, dijo ella abrazando mi cuello con sus brazos blancos y poniendo su boca en la mía.

El beso me llenó de genio y de poder creador. Abrazado de este modo, arrojé mi negro y brillante gabán sobre sus hombros blancos, le rodeé la cintura con un brazo, apretándola fuertemente a mi pecho y mi boca, y con la otra mano agitando la otra parte del gabán nos levantamos lentamente, lentamente entre el aire luminoso y brillante por los rayos de la luna, entre las nubes verdosas del cielo, entre los enjambres de estrellas, entre la lluvia de rayos —hasta que llegamos a la luna. Nuestro viaje no había sido más que un largo beso. La dejé allí, en el aire caliente de la orilla olorosa de un lago verde y brillante y me volví a la tierra y, encantándola, la metí en una nuez, y la nuez la convertí en una perla regada con oro y la perla la arrojé al fondo de un mar. Al ser las dimensiones sólo relativas, de tal modo que lo que a nosotros nos parece grande a otros les parece pequeño, se entiende que los átomos microscópicos de aquella perla cuyo margen era el cielo, regado de estrellas, luna y sol, aquellos enanos tenían sus reyes, guerreaban, se odiaban siempre, imaginándose diferentes maravillas sobre su imaginada grandeza. Yo, mirando con un microscopio a través de la fina cáscara de la perla, fui introduciéndome en su oscuro bajo, para que, aunque su volumen menguara, su odio fuera el mismo, y de modo que la perla tendría que romperse por el odio. La arrojé al mar y me volví con mi amada a la luna, a la que conté todo lo que había hecho.

A mi amada le hice la ropa de un gas azul, aunque transparente como el aire, a través de la que se levantaba ella en la blancura brillante de sus redondos miembros; en su pelo rubio se asentaba una ciudadela de diamantes, el pecho salía virgen, redondo y pequeño de su ropa escotada — así paseábamos, yo con mi mano alrededor de su cuello, por los sombríos y balsámicos bosques de la luna, junto a lagos adormecidos, junto a fuentes lacrimosas, y solo ruisseñores con voz de plata volaban cantando de rama en rama y llenaban el aire de notas divinas. Cuando nos sentamos en la barca, las olas obedientes marchaban libremente, según nuestros pensamientos, la barca dorada, en la que mi amor yacía en grandes almohadas de seda, y yo coloqué mi cabeza en su regazo y soñé lo que tenía. Este amor pacífico y dulce como la idea de eternidad, sin ningún pensamiento o deseo impuro, este amor era el aire de nuestra vida, el beso infantil, dulce, perfumado de nuestras bocas, la trenza angelical de nuestros brazos — ¡un amor santo! Mi mundo no era más que su icono brillante, su mundo — mi cara pálida rodeada de pelo negro. Esta vida era un cuento brillante y estelar. Allí había, también entre bosques verdes y entre peñas grises, también un lago con agua de oro. Cuando nos bañábamos allí riendo y bajo la mirada enamorada de las lunas, nos salpicábamos el uno al otro con largas oleadas y las gotas de estrellas que, permaneciendo en sus pechos, brillaban sobre su blanco cuerpo hasta que secándose en una sábana tejida de plata, su cuerpo blanco era más suave, más dulce y más brillante.

A menudo hacía como si se enfadase y se escondía entre los arbustos del laberíntico jardín. Aunque la llamaba, ella no respondía hasta que imitaba la voz de ruisseñor, de tal modo que, llorando amargamente entre las ramas, la veía como venía compungida y con los ojos húmedos, hasta que la cogía en brazos y la acariciaba junto a mi pecho a la niña ¡locuela!

Para distraernos hicimos un juego de cartas. Los reyes, las reinas y las sotas de las cartas eran todas figuras copiadas de los cuentos que nos contábamos, para entretenernos, por las tardes, y aunque no teníamos dinero, ella se fue a un lago. Allí cada flor de la orilla reflejaba una estrella... Ella entró espacio en el agua del lago y la cogió despacio, despacio con la mano de cada punta de las estrellas, como si hubiera cogido abejas de oro, después poniéndola en su regazo las trajo a casa y las dejó en la mesa. De este modo jugábamos a las cartas en una hermosa mesa de mármol y nuestro juego era un cuento largo y complicado, que no terminábamos hasta que no parábamos, muertos de sueño.

¡Y nuestro sueño! Brazo con brazo, tendidos en almohadas de seda amarilla de oro, mi boca apretada a la suya, soñábamos los dos siempre el mismo sueño, que no era otro que una repetición mágica de nuestra vida sin deseos. Soñábamos en cielos con espejos de plata y con salas inmensas que llenaban ángeles volando con ropas de oro y con alas de colores del arco iris y ceñidos con cintos de arco iris, y sus rubias cabezas estaban cubiertas de largas melenas de oro y con ojos azules se agachaban tímidos y grandes bajo sus párpados y sus pestañas largas. Portones con columnas altas de oro, pasillos de mármol blanco, estrellas azules sobre el techo de oro de las salas grandes, todas llenas de un aire fresco y oloroso, sólo una puerta cerrada no la podemos pasar nunca. Sobre ella, en triángulo, había un ojo de fuego, y sobre el ojo, – un proverbio en las letras torcidas de los oscuros árabes. Era la casa de Dios –el proverbio: un enigma incluso para los ángeles. Ésta era la vida de nuestros sueños.

Cuando nos despertábamos del sueño, la aurora de los dos soles, en ropa rosada, recogía las perlas de plata de nuestros jardines y, riendo con su voz de alondra, nos las arrojaba su regazo a la cara y a nuestra cama.

El frío rocío caía al seno virginal de mi amada y ella se despertaba con frío y, manteniendo los ojos cerrados, cubría alrededor de sus hombros desnudos la colcha tejida de plata y de los colores del arco iris. Apenas abría los ojos, los soles salían cálidos y hermosos, y nos levantábamos alegres y somnolientos, apoyándonos el uno en el otro, después, nos lavábamos la cara en recipientes de mármol y salíamos afuera en el aire cálido y brillante de nuestro feliz mundo. Y la vida comenzaba de nuevo, feliz y tranquila, una eterna repetición de la felicidad de ayer.

La carta de Dionis

... puedes acaso adivinar el sentimiento con el que te he escrito, ¡ángel!...no... En tu vida luminosa no pudo brotar ni la sombra, la sombra siquiera de unos dolores semejantes a los que destrozan el corazón. ¡Lo destrozan! Imagínate que de un hombre con sentimientos, de un ser verdadero – no queda nada – nada más que una larga, encarnada desesperación. No conoces a semejantes hombres. Ellos no pueden pertenecer a los círculos en los que tú te mueves. Ellos están abajo. Cuando un corazón perdido en la miseria, en opresión, en la incapacidad de cultivar sentimientos, porque cada uno de ellos encuentra sus márgenes en los poderes débiles de aquel que los tiene, cuando un semejante corazón eleva sus aspiraciones a ti, y las elevaría sin querer, luchando por la opresión, sin poder resistir al amor que sentiría un semejante hombre. ¿Tristeza? Esto no es tristeza ¿Desesperación? Esto no es desesperación. Es la muerte de vivo – es el margen del pensamiento, es una lucha vana, cruda, sin voluntad y sin esperanza. La desesperación mata – este sentimiento destroza. Mártir es el nombre de mis sentimientos. En cada fibra rota hay una inconmensurabilidad de dolores – y no de repente, fibra a fibra se rompe mi corazón. La muerte es un momento, la desesperación es tiempo – un semejante sentimiento es el infierno. María, puedes tú imaginarte una semejante tortura – imagínalo sin llorar, de lástima, no – de horror: De piedra sea un corazón, es un margen que lo mueve, de veneno que sea un alma, hay dolores que tienen que endulzarlo. Y no hay dolor más grande que el mío ¿por qué estoy yo en el mundo cuándo tú fuiste destinada a estar? Por qué cayeron mis ojos sobre ti. Por qué te vi. Ciego si hubiera sido, de cuanta amargura hubiera escapado. Si no hubiera sido nada, hubiera escapado de una vida torturada, desierta, sin luz. ¡Flor! cómo sonríes en el jardín de tus días, sin que sepas que un corazón se rompe. ¡Estrella! cómo luces en tu cielo, sin que sepas que un alma muere. Y en tu ignorancia eres todavía más hermosa, eres todavía más la causa de unos crudos dolores. ¡Ah! Qué hermosa eres –y cuanto más eres, tanto más infeliz soy, y cuanto más lo soy más hermosa eres. Cuanto más negras son las tinieblas, más blanca parece la luz.

No tuve esperanzas. Poco me importa, no tuve deseos, ninguno en el mundo, poco me importó. De uno fui capaz, de uno que me abarca toda mi vida. Y ese: irrealizable eres: tú. Todo lo grande que sea tu lástima, hasta allá no se puede bajar. No me sonrías. La sonrisa llena de esperanzas las venas. Amarme no te está permitido, desprécíame. Te ruego, ¡desprécíame! Puede, puede que tu desprecio alivie mi amor. Él me desesperaría. Pero esta idiotez de la razón es nada frente a mi tortura actual. Beso la huella de tus pasos – a los muros beso, por los que pasa tu sombra. Desprécíame. Yo no puedo no amarte. ¿Tú no sabes por qué? No lo puedes saber. Y no te lo puedo decir. Y con todo esto, tu figura, la sombra que has arrojado sobre la tela de mis pensamientos ha sido la única felicidad que he tenido el mundo.

¡María! ¡María! – Me han dejado decirte, porque no te lo puedo decir de otro modo – no encuentro, no puedo encontrar otras palabras. Si éstas pudieran añadir el desprecio – si pudieran... se acabarían las miserias todas. ¡Adiós! ¡Adiós!

El primer beso

¡Ah! cada uno lo ha gustado quien ha amado... ¿cómo es? Quien lo puede saber dice. Y aún así quién no daría por él- todo. Si hay algún placer en este mundo, por el que sacrificarías todo lo demás –después es el primer beso, inocente, infantil, pedante, incluso pero, ¡oh! Cuanta dulzura hay justo en esta infancia, en esta falsa imaginación sobre su valor, en este abandono mudo a la boca de niña. Tímida- parece con todo esto una osadía, dulce – parece un acto de violencia, regalada –parece raptado, y ah, el que rapta y el damnificado son en la misma medida felices – es decir, sobre medida. Cuantas cosas en el mundo pueden suceder dos veces, revienen –pero el primer beso, con todas las dulzuras, permanece el primero en los recuerdos – dulce imborrable, incalculable.

Era una noche de invierno, con luna, con nubes, con estrellas; un frío áspero y reconfortante y sin viento. Bruma y nieve se habían colocado sobre las vallas y las cercas de ambas partes de la callejuela – la luz de la luna blanqueaba todavía la nieve cargada sobre las ramas de árboles y sobre las cercas, como sobre unas bolas de algodón, y sobre la calle helada que cruje bajo los pasos pasaba él del brazo con ella, él con abrigo con la solapa levantada, ella con trescuartos de lana, roja la cara de frío, su capuchón de lana deja ver la frente, toda la frente blanca encuadrada por un pelo de oro, y el trescuartos, todo lo grueso que hubiera sido, sin embargo diseñaba con nitidez las líneas de una cintura como la encuentras solo de los quince a los veinte años.

Él tenía dieciocho años, ella dieciséis. Hablaban riendo o, mejor dicho, reían hablando – había mucha más risa que palabras, y con cuanta felicidad ríes en esta edad de cualquier tontería que se te pasa por la cabeza. Quién no recuerda su juventud – cada uno ha tenido una- de aquellos intentos de ser serios en amor, que está en la vida, aquella defensa en párrafos de la niñez, para no llamarlo por su nombre, para no tutear, para no besar- las otras serían como fueran, pero la boquita, como desierta! Así eran también ellos. Hablar sobre –historia, geografía y otras cosas útiles- sí, se entiende, lo que quieras – pero un besito, un tú, un nombre... dulce – ¿esto? ¡Nunca!

Así habrían permanecido, pero, ¡ah, la luna! ¡La luna!

La luna iluminaba, enrojeciendo su cara morena y brillando el pelo negro – dorando con dulzura la cara blanca como la leche y su pelo rubio-grisáceo, que encuadra con lujo y finura al mismo tiempo su cara llena y riante. Cuando él perora con rigor un tema de astronomía –indiferencia tanto suya como de ella, es decir, mientras se torturaban recíprocamente, ella le mira sin escucharle y se habría arrojado a su cuello, le habría besado mil veces –así contaba ella al menos –si, si hubiera caído.

“Ah, qué tonto es, pensó ella sonriendo, no puede hablar también de otra cosa, hoy por lo menos, pero añadió, mirando tímida y astuta arriba a él, que guapo está así, cuando dice tonterías! Me gusta así”, pensó ella. Después ya no pensó nada, o Dios sabe qué; bastante, después calló mucho sin escuchar, dijo algo sutil como si no se hubiera dado cuenta:

– Tú, Alec... y, como asustada de lo que había dicho, ya no dijo nada. La cara era púrpura de vergüenza.

Él se paró... la apretó la mano y, rogador, caballerosamente, se inclinó y dijo tenue:

– Dilo otra vez.

– No.

– ¿No? Me enfado – que lo sepas.

– Tú... repitió ella tenue, con los ojos medio cerrados, con la voz temblorosa.

Era un tú improvisado, sin tener relación con alguna frase – y aún así ¿qué tú? ¿Quién no daría todo el poder del mundo por este tú? Y cuánto honra él –cuando viene de su boca sobre todo- parece una coqueta de la cual él está más orgulloso que del laurel de Alejandro Macedonio.

Siguieron conversando –esta vez más íntimamente- no sobre amor, aunque de una cosa más seria- sobre matrimonio por ejemplo. Cada tú era controvertido. Era una hermosura que, justo cuando se proponían decir tú, no les dejaba la timidez decirlo y decían de repente seriamente, tras largas luchas anímicas, Usted – frío, político, coqueto. Cuando establecían con diplomacia decir usted - entonces tú- tú por error y de nuevo por error y así sucesivamente.

Cuando surge una semejante preocupación, que encanece el pelo y envejece hasta el alma –entonces la señora es panal de miel.

– Alejo, dijo ella tenue, mira mi amor, ¿crees que en él consiste la felicidad? Acuérdate solo de nuestra infancia. Tú pobre –yo igual- y aún así- qué felices fuimos. Hoy estamos mucho mejor- suceden enfados, lo que es normal, pero son merecidos para que aflijan tu alma, tu alma, mi dulce amigo, ¿por qué eres tan rico de felicidad?

– No- no merece que se enfade alguien, decía él entonces riendo, la cabeza viva, ¡belelele corren!

– ¡Así! ¡Bravo!

¡Después una riña en casa, después, olvidado todo!

Un día llegó completamente enfadado a casa. Un proceso perdido le había consumado una significativa parte de su fortuna ganada con mucho trabajo y por otra parte conservada con mucho ahorro y resignación de ella.

Primero ella no dijo nada, aunque quiso llorar. Al final, después de un almuerzo corto y monótono, él se sentó en un sofá frente al fuego, ella se puso de rodillas sobre un taburete ante él, le cogió la mano en las suyas y después dijo blandamente:

– Alejo, ves el pelo este blanco de la cepa de delante – ¡quítalo por favor!

– ¡Coqueta! Dijo él tenue, pero se agachó para sacarlo y la besó la frente.

Ella se enrojeció. Él empezó a reír, porque estaba vencido... preguntemos francamente: ¿hay muchas mujeres que se enrojecen de un recuerdo dulce?

– ¡Coqueta! Ponte junto a mí – ¿tú eres todo que has sido? Dime por qué... por qué te has enrojecido.

– Te lo digo, dijo ella, me acordé de una cosa que no te dije nunca. Te lo diré ahora, pero primero una advertencia. Tú te enfadas porque has perdido una parte de tu fortuna – pero tú olvidas una cosa... que somos la mitad de nuestra vida y que la mitad más rica está tras nosotros. Nosotros ya no tenemos en qué gastar. Es justo que en lugar de que tu fortuna viva en manos de unos hombres injustos sea mejor que la tengas tú, pero, al final, ¿qué importa? Si estuviéramos los dos en... en los años de nuestro primer beso. Ah! Esto es era lo que te iba a decir... sabes que te pedí la promesa de que no me besarás en absoluto hasta la boda – y lo sentí al final, sí, lo sentí, ¡vaya! Sí solo yo lo sabía. Sabía que tú, hombre honrado, no te atreverías en absoluto. Entonces pensé un plan largo- una semana entera- como podría yo – ¡eh! Pero qué puedo decir – tú sabes que yo te lo di- después que nos enfadamos.

Todos los recuerdos de una vida feliz le pasaron a él entonces por la mente – los ojos se llenaron de lágrimas. Él la rodeó el cuello y la dijo tenue:

– ¡Elisa! Dime, acaso sin ti, ¡ángel mío de la guarda! Qué valdría mi vida torturada – ¡nada!

– Calla, dijo ella, cerrando su boca con su manita, no digas nada – ¿qué sería yo sin ti? Añadió ella con una dulce coquetería una muñeca.

Treinta años vivieron sin tener niños. En el trigésimo primer año de matrimonio ella dio a luz a un niño sano, que poco a poco crecía y se hacía hermoso. Él fue bueno como su padre, espiritual como su madre, guapo como su padre, coqueto y delicado como su madre – tenía el pelo negro de su padre y los ojos azules de su madre. Él embelleció la vejez de los padres – porque ambos estaban enamorados en él – aunque en un modo racional y sin estropearle.

Algo sonreía el mundo de los viejos enamorados – pero el mundo, como en general – así en este caso especial, no tenía razón.

El escritor de estas líneas tendría que añadir algo – no la moral de la historia, porque ella es evidente – sino una pregunta: ¿acaso existe felicidad sin amor? Puede, pero no creo.

Genio solitario

I Tasso en Escocia

Dumas dice que la novela ha existido siempre. Puede ser. Es la metáfora de la vida. Mirad el reverso dorado de una moneda falsa, escuchad el canto absurdo de un día que no ha tenido la pretensión de hacer más ruido en el mundo que los otros en general, sacad de esta poesía lo que pueda existir en ella y ahí está la novela.

En un montón desordenado y polvoriento de libros viejos (tengo una predilección por las antigüedades), he encontrado un volumen más nuevo: novelas con seis grabados. Abro y encuentro la historia de un rey de Escocia que iba a ser devastada por culpa de una cabeza de muerto embalsamada. Os imagináis además ¿a quién puso el litógrafo para que figure en los grabados del rey de Escocia? A ¡Tasso! Fácil de explicar: Economía. He sacado de dentro el retrato de Tasso para compararlo. Era él, línea a línea. Qué coincidencia extraña sobre la faz de la tierra, me dije sonriendo para mis adentros. ¿Le podría haber sucedido a Tasso una historia semejante a la que leía?

Había olvidado que todo lo que no es posiblemente objetivo es posible en nuestra mente y que, al final, todo lo que vemos, oímos, pensamos, juzgamos no son más que creaciones muy arbitrarias de nuestra propia subjetividad, y no cosas reales. La vida es sueño.

Era una noche triste. La lluvia caía menuda por las calles no pavimentadas de Bucarest, que se prolongaban estrechas y fangosas por la multitud de casas pequeñas y mal construidas de que consta la mayor parte de la así llamada capital de Rumanía. Pataleaban por los charcos de barro que te salpicaban con su agua embarrada una vez que tenías la osadía de poner el pie un paso delante. Por las tabernas y los comercios penetraba por las ventanas grandes y no lavadas una luz sucia, más débil todavía por las gotas de lluvia que habían inundado los escaparates. De vez en cuando pasaba junto a alguna ventana con cortinas rojas, donde en semioscuridad vislumbraba a alguna mujer... Por todas partes veía a algún romántico que pasaba silbando o a algún borracho, que una vez que jaleaba enronquecido junto a las ventanas de los prostíbulos, la mujer enjalbegad que estaba en el escaparate encendía una cerilla para mostrar su cara untada en gran cantidad y el pecho marchito y desnudo — puede el último medio para sofocar los deseos sucios de pechos extirpados y devastados por la corrupción y la embriaguez. El borracho entró, la semioscuridad se convertía en oscuridad y la amargura de los pensamientos se fingía en una media noche de plomo cuando pensaba si aquél se llama y aquella mujer. Tiene que excusarme, tres cuartas partes del mundo son así, y de la cuarta — Dios, qué pocas características tiene aquella que puedan ser llamadas humanas.

A través de la puerta de una taberna abierta oyes los murmullos de unas cuerdas falsas, que las torturan bajo su arco áspero y con los dedos secos de un pobre niño gitano, y a su alrededor brincaban casi rompiendo la tierra una mujer indecisa y un gitano roto y largo, con los pies descalzos metidos en unas zapatillas largas y llenas de paja. Una alegría grotesca, feamente se puede describir a ambas chicas.

Al lado había una cafetería. La lluvia y el frío que me penetraba me obligaron a entrar allí. El olor a tabaco, el eterno tric-trac de los jugadores de dominó creaba un efecto extraordinario sobre mis sentimientos trastornados por la lluvia y el frío. El reloj, fiel intérprete del viejo tiempo, suena a las doce en su lengua metálica, para que el mundo, que no le escucha, se dé cuenta de que habían transcurrido también las 12 de media noche. Por todas partes, junto a las mesas se divisaba algún grupo de jugadores de cartas con el pelo desordenando, teniendo las cartas en una mano que temblaba, apretando los dedos con la otra antes de golpear, callados, con los ojos fijos, sin parar de mover los labios sin decir una palabra y bebiendo de vez en cuando con sorbos ruidosos algún trago del café o de la cerveza que tenían delante... ¡signo de triunfo!

Un joven agachado sobre un billar escribía con tiza sobre el tapete verde la palabra Ilma. Pensé que es de la familia de Arpad⁶¹⁷ y que habría sacado del depósito de su memorial algún dulce nombre de amada o algún ideal húngaro de las novelas de Mauriciu Jokay⁶¹⁸. No me ocupé más de la figura de este joven, sorprendente puede, sino que empecé a hojear, entre los periódicos extranjeros, unas revistas literarias artísticas etc. (los nuestros no tienen y no quieren saber nada sobre esto).

El joven se acercó a mí.

–Según usted, perdón, susurró él inclinándose.

Acento limpio rumano –no es húngaro.

– ¿Perdón?, dije, doblando el periódico sorprendido por el interés que me ha acordado una vez que levanté los ojos.

Un hombre que conocía sin conocerle, una de aquellas figuras que te parece que has visto alguna vez en la vida, sin haberla visto nunca, fenómeno que se puede explicar sólo mediante la presuposición de unas afinidades espirituales. Empecé a observarle con comodidad. Era hermoso, de una hermosura demoníaca. Sobre su cara pálida, musculosa, expresiva, se levantaba una frente tranquila y fría como el pensamiento de un filósofo. Y sobre la frente se enmarañaba con una genialidad salvaje el pelo negro brillante, que caía sobre unos hombros compactos y bien hechos. Sus ojos grandes, marrones, ardían como un

⁶¹⁷ Árpád, llamado el Conquistador (¿840? - 907) fue Gran príncipe (Fejedelem) de los magiares (895 - 907)

⁶¹⁸ Mór Jókai de Ásva (Komárom (actual Komárno), 18 de febrero de 1825 – Budapest, 5 de mayo de 1904) novelista noble húngaro, el “Gran Cuentista Húngaro”

fuego negro bajo unas grandes cejas espesas y unidas, y los labios unidos apretadamente, morados, eran de una severidad rara. Habrías creído que es un poeta ateo, uno de los ángeles caídos, un Satán, no como lo imaginan los pintores: arrugado, horroroso, espeluznante, sino un Satán hermoso, de una hermosura brillante, un Satán orgulloso de ser caído, en cuya frente Dios ha escrito el genio, y el infierno porfía, un Satán endiosado que, suspendido en el cielo, ha embebido de la luz más santa y ha sumergido los ojos en los ideales más sublimes y se ha empapado el alma con los sueños más amados, porque al final, caído a la tierra, no se quede sólo con la decepción y la tristeza, grabada alrededor de los labios, porque ya no está en el cielo. El rápido ensanchamiento nasal y el acelerado parpadeo de sus ojos señalaban un corazón de locos, un carácter apasionado. Su talla delgada, fina y su mano blanca con dedos largos y aristocráticos parecía con todo esto tener un poder de hierro. La expresión entera en sí era de un poder generoso, aunque infernal.

Cogió un periódico rumano. En la página de los anuncios leyó con una semivoz sarcástica: Opera italiana... hugonotes.

– ¿Querías que estuviera en rumano? Dijo indiferente.

– Se supone. No puede haber una música.... ¿más dulce y hermosa que la italiana?

– No has venido desde hace mucho.

– No

– Entiendo, dijo.

– ¿Por qué?

– Nuestros hombres, dije yo, son de un cosmopolitismo seco, amargo, escéptico – incluso peor: tienen la bonita costumbre de amar cualquier cosa extranjera, y de odiar todo lo que es rumano. Hemos roto con el pasado ya sea con la lengua, las ideas, el modo de mirar y de pensar, porque de otro modo no podríamos mirar a la Europa de naciones civilizadas.

– Y... ¿verdad que sois aquello que queréis dejar atrás?

– Hm... No eres de aquí... como se puede ver.

– No.

– A... otra cosa... bueno, sabes por mí que aquí nadie busca ser lo que hacen. Mira a nuestros historicistas que no conocen historia, literatos y periodistas que no saben escribir, actores que no saben actuar, ministros que no saben gobernar, financieros que no saben calcular, y por eso tanto papel manchado inútilmente, por eso tantos gritos bestiales que llenan la atmósfera del teatro, por eso tantos cambios de ministerios, por eso tanta ruina. Descubrirás más hombres perezosos que discuten sobre la existencia de Dios, que almas

enamoradas de la lengua y de las costumbres de sus antepasados, que corazones que amen la característica expresiva de nuestro pueblo, mentes ocupadas con las cuestiones de vida de este pueblo, al que escribimos en la espalda todas las fantasmagorías falsas de nuestra civilización. El divorcio... el adúltero frecuente chicas enfermizas, emperifolladas, máscaras vivas, en nuestras calles: sonriendo a las mujeres las seca, sonriendo a los hombres les vacía y con todo esto nosotros lo celebramos y sacrificamos las noches de nuestros inviernos, perdemos la juventud que debería pertenecer a las cosas para la realización de aquellos ideales a los que toda la humanidad aspira y a la familia... La mujer de nuestro pueblo no trabaja... tiene con lo que vivir; el hombre no trabaja porque no tiene en qué trabajar –todas las fábricas del mundo concurren con su miserable oficio. En cuanto a nuestra inteligencia – una generación de funcionarios... de semidoctores... hombres que calculan en cuantos años llegarán al poder... inteligencia falsa, que conoce mejor la historia de Francia que la de Rumanía, hijos de hombres llegados de todos los rincones del mundo, sino verdaderos hijos de rumanos que todavía no han llegado a estudiar libros... hombres en fin que tienen la estructura y el carácter de los padres griegos, búlgaros y sólo el nombre de la madre –de la desgraciada Rumanía. Y si por lo menos se hubieran ganado por algún derecho llamarse rumanos; pero no. Odian su propio país y de un modo más terrible que los extranjeros. Lo miran como un exilio, como una molesta condición de su existencia... ellos son... como dicen ellos mismos, rumanos de nacimiento, franceses de corazón – y si Francia les otorgase a nuestros semidoctores las ventajas que da su infeliz patria, ellos habrían emigrado hace mucho... con todos!

Sobre mi ley, continuó, secándose el sudor, muéstrame un hombre que escriba la novela De las miserias de esta generación, y aquel hombre caerá como una bomba en medio de la desierta inteligencia nuestra, será un semidiós para mí, un salvador, puede, para su país.

– Cambiad la opinión pública, dadla otra dirección, rastrear el genio nacional – el espíritu propio y característico del pueblo de la profundidad en la que duerme, haced una gigantesca reacción moral, una revolución de ideas, en la que la idea rumano sea más grande que humano, genial, hermoso, en fin, sed rumanos y sin embargo rumanos, dijo con voz tenue y tomada profunda.

– ¿Quién hará esto? ¿No son todos lo mismo? No son todos solo receptivos – franceses, italianos, españoles, todos – ¿sólo los rumanos no?

– ¡Oh! No se necesitan muchos hombres para esto... El espíritu público es el hecho de pocos hombres. Sin embargo, una sola frente con el óleo de Dios es capaz de formar del océano de los pensamientos humanos una única rueda gigante, que asciende desde lo hondo del abismo del mar hasta arriba en nuevos pensamientos del cielo del lucero que se llama genio... Mostradle al espectro del futuro y se asustará de él. Mostradle dónde llegaría si siguiera igual y se volverá... Pero en fin –añadió con una sonrisa escéptica – ¿por qué intentamos nosotros levantar la generación con el hombro? Todo lo que sucede en el mundo

resulta. Si sucede que ellos se extinguen, se van a extinguir también con nosotros o sin nosotros — si no, no.

¿Cosmopolita? Añadió él tenuemente, hm! Cosmopolita soy también yo; quisiera que la humanidad sea como un prisma, uno único, brillante, penetrada (recorrida) por la luz, que tiene sin embargo tantos colores. Un prisma con miles de colores, un arco iris con miles de matices. Las naciones sólo son los matices prismáticos de la Humanidad, y la diferencia entre ellos es tan natural, tan explicable como podemos explicar del mismo modo las circunstancias en la diferencia entre individuo e individuo. Haced que todos estos colores sean igual de brillantes, igual de radiantes, igual de favorecidos por la Luz que la forma y sin que ellos se pierdan en la nada de la inexistencia, porque en la oscuridad de las injusticias y de las barbaries todas las naciones son iguales en embrutecimiento, en atontamiento, en fanatismo, en vulgaridad; y cuando la Luz apenas se refleja en ellas, ella forma colores prismáticos. El alma del hombre es como una ola — el alma de una nación como un océano. Cuando el viento con alas turbulentas y la noche con el aire pardo y con las nubes grises dominan sobre los mares y sus olas — ella duerme monótona y a oscuras en su profundidad que murmura sin que sea entendida; mientras que, en el tranquilo y azul imperio del cielo aflora la Luz como una flor de fuego, cada ola refleja en su frente un sol, y el mar presta del cielo su color, la tranquilidad de su genio, y los refleja en su sueño profundo y lúcido. Cuando la nación está en oscuridad, duerme en las profundidades del genio y de sus poderes desconocidos y silenciosos, y cuando la Libertad, la civilización permanece sobre ella, los hombres superiores se levantan para reflejarla en sus frentes y la arrojan después con rayos largos de las profundidades del pueblo, de modo que en el seno del mar entero se hace un día tranquilo, se proyecta en su profundidad el cielo. Los poetas, los filósofos de una nación presuponen en cánticos y pensamientos lo elevado del cielo y se lo comunican a las naciones respectivas. Pero hay nubes que, oscureciendo el cielo, oscurecen la tierra. Una, las nubes — reinas de la tierra determinarán siempre sus sonidos — las guerras sobre los pueblos de olas; y eso que aquellas nubes no son otra cosa que la misma respiración helada y oscura de las olas desgraciadas. Las nubes retrueenan, relampaguean y cubren con una cortina de hierro al Sol dorado, y hasta serán sus tiranos sobre las frentes de las olas, hasta que la oscuridad que arrojan mediante su sombra grande penetre el alma profunda del mar como una noche fría y silenciosa, hasta entonces la Luz de Dios será desgraciada.

Las más elevadas y más dañinas nubes son los monarcas.

Después de ellos, igualmente dañinos, son los diplomáticos.

Sus rayos con los que arruinan, secan y matan a pueblos enteros son las guerras.

¡Asesinad a los monarcas! Matad a sus servidores más aduladores, diplomáticos; abolid la guerra y no enfrentéis a los pueblos nada más que ante el Tribunal de los pueblos y entonces el Cosmopolitismo más feliz calentará a la tierra con sus rayos de paz y bienestar.

El juicio de esta juventud — algo extraña — me interesa mucho y bebí, digamos así, las palabras susurradas de sus labios delgados y pálidos. Su rostro se convertía poco a poco más profundo y expresivo adquiriendo un aspecto fantástico. Me dejé arrastrar por el mal tranquilo de sus pensamientos en un ilimitado sueño.

— No cree, dijo, que el cosmopolitismo que quiero no tendrá sus fervorosos adeptos. Una vez dichas estas palabras, sacó del bolsillo del pecho de la levita un pequeño periódico litografiado en el norte de Alemania. Sacado de una litografía secreta bajo la mano de unos jóvenes apóstoles de la Libertad verdadera, del Cosmopolitismo más posible y el más igualitario, este periódico era el intérprete de unas ideas dignas, hermosas, jóvenes. Llama a los pueblos a una alianza sagrada contra los tiranos malvados de la tierra, exilia de la regla del mundo a las majestades mezquinas, a los diplomáticos torturadores de las opiniones del día, a las guerras, en las que se derrama tanta sangre del corazón santo de los pueblos.

¡Hermoso sueño que empezó a ser del mundo entero, sueño que, convertido en convicción, no se producirá de un modo pacífico e inmaculado de la sangre no solo de las cabezas con coronas tiranas, sino también de los pueblos que tiranizan a otros!

Pasó una hora. Entonces se levantó rápido, se metió el periódico litografiado en el bolsillo y me tendió la derecha, mientras con la izquierda se ponía el sombrero en la cabeza.

— Me llamo Toma Nour... ¿Usted?

Le dije mi nombre. Después de que saliera, se me pasó por la cabeza la idea de convertirle en el héroe de una novela.

Volviéndome a casa, justo cuando encendí la cerilla para encender la lámpara, vi con una luz tenue el libro de novelas con los 6 grabados. La cerilla se apagó y permanecí en la oscuridad.

— Mira, dije, puede que no encuentre en este hombre un Tasso, ¿le estudiaré más de cerca? La oscuridad que me envolvía era la metáfora de aquel nombre: Toma Nour.

3.2. II

Después de que me había propuesto moldear su figura hermosa en alguna de mis novelas, busqué la mejor manera de conocerle con mayor profundidad.

Le vi después muchas más veces y, porque una atracción instintiva me embriagaba de él, por eso le propuse que me visitara. Había recibido en él un amigo, que no me visitaba solo para reñir, que sólo llevaba ropa negra, que reía días enteros con una risa tonta en la sociedad de los hombres, porque llora en casa, que odia a los hombres y era maliciosa como una anciana, sólo que no le gusta a un mundo que no le gusta a él.

Él nunca me había invitado a que le visite. Al final, un día me hizo este inesperado honor. Fui a su casa. Vivía en una habitación alta, espaciosa y vacía. En las esquinas del techo las arañas ejercitaban pacífica y silenciosamente su industria, en una esquina de la casa, en el suelo, dormían amontonados unos cuantos cientos de libros, soñando cada uno de ellos con lo que contenían, en otra esquina de la casa una cama de madera con un colchón de paja, con una manta roja y frente a la cama una mesa sucia, cuya superficie estaba ilustrada con letras grandes latinas y góticas sacadas de debajo de la navaja de un travieso niño. En la mesa, papeles, versos, periódicos rotos y enteros, folletos efímeros que se reparten gratis, en fin, todo un galimatías sin sentido y sin finalidad.

Pero sobre los libros tumbados en la esquina estaba colgado un busto de tamaño natural, trabajado en óleo, de un niño de unos dieciocho años, con el pelo negro y largo, con los labios finos y rojos, con la cara blanca como el mármol y con unos ojos azules grandes, bajo grandes cejas y largas pestañas negras. Los ojos azules del niño eran tan brillantes, de un colorido tan sereno, que parecía que miraban con inocencia, con su dulzura femenina sobre el espectador que los contemplaba. Era una verdadera obra de arte. Aunque aquel retrato mostraba una figura vestida como un hombre, sin embargo, sus manos finas, dulces, pequeñas, blancas, rasgos de la cara de una palidez delicada, húmeda, reluciente, blanda, los ojos de una profundidad inexplicable, la frente curvada y más pequeña, el pelo ondeando algo largo te habría hecho creer que es la figura de una mujer travestida.

— ¿Quién es esta mujer? Le dije a Toma, que estaba arrellanado sobre su manta roja.

— ¡Ah, mujer!... rio él. Siempre soñáis con mujeres. Te juro por mi hombría que era hombre como tú y como yo...

— Aún así estos ojos...

— ¿Estos ojos?... ¡Oh! Si hubieras visto estos ojos alguna vez en tu vida, te parecería que los vuelves a ver en cada estrella cazada por la madrugada, en cada ola azul del mar, en fin, en cada pestaña azulada divisada por las nubes. Qué hermoso era este muchacho y qué joven murió. Fue un amigo, puede que el único verdadero que he tenido, que me quiso desinteresadamente, que murió por mí; y si mi mano diletante en el cuadro ha podido reproducir los ojos que te parecen todavía hermosos, puedes imaginarte que hermosos tenían que ser. Su hermosura se ha petrificado en mi alma oscura, fría, loca, como si permaneciese entre nubes sobre la bóveda oscura de la segunda noche... solo dos estrellas moradas. Tú, amado, me parece que te convertirás en folletista de algún periódico... Cuando muera te voy a dejar como testamento en un pequeño folleto la novela de mi vida y harás de los largos, de mis cansados años, tristes, monótonos y lastimosos, una hora de lectura para algún cliente de los cafés, para algún joven romántico o para alguna muchacha afectada, que ya no tiene nada

que perder, que ya no puede amar y que aprende de las novelas cómo se hacen las cartas de amor.

— ¡Oh!... vosotros que posáis como héroes rendidos ante los románticos franceses, vosotros que amáis como los sentimentales alemanes, contesté yo, vosotros que tragáis con todo esto como los ingleses materialistas, vosotros vivís mucho, y te aseguro yo, amado, que tú, con toda tu afección, con toda tu cara de heroísmo pálido, vas a vivir mucho más que yo. ¿Qué apostamos?

— Lo que te dije, replicó Toma, en nuestras biografías escritas en forma de novela. Si muero yo primero, te dejo las mías, si mueres tú, heredo las tuyas, y esto es todo.

Una noche llegué a casa de Toma. La luna brillaba afuera y en casa no había velas. Toma estaba soñando despierto en su cama y fumando con prolongados sorbos de una pipa larga, y el fuego de la cachimba ardía por la oscuridad del cuarto como un ojo de fuego rojo que brilla por la noche. Yo estaba junto a la ventana abierta y miraba soñando con la cara pálida de la luna. Frente a la casa de Toma había un majestuoso palacio de uno de... nuestros así llamados aristócratas... De una ventana abierta del piso de arriba oí, a través del aire de la noche, temblando las notas dulces de un piano y una joven y trémula voz de una niña susurrando una sencilla oración, perfumada, fantástica. Cerré los ojos, para soñar con la libertad. Entonces me pareció que estaba en un desierto seco, largo, arenoso como en una sequía, sobre la que parpadeaba una luna fantástica y pálida como la cara de una virgen moribunda. Era media noche... El desierto callaba... el aire estaba muerto y sólo mi aliento estaba vivo, sólo mi ojo estaba vivo para ver a través de una nube plateada en lo alto del cielo un ángel blanco, arrodillado, con las manos juntas, que cantaba una oración divina, profunda, trémula: la oración de una virgen. Entreabrí los ojos y vi tras la ventana arcada y abierta, en medio de un salón espléndido, una joven muchacha engalanada con un vestido blanco, estremeciendo con sus delgados dedos, largos, blancos, las teclas de un piano sonoro y acompañando los tenues gritos de unas notas divinas con su voz dulce, suave y leve. Parecía como si el genio del divino británico Shakespeare espirase sobre la tierra un nuevo ángel lunático, una nueva Ophelia. Volví a cerrar los ojos, de tal modo que, recaí en el desierto largo, el palacio blanco se confundía con la nube de plata, y la joven muchacha con un ángel arrodillado. Después, apretando los ojos forzosamente, cubrí mi sueño en la oscuridad, ya no vi nada, sólo oía disipándose como un recuerdo oscuro: la oración de una virgen.

La música hacía mucho que se había apagado y, completamente en el pardo de sus impresiones, tenía todavía los ojos fuertemente cerrados. Cuando desperté de mi sueño, la ventana de arriba del palacio estaba cerrada, el salón oscuro, y los vidrios de la ventana brillaban como la plata bajo la blanca luz de la luna. El aire era rubio y veraniego, y los rayos de la luna, recorrían la habitación de Toma, batían su cara, que estaba tumbada boca arriba.

Era más blanca que la del otro día y me parecía que dos rayos de luna doraban dos pequeñas lágrimas que brotaban de sus ojos cerrados.

— ¿Lloras? Dije en voz baja y conmovido, porque mi alma estaba llena de lágrimas.

— Amado por semejante ángel, sin poderle corresponder, susurró, con una voz seca y amarga.

— ¿Qué te pasa? dije.

— ¿Qué me pasa? contestó Toma. ¡Oh! Si conocieras aunque sea un poco este alma mía, te aterrarías — no sabes, no puedes imaginarte cómo está de vacía, cómo está desierta, es igual que el pensamiento idiota y vacío de un hombre cuyos oídos son sordos como el barro, cuya boca es muda como la tierra, cuyos ojos son ciegos como la piedra. Ya no siento nada, y cuando puedo llorar una lágrima de mis ojos me siento feliz. Has visto aquel ángel arrodillado ante su Dios — pues bien, aquel ángel ama con un amor mundano a un demonio frío, pálido, con corazón de bronce, a mí. Y yo... yo no puedo amar. Las estrellas en el cielo, los amores en la tierra, sólo en mi noche no hay ninguna estrella, sólo en mi alma... no hay ningún amor. A veces sólo oigo los latidos de mi vacío en el alma, a veces mi aliento se me corta en el pecho, como el viento que se para entre las ruinas destrozadas de los montes de los años... ¡a veces me siento a mí mismo!... ¡Oh!, entonces me gusta pasar entre la gente con los ojos cerrados y vivir en el pasado o en el futuro. Sueño como el niño que habla en sueños, sonriendo, con la Madre de Dios, me transporto al cielo, pongo alas en mis hombros y abandono la tierra, para entregarme completamente a aquellas sombras divinas — sueños que me llevan de mundo en mundo y me golpean de pensamiento en pensamiento. Muero para la tierra, para vivir en el cielo.

¡Oh! Si pudiera amar.

¿Entiendes lo que significa no poder amar? Pasar por el mundo solo, marginado en los pasos, en los ojos, atormentarse en el vacío de tu alma fría, buscar en sus profundidades y ver que está seca y que sus aguas se pierden en la arena de la sequía social, arda por el calor de una sociedad de hombres que viven sólo del rencor y del odio que sienten uno por el otro...

No amar no es nada — no poder amar es terrible.

Toma Nour, después que terminó esta apología del odio y del rencor, se levantó de la cama y empezó a recorrer el largo espacio de su habitación, con grandes pasos. La luz de la luna se reflejaba en la cara de mármol del icono de la pared, cuyos ojos parecía que cobraban vida en la noche.

— ¡Oh, Ioan! dijo Toma, besando los ojos de fuego morado del icono, Ioan, perdona que haya caído en un infierno de odio, cuando tú me predicabas de un cielo de amor, ¡alma de ángel que has sido!

La luna se había escondido entre una nube negra de lluvia partida en dos filas de largos relámpagos rojos. La casa se había oscurecido y ya no se veía ni aquella sombra en la pared: Ioan, ni aquella sombra de mármol que paseaba: Toma.

— Toma, dije en voz baja, yo me voy... buenas noches. Ten cuidado no te enloquezcas.

Salí y me fui a mi casa. Aunque Toma seguía siendo el mismo, sin embargo me di cuenta que él se arruinaba cada día más.

Uno de esos días tomé la hermosa decisión de componer todo lo seriamente posible con mi mano en sí misma algo divertida y sin querer ser fúnebre, una oración de moral e higiene para este hombre — al que yo le creía que era algún genio perdido. Así soy yo. En mis sueños me creo capaz de convertirme en un tirano carnívoro, sediento de sangre y amor, avaro de oro y desenfrenado como un Heliogábalo⁶¹⁹, cuando en realidad ni siquiera soy capaz de encolerizarme mucho. Sólo estoy enfadado con un hombre si él lo está conmigo. Pues bien, con Toma podía ser más severo.

— Toma, dije, te arruinas. Por Dios, pasea entre la gente, hasta que empiecen a creer que estás loco.

Repetí varias veces estas palabras, o por lo menos análogas, pasaron muchos días, pero él no respondía nada, su cara permanecía a mis reproches de una amistad infantil, fría e impasible. Aún así un día propuse con una voz potente y tórrida, sus ojos se turbaron y respiró con más dificultad.

— ¡Cállate, dijo, qué infantil eres! ¿Qué quieres?... Crees a todas las almas de pigmeos que me rodean — ¿creen acaso que me conocen? Ellos ven algunos miembros de hombre, cada uno confecciona su interior como le place para este bípedo vestido de negro y su hombre está listo. “Es un loco”, dice alguno. “Es fantástico idealista”, dice otro. “¡Eso es! Quiere hacerse pasar por original”, dice un tercero — y todas estas individualidades confeccionadas por mi apariencia, mis atributos, no han compartido conmigo nada. Soy lo que soy, suficiente que soy otro diferente de lo que ellos creen. Sus alabanzas no me halagan, porque ellos adulan una individualidad que no es idéntica a la mía — sus insultos no me importan, porque critican a un individuo al cual no conozco... Desprecio a los hombres... me he hartado de ellos.

Se entiende que con esto cortó el hilo de cualquier racionamiento que pueda nacer en mi mente. Ya no les hice ningún reproche, es inútil hablar a los que no te quieren escuchar.

⁶¹⁹ Heliogábalo fue un emperador romano de la dinastía Severa que reinó desde el año 218 hasta el 222

Un día se fue de Bucarest sin ni siquiera despedirse de mí o de alguno de sus conocidos.

No oí nada más de él en un año. Un día recibo una carta de Copenhague. Decía esto: *"Amado, envíame las poesías de Alecsandri, al apartado postal — bajo las letras Y. Y"*. Sólo eso.

Se las envié. Al final me fui del país, a una finca de mis padres, en donde pasé un bonito verano, lleno de cuentos y baladas populares. Pero encargué a una abuela que se ocupaba de mi habitación que si recibía cualquier carta en mi ausencia me la metiera en el cajón de la mesa.

Como llegó el otoño, volé de los campos fríos, brumosos y me dirigí a mi habitación de Bucarest, de la tercera planta, cálida y pequeña.

Soy un idealista. La cabeza inclinada sobre la mesa, me hacía planes de oro, reflexionaba sobre aquellos misterios de la vida de los pueblos, del recorrido de las generaciones que, semejante al flujo y al reflujo del mar, llevo como una terrible consecuencia aquí en la altura, allí en la caída. Afuera hacía un tiempo oscurecido y gemidor como en los pensamientos de los moribundos, la lluvia silbaba batiendo en las ventanas de la casa, el fuego se había hecho escoria en la estufa, la vela ardía pálida a punto de apagarse — y a mí me parecía que oía el murmullo de aquellos ancianos que, cuando era pequeño, me contaban durante el invierno, teniéndome en sus trémulos brazos, cuentos fantásticos sobre hadas vestidas de oro y luz, que cantan tranquilas su vida en palacios de cristal. Han pasado muchos años desde entonces — y parece que fue ayer — ayer parece que me calentaba los dedos en su barba blanca y escuchaba su lenguaje sabio y susurrante, la sabiduría del pasado, aquellas noticias de ancianos. Me hubiera gustado mucho haber vivido en el pasado. Haber vivido en aquellos tiempos en los que los Señores vestidos en ropas de oro y marta escuchaban, en sus tronos, en sus envejecidos castillos, los consejos del diván de hombres ancianos — el pueblo entusiasmado y cristiano ondeando como las olas del mar en el patio del Señor —y yo en medio de aquellas cabezas coronadas de pelo blanco de sabiduría, en medio del pueblo lleno del fuego del entusiasmo, ser su corazón lleno de genio, la cabeza llena de inspiración, sacerdote de los dolores y las alegrías, su bardo. Para alimentar aquellos sueños y muchos otros, abrí algunas crónicas viejas y hojeé entre ellas, cuando en una encontré una carta todavía no desellada, a la que seguro por mi casero, recibíéndola del correo, la había tirado en aquel libro. La abro. He aquí su contenido:

Turín, en no sé cuándo.

Querido,

Me has enviado las poesías de Alecsandri. Te lo agradezco. Leo muchas veces a Emmi, la única cosa en el mundo que me puede hacer llorar. De verdad, vosotros que vivís en el mundo solo para vivir tenéis una idea extraña sobre la muerte... vosotros os imagináis el esqueleto de un muerto y le llamáis muerte. Para mí es un ángel querido, con una corona de espinas, con la cara pálida con alas negras. Un ángel... el ángel de mis sueños, que tiene una fisionomía conocida para mí, la única fisionomía que lleva para mí la felicidad al mundo en su sonrisa y la melancolía de la tierra en su lágrima. Aquella fisionomía ya no existe. Aquellos labios que sonreían — una sonrisa de los muertos los ha cerrado, o mejor: la muerte enamorada de mí ha tomado la figura de una niña, ha visitado la tierra y me ha robado primero el corazón, porque, desapareciendo él, le seguirá también el alma. Escribeme.

Ya no veo bien y las orejas me silban siempre la canción de las sombras que veré dentro de poco en el otro mundo. Mi ángel se pone delante del sol y en la sombra de sus negras alas me oscurece cada vez más y más las horas, que se van a apagar pronto. Voy a morir. Escribeme pronto, porque puede que todavía las reciba. Después que muera, recibirás una extraña herencia de mi parte. Recuerda. Permanece en la tierra con el cuerpo, tuyo de alma, el que pronto ya no va a existir.

Toma Nour

Una lágrima corrió temblando por mis párpados brillantes y arrojé la carta al fuego. Mis ojos tenían telarañas de lágrimas e insomnio entreveían en una salvaje fantasmagórica la cabeza morada de aquel amigo infeliz con el cerebro rojo de pensamiento, con las mandíbulas desencajadas por veneno y misantropía, con los ojos infundados y turbios como los ojos de un loco. Seguro que había muerto. Abro el cajón de la mesa y cojo los pocos retratos que tenía dispersos entre los papeles. Su retrato se parecía al de Tasso.

La carta había estado desde hace mucho en la crónica. Era vieja.

Pasó un mes y recibí un paquete de una pequeña ciudad de Alemania — la residencia de un rey-miniatura, rey-parodia, rey-sátira. El paquete tenía un manuscrito, el manuscrito con la biografía de Toma Nour.

Entre las hojas, un pedazo de papel con las siguientes palabras:

Amigo, todavía no he muerto, sin embargo estoy condenado a muerte. Mi ejecución será pronto. Vivo en un gran palacio — en mi puerta hay centinelas soberbios — solo que mi palacio es algo oscuro y húmedo — los hombres lo llaman

cárcel. Con el manuscrito haz lo que sabes. Adiós, ¡y nos volveremos a ver en el otro mundo!

Toma

He aquí el manuscrito:

3.3. III

Divisé las tinieblas del mundo bajo un montón de nieve, es decir, en una de aquellas chozas en la que el invierno no manifiesta su existencia salvo por el humo verde que tiembla sobre ellas. Mi padre no tenía nada; era uno de los hombres más pobres de nuestra aldea... No me acuerdo de mi madre salvo de su semblante pálido, un ángel que llenó de encanto mi niñez con su voz dolorosa y sufridora. Era todavía pequeño cuando, un día, me di cuenta que mi madre ya no me quería responder, porque se había dormido, amarillenta, con la horca en la mano y con los labios que apenas sonreían. Un pensamiento profundo parecía que me había abarcado; yo la tiraba de vez en cuando despacio de la manga; pero me parecía que ella no quería contestarme. Vino al final mi padre, los hombres la tendieron sobre la mesa — y vino todo el pueblo... unos de ellos lloraban; yo les miraba, pero no sabía qué pensar. Ya había visto más veces hombres inmóviles en una cama que llamaban andas, llevados en alto entre cánticos y lloros, y me di cuenta que, siempre que pasaba una boda tan triste por nuestra casa, a mi madre se le caían de los ojos lágrimas grandes, pero no sabía por qué... Llegó la noche... Los hombres que estaban en casa jugaban a las cartas, pero mi madre seguía tumbada, seguía inmóvil, seguía amarilla. Al tercer día los hombres la llevaron en una caja de madera con una cruz encima — en la iglesia; un hombre viejo con barba blanca, vestido con ropa larga y pintada diferente, cantaba despacio y a través de la nariz, después la pusieron en un hoyo, tiraron tierra encima de él hasta que la cubrieron... Regresé a casa... No había hablado ni una palabra en tres días y esta maravilla mareaba mi pequeña cabeza. No sé qué sentía, pero me abarcó un miedo terrible porque no iba a ver más a mi madre... Me puse a buscarla por la casa, la buscaba por todos los sitios... me parecía que oía su voz dulce y tenue, pero a ella ya no la veía. Como anocheció, me fui a la iglesia... Vi un montón allí donde habían puesto a mi madre, y una vela de cera amarilla ardía por la noche, como una estrella de oro entre las tinieblas de las nubes. Me tumbé sobre la tumba, pegué mi oreja a la tierra. ¡Mama! ¡Mama! grité, sal de allí y ven a casa... La casa estaba desierta, digo, mi padre no vino en todo el día, tu maíz blanco cubrió las llanuras... ¡Mama, ven, mama! Cógeme también a mí contigo, allí en donde estás... escuchaba; pero el montón estaba frío, callado, húmedo, un viento había apagado la vela y las tinieblas negras habían abarcado mi alma. Mi mama no venía... Las lágrimas me empezaron a caer, una mano de madera me apretaba el corazón en el pecho, los suspiros me inundaban y, en la voz de una lechuza triste, me dormí.

Y he aquí lo que soñé. De arriba, arriba, de aquellas peñas movedizas que la gente llama nubes, vi un rayo bajando precisamente sobre mí. Y sobre el rayo bajaba una mujer vestida con una ropa larga y blanca... era mi madre... Ella me desencantó y de mi pecho vi salir una paloma blanca que se puso mi madre en el brazo... yo sólo había quedado frío y amarillo sobre el hoyo, como había estado mi madre; y me parecía que yo ya no era yo, sino que soy una paloma... Sobre los brazos de mi madre me transformé de paloma en un bebé blanco y hermoso, con unas alas de vello de plata. El rayo dorado se encaramaba con nosotros... pasé por una noche de nubes, por un día entero de estrellas, hasta que encontramos un mundo de olor y canción, de un jardín hermoso encima de las estrellas. Los árboles tenían hojas inestimables, con flores de luz, y en lugar de manzanas lucían entre sus ramas miles de estrellas de fuego. Las sendas del jardín cubiertas con arena de plata llevaban todas a su centro, en donde estaba una mesa extensa, blanca, con velas de cera que lucían como el oro, y por todas partes santos en ropas blancas como mi madre y alrededor de su cabeza brillaba rayos. Ellos hablaban, cantaban canciones de los tiempos de cuando no había todavía mundo, ni hombres, y yo les escuchaba asombrado... Cuando de repente unas tinieblas frías toparon mis mejillas y mis ojos que se había abierto. Me acordé sobre todo de la tumba de barro y una lluvia mezclada con piedra me batía la cara, cuando las nubes negras del cielo se despedazaban en miles de trozos por los relámpagos rojos como el fuego. La campana rajada gemía enferma en la torre y la toaca⁶²⁰ se topaba con los pilares del campanario.

Huí de la tumba, mojado y lleno de barro, y me acurruqué en el campanario, con los dientes castañeteando y mojado hasta la piel; mi pelo largo me caía sobre los ojos — mis manos delgadas y frías las metí temblando en las mangas mojadas. Así estuve toda la noche. Sobre los cantantes comencé a ir con pies desnudos por el barro hacia la casa... entré en el chamizo... en la chimenea las maderas se habían fundido... y la escoria apenas ya centelleaba... mi padre estaba sentado en una silla baja y en su cara quemada y barbuda caían lágrimas de veneno.

— ¿En dónde has estado? Dijo él, cogiendo con ternura mi mano helada.

— He ido a buscar a madre... ¿dónde está mama?

Su pecho se hinchó tremebundo, él me cogió en brazos, me apretó con fuego indeciblemente y ahogó mi cara fría con una multitud de los besos hirvientes.

— ¡¿Tu madre, pobre, dijo en voz baja, tu madre?! Ya no tienes madre.

Había quedado la única caricia de mi padre el amargado. Había luz en sus ojos, el pensamiento de la mente, la esperanza de su vejez. Cuando era pequeño me llevaba al sacerdote anciano de la aldea, que, cogiéndome sobre sus rodillas, me daba las primas lecciones de lectura. Un deseo inconmensurable, una sed ardiente de estudio se despertó en

⁶²⁰ Instrumento musical de percusión

mí, que, ay, se iba a convertir en fatal. Si me hubiera quedado en mis montañas, se me habría encantado el corazón con canciones populares y la cabeza con los cuentos fantasmagóricos, puede que hubiera sido más feliz.

Mi padre me llevó a la escuela. Lo que puede haber aprendido no lo sé, pero sé que mis días pasaban como un invierno desierto, como un sueño sin significado.

Entre aquellos niños carentes, que escuchan con sed desde los bancos de la escuela la voz de las enseñanzas, entre aquellos a los cuales el estudio no les daba asco, sino vocación, destino, en la cabeza y el corazón de los que se amasa un poco de fuego celestial, son especialmente dos clases — aunque ambas tienen un punto en el que no difieren: la falta.

Sólo que para unos era voluntario, para otros porque verdaderamente son faltos. Los primeros doran hasta la grava de las calles con su dinero, hasta que, quedado sin nada, bebían el vaso de la miseria hasta las levaduras, los otros lo bebían siempre, sin interrupción.

Entre las cuatro paredes amarillentas de unas buhardillas escondidas y alargadas, condenadas a estar siglos sin barrer, vivíamos cinco individuos en el mayor y más pacífico desorden. Al lado de la única ventana había una mesa de sólo dos patas, porque con la parte opuesta se apoyaba en la pared. Unas tres camas, cada una más paticoja, una con tres patas, otra con dos en un extremo, y la otra colocada en el suelo, de tal modo que te acostabas sobre ella inclinado, una silla de paja en medio con un agujero gigante, unos candeleros de lodo con sus majestuosas velas, una lámpara vieja, con genealogía directa de las lámpara de los filósofos griegos, cuyos estudios se pudrían a aceite, pilas de libros dispersos sobre la mesa, debajo de la cama, en la ventana y por entre las vigas largas y ahumadas del techo, que eran de color mohoso-rojo de madera chamuscada. Sobre las camas había colchones de paja y sobrecama de lana, en el suelo una estera, en la que se tumbaban mis compañeros y jugaban a las cartas, fumando de unas cachimbas hediondas a un tabaco que hacía insufrible la atmósfera, y así de limitada era la buhardilla. Todos teníamos la misma edad en la que gritabas arias de óperas, declamabas pasajes de autores clásicos, escribías poesías de amor, querías pasar por pícaro y vicioso, te preocupabas tanto de tu bigote, estabas convencido de que tu sonrisa era encantadora y tu mirada penetradora — en fin, en la edad pedante e insufrible a la que no sabes que nombre darle. Mientras mis compañeros jugaban a las cartas, reían, bebían y contaban anécdotas cada cual más frívola y más graciosa, de pícaros, de gitanos, de curas, yo me pasaba la vida con la cabeza entre las manos, con los codos hincados en el margen de la mesa, sin escucharles y leyendo novelas feroces y fantásticas que me irritaban el cerebro. Entre la multitud de compañeros había especialmente uno de una belleza femenina. Pálido, delicado, era aun así la cabeza de todos los excesos de estudiante. En las borracheras él bebía dudando como cualquiera de nosotros, solo que mientras los otros se caían por todos lados y no sabían qué hablaban, chillaban y se besaban como si hubieran sido amantes — él permanecía entre ellos tranquilo, sonriendo, y la única señal de que había bebido era que su palidez característica se coloreaba con un delicado rosa — como aquel de

la tisis. Yo por mi clase no podía beber, pero verdaderamente tenía que admirarme de aquel niño, aquel ángel con el pelo negro y largo, con los ojos de un azul tan brillante y profundo, con una cara tan pálida, tan delicada, sobre la cual todavía el vino no producía ningún efecto. Él era de clase pobre, sin embargo se parece que le importaba poco su pobreza. Siempre alegre, siempre lleno de bromas y novedades, pero siempre roto y sin dinero, él era una individualidad que ni tenía conocimiento de sí, que no sólo que no sabía, sino que ni siquiera quería saber para qué vive. A mí me parecía a pesar de todo esto que aquel regocijo era forzado, que estas risas a menudo antinaturales de inconmensurables y locas no eran sino la triste y desesperada fingimiento de un alma roto de dolor.

En una friolera medianoche de invierno — yo leía, los otros compañeros dormían roncando por todas partes — alguien llamó a la puerta.

— ¡Entra! grité.

En una casaca que parecía que ya no podía sostener la lucha con el viento, entró mi joven y pálido amigo, pero su palidez era más honda, estaba morado, los labios secos y apretados, la risa amarga y en gran medida forzada, los ojos turbios, su pelo negro en un desorden tremebundo.

— Ioan, grité yo, ¿qué te pasa?

Le cogí la mano y le miré fijo a los ojos.

— ¡Nada, dijo él riendo, nada!... ella muere.

— ¿Quién muere, por Dios?

— ¡Ella! Volvió a decir, apretándome a él, apretándome la cabeza en su pecho, con unos hipos desesperadas — ¡ven, dijo, ven conmigo... por favor!

Me puse una ropa más caliente y salí con él. Había hielo. Nuestros pasos crujían en la nieve helada — y nosotros volábamos juntos por las calles de la ciudad: yo envuelto y con la cara hundida en el gabán, él, teniendo la cara directamente hacia la nieve que golpeaba como agujas, frío. Soplaban un viento tremebundo. De vez en cuando pasábamos junto a una lámpara... Cuando miraba su cara tan blanca como la un muerto, me parecía que iba al lado de una sombra, con un hombre que había muerto hacía mucho, de tal modo que me empecé a asombrarme de cómo yo, vivo, podía acompañar a este muerto y adónde iba con este fantasma pálido, escéptico, largo. El aspecto fantástico de su figura, sus pasos que apenas tocaban la tierra, sus ojos fijos, su gabán largo y roto que le llegaba hasta los pies — y aún esta manera de ir callado junto a mí, me asustaba yo solo pensando que tenía que hacer algo con un ser que no era, pensé que soñé y que no era sino un espantoso fantasma del sueño de una noche de invierno. Salimos de la ciudad. La llanura larga y ancha cubierta de nieve de plata en que se reflejaba la luna pálida... era una área blanca extensa... la noche del invierno

fantástico, llena de un aire de plata, en toda su belleza fría, la llanura de nieve, por aquí, por allí un matorral nevado, un espantajo, un fantasma de plata en un campo de plata, he aquí todo. Nosotros cogimos el campo a través. Lejos, a un extremo del campo, se divisaba entre árboles deshojados, en medio de un jardín, una luz que parecía que salía de una ventana y se oía el ladrido entumecido de un perro.

Apresuramos aún más nuestros pasos, hasta que pude distinguir entre la nevada general una casa en medio de un jardín. Saltamos ambos la valla, que se sacudió de nieve, y nos dirigimos hacia la ventana iluminada. Acercándonos, él me rogó que me agachara para que se pudiera encaramar y cogerse de los peinazos de las ventanas; saltó sobre mi espalda encorvada, de aquí al margen del alféizar, y miró dentro. Yo me subí después de él.

La habitación estaba pobremente amueblada, las sillas de madera, la cama sin hacer, en un rincón un piano. Sobre una silla estaba un anciano, sobre la cama yacía una chica con los ojos medio cerrados, al lado del piano estaba otra chica.

La que yacía en la cama era de una belleza rara. El pelo rubio batía en grisáceo — su cara blanca como la escarcha, sus ojos más negros que la zarza bajo unas pestañas largas, rubias, y las cejas delgadas, tiradas y unidas. Sus labios temblaban una oración, sus ojos se entreabrían de vez en cuando, sus sienes batían despacio. Un brazo de una blancura virginal como la del más limpio mármol colgaba bajo la cama, mientras que la otra mano yacía sobre su corazón.

El anciano estaba en la silla de madera. Su frente calva y rodeada de unos pelos blancos como la plata en la luz estaba oscura de dolor, sus ojos rojos de vejez y de color turbio estaban llenos de lágrimas, su cabeza pálida, medio muerta, temblaba convulsivo y sus brazos ahorcaban a lo largo del respaldo de la silla.

La chica de al lado de la silla era un ángel-rosado. Sentada ante el piano, las manos reposaban yertas sobre las teclas, la espalda apoyada al respaldo de la silla y la cabeza colgada, con la cara arriba, sobre el respaldo. Su cara miraba directamente al cielo, sus lágrimas permanecían en los ojos, porque su cara estaba horizontalmente. La cara era pálida y su dolor — un dolor sublime.

El mismo aire de la habitación estaba muerto y triste, la llama de las velas temblaba como soplada por un espíritu invisible. Estaban todos mudos como muertos, la mirada del anciano se había quedado fija y desesperada, cuando de repente las manos de al lado de piano se movieron. Eléctricamente inspiradas, volaban como invisibles sobre las teclas, el aire se doró de notas divinas, celestiales: el anciano se agachó como para arrodillarse, los ojos de la moribunda se habían abierto y ella empezó a cantar. La canción de una moribunda. Las notas volaban a la vez fuertes, a la vez tenues, apenas perceptibles, como los suspiros de las arpas de los ángeles — era una de aquellas canciones magníficas de aquel maestro divino en sus gritos, Palestrina. La moribunda cantaba... ¡pero de qué forma! Un timbre como el de una

campana de plata... La canción del piano se apagaba bajo dedos de una — la canción sobre los labios de la otra también se apagaba — la moribunda, que se había incorporado sobre el codo del brazo derecho, recayó, despacio, despacio, con la cabeza en la almohada, la canción se apagó, los labios enmudecieron y se hicieron morados, los ojos se turbaron y luego se cerraron para siempre. La luz se apagó.

— ¡Sofía! gritó Ioan, cayendo de espaldas desde la ventana a la nieve.

Salté abajo.

Lo cubrí con la casaca y, como estaba agarrotado de desmayo y hielo, le cogí en hombros. Era ligero como una chica. Salté con él la valla y crucé con él la llanura nevada, igual que si de un robo de muertos se tratara. Cerca de la ciudad le puse en el suelo, comencé a frotarle con nieve y a soplarle con mi soplo helado sobre cara de una palidez que a la luz de la luna parecía de plata. Su cara tirada me pareció que se movía.

— ¡Ioan! dije, levanta, vamos a casa.

Él había vuelto, estando tumbado, los ojos hacia la casa donde habíamos estado. La luz estaba apagada.

— ¿No hemos estado nosotros allá? dijo él perdido, señalando con la mano en dirección a la casa.

— ¡No! Nosotros apenas acabamos de salir de ciudad, y tú caíste aquí sin sentido.

— ¿Quieres decir que he soñado? dijo él riendo locamente, ¡sabía que he soñado! No podía ser de otro modo... no se puede.

Su voz estaba quebrada, llorosa y entumecida de dolor.

— Vamos a casa — ¡te vas a enfriar!

— ¿Tú no oíste aquella música divina, aquel ángel muriendo, aquel anciano desesperado, no viste nada?

— Pero, por Dios, ¿qué quieres tú con tu anciano y con tu ángel muriendo? Qué quieres que vea aquí en el campo, cuando no hemos ido a ninguna parte para poder ver algo de lo que dices tú.

— ¡Bien dices! ¡Estoy loco! Soñé. Vamos a casa. La luz de su casa no arde... ellos duermen... ellos duermen llevados... digamos que están tranquilos, hace tiempo que duermen y la luz está apagada... digamos que ella no muere... al contrario, esperemos que se mejore mientras duerme.

— Tu cabeza está mojada, dije yo, porque, estando hirviendo, se ha fundido la nieve en tu frente.

Con estas palabras cogí mi gorro de piel de la cabeza y se lo puse a él, apretándosela hasta los ojos, porque me había dado cuenta de que la luz se había vuelto a encender. Luego, cogiéndolo con ambas manos por debajo de los sobacos, lo levanté, lo cogí fuerte de un brazo y empecé a correr veloz con él hasta que entramos en las calles de la ciudad... así que, mareado, cegado y llevado con asco, en su apatía no había vuelto a mirar atrás.

Llegamos a casa. Sus ojos estaban turbios, pero la cara había tomado de nuevo la apariencia de tranquilidad la que tenía de costumbre. La lámpara sobre la mesa la había dejado encendida y humeaba para apagarse.

— ¡Oh, Dios mío, quisiera no dormir y aún así tengo sueño! ¡Tengo sueño! dijo Ioan tirándose sobre la cama.

Como todos los que tiene frío, él también tenía sueño; y ya que el sueño era, en mi opinión, el único remedio que podía aliviar un estado como aquel en el que se hallaba, le dejé que se acostara y yo comencé a pasear descalzo, para no hacer ruido, a lo largo de la habitación. Aproximadamente cuando empezaba el día me entró sueño y me tumbé al lado de uno de mis camaradas. Al día siguiente, cuando me levanté, era medio día. Él también se había levantado y se había marchado hace mucho.

Al tercer día, cuando anocheció, Ioan entró triste, frío, pero tranquilo a casa.

— Ella ha muerto, dijo. Ven.

Me cogió del brazo por la calle. La tarde era fría, las calles desiertas, cuando vi encendiéndose en una esquina alejada a cuatro hombres que llevaban un ataúd negro de abeto, a los que seguían un sacerdote con el paso rápido y detrás de él — como si el dolor hubiera pasado rápidamente — seguían al mismo paso un anciano en un gabán pardo, largo y viejo y una chica vestida pobremente. Nos acercamos a la comitiva, que iba rápidamente hacia el cementerio. Habían entrado, entre las cruces y tumbas nevadas, al lado de un amarillo hoyo cavado de nuevo, de modo que del fondo salía aún un leve vapor del calor de la tierra, mientras que las rocas tenían coger escarcha. Un entierro en una tarde de invierno. El sepulturero había apoyado el mentón de una cara profunda y afligida sobre el hoyo ancho y lleno de lodo, la luna pasaba como un sueño por entre las nubes pálidas y frías, el sacerdote cantaba un “Habla, Señor...”, y el anciano padre descubrió su cabeza. La pielecita de su cara era amarilla, y en ella tejían los años y dolores en todas partes unos rasgos más finos, otros más profundos — su cabeza, la mayor parte sin pelo: parecía que tenía pelos plateados, esparcidos sólo, estaban sembrados por la mano a un ser torpe... Sus ojos estaban secos e incapaces de llorar... tenía la mirada fija hacia el ataúd, que parecía que toda la expresión de su dolor profundo se había concentrado en su cabeza medio loco y en sus ojos turbios y

perdidos. Antes que los portadores depositaran el cuerpo en su seno hondo de lodo, el anciano, como por instinto, hizo un signo, la tapadera se levantó, y de lo profundo del ataúd demasiado grande veía como una sombra blanca, el pelo desordenado, la cara de un blanco cárdeno y petrificado como el mármol, los labios chupados y los ojos grandes cerrados se hundían bajo la frente ancha y marchita. El anciano se acercó y apretó mucho tiempo sus labios fríos sobre la frente de la niña muerta. Su hermana estaba, un mármol vivo, un genio del dolor, apoyada, con la cara fundida de dolor, junto a un árbol que también sacudía sus hojas amarillas y llenas de nieve sobre su cara blanca y fría. Los ojos cerrados y secos, su boca tirada con amargura, su cara que empezaba a llorar y no te podían hacer creer que el maestro Canova había cavado en aquellas tumbas una obra de su marmóreo genio y que lo había entronizado entre cruces y tumbas cubiertas de nieve. Como un loco saltó Ioan, pálido como un fantasma, a mi lado, y acercó sus labios a los ojos de la muerta. Después la tapadera volvió a caer, con las sogas huía el ataúd negro en la noche de la tierra — y sobre la tierra ya no había quedado más que el recuerdo amargo de Sofia. Cerré los ojos y soñé... ¿qué?... No sé. Cuando los volví a abrir, estábamos solos en el cementerio. La luna rebosaba entre los árboles nevados y brillantes en sus vestimentas plateadas una luz inmaculada como el sueño de verano, de nuevo el anciano sepulturero tiró despacio, indiferente, melancólico bolas que sonaban sobre las tablas secas del ataúd. Un sueño de muerte, de tumba, eso es todo.

Cuando regresé y entré en mi buhardilla, Ioan estaba alargado justo sobre la cama mía, su pelo estaba esparcido como la noche sobre la almohada blanca y las manos unidas sobre cabeza, la cara inmovible y los ojos cerrados. Sobre una mesa junto a la cama había un montón de libros polvorientos, sobre ellos ardía en el candelero de lodo una vela suya, sucia, se había hecho el moco negro también grande y vertía una luz amarilla y torpe sobre la cara insensible del joven. Sobre la mesa había una pistola. Me acerqué despacio y la cogí de allá. En el letargo en el que le había arrojado su dolor profundo, Ioan no oía nada. Abrí un postigo de la ventana y tiré la pistola a un montón de nieve. Luego salí de la casa y fui a refrescar mis sueños y la impresión viva, la turbación lóbrega del alma en la noche serena y fría de invierno.

Al día siguiente me encontré con Ioan.

— Has visto todas las fases de estos dramas del corazón, Toma, vamos ahora para que veas de cerca a los actores... vamos al anciano y a la hija que le ha quedado. Oh, Dios, no soy egoísta, pero con todo esto tú sabes que yo hubiera querido a esta otra...

— Calla, dije yo, no hagas un pecado. Esta otra puede te que haga feliz, ¡Ioan! Es igual de hermosa y parece igual de buena... Pero, en fin, vamos.

Llegados a la casa del anciano, entramos al cuarto calentado y familiar. El anciano estaba, en su dolor, mudo, en la butaca vieja, con la cabeza apoyada sobre el pecho. La chica permanecía soñadora al lado de la ventana y miraba a la frente florida de unas rosas que

lucían como una estrella acalorada junto con las de la ventana flores de hielo. Una anciana trabajaba al lado de la boca de la estufa. El día estaba tan afligido que en la casa parecía que era tarde. Ellos no sintieron nuestra entrada. Ioan se acercó a la chica, le cogió la mano y dijo con una ternura de hermano:

— Poesis, ¿qué haces?

— ¿Qué hago? Nada — habló en voz baja... padre duerme, sólo que su sueño se llama dolor y desesperación... ¡No le despiertes del sueño!... Nuestro único apoyo, Sofía... se ha ido.

— Te presente al señor, dijo Ioan, mostrándome a mí.

— ¡Ah, el señor!... dijo ella tenuemente e inclinándose indiferente y miró, como si no me hubiera visto... Ioan, te lo agradezco, dijo ella, apretando su mano, que estaba sobre la silla enfrente de ella, estuviste aquella tarde también tú. ¡Pobre niño! ¡Cuánto perdiste!

— Yo no estuve, no pude, Poesis, pregunta al señor si no caí en la nieve insensible, en la calle por la que venía a veros a vosotras. El señor me acompañaba.

— ¿El señor? dijo ella sonriendo con tristeza. Pero tú estuviste... ¿no te vi en la ventana?

— Digamos que estuve, dijo él tenue y movido, digamos que asistí a su expiración. Oh, Toma, cuánto mal me hiciste. Que me engañaste, me dijiste que soñé. Me imputé el crimen de no haber venido, pero ahora... estoy disculpado ante ella en los cielos... ella sabe... yo estuve... Pero ¿por qué no me lo dijiste? Me hubiera vuelto de donde estábamos y...

— ¿En el estado en el que estabas? dije yo. Si hubieras venido, Ioan, hoy no respondería de tu mente y de tu vida, cosas que sé que no sabes demasiado, pero que era mi deber hacer.

— ¡Pobre niño! ¡Qué desgraciado eres! ¡Yo habría enloquecido hace mucho! dijo ella, agachándose y besando la frente limpia de Ioan.

Su frente había quedado tranquila, pero se cubrió con una nube de sueños.

— La seguiré, dijo él tenue y movido, y sus ojos se llenaron de lágrimas, la seguiré pronto.

— ¡Calla, dijo ella, que no nos oiga! Muestra con los ojos a su padre, que estaba perdido en su dolor mudo y profundo.

Estuvimos algo... muy poco... y después regresamos hacia casa... Mi corazón estaba ahogado en rayos, mi alma — borracha de una dulzura inconmensurable y llena sólo de un

rostro, de uno solo... ¡Poesis! Ioan se despidió de mí. Yo entré en casa y, me derribé delante de la mesa con los libros:

— Poesis, murmuré raptado, ¡te amo!

Soñé... canté, escribí, todo sobre ella... mi ser estaba llena de un solo sueño... mi mente no veía otra figura que la de aquel ángel de mármol: "Poesis!"

Busqué a Ioan le regañé y hablé con él. Pero él se había quedado callado y aborrecible... crédulo. Se reía del cielo y de Dios; despreciaba a los hombres, de modo que te habría parecido que bajo sus harapos se ríe un rey escéptico y crudo como Satanás. Ya no podía hablar con él. Le pregunté sólo en un día sobre las circunstancias de aquella familia.

— Miseria, dijo él, miseria, la suerte de las almas grandes, de las almas de ángeles... mientras que los grandes, idiotas en su grandeza, pasean en carruajes áureos. ¡Oh! ¡Estos grandes! ¿No podrían ellos alentar, ayudar a aquel anciano poeta que nutre su vida con sueños, que muere de hambre con todo su genio, que está forzado a dejar a las chicas que anden desnudas y pobres por las calles, de modo que la prostitución vestida en seda ríe a carcajadas sobre la huella de la virtud desgarrada? Oh, la prostitución y la vergüenza está enterrada en tumbas de mármol y en ataúdes de plomo cubiertos de terciopelo, mientras que la virtud duerme su sueño eterno entre cuatro tablas de abeto. ¿Y para qué existe virtud, para qué? Al teatro con la virtud, con la nobleza — que señala a aquellos hombres de nada, que en un mundo de infierno, de hipócritas, de egoístas hacen a los virtuosos, a los nobles, a las almas castas. Puede acaso la virtud vencer al vicio... ¿Lo vencerá alguna vez? ¿Cuándo? Al teatro, a la escena con la virtud, no en la vida práctica, donde necesitas infamia para que no mueras de hambre, y la opinión, sólo la opinión del hombre honesto para que mueras feliz y sin lamentar lo que queda atrás... sobre todo si dejas haberes. ¡Oh! vi escenas donde la madre esconde el testamento del padre en su pecho, por miedo a sus hijos, que, cerca con el cadáver todavía no enterrado, buscan con los ojos húmedos, pero de serpiente, el testamento del difunto. Vi también escenas, donde la esposa se desmayaba sólo porque el letargo y la libertad que da su palidez le sienta muy bien. Es infame todo lo que es hombre... No creo en esta bestia malvada que proviene del mono y que trajo todas las costumbres malas de sus antepasados.

— ¡Calla, digo yo! ¿Tu Sofía no fue mujer?...

— ¿Mujer, ella? dijo él, sonriendo amargamente — ¿ella, mujer? ¡Desvarías! Un ángel ha sido, un ángel como lo piensa Dios sólo una vez en medio de su eternidad sin márgenes. ¿Qué es la mujer? ¿Este hombre que vive para maquillar su cara con colores, la palabra con mentira y los ojos con lágrimas engañosas? Una esfinge que llora cuando te traiciona, que ríe en su corazón cuando sus ojos están llenos de lágrimas. Oh, ella no fue una mujer... Protesto en contra del nombre.

Esta era disposición de Ion a consecuencia de la muerte de Sofía. Mucho tiempo después, él, aunque con el corazón desgarrado, aunque con el alma turbia, pero con su frente de artista eternamente serena, no te dejaba entrever nada.

Yo, por contra, que había visto la figura hermosa de aquellas hijas de la tierra, de aquel ángel rubio, yo la soñaba día y noche, y me parecía que entonces cuando me arrodillaba ante un icono negro de madera de nuestra iglesia, cuando el maestro murmuraba en su extraña oración en una lengua antigua y más eslava, mientras el sacerdote en el altar se alzaba sus delgadas manos hacia los cielos, a mí me parecía que el sombrío rojo icono de la Madre del Señor del retablo adquiriría los contornos cada vez más blancos, su cara borrada e ininteligible se convertía como soplada de plata rosado, su pelo cubierto por un velo bordado con oro parecía que ondeaba en largos y desordenados bucles rubios como el oro, sus ojos apagados hace mucho parecían que lucían como dos flores moradas, y sus labios santos, amarillos y cerrados parecían, rosados, murmurar palabras, mientras que la ropa llena de pliegues y roja devenía en mis ojos redes blancas como la gasa blanca. En la iglesia, en el lugar de la Madre de Dios, yo veía, entre mis lágrimas amargas de amor, a aquella figura querida de mi corazón, a Poesis.

¿Quién era ella? ¿Qué era? ¿Con qué se ocupa?

Actriz de segunda mano, de un teatro de segunda mano, ella actuaba de doncella, aunque el paso y la actitud mostraba como trágica.

El teatro estaba en un suburbio de la ciudad, edificado de tablas en medio de unos grupos de árboles que formaban, en complejo con otros más alejados, una clase de jardín o, mejor dicho, bosquecillo.

Por una puerta del final podías mirar a la escena, con toda su gran desorden antes de la representación, con los bosquecillos cuyo verde estaba mezclado con manchas rojas, rosas es decir, con bancos que estaban aún derribados en la escena, con el telón de fondo que cuelga sobre la mitad de la escena, con el fondo en el que ves aún que han quedado los muebles amontonados unos encima de otros, candelabros encima de sillas, mesas tumbadas con las patas arriba sobre los canapés, espejos vueltos con el cristal hacia la pared, tapices cortezas envueltos, enseres tirados una encima de otra, y a izquierda, y a derecha gabinetes de tablas llamados guardarropas, en los que se viste y se maquillan los actores y las actrices.

Entré también yo a escena, entre la multitud de ruidos de maquinistas que se insultaban unos a otros, me acerqué a una de las cabinas de tablas en la que sabía que ella se vestía. Entre las rendijas de las tablas miré también yo dentro. ¡Pobre niña! Apenas había muerto su hermana, y ella tenía que actuar en un papel alegre. Poco blanco necesitaba su cara de una blancura pálida, una discreta pintura roja le daba un tipo de reflejo rosado parecido al de la luz de la tarde. Su seno estaba cubierto sólo con una fina camisa de gasa que traicionaba más que cubría los pechos más redondos, más blancos, más pequeños, que parecían

esculpidos en un mármol de plata de la mano de un escultor ciego, porque, si hubiera visto, sólo los hubiera podido romper por celos de su obra. Ella hacía de un ángel, en un espectáculo de magia sin de significado con *dei ex machina*, que gustaba y era hermosa sólo porque las personas que actuaban en ella gustaban y eran hermosas.

Se puso las alas blancas; se preparó completamente el vestido y, cuando la orquesta empezó la obertura con la oración de Norma, Poesis cayó sobre la silla en una actitud soñadora, con la cabeza reclinada sobre los hombros y con las manos unidas, de modo que no te hubieras asombrado si, raptada por aquella canción subiera al cielo, ella habría subido despacio, despacio, inmóvil y triste, como el alma de un ángel subiendo, a los cielos, llevada como por su imperceptibles alas blancas-plateadas.

Yo también estaba contemplándola. La voluptuosidad de aquel seno de mármol, soñando con aquella cara pálida dirigida hacia el cielo, aquellas manos pequeñas y blancas unidas como para rezar, aquellos brazos redondos, desnudos, frágiles, caídos como si hubieran denunciado desesperanza, aquel cuerpo que estaba arrodillado, aquellas alas que estaban por moverse y llevársela — todo esto formaba una única figura, un solo cuerpo hermoso, dulce, ideal — ¡Poesis!

Pero la campanilla entumecida del apuntador arañó el aire de la escena y yo me desperté de cabina, para que no se diera cuenta fortuitamente ella que yo había sorprendido su belleza en su forma más plástica y más divina. Ella salió pronto de la cabina. Me vio y sonrió; yo intenté inventar un piropo lo menos torpe posible.

— ¿Qué te trajo a esta atmósfera que huele a colores de aceite y a aceite de lámpara? dijo ella sonriendo.

Enrojecí y agaché mis ojos como un chico de la escuela sorprendido con gallinas de papel que hace a escondidas debajo del banco. Pero poniendo mi corazón en la boca, porque, en fin, necesitaba...

— ¡Tú! dije.

— ¿Yo? Bromeas, dijo ella... y el blanco dado en la cara no pudo parar como su cara se acaloró como el fuego.

El telón cayó absolutamente al suelo, y nosotros quedamos tras él.

— Desde que te vi, seguí, cogiéndole la mano, mis ojos se cegaron por tu luz y mi corazón se cerró para todo el mundo a causa del amor hacia ti. Poesis, olvidé los libros polvorientos, la ciencia y la poesía, los ideales de unos y de otros, desde que apareciste tú ante mí. No sabes, no puedes saber cuánto te amo. Todo lo que es hermoso hoy para mí, hoy se reúne en ti: flor y pájaro, primavera y cuento de invierno, la blancura del Norte y la llama del Sur, todos, todos los ideales perdidos los reencuentro en una única figura, ¡en la tuya!

— La réplica, dijo ella rápidamente y turbada.

— ¿Me amas? Dije yo, arrodillándome y reteniéndola con furia.

— Sí, dijo ella turbada, sonriendo, enrojeciendo, pero huyendo al mismo tiempo delante de mí allá donde la llamaba su réplica, así que oí su voz, de un timbre húmedo e infantil, penetrando la escena, y el público que aplaudía entusiasmado por la aparición de este ángel terrenal.

Yo quedé arrodillado y con las manos unidas detrás del telón y sorbí con toda mi alma las notas de plata y su voz que venía hasta mí. Quedé abrumado por mi felicidad. Mientras estuve extasiado, con la cabeza apoyada en la tierra, raptado como por un recuerdo y sediento de volver a escuchar su voz, que había cesado, oí a mi derecha un frufrú de vestido... levanté mis ojos... era ella... Miraba con una lástima inconmensurable, con un amor inconmensurable sobre mi figura arrodillada...

— Poesis, susurré yo, levantándome y estirando mis brazos.

Un instante, y yacía como petrificada en mi pecho, rodeando con sus brazos blancos y desnudos mi cuello. Con mis labios buscaba su cara, que se había escondido en mi pecho, pero en aquel momento ella soltó un de sus brazos de alrededor de mi cuello... me tocó con el revés de la mano mi boca sedienta, luego, volviéndose, desapareció sonriendo. En vano tendí lleno de deseo mis brazos hacia su sombra fugitiva... Ella volaba.

Se volvió atrás.

— Niño mío, dijo ella con un aire serio, alisando mi frente. Acompáñame a casa. Mi padre está en la orquesta, él toca el violoncelo... hasta el acto cuarto queda aún mucho... luego él viene solo a casa. ¡Hasta la vista! dijo ella, entrando en la cabina y enrojeciendo un poco, como si se hubiera avergonzado de lo que había dicho.

Salió enseguida, cambiada en sus ropas de siempre y envuelta en una casaquilla abrigo, que la cogía de maravilla, y con un sombrero de terciopelo en la cabeza.

— ¡Mira! ¡El vínculo! dijo ella, dándome en la mano un vínculo.

Salimos por la puertecita de atrás del teatro y pronto llegamos al campo, en el que se veía a lo lejos la casita del anciano músico, cuyas ventanas ardían en la noche como dos placas de plata. ¡Estaba tan callada y blanca la llanura, estaba tan frío y sereno aire, estaba tan herviente y oscurecido mi amor! Iba con ella al lado, con ella, que pasaba, un alma cálida y joven de niña, sobre la llanura nevada y anciana... En aquel momento vi en ella el todo... mi ideal, mi ángel, mi mujer. Mi mujer... cuando me imaginé que aquella niña dulce y blanda que pasaba junto a mí podría llamarme alguna vez su hombre, un encanto incomprensible, un calor como aquel de las habitaciones calentadas en tiempo de invierno, un aire

embalsamado, apretado, familiar pasó entre la noche desierta y fría de mi alma. Veinte veces quise abalanzarme para apretarla en mis brazos con un amor infantil y loco, veinte veces su sonrisa reprobadora y astuta, que parecía que adivina todo lo que sucedía en mí, se reía de mis intentos.

Al final llegamos a la casa. Veloz y graciosa, ella saltó locamente la valla y desapareció riendo entre los árboles nevados del jardín, yo la seguí — y entramos por la puerta trasera de la casa, que daba al jardín, en el zaguán lóbrego, en el que lucía en un rincón el agujero de la llave de la puerta de la habitación iluminada. Entramos dentro. La luz que tiraba la chimenea con el postigo abierto era rojiza, el aire caliente, y un olor de café frito, embriagador, hacía que el aire y la luz de la casa pareciera que dormía. El único cambio de la casa era que el piano venía ahora a lo largo de la pared de al lado de la ventana, así que su teclado estaba precisamente junto a la ventana, en la que permanecían las vasijas con una rosa roja florida y con un pálido lirio, como una niña enamorada, y brillante como la plata. Ella se quitó su abrigo y se quedó en un vestido con talla, de la seda gris. Su cinturita delgada, que abarcabas con la mano, su sonrisa y su mirada astutas, luego un tipo de debilidad blanda, que habían adquirido todos sus movimientos que adormecían, hacía que mis ojos se encendieran de un deseo inconmensurable e incomprensible. Coloqué una butaca frente a la chimenea que ardía y esparcía un calor que entorpece y la forcé mucho más para que se tire en él. Luz roja que rebosaba el fuego de la estufa sobre su cara y su frente pálida, su sonrisa triste y risueña que parecía que otorga el todo, sus genes (pestañas) ya medio cerrados... y yo, que me había arrodillado frente a ella, cogiéndole ambas manos con mis manos y mirándola con sed y con amor inconmensurables ante ella.

Abarqué con ambos brazos su cuello, yo mismo me levantaba despacio, despacio, como para raptarle un beso largo y hechizado. Pero ella pareció que se despertó de su ensueño blando y somnoliento... Abrió por la mitad sus ojos, me rehusó con ternura y, golpeándome sobre la frente, sonriendo, dijo:

— ¡Qué niño eres! ¡Vete!

Luego, deshaciéndose con una fuerza del poder gracioso de mis manos que cogían las suyas, ella se fue a sentarse en la butaca de al lado del piano y abrió el toldo. Me arrojé también a la butaca aquella y, poniéndome de rodillas, rodeé borracho su cintura con ambas manos y apreté la cabeza mareada de amor en su regazo. De ese modo, en esta actitud, ella extendió sus brazos sobre las teclas y empezó a tocar las teclas con una viveza melancólica; era un vals turbado, enamorado y triste, de uno de los maestros alemanes, que me mareaba, me aturdí todavía y más. No oía notas ni armonía sino sólo un eco melancólico y voluptuoso, que se perdía despacio, despacio.

Levanté mi cabeza, miraba con tanto amor a su cara enrojecida de calor y la apreté entre mi brazos, mis sentidos estaban emborrachados no podía responder de ellos de irritados que estaban, mi mirada era un fuego, mi abrazo una turbación.

— Poesis, dije con la voz ahogada, ¡te amo!

— ¡Tst! ¡Mi padre! gritó ella en voz baja, levantándose y apoyando la mano derecha del margen de la ventana.

Me levanté de rodillas ante esta noticia inesperada. Ella rompió la flor de lirio de la vasija de la ventana y apretó con los ojos más cerrados un beso ardiente a la flor — de modo que pareció que el blanco plateado del lirio se enrojeció, luego con una expresión aclarada de amor me la tendió con el brazo izquierdo a mí. Depositó también yo mi beso en aquel lirio que no podía ser más blanco y más limpio que la cara de mi virgen — ¡un beso de fuego, un beso eterno! Me precipité hacia la puerta... pero me volví en el umbral y la miré raptado como su alta y delgada estatura quedaba como apoyada con una mano en el piano, mirando detrás de mí. Otra mirada y salí, porque oí los pasos del anciano crujiendo en la entrada de la casa, sobre las sendas heladas del corral. Salí por la trasera y, pasando por jardín, saltando la valla, pasé como llevado por el viento sobre la llanura, feliz y encendido... y entrando en mi celda humilde, me sentía feliz como un rey sobre de aquellos camaradas roncando. A la luz humeante de la lámpara escribí versos, que los encontré atrás extraviados entre mis papeles y que te los cito exactamente:

Cuando mi alma por la noche velaba en éxtasis

Veía como en sueños a mi ángel de la guarda,

Calentado en una ropa de nubes y de rayos,

Moviendo sus alas sobre mi cabeza encendida,

Pero cuando te vi en una pálida ropa,

Niña abarcada de añoranza y de misterio,

Huyó aquel ángel por tus ojos vencido.

Como la mar que duerme profunda y tranquila

Refleja en su seno de amor también luz

Al sol, que pasa por su senda divina,

Derramando día de oro en mi húmedo pecho,

De ese modo tú, niña, tú, sueño de amor,

De tus negras estrellas, una dulce sonrisa,

De mi alma la noche cambia a serena.

¿Quién era feliz como yo? Perdido en ensueños sin fin, parecía que cada flor y cada estrella era sor' conmigo, sor' dulce, hermanas de mi amada. A menudo, en mi locura, olvidé a Dios, soñaba que yo era el mundo con miles de estrellas y con miles de flores, y me parecía que me gustaban mis azules mares y mis estrellados cielos, mis montañas negras y mis valles verdes, mis noches lunadas y mis días de fuego, me parecía que le gustaban todas y las consagraba con el incienso su vida a una pálida sombra de plata, que me parecía el centro del mundo, sombra que enarbolaba los rayos del sol como sobre una escalera de oro — ¡la sombra de Poesis! ¡A menudo me parecía como que la Eternidad no me sería bastante para adorarla y que, vestido en la ropa de la muerte, yo, en lucha con el anciano del tiempo, le rompía las alas y las arrojaba al olvido! Otras veces las lenguas me parecían necias, las palabras sin significado... cualquier palabra que la pudiera referir a ella me parecía una idiotez, y una idiotez pensar en ellas... mi mente había cesado de interpretar el significado de las palabras... asombrado y loco, veía en las imaginaciones cada concepto sólo los pálidas contornos de su divina sombra.

Pero este amor tímido como el de los columbarios de plata sucedió en el año del dolor 48. ¿Por qué tuvo que suceder entonces? ¿Por qué? ¿Acaso no podía el año este pasar sin amor? Había comenzado a hervir en toda Transilvania, y la primavera virgen trajo flores hermosas y días de oro, pero para el adivino profundo que hubiera recorrido las llanuras floridas de Transilvania ellas le habrían parecido profundos y oscurecidos ojos de muerto. El áspero arcángel de la venganza parecía que penetra por su aire mareado y enfermo. Los húngaros pensaron una vez más, pero hoy por última vez, como que por la unión y horcas borrarán a los rumanos de la faz de la tierra, creían como que podrían los húngaros a la piedra fría y el manantial virginal, que podrían los húngaros al bosque anciano y majestuoso, que podrían poner la idea de la unión húngaras en los cerebros ancianos y espantados de las montañas, cerebros que comenzaban, que habían comenzado a enfervorizar por una idea gigantesca y sublime: la Libertad. Ellos creían, y lo creyeron por última vez, que los ancianos y tensos guardianes de la fortaleza Transilvania — las montañas con cabezas de piedra — dormirían y ahora su sueño eterno, no se despertarían ante los alaridos falsas de los descerebrados que inventaban imperios y 16 millones de húngaros, que por suerte para el mundo solo existen en las ciegas fantasmagorías de unos locos. Sin embargo, los guardianes reyes se despertaron. El estremecimiento de los bosques que deshlaban de su secular entumecimiento el estremecimiento de las alas de hierro del águila rumana asustó a los enemigos — hoy les asusta el sueño de este águila, porque no saben cuanta potencia elevará este sueño su poder. Una, los enemigos nuestros temieron siempre de nosotros, prueba de que siglo a siglo han conspirado ante y a escondidas contra nuestra existencia, y todas estas conspiraciones no sirvieron nada más que para endurecernos, para paralizarnos en nuestra existencia. Si nos pusieran junto a ella, si nos abriese ambos portales de oro el de los

privilegios y el de los derechos que tienen sólo ellos, quién sabe si, débiles y malcriados, no se hubieran convertido en húngaros. Compatriotas, os agradecemos vuestro odio secular y ardemos de impaciencia tras la ocasión en la que os lo agradezcamos de modo que lo recordéis para la eternidad. Porque para la patria que vosotros llamáis magiar, porque tiene alguien la insolencia de un húngaro para llamarla de ese modo — que para nosotros porque tiene alguien la ignorancia de un Rössler, que nos hace inmigrantes, de modo que los inmigrados sean 10 millones, y los originarios de la emigración sólo 800.000. En fin, insolencia húngara o ignorancia pedante alemana; una de las dos es necesaria para las ficciones grandes del imperio húngaro y de la nimiedad de los rumanos. ¿Y qué trajeron a Transilvania con sus deformadas ideas? ¡La muerte ciega que es la hoz para millares y el odio tremebundo de los otros pueblos contra todo lo que es magiar! Y todas estas las propagaban los desertores inútiles en nombre del pueblo magiar que, bueno y blando como son todos los pueblos, hasta los márgenes donde no han marearon, parecía predestinado a vivir en paz y en hermandad con los rumanos. Pero ellos explicaron mal y falsamente las hojas del libro Destino y mancharon sus filas con sangre. La serena dicción de Dios: ...vivid en paz, porque sois las únicas naciones heterogéneas en el océano de pueblos eslavos, esta dicción los húngaros tuvieron que volverla y traducirla en su propia piel.

¡Ellos lo quisieron, no nosotros!

En todo el país el movimiento rumano — anti—unionista hervía en ebullición grande. A la asamblea del domingo Toma, preparador, había ido; había ido también a la asamblea grande del Campo de la Libertad, donde el estandarte de la resurrección desgarraba el aire con su tricolor. ¡Virtus romana rediviva!

Tomé parte con Ioan en todas aquellas manifestaciones de vida de la nación — eternamente únicas a su manera — y después regresamos al lugar turbio de nuestros estudios. ¡Pero ya quién podía estudiar algo! Nuestras cabezas nuestras se habían encendido, la cara pálida de Ioan se enrojó de un rojo de tisis y enfermo, porque en su corazón hervía el amor grande a la nación.

Fui a ver a Poesis. La noche era brillante y blanca, el aire parecía nevado por los rayos plateados y enamorados de la luna, que se perdía por el verde lóbrego de los árboles y matorrales echados a perder de su jardín. Me senté en un banco y pensé; ¡Dios sabe por qué estaba triste! Con las manos unidas y dejadas perezosas sobre las rodillas, con la frente agachada y con el pelo malgastado encima de ella, de ese modo estaba en su jardín y pensaba cosas de las que no me podía dar cuenta, mientras la luna, resbalando lentamente entre las nubes de plata del cielo azul, pensaba y soñaba lo que ningún hombre sabe. Un frufrú fácil por las sendas nevadas me despertó de mi ensoñación. Era ella. Un descuido que parecía una tiniebla de plata bañada en su blancura fantástica y diáfana figura alta, esbelta, delgada como una elfa de grande. Se acercó a mí; en el momento en el que la vi, ella se sentó apática sobre mis rodillas y besó mis ojos, que se cerraron por una ensoñación profunda, porque podía

creer que era ella, la fantástica hada de mis sueños prolongados. Le cogí su cabeza rubia entre mis manos y la miré. ¡Qué triste era aquella cabeza, qué pálida la cara aquella, qué hundidos aquellos ojos azules!

— Poesis, dije, ¿eres desgraciada? ¡Qué pálida estás, niña mía! ¡Tú sufres! ¡Tú lloras!

— Oh, si llorase sólo yo... Pero no hablemos de eso. ¡Toma! puede que hoy nos veamos por última vez.

— ¿La última vez? ¡Desvarías, Poesis! ¿La última vez?

— Oh, niño mío, si supieras qué desgraciada soy, dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas, apartando con sus manitas blancas el pelo negro de mi frente y ardiendo con sus labios contraídos por el llanto mi frente oscurecida. Qué desgraciada soy, sin que pueda decírtelo. Si te puedo rogar algo por el nombre tu madre, en el nombre de aquel ángel limpio, ¡olvidame! Olvidame, al menos hasta que muera... Después de que muera...

— Poesis, por Dios, ¿por qué dices esto? Dime ¿qué tienes?

— ¿Qué tengo? No puedo decirte qué tengo. Pero olvidemos esto... olvidemos. Qué hermoso eres tú en esta tarde. ¡Tu pelo parece ser de ébano y tus ojos diamantes negros! Qué hermoso es mi amado... ¿mi amado? No el mío...

— ¿No el tuyo, Poesis?... ¿Tú no eres mía, ángel mío rubio? Vamos, puede que lloraste donde falté tanto tiempo, por eso acaso ¿ya no soy tuyo? Poesis, esta patria será mía, como también la de nuestros enemigos; entonces ¡tú serás mi mujer, mi hermosa mujer, el hada de mi jardín, la matrona de mi horno paternal, la madre de mis niños! Oh, qué hermosa eres tú... cuánto te amaremos nosotros... ¡yo y mi padre anciano, el cantero! ¡Tú sacudirás el polvo de mis libros, del operario con el espíritu, tú limpiarás con tu mano blanda y blanca los rizos de mi frente, tú con un beso me tranquilizarás! Y yo te amaré, te amaré como amo la patria, ¡como amo a Dios! ¡Poesis!...

Entre los estratos de flores enjambraban las mariposas de la noche... árboles floridos agachaban sus ramas pesadas por flores blancas y rosa sobre nuestras frentes —el perfume embriagador de la primavera llenó con su soplo fresco y virgen nuestros pechos, boca a boca sorbíamos el soplo, ella, con los párpados medio cerrados, no se resistía en absoluto a mis caricias melancólicas... ¡sólo la luna velaba como un dulce sol de plata a lo largo de nuestro amor!

Al día siguiente, levantándome feliz de mi cama robusta de pajas y colgándome el gabán sobre los hombros, empecé a recorrer las calles de la ciudad: una flor tricolor-rumana en el ojal, sombrero largo, por alguna parte, mi cara pálida, que mostraba la fatiga, sonreía,

y arrastraba mi bastón sobre la grava nimia de las calles silbando entre dientes una aria, ya no sé cuál.

De repente oí detrás de mí los sonidos monótonos de una música mortuoria. Volví la cabeza, permanecí en el lugar y, quitándome el sombrero, mi cara se fue entristeciendo poco a poco. Tras el muerto venía una comitiva, y en ella, con un vestido largo de seda negra, una cara pálida enmarcada de pelo de oro, la cara me era conocida, ¿podía no reconocerla?... Era ella... ¡Poesis!... Con todo esto no podía ser ella. La palidez mortal como aquella de la pared, el pelo rubio, la cara era la suya... ¿pero ella en aquella pompa?... Ella, ¿así de pobre?...

Pero ¿en la segunda comitiva? ¿Quién iba? Dos dandi de los más corruptos de la ciudad, que se reían en convoy mortuorio, vestidos con pantalones de equitación estrechos, con el chaleco morado, con cordones atados rojos, con chaquetas amarillas, con los sombreros extensos y con sendas cadenas de reloj. Las secas caras de mono reían la risa amarga de los desenfrenados escépticos, en un convoy en el que sólo la risa no era apta para excitar.

Extraviado, en la impotencia de darme cuenta de lo que pensaba y sentía, seguí al convoy hasta la iglesia. La multitud se amontonaba en la puerta y entré. Yo penetré golpeando con los codos sin compasión a todos los que se ponían por el camino; en mis ojos extraviados, en la circunstancia que no me había quitado el sombrero al entrar en la iglesia, con mis puños apretados, haciendo una mueca de maldad con mis dientes en una risa salvaje había sido algo extraño lo que dirigía la mirada de la gente hacia mí.

— ¡Un loco! Susurró uno tan fuerte que le oí, en la noche de mi turbación, aquella voz no me parecía real, ni me parecía que estuviera entre hombres... me parecía al contrario que estaba solo, abarcado por los espasmos de unas visiones terribles, porque sólo veía el féretro que me parecía flotando en el aire, solo la veía a ella fundida llorando, acariciando tras el féretro del brazo de un hombre. Los ojos de fuego de las velas de cera bailaban por el aire en la noche de la iglesia como las estrellas sucias y rojas... ¡el muerto del féretro descubierto parecía que se volvía a mí y los muros negros y fríos de la iglesia cortaban la cara fea y agrietada por las paredes, con los ojos negros y con las cabezas torcidas de turbación!

— ¿Quién es aquel hombre? ¡Voceé con todas mis fuerzas, con todas que parecía que un demonio con los dedos de madera me apretaba el cuello!... Me precipité sobre él... pero un sepulturero me golpeó con el puño a la frente, de modo se me encendieron en los ojos chispas verdes y caí mareado de espaldas.

No sé cuánto yací de ese modo, cuando me desperté estaba todavía acostado en un banco de piedra del rincón de la iglesia y mi cabeza estaba velada por Ioan!

— ¿Quién es aquel hombre? Fueron las primeras palabras que pude pronunciar.

— ¡Quién!... Qué asunto grande... el que la mantiene... un conde, ¡qué sé yo!... Al diablo... ¿no es mujer?... ¿podía ser de otro modo de como son todas? ¡Vayámonos de aquí!

Él me cogió en brazos y me puso de pie. Cogiéndonos del brazo, salimos a la puerta de la iglesia, en la que estaba el anciano sacristán y unos dos mendigos harapientos. Marchamos calles y Ioan me llevó a su casa. Su habitación era pequeña y oscura, y su tiniebla estaba levantada aún por una pared angosta, cubierta con sayo negro en medio de la cual había una cruz blanca. Sin embargo, en general su habitación respiraba elegancia fina y artística, que contrastaba mucho con sus ropas mucho más untadas y rotas. Libros dorados y atados estaban en filas sobre una mesa cubierta con rojo, en la que se hallaban esparcidos lápices, pinceles, paletas y colores en cajas grandes o untados sobre calaveras de conchas marinas. Me puse en una silla, echando un vistazo sólo indiferente a todos estos objetos que en otra clase de disposición me hubieran parecido puede que extraños. A un lado de los sayos negros colgaba una borla blanca de un cordel también blanco...

Ioan acercó una silla a la mía y se sentó de modo que el pecho estaba justo en mi hombro derecho, luego, rodeándome con un brazo a mi cuello, y con el otro el pecho, él agachó su frente sobre mi hombro derecho y me susurró al oído:

— Hoy rompo cualquier vínculo con la vida, hoy rompo el vínculo de amistad contigo, el vínculo de amor con la sombra, con el recuerdo de Sofía. Toma, de hoy en adelante yo ya no soy mío. Yo me voy y te dejo a ti aquí... pero antes de irme te mostraré en qué consiste la locura de mi vida, porque tú no supiste que yo soy pintor.

Él se levantó y, tirando el cordel blanco del sayo negro que estaba justo en frente, vi sobre la pared un cuadro que me parecía vivo. A mis ojos turbios le parecía vivo en la verdad. Era Sofía. Su pelo grisáceo, recogido en una corona como una ciudadela sobre la frente, sus ojos profundos, negros, brillantes, su cara musculosa y pálida, labios delgados y morados... era Sofía... en toda su belleza original... rubia, que sólo el Sur conoce... Ioan juntó las manos y miró extasiado a aquel retrato grande como vivo... Sus ojos ardían, sus labios temblaban, yo estaba asustado, asombrado y miraba incrédulo de la realidad a esta escena en la que el retrato parecía vivo, real, y Ioan sólo una sombra muerta en la que vivían tan sólo los ojos ardientes.

— ¡Pobre cuadro vivo, pobre obra de mis imaginaciones! ¡Qué difícil fue crearte del caos de los dolores y de las desesperaciones, qué terrible es que te rompa ahora de pena fría de mi despertamiento! Pero te rompo... porque tú eres la única cosa que me ata a la vida y al pasado.

Él sacó un puñal afilado y pequeño de su pecho e hizo pedazos con una cruz atravesada todo el retrato, de modo que la tela se enrolló en cuatro partes del cuadro de madera áurea del retrato y bajo él quedó desnuda la pared blanca. Su ojo estaba seco, sonrisa amarga, porque la lucha había sido cruenta.

— Toma, dijo él, yo me voy, aunque no te obligo a seguirme. Quédate tú aquí, en la casa mía, aquí vivirás cómodo y sin ser molestado por nadie, como viví yo, dado completamente a mi locura, a la pintura. El carruaje me espera hace mucho... ¡adiós! Amigo mío, ¡piensa que no la has tenido nunca y te consolará! ¡Adiós!

Una vez que estrechó mi mano voló por la escalera abajo. Cerró la puerta tras él, me eché en la cama y apreté mi cabeza sumergida en la almohada, boca abajo, abandonándome completamente al dolor más crudo. Cuánto estuve de ese modo, en la mayor insensibilidad, no lo sé... cuando me desperté sin embargo era noche profunda y el reloj resonó una hora después de la medianoche. Encendí la vela y, saltando sobre el retrato hecho pedazos de Sofía, empecé a combinar la tela... pero todo era en vano. Junto a la chimenea había muchas maderas dispersadas. Las eché a la estufa y encendí un fuego tremebundo, coloqué un pequeño diván rojo frente al fuego, con la idea decisiva de tapar la estufa antes de que se apacigué el fuego, para suicidarme con el humo. Apagué la vela y me puse ante las llamas que lisonjeaban el cuello de la chimenea con rojas lenguas de dragón. Mirando a las llamas, con los pies extendidos y con la cabeza sobre el pecho, mi vida entera me parecía un fantástico sueño de loco, sin significado y sin meta, en las lenguas de llamas veía como ardiendo todos mis pensamientos, mis días, mis sueños de felicidad. Cuando el fuego ya no era más que un montón grande de carbones cubierto con llamas moradas, entonces tapé la estufa y, sentándome ante las ascuas, cerré mis ojos para adormecer de muerte. El viento aullaba afuera tremebundo y la lluvia caía nimia y fría sobre los cristales de la ventana... Parecía que el viento con las nubes, el trueno y la lluvia hacían sus bodas salvajes en las regiones negras del nublado cielo de noche. Entre el pitido monótono, aunque fuerte, del viento adormecí y sentí, parecía, como mi cerebro se paralizaba por el carbón. ¡Había muerto! Me desperté de repente en un bosque verde como la esmeralda, en el que las peñas eran de mirra y los manantiales de aguas vírgenes y santas. Entre los árboles cantaban ruisseñores con voces de ángel, por las sendas extraviaban sombras diáfanas y felices y se perdían por la verdura oscurecida de las florestas santas. En la lejanía vi una floresta de oro que, con el estremecimiento de sus hojas, cantaba una melodía blanda y tranquila como aquella de las ondas adormecidas. Entre todas las sombras santas y blancas sólo yo tenía cuerpo... Perdido, perdido por el bosque, hasta que di con un río con las ondas de plata, en medio del río una isla rodeada de aguas, con bosques y jardines de los que en cuyo centro se levanta a los cielos una iglesia alta con cúpulas redondas, toda de oro grabado que brillaba de modo que el sol del cielo limpio se espejaba en la cúpula grande de la iglesia. En la orilla había un bote de oro... Yo me subí y, rompiendo con las palas las ondas de plata del río, llegué a la ribera de la isla. Aquí todo callaba, no cantaban pájaros, nada, sólo de la iglesia se oía una canción tenue, triste, fúnebre, como el llanto sudoroso al lado de la cama del moribundo. Entré, por las puertas de oro de la iglesia, dentro. El suelo, mármol blanco como la leche, arriba, las arcadas altas de oro, los pilares de oro... el retablo con iconos altos y pálidos de santos y ángeles de una belleza sobrenatural, qué parecían sopladas con telas de plata, en el altar — una mesa de mármol con los santos Misterios... En la iglesia no había nadie abajo, sino sólo

arriba en el corro cantaban monjas canciones de muerto... Cuando de una puerta vi entrando con velas de cera blanca en la mano figuras pálidas con el velo largo, blanco, que cubría también la cabeza, tan pálidas que la cara se confundía con el blanco de las ropas, pero sólo los ojos apagados como de botella se movían tristes en sus órbitas. Ellos se movían despacio, despacio hasta el centro de la iglesia... Yo me escondí tras una columna de oro, con horror. Entre ellos vi una sombra... un anciano con el pelo blanco, con la cara extraviada y tirada, su vela ardía y él miraba al ojo de la vela con los labios apretados y con los ojos fijos... A mí me parecía que le conocía. Apoyada de una columna, justo frente a mí, estaba una chica pálida con la cara como el mármol cárdeno... ella me sonrió triste y me saludó con la mano... Era Poesis... ¡Poesis! grité yo... y abrí los ojos. El fuego todavía no estaba apaciguado... la ventana en cambio abierta, y un viento soplaba tremebundo por ella. Pensé que la había abierto el viento y fui a volverla a cerrar. Cuando me volví... vi (...). [NT. falta una línea]

El cuerpo... habría sanado pronto, pero lo que estaba enfermo en mí, loco de enfermo, era mi corazón. Todo lo que me recordaba a ella... de la traidora, lo arrojé al fuego, que lo consumía como se consume mi corazón y mi vida. Pálido como una sombra, yo acariciaba a lo largo de las murallas de la ciudad más muerto que vivo. Las quijadas se me habían hundido profundamente, el blanco de los ojos se amarilleó y el negro era turbio y apagado, el pelo caía en desorden sobre el fular manchado y sucio de mi abrigo — de ese modo andaba entre una gente extraña, de la que no formaba parte, y cuando me extraviaba en algún jardín público, donde caras rojas y risueñas reían alrededor, perdiéndose entre los árboles, yo creía que eran malvados espíritus efímeros, que se reían de mi dolor. O me parecía como que al rededor reían muertos cuyas caras amarillas estaban enjalbegadas con rojo, lo que las hacía todavía más espantosas, y más muertas, por el contraste entre la verdad de la muerte y por la simulación maquillada de la vida. Otra vez me acordé de que me miraba horas enteras en el espejo y me volvía a mí solo y, cuando me despertaba de semejante atonía, me estremecía la seguridad de que enloquecí y el temor a mí mismo. La cosa que temía más era la locura, me daba miedo enloquecer. A menudo me acordaba de que había mirado, sin saberlo, una hora entera al sol y que mis ojos míos, cegados por su luz caliente, ya no podían distinguir nada, sino un caos cárdeno-rojo parecía que se amodorraban y me giraban siempre, hasta que me despertaba caído sobre la hierba del campo. Estaba atontado, absurdo, idiota. De ese modo estaba a menudo enterrado en la hierba olorosa, azules y pequeñas mariposas de verano enjambraban por las flores, un sol caliente me quemaba justo en la coronilla, todo era hermoso como son hermosos los días de verano... yo solo sólo pensaba en nada. Días enteros recorría las llanuras hasta que daba con el río. Allá, de su puente de madera, miraba las olas amarillas como volaban dispersas, graznando, olas turbias como mi alma estéril, turbia e impenetrable como mi corazón muerto. El agua límpida como el cristal de los manantiales no me gustaba, cuando daba sin embargo con ellos, comenzaba una mezclarla con el bastón hasta que, turbulenta por la tierra negra, era un icono vivo de mis ideas.

Pero no podía permanecer de ese modo. Otro mes más de una vida de esa manera y sabía que moriría... Si hubiera muerto, que me importaba... quién sabe si en la profunda tierra no hubiera sido más feliz... pero tenía un padre anciano y morir yo significaba que le metería a él en el hoyo.

Un día hermoso de verano me hice un lazo, lo puse en la punta la cima de la vara y marché a pie sobre el camino gran emperador. Marchaba de ese modo entre campos con trigo... Los trigales olían y se cocían por el bochorno del sol... yo me había puesto el sombrero encima de la cabeza, de modo que la frente quedaba libre y desnuda, y silbaba lentamente una canción monótona y sólo brillaba y grandes gotas de sudor me corrían de la frente a lo largo de la mejilla.

Día de verano hasta la tarde marché sin parar en absoluto. El sol estaba en el poniente, el aire comenzaba a refrescar, los trigales parecían que adormecían por su estremecimiento largo, a lo largo del camino del pueblo los hombres se volvían de trabajar del campo, con las guadañas en el espinazo, las chicas con las vasijas y baldes en ambas manos, los bueyes tiraban despacio en el jugo y el carro chirriaba, y el rumano que iba junto a ellos les golpeaba con la fusta y gritaba su eterno ¡vamos, arre!... Escondido en las riberas dormía el Murăș⁶²¹, sobre él crujía por los carros el puente de barcas, por el que pasé también yo... De lejos se veían mis montañas natales, gigantescos ancianos con las frentes de piedra rompiendo las nubes y alumbrando yertas, grises y delgadas sobre ellos.

Una a una se encendían las estrellas temblando en el inconmensurable azul del cielo, a veces más arriba, a veces más abajo — también la luna, su rubia reina, pálida como una novia, pasaba como una hoz de plata por las nubes blanquecinas delgadas. Más pesados centelleaban los carros con maderas que venían de la montaña; los rumanos estaban acostados sobre fuelles en la cima de sus carros o, yendo juntos, silbaban canciones antiguas y tristes que les recordaban el pasado. Todos los encantos de una noche de verano —la luna blanca y las estrellas doradas, el silbido melancólico y las llanuras que parecen adormecer, y justo en frente, los ancianos gigantes de piedra, las montañas, que ahora parecen coronados de estrellas que temblaban sobre sus frentes.

Marchaba sin parar por las sendas blancas que llevaban cruzadas por los sembrados, unos aún verdes, marchaba, hasta llegar al regazo fresco de las montañas. De allí me dirigí por una pedrosa senda de montaña. Sobre alguna cima de cerro veía ardiendo fuegos grandes, y hombres alrededor, de lo profundo de los bosques que rodeaban como un gabán negro—verde los hombros de las montañas resonaba algún la trompeta pastoril su dolor de cobre; además de otros fuegos veías parece que como juegan chicas y llamas, y entre los bosques perdidos silbaban los valientes mozos entre dientes y con hojas alguna canción popular profunda y llena de fuego. De ese modo seguía adelante junto a las murallas de piedra de la

⁶²¹ Variante del río Mureș

montaña, por una senda angosta que llevaba siempre arriba, desmoronada a trechos, a trechos atrincherada de pedruscos rodados desde la cima de las montañas y agarrotados en el cauce de la senda. Pasaba la noche encima de desplomes y barricadas y marchaba siempre, hasta que la luna se había puesto, los fuegos se apagaban, las canciones paraban, y el levante se enrojecía débil porque se hacía de día. El aire fresco de la mañana me penetraba el pecho, sentía cómo se entumecía el cuello por el frío... hasta que vi mi aldea, con sus casitas pequeñas, cubiertas con pajas y dispersadas por las cabezas de piedra de la montaña, te parecía una aldea de nidos de águila. Pasé por su centro, además de la pequeña iglesia de madera, y precisamente al final de la aldea me paré al lado del chamizo hundido y pobre de mi padre. Por el ojo de botella se veía luz. Tiré del pestillo de madera de la puerta seca y entré adentro. En la chimenea todavía ardían algunos tizones delgados de mimbre, mi padre dormía sobre una cama de tablas altas como la chimenea. Tras el horno estaba todavía la cama de madre cubierta con un bancal, sobre ella había un icono viejo y ahumado de la Madre del Señor, ante el que ardía una lamparilla pequeña con aceite. Me tumbé sobre la cama de madre sin despertar a padre y me dormí en seguida, porque estaba muy cansado. Desde la madrugada, hasta que no se hace el día, el gallo cantó sobre el chamizo y oí como en sueño a padre levantándose, tomando en manos el agua de una tina y lavándose la cara, santiguándose y murmurando en voz baja una oración, luego cogiendo sus martillos de pedrero de debajo del poyo se marchó, sin ni siquiera mirar a su alrededor y sin verme de detrás del horno donde dormía.

Al día siguiente sobre el medio día me levanté también yo de mi sueño profundo y sin ensueños. No sé quién polvorea por la casa y en la chimenea. Era una prima mía, que metía chamarasca en el fuego y hervía comida.

— ¿Tú eres, Finita? dije yo levantándome, cogiendo su cabeza entre las manos y besándola.

— ¡Yo, Señor! dijo ella sonriendo con los dedos en la boca y midiéndome con los ojos de arriba abajo. Qué grande te has hecho... ¡Mira! y barba y bigotes... Y eres muy amarillo, primo, ¿parece que has sido amado?

— No sabes tú, dije yo, mirando a sus ojos inocentes y relucientes; no puedes saber tú lo que sufrí.

Pero qué linda era mi prima. La cara blanca y las mejillas rojas, el pelo castaño y tupido, hecho en dos colas reunidas a la espalda, nítido y con rayas en medio de la cabeza, ojos grandes, marrones, que miraban asombrados a mí, las cejas arcadas y encajadas, la nariz fina como la de unas damas grandes, el mentón redondo y lleno, y, cuando se reía, dos hoyuelos coquetos. La camisa blanca, con hombrillos y mangas extensas, saya campesina limpia y nueva, y los pies descalzos. Cuanto más la miraba, me parecía más hermosa y la besé una vez más.

— ¡Oh! dijo ella, riendo risueña, ¡bésame en el parque—seré tuya... bésame sea bueno, por favor, termine la faena, señorito!

— ¡Vamos, vamos! dije yo, no lo tomes a mal... Y después no podré mirarte a los ojos... por muy hermosos que sean...

— ¡Oh! ¡Muy bien! Viene el primo a nuestra casa, y la primera cosa que me dice es ¡que mis ojos son feos! ¡Muy bien!

— Pues no...

— Suficiente, deja que sé... El señor ha estado en la fortaleza... Las novias del señor tienen ojos más hermosos que los míos, se entiende, dijo ella, poniendo alegre sus manos en las caderas, la hija de Eva habladora con los dientes de perlas.

— Si supieras, Finiña, dije medio riendo, de mi amor...

— Amor, dijo ella rápidamente, ¿qué amor?... Y levantó con curiosidad de las cejas. ¿Qué amor?... dime a mí... ¡vive Dios! ¡Te ruego, primo! añadió ella, frunciéndose la boca y agachando los ojos con tanta gracia que sólo sobre bajo los párpados me miraba.

— Siéntate aquí en la cama, dije yo, cogiéndola en brazos y poniéndola para que se siente como a un niño descarado... yo me senté junto a ella, le rodeé el cuello con mi brazo y empecé a contarle mi amor y mis desgracias.

Ella escuchaba con una clase de seriedad y con una atención infantil — y cuando me miraba justo a mis ojos, los suyos se llenaron de lágrimas.

— Pobre primo, dijo ella, besándome con tanta dulzura y juventud.

Las ollas hervían sobre el horno.

— Oh, dijo ella, como acordándose, ¡tengo que llevarle comida a tu padre! Tranquilo que nos volveremos a ver por la tarde, mañana de madrugada... dijo ella y después de preparar lo que preparó, cogió dos vasijas de las que estaban llenas, sonrió con los ojos y con la boca, y salió por la puerta y por la aldea adelante.

No mucho después de eso vino mi padre, que había oído de la chica que había llegado a casa. Él me apretó entre sus brazos. Su cabeza era más blanca, los rizos de la frente y los surcos de la cara más hondos, he aquí todo el cambio que noté en él — bastante porque los ojos se me llenaron de lágrimas.

Estuve mucho en casa, en una atonía monótona y muerta. Entre las vigas de la casa encontré un libro con las tapas de piel roídas por las polillas, con los márgenes rojos — en él había unos cuentos manuscritos con letras antiguas, y las letras principiantes paleografiadas

con rojo... por supuesto alguna reminiscencia del sacerdote anciano, que había muerto hace muchos años. Con el libro aquel en la mano, estuve días enteros tumbado en el soportal de la casa a la sombra y descifraba mecánicamente el eslavo antiguo o miraba fijamente a las vigas ahumadas del voladizo, hasta que sentía mi cabeza levantada y puesta en los regazos. Volví los ojos a mi espalda... era Finița, que había colocado mi cabeza sobre sus regazos y empezaba a contarme o adivinanzas, o cuentos, o a cantarme a media voz alguna canción popular o alguna melodía con letras y todo. De ese modo estaba tumbado tardes enteras con la cabeza en sus regazos, hasta que el ganado se volvía rugiendo pesadamente de las montañas, y los cencerros de los cuellos de las vacas con la ubre pesada de leche llamaba lentamente y melancólico por la atmósfera dulce de la tardes.

La revolución ardía en la llanura de Transilvania, pero a mí qué me importaba todo. Para la realidad yo estaba muerto... Indiferencia perezosa, pereza de pensar, pereza de sentir, el embrutecimiento más profundo y más idiota, he aquí lo que hizo de mí el amor a una mujer. Su nombre mismo, Poesis, no podía excitar ningún sentimiento en mí. Era algo que había muerto hace mucho para mí que había olvidado hace mucho — cosa de la que me resulta difícil acordarme bien; porque no pensaba asesinar el corazón y matar la inteligencia... y con todo esto precisamente aquella era la que ni se me pasaba por la mente.

Llegó el otoño y se amarillaron los bosques de los hombros de las ancianas montañas, sobre sus cimas las tinieblas devenían más espesas — en fin, un día nos encontramos con los primeros copos de nieve ahogando con su vello de plata el aire brumoso y frío de las montañas. En la aldea se anunciaba como que se habían levantado los rumanos en contra de los húngaros y El emperador de los Bosques ancianos y de las montañas grises y áridas reunió a las águilas de sus madrigueras rocosas alrededor de las banderas rumanas. En los cerebros petrificados de las montañas y en su aire frío, ondeaba la tricolor, vivía la libertad de Transilvania.

Una noche vi un espectáculo grandioso. En las cumbres de las montañas, sobre sus frentes de piedra, a cual más alta, se encendían, uno a uno, fuegos grandes, parecía que las montañas mismas se habían encendido. Alrededor de los fuegos veías sentados grupos enteros de hombres, las lanzas colocadas sobre los hombros brillaban en el aire... lanzas de guadañas que iban a convertirse en el terror de los enemigos. De las crestas de las montañas los rumanos soltaban ruedas envueltas en pajas y encendidas, que arrojaban con una rapidez demoníaca se perdían gritando en los precipicios profundos, en el corazón de la tierra. Las trompas de los pastores sonaban desde las cimas de modo que te parecía que las almas de cobre de las montañas se habían despertado y llamaban a la muerte de la gente. Cumbre a cumbre ardían, tantos gigantes ojos rojos, cada uno sobre una frente del cerro. Los bosques ancianos crujían entumecidos por el invierno, las estrellas y la luna estaban más pálidas en el cielo, el cielo mismo parecía más gris. Era uno de aquellos espectáculos grandiosos, de aquellos cuadros gigantes que sólo Dios puede retratar en la tabla extensa del mundo ante los ojos asombrados y el corazón derrotado.

La revolución había penetrado en las montañas. Para nosotros, que estábamos más en las faldas de las montañas, venían los soldados húngaros, honveds⁶²², para reclutar hombres jóvenes, pero a estos los habían cogido hace mucho para Iancu. Los hombres más maduros esperaban como yo a hacerse su tribuno, pero yo, en el estado en el que me encontraba, estaba insensible e impasible para estas causas grandes. Aún así la aldea era a menudo visitada por los tribunos de Iancu, a menudo grupos enteros se alojaban por la noche en nuestra aldea, para marchar hacia el día de nuevo, sin que a los soldados húngaros se les hubiera pasado por la mente ser sorprendidos alguna vez. Sin embargo una noche oí disparos entre vecinos. Asustado, salté de las sábanas, salí afuera y me encaramé a la valla, cogiéndome de sus palos, de modo que dominaba con la mirada sobre a una parte de las casas vecinas. Vi una casa rodeada por soldados húngaros y a unos derribando con la culata del fusil la puerta de la casa, para forzar la entrada. Pero en el momento aquel vi relampagueando por las ventanas de la casa disparos y oí los lamentos aquellos que lo habían rodeado, la puerta se rompió con rapidez y de dentro salió un joven con la cabeza desnuda, con el sable entre los dientes y las manos armadas con pistolas tendidas, que disparó justo a las cabezas de los que estaba en la puerta. Tras él una cuadrilla de hombres armados con lanzas le pinchaban en la derecha y en la izquierda y, luchando por ellos, huía siempre hasta los abismos de unas peñas, por las que perdiéndose no veías con la luna más que el acero de los cañones extendidos y los disparos enviados a aquel que ahora fisgaba por casa.

Pero a aquel joven pálido, con la cabeza desnuda, me parecía que le conocía. Aunque le había visto sólo a la luz de los relámpagos de las pistolas, no obstante me parecía que no podía ser otro que Ioan. Me volví a casa y me acosté de nuevo; pero era incapaz de cerrar los ojos por los pensamientos. Si aquel hubiera sido Ioan... he aquí lo que se me pasaba siempre por la cabeza... porque si hubiera sido él, mi decisión estaba ya tomada... tenía que seguirlo.

De ese modo revolviéndome en mi cama, parecía que todos los demonios entraban en mi alma turbada, como de unos ensueños de verdad... de unos ensueños con las garras de hierro. En todas partes me revolvía, hacia la pared... pero la pared parecía pintada con figuras rojas como aquellas de los iconos de madera de las iglesias antiguas — me revolvía hacia el horno, pero los carbones que ardían morados sobre la chimenea parecían rojos ojos de demonios que se volvían terriblemente, y en el humo verde que se alzaba arriba me parecía ver ondeando el pelo destrenzado y gris de unas cóleras tremendas. Cerraba los ojos para ahuyentar todos estos sueños... Un sueño parecía que me había abarcado, pero sueño con dolor de cabeza y con latidos de corazón. A mi cerebro parecía que le estrujaba una garra de madera, mi pecho parecía aplastado como por una piedra, parecía que había alguien sobre mí que me apagaba la respiración, que me cogía con brazos largos y terribles y me tiraba a un abismo lóbrego donde caía siempre, siempre... De ese modo entre el cielo y el infierno vi la cumbre de piedra quebrantada por unas peñas que me parecía que tenían que caer. Con un grito terrible forcejeé como por el curso que había tomado mi cuerpo hacia abajo, pero en el

⁶²² Honveds era el nombre de soldados de infantería del Imperio Austro-húngaro

momento aquel llegué a la peña, un dolor tremebundo... me había roto el cuerpo con ella... Recobré la memoria. Había caído de verdad... pero de la cama al suelo. La llama centelleante ante la Virgen de los Dolores todavía ardía en la lamparilla pequeña, alumbrando su cara santa. Me hice una cruz y me puse en pie.

Era incapacidad de dormirme o de quedarme; sino había decidido seguir mis primeras impresiones, aquellas de ir al mundo, donde me llevarán los ojos. Metí chamarasca en el fuego, que empezaron a crujir alegres y que arrojaba chispas con parezca. Acerqué al fuego una sillita baja, cogí de un rincón del chamizo la guadaña de padre y sentado en la sillita empecé, a la luz del fuego de chamarasca, con un cuchillo del cinturón, a tallar con esmero la guadaña y a convertirla en lanza. Hice que la guadaña estuviera derecha en cima del mango y luego, tomando una afiladera de piedra, empecé a frotar el filo y más especialmente la punta de la guadaña, hasta que se afiló como una cuchilla, de modo que, soplando con un pelo sobre él, se hubiera cortado en dos. Por suerte mi padre dormía tan profundo que no oyó ni cómo afilaba la guadaña, ni cómo luego, cogiendo dos pistolas largas y herrumbrosas de debajo de la cama, las cargué con polvo de fusil de un cuerno de buey, me las puse en la cintura, puse la ropa típica popular vieja sobre los hombros, un gorro de oveja en la cabeza, la lanza sobre los hombros y salí afuera de la casa. Afuera hacía frío, pero una luna hermosa flotaba en la llanura azul del aire. En la casa vecina, donde sucedió la lucha, la puerta estaba abierta completamente, en el medio de la casa, en el suelo, ardía un fuego grande que lo habían encendido los soldados, cuando ellos mismos estaban tumbados sobre el heno, con los fusiles puestos cerca, con las cachimbas encendidas en la boca; en el fuego hervía una olla grande, y ellos, hablando de vez en cuando, escupían bien en el fuego directamente, bien al lado. Sus caras eran salvajes, embrutecidas. Sus caballos engañados estaban atados afuera, de los palos de la valla — y más allá de todos había un caballo gris, sin tener puesta las riendas en la boca, porque comía de un haz de heno que le habían puesto delante. Rodeé la casa por detrás, de modo que llegué al lado del caballo gris sin pasar por delante de la puerta abierta. Cogí el cuchillo de la cintura y corté rápidamente las correas atadas a la valla, puse la mano en la melena del caballo y en un instante estaba sobre él y le golpeé que le resonaron las costillas. Como turbado echado del haz, relinchó una vez, pero comenzó a correr, de modo que volábamos por la noche como llevado por un espíritu-terrorífico, sin mirar atrás. Un disparo oí detrás de mí, la bala me silbó sobre la oreja, pero dejando el caballo sin brida, golpeándole sólo en las costas, él corría, rompiendo con su cuerpo hirviente y humeando de sudor el aire frío de la noche. La sacudida tremebunda que me daba huyendo me hacía temblar todas las fibras al cuerpo. Lancea que la cogía sobre el hombro relampagueaba a la luz de la luna y desgarraba el aire de la noche, mientras el pedernal de montaña de debajo de las pezuñas de hierro del caballo volando salían chispas crujendo y despertando el eco el adormecido de las montañas. El caballo me llevaba siempre, de modo que atrás ni parecía que cabalgara, sino que flotaba entre cielo y tierra, llevado de un genio invisible, siempre delante, raptado por un endriago de los cuentos, de un dragón, con una quijada en cielo y otra en tierra. Cuánto habré volado de ese modo no lo sé, sólo de

repente sentí como que el caballo tropezaba una vez y luego comenzó a ir más despacio y más pesado, soplando pesadamente con las narices y boca llenas de espumas. Sin haberme dado cuenta, yo había salido de las montañas y me hallaba en la llanura.

Hasta aquí había ido como por un sueño. Cuanto había hecho hasta ahora, todo lo había hecho sin saberlo, dominado por un deseo que yo solo no lo podía definir, de un impulso lóbrego y sin sentido. Ahora me froté los ojos y empecé a mirar alrededor mío. Tras de mí los montes, ante mí, lejos, el Mureş, a un lado una villa que, encendida por muchas partes, comenzaba a arder. Estaba lejos aproximadamente a unas dos horas. El caballo estaba cansado y ya no podía ir más que al paso. Le dirigí hacia la villa. Sin embargo, pronto el soplo límpido del aire de la noche empezó a devenir más frío y más veloz. Aunque el cielo estaba sereno, agujas pequeñas de nieve empezaron a golpear la cara y la frente, le di un impulso nuevo al caballo, que empezó a trotar. Poco a poco el viento crecía y cogía alas, hasta que, más rápido que el trote de mi caballo, empezó a penetrarme su frío por todos los poros de mis viejas ropas. La ciudad se encendía cada vez mucho más, cuanto más me acercaba, parecía distinguir lamentos finos y alejados, el caballo corría más rápido, el viento empezó a zurrir y silbar, de modo que veías cómo con él crecían las alas de las llamas que subían al cielo. Poco a poco me acercaba, poco a poco veía como el viento se tiraba con cólera a los brazos de mar de fuego que crecía por todas partes, cogiendo de viento frío y bárbaro miles de miles de almas nueva y precipitadas. Los lamentos y los llantos se oían tremebundos, de modo que las piedras se habrían quebrantado de dolor oyéndolas, la ciudad ardiente por el fuego y viento se unió con el cielo, porque entre el cielo y tierra ya no había distinción. La llama volaba al sesgo según la dirección del viento... el aire ardía con humo completamente, el cielo se abrasaba, de modo que su azul bóveda amenazaba con encenderse y desmoronarse. Por nubes del humo rojas veías mezcladas, como ojo de oro, estrellas tímidas y trémulas. La tierra, el aire y el cielo estaban abarcados por el mismo fuego... Mi caballo, sin tardar ni espoleado, volaba tropezándose. Cerca de la ciudad me bajé de él... puse la lanza en la zanja de al lado del camino imperial, clavé en mi gorro una pluma roja y, subiéndome al caballo, entré en las calles encendidas a ambos lados de la ciudad. El bramido salvaje de los tambores enemigos, las casas desmoronándose consumidas por las llamas, por las ventanas reventadas salía la llama negra-roja con humo negro... de ese modo las hileras de las casas parecían puestas en orden de combate con las cabezas ardientes, con los ojos llenos de llama y humo. Los hombres corrían y gritaban, las calles negras se agitaban como el olisqueo de las hormigas, unos cargaban y llevaban cajas, con la cara asustada y los ojos desencajados de los soldados con la mirada perdida... las presas que huían, las mujeres que, medio desnudas, corrían por las calles destrenzadas y pálidas como los espectros. Sus hombres, que tirados bajo las ruedas de los carros o topados con cabezas de muros de casas ardiendo, que derribadas sobre el empedrado de la calle, gemían por todas partes, muertos o medio muertos... los niños gritaban con ojos llorosos y se imitaban sin articular el nombre de sus madres. Con las pistolas en la mano, con el gallo tirado, arreé al caballo a pasar por calles, sobre cadáveres de hombres, sobre los carros rotos, sobre cajas rotas de las que corrían ropas

y utensilios, sobre muebles rotos, sobre animales asesinados –pasé como salvaje por este tremebundo espectáculo, por este drama terrible y desgarrador iluminado por el fuego extenso del incendio. A una parte y a otra hileras de casas ardiendo, el adoquinado de piedras nimias y blancas cubierto de cadáveres y lleno de sangre negra, toda la gente invadida de lamentos... ¡abajo muerte y noche, arriba nubes y humo! He aquí todo este espectáculo espantoso.

Conocía aquí la casa de un sacerdote; tenía que ir a él. Cuánto me alegré cuando, saliendo del suburbio lóbrego y lleno de jardines de la ciudad, vi como que allá no ardía nada. Los jardines rodeados de una maraña espesa y frondosa, aunque sacudido por el otoño, se tendían al lado de la calle, cuando tras aquella maraña, escondidas entre árboles, se veían casas. Llegué ante la casa del sacerdote. La puerta estaba abierta y apoyada en ambas partes. Las ventanas estaban abiertas, y por ellas se oían los lamentos débiles de una mujer. Si hubiera entrado así como estaba en la casa me estaba exponiendo a un peligro obvio. Me acerqué así pues a la ventana y miré dentro. Pero qué vi, ¡Dios mío!

La casa llena con hombres a cual más bebido y más salvaje que estaban riendo y armando jaleo ante de un tonel de tamaño mediano destapado. En la pared de la derecha de la ventana por la que miraba había un postigo detrás del cual estaba el icono de madera de la Madre del Señor, delante del que ardía una lamparilla pequeña, mitad con aceite, mitad con agua. Sobre el postigo y encima, en los clavos, había colocada albahaca seca y flores amarillas, que del mismo modo se habían secado. Bajo el postigo estaba la mesa con los libros eclesiásticos del sacerdote, revestidos en piel, viejos, esparcidos, unos caídos al suelo. El postigo con el icono estaba en pared de esta habitación y otra, más pequeña, junta. El sacerdote estaba ahorcado de un clavo grande de hierro encima de la puerta... Sus ojos estaban vueltos tremebundos, de la boca, sobre la barba, corría la espuma cárdena de la muerte, sus manos estaban por delante atadas. Junto a una pared estaba apoyada su hija, pálida como la cal, con sus grandes ojos negros hundidos, rodeados con grandes ojeras morados, extraviados como los ojos de una loca. Los labios morados y apretados, el pelo negro como la noche, destrenzado, que ondeaba alrededor de su cuello blanco como el mármol muerto... la ropa larga y negra de seda le daba el aspecto de una cólera del dolor, de un dolor petrificado. Los ojos estaban secos y miraban en una desesperación demoníaca y loca sobre aquellos hombres rojos de borrachera, con los ojos brillantes y sucios, que, revolcándose en el suelo, la miraban con un ardor salvaje e inhumano.

— ¡Jo, jo!... rugió uno de ellos, con la frente pequeña, con la cara gorda y roja, con los ojos pequeños y verdes, con el pelo rojo como el fuego... ¡Oho! hermosa chica... qué buscas así... ¡qué! Porque ahorqué a tu padre... ¡maldito sacerdote! Ríete tú de él... Qué te importa a ti... tú con nosotros vivirás... serás mi entretenida, ¡pollito! ¡Je, je, je! dijo él riendo y apenas poniéndose en pie... ¿Cómo te parece yo, chica mía? Hermoso, ¿vamos?... a hermoso chico... gallardo me hizo mi madre... rojo allí... ¡je, je, je! Y gusta el chico hermoso y rojo a la chica blanca... ¿así es que te gusta?...

Con esto se acercó a la chica, cuyos labios se abrieron de susto y que temblaba como varga... Él quiso poner la mano en ella... pero ella cayó de rodillas... Desolada y hermosa, ella dirigió sus ojos grandes, que hubieran podido conmover a un corazón de cobre...

— Te ruego, dijo ella, ¡mátame! Mátame también a mí, como a mi padre, porque te lo agradeceré.

— ¡Je, je, je! ¡Idiotéz!... ¿Qué? que mueras, ¡oye! Oye, Istvan, ¡que muera ella! ¡No, no, no! Añadió él riendo tontamente, tú no tienes que morir.

— ¡No tiene que morir! Añadieron todos riendo al contrario, ella es nuestra esposa la de todos... No tiene que morir.

— A mí me tocó la suerte primero, dijo el caníbal, ¡dejadme con ella solo!...

Los otros se levantaron para salir de casa...

Con una decisión terrible, la pobre chica se arrojó con cólera, golpeándose con la coronilla de la cabeza a la pared, sin embargo, sólo agotada, ella recayó en los brazos del caníbal que, con un apretón sucio, con las ropas desabrochadas y la camisa desabrochada en el pecho, de modo que se le veía el pecho lleno del pelo rojo — él quiso apretar su boca sucia y con bigote rojo, escaso, sobre sus labios morados como el maíz... Sintió ella esto y con un último esfuerzo se separó de sus brazos... Yo estiré la pistola por la ventana en el momento en el que ella abrió los ojos... Iba a huir hacia la puerta y viendo el arma apuntando... ella se quedó derecha, una estatua de mármol de la desesperación sublime, con la soberbia de leona en la cara, con un resplandor salvaje y virginal en los ojos. Con la mano firme, disparé justo en su pecho... acerté bien porque, con una sonrisa que se convirtió en angelical como la de un mártir, ella cayó a lo largo en el suelo. En ese momento el húngaro soltó de su mano, al chasquido de mi arma, el candelero de lodo con una larga vela. De repente entraron también sus otros colegas, encendieron la vela y se acercaron, apenas poniéndose en pie, con los ojos desencajados y asombrados, del cadáver extendido justo sobre el suelo, con las manos cruzadas sobre el pecho, de la pobre niña muerta. Estaba en peligro si me hubiera quedado en la ventana aquella, rodeé la casa, entré por otra ventana en la habitación de al lado de aquella en la que había sucedido la catástrofe y que estaba separada sólo por una puerta (por suerte cerrada con llave) de lugar de aquella bárbara crueldad. En la habitación de al lado encontré fácilmente el postigo con el icono de la Madre del Señor. Por la parte de este lado había un cristal de ventana. Lo abrí y cogí rápido el icono apoyado de vidrio, cogí al mismo tiempo también la lamparilla y la apagué al instante. Según la costumbre de las casas de las aldeas, entre ambas casas había un postigo pequeño de cristal por el que podía observar también todas. Miedo no tenía, porque no nunca tuve mucho apego a la vida, y además estaba decidido a venderla algo cara en el caso de una lucha.

— ¡Je, je! dijo el repugnante rojo, moriste, que Dios te castigue, ¡chica de sacerdote!
Y la golpeó una vez con el pie.

En verdad ella estaba muerta... Su ropa negra se esparcía por el suelo... los ojos grandes se habían cerrado y, con todos los dolores, una sonrisa amarga, pero sublime, serenaba su cara muerta, sin sangre, blanca como la tela del sudario. Las manos, unidas justo sobre aquel corazón que había roto con una bala, no dejaban ver la herida, y sobre la ropa negra corría una hilada de gotas de sangre. Era hermosa de ese modo... aquella santa mártir, blanca y virgen, yaciendo tendida en el suelo junto con aquellas figuras satánicas y bestiales al mismo tiempo.

Uno de ellos movió al sacerdote al que se le tambaleaban los pies de una parte a otra, otro le acercó la vela a su barba blanca, que cogió fuego y empezó a arder hacia arriba... La piel cárdena de la cara del anciano empezó a reventar, las pestañas blancas y largas se habían encendido, la pielecita del ojo, ardiendo, se fue hacia arriba, de modo que los ojos aún brillantes se desencajaban salvajemente se volvía hacia aquellos hombres estúpidos. ¡En verdad era un espectáculo tremebundo y estremecedor! La barba quemada, cara negra de chamuscada, los ojos vueltos y hundidos, la boca abierta, llena de espuma que hervía al arder por el fuego... en fin, una cabeza del muerto lisiado que enderezaba sus ojos, que parecían hablar con toda la terribilidad de los hechos, hacia aquellos hombres que se reía y que en su simpleza no podían comprender la risa burlona y seca del muerto.

— ¡Je, je! dijo Ianoş, vosotros os reís del sacerdote, yo de la chica del sacerdote. ¿Qué, crees que muerta has escapado de mí?... ¡No, no, no! Vamos, chica, levanta, que Ianoş quiere besarte.

Y con eso, la sacó arrastrándola del brazo de la casa, así que el polvo del entarimado había llenado y blanqueado sus ropas negras. Aunque no comprendía bien al caníbal, otra idea nefasta se me pasó por la cabeza. Si la de que aquellos hombres en verdad serían capaces de hacer tal sacrilegio de violar hasta el cadáver de una virgen. Pero, al mismo tiempo que esta idea, chispa en mi cabeza y la idea de una venganza espantosa.

Fue cuestión de unos minutos que me descalcé y, por detrás de la casa, cargué, por una escalera que subía al desván de la casa, una multitud de las pajas secas, que, esparciéndolas por todo al extenso desván, prendí fuego. Me bajé veloz y, ya que la puerta del zaguán tenía llave en ella desde fuera, tiré del picaporte y giré la llave, sin que los muertos bebidos de la casa se pudieran dar cuenta de algo. Sólo la ventana abierta era lugar para salida. Pero, con una cólera sobrehumana, yo llevé un haz entero de pajas bajo la ventana y luego, levantando la puerta grande del patio de los quicios, la eché encima de la ventana, y bajo ella encendí las pajas que, secas y con el viento, empezaron a arder. En el momento aquel, los de la casa parecieron despertar, porque con una cólera terrible empezaron a golpear la puerta. Pero la puerta estaba doblada, de abeto seco y batida completamente con terribles

clavos de hierro. Salir por la ventana, pero la puerta de la ventana se había encendido, y yo había puesto sobre ella la segunda puertas y otro haz de pajas. En ese momento el tejado cogió fuego, las vigas empezaron a crujir, el viento, uniéndose con la llama que había ardido hasta ahora cerrada, se multiplicó en un momento, y los alaridos fieros de los caníbales enterrados en llamas se oían como los lamentos de los condenados al fuego Gheenei⁶²³.

Me subí al caballo descalzo como estaba y, golpeándole en las costillas, empezó a coger el camino de vuelta por la ciudad — las llamas eran más pausadas, las calles — desiertas, y los cadáveres estaban en algunos lugares colocados montón sobre montón. Cabalgué rápidamente hasta salir de la ciudad afuera, donde, en el camino imperial, cogiendo mi lanza de la zanja, sacando mi pluma roja del gorro y dándola al viento, cogí el camino atrás hacia la montaña, aunque no hacia mi aldea.

Di con un camino de montaña por el que empecé a arrear a mi caballo que, despacio y tropezando, soplando pesado, abofeteaba lentamente con las pezuñas pedruscos grandes de por los recodos de la senda de las peñas. Poco a poco me adentré más en las montañas, poco a poco el aire devenía más libre y más frío, poco a poco el cielo devenía más sereno y la luna rompía con su cara amarilla el velo plateado de las nubes. Mi cabeza estaba tan desierta como la mezcla sinsentido de unos colores varios, rojo, negro, verde, amarillo, todos mezcladas en uno y en el mismo lugar, en fin, un sinsentido absurdo que se parecía con las ideas de un idiota, he aquí lo que se removía en mi cabeza. La impresión que habían hecho sobre mí todas las escenas precedentes era aquella de un hombre sin dormir durante muchos días, con el cerebro turbio de insomnio, que, andando entre hombres, sueña de verdad y su mente corta a la cara a cualquier conocido rasgo profundo, pinturas oscuras, proyectos funestos, que ve en las paredes las sombras alargándose y recibiendo contornos humanos, a los ojos que le parecen agua limpia, mirando a ella, se colorea — una disposición del alma, en fin, en el contenido al que ningún concepto entendido de sentidos no entraba imperturbado, sin parodia a la conciencia interna. Me parecía que había pasado por un cuento con dragones y crueldades, pero en cuyo contenido, en otros lugares y en otras orillas, los amantes se pierden a su vez en la sombra y las verde florestas, con las caras plateadas por la luz de una pálida luna que sonríe entre nubes y serena triste de los agradables ensoñaciones del amor. Era aquella noche un rumano cabalgando sin sentido, de la Edad Media, pero que ya no era capaz de transponer los cuadros coloradas con sangre, con el fuego y con el negro cárdeno rojo del humo, que había pasado turbio con sus disformes caras de muerto, con las satánicas rojas caras vivas que habían pasado por delante de mis ojos. Todo esto se mezclaba en mi alma turbia y de esta mezcla nació una tontería tremebunda de los órganos del pensamiento y sentimientos que me cansaban la cabeza, de este modo sentí que tenía sueño delante de todas. Las naturalezas duras duermen mucho antes de una catástrofe — yo creo que ellas duermen mucho y profundo también después de una catástrofe, porque nada no entontece ni hace

⁶²³ Gehena (en griego: Geena; en hebreo: Gai Ben Hinnom (גֵּי בֶן־הִנּוֹם, valle de Hinón) es el infierno o purgatorio judío

insensible a un hombre que de ese modo de los espectáculos terrible. Llegado a la cumbre de un cerro, por el que las rocas de piedra estaban esparcidas como ovejas blancas, durmiendo con su plateada lana a la luz blanca de la luna, yo me bajé del caballo lo até a las ramas torcidas y nudosas de un matorral con las hojas amarillas y comidas de frío. Yo solo, en mi insensibilidad más grande, puse el gorro de oveja encima de las orejas y los ojos, coloqué mi cabeza sobre una piedra y el cuerpo sobre una tumba de hojas secas y me dormí. El sueño — un mundo sereno para mí, un mundo lleno de rayos claros como el diamante, de estrellas limpias como el oro, de verdura lóbrega y perfumada de las florestas de laurel — el sueño había abierto sus áureos barrotes y me dejó entrar en sus poéticos y eternamente jóvenes jardines. En verdad que las montañas en las que dormía me parecieron uno de aquellos jardines colgantes de Semíramis⁶²⁴, los jardines cuyo escalón superior acariciaba el cielo en la luz eterna no turbada del sol un edén hermoso, con extensas sendas de palmeras, con sendas cubiertas con arena blanco, con inundaciones de rayos largos y de diamantes, con las peñas quebradas de resina, por las excavaciones que martillean y gotean limpias como el cristal, pero cargadas de dulces y el olor del ámbar: el néctar adormecedor del Oriente. ¡Y todo esto sobre las nubes! El Cielo estaba sereno como una bóveda de esmeralda sostenida en oriente y occidente, con su bóveda poderosa, de espejos verdes y extensos mares... sólo en un lugar del cielo parecía quemado y un gran agujero en el cielo del que caían a la tierra las piedras y abismos de muros, que ardían en un lugar. Aquellas piedras, cayendo una a una sobre la tierra, formaban como al lado del Mureş las ruinas de una ciudad desierta, inhabitada por nadie, quemada, penetrada por ventanas desiertas y negras de silbidos salvajes de los vientos fríos.

Pero de repente pareció que el mundo se serenó, que el agujero en el cielo comenzó a hacerse cada vez más grande y más extenso, de modo que por él se veía sobre las bóvedas azules que abrazaban la tierra otra bóveda mucho más alta, con mucho más extensa, pero de un oro puro y limpio como la luz del sol, de modo que la entera bóveda aquella parecía un sol grande que abrazaba un mundo, el mundo sobre el cielo. El aire entero era de luz de oro, todo era luz de oro, mezclado con el gemido tranquilo y limpio de las arpas de plata en manos de unos ángeles que flotaba vestidos de plata, con alas largas, blancas, brillantes, por el extenso aquel imperio de oro. Flotaba como los genios apenas vistos, sombras más transparentes, con la pielecita cárdena como el mármol que parece blando, con los ojos grandes azules, con largos bucle negros que rodean su cara blanca y caen por los cuellos marmóreos y sobre las ropas de plata en pliegues largos que ablandaban los cuerpos sublimes con su blancura y su blandura.

Entre aquellos ángeles blancos y con los ojos grandes, azules, vi uno con grandes ojos negros, blanco al igual que ellos, pero con la cara delgada y blandiendo largas y brillantes ropas negras, con las manos unidas al pecho: él flotaba por el aire áureo con ojos grandes

⁶²⁴ Semíramis fue reina de Babilonia. Los Jardines Colgantes de Babilonia son considerados una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo

dirigidos arriba y llenos de lágrimas. Yo lo conocía... Aquel pelo negro y destrenzado yo lo había visto, aquella tristeza profunda y sublime yo la había visto, aquella desesperación inconmensurable cuya única estrella es Dios había grabado sus rasgos profundos en una cara que delante de mí también yo había visto. El cielo estaba sereno y risueño, un solo ángel estaba triste... Era María, la hija de aquel sacerdote anciano, divinizada, cambiada la cara... a mí sin embargo me parecía que era el genio del martirio de la nación rumana, genio pálido y lloroso, cuya única esperanza: Dios, cuya única fortaleza: el cielo.

Pero la escarcha fría de la noche se asentó como de unas legañas de plata gris sobre mis párpados largos y negros, los ojos me enfriaban en la cabeza y se despertaron. La luna se había El mes se había puesto hacía mucho, el cielo estaba sombrío... y en el oriente, lejos, salía una aurora sucia y somnolienta que apenas enrojecía el cielo cárdeno-gris. Sacudí mi cuerpo lleno de frío... me levanté el gorro de los ojos, levanté al caballo que se había acostado también él de bruces en el suelo y había cerrado sus ojos grandes y tranquilos. Él saltó del suelo, yo lo cabalgué y empecé a cruzar adelante las montañas. Cuanto más avanzaba, el caballo redoblaba sus pasos, porque la marcha le parecía también a él una bendición, porque le calentaba. Pronto salió también el sol, y poco a poco subía al cielo, con sus tan otoñales rayos devenía más caliente y me quemaba detrás. Bajé del caballo — mi lanza lucía al sol — yo junto con el caballo atravesamos descalzos la grava nimio ahora de los senderos de la montaña.

Sobre una cresta de peña vi sentado al sol, con la lanza clavada en la tierra, con los pies estirados y con una cachimba entre los dientes una vanguardia de rumanos que vigilaba las montañas. Me acerqué a él.

— Bueno encontrado, valiente mozo, dije yo, poniendo la mano sobre el cuello nítido del caballo, no podría encontrar por aquí a fulanito y menganito (los apellidos del nombre de Ioan).

— Pero cómo que no. Lo encuentras, que es nuestro tribuno, dijo mi hombre, sacudiéndose la cachimba quemada en la tierra, de modo que cayó de ella toda la ceniza.

— ¿No podrías llevarme a él? dije yo.

— No, dijo él, sacando de una bolsa blanca y apretada a la boca uno tabaco verde-negro y apretándolo con el dedo pequeño de la mano a su cachimba. No puedo dejar el lugar, dijo él, tengo que quedarme vigilando aquí, pero mira, ve hacia el cerro, que luego das con el campamento.

Con eso sacó de la cincha un rollo delgado y atravesó el tabaco, encendiéndolo con una maderita blanca al final. Cuándo empezó a dar una calada de la pipa, los bigotes se arquearon por debajo de la olla, y los ojos se desencajaban candorosos a la boca de la

cachimba con atención grande al ver pronto ardiendo como un carbón. El gorro rizado de oveja se lo había dejado sobre los ojos.

Me dirigí siempre hacia al cerro y allí vi, además de fuegos grande y encendidos a la luz del sol — fuegos que lamían con sus amarillas lenguas largas el aire sereno y frío — colocados en círculo alrededor de grupos de rumanos, y sobre asadores largos ardiendo carneros y ovejas, jaleando, cantando, bailando- en una parte unos bailaban sobre el suelo petroso con los zapatos ligeros, mientras uno sentado sobre un pedrusco silbaba con una chirimía de saúco. El alboroto risueño, el humo alzándose por los muchos fuegos, las caras curiosas con sus ojos vivos, a cual más grande — en fin, allí veías al rumano, con la cara quemada pero profunda, con los ojos marrones y vivos, con los cabellos muy largos, rizados, negros brillantes, que encuadraban frentes extensas y nítidas, bigote negro, la nariz de águila, el mentón algo salido, como el de los guerreros antepasados. Los sayos parduscos que colgaban sobre los hombros, la camisa blanca que, suelta, descubre el pecho quemado por el sol que esconde corazones libres, los pantalones tradicionales estrechos y blancos, los zapatos con la punta doblada y atada al pie con cuerda de lana negra, la cintura verde y cincha roja con el cuchillo, pedernales y eslabones, en fin, el gorro de oveja alto y dejado sobre los ojos penetrantes, he aquí el tipo que veías repitiéndose, en formas variadas, en todos estos niños de las montañas.

Pregunté a uno de ellos por Ioan, él me señaló con la mano un fuego grande, pero algo alejado de los demás... él me dijo como que el tribuno estaba allá, aunque estaba algo enfermo. Fui hacia el fuego aquel, en el que ardía con humo mucho tronco de un árbol putrefacto y hueco; junto al fuego estaba tumbado sobre una cama de hojas secas Ioan, con los pies desnudos tendidos hacia el fuego, con el sayo puesto sobre la cabeza, de modo que la cara no se le veía. La lanza estaba clavada en la tierra con la punta de hierro hacia abajo. Até mi caballo a la lanza clavada y, arrodillándome junto a su cabeza, quité despacio con la mano el sayo que cubría la cara. Sus ojos grandes estaban cerrados, de modo que por la pielecita fina y blanca de los ojos se veía claramente las venas finas y azules; ojeras hondas y grandes alrededor de los ojos de morados había devenido cobrizos, la cara era pálida que siempre. Acomodé su cabeza y le miré largamente. Al final le sacudí despacio en el brazo, de modo que abrió sus ojos. Algo somnoliento, él me vio y, con la pereza melancólica que sólo la soñolencia esparcida por la cara, él me rodeó el cuello con su brazo y sonriendo lentamente dijo:

— ¿Tú aquí?

La sonrisa tranquila mostraba a uno hombre sin pasión, su cara era santa, digamos así- se conocía que en corazón se había apagado cualquier cosa mundanal.

— ¡Como ves, dije yo oscurecido, apretándole la mano con fuerza en la mía! Como ves.

— No te creía capaz de amar a tu pueblo, así te atonta el amor a una mujer indigna de ti, dijo él envolviendo los pies en las pieles blancas de lana y colocando encima de ellas los zapatos pelirrojos de piel de ternero.

— No amé a mi pueblo, dije yo con una sonrisa amarga, puede que no lo hubiera amado nunca si la noche esta así de terrible no me hubiera enseñado que lo amo.

Con estas palabras empecé a contarle brevemente todo lo que vi con los ojos del cuerpo y con aquellos del alma. Con cada palabra de mis ojos azules y grandes se turbaban de un fuego demoníaco e innatural y su cara blanca, pálida, delicada se grabar con rasgos profundos y terribles.

— ¡Oh, los caníbales! Susurró él entre dientes.

— Ahora bien, vine también yo, dije, y en verdad que otra cosa no tengo que hacer. ¿Qué tengo que perder? ¿La vida?... Nada más fea, más monótona, más tediosa que esta vida... Y además estoy harto de ella: un sueño absurdo. ¿El alma?... ¡Parece que alguien todavía puede tener alma en esta clase de tiempos!

— ¡Vamos, niño mío, dijo él, Vamos! En verdad que la vida no paga nada si no hacemos nosotros que valga algo... y, a mi alma, ¡haré que valga mucho!...

Sus ojos brillantes se encendieron en el fondo de la cabeza y un escalofrío de orgullo serenó su cara.

Pronto me sentí en familia entre los hombres nuestros. Pronto calcé también yo los pantalones tradicionales estrechos y largos, fruncidos cuanto tiene el silbido del pie, y puse el pie en la correa ligera. De ese modo vestido, a menudo vigilaba sobre las cumbres de las montañas por la noche, a los rayos de la luna, como el centinela de Roma que, vigilando las crestas de hierro de los Cárpatos, mira con ojos llenos hacia el sur, pensando en su madre, reina malcriada y blanca que baña su cuerpo blando en sus mares azules y calientes, su frente coronada con los ensueños de amor y sus senos blancos y llenos, acariciados por las azules y brillantes olas del mar. La madre desmemoriada que, sobre los ensueños, ha olvidado las crestas quemadas y ancianas de los Cárpatos a su hijo el de ojos negros de águila y con la cara orgullosa de rey. Italia olvidó a los rumanos... aunque los rumanos aman a Italia.

Pasamos el invierno en luchas y sufrimientos. Citar aquellos sufrimientos significaría citar la historia de aquellas legiones de lanceros que, después incluso de la retirada de las tropas imperiales de Transilvania, habían quedado ellos solos fieles al trono, aprobados por sus propios medios, por su corazón valiente, por sus guadañas unidas a la cima de las pértigas.

Una noche, estando de vanguardia con una compañía de 20 hombres, entre los que estaba Ioan, llegó el rumano apostado como centinela a decirnos como que en un castillo de

conde magiar se hubieran asentado unas dos compañías de soldados húngaros y se divierten mucho. La noche era fría y nosotros nos soplábamos las manos de frío.

A Ioan le brillaron los ojos.

— ¡Niños, a luchar! dijo él con una voz áspera.

Y en verdad los mozos tanto parecían que esperaban saltar de su actitud agachada o acostada y coger con manos musculosas las lanzas hincadas en la hierba. Pronto bajamos los cerros y nos dirigimos directamente por las llanuras con la hierba blanda al castillo que levantaba en medio de un parque extenso y hermoso. Todas sus ventanas ardían entre la tiniebla espesa de la noche y poco a poco nos acercamos a aquellas luces que nos parecían mágicas. Pronto llegamos a las rejas del parque. Un bulldog empezó a ladrar, despertando el aire de la noche con su ladrido ronco, pero en la embriaguez que parecía reinar en el castillo, entre los brindis de los vasos no se oía la boca del perro, y él, descontento y gruñendo, lo oías como, sacudiéndose la cadena, se echó sobre su camastro de pajas. Para no despertarlo del sueño, rodeamos el castillo y en un lugar saltamos todos juntos las rejas. El castillo tenía dos pisos, en la segunda planta -un balcón que daba al jardín, y bajo él — un empedrado granuloso de losas. Abajo, en todas las habitaciones, había mesas extendidas... los hombres, con los fusiles colocados junto a las paredes, bebían, se reían, cantaban. Puse a todos los mozos que tenían pistolas junto a las ventanas y, a un grito el mío, ellos abrieron fuego. Las balas silbando hacia las salas extensas, todos se levantaron asustados; unos, golpeados, enseñaban los dientes ante su muerte... a otros se les cayeron los vasos de la mano, la mayor parte, olvidando el arma y todo, se precipitaron para salir por la puerta.

— ¡A ellos! grité yo, rompiendo una ventana por sus quicios saltando yo el primero a la sala. Detrás de mí todos. Cuantos quedaron en la sala, todos fueron matados. Tomé sus fusiles cargados y, corriendo por habitaciones extensas y alumbradas del castillo, quebré todo lo que nos salía al paso. De la cima del castillo resonaba una campana de alarma, dentro, los chasquidos de pistola y los alaridos agonizantes y salvajes de los moribundos mezclados con el jaleo alegre de nuestros valientes mozos. Ioan y yo nos dirigimos a la escalera grande del segundo piso... Arranqué la puerta grande y entré a un salón grande con una puerta que daba al balcón, puerta con cristales, por la que las ventanas penetraba ahora la luz blanca de la luna que había salido de las nubes. La luna iluminó una pared llena de armas. De repente en las tinieblas lucieron dos ojos espantados... un hombre alto parecía que se abalanzaba desde un rincón hacia nosotros. Con la mano tendida, disparó la pistola y de su luz apareció una cara cádena, y conocida.

— ¡Es él! Grité rabioso. Era el amante de Poesis.

En el momento aquel Ioan se precipitó a su pecho, pero, cogido él mismo, el conde abrió con una mano la puerta del balcón, con la otra iba a tirarle por el balcón sobre el adoquinado de piedra. Fue cosa de un momento en el que le corté con el sable la mano con

la que se había agarrado al pecho de Ioan... que cayó al suelo con la mano muerta completamente. El conde dirigió la otra con la pistola hacia mi frente... Ioan, levantado, le clavó el puñal en el codo y levantó arriba la mano, así que el arma disparó hacia arriba y las balas pasaron silbando por el pelo de mi cabeza. Con la otra mano le cogí del cuello. El magiar se había preparado para que le mordiera la coronilla, y quién sabe si con la dentadura no le hubiera quebrado los huesos de la cabeza, pero Ioan, levantando el puñal que lucía, le había agarrado justo en la calavera de la cabeza, así que el cuchillo corrió profundo en el cerebro. Un grito espantado, he aquí todo. La puerta se abrió y adentro entraron los nuestros con antorchas encendidas. Ioan había caído sobre el magiar, al que me acerqué con una antorcha. El muerto presentaba un aspecto espantoso. La boca entreabierta, los dientes mostrados y preparados para morder... grima cárdena, espantada, con los rasgos abarcados por la turbación de la ruptura del cerebro... las muelas parecían que habían molido espuma cárdena y envenenada que fluye por la comisura de la boca.

Miré con un odio indecible al hombre que me había robado todo y que ahora ya no era más que un cadáver. Los mozos cogieron riendo las armas de la pared y las repartieron entre ellos. Bajando la escalera grande, entramos en una casa con las mesas extendidas, abrimos todas las ventanas, tiramos a los muertos afuera por ellas y nos sentamos todos juntos a la mesa, parecía que no había pasado nada y parecía que habíamos venido a una boda. Cualquiera creerá puede que eso no es posible, pero cuando sabe alguien como la revolución y la inseguridad de la vida propia hace al hombre indiferente por su vida y hace de la muerte y la lucha un estado normal del hombre, aquel entenderá no sólo estado nuestro, sino también la de los siglos aquellos donde la ocupación principal de los pueblos constaba de combates y presa.

He aquí uno de los muchos eventos del año. Pero diré todavía uno, uno que a mí me costó mucho. En el Mureş flotaba un molino de un sajón del que a nosotros acostumbraba a abastecernos con harina, lo que había hecho al sajón callar frente a las patrullas magiares que recorrían la región. El molino se mecía tranquilo sobre el Mureş, con sus ruedas ensordecedoras que rodaban como dos endriagos negros bañando sus huesos de la madera mohosa en el agua blanqueada por la espuma del río, y el sajón, gordo y con la cara cuanto una luna llena y roja, bajo un sombrero extenso como un voladizo se paseaba con el delantal blanco delante y con las manos en los bolsillos por la multitud de hombres que venían con sacos para moler, trayendo al mismo tiempo cada uno de ellos algún tesoro de historias, de cuentos, de novedades, de modo que el puente del molino era mucho más una plaza de mercado que el voladizo de una casa. A menudo, sin que lo supiera nadie, estaba yo también sobre un saco de harina, con la cachimba encendida y con el sombrero dejado sobre los ojos, en las carcajadas de las chicas, en los cuentos de los ancianos, en las palabrotas de los hombres, en el rechinar entumecido, pero dulce de unos violines viejos, que un gitano anciano las hacía resonar a veces risueñas, a veces llorosas. La cara negra y expresiva, barba blanca como la nieve, los ojos más apagados y decolorados por la vejez, el pecho peludo y desnudo,

apenas cubierto por una camisa negra, el gorro pardusco de oveja, roto, de modo que por las rupturas salían desordenado el pelo blanco de la cabeza: de ese modo estaba el anciano sobre unas ruedas rotas, derribadas en un rincón del molino, y contaba cuentos no con la boca, sino con las cuerdas. Era un día cálido y mis valientes mozos, que tenían que hacer una excursión por el valle, decidieron dormir una noche en el molino del sajón, y al día siguiente de madrugada seguir adelante.

Ordenadamente se iban acostando todos, el sol se iba tras los cerros para dormir también él, el gitano anciano dejó su cabeza sobre una piedra del molino y adormeció con la cachimba encendida en la boca, como un emperador en la cama blanda y con flecos de hilo... los hombres, llevándose sus sacos que, habían sido uncidos con bueyes blancos, gordos y con los cuernos grandes, se dirigían golpeando y jaleando unos hacia la montaña, otros hacia la llanura. Anocheció completamente, las ruedas pararon también ellas y sólo el molino gigantesco se mecía lentamente sobre el Mureş, haciendo que tiemblen las largas y las gruesas cuerdas de tilo con las que estaba atado a la orilla. El sajón se puso en la puerta grande del molino sobre un pedrejón nítido como un banco y, encendiéndose la cachimba, miró melancólico a la salida del lucero de la noche. Yo me senté junto a él, anochecía cada vez más, cuando de repente oí una trompa pastoril resonando con amargura.

— ¡Son ellos! Dije yo saltando arriba y dirigiéndome hacia campo pero, mirando atrás como a unos 40 pasos, me pareció que divisé en la luz de la noche un soldado húngaro que, junto al sajón, parecía mirar alrededor con movimientos rápidos de impaciencia. Lo que podía ser ni se me pasaba por la cabeza. En el campo me encontré con mis valientes mozos, entre los que estaba Ioan. Qué hermoso estaba él en aquella noche... me acuerdo como si fuera ahora. Con un sayo de lana doblado sobre el cuello y delante, de modo que el pecho blanco se veía bajo la camisa de lino, la cara pálida, pero dulce y llena de bondad, ojos grandes, azules miraban con melancolía, y el pelo rubio y largo le caía sobre los hombros, cubiertos por un extenso sombrero negro... Era en verdad hermoso como una mujer, rubio, pálido, interesante.

— ¡Parece que eres una chica! Le dije, apretándolo al pecho.

— Y tú parece que eres un chico, dijo él riendo locamente.

Pero el apretón frío y fuerte de su mano tan chiquitinas te demostraba que lo hacía con dedos en verdad largos, delicados, blancos, pero penetrados de médula de león.

Llegamos todos juntos al molino. Saludamos al sajón, que nos abrió la puerta. Estaba el gitano aquel que estaba junto a él, contándole como en la juventud robaba con astucia las gallinas de los vecinos, colgándolas con las patas atadas bajo el sayo de lana e iba silbando con el sayo de lana sobre un hombro por la aldea sin que a los hombres se les pase por la cabeza qué tenía él bajo el sayo de lana. El sajón reía con ruido, aunque a mí me pareció

que se ría forzado. Pero podía parecérmelo sólo a mí, donde, como sabes, había presupuesto, equivocado de lejos, como que cambiaría palabras con un soldado húngaro.

Ya que estábamos todos cansados, nos acostamos por todas partes del molino; el molinero preparó lo que tenía que preparar entre los barriles⁶²⁵, apagó el fuego de una chimenea de piedras y se tumbó también él en la planta de abajo del molino, donde estaban las ruedas. Todos empezaron a roncar, alguno se volvía con ruido y gimiendo sobre los sacos en los que se había acostado. Yo me había tendido bajo el manto de lana y dormía con Ioan, que me abrazó con el brazo mi cuello y también él se había dormido. Como no sé por qué no pude adormecer. Sentí sin embargo como que el sajón se había levantado y había comenzado a andar por el desván de abajo del molino. Él subió despacio y con la punta de los pies la escalera que llevaba abajo, con un candilejo en la mano. Aún no había llegado, cuando me pareció que por las ventanas del molino divisé un morado y luciente cañón de fusil que parecía que apuntaba hacia los dormidos. Yo callé y cerré los ojos, así que con los párpados apenas abiertos vi al sajón que se acercó con el candilejo a nosotros y, agachándose sobre nosotros, parecía que nos observaba si dormíamos o no. Su cara era terrible. Pero en el momento cuando, siempre sobre la punta de los dedos, se dirigió hacia la puerta, para tirar el pestillo grande de madera, salté directamente en pie.

— ¡Arriba, niños! Grité con todas mis fuerzas, que vamos a morir. En ese momento todos somnolientos y asustados, estaban en pie. El sajón, atónito, soltó el candilejo; por supuesto que no escapaba de muerte de no, por el apagón de una única luz, no se hace tinieblas. Se disparó por la ventana un fusil, pero ningún lamento... digamos que nadie fue herido. El ruido de afuera se agrandó.

— ¡En línea! gritó sonora la voz de plata de Ioan y vi en los rayos de la luna había penetrado por el postigo de madera como las lanzas se pusieron en fila en la línea primera, y en la segunda, sobre los hombros de los primeros, apuntaron los brillantes fusiles pequeños de montaña. Fue cosa de un momento. En ese momento la puerta grande crujió de los quicios y cayó de espaldas.

— ¡Fuego! ordenó Ioan, y los enemigos agolpados por la puerta rota empezaron a aullar, unos heridos, otros hallados por la muerte, por los chasquidos y el ladrido frecuente de los muchachos.

— ¡Adelante! mandó Ioan, y los lanceros se precipitaron con cólera sobre sus muchos enemigos.

Yo había cogido un hacha y golpeaba con el filo y con el canto sin lástima a todo lo que veía ante mí.

⁶²⁵ Férdelă, ferdele, (Reg.) medida de capacidad para cereales, de unos 20 litros

También ellos dispararon y las filas se desplomaron.

— ¡Adelante! gritó Ioan como turbado.

Otro asalto más, otra carga más y los enemigos, cortados en dos lados, nos abrieron una vía extensa en esta lucha a la luz de la luna.

En el momento cuando salimos corriendo afuera, una pistola solitaria disparó al pecho desnudo de Ion. Golpeó, una serpiente de fuego se arrojó de su boca, pero en el instante aquel yo arrojé el hacha con el filo hacia la cabeza del que disparó la pistola, de modo que lo hendí justo en dos como si fuera un tronco de madera.

— ¡Dios mío, muero! dijo Ioan tenue.

Lo cogí en brazos y corrí como un fantasma, loco, veloz, enfurecido, delante de mis hombres que huían también ellos en desorden perseguidos de disparos y de hombres a caballo. Siempre adelante, siempre hacia la montaña. El pecho del pobre niño sangraba tremendamente, la luna parecía que se había encendido en el cielo y me quemaba en la coronilla, los hombres me parecían fantasmas locos que volaban silbando a mi lado, cuando de repente dimos con un sendero que llevaba a la montaña.

Aquí nuestros pasos se hicieron más pesados, la subida más nerviosa, hasta que llegamos a un cerro lleno de pedruscos grandes y dispersos.

— ¡Quietos! gritó uno más anciano de entre los niños de las montañas. ¡Los pedruscos en fila, niños!

En uno momento los pedruscos estaban puestos en dos filas, en orden de combate, como un muro. Cuando los enemigos empezaron a subir el cerro, la primera fila de pedruscos se abalanzó sobre ellos, de modo que, disparando, rompiendo, golpeándose de esquinas de piedra que salían por la hierba y por los matorrales, los pedruscos que tiraba atrás rompían las filas de hombres del valle o, arrojándolos desde alguna cima de peña, caían en su entera gravedad sobre las cabezas de los atrevidos. De detrás de la segunda fila de pedruscos se habían tendido los fusiles y donde veían seres de hombres, allá disparaban.

— ¡Toma! dijo el anciano que tomó el mando sobre ellos, sacudiendo su sable antiguo que colgaba en el muslo. ¡Toma! Tú corre cuanto puedas con Ion, corre siempre adelante, para que lleguéis mucho antes que nosotros... nosotros huiremos más tarde... pero no obstante huiremos, porque me parece que hay muchos río abajo y tú sabes: si se terminaran los pedruscos grandes y las balas, tenemos que luchar a pie.

Me quité el manto de lana y envolví el cuerpo que parecía muerto de Ioan. Me arrojé siempre al cerro, por los matorrales, sobre las pendientes yertas y petrosas, por escurriduras empedradas de arroyos, sobre las aguas sin puentes, hasta que en una cima de cerro, en medio

de unas florestas de espinar, salió el foco de un fuego en el que parpadeaban restos de carbón por la ceniza gris. Lo llevé junto al fuego, le puse hojas secas y ramillas cuantas pude recoger en un instante, de modo que pronto se hizo un fuego grande, flameando con mucho humo. También recogí hojas secas e hice una cama... en el que coloqué a Ioan le abrí el pecho para investigar la herida.

No había más un agujero pequeño, negro-rojo, bajo las costillas, sin que corriera sangre de ella y precisamente eso era la causa del letargo. Acerqué mi boca a la herida y chupé una vez con fuerza, de modo que toda la boca se me llenó de sangre. Sangre negra y coagulada corría también de la herida, el pulso empezó a latir despacio, despacio también Ioan abrió sus ojos extraviados. Su cara se volvió, de parecer ser sólo piel y huesos, el blanco de los ojos estaba tejido con delgadas venas rojas.

— Ioan, dije yo, ¿cómo te encuentras, niño mío?

— ¿Cómo me encuentro? dijo él, sonriendo amargor. ¿Cómo puedo encontrarme? Moriré, he aquí todo. ¿Y tú no quieres que te consuele, amigo mío? ¿Por qué? Oh, si supieras qué feliz seré si muero... veré a Sofia.

— ¡Desvarías, Ioan! dije con ternura.

— ¡Niño qué eres! ¿Desvarío? ¿Yo?... Yo siento la muerte colándose fresca, pero dulce, por todas mis venas, y él dice que yo desvarío. Créeme que soy feliz, muy feliz.

Su cara, como alabastro socavado con escoplo en largos gravados de dolor, estaba serena, dulce. Un nuevo desmayo se acercó. Su cabeza cayó sobre las hojas secas... el pulso de nuevo detuvo y parecía de nuevo que había expirado.

Le miré de cara sin saber qué hacer, ya no daba ningún signo de vida; no era capaz de ninguna acción. Por el silencio de muerte no oía más que los disparos desesperados de nuestros luchadores, a cada cual me hacía sobresaltar, porque el suceso este me había hecho miedoso. Arrodillado junto a él, yo había rodeado con una mano su cuello, así que, levantándolo, la cabeza colgaba tras mi brazo: de ese modo le miraba a él y no decía nada, más que besarle su cara como el alabastro con mi boca mía llena de la sangre de su corazón. La cara estaba inmóvil, muerta; sólo su blancura contrastaba extraña con las manchas sangrientas de mis besos. Un silbido zumbante de las hojas me despertó de mi atonía; los disparos había cesado y oí poco a poco acercándose pasos; presupuse como que eran valientes mozos que, no pudiendo sostener la lucha, se retiraban. Y pronto vi acercándose al anciano tribuno, sudado y jadeando, y los disparos se retomaron, pero cerca sin embargo.

— ¿Cómo está? dijo él, con la voz fatigada y echando un vistazo asustado sobre Ioan.

— ¡Muere! dije yo apático y frío.

— ¡Nos persiguen! Mis mozos se opusieron cuanto pudieron oponerse... pero al final tuvieron que huir también ellos.

Arrodillado también él al lado de Ioan, que ahora, bajo la influencia del fuego que flameaba grande y que enrojaba la palidez, había comenzado a dar signos de vida.

— ¿Qué hacemos? Ya no le podemos llevar adelante — y dejarle tampoco podemos.

— ¡Capitán, ahora mismo aquí! gritó corriendo un mozo que venía desde los disparos. ¡Los mozos apenas pueden!

Nos levantamos ambos como sobresaltados.

— ¡Espera! dijo el anciano, dándome con un brazo a parte y mirando a Ioan, que había abierto sus ojos grandes y moribundos, que miraban sin significado, como los ojos de un loco.

— Aparta, Toma, dijo el anciano, tengo que hablar algo con el hermano Ioan.

Él sacó el sable de la vaina y la miró, cuando de sus ojos ancianos corrieron lágrimas grandes.

— Hermano Ioan, dijo él tenue y tranquilo, hazte una cruz. Ioan hizo despacio y con mucho esmero una cruz. En el momento aquel el sable silbó por el aire y cabeza de Ioan rodó sobre las hojas secas.

— ¡Loco! grité, enderezando la pistola hacia la frente del anciano, ¿qué hiciste?

— ¿Qué hice? dijo el anciano, cayéndome en las manos y llorando sobre mi pecho como un niño. ¿Qué hice? ¿Pero qué podía hacer?

Su temblor, sus gemidos convulsivos, el lloro, con el que no estaba acostumbrado y que le estruja duramente, como de unos poderes demoníacos, de su pecho, mostraba como que su dolor era verdadero. El fragor de los evadidos se acercaba, los chasquidos parecían que silbaban ya sobre nuestras orejas.

— ¡Vamos! dijo el mozo que estaba con nosotros, vamos, levántaros; ¡huyamos! Él cubrió el cuerpo de Ioan con hojas y con piedras, y su cabeza la tiró a un manantial cercano. Como los ciervos asustados y jadeando venían los mozos por todas partes.

— ¡Huyamos! ¡Huyamos! Gritaban todos y huyeron con el anciano y conmigo sin orden.

Mareado, agitado, huía sin saber a dónde, hasta que los perseguidores nos perdieron las huellas, hasta que nosotras nos creímos lo bastante seguros para detenernos y resoplar.

Llegando a una cima de la montaña, empezamos a buscar yesca, a construir allá un fuego gigantesco, junto al que se sentaron todos. Todos estaban muertos de cansancio y aún así alguien tenía que vigilar. Unos se ataban las heridas — las más fáciles — otros, como estaban, se tiraron al suelo. Propuse yo vigilar y todos lo recibieron con la alegría. El anciano quedó como pensativo y miraba fijamente a las profundidades rojas del fuego, que reventaban en chispas. Los mozos se acostaron con el miedo en el pecho, el anciano tallaba una madera; yo solo me levanté y, tomando la lanza, me alejé para pasearme por los esqueletos de piedra de las peñas.

La noche era lóbrega y fría, mis pensamientos eran turbios y dolorosos, de modo que me dolía la cabeza por ellos y sentía como en la calavera no me cabía mi cerebro indignado y siniestro. Ya no podía pensar. De ese modo, con la cabeza ardiendo, velé la noche aquella y, si me acuerdo de ella, es que no me acuerdo de nada, aparte tan sólo como que, atontado e insensible, me dejé presa de aquellas atonías que acompañaban siempre a mis dolores.

Al día siguiente, cuando el sol de oro ardía desde la cima del cielo, cuando los valientes mozos, levantados hacía mucho, vigilaban como unas águilas desde la cima de las peñas sobre la llanura, cuando nos aseguramos de que estábamos de cualquier persecución, yo tomé una pala al hombro y marché hacia el valle hasta el lugar en donde había muerto Ioan. Los enemigos habían registrado por allá, pero el cuerpo cubierto con el montón de hojas y piedras no lo habían descubierto. En el bochorno del día comencé a cavar el hoyo. La frente y el pecho me ardían completamente y aún así ni gota de sudor corría de mí. Cavé turbado, como si hubiera querido enterrar un tesoro. Cuando fue bastante hondo, desenterré el cuerpo sin cabeza de las piedras y hojas que coloqué despacito y con atención — como si hubiese sentido algo — en la vivienda fresca y eterna. Luego fui al manantial, donde se le tiró la cabeza. El sol se reflejaba sobre la cara del agua brillante, que temblaba como un ondulado espejo de plata, pero en el fondo del agua clara yacía la cabeza hermosa del joven. El agua, corriendo, había limpiado y se había llevado consigo las escurriduras de sangre, así que no quedaba más que la cabeza rubia, pálida, con una cara blanca como la plata, con los labios morados como el maíz, con los ojos grandes cerrados y con el pelo blando flotando y disperso por las ondas del agua. La cara pálida y delgada parecía que sonreía. Cogí agua en los puños se me lavé al lado del manantial la cara que ardía como de fiebre. Cogí otro puño de agua y lo vertí en mi pecho, que quemaba, el fondo del agua se turbó y se hizo sangrado, me agaché sobre su superficie y sorbí en sorbos largos del agua turbia con su sangre, después metí ambas manos en el manantial, saqué la cabeza de Ioan y la levanté a la luz del sol para mirarla largamente y con dolor. La coloqué en la tumba sobre el cuerpo y, cubriéndolo completamente con mi manto de lana, como si hubiera temido que le doliesen los pedruscos, empecé a llenar la tumba con arena. A veces me daban ganas de tumbarme también yo con él a su lado y dejar que cayera una peña del margen del hoyo sobre mí, o pensé en dispararme también yo y terminar con la miseria que se llama vida. Sobre una peña, lejos, estaba un

rumano con la escopeta al sol y vigilaba mirando a las nubes. Una águila, cogiendo en sus garras de cobre una tórtola blanca volaba sobre mi cabeza graznando y dando de alas, luego se alzó girando hacia arriba, en las nubes, asustado por mi presencia. El rumano apuntó la escopeta sobre el punto negro, que flotaba, del aire y abrió fuego — entonces, volqueándose por el aire, cayó el águila junto con la tórtola en el precipicio.

— ¡Venganza! murmuré yo. Por qué morir hasta que no le vengue. Después de eso tengo tiempo también de morir y de vivir si quiero.

Llené el hoyo con arena, rompí una rama verde de un árbol y lo tiré sobre la tumba — y, silbando entre dientes con una frialdad siniestra, me dirigí hacia el cerro.

Llegué a los castros. El anciano estaba triste y pensativo al lado del fuego con los pies tendidos, con la mano sobre la frente. Me acerqué y me senté a su lado.

— ¿Qué hacemos? dije yo en voz baja y ronco.

— He pensado y me arrepiento, dijo él, y me parece que lo que ha empollado mi cabeza ni el diablo no hubiera podido revolver. Ellos mataron a un niño — porque no yo lo maté, bien lo puedes saber. Antes de dejarle muerto en sus manos, para que le torturasen y se burlaran de él, mejor lo liberé de todos. No sabes, Toma, que la tortura despierta las almas del hombre y que muriendo incluso los dolores tremebundos lo hacen vivir más, ¿pero qué viví? ¿Pero crees tú acaso que yo voy a olvidar eso... voy a olvidar al sajón, que nos vendió como Judas a Jesucristo? Envié a explorar a Niță-Floarei, que sabe hablar como los gitanos. Él se untó con hollín sobre la cara y se vistió con harapos-así pasará por el molino para ver si están allá todavía, o no están allá. Si no están, luego por la tarde iremos a mi compadre el sajón, para beber con él algún tipo de vino a su salud.

Se oyó ruido de bocas entre los mozos. Ellos venían riendo, llevando como un triunfo entre ellos a Niță-Floarei que, descalzo, con el pelo salido por el gorro, con los codos salidos por la manta de lana, con las rodillas por fuera de los pantalones, negro y delgado como el diablo, con los ojos hundidos en la cabeza y con el gorro sobre una oreja, contaba en estilo descuidado y gitano que hazaña había hecho con su buen padrino: el sajón. Pero cuando estuvo cerca de nosotros, su ojo relampagueó terriblemente, pero de ese modo que sólo nosotros lo viéramos. Era la máscara alegre y cómica de un alma lleno de odio y venganza, la cara ironiza el corazón, la sonrisa astuta o necia ironiza con el estado de su alma. Los mozos se alejaron de nuestro lado y él, acercándose, nos contó despacio todo que había hallado. El anciano dijo a los mozos que durmieran de día todo lo que pudieran, porque por la noche tenían que trabajar. Niță recogió de entre la hierba unas lechugas, que las escurría en balas grandes de polenta⁶²⁶, que después metía en la talega.

⁶²⁶ Mămăligă es un alimento típico rumano, es una torta hervida grande de maíz de color amarillo, parecido a la polenta

Había atardecido hacía mucho, los mozos había dormido — sólo yo paseaba callado, la cabeza abarcada como de una turbación desconocida, el corazón lleno de un vacío tremebundo, completamente insensible. ¿Me quedaba algo sobre la tierra? Él me había quedado, y él se había ido de igual modo. Si hubiera tenido hermano y se hubiera muerto, quién sabe si me hubiera dolido más. Las nubes cenizas llenaban el cielo; rizadas y volubles, ellas volaban por el aire cálido de la noche, y la luna con la cara roja contrastaba con la ceniza lúcida de las nubes. Los valientes mozos se levantaron y se sacudieron de sueño; sus lanzas morados lucían en la luna, sus puntiagudos gorros les daban un aspecto heroico y siniestro.

— ¡Vamos, niños! dijo el tribuno anciano, hoy tenemos una cena maravillosa. ¡Comeremos carne de sajón!

Me estremecí oyendo, y con todo esto no pude dominar un parecer de bien.

Niță iba delante por las lóbregas sendas de la montaña. Sus pasos, como los de una pantera, no resonaban en absoluto sobre la grava y el casquijo menudo y fácilmente removido por los caballos. Una montaña arrojaba a las otras su sombra, el cielo pensaba nubes, y las peñas deformes esqueletos de piedra — silbaban contenidos por el viento. De vez en cuando se caía alguna piedra, se desprendía algún pedazo de roca y rugía cuesta abajo. Bajamos los montes y nos dirigimos por la llanura hasta que llegamos al molino. El molino estaba cerrado, solo el perro suelto aullaba a la luna desierta. Su voz muerta y somnolienta resonaba lejos en el aire de la noche. Niță hizo una señal y todos nos echamos al suelo. Él fue despacio hacia el perro y le tiró desde lejos balas de polenta, que el perro cogió al vuelo y tragó con avidez. Pero pronto el efecto de las lechugas empezó a influir y él se retorció gimiendo tenue en la arena de la orilla del río. Niță nos hizo una señal y nos adelantamos. La panza del perro se había inflado como una tuba y el sufría terriblemente. A un mozo le dio lástima y le clavó la lanza en el corazón. Nos acercamos al molino. Empezamos a golpear a la puerta y oímos la voz asustada del molinero:

— ¿Quién está ahí?

— Yo soy, hombre, respondió Niță con la voz de gitano.

— ¿Pero qué quieres tú ahora de noche? Dijo él.

— Tengo que darte una mala noticia, hombre; vienen los montañeses los vi por aquí y he venido a decírtelo, para que huyas.

Oímos como el sajón subía las escaleras tosiendo y pesado, después llegó junto a la puerta. En el momento cuando abrió, Niță le puso la mano en el cuello, de modo que el sajón, perdiendo su presencia de espíritu, había soltado el farol y la llave de la mano, y los ojos empezaron a girarse en su cabeza y su cara a amoratarse. Le hubiera estrangulado por supuesto, si el anciano no le hubiera parado. Ordenó que le pusieran mordaza en la boca y que le ataran. Todo se hizo en silencio, porque no tuvo tiempo ni de gritar. Los ojos del

anciano tribuno se habían encendido terrible y se giraban con terror en sus órbitas. Parecía que era el pálido y anciano demonio de la muerte. Los mozos de labranza del molino, que dormían, la esposa del molinero -todos fueron atados.

— ¡Soltad las ruedas! Gritó ahora el anciano.

Las ruedas empezaron a girar y las piedras del molino se revolvían crepitando y moliéndose a ellas mismas. El retumbe de las piedras desnudas, el zurrado ruido de las ruedas, que hacían que espumase el agua que las movía, el molino, que había comenzado a mecerse y a crujir en todas las articulaciones, superaba los gritos débiles y hundidas de los atados. Alguno de los valientes mozos se subió sobre el tejado del molino y empezaron a dar con hachas en él, echando los trozos de chilla en el agua, en el que se sumergían y después, saliendo, nadaban negras como las almas de los ahogados. En el desván había una barrica con combustible, que fue vertida totalmente sobre el desván. Después se trajo a los detenidos y les ataron a las vigas gruesas que había quedado del tejado devastado. Entonces se les destapó a cada uno de los atados la boca.

— ¿Por qué nos habéis vendido? grito el anciano, frío y terrible, mirando con cara de una cólera de mármol en los ojos del molinero.

El sajón había quedar atónito y enmudecido del susto. Su boca no más podía decir una palabra... ni de gracias, ni de odio, sus quijadas se habían hundido y temblaban, los ojos turbados como los de un loco, la lengua balbuceaba sin que poder articular. El susto le había enmudecido. La mujer lloraba amargamente, los mozos arrojaban miradas suplicantes y sinceras a terrorífico demonio de la venganza.

— Desatadles a todos los otros y a la mujer y llevadles a las orillas, afuera de molino — él se queda aquí.

En un momento fueron llevados a la orilla. Bajamos todos juntos del desván y nos fuimos a la orilla. Un fuego grande fue encendido al momento.

— ¿Quién nos vendió? dijo el anciano cruento a la mujer.

— ¡Él! dijo ella, lamentándose... mi marido. Le dije yo que no tenía que mezclarse ni para mal, ni para bien. No..., no pudo. Los húngaros le dieron 200 de eslotis⁶²⁷ buenos, y por eso él os vendió.

— Mujer, dijo el anciano, contigo no tenemos nada nosotros, ni con vosotros, mozos, dijo él a los mozos de labranza. Desatad a la mujer que coja su dinero y sus cosas que tiene por molino.

⁶²⁷ zloti o zloty es una moneda polaca

— ¡Cargad los fusiles, vamos! Disparemos a los sajones estos, dijo Niță riendo.

— Sin balas, susurró uno a otro.

Los mozos de labranza fueron desatados.

— ¡Huid, vamos! Les dijo Niță. ¡Fuego, niños! Dije a nuestros mozos.

Los sajones huían despavoridos -los fusiles dispararon, sin balas como estaban, no hicieron más que multiplicar el susto de los que huían. La mujer había salido, con el dinero y con las cosas que tenían más valor del molino y se marchó llorando. El molinero comenzó a sollozar, atado a las vigas del molino.

El anciano torció un haz de pajas y, llenándola con combustible, la arrojó encendida de abajo sobre el tejado del molino. En un momento el desván untado con combustible se encendió, el molinero gritaba terriblemente, por encima del rugido de las ruedas y la crepitación de las piedras del molino. Aquí el anciano tribuno rio salvajemente — la idea satánica se cumplía. Cogió el hacha y cortó las sogas que ataban el molino a la ribera.

El molino empezó a moverse, a flotar encendida sobre las olas.

— ¡También el fuego se ahoga! gritó el anciano terriblemente, encaramado a una piedra y levantando el puño a los cielos; ¡si hice daño, sobre mi alma caiga!

Aspecto terrible. Rugían las ruedas, rechinaban las piedras, crujía fervoroso el molino, gritaba salvaje el molinero en la tumba de brasa. El entero molino parecía un anciano y enfermo endriago de fuego que atizaba aullando, con sus alas, las olas enrojecidas por el fuego del agua. El molino nadaba rápidamente, llevada por el giro de la rueda, y por la rapidez del agua. Las florestas de las riberas se enrojecían por donde pasaba el palacio ardiente y abría sus sendas de bosque a los ojos que seguían el espectáculo... Las nubes de la ceniza del cielo se enrojecieron por el fuego, el humo pesado y grueso que dejaba atrás el molino que huía nos ahogó la respiración.

— ¡Hemos terminado, niños! dijo el anciano, suspiró pesado y profundo y bajando de la piedra de la que se había encaramado. ¡Vamos hacia la montaña!

No olvidaré nunca aquel espectáculo único en su clase.

Entre esto los húngaros había vuelto insufribles. La sospecha, y a menudo ni aquella, era bastante para que alguien fuera ahorcado o fusilado. La muerte se había convertido el estado normal, la vida -el estado anormal del hombre. Ellos rindieron las aldeas rumanas del modo más bárbaro, mataban sin misericordia a las mujeres y a los niños, parecían superarse uno a otro en crueldad y en terror. Qué era sin embargo más natural para los rumanos, empujados por la venganza, que pedir diente por diente, ojo por ojo. Los húngaros no había puesto en escena por tanto una revolución, sino un bandolerismo, un timo digamos

privilegiado -y un timo tan disculpado, con cuánto ella ejercita sobre a un nación de parias- sobre los rumanos.

.....

¡Sólo que encontró sus hombres! ¡Diente por diente, ojo por ojo! Este era también el lema de los lanceros — y ellos medían con la medida con que se les había medido a ellos. Los rumanos no capturaban, ellos mataban. Los hombres no se contaban según un rango, sino por cabezas, porque la guadaña no sabe diferencia entre la cabeza rizada y negro del magnate y entre la cabeza de perro del soldado húngaro. Era terrible este pueblo cuando se sacude sus cadenas de hierro, terrible como la vara de Dios. ¿Y acaso no son todos los pueblos así? Blandos y pacíficos en tiempo de paz, fisonomía bonachona, ojos sinceros, la estatura agachada por la ocupación pesada de la vida. ¡Pero míralos en revoluciones! Ves la profundidad de aquella alma terrible que yacía bajo la máscara bonachonería, ves como presupone, si no sabe, las injurias del pasado, ves como tiran las cadenas de sus manos ante los dueños sin de alma. Y temen los dueños sin de alma y dan sus haberes para salvar su vida. Pero el hombre del pueblo no quiere haberes, en vano lo llenas con oro, en vano lo vistes en seda. El pan que se lo has cogido de la boca del niño lo ha pesado con oro, sus lágrimas de veneno y sus sudores de sangre lo ha redimido con las grises perlas del Oriente; pero él no quiere el oro y tu perla, ¡él quiere tu vida! ¿Y quién lo encontraría injusto, quién mal? ¿Hay una ley en la naturaleza que no le disculpe? ¿Hay una ley en la naturaleza que no te da derecho a que mates al que azotó durante siglos a tus padres, al que quemó en el fuego a tus antepasados, al que llena las fuentes y los ríos con el niño de tu alma? Las leyes que componen el fundamento de la ética incluso te dirigen a pedir cuanto se te quitó, de hacer cuanto se te hizo, porque sólo así se puede restituir el equilibrio, el derecho sobre la tierra. Pero la virtud pediría que no lo mates. Nadie está obligado a ser virtuoso, pero sí a ser justo — y cuando la sentencia de aquel derecho no encuentra verdugo, hazte a ti mismo verdugo. Un hombre asesinado, una letra ilegible; una ciudad quemada, una página vuelta- he aquí el libro de leyes de las revoluciones, ¡de la justicia de Dios!

.....

(Aquí hay más páginas rotas del manuscrito de Toma. O le pareció bien romperlas, o alguna mano extraña al que se lo dio a leer tuvo la indiscreción de encontrarlas tan interesantes que las rompió para conservarlas. En cualquier caso a nosotros nos parecen mal no ser capaz de dar cuenta al público acerca de lo que contenían aquellas páginas; y continuaremos con lo que sigue desde donde lo encontramos nosotros:)

...que había visto la casa. ¿Qué era para responder otra? Además la decisión estaba tomada desde hace mucho y tenía la idea de cumplirlo sin ni siquiera que venga una semejante noticia. El anciano Terinte se lo da: que venga a la aldea con ellos, para hacerme sacerdote.

Sacarán del obispado libros para hacerme sacerdote, no temas. La revolución se había acabado y no tenía por qué hacerme sacerdote, y mi naturaleza no se vería afectada.

Poco después se declaró la paz de la restitución, aunque nosotros, guardas de los Cárpatos, no nos habíamos disuelto aún. Un día me dio Terinte una vasija, para que fuera a traer agua de una fuente cercana. El día era cálido y blanco, los bosques eran verdes. Entonces me abarcó la mayor añoranza que tenía. Llegué a la fuente, miré mucho a la cara del agua del fondo de la fuente, luego dejé que cayera la vasija dentro, y yo me dirigí por los montes hacia el valle.

Nuestra aldea estaba casi quemada, desierta, y sólo los perros de la aldea aullaban por todos lados de hambre, o roían algún esqueleto de la ternera muerta. Fui al chamizo. Me arrojé en los brazos de mi anciano padre, que me creía muerto. Estuvimos mucho abrazados de ese modo, el papá y el hijo, los ojos de mi anciano se habían llenado de lágrimas y no hablaba ninguna palabra, sólo me acariciaba el pelo y la frente y me besaba llorando y mudo de alegría. Un día y una noche le conté todo, pero él no se cansaba de oír... Cuando le pregunté cómo se había portado él en el motín, él me señaló sonriendo con astucia una lanza pendida en clavo.

— Además hice también yo cuanto pude, ¡viejo de mí! ¡Ya no tengo médula en los huesos! dijo él contento. ¡Ah! si hubiera sido también yo ahora como tú... pero soy anciano, no tengo que hacer.

Y me medió con su mirada feliz de arriba abajo, como si no hubiera podido creer que era yo, o si no soy yo.

Veni y Finița. Estaba comprometida con un mozo alto y hermoso. Les encontré un regalo para la boda y se enrojó hasta detrás de las orejas. Pero... sabía yo que le gusta.

La paz era plena en el pueblo. Finița se casó y yo fui a su gran boda -en fin, estuve lo que estuve en casa, hasta que un día me encontré con mi padre muerto. Había adormecido de vejez, y para siempre. Lo puse en la tumba junto con mi madre, coloqué una cruz de madera en su cabeza y la coroné con la albahaca. Finița, pobre niña, se secaba las lágrimas con el delantal y mi prometió poner flores sobre sus tumbas y coger alguna vela los días grande, por el alma de los muertos. La tristeza me había entrado en el corazón, tristeza y desierto.

Poesis

Fui a Cluj. Esperé a que viniera la noche para ir a su casa, para ver qué había pasado con ella. Tuve la idea de perdonarle todo — su traición — y, si hubiera quedado una chispa de amor en ella, la habría llevado conmigo para hacerla mi mujer. Mi corazón estaba sediento de amor y, como el que se ahoga, me gustaba agarrarme incluso de una paja.

La noche era algo lluviosa y las nubes volaban negras en el cielo y solo por sus rupturas gruesas se veía alguna vez la luna. Cogí una linterna pequeña conmigo, y, saliendo por las calles, empecé a recorrerlas bajo el latigazo menudo y tintineante de la lluvia y me dirigí, saliendo a las afueras de la ciudad, hacia los campos inundados de arroyos, que, amarillos, ahogaban la hierba verde, y salpicando con mis pies las olas que inundaban la llanura. Estaba tan oscuro que no podías ver ni siquiera la mano. Llegué a su casa. Saqué la linterna, y, encendiéndola delante de la puerta delantera, fui a llamar a la puerta, pero vi que la cerradura estaba sellada por la autoridad. ¿Qué ha podido pasar? Como a todas las mujeres que van de vicio en vicio, ella habría contraído deudas y estaba vendido por vía judicial su única pertenencia: la casita. Qué me importa a mí — tenía que entrar en la casa, para recordar una vez más los únicos momentos de felicidad de mi vida. Rompí el sello de la cerradura y rompí también la cerradura.

Entré dentro — también en su habitación. Estaba como en el primer día de mi amor. El piano estaba abierto y la silla delante de él, delante de la boca de la estufa estaba todavía la silla con el respaldo del viejo. Su cama alba y limpia estaba junto a la pared izquierda. Puse la lámpara en la mesa — y mi mirada encontró una carta sigilada con cera negra. La cogí. Estaba dirigida a mí y escrita con su mano fina. La abrí con rapidez y la leí. Estaba escrita trémula y la tinta de las líneas estaba turbada por lágrimas caídas en el papel. La reproduzco tal y como estaba escrita:

¡Mi amado, mi dulce amante!

Me crees traidora, desenfrenada, y abandoné mi casa. Sí, he sido criminal, mi alma, criminal como lo fue María Magdalena. Toma, ya no pido tu amor, porque cuando leas estas líneas, sólo podrías amar el cráneo enterrado y los ojos muertos de una chica loca — loca por tu amor — rota por el amor que la había impuesto la naturaleza, por el amor de su viejo padre. Mi padre enfermaba, yo no podía ganar nada. ¿Qué podía hacer? Mendigar, hubiera sido vergonzoso. Por eso me vendí. De esta manera conseguí mucho dinero, quizás demasiado — mi padre murió. ¿Te describo qué sentí después de enterrarlo? Cuantas veces pensé irme contigo, abrazar tus piernas con mis brazos, rogarte, implorarte para que me perdones. Me hubiera convertido en tu esclava, porque te amaba, ¡te amo! Visité a Ioan. Le supliqué que te protegiera, le di todo el dinero que tenía, pero le pedí

que me jurara que no te contara nada de mí. Antes de irse ha venido a mi casa y me ha contado en qué estado te encuentras — le hice regresar, porque sabía cuál iba a ser tu primer pensamiento: el suicidio- porque yo sabía que me amas como te amo yo a ti. Un día has desaparecido. ¿Para qué me valía venderme, cuando mi padre había muerto y tú te habías ido?... escribí mi testamento, en el que te he puesto a ti como heredero de mi casita... después encendí el fuego en la chimenea, cerré las puertas y también el postigo — porque la idea me parecía dulce, morir por la muerte por la que tú has muerto. En la atmósfera sofocante te he escrito lo que ves. Después, sentada junto al piano, empecé a tocar el vals lento, dulce, el que toqué cuando tu cabeza negra y genial dormía en mi regazo. Acariciar aquella frente de mármol ya no lo podía esperar más. ¿Así es que tú me perdonas? Si hubiéramos estado solo tú y yo en el mundo... cuánto nos amábamos tú y yo. Habríamos cruzado los bosques verdes hasta morir los dos, uno en brazos del otro, para pasar al otro mundo del brazo, dos ángeles, las estrellas del cielo. ¡Adiós, mi niño! ¡Te amo! Piensa en mí — si puedo, también yo voy a pensar sólo en ti, sólo. No me rechaces, mi niño, déjame ser tuya

Tuya, Poesis

Leí y releí lo que había escrito ella y empecé a llorar amargamente, como un niño, sus líneas se borraron por las lágrimas, por mis labios morados y ardientes.

— ¡Poesis! grité, apretando el aire de la habitación en mi pecho. ¡Poesis, perdóname!

Me senté en la butaca junto al piano, en el que había muerto ella, toqué sus teclas por las que se habían deslizado sus dedos tan delicados, tan hermosos y mi dolor devenía poco a poco más dulce, de desesperación, melancolía. Puede que su alma limpia soplaba dulcemente alrededor de mi frente. Puede que ella, aérea, me tocaba el pelo, besaba mi frente. Anduve mucho por la casa, asolado de ideas tan dulces, como amargas. Después desnudándome, me tumbé en su cama blanca. La soñé junto a mí —su cabeza rubia y dulce en mi pecho — mi boca hirviente en su frente blanca — ¡pero nada era real! Opresión inútil, ternura en el aire — no había nada. Apreté con mis uñas la almohada infame, hasta que el sueño tuvo lástima de mí y mi mente cansada adormeció.

Hubiera podido quedarme en su casita, que me había quedado a mí, hubiera podido pasar toda mi vida leyendo y releiendo, en una locura dulce, aquella carta llorada, escrita de su mano, soñar con ella toda mi vida, soñar como sombra por mi casa, como que sonrío a las flores de la ventana, como que vela cosiendo y tejiendo para mi niña. Hubiera podido crearme una felicidad ilusoria, una familia ilusoria, una mujer ideal — hubiera podido ser loco. Pero ¿para qué? Además, por muy larga que hubiera sido esta locura, no obstante, cada uno tiene sus momentos de lucidez, momentos en los que el suicidio es el primer pensamiento,

momentos de odio, de escepticismo, de decepción. Por eso abandoné mi casa... Aquella carta contenía toda mi historia.

Apuntes caracterológicos

Falta la idea básica, sistemática de todos estos fenómenos de la vida, que hace que un complejo de átomos sea un organismo. En efecto, una idea no es simplemente solo una idea, sino, en su tejido de causas y movimientos, ella se convierte en el centro alrededor del cual se cristaliza un organismo. Todas estas apariencias son peligrosas, los debates y los conocimientos aforísticos –, y sin relación ni sistema, son movimientos ocasionales de las condiciones fisiológicas del pensamiento – no movimientos espirituales en el propio sentido de la palabra; es una nerviosa vida física, no una existencia noble, personal, con metas precisas, determinadas. Y todo esto porque no se parte de un resultado positivo para llegar a otro positivo, sino porque caza fantasmas irrealizables, las grandes ideas posiblemente, pero que no son inmanentes al punto dado en el tiempo o en el espacio. Por eso falta continuidad en el progreso, porque falta el punto positivo del cual surja la continuidad. Es una vida física, no una política; una vegetación viva, no una vida personal, consciente, determinada por ella misma.

Sofía – naturaleza dulce y sabia, que hace que Ion tenga la mirada profunda y grande, ella no la da la misma mirada sino sólo el prisma de la mirada; por su profundidad del alma él recibe sus ojos grandes y profundos, y no se detiene en la apariencia exterior, sino que busca la idea de las cosas, ella no le enseña las cosas mismas, sino que le enseña a ver.

Ion se siente por consiguiente, no nacido en el punto aquel mientras que se adapta a su carácter, sin embargo, harto y disgustado de la vida, decide lanzarse totalmente en la corriente del tiempo y se deja llevar, si no puede ir. Porque un objetivo ideal, porque no es conveniente en el tiempo, porque él en el tiempo no está en su lugar, por eso elige un objetivo secundario, contrapuesto a su naturaleza interna, y la ejecuta según sus fuerzas, porque es fiel a sus principios: que en tiempos grandes, aunque este tiempo no le pertenezca, es una cobardía no estar de ninguna parte.

Poesis – fantástica, voluptuosa, llena de imaginación y sueño, su cabeza – en eterna irregularidad de asociaciones de ideas, no puede fijar nunca su mirada sobre un objeto, sino tiene ante ella siempre muchas, a menudo contradictorias, en eterna intranquilidad del alma, un caos de imágenes, ella comparte también con Ion esta manera de ver y hacer de él una naturaleza sagrada inconstante, catilinaria. El alma de Ioan, en su totalidad, en su vida interna deviene idéntica a la de Poesis. Pensamientos brillantes, pero sin profundidad – he aquí su característica.

Y esta receptividad larga, justo porque es larga, no es profunda, sino que se parece con las ondas creadas por un vado. Ellas son como un material ocasional e innecesario, hasta que no cae en ella la idea, semilla de la individualidad del pueblo, cuya semilla crece después como un roble y chupa del material recibido, como de un suelo indiferente en sí para la idea que el roble representa, el jugo del crecimiento y de su resurrección. El material recibido del extranjero no es

solo basura, grasa de la tierra, oxígeno en el aire que el roble, en el desarrollo de la idea que lo sigue, lo chupa en sus nervios.

Capítulo. Ioan.

Capítulo. Si dos hacen lo mismo, ellos no hacen lo mismo. Rojos. El reverso: Boliachistii, la misma oscuridad en la idea, la misma inseguridad, aforismos, lo mismo pero sin ser lo mismo. Transilvaneano. Hasta vosotros aumenta esta virtud.

Los componentes de la oración buscada en Gazeta.

El hablar con ejemplos, en comparaciones en general inadecuadas. El hablar con ejemplos muestra o la incultura del que escribe, que no puede representar una idea abstracta sin poner junto a ella una concreta, o la incultura del público con el que habla. Los ejemplos no obstante siendo siempre inadecuados, por su parte falsa puede llevar siempre al hablante al absurdo.

Las casas negras de Bucarest

Las casas negras de Bucarest dispersas por baldíos de basura con sus ventanas del que el polvo se ha pegado ennegreciendo las telarañas – un olor propio como de basura empañando llena la noche, y la luna se cuele como debilitada y soñadora por las dispersiones de las nubes. Un silbido, un perro aullando... pasa asustado por las callejuelas desiertas, temiéndose de cualquier figura que aparece en cualquier esquina... Los pasos se oyen a lo lejos como en Pompeya... parece una ciudad abandonada... De vez en cuando resuena el rodamiento sordo de un carruaje – después de nuevo nada. Paso por una callejuela estrecha... Desde una casita pequeña ilumina la luz por las ventanas cubiertas por la cortina roja... La luz parece en el fondo de la habitación. Entre adentro... una mujer sale a tu encuentro y coger del brazo... Es bonita y sus labios son rojos. Pronto está totalmente desnuda y el borde de la cama le sirve como lecho de boda.

Cara con estos seres

Cara con estas chicas mucho más que degradadas se entiende que la descripción calla, porque no podrá nunca, dará una descripción artística, lo que es imposible, porque en el fango de la vida humana no se puede encontrar poesía, sino una descripción, en general, que deviene imposible, por una parte por lo drástico y la inmoralidad del objeto, por otra porque el objeto mismo no merece ser descrito. Estos seres sin pudor, sin vergüenza, sin conciencia de sí mismo, porque ellas no se pertenecen a ellas, sino solo al vicio y al dinero, porque cualquier deseo en ellas está apagado por la simple causa que todos los sentimientos están apagados, estos seres pueden llorar... Vi a una llorando. Es extraño... pero es verdad. Por qué lloraría este animal humano – no sé.

Y aún así no la desprecio. También esta mujer fue una vez virgen. También esta mujer tuvo en la mirada ardor, en la sonrisa inocencia. Hoy –una chica enjalbegada, una mueca por el dinero, una sonrisa que sea coqueta y seductora y que para cualquiera de los hombres más noblemente organizados no puede insuflar nada más que disgusto... Y si no sonriera por lo menos... Si se ofreciese simplemente como máquinas de desahogo sexual. ¡Pero no! Ellas sonríen con su cara encalada, ni parecen chicas frívolas encaladas gruesamente con rojo, porque la fealdad de la muerte no consiste en ellas mismas, sino siempre en la simulación de la vida.

Jóvenes con cuerpos delgados

Y aún así no lo desprecio. También esta mujer fue una vez virgen. También esta mujer tuvo en la mirada ardor, en la sonrisa inocencia. Hoy en día – una cara enjalbegada, una mueca por el dinero, una sonrisa que quiere ser seductora y coqueta y que para cualquier persona más noblemente organizado sólo puede infundir asco... Y si por lo menos no sonriese... Si se ofrecieran simplemente como máquinas de vacío sexual. ¡Pero no! Sonríen con su cara enjalbegada, ni siquiera parecen chicas frívolas muy enjalbegadas con rojo, porque la fealdad de la muerte no consiste en ella misma, sino siempre en la simulación de la vida.

Jóvenes con cuerpos delgados (Variante de Permessicus)

Jóvenes con cuerpos delgados, con almas secas pasan por debajo de las ventanas rojas – y es suficiente un sonido ronco de su parte para que veas encender una cerilla a cuya luz surge una cara, como una máscara riendo burlescamente o desenfrenos absurdos, asquerosa.

Sofía–Dochia. De su sonrisa una sonrisa soy

(...) de su risa una sonrisa soy, de sus alegrías, una alegría santa. En fin, ¿no la has visto tú vestida de blanco, rezando a su Dios?

De ese modo la vi también yo, vestida de negro, las coletas caen sobre los hombros de atlas negro brillante como las ondas sueltas, sus manos blancas y pequeñas se elevan arriba, se había arrodillado, un triste y desaliñado ángel del dolor, en las escaleras de mármol blanco. La vi y me parecía que mi alma se familiarizaba con la suya, que yo podía amarla como a una hermana. Pero Dios, de esa manera pensaba y de otra forma iba a ser.

En otra ocasión la vi en el teatro. Triste como una tragedia antigua, yo estaba en el patio de butacas, apoyado a una columna, ella como en un sueño estaba sentada en el palco o miraba a los actores que hablaban en el escenario. A menudo me perdía en su visión, a menudo las palabras de amor dichas en el escenario hacían encontrarse mis ojos con su turbia y aún así dulce mirada -entonces ella agachaba sus ojos y empezaba a contar las hojas de su abanico, mientras una lágrima de plata, estrella de otro mundo, corría lenta y trémula a lo largo de su pálida cara.

Como a una amante, sin embargo no la podía amar...

En un baile la vi vestida con un vestido de raso blanco, por el pelo infierno y oración se colaban amarillas y azules flores silvestres, sus ojos brillaban más vivos y su sonrisa parecía más alegre. Me senté junto a ella y, tomando su mano, le dije tenue:

– Si supieras qué feliz me sentiría si pudiera llamarte mi hermana. Tienes una tristeza tan hermosa que parece que has sido un sueño de mi nublada alma.

Su mano temblaba en la mía, ella se enrojeció un poco y agachó sus ojos.

– ¿En serio? dijo tenue.

– ¿Y quieres que te llame mi hermana?... ¿Qué te trate de tú?

– ¡Oh, tú!

Me levanté... Invité a una dama a bailar, pero esto parecía que le molestaba. Ella se había puesto en pie... Sus ojos se fijaban en mí con toda su turbación, una seriedad profunda hacía que su cara pareciera más flaca y expresiva de lo que estaba siempre.

Descubrí al final como no dormía por la noche –que a menudo, tenía ensoñaciones infinitas sobre las teclas del piano en las que ella mezclaba, en un solfeo incommensurable, mi nombre. Me dolía esta niña inocente que parecía convertirse en mármol, que ya solo

sonreía cuando se pronunciaba mi nombre, que, con la cara soñadora, combinaba en aire con la luz de sus ojos cerrados una única figura. Ella decía a sus niñeras que a menudo, cuando iba a dormir, se le tejían ante sus ojos una tela de plata, por la cual no obstante, lenta, lentamente ella veía los contornos de una figura de hombre y distinguiendo aquellos trazos bien, ella apretaba su corazón con ambas manos y adormecía. A menudo acostándose sin embargo la cama le parecía hierro y la almohada piedra, de modo que se levantaba y se acostaba después en el suelo solo con camisa, para que de este modo, por las rendijas frías y vacías, se durmiera más rápido.

A este estado de cosas tenía que ponerle un final. Me fui a ella con el corazón lleno de una decisión firme, aunque ahogada de compasión. En un descuido blanco, ella estaba sobre una butaca de seda verde y leía. Cuando me vio entrando, saltó llena de alegría y me dio la bienvenida. Era una tarde de invierno cuando el viento chillaba afuera impuesto por la lluvia con millares de perlas de plata. La butaca verde estaba ante una mesa dorada, cubierta con libros y álbumes, y más allá estaba el piano abierto – y ante la chimenea abierta había otra butaca, ante ella había una mesita pequeña con la campanilla y con un álbum.

– ¿Qué haces? Dije yo, cogiendo sus dos manos en las mías... Era hermosa de ese modo, hermosa sobre manera. El vestido a penas la ceñía, el cuello estaba desnudo y blanco, y de los pechos se veía la parte del medio bajo el cuello, mientras los cuernos de los senos manifestaban su virginal existencia por dos pequeñas arrugas del pecho. La cara tenía una palidez húmeda, voluptuosa. Sus manitas estaban frías, y sus ojos nadaban en una luz extraordinaria.

– Cántame algo, dijo con la voz blanda y atusándose la frente tan redonda, tan lisa. Pero las cepas rebeldes se colaban entre mis dedos y caían en ramilletes, sobre la cara, de modo que parecía una amante que se enfadaba con su amante y se alborota en una esquina de la casa. Pero ella sola las apartó y de la melena apartada apareció una cara sonriente con una astucia blanda y unos ojos tan grandes, tan infantiles y aun así tan tranquilos.

– ¿Tocas?... ¿Sí? Le dije yo sonriendo llevándola del brazo al piano y mostrándola la silla y las notas. Sus dedos blancos corrían sobre las teclas, pero corrían tan tranquilos, tan somnolientos que no parecía más que una voluptuosa música de sueño. Tan hermosa, tan inocente, aun así no la podía amar. Ella solo era una idea en mi fantasía, un amor del alma, no del corazón. La amaba como el alma ama al icono de un santo, a la estatua de mármol de un monasterio, a la cruz de hierro sobre el agua santa –no de otra forma. Mi amor era como su ser -santo.

De repente las notas cambiaron y se hicieron serias, altas. Igual que ruega una estrella al universo, un emperador a Dios, una emperatriz a la Virgen. Aquellas notas no eran perlas sobre el cuello de una durmiente, sino eran estrellas ardientes de oro que electrificaban el aire, estrellas de oro que se mezclaban y enjambraban brillantes en la tranquilidad del ideal.

Era uno de aquellos cantos eternos que el cisne canta muriendo, una resurrección del cielo, compuesta por el maestro divino en el grito de su alma: Palestina.

Miraba a aquella niña en la que música y poesía parecían estar encarnadas porque formaban un ángel pálido —miraba, abriendo mecánicamente el álbum, perdido en el océano estrellado de las notas sublimes, mi mano volaba temblorosa, anudando hilos negros sobre un campo blanco, como de un jardín enlutado que se cuela por toda la página de una vida feliz.

Qué escribí... he aquí:

Como una flor es la vida... como una flor que pasa.

Cuando ella está en los nublados y majestuosos palacios de diamantes de hadas de poesía, donde las salas cargadas de un aire de oro flotan los sueños, sombras de plata y de una luz más blanca que la nieve -la mujer- poesía que aflora en la ventana de nubes marmóreas y la llaman la flor de los dolores.

Pero, disgustada de ella, aunque no se ha marchitado todavía, el hada la tira a la orilla de un río que corre junto a la peña de la preocupación y se rompen sus pensamientos de diamante y sus reflexiones cadenciosas en olas de pequeñas piedrecitas de las realidades mezquinas de todos los días. Pero, tranquilo en su interior, él se enamora de la flor de la orilla y en lo profundo y tranquilo su amor la bautiza la flor de los pensamientos.

El río pasa, terriblemente ruge el viento... el día se confunde con la luz amarga de la noche. El río turbio rompe y lleva la flor siempre, siempre hasta que la arroja a la orilla de un desierto árido y seco sobre el cual piensa en las nubes una luna pálida como la cara de una virgen muerta. El búho de la vejez grazna a lo largo del desierto y, cantando por el dolor de la flor, la llama en su balada la flor del entierro.

Cuando mi vida no es más que una marrón flor de entierro, porque, la niña que se parece a la poesía virgen y soñadora, mira a su cáliz y llora con nostalgia. El búho de la vejez adecua su canto a mi alma. Tú buscas en el tranquilo jardín del mundo una flor de lirio, la miras con amor y una lágrima de diamante de tu ojo cae en su olorosa alma. ¿Yo?... A la flor marchitada en vano cae la lágrima, ella permanece marchita.

Las notas desgarraban el aire y su resonancia soplaba suavemente todavía por el aire. Yo me había levantado triste y soñador y en el aire atardecido de la casa me parecía una sombra blanca, una sombra de ángel. La última llama de la lámpara con globo volaba por el cristal y se hacía humo, y con el alma penetrada por la noche me acerqué a una silla de la chimenea y miraba inconsciente a su llama azulada. Sofia se subió a una silla para volver a encenderla en la oscuridad la candela del icono vestido con plata de la Madre de Dios. Pero

con astucia ella cogió el álbum en el que había escrito y miraba pálida y débil luz de la candela, ella agachó sus párpados sobre las líneas del álbum abierto. De ese modo que estaba, alta, suspendida en el aire, parecía la sombra del arcángel de la guarda que ilumina los sueños de un niño inocente. Era el icono distinguido, dulce blanca, de un sueño nocturno, era la esperanza en una vida negra y rota... no era mujer. Y aquella esperanza la maté en mi corazón, en mi mente. La candela se encendió más fuerte, y su cara que se dirigía pálida hacia el cielo se inundó de oraciones. Los ojos estaban secos y ardientes, las manos se habían unido de modo que el álbum había caído a sus pies, y yo, caído de la silla arrodillado, la miraba, su cara luminosa encuadrada por la aureola virgen de la santidad, la miraba consternado. Mi mirada se levantó y la golpeó. Entonces sus ojos secos se agacharon hacia mí y, mirando largo y fijos a mis ojos –se llenaron de lágrimas grandes y ella se bajó de la silla. Yo me volví a la silla y, poniéndome la mano sobre la frente, agaché mi cabeza como un criminal.

Ella se acercó a mí -estuvo mucho justo frente a mí, como una estatua- después se arrodilló a mis pies y apoyó su pecho y costillas sobre mis rodillas. Su pelo desmelenado en desorden encuadraba la cara pálida y más hermosa del mundo.

– ¡Toma! Dijo ella con una voz llena y cogiendo mis manos unidas en sus manos blancas y pequeñas, como si pidiera de mí una gracia –Toma, repitió ella llorando, ¿no puedes amarme a mí?

Yo desuní sus manos, que cayeron abajo – una de mis manos la cogió su cuello de cisne, y con la otra la acaricié su frente loca de amor.

– ¡Sofía! Dije con una lástima inconmensurable, Sofía, sé mi hermana, mi niña – porque tu amor, aunque es el amor virgen de un ángel, sin embargo tendría que extinguirse en mi alma el icono de otra, de una muerta – pero para apagarla tienes que matar este alma. ¿Serás así, de cruda, amiga mía, mi ángel – serás tan cruda que matarás este alma que ya no puede rejuvenecer? Porque no me puedes rejuvenecer, niña mía..., un amor, uno solo, limpio como el cristal, ha vivido en mi alma y con él me voy a envolver hasta la tumba. Pero... yo no tuve hermanos, ¡yo no tuve una hermana! Mis padres murieron, sus huesos se mezclaron con la tierra. No tengo nada en este mundo. Amigos que me traicionaron, amantes con labios como el hielo que no amo, una nación que desprecia a sí misma –he aquí la fortuna de mi corazón. Y tú... tú eres tan sincera, tan limpia, tan noble. Si quisiera, te engañaría – pero te engañará alguien a ti.... ¿es posible? No me ames, niña mía –no me ames, porque quiero que seas feliz. ¿Cuántos no mirarán tus ojos estos grandes y llenos de rayos, cuántos no admirarán en secreto esta cara santa y hermosa, cuántos no desearán una sonrisa triste tuya, una mirada tranquila de las tuyas? Y tú dejas a todos, niña mía, para arrodillarte ante una piedra fría y sin alma. ¡Sofía! Libérate a ti misma, porque yo no te puedo liberar. No me ames, te lo pido, te ruego, porque este amor te matará.

Pero ella tendió sus manos y se cogía con ellas mi pecho. La mirada apagada de pasión ante mí como de un ser insensible. Sus ojos miraban fijamente y apasionados a mis ojos, sus manos me apretaban la ropa, sus labios se amorataban de pasión furiosa.

– ¡No quiero! Gritó ella más fuerte – ¡no puedo! Añadió ella tenue. Toma, susurró ella tenue y rápido, no pido que me ames – ¡no, no! ¡Fui loca al pedirte! Pero déjame que te amé yo -amarte como sé yo. Guardaré en mi corazón mi amor y lo acariciaré con furia, con la furia de una tigresa que acaricia a su niño nacido en soledad. ¡No sabes cuánto te amaría, querido mío, adorado mío! Sabes tú qué eres para este corazón pobre y chafado. ¿Sabes tú qué eres para esta cabeza pobre y loca de amor? Oh, tú no sabes, porque no lo puedes saber, y yo no encuentro las palabras para decírtelo. Si lo supieras, amigo mío, tendrías compasión de mí, recuerda por lo menos que te amo, porque yo no pido la realidad –miénteme solo, es suficiente para hacerme feliz.

– ¡Vamos! Sofía, dije levantándola de rodillas y poniéndola sentada sobre mis rodillas. Calla, niña mía, como puedes hablar así.

Ella temblaba de irritación y de un dolor convulsivo y pasional. Se había borrado con la manita las lágrimas, y yo la apreté a mi pecho y la mecí sobre las rodillas como mece un padre a su niño o que se enfurruña. Ella lloraba convulsivamente, escondiendo y apretando la cara en mi pecho, hasta refrescar su corazón lleno de dolor y los ojos llenos de lágrimas. Lenta, lentamente ella se tranquilizó, sus lágrimas, que las borraba con el revés de sus manos, terminaron y, con los ojos todavía húmedos, ella miraba justo a mí a la cara, ella sonreía.

– Loca, dije yo sonriendo y besándola los ojos.

– Si fueras mi padre, o hermano, qué bien sería, dijo ella, pero así no me eres nada, nada, ni siquiera primo.

– ¡Vamos, olvida, olvida! Niña mía.

Mi mano se puso lentamente sobre su corazón, que se sentía latir. Ella apretó mi mano con la suya sobre su corazón y dijo con una risa plateada:

– ¿Ves que ya no me late?

Pero ella mentía.

– Y... ¿nos reconciamos? ¿Sí? Dije yo, feliz por su sonrisa.

– Sí... y no. No -si no me prometes que vendrás mañana y pasado mañana. Te tocaré el piano, me contarás cuentos y te amaré como a un hermano. Seremos amigos buenos, buenos.

– Sí... ¡buenos! Dije yo acariciando sus manos y besándolas, blancas y dulces como eran... Sí, vendré... y me cantarás Palestrina y yo, agradecido, te besaré las manos y los ojos... y tú me besarás la cara, como una niña buena a su padre al que alaba y leeremos juntos y cantaremos juntos -como ahora.

– Pero sin escenas trágicas, se entiende, añadió ella sonriendo.

Ella se rompió con vivacidad de mis brazos que la rodeaban y, con la cintura apoyada en la mesa, se agachó sobre ella para encender la lámpara. Sus dedos tenían el encendedor sobre la llama, y su cara sobre la lámpara encendida parecía tan pálida, pero tan feliz -tan tranquila.

Yo me había levantado y la miraba. Mis brazos se extendieron y, tirándose a mi cuello, sus labios se fruncieron y sedientos buscaron mi boca. Apreté un beso largo y enfocado sobre aquella boquita pequeña como la de un capullo de rosa y cogiendo mi sombrero volé como loco por los escalones de mármol grisáceo del palacio de su padre. Llegué a mi humilde vivienda de enfrente y, loco de instintos incitados con crueldad en mi pecho, me tiré extendido sobre la cama y escondí mi cara encendida en la almohada.

Cuando me volví, la luna iluminaba por la ventana y golpeaba la cara pálida de Toma. Esto me tranquilizó. Cogí el pipa y estuve con él encendido y acostado igual que cuando entras tú. Te acuerdas que te lo dije entonces y no tengo que repetírtelo.

Una risa amarga

Una risa amarga seca, lentamente, frunce sus labios rodeados de una espuma morada, después un grito desesperado, brillante, oscurece el aire de la habitación. Por las llamas estremecidas de la residencia marmórea amoratada en rasgos aéreos la cara triste de Toma Nour.

Quién ha visto un entierro en Bucarest

Quién ha visto un entierro en Bucarest. En el carro mortuario, a ambos lados con dos blancos ángeles de mármol, yace el sepulcro abierto... sobre una almohada de atlas (raso) blanco bordado con negro yacía la cabeza pálida con los ahuecados rizos negros de la muerte. Caballos vestidos en negro iban al paso tras el melancólico tacto de la marcha de la muerte – sacerdotes en vestidos de seda roja y verde bordada con oro leían murmurando -ante el carro fúnebre- doce chicas vestidas de blanco y volantes con blanco parecían tristes ángeles del dolor que acompañaban a su hermana angelical a la tumba. ¡Su hermana Angélica! La ropa de atlas blanco sobresalía fuera del ataúd-las manos pequeñas y unidas tenían una pequeña cruz de hueso blanco, los labios apretados y alrededor de su frente había una corona de rosas blancas e hilos de oro. Su cara morada, los ojos grandes, hundidos, cerrados -una expresión de dolor sonriente- aquí está la campesina hermosa la de Dochia. La canción monótona de los sacerdotes ancianos, el paso perezoso del convoy, la música somnolienta de la marcha, niñas blancas cuyos seres eran enigmas vivos, he aquí la gente que se movía por la calle, mientras que de la torre de la Iglesia suenan los genios entumecidos de la lengua de bronce, que gime como un llanto de dolor hacia las nubes que suben al cielo. Miré al cielo arriba con los ojos medio cerrados. Acaso por qué no me pareció que, pálida y santa, en su vestido largo de atlas, sobre su frente coronada de rosas blancas y las manos unidas al pecho la cruz, con los ojos húmedos levantados al cielo como una plegaria, su alma subía entre las nubes dispersas como la sombra blanca de un mártir, subía por la lluvia de rayos, por la nevada de estrellas, hasta que su blancura se perdía en la blancura de la luz plateada del cielo. La raptaba al cielo un canto sublime oída solamente por mí, el canto de aquel maestro divino en su grito: ¡Palestrina!

Ella estaba acostada sobre su cama blanca

Ella estaba acostada sobre su cama blanca, con sábanas de un lino limpio como la plata. La chica estaba hundida en la almohada, su pelo rubio y bello se había ensanchado sobre la almohada, y los brazos desnudos y redondos estaban unidos sobre la cabeza. Cuello todavía se veía, y sobre el pecho estaba tirada la colcha de lana dorada, de oro. Me acerqué a la cama... ella dormía. Me arrodillé junto a la cama, desuní las manos de encima de su cabeza sin despertarla y, tirando su manita blanca y dulce a mi corazón, la tenía como un tesoro con las dos manos y la besé como a un niño. Después me puse en la cama junto a ella, de modo que la miraba a la cara. Apoyándome en mis manos, colocadas una por un lado de su cabeza, la otra por el otro lado, incliné mi boca sobre los ojos grandes y cerrados y sobre su cara pálida y, descubriendo con una mano indiscreta el pecho de debajo de la colcha que lo cubría, acosté mis mejillas sobre un pecho redondo, blanco y pequeño. Ella todavía dormía. Yo mismo tenía sueño, ya que no había dormido dos noches, por eso hice sitio a su lado y me tumbé vestido junto a ella, poniendo mi ardiente cara entre sus pechos y colocando una mano tras su cuello. Parecía que una música de sueño me dormía. La apretaba cada vez más fuerte a mi pecho, pero sentía que un sueño de muerte me penetra el alma. Ella se despertó, y, tomando mi cabeza embriagada de sueño con ambas manos, la puso sobre la almohada al lado de la suya y se cubrió de nuevo hasta el cuello, atusándome la frente y besando, como furtivamente y sonriendo somnolienta, mi cara pálida. El sueño juega sus colores verdes – azules ante mis ojos, y de este modo brazo en brazo, sonriendo lentamente, adormeciendo los dos – es decir, a mí me pareció que no adormecí. En cambio, me parecía dormíamos en un lecho de flores blancas en medio del campo con la hierba verde, la luna corría por el cielo, las estrellas brillaban como el oro, las abejas parecían enjambrar alrededor de nosotros, y los rayos de la luna tocaban nuestra cama de modo que él se levantaba lenta, lentamente hacia arriba con nosotros y con todo. La tierra desaparecía y llegamos al lugar donde las estrellas enjambraban alrededor, golpeaban a nuestras caras pálidas, llovían y nevaban sobre nosotros, como una lluvia de gotas de oro. Nosotros dormíamos aunque parecía que viéramos todo - ella parecía blanca como la plata, y una mano mía estaba puesta sin querer entre sus pechos redondos y dulces. “¡Qué hermosa eres, Poesis”, murmuraba soñando!, “Cuánto te amo”, susurraba ella, rodeando mi cuello con los brazos blancos, su palabra era temblorosa, dulce como música que espira, los ojos medio cerrados eran solo voluptuosidad, sólo mi mano sentía como su corazón late como la ola virgen. Y la lluvia de estrellas caía sobre nuestra cama de flores blancas y la nuestra cama flotaba con nosotros siempre, siempre hacia arriba – y le acariciaba con la mano ya la cara, ya el pecho y ella ni decía nada, ni me detenía, sino sonreía avergonzada, aunque de su boca húmeda le bebía todo su alma virgen, limpia, infantil, incluso su pelo de oro se mezclaba con el pelo negro y brillante de mi cabeza, incluso tenía ahora como una cadena con mis brazos en la cintura delgada y flexible de su cuerpo, incluso mis piernas se entrelazaban con sus pies pequeños y blancos.

“Te amo” – espira ella y su cuerpo fino, hermoso, blanco palpitando temblando bajo el mío y sus ramas desnudas y abiertas entre las que yacía yo subieron con convulsiones sobre mi cuerpo. Mi pecho apretó sus pechos fuertes, redondos y blancos, mi boca yacía apretada a la suya, ella unió sus brazos sobre mi espalda y me apretaba al pecho con toda la fuerza de su alma, yo empujaba lento y mecánico en ella hasta que sentí que ella temblaba espasmódicamente y se atormenta de placer hasta que un golpe eléctrico nos tuvo derrotados uno en el otro con una voluptuosidad dolorosa, hasta que después, derramándome junto a ella, adormecí dulce y tranquilo al lado de mi joven amor.

Vivía en una ciudad sometida a los turcos

Vivía en una ciudad sometida a los turcos. Con la cabeza llena de poesía y de odio contra los turcos, y viendo a unos bandidos escapando del somatén turco (con la espada en la boca y con armas las manos), huyó de su padre, que quería hacerlo pedrero como él y se unió a unos bandidos. Saquearon unos cuantos meses juntos. Fueron a buscar provisiones a un molino serbio. El molinero, por monedas turcas⁶²⁸, vendió a los bandidos a los somatenes turcos y un día, cuando iban como de costumbre a coger lo necesario, se encontraron en la ventana con una lluvia de balas, hiriendo entre ellos a Ion, el amigo de nuestro héroe, él lo cogió en sus manos y corrió con él sin otra herida que la de que Ion estaba herido de muerte. Al día siguiente incendiaron el molino y lo arrojaron al agua, atando al molinero traidor en el techo. El somatén les seguía y no estaban seguros de escapar estando acompañados de Ion. Así pues, el capitán envió al héroe y a un bandido el ladrón le dijo a Ion, “Reza”, Ion se hizo una cruz y en ese instante le decapitó y le enterró, cabeza y tronco, bajo una tumba de piedras. Huyeron. Indignado por esto el héroe y viendo hasta donde llegaba su atrocidad, pensó en huir. Por la mañana se armaron todos y el capitán le mandó traer en una calavera agua, él se fue reflexionando hasta una fuente y allí, tomó su resolución, tiró la pistola, las armas, la espada, todo al manantial y huyó al pueblo con su padre. Meses pasaron y él, conservando el corazón de bandolero, no podía soportar a un Aga que saqueaba el pueblo como gobernador. Una tarde, en un valle donde hay nueve pozos, pasando una chica con ovejas, la quitó una. Quiso arrojarle sobre el turco, el turco tenía armas y él ninguna. Quiso quitarle la pistola, no podía, porque el turco la tenía en el muslo, creyó que sería mejor esperar. El turco se durmió en la hierba, con la oveja a su lado. El muchacho se acercó, cogió una piedra y la dejó caer desde lo alto sobre la cara del turco. En un minuto sólo se vio en la hierba un pastel compuesto por el cerebro y la sangre en lugar de la cabeza. Cogió bien el cuerpo y el cerebro y lo arrojó a un pozo, salpicando sangre en el borde, para que no coja agua alguien, que sepa que se contaminará. Corrió a casa, llevó la oveja a la chica y se le contó a su padre todo, que en un arrebato de miedo, le dio una en la rabadilla del culo con el martillo pesado de pedrero. El muchacho huyó y es hoy viejo pedrero en Rumanía, en Drajna⁶²⁹, donde vive de la limosna y la ayuda de sus vecinos rumanos.

⁶²⁸ Para es una moneda turca de cobre

⁶²⁹ Drajna es un pueblo de la provincia de Prahova, Muntenia

El cuento más fantástico. Toma Nour en los glaciares siberianos

El cuento más fantástico, la historia más cruel no pudieron imaginar alguna vez la frialdad podrida de estos muros altos, de estas bóvedas negras y terribles como el nublado cielo de la noche, de estos enrejados gruesos como el brazo de hombres y enredados como serpientes. Por estas serpientes de bronce penetraba en ocasiones la luz amarilla de la luna, que hacía reflejarse muro a muro en saltos gigantescos y fantásticos, y por estos fantasmas yo corro de esquina en esquina, encadenado con cadenas pesadas, con ojos cegados, arrastrando en brazos mi tumba de paja enmohecida sobre la que duermo. Huyo de un rayo pálido, porque se encarna en espíritu, en la sombra fea de la muerte, huyo de la sombra de un muro, porque parece un gigante piedra que levanta sus puños para aplastarme. Pienso en entrelazar con los rayos de la luna una cadena para colgarme y morir. Pienso en golpear la frente estúpida con las piedras negras y cuadradas de los muros para romperme la cabeza, en llenar el empedrado húmedo con la sangre de mi cerebro. A menudo me sorprende a mí mismo con estos pensamientos, me cojo del pecho, me sacudo, me pregunto, “¿Qué quieres hacer, ladrón de vidas, quieres matarte?” Entonces me ovillo temblando de frío bajo un pilar de piedra, lo rodeo mis heladas y huesudas manos, lo aprieto a mi pecho, en el que apenas late mi corazón enfermo, me aprieto con furor, sólo para que tenga misericordia y se caliente. Pero la piedra es fría, el frío odio del tirano. El aliento en las heladas palmas, pero mi respiración es fría ella misma. Corazón, corazón, ¿cómo ya no tienes tanta calor? Un fantasma feo, barbudo, con el pelo batido y gris por el polvo, me puso vestidos rotos, casi desnudo, me encerró en un enrejado de cobre y coloco la cara y el pecho hacia algún rayo dorado de sol que por compasión llega a mí. Y en este caos espantoso y desolado no tengo a nadie. En lo profundo las murallas corren verdes ondas del Neva⁶³⁰, mezcladas con grandes rocas de hielo. ¿Por qué no soy yo también una piedra de hielo? El viento aúlla y me arroja nieve menuda a la cara –oh, es hielo, ¿por qué no soy también yo el viento de hielo? ¡En cambio soy hombre, Dios mío! ¡Hom! ¡Oye!

Entré en la sala de justicia injusta. Por lo menos hacía calor en aquella sala. La mesa era negra, encima la cruz sobre un evangelio. Las caras de los jueces con conciencia esclava, con la cara fría e indiferente como el cobre, con la frente pequeña y estúpida me aterrorizaban. Y con todo esto, la horca hubiera sido una bendición para mí. Miré a la cara de aquellos jueces con espada y les rogué que me dieran muerte. Se rieron. Yo sabía qué quería decir su risa. Me devolvieron a la prisión, pero esta vez me dio ropa, malas pero calientes. El viento soplaba amargo viento alrededor de los muros poderosos, y se sacudió toda la nieve en la frente y en los costados de los muros negros y fantásticos. El Neva estaba helado –una luna morada-roja pasó por el medio de las nubes de color de la tiza y el plomo... y los rayos morados penetraron por los enrejados gruesos. De repente la cerradura gigantesca de la puerta

⁶³⁰ El Neva es un río en el noroeste de Rusia de 74 kilómetros de longitud

empezó a girarse por dentro vuelta por una llave. Encomendé mi alma a Dios, porque creía que venían a matarme. Entró el carcelero anciano con la barba pelirroja y larga, con el gorro de piel, vestido él mismo en una piel, con la cara morada, con un manojo de llaves grandes y terribles, con una lámpara. Él estaba acompañado de soldados con sables desenvainados, que lucían débiles a la luz de la lámpara. Me ordenó levantarme.

La torre de una iglesia del Neva suena melancólica tres horas después de la media noche. Salimos de la prisión, en su patio rodeado de altos barrotes de hierro hasta la gigantesca puerta de piedra. Miré atrás para ver aquel negro palacio enorme, que subía al cielo como un monte con cuatro esquinas. Se abrió la puerta. Afuera esperaba un carruaje negro parecido a los mortuorios. Creí que me llevaban al suplicio. Subí. Al fondo del carruaje estaba un anciano amarillo como la muerte, con la cabeza calva y coronada de unos cuantos hilos de plata, con pesadas cadenas en las manos y en los pies. Era el compañero de mis dolores. Me senté junto a él, ante nosotros estaban soldados, tras la carroza –cosacos montados. El anciano lloraba. El azote del cochero golpeó en el aire y el carro negro voló, chafando sus ruedas en las piedras heladas del pavimento. La luna huía por las nubes nosotros huíamos llevados por una suerte de hierro. ¡Me alegré de que iba a morir pronto, pero, vaya, decepción! Salimos afuera de la barrera a una casita pequeña. Allí nos bajamos del carruaje para ponernos en un trineo con un único caballo -con un soldado con pistola y con un cochero también armado. El trineo volaba como un fantasma del aire por aquel campo blanco bajo el cielo cobrizo. Volábamos siempre como los sueños terribles de los poetas noruegos por campos solo de nieve, en el aullido lejano y flamante de los lobos en el silbido gélido del viento, volábamos por Siberia.

Cada vez más desierto, cada vez más llano, ni los lobos ya no se oían, el cielo estaba más sereno y la luna estaba más muerta, ya no se oía nada en el desierto de nieve más que el golpe silbante, silbido de un golpe de cosaco plumado. Solo de vez en cuando pasábamos junto a una cabaña cubierta de nieve, que fumaba en el desierto. Allí se cambiaban los caballos. Fuimos, fuimos hasta que llegamos al pueblo siberiano donde tenía que colonizar. Estaba cerca del mar helado.

Aquí cazo –compré de la ciudad siberiana patines con los que recorro sobre el hielo noches enteras, con la idea segura de perderme, de caer en el agua... de morir. A menudo vuelo de esta forma por la noche por los campos de hielo, con el pellico nevado, de modo que parezco un hombre de nieve -vuelo como una visión del Norte- parece que cazo las lejanas estrellas anegadas en Oriente, negras y rocas de hielo que se levantan verdes con la frente nevada a los rayos de la luna. A menudo sale la luz polar con sus miles y sublimes colores y se refleja como un luminoso sueño celestial en olas verdes y oscuras del mar helado. Las rocas se visten con rayos de diamante y zafiros, las olas parecen vivir, la nieve alargada de los campos de hielo se colorea fantásticamente, y por aquella feria larga, hermosa, terrible vuela tropezando un único ser vivo, pálido como una sombra, soñadora como una noche, cantando canciones populares de primavera... ¡yo!

Las estrellas grandes y doradas coronan las frentes de los montes de hielo, cuyos regazos se pierden en olas eternamente rebeldes, eternamente espumeantes; por ellas ves algún animal del mal levantando su cabeza de mujer y ladrando dolorosamente – la luna es una tabla redonda de oro, más grande y más hermosa, y los campos parecen extenderse, infinitos espejos de plata gris.

Cálidas canciones populares de primavera, de Bujor, contrastan dolorosas con el invierno eterno y se me saltan las lágrimas. Quién sabe si algún día, perdido por estos campos de hielo, no caeré al mar, enterrado allí hasta la resurrección de los muertos, en el fondo del mar helado... puede que allí sea hermoso, haya palacios de esmeraldas, haya hadas de olas turbias... ellas en cambio rubias y con ojos azules como las ideales de Ossian⁶³¹. Y me mimarían con sus pechos blancos como nieve de plata, y les besaría sus ojos brillantes como las estrellas, y les besaría sus labios rojos como la rosa de la luz polar. Puede que el anciano y oscuro Norte tenga a sus hijas de emperador en palacios de grandes momias, puede que los rayos de las estrellas rubias recorran por las altas bóvedas de esmeralda los palacios del fondo del mar. Puede que en esta atmósfera que no es más que un eterno juego de colores prismáticos encontrara también yo un lugar donde dormir en la reflexión de las luces coloradas, ¡cantar en el cántico absurdo de las olas! Me gusta mirar a alguna gigantesca roca de hielo e imaginarme que es el anciano y helado rey Norte, que mira, riendo con el viento, al fondo del mar, donde lava sus pies débiles, mientras nubes grises le cubren la frente con unas melenas grises de vejez. Pero a menudo cuando espero en la llanura que la estrella polar se levante del helado mar, entonces ella, cuando sale, me parece una brillante cara de santa coronada con rayos de oro, una cara hermosa, blanca, sonriente puesta sobre un pálido cuerpo en ropas negras... Poesis! Y el viento gime más amargo, y las olas se sacuden más terribles, y las rocas ríen y silban – solo yo estoy con los ojos clavados como de una estatua, ante aquella estrella polar, ante aquella cara de santa.

Hubiera querido convertirme también yo en una roca de hielo, para mirar eternamente la salida de la estrella polar.

⁶³¹ Ossian es recordado en las leyendas como el más grande poeta de Irlanda

Iconostas y fragmentarium. Sobre el entarimado frío de ladrillo

1

Sobre el entarimado frío de ladrillo húmedo de la prisión se designan en franjas entrecruzadas los barrotes de hierro de la ventana alta y arqueada, la luna flota sobre las nubes fugitivas que visten su cuerpo de oro. Un solo pilar blanco vestía la bóveda alta de la prisión y, apoyada sobre el pilar, se veía una figura alta de mujer, blanca como la cal, con los ojos turbados y fijos — ella retorció sus manos en las cadenas y de vez en cuando se atusaba su pelo enmarañado, que caía hasta las caderas en cepas y enredado completamente. A sus pies yacía el cadáver como de cal de un niño desnudo puesto sobre paja — un cadáver delgado que iluminaba a la luna, atado al cuello con un cordelito rojo. La mujer apoyada en el pilar era tan blanca que parecía una estatua del pilar.

Después de repente se sentó. Puso al niño en su regazo y sus labios morados sonrieron — ella le hablaba tranquila en voz baja, asombrado y loco:

— ¡Oh!, estrella mía, ángel mío, mi hermoso ángel, escucha, escucha. Para el templo de Sion⁶³² caído en ruina, para los muros de Jerusalén que fueron derribados, para la grandeza del pueblo de Israel, para sus reyes que le despreciaron — queda en soledad y llora. Pero llegará el día en que se levantará un héroe que traerá nueva grandeza y nuevo poder. Y tú eres ese héroe. ¡Tú eres Mesías, ángel mío! Tu Padre lleva corona, tu madre es esclava. Niño de esclava –niño de rey que te corona.

Ella se desprendió del cuello una cadena de oro y la apretó sobre la frente del niño.

— Dónde está ahora tu padre, aquel hombre pálido, hermoso, ¡oh!, demasiado hermoso, alto, con su vestido negro, con la corona cara sobre la frente, que te miraba a ti en la cuna – emperador del mundo entero. Sonríe, sonríe con tu boca pequeñita... los ángeles hablan contigo — los ángeles te muestran el manto, el trono, tu cetro... ¡Sueña! ¡Sueña lo que serás!... ¡Mi dulce Señor!

De repente ella se levanta. Su sombra se arrojó a la pared. Ella estiró su mano delgada y fina hacia la sombra, con la otra se despejó el pelo de la frente y dijo con alegría:

— ¡Tú eres...Esteban...Qué hermoso eres tú, Señor! ¡Dulce Señor! Acuérdate de aquella noche... ¡Oh! ¡Tú sabes aquella noche, cuando en tu cama te abracé por primera vez

⁶³² Sion es originalmente el nombre de una fortaleza conquistada por el rey David situada en Jerusalén

con mis brazos... cuando enlacé mi cuerpo a tu cuerpo! ¡Y mírala! A la flor de nuestro amor... ¡Señor!... Duerme, duerme, amor mío, ¡la flor de mi amor!

La luna se deslizaba despacio y las sombras de las rejas y del pilar se mudaban poco a poco sobre el solado húmedo y sobre el muro grisáceo.

2

Extraña como una carta en jeroglíficos estaba la callejuela hebrea de Sucevea bajo la luna. Hiladas de casas pobre, remendadas, aquí uniformes como las leyes del Pentateuco, allí abigarradas y mezcladas como las ropas rotas y los trastos viejos del bolso de un judío. En las ventanas, trozos de cristal colorados, pegadas con papeles desgarrados de Guemara⁶³³, con los que se cuecen las roscas de fiesta. Las cortinas de satén rojo enfiladas a uno hilo de hebra y el único espectador, la luna, miraba aquí en una casa, allí en otra, en todas al mismo tiempo y a la vez. Él vio libros viejos, en armarios viejos, candeleros de latón, niños que dormían en el suelo, caftán de satén y caftanes pobres. De ese modo la luz reveía a la vez estos cuartos de una abigarrada diferencia, aunque las casas parecían uniformes. En el medio del arrabal adormecido, el templo grisáceo — el Sion arruinado — el contorno apuntalado por travesaños de roble y, ante la casa de la aljama, un buey degollado como para sacrificio. Tenía un aspecto triste como una visión de Isaías, como una lamentación de Ezequiel. Gris era el templo por fuera, callado dentro, la ley sobre la balaustrada del medio, ropas blancas sobre los bancos. La cancela del corro de las mujeres retrataba en pared una flotante sombra. Eloimii sobre las entradas brillaban como escritos con estrellas... No tenía esta bóvedas orgullosamente altas, con iconos luminosos en ellas, con hiladas de pilares santificados con cantares melodiosos — era una arquitectura simple, fría, vacía — estaba tan desierta de belleza como el pecho de un hombre muerto...

Bajo los muros de aquella sinagoga se deslizaba despacio, con un saco en el espinazo, un judío joven. Había pasado de media noche. La luna plateaba el empedrado de la callejuela que podías contar, y la sombra del judío, pegada a las paredes, lo seguía como si... En una casita pequeña se veía por la ventana empolvada y ahumada ardiendo una colilla. Él se acercó y golpeó despacio. Un anciano con la barba grisácea y larga apareció en el umbral. Eran Rubén y Levy.

— Las trajiste, dijo él en voz baja, ¿y qué tal está mi Hagar, yerno? Dijo él en voz baja, ¡Hagar la hermosa!

⁶³³ La Guemará es el comentario y análisis de El Mishnah y juntos forman el Talmud

— ¿Hagar? ¿Me llamas yerno y me preguntas cómo está Hagar? preguntó el joven desalentado.

— ¿Y por qué no, yerno? ¿Porque vendí a Hagar al cristiano? Te voy a pagar porque vendí a tu mujer — ¿y no está mi Hagar en la torre? ¡Pobre Hagar!

— ¿Y por qué no me la ha devuelto el cristiano? dijo el joven y una lágrima le mojó los ojos, la hubiera recibido de nuevo... No habría estado triste. Yo soy un judío pobre y la quería... ¡Qué me importa que ella gana dinero también de otro modo, sólo quiero que sea también mía!... Que me la hubiera vendido a mitad el precio, como una ropa vieja, la hubiera vuelto a comprar... Por qué la encierra...

— Porque es suya... la ha comprado, está harto de ella... la ha encerrado... ¿Se lo coges tú, Rubén? Pobre chica, cómo estará llorando ella en la soledad y me estará maldiciendo, porque yo he sacrificado a mi Hagar como Iepth a Gibud⁶³⁴... Pero calla... callemos, dijo el anciano atusándose la barba, que repartiremos el oro que me dio el cristiano, treinta monedas venecianas, repartámoslo como parientes de sangre.

Él se levantó el regazo del caftán y sacó una bolsa vieja de piel, la puso en la mesa, sacó una silla y se sentó.

— Me ha dado treinta... toma tú quince. — Trae aquí, dijo Rubén medio arrodillado y con la cabeza entre las manos.

El anciano contó hasta quince. Rubén las sopesó un tiempo en la palma. Después dijo oprimido:

— ¿Al final solo quince? ¿Acaso la chica no era entera mía? Levy metió despacio la bolsa con el resto en el bolsillo. — No te doy el resto del dinero... dame los quince, porque son míos.

Levy no respondió ni una palabra. Él miró a la colilla de la vela fijamente e inmovible, luego abrió el cajón de la mesa vieja, negra y sucia, miró a la luz que, mientras había estado contado, había apartado...

— No te dejo el dinero, dijo Rubén con voz más alta. Bastante he estado llorando noches enteras, he vuelto mis pies a la cabecera por Hagar — y ahora ¿no quieres darme la suma entera?

El anciano miró extrañado. La lámpara estaba a punto de apagarse. — La luz se apaga, dijo Rubén, antes de que se apague la luz, cuéntame el dinero...

⁶³⁴ Posiblemente, hace referencia a Jefté hijo de Galaad, Jueces, 11

Levy sacó un cuchillo del cajón y jugó con su filo en la luz de la lámpara. La luz rielaba más fuerte.

— Te juro por el Dios de Sion, esta noche esta no pasará sin que tenga todo el dinero. ¿Eres sordo, anciano, no oyes?

— La luz aún arde, dijo Levy.

— He dicho, la luz entre tú y yo — ya está, dijo Rubén, y la tiró al suelo.

Se apagó, sólo el cirio ya centelleaba. Él extendió sus manos encima de la mesa y cogió al anciano de la barba. El anciano no dijo nada. Con una mano le agarró la cintura, con la otra golpeó con el cuchillo al contrario y le atravesó el cuello, de modo que la sangre le disparó en la mejilla. El joven cayó con la silla y su sangre corría a chorros sobre el solado cubierto adrede con mucha arena. Su oro cayó al suelo esparcido por el charco de sangre. Despreocupado del joven, Levy recogía moneda a moneda, las limpiaba de sangre y arena y se las ponía en su bolsa vieja... Después permaneció mucho en silencio, parecía computar algo.

Después saltó de la silla y cogió el saco que Rubén había traído, lo desató, sacó y puso sobre la mesa lo que había en él... eran trajes llevados por un Señor, que una vez de gran valor debían haber sido. Levy murmuraba en la barba que se la levantaba con la mano a los labios.

En la callejuela no había nadie. La luna se había puesto, parecía que el corazón de la noche escurría su sangre luminosa, porque había tinieblas...

Miró si la puerta estaba bien cerrada, estiró una manta vieja sobre el muerto y se acostó.

Pero sólo se adormilaba y no podía dormir. Él se retorció de dolor en la cama y de vez en cuando se golpeaba con el puño en la cabeza. Empezó a suspirar y gemir, se levantó de la cama, largo y delgado, y tentó en la tiniebla hasta llegar a la mesa en la que había distinguido las ropas de Señor.

— Tengo que ir a ver a Hagar en la torre, susurró él monótono. ¡Hagar! ¡Hagar! También a mi nieto Ismail, le haga Dios manantial en el desierto de la prisión, porque sus enemigos han secado el agua del cántaro.

Empezó a vestirse con las ropas de Señor. Las ropas pendían sobre su cuerpo delgado, las correas del sable se le abrochaban al revés y en la vaina metía una (***)espada vieja. Parecía extraño este Señor. Se puso un gorro de príncipe viejo sobre la cabeza y se miró al espejo. Él se asustó.

“Me convertido en Señor, el ungido de los infieles, el que ha vendido a su hija, Dios me perdone. Necesitaba dinero para ir a Jerusalén, porque soy anciano y Rabino. Ahora me he convertido solo en Señor, he profanado a mi hijo como Lot en la borrachera. ¡Y me he convertido en Señor! Me has ungido, Señor, con el aceite del trono de Sion. Y mi Hagar en la torre, iré a verla y la cantaré un salmo el de los niños de Assaph y la alegraré con la canción de harpa de Sion”.

Él estaba loco. Cogió un cántaro lleno de en la mano y se fue por las callejuelas estrechas del arrabal de los judíos. Pero el camino no se lo encontró. Llegó a un lugar vacío, entre los muros de la fortaleza de Suceava y los muros de la cárcel. A este lugar solo podías llegar por travesías estrechas y pasos entre las casas, por pocos conocidos.

3

La luna se había puesto y la joven judía estaba en la ventana y miraba en la noche negra, la sombra gigantesca de su cárcel había desaparecido y la luz de las estrellas era débil. Su cara blanca brillaba como la de una muerta de granito gris de la ventana de la cárcel. Llegó el anciano con su ornato... Él era todavía más extraño y más fantástico que antes. El bonete le quedaba torcido en la cabeza, su pelo largo y gris ondeaba al viento.

Cuando la judía le vio empezó a reír reventada de alegría.

— ¿Has terminado tu palacio nuevo? Preguntó ella. Con estancias hermosas revestidas con seda roja, con espejos altos de siete codos en los que me vea desnuda desde la coronilla hasta los talones... Sí, desnuda, blanca como la nieve en sus agujas vestidas en púrpura señorial. ¿No soy yo tu flor de nieve, Ștefane?

Ella le tendió la mano delgada, pequeña, fina por los barrotes.

— ¡Ștefan! ¡Mira tú al rey de los judíos! ¿Le has preparado la silla imperial y el cetro para sus manos para juzgar a Israel como Samuel el juez? Pero has adelgazado, mi joven amigo, dijo ella entristecida mirándole de nuevo, y parece que has envejecido mucho... por qué ayunas, no ayunes, Príncipe Azul que eres.

Pero de repente ella pareció reconocerle.

— ¿No eres tú por casualidad Levy Canaan? exclamó ella. ¡Halila! apártate de mí.

Ella retiró su mano hacia atrás, la que el anciano había apretado a la suya.

— ¡Soy Levy Canaan! dijo el anciano hipando. Los paganos dejaron que se seque el manantial de agua. Yo traje un cántaro lleno y vine a ver a mi Hagar en la torre.

— Vaya, Ștefan, dijo ella en voz baja, te odio ahora. Has desaparecido mucho tiempo de mí y de mi niño, te dejaste barba de tristeza, no la has cortado, de tanto que has tenido en nuestro palacio el nuevo... Y eras tan hermoso, Ștefane, y tus besos en la boca era como el vino de Chipre, y tus ojos — como los ojos de paloma.

— Hagar, mi Hagar... Yo soy Levy Canaan, el judío rico.

— ¿Tú eres Levy Canaan, el judío rico? ¡Halila! ¡Aléjate de mí!... ¿Pero ves tú, querido Ștefane, al niño de tu amor? Me diste a beber vino dulce y dejaste que se ahogue con aroma de mirra en tu palacio y me has besado mis labios. Pero tómame, tómame sólo, el palacio nuevo será mucho más hermoso que el viejo. El anciano le tendió el cántaro.

— ¡Halila! Aléjate de mí.

Levy soltó el cántaro sobre las piedras de se hizo cascajos. Sus ojos se abrieron -él miró en vano a la ventana y sacudió con las manos la reja. El bonete se le cayó de la cabeza y él también.

— Adormeciste, mi hermoso novio, dijo Hagar, adormeciste en tu palacio, en la almohada de púrpura, en el dosel dorado.

Ella tendió su mano con cariño al anciano caído, después cantó en voz baja, como si hubiera querido adormecer a su niño:

— ¡Duerme dulce, mi amor, duerme dulce!

Después de este acontecimiento maravilloso

...Después de este acontecimiento maravilloso, mi caballero apresuró el caballo hacia la loma de un cerro alejado, para pasar los charcos y los pantanos peligrosos de Bugeag⁶³⁵. Pero apenas había recorrido la mitad del camino y muchos caminos venían en cruz y por donde se volviera no veía en el horizonte nada más que barranco, barranco desierto y gris lo rodeaba y ya ni sabía hacia dónde marchar. Le cogió la noche. Era una de aquellas noches negras en que la luna flota como una mancha apenas vista en el cielo. Sólo de vez en cuando ella reavivaba de repente en todo su poder, para alumbrar la llanura gris y desierta, para desaparecer de nuevo horas enteras. Temía los baches y hoyos, el caballo estaba cansado, a él mismo le parecía caer de la montura. Bajó del caballo y puso su oreja en la tierra. Estuvo mucho tiempo de ese modo, cuando oyó como si, sigiloso, ronco, un profundo sonido de campana... él se sobresaltó. Volvió sus ojos a donde le pareció oír sonido y vio una luz turbia y como titilante. Cogió entonces el caballo por las riendas y empezó a ir a paso acelerado — aunque apenas podía con sus patas. Detrás de un trozo de lugar se vio parado en medio por una zanja que había llenado de juncos y malas hierbas el agua, que rodeaba el lugar de donde venía la luz — y, cuando la luna salió por un instante para alumbrar el lugar, él vio una muralla vieja y grande, con alguna torre en cada esquina y con una puerta gigantesca en el medio de la muralla. Era una ruina más, parecía desierta, el tejado se había derrumbado por algunos sitios, los muros parecían inclinados sin puntales, las ventanas rotas, el envigado putrefacto y derrumbado. Un puente levadizo, mucho más podrido, llevaba sobre la zanja al patio del castillo.

Él fue dentro. La luz apareció en la ventana de una de las torres, luego pasó, como llevada por todo el castillo, a lo largo de todas las ventanas y desapareció. Al mismo tiempo la luna se sumergió tras una nube negra, sin dejar ninguna huella ni ráfaga siquiera y había unas tinieblas como no había habido. Silencio mortal... El caballero ató su caballo al pilar de un tipo de cobertizo, se acercó a la casa y fue ante ella con pasos tranquilos y apenas oídos. Había tranquilidad como una tumba. Él miró por las ventanas de abajo, pero fijó sus ojos en unas tinieblas impenetrables y no pudo distinguir nada. Después de un corto monólogo fue a la puerta, cuyas jambas estaban colgado, de una cadena, un martillo pesado. Él lo levantó, se arrepintió, luego golpeó una vez fuerte. Toda la guarida resonó desierta, después de nuevo silencio. Él repitió el golpe — de nuevo un eco sordo y profundo, después de nuevo silencio mortal. Golpeó por tercera vez, ningún movimiento de ser vivo. Dio unos pasos adentro, para ver si no divisaba fortuitamente luz en alguna parte del castillo... La luz apareció en el mismo lugar donde había aparecido antes, pero desapareció igual de veloz. Al mismo tiempo cayó un golpe sordo y profundo de la torre. El corazón del caballero hizo una pausa tremebunda... Estuvo mucho tiempo inmóvil, luego quiso dar algunos pasos hacia el caballo, pero la

⁶³⁵ Región del sur de Besarabia

vergüenza de sentir miedo le retuvo; el honor y un irresistible deseo de llevar la aventura a un fin lo devolvieron a la puerta. Cogió el corazón, se llenó de hombría, sacó el sable con una mano, con la otra elevó el picaporte de la puerta. La puerta pesada tronaba de los quicios y era difícil de empujar, él la forzó a más no poder, de repente se le escapó de las manos, él empujó para adentro y la puerta volvió a caer tras él cerrada. Un escalofrío frío le pasó de la coronilla hasta las plantas, se volvió para encontrar la puerta y pasó mucho hasta que la encontró, palpando, pero con todo el forcejeo de sus fuerzas ya no la pudo abrir. Tras muchos intentos infructuosos, él empezó a mirar a su alrededor y vio al fondo una escalera, enroscada como el cascarón de un caracol, una llama pálida-azulada, como una luz de lamparilla, que se divisaba trémula sobre los muros negros de piedra... era como una semilla de amapola. Él se repuso otra vez, fue palpando hacia la llama, pero ella huía ante él. Él llegó hasta abajo de la escala y tras un instante de arrepentirse empezó a subir despacio apoyándose con una mano a la pared. Él vio la misma llama alejándose ante él hasta que llegó a un corredor extenso y largo... La llama parecía que flotaba en el aire a lo lejos en el corredor, llevada como de una mano invisible... él la seguía a hurtadillas sólo con la punta de los pies, porque se asustaba del ruido de sus propios pasos. La llama le condujo hasta el subió otras escaleras, aquí desapareció. En aquel momento resonó de nuevo la campana de la torre... como un gemido. Le pasó por los huesos y la médula este sonido ronco, piadoso, quejumbrosa.

Estaba en tinieblas totalmente. Estiró sus manos y empezó a subir también esta escalera... Una mano fría como la de un muerto le cogió la izquierda y le tiró tras ella... intentó soltarla, pero no pudo, blandió la espada delante, oyó un grito tremebundo y la mano fría quedó sin fuerza en él... Él la dejó caer al suelo y fue con una resolución desesperada adelante. La escalera corta, enroscada, estrecha estaba llena de ruina y agujeros. Los escalones eran cada vez más y más angostos, hasta que llegó a una rejilla de hierro. Él lo golpeó con el pie y la abrió. Llevaba a un corredor tortuoso y con ángulos, apenas suficientemente extenso como para que un hombre pueda pasar con manos y pies por él. Un brillo apenas, cuya fuente no se sabía lo alumbraba de modo que lo podías ver. El caballero se atrevió a seguir. Un gemido hondo, desnudo se oye por las bóvedas del corredor, desde lo lejos. Él fue siempre adelante y vislumbró de nuevo la llama azul que le había alumbrado antes. El corredor arqueado se abrió de repente en una galería grande y espaciosa en el medio de la cual él divisó un hombre vestido en hierro y armado plenamente que, con la cara siniestra y tremebunda, levantaba con una mano el sable y mostraba la otra, mutilada y ensangrentada. El caballero saltó con valor sobre él, pero desapareció de repente, dejando caer una llave pesada de hierro. La llama había quedado suspendida sobre alas de una puerta grande al final de la galería. El caballero se dirigió hacia ella, metió la llave en la cerradura pesada de hierro, la giró con fuerza, las alas de la puerta salieron en ambas las partes y apareció una sala grande y alargada en cuyo fondo había un ataúd alzado por un catafalco y a su alrededor ardían en candeleros altas antorchas de cera blanca. A lo largo de los muros

de la sala había, en hileras largas, estatuas gigantescas del mármol negro, vestidos como moros y con sables grandes en las manos. Cuando el caballero entró, todos levantaron los sables y adelantaron un pie. La llama pequeña flotaba siempre ante él, él la seguía siempre, hasta que quedaron seis pasos ante el ataúd; en el momento aquel la tapa saltó del ataúd, la campana sonó a alarma... una dama en sudario blanco y largo, de muerta, con un velo negro sobre la cara, se incorporó despacio del ataúd y tendió sus brazos hacia él. En aquel momento las estatuas hicieron sonar los sables y se dirigieron hacia él. El caballero se arrojó como el relámpago sobre la mujer y se colgó a su cuello, ella retiró el velo y le besó en la boca. De repente todos los muros viejos temblaron y se desmoronaron alrededor. Al caballero le entró un desvanecimiento en el corazón como si él hubiera caído al suelo...

Cuando volvió a su naturaleza, él se encontró acostado en una cama de terciopelo en un cuarto, la más espléndida y rica que había visto en su vida, alumbrada por luces colocadas en candelabros de cristal. Una mesa cargada con todo tipo de manjares estaba en medio del cuarto... Una música tranquila pintaba la armonía en el aire, las puertas se dieron de lado y una mujer de una indescriptible belleza, cargada con ropas brillantes y adornos caros, entró, seguida de otras mujeres, también hermosas, pero menos que ella. Ella llegó al lado del caballero, se arrodilló a su lado y le besó las manos. Las chicas jóvenes trajeron una corona de laurel y se la colocaron sobre la frente, ella le cogió las manos y le llevó a la cabecera de la mesa, donde se colocó a su izquierda.

.....

— ¡Ángela! murmuró él asombrado. Por muy bajo que lo hubiera dicho, ella le oyó, inclinó sus ojos piadosos y sonrió. Los sirvientes entraron para servir la mesa — una música encantadora le acarició el oído. Él estaba mudo de asombro y respondía con inclinaciones y maneras corteses. Después de que se levantaron todos de la mesa, todas las chicas se dispersaron, menos Ángela, que le llevó de nuevo al sofá, y le puso en sus brazos, le rodeó el cuello con su brazo desnudo, fino, marmóreo, acercó sus labios a su boca suya y empezó a hablarle, boca con boca, de este modo.

.....

El telón de fondo de estas escenas salvajes

El telón de fondo de estas escenas salvajes cargados de bosques y barrancos una forma de las ruinas de un castillo endurecido en la apariencia de la luz pálida del cuerno de la luna. Figuras envueltas en los gabanes largos y negros se deslizaban junto a las murallas y se reunían en grupos. Sus rostros estaban enmascarados. De repente, escuché un cuerno sonando y despertando los valles. Uno se acercó corriendo de puntillas. La princesa está aquí... a lo lejos se acercaron unos cuantos hombres con antorchas de resina, entre ellos una mujer escondida... Ellos se acercaron... nació una pausa larga, todos hicieron con respeto sitio a la mujer – de repente se quitó el velo y mostró su divina belleza... Y todos dirigieron sus ojos a ella.

La noche estaba oscura

La noche estaba oscura completamente y la llanura mezclaba solo un blanco en el silencio de la oscuridad y el caballero apresuraba su caballo sobre la llanura que tronaba como el hielo, la coraza de acero le parecía pesada y el gabán negro estaba arrojado con facilidad y libertad sobre el hombro izquierdo, enfundándole, dejándole libre sólo la parte superior del pecho. El yelmo brillaba débilmente y el caballo tropezaba de vez en cuando por sus rodillas delgadas.

¡Vamos! Parecía que el trasto forcejeaba con la silla de montar, con las orejas caídas hacia atrás, apresuraba sus pasos, y los pies del caballero colgaban fuera de las escaleras, cansadas, por el largo vientre de su caballo.

“Que el demonio te lleve, pensó él en sí mismo, ya no llegamos esta noche y me agarró la oscuridad en medio del camino, bajo el cielo desnudo”. La llanura estaba completamente lisa, algo resbaladiza y la nieve se extendía rasa.

Él siempre iba adelante. Queriendo o sin querer tenía que llegar a algún lugar y hubiera abierto las correas de su vestido de hierro, pero qué sabía a donde iría a llegar. Él iba y el caballo. Él se golpeó con la palma la frente, como si hubiera querido acordarse o se recordara algo.

De este modo marchó sin parar, exhausto, sobre un llano que parecía no tener fin.

“¡Qué desierto, pensó él, se burla de mí el camino!”

Yo ya estuve por este lugar, pero no me pareció nunca así. A parte de esto tiene que empezar a amanecer y yo todavía no veo ni aldea, ni casa, ni luz de fuego, nada.

¡Vamos! Caballo...

De repente dio con un vado, el caballo se esforzó y lo saltó, después le pareció ver una mancha clara a lo lejos... Él fue hacia ella, se bajó del caballo para calentarse los pies adormecidos y, llevando tras él el caballo del bozal, fue siempre hacia la mancha, que se le pintaba delante de los ojos. De repente dio con la nariz con algo frío como el acero. Ésta era la mancha de luz: era una ventana escarchada, pero de la que no sabía, él resopló en el cristal hasta que hizo una rueda redonda y miró. Vio una mesa en la oscuridad, con un papel como blanco y unos dedos delgados extendidos sobre un portaplumas y el portaplumas...; otra cosa no vio, porque la oscuridad era tanto afuera como adentro.

Él golpeó con el dedo en la ventana. La mano paro de escribir, el portaplumas quedó levantado sobre el papel, pero ningún sonido. Él golpeó otra vez. La mano desapareció.

Él sintió que alguien le arranca las riendas del caballo de las manos, miró atrás, no había nadie. Pero el caballo tampoco estaba. Después sintió una mano pequeña y dulce poniéndose en la suya.

Él quiso hablar.

¡Shhhhh!

Calló. Se dejó llevar. Entró en una habitación en la que había un tipo de semioscuridad y oscuridad total, aún así veía a su alrededor. Parecía ser la luz de la luna en casa, sin que esta luz entrara por la ventana. Al contrario, en la ventana la oscuridad era tremenda.

En una esquina de la casa grande, alrededor junto a paredes con banquetas, él vio la misma mano paseando sobre la mesa sobre un papel y ahora distinguió a un anciano con la cabeza agachada sobre la mesa, cuya barba gris tocaba el papel.

Él sintió como la mano pequeña le recorría el cuerpo y le abría todas las correas de su armadura, le cogía el casco de la cabeza, le sacaba el calzado – pero estaba muy helada. Al final, sin el peso de las armas y desnudo, él cayó sobre la cama blanca en la que estaba, un calor dulce le abarcó y adormeció.

Pero durmió poco. Despierto, observó que estaba bien cubierto, que estaba caliente y bien; abrió sus ojos, miró: en la casa había una luz más clara. El anciano paseaba por la casa. Él estaba vestido de negro, tenía una cara grande y una frente alta y la barba hasta la cintura. Él paseaba por la casa, pero no se oían sus pasos y sus ojos parecían cerrados.

Él quiso hablar, pero sintió su boca tapada. Entonces sintió apenas que había alguien junto a él. Calló, extendió solo el brazo izquierdo y abarcó el cuerpo de su blando compañero de cama.

Era un cuerpo fino y dulce. Palpó dos globos con las manos y no dudó de que era una mujer.

Los avatares del faraón Tlà

La tarde... la tarde... santa y limpia grande extiende sus lienzos transparentes de azur bajo la luna que en la altura alejada del cielo pasa como una gran manzana de oro sin ser detenida por nada en el éter azul... los desiertos de Nubia lucen verde-grisáceo como las llanuras de hielo a los que ha caído una nevada débil y Memfis, la divina Memfis, levanta sus colosales muros nevados por la luna en la lejanía del país... parece que en una noche de verano hubiera nevado de repente un polvo de diamante encima de todo el mundo y las huellas de aquellos resplandores hubieran ablandado y endulzado el aire dulce de Egipto, y sólo el Nilo mece las movedizas y las largas riberas de juncos entre los que corren sus espejos grandes, que reflejan el mundo del cielo y parece que sus aguas, moviéndose una encima de otra como sudarios de cristal movedizo, suena en la profundidad el cantar de los cantares. Fácilmente vuela el bote pequeño y negro parecido a unos pensamientos entre los cuadros grandiosos que se desarrollan de una y de otra parte del río... ciudades viejas que construyen sus muros grisáceos y sus columnas infinitas en la luz de las noches, las pirámides -tumbas de reyes-, ramas de palmeras y sólo pájaros viajeros recorren con las alas extendidas, en un largo triángulo, las profundidades sin márgenes... ¿dónde va? ¿Dónde?

En el bote negro está acostado, y su cabeza grande en almohadas de seda, el enfermo rey Tlà; alrededor de su elevada frente — una corona de flores de amapola... de flores del olvido y del sueño...

Encima de la perpetuidad de las ondas vuela su bote, mientras que de una parte y de otra del Nilo se levantan los jardines pendientes... Dos sobre las riberas, sobre ellas, como a los hombros de la montaña, otras dos, y en la altura del cielo otras dos... Había escaleras gigantescas elevadas hacia el sol, y cada escalón era un jardín largo, extenso y todo su mundo se representa paso a paso (fielmente) en el cielo y ahondaba como en un espejo paso a paso en lo infinito del Nilo...

Los jardines colgantes se habían vuelto brillantes hondo-hondo en el río y entre ellos parecía que pasa la luna como un tesoro en lo hondo de las aguas. El bote paró en la ribera... El rey bajó pálido y ahondado y se perdió en la sombra de las altas bóvedas de hojas de los jardines, pasó a la luz de la luna y su sombra se pintó sobre la arena de las sendas como una figura escrita con carbón sobre un sudario blanco. Al frente del jardín más alto estaba su palacio, con la cúpula redonda, con hileras de columnas grises, con bóvedas gigantescas...

Eran tan grandes aquellos muros que el rey parecía una cucaracha negra, salida a la luz de la noche, que encaramaba las escaleras y pasaba por las bóvedas del palacio.

Él entró en una sala grande: Memfis estaba a sus pies... la ciudad infinita con las cúpulas blancas... cuyo océano de palacios gigantescos, cuyas calles extensas pavimentadas

con piedras largas y blancas, cuyos jardines de palmeras formaban un cuadro al que mira asombrado y profundo... Le parecía que el espíritu del Universo sueña — él, a quien una tierra con imperios le es un grano — y que su ensueño grandioso es en este momento Memfis... Las bóvedas de las ventanas se arqueaban altas sobre su frente... Su bóveda estaba escrita a su alrededor con los signos zodiacales del cielo... sobre los muros altos estaban los rostros retratados de los reyes de Egipto.

Él pensaba... Que sombras gigantescas pasaban en la imaginación del pobre mortal que en un mundo tan grandioso se sentía tan pequeño, como una hormiga que flota en una hoja trémula sobre la superficie del Nilo... De repente sobre las ventanas altas cayeron largas cortinas rosas... y él permaneció en la sala extensa en unas tinieblas rosadas, abrumado por la luz de la luna que flotaba sobre Egipto. Memfis desapareció bajo sus pies... él quedó solo, con sus pensamientos negros... La noche callaba... Él paseaba entre la sombra rosada de la sala en su túnica negra-brillante... después sacó del pecho una ampolla cincelada de una sola amatista, cogió una copa cavada de una cornalina grande, que llenó con agua santa del Nilo... Destapó la ampolla y vertió tres gotas de su tinta sobre el agua de la copa y el agua se transformó paulatinamente primero amarilla como un oro diáfano, luego rosa como el cielo de la aurora, luego azul y profunda como el azulado cielo.

Él miró mucho al vaso y parecía que veía cosas extrañas en las metamorfosis de los colores... En verdad le pareció ver en el oro diáfano, en el fondo, un mosquito de hombre, con una muleta en la mano, anciano y calvo, durmiendo con los pies al sol y con la cabeza en la sombra extendida de unas iglesias... En el agua rosa vio como un pececillo morado claro que se parecía a un joven hermoso... en el agua violada vio un hombre siniestro y frío, con la cara de bronce...

— Dentro de cinco mil años, susurró él sonriendo... ¡Oh, Rodope, Rodope!

Había abierto una puerta grande y entró en una sala en cuyo entarimado había solo un único espejo de oro... sala descubierta... encima, el cielo con todos los océanos de estrellas... en el espejo, el cielo con todos los océanos de estrellas... Le parecía que es un grillo amargado suspendido en la infinitud...

— Isis, gritó él, hacia el espejo... ¡Isis, muéstrate! La tabla se ennegreció y encima aparecieron cartas blancas... figuras de hombres y animales... El palacio entero tembló tranquilo.

— Ha llegado la hora de mi muerte... dijo el rey, como si hubiera hablado con él solo... espero que me digas la verdad... No me pintes rostros pasajeros... que me hagan creer que somos sólo polvo...

Una risa bulló por toda la sala...

— Por qué te ríes, dijo el rey lóbrego... a mí no me hace gracia, demonios... vosotros en verdad, no os moféis...

— ¿Polvo? Respondió una voz del espejo con una frío y cruenta expresión de ironía... ¿polvo?... te equivocas... ¿qué eres tú, rey Tlà? Un nombre eres... ¡una sombra! ¿Qué llamas tú polvo? El polvo es lo que existe siempre... tú no eres más que una forma por la que el polvo pasa... Lo que dos años antes se llamaba rey Tlà es átomo a átomo otra cosa que lo que hoy tiene el mismo nombre...

— Tu figura, Isis...

Sobre la tabla negra se pintó un círculo grande rojo... de este círculo estaban suspendidos seres como una escalera... Abajo, los minerales en los que las plantas llevaban sus raíces... los animales llevaban sus raíces en las plantas, el hombre en los animales; minerales en hombre, plantas en minerales, animales en plantas, el hombre en animales, y por entre todas estas formas temblaba el círculo rojo y hacía jugar las formas negras sobre su hilo rojo...

— Comprendo...

El espejo se doró... y el cielo se ahondó en su infinito... El rey se vio de nuevo... un instante suspendido...

— ¡Oh, Rodope! Rodope, murmuró él triste. ¿A qué llamo yo Rodope? es... una sombra.

El rey salió y cerró la puerta tras él...

El espejo solo se encrespó como la superficie de un lago... voces peleaban en su profundidad como la disputa de las olas... Risas y llantos... silbido, alarido... suspiro y una voz grande empezó a reír por todo el caos de voces pequeñas...

— Oh, mi mayor enemigo... decía una voz que andaba por la sala... Pirámides y templos, ciudades y jardines suspendidos os ponéis contra mis pasos... Río de vosotros, reyes de la tierra, río de vosotros... Que intentáis contener la eternidad en unas cáscaras de piedra, que para mí son cáscaras de avellana... En mí, en la muerte y el renacimiento está la eternidad... Vosotros... una sombra que me ha gustado pintar en el aire... vosotros queréis cogerme a mí... ¡Locos!

Después se aclaró el espejo y la eternidad del cielo se miró a ella misma... y se admira de su hermosura.

En la soledad de los desiertos se levante la pirámide gris con la frente llegando a las nubes... La luna la nieva, de modo que las partes golpeadas por ella parecían de nieve, las partes ensombrecidas parecían de carbón, y larga, puntiaguda, gigante, se extendía sobre la

arena la sombra de la pirámide. El rey caminó por la raya de la sombra, un punto negro movedizo, hasta que se acercó a ella. Abrió una puerta con una llave de oro, la cerró tras de sí... y así había cerrado las puertas del mundo detrás de él... estaba solo, solo en una gran tumba... Él encendió una antorcha... Dentro se extendían columnas, figuras de dioses apenas golpeadas por la luz roja de la antorcha, cuyos rayos pasaban repentinos sobre las figuras gigantescas y negras de dioses en la sombra húmeda de las columnas, de modo que parecía que detrás de cada piedra, de cada sombra brillaban ojos siniestros, manantiales delgados enjambraban bajo los pies de los dioses y se perdían en la tierra... de vez en cuando la llama roja de la antorcha, prorrumpía más fuerte, lanzaba rayos de luz en las desiertas naves, por las arcadas sombrías y grises, por las columnas frías... y nadie, nadie en este lugar de la muerte.

De repente apareció Tlà... Él tiró la puerta de la tumba tras de sí, entre él y mundo... su rostro grande y pálido, sus ojos profundos y centelleantes, su marcha orgullosa, la túnica negra que le caía en pliegues espléndidos desde los hombros hasta abajo... de ese modo permanecía áspero pintado en la luz roja de la antorcha. Te daba miedo mirarle a la cara... a este solitario mortal en las naves grandes y desiertas de la muerte... ¿Pero estaba él vivo...? Poco era y tenía que apoyar su cabeza, pesada por los pensamientos de un imperio, sobre la almohada paz eterna... ¿Eterna? Ah, no oses asustarle.

Él andaba como en ensueño... andaba sobre una generación de hombres... un pobre soñador quebrantado de dolor, deseoso de muerte... Él había abierto rápidamente la puerta de un peldaño que conducía debajo de la pirámide, cogió la antorcha... y profundizando lejos bajo la pirámide vio encandilado un plan negro y brillante... como si un océano se moviera mudo bajo la pirámide... Él miró abajo...

— ¡Oh, lago! pronto cantarás en mi cabeza los cantos...

Él bajó las escaleras abajo, más abajo, como si hubiera bajado al fondo de una mina... y en la profunda lejanía lo veías junto a un lago. Los rayos de la antorcha no llegaban lejos... Una parte del agua se enrojeció por la luz y en medio suyo se dibujaban las formas negras y fantásticas de unas islas cubiertas de una floresta...

El rey subió las escaleras de una urna de piedra alta como un palacio... Arrojó la antorcha en la urna... Igual que si una cúpula se hubiera encendido de repente en el medio de la noche profundamente negra, de ese modo se encendió el fluido de la vasija e iluminó toda la nave grande como una bóveda del cielo de debajo de la pirámide, el lago que brillaba, la isla de bosques verdes, con los estratos de las flores pálidas y altas, con las sendas cubiertas con arena de plata... era un jardín hermoso en el medio de un lago subterráneo... Sólo el humo grueso se alzaba de la llama de la vasija y rompía arriba, arriba de bóveda subterránea.

El rey bajó a la ribera del lago... una meseta de grava, sobre la que el agua había pasado, llevaba a la isla... Él iba por la senda... el agua le llegaba hasta la rodilla... sus

movimientos hacían nacer círculos moribundos sobre la superficie del agua y los regazos del manto llegaban al agua. Llegó a la isla... En la luz roja... entre la sombra negra de los árboles, junto a los largos estratos de flores, él marchó hasta llegar al medio de la isla.

Sobre un pedestal bajo había dos ataúdes... En uno estaba estirada una mujer con la figura de cera... las rosas rojas entrelazadas alrededor de la frente contrastaban con el rostro pálido y muerto... Los ojos grandes cerrados, la cara tirada y adelgazada, los párpados cárdenos sobre los ojos hundidos. Su ropa pasaba por todas las partes sobre los márgenes del ataúd y llegaba a la tierra... Las manos frías, transparentes blancas, con los dedos largos y delgados empuñados encima de pecho... Era un cadáver de una terrorífica hermosura...

— Oh, Rodope, dijo él arrodillándose al ataúd y apoyando su cara llena de lágrimas a su pecho. ¡Cómo te amo!... ¿Por qué has muerto?... ¿No te dije que no mueras... no te rogué... niña? ¿Ves tú la llama de la lámpara gigantesca... ves tú el jardín que rodea tu ataúd... ves tú las coronas de los reyes colgadas de las ramas de estos árboles?... O, si las vieras... podías abrir tus ojos grandes, para que me mires hasta que muera a tu lado... porque moriré pronto... ¡Rodope! Te sigo en la noche de donde no se vuelve... El cielo con sus estrellas, el Nilo con sus eternas ondas... la divina Memfis... generaciones llorarán... y yo muero... muero, porque moriste tú, mi pálida niña... niña mía... mía...

Él apretó la frente con sus manos unidas... tinieblas... una negrura fría cubrió su mente, le parecía que Rodope lo llamaba en la lejanía, haciéndole señas con un ramo de palmera... él sentía que le latía el corazón y se le paraba... sentía como se le torcía la vida del pecho... sentía que... nada... nada.

Él había muerto con la frente apoyada sobre su pecho.

La llama gigantesca todavía centelleaba en el aire, parecía jugar con sus rayos rojos, que desaparecían y reaparecían fantásticamente todo el mundo subterráneo... después se apagó, y unas tinieblas profundas, sin área, mudo, dominó sobre el final de un hombre.

Era como si toda la grandeza hubiera pasado como un sueño iluminado por un relámpago por delante de los ojos y no hubiera quedado más que unas tinieblas parecidas a las del sueño sin ensueño, unas tinieblas sin espacio y sin tiempo.

— ¡No le dejéis! ¡Sfrrr! ¡Tras él, chicos!... Ja, ja, ja... Y los niños descalzos, con sus sombreros grandes, corrían para golpear los talones tras un mendigo anciano y harapiento, con la cara asustada y con la barba enmarañada.

Arrojaban piedras sobre él... y él lloraba, el pobre idiota, y gritaba con todas sus fuerzas:

— ¡Quiquiriquí!...

Un franciscano joven y pálido pasó junto a él... él arrojó a sus pies y empezó a besarle los regazos de la saya de raso y elevó sus manos llorando hacia él...

— ¡Niños malvados y sin de lástima!... gritó el franciscano con una voz dura y sonora, no os da vergüenza atormentar a un pobre idiota... a un mendigo... no veis cómo llora, no veis como levanta las manos secadas por la vejez... ¡oh! ¡La maldición de Dios caerá sobre vosotros!...

— ¡Quiquiriquí! Gritó el anciano ronco y temblando de susto. Los niños asustados desenchajaron sus ojos tranquilos al franciscano pálido y se dispersaron como una bandada de gorriones...

El franciscano levantó al anciano de la tierra y le llevó hacia los soportales de unos muros grandes, le tumbó como pudo, poniéndole justo en la cabecera su saco... puso su mano hermosa sobre el corazón del pobre idiota, que se rompía batiendo de susto y horror y estuvo a su lado hasta que sintió que adormeció... Le puso un pan blanco al lado de su cabeza y luego se alejó suspirando... una lágrima grande brillaba en el ojo del hermoso monje.

Estaba en los viejos muros de piedra cúbica del consejo urbano de Sevilla donde le había llevado al pobre mendigo. El cielo con su oscurecido azur y con su sol ardiente se relaja sobre la ciudad vieja, las calles estrechas estaban más desiertas, hacía un calor adormecedor e insufrible que hervía las piedras del adoquinado, la arena y los muros y que provocaba que toda ventana tuviera echada la cortina... así que parecía una ciudad ciega e inhabitada, no se veía a ningún ser ni en las calles ni en las plazas. El mendigo dormía con cabeza a la sombra de los muros... es decir quién sabe si dormía sólo... La sombra seca de los muros de las casas, la pereza cálida del día, ningún movimiento, ninguna voz... parecía que habían muerto todos los hombres en esta ciudad o dormían... porque todo el griterío anterior solo fue una interrupción de un largo y constante silencio.

El pobre mendigo había adormecido... Qué ensueños extraños tenían... Le parecía que su cuerpo entero es algo que se puede estirar y contraer y puede tomar cualquier forma del mundo... Le pareció primero que se le hinchaba la cabeza y poco a poco se convertía en un anciano giboso, gordo y bromista... o que ahora mismo se seca como el arenque y se convierte en un hombre largo, con los ojos pestañeando y pequeños, vestido en trajes largos negros... o que se le hincha el cuerpo y se le adelgazan los pies, pareciendo un saco de harina puesto sobre dos husos delgados... Después sintió que se contrae rápidamente, rápidamente también se convierte en un grano pequeño en medio de una yema de huevo... Por la clara él ve sólo alrededor la cáscara del huevo y se revuelve como una hormiguilla en su centro... y todo crece, crece, como si le tirase algo los hombros...

“¡Aha! pensó él, me crecen las plumas”...

Después se sintió poco a poco creciendo, ahora las alas le estaban grandes... era gallo. ¡Quiquiriquí! gritó él, paseándose por un corral desierto bajo un cercado, sobre unas bolas de piedra y por barro, en el que quedaban las huellas de las patas como una carta de signos zodiacales... Quiquiriquí... Pero no se sentía bien... Le pesaba la cabeza... la cresta le pendía hacia abajo, sus ojos redondos como dos hombrillos de acero tenían telarañas... él agachó su cabeza y la escondió bajo el ala... levantó un pie y adormeció... Pero en un palo había una corneja que todo el tiempo gritaba: ¡crrr! ¡tlà! ¡tlà! ¡tlà! crrr... Los sonidos estos le perseguían en sueño... hasta que sintió que sentía nada... parecía que una tabla negra se coloca delante de sus ojos, luego paró también y eso... después le pareció que era un punto negro, pequeño, que igual se contrae siempre, hasta que no queda nada de él... nada. Por la tarde la ciudad empieza a vivir... Pasaban hombres con paso lento junto a él y le miraban curiosos en la cara... "Ha muerto el pobre Baltazar!" pensaban ellos... Llegó un consejero de la ciudad, pensó también él que había muerto... No se encontró ningún sacerdote que lo enterrado... "Él había sido endemoniado, decían ellos, cómo bendeciremos el cadáver de un endemoniado"...

Dos hombres pobres fueron encontrados para enterrarle por unos reales de la casa comunal. Zanjaron el hoyo en un rincón del cementerio. Por la tarde, con la luna, habían llegado con dos tableros batidos con clavos una con otra... Le pusieron sobre ellas y le miraron así como mira el hombre al muerto... es siempre un sentimiento, no de compasión, sino de desierto anímico ante un cadáver...

— Hermoso anciano, dijo uno, parece que es uno emperador salido de los cuentos... la melena gris caía pesada a la tierra... la cabeza grande y pesada, porque los muertos son pesados...

— Ah! Dijo el otro... ¿qué más piensas tú?... No tenemos nosotros bastante en lo que pensar, para perder ahora el tiempo mirando a un muerto. ¡Sobre los tableros, vamos!

Habían llegado pronto afuera de ciudad, en el cementerio con sus muros blancos y largos, que parecían untados con cal de luz de luna... pasaron por el umbral de las puertecillas negras, y se acercaron a la tumba, al lado humeaba aún lodo fresco. En el fondo de la tumba húmeda había colocadas pajas... Ellos tiraron al anciano de la tabla con la cara boca abajo, sobre las pajas... tiraron otro brazo de pajas encima de él... y empezaron a tirar tierra encima de él...

— Es tarde, Boromeo, dijo uno, vayámonos a casa... Mañana vendremos a llenar la tumba... Hemos arrojado bastante para que no sea descubierto...

— ¡Vamos entonces!

Pusieron las palas sobre los hombros y, en la noche la clara, salieron murmurando y hablando bajo del cementerio... Las cruces blanqueadas miraban la luna, las flores de las tumbas murmuraban movidas por un soplo tranquilo, los muros blancos, que se elevaban

sobre la llanura de las cruces y de las tumbas, la luna, que pasaba tan pálida y dolorosa... y, a lo lejos, la ciudad, con sus contornos fantásticos, con las casas y torres, con sus ventanas mudas que escondían misterios, y encima de todas un lienzo transparente de luz blanca... Sólo una ranita despierta en la hierba saltaba con las patitas distinguidas... "Tlà, tlà", gritaba él en la luna y despertó a un mosquito que había adormecido sobre su piel con: ¡Bzzz! ¡Tlà! Este dúo solitario no era interrumpido por nada... sólo en la oreja del muerto se oía un grillo como si... Él parecía oír a aquel grillo, pero no pensaba nada... Y grillo afiló la voz, como la trémula voz de unas cuerdas de oro movidas y temblorosas, y le vino ahora clara una idea de oro a la mente... Oro, oro... el sonido crecía no en la mente, sino en su corazón.

Poco a poco su mente se le iluminó... le parecía que la caja del cerebro era una sala hermosa llena de flores y espejos, pero sin luz aún... una música suave pasó por la sala, extraña y dulce, y él sentía seres pasando por la sala, chicas en las ropas blancas... con su alma cálida y con el pecho lleno, y hombres apretándose las manos y murmurándole sobre el amor... Era un mundo semioscuro y a media voz. Una candela ardía en el medio de la sala cuya luz crecía poco a poco, de un punto como la punta de una aguja en una luciérnaga, de la luciérnaga en una llama débil y azul, y con cuanto la llama más crecía, tanto más las voces se oían más fuertes, cada vez más fuerte... hasta que de repente en la sala iluminada y llena de un aire de diamante... él oyó risas fuertes, ruidosas, bromas, dichos, juego... un ruido como en una sala de baile... Y vio que todas son sus propias imaginaciones, claras como en un ensueño limpio... Él se sentía aplastado... quitó las pajas y el lodo de la cara y se despertó en un hoyo profundo — sin saber cómo, sin saber quién es él, y sobre su frente con imaginaciones serenas flotaba arriba, arriba en el cielo, la luna llena.

“¿Quién soy yo?” fue el primer pensamiento que le vino a la mente. Su mente estaba clara, las imaginaciones eran como formas concretas, vivas y llenas de vida... él tenía un mundo preparado en su cabeza, de cuyos manantiales no podía dar cuenta... Se encontraba tranquilo... y... la memoria, la memoria era lo que le faltaba... Él había cerrado los ojos, para permanecer en las tinieblas y que, sin ser influido por el mundo de afuera, que recorre el campo de sus recuerdos... Era como un horizonte negro y sin fin... nada, nada... sólo presente tenía... absolutamente ningún pasado... o uno tan tenebroso que no veía nada de él... lejos, lejos... al igual que si una noche negra como la luz de la botella con tinta... veía en algún sitio un fuego ardiendo... Cielo nublado y negro... la tierra y la noche de no poder verte la mano con los dedos esparramados delante de los ojos... lejos parecía ver en la noche llena de su alma una antigua corona de rey.

“¡Ah! pensó... temo no enloquecer de nuevo... porque, según veo, lo que tengo ahora... la mente... no la he tenido siempre... tengo que haberla perdido una vez.”

Él salió de la tumba después de que había puesto en su lugar las pajas y la tierra, para que no se notara que él había salido de la tumba, y empezó a ir despacio por el cementerio... Llegó junto al muro... lo saltó... y empezó a ir hacia la ciudad... Llegó a una

callejuela estrecha, a cuyos ambos lados se levantaban casas negras y largas con las ventanas redondas... Una torre de iglesia larga, con su piedra mohosa, cubierta con tejas ennegrecidas por el tiempo, con ventanas desgastadas y ciegas, con una puerta masiva y vieja de roble, herrada con una cruz de acero trabajada con miles de adornos y flores... Él había abierto con una llave grande y herrumbrosa la puerta, subió las escaleras angostas arriba y entró una cámara alta arqueada en medio de la cual se hallaba una mesa de la piedra gris y una silla vieja, cuyo tapizado estaba completamente hecho pedazos... Sólo la luna mira asustadiza por la ventana vieja, derrumbada y sin postigos, que se parece más a una hondonada de piedra de una visión. El anciano gris miraba asombrado las cosas que le rodeaban... un paso instintivo lo había llevado a esta visión... él encontró la llave a sí mismo... Un armario viejo de madera enmohecida, trabajado con todo tipo de esculturas, estaba medio abierto, una candela de vidrio roja oscura vertía rayos delgados de rubí en la cámara desierta... él abrió el armario... sacó un pergamino viejo y lo desplegó delante de él... Era un mapa de España. En un lugar de ella esta manchada con colores amarillos como el oro... Él se acercó a la ventana y miró largamente el lugar manchado.

— ¡Hm! ¡sí, sí! aquí tiene que estar el ensueño de mi vida...

Y, como si se hubiera asustado por la despreocupación con la que había dejado el armario abierto, arrojó veloz el pergamino al fondo y lo cerró rápidamente con una llavecita de acero... Luego empezó a pasear por la cámara... Un jarrón olla de flores sólo con la tierra estaba en un rincón... Él quitó la tierra afuera... bajo ella había monedas de oro... Con una clase de avidez él metió el dinero en un trapo viejo y se la puso en el pecho... Todo lo que hacía le parecía natural si se hubiera preguntado por qué lo hace no se hubiera podido dar cuenta... Tenía el instinto inconsciente de un animal, que hace todo lo que necesita sin saber cuál es la meta.

Se cortó la barba y el pelo con unas tijeras herrumbrosas... abrió una caja secular y enmohecida... sacó de ella ropas hermosas de terciopelo y se vistió con ellas... Sacó un espejo de la caja y se admiró en él... encontró un frasco morado lleno de fragancia y se salpicó las ropas con ella... y cuando salió de la torre vieja, con su sombrero con cordel de oro... con su botones de piedras preciosas, con anillos de diamante en el dedo, parecía un gentilhombre anciano y rico...

Fue ante un palacio viejo, edificado en un hermoso estilo moro, ante el cual se extendía un jardín de árboles en flor, rodeado de una rejilla de hierro con las puntas áureas... En la bóveda de las puertas sonaba una campana... Se abrieron, el conserje se agachó hasta el suelo ante él... Pasó por una senda larga hacia una sendas de castaños, llegó a las escaleras altas cubiertas por un baldaquín suspendido sobre columnas en forma de tallos de lirio, entró adentro... subió rápidamente las escaleras cubiertas con una alfombra blanda... entró en una sala espléndida... cuyos cuadros de las paredes se retrataban borrados y turbios en la

semioscuridad de la luz de luna. Sobre un sillón al lado de la ventana estaba una chica alta y pálida, que a su entrada volvió asombrada la cabeza... Él se acercó a ella...

— ¿Es usted, Señor? Dijo ella en voz baja... siéntese ante mí... tengo que contarle muchas historias...

Sus ojos grandes y oscurecidos portaban en ellos un dolor sin de lágrimas... Su sequedad terrible traicionaba la desesperación.

— Habla, niña mía.

— Señor... mi familia me ha destinado a casarme... y tengo que hacerlo, porque no tengo ningún poder de resistencia... Pero no os puedo amar... Amo a un joven caballero, joven y hermoso, y usted es anciano... Pero desde que os vi, marqués, me pareció que tenéis un carácter noble, no veis que me voy a sacrificar en un matrimonio que no os hará feliz y que a mí me va a desesperar...

— Te amo, Señora, dijo él con un tono seco y corto... pero no te voy a hacer infeliz... Pero tu presencia es capaz de hacerme egoísta, porque eres tan hermosa... Señora, renuncio a tu mano con una condición sólo... muy fácil de cumplir, se entiende... Tienes que despedirme incluso esta tarde... Pon mis caballos en el carruaje... me marcho... Ten la bondad de darme el portaplumas y papel, para que escriba mi renuncia... llama a tu padre y a tu primo, para que sirvan de testigos... porque deseo que seas feliz...

La chica, colorada de alegría, salió, ordenó que prepararan el carruaje para el camino, trajo a su padre y a su primo...

— Cómo, señor marqués... usted renuncia a...

— ¡Vamos, conde! no perdamos palabras en vano. Has querido hacer infeliz a tu niña, y yo no quiero que mi riqueza sea la causa de esto... Sé que eres pobre, conde... obsequio junto con la dote de la novia a la que renuncio la mitad de mi haber... Puedes llamar a un notario...

El notario fue traído rápidamente. El marqués dictó el acto de donación... El conde le apretó la mano con los ojos llenos de lágrimas... la chica y su primo se arrodillaron ante él besándolo las manos... él les bendijo y salió deprisa. El carruaje estaba preparado, los caballos resoplaban en sus guarniciones... Él se volvió rápido, entró en un cuarto débilmente iluminado donde dormía en la cama un anciano que, con todo detalle, era él mismo. Ropas como las suyas estaban colocadas en la silla... el anciano soñaba profundamente... “¡Sí, sí! decía él en el sueño... no os asombréis... renuncio a la mano de doña Ana... les obsequio con la mitad de mi haber”.

— Sueña lo que yo he hecho, dijo él en voz baja. Tanto mejor... tanto mejor...

Bajó, se subió al carruaje, que había salido del patio y empezó a volar por las calles largas, después salió al campo por el camino del pueblo... Parecía la llanura un almacén extenso y verde salpicado con ramilletes de flores diversas... De ese modo marchó hasta aproximadamente dos horas después de la medianoche...

Un castillo viejo con un jardín baldío se alzaba sobre una costa del cerro... Parecía más un montón de piedras que una muralla, con sus muros derruidos, con los árboles secos, a cuyo tallo crecían generaciones jóvenes de los árboles nuevos y delgados... Había un parque con un bosque viejo, donde sobre las ruinas de los árboles viejos y putrefactos crecían nuevos y jóvenes... El carruaje entró en el patio lleno de maleza y de matorrales salvajes, había llegado a las escaleras... él se abrió camino y entró en las altas y las grises naves del castillo, con las paredes frías de piedra cuadrada, con los muebles antiguos y marchitos, con los cuadros borrados y enmohecidos, en marcos de madera negra... De ese modo andaba el anciano, con una vela de cera en un candelero de plata, por todos los cuartos extensos y desiertos, y como ensueños de ancianos le rodeaban aquellos retratos que, serios en sus marcos, miraban como a él...

Él llegó a una cámara alta y sin paredes... Aparte de la puerta por la que había entrado no había otra... Él cerró aquella puerta tras de sí, colocó, hacia adentro, una barra de hierro sobre ella... se acercó a una pared de piedra cuadrada y empujó en un lugar con la mano... La pared de piedra se volvió como un quicio... él saltó veloz con la vela hasta la rendija abierta y se avivó, con la vela en la mano, sobre de una escalera que llevaba abajo... Él volvió la pared a su lugar... y bajó las escaleras que sonaban torpes bajo los pasos... un aire enfermo le abrumaba el pecho... Llegó a un subterráneo grande... Por todas partes había bóvedas en los muros en los que había estatuas de piedra... figuras de caballeros vestidos en hierro... que miraban con sus ojos fríos de piedra a él... Una capa estaba colgada en un clavo... en un rincón había un barril colocada sobre el piso, hace mucho podrido, y una copa de plata junto a ella...

Él sacó tapón del barril... No corría nada... Por supuesto que la camisa apretada sobre vino era muy gruesa. Él metió la espada en el barril y sostuvo la copa... Un vino como el ámbar, transparente... oloroso salió del barril... Él lo tapó, acercó los labios a aquel líquido viejo... y bebió el vaso entero. Le tembló el cuerpo de placer... Parecía que las figuras de piedra empezaban a mecerse de sus pedestales balanceando con las manos, después él se tumbó sobre la capa en el suelo para mirar... Las figuras de piedra bajaron y empezaron a jugar en la bodega, y bajo sus pesadas suelas de granito aulló el cielo subterráneo... Pero torpes como los osos daban vueltas saltando y gritando y regañando... ¡Hopp! ¡hopp, zupp, zupp! Y mecían sus tallas yertas, y movían sus pies, y sus ojos de piedra se movían secos y muertos con sus yelmos...

— Que viva Almanzor, gritó uno.

— Que viva, resonó el subterráneo...

Parecía que miles de voces respondían a su exclamación, sentías que estabas en un laberinto de subterráneos en los que solo había antepasados... La precipitación espantosa de los caballeros de piedra, sus gritos salvajes, su rabia estremecedora hacían que el anciano se envolviera en su capa... Él no decía nada... pero ellos ni observaban la presencia de un hombre vivo... Parecía que él estaba muerto o que no es de otro modo y sólo ellos lo estaban.

Después sus palabras se hicieron poco a poco más débiles, nimias, pedazos... ellos contaban como si oyeran las voces de ancianas en la noche sobre la galería... cuentos que tenían lugar ante el alma de los auditorios toda la historia de caballería de España... y cada vez más sosegado, más sosegado oía el anciano sus voces susurrando, hasta que ya no oías nada... Él había adormecido.

Al día siguiente se levantó, la vela ya era un moco en el candelero de plata que ardía apenas... Él encontró sobre la mesa un manojo de llaves y, fundidos, muchos mocos de velas de cera amarilla... Encendió uno de los mocos que se había apagado, cogió las llaves y abrió una puerta que llevaba a un subterráneo vecino. Tenía la luz en el aire con el brazo distinguido... Cajas con montones de plata estaban en los rincones de este subterráneo sin ningún aliento... Plata, plata... él fue más lejos... Abrió otra puerta... Cajas de oro amontonados brillaban débilmente en la luz coloradita de la antorcha de cera. Él se acercó... Eran monedas muy antiguas, de los más peculiares tiempos. Unas batidas por los romanos incluso, otras más cercanas, pero todas viejas... Él fue adelante... abrió otra puerta y allá encontró pequeños ataúdes, sobre estantes de hierro, llenos de piedras preciosas. Diamantes en una, rubíes y esmeraldas en otra... y una caja llena de las más hermosas perlas... La omnipotencia humana estaba reunida en el subterráneo... Pero abrió una puerta y... y encontró un ataúd cubierto con —una tela blanca... Él quitó la tela a un lado. Una calavera vacía con la boca haciendo una mueca de maldad se torcía como hacia él...

“¿Por qué te tuerces, pensó él airado... como si yo no supiera que éste es el fin de la omnipotencia humana?”

Sentimientos oscuros le turbaron el pecho... Una inmensidad de deseos le movió el corazón y todos... todos realizables.

— Ah, dijo él en voz baja... mundo, tuve el rincón de la felicidad en la mano... Tengo oro, y diría mil veces oro, no sabría aún la riqueza que tengo en mi poder... Y qué no puedes comprar con este metal brillante, en el que todos los demonios del mundo viven... ¡Todo, todo! Grandeza, renombre, coronas incluso... placeres... y lo que mejor paga... el derecho y el poder de despreciar el mundo entero...

¿Qué cuesta la inocencia de unas niñas? puedo preguntar yo, qué, el amor de unas madres hacia su niño asesinado, qué, el honor de un padre, marchitado por el marchitado de

sus hijas... murmuraría sumas grandes... grandes para ellos, no para mí... Qué cuesta la absolución de la iglesia para el crimen... una suma grande, pero una suma... Qué cuesta la lástima de Dios... saquémosla a venta... Qué, el aplacamiento del diablo, qué, el amor del pueblo, qué, la gloria, qué cuesta la obra de un genio, con que eternizar mi nombre... Todas, todas están en venta... Él rio cruel. El eco de las bóvedas respondía con ebullición a su risa tremebunda, y el cráneo muerto parecía que hacía una mueca de maldad desde el ataúd... Aquí estoy en la cima de las cosas humanas... ¿Qué sería yo sin ti, metal frío y muerto? Un mendigo de las calles de Sevilla... ¿Qué soy contigo?... Todo lo que quiero... ¿Qué está en ti?... No puedo hallar una respuesta de tu sonido... ¿Qué está en ti? ¿Es amor? No. ¿Dónde está?... Es amistad, grandeza, genio. No... Porque no lo veo... Y no obstante es todo... todo...

Mientras el marqués Álvarez se había despertado por la mañana en la casa del conde, después de que tuviera un ensueño extraño que, se entiende, ni en la mente podría realizar. Él entró en la sala donde estaba recogida toda la familia en el almuerzo.

— ¡Ah, marqués, pero joven todavía eres!... Cuando la desolación llegó tan rápidamente del pueblo... pero, por fin, con todo esto nos ofreces sólo la ocasión de agradecerte de nuevo por tu generosa donación que hiciste ayer tarde... Eres magnífico, marqués...

— ¿Yo?

— Bien... ¿Cómo... haces que no te acuerdas...?

— Yo soñé eso, pero no lo he hecho... Ni se me ocurriría...

Le trajeron el documento.

Él lo miró atontado:

— Mi firma, sin duda, pero es falsa...

— ¿Cómo que falsa?

— Yo no he renunciado a la mano de Doña Ana, ni le doné algo...

— Pero ayer tarde... acuérdate, marqués...

— Eei... pero yo no estoy loco, señor conde... Quieres burlarte de un hombre cuerdo. ¡Mis caballos... quiero irme!... Quiero ver a dónde llegaréis con vuestras donaciones.

— Qué caballos, dijo el conserje mirándolo de arriba abajo. El carruaje y los caballos no están aquí, señor marqués... ayer marchó con ellos al pueblo...

El marqués se santiguó

— ¿Yo? yo marché al pueblo...

— ¡Sí, sí, sí! Usted, quién otro...

— Bien, hermano... yo soñé...

— Soñó la realidad, marqués...

— Traedme el carruaje del correo... quiero irme... Al final alguien la cogió y tomó posesión de mi castillo bajo mi nombre y figura... No tiene ningún valor el acta de donación, conde... Regresaré y después hablaré... Es lunático tan sólo... ya no entiendo nada...

Él marchó al pueblo...

El carruaje y los sirvientes habían venido con él hace una tarde... Se asombraron cuando lo vieron apareciendo en un segundo.

— ¿Vine yo ayer tarde con vosotros al pueblo?

— Vino, marqués...

Subió rápidamente las escaleras... entró en los aposentos... Encontró su portafolio sobre la mesa, que sabía que lo había tenido en la ciudad... “¡Dios conmigo! pensó él. ¿Qué significa eso?...” Buscó huellas de hombre extraño por todos los cuartos... Nada... Llegó sólo a la puerta del último aposento. ¡Ah! aquella estaba cerrada de cien años. La cerradura herrumbrosa... Por tanto se veía que no había andado nadie...

Todo el día estos pensamientos no se los podía sacar de la mente...

Por la tarde, después de que cerró la puerta tras de sí, se puso frente al espejo y se miró largamente a él mismo... para que ver si era él o si ya no era él... Él empezó a amenazar con el dedo a la figura del espejo, riendo y torciéndose... “¡Ha! ¡Maldito! ¿Me persigues, vamos? haz actas en mi lugar... ¿me metes en deudas, ladrón?...” La figura del espejo amenazaba también él con el dedo, pero parecía que miraba seriamente y parecía que sus gestos eran de loco... “¿Qué es esto?, pensó el marqués asustado... Yo río, y ¡él me mira seriamente a mí!...” Él rio fuerte para asegurarse de que la figura del espejo era su sombra... y la figura se reía... pero como... ¡Dios mío! Una risa satánica, loca...

— ¡Oh! ¡Oh! gritó el marqués, aquí hay más que mi sombra... Cogió una espada larga y empezó a blandirla junto al espejo. También la figura blandía una espada... “Sal pero, dijo él cárdeno de rabia, sal, sombra, para luchar contigo... Veamos quién es el marqués Bilbao, yo o tú...”

El espejo se volvió en los quicios y una figura seca que era el marqués mismo en un segundo ejemplar se mostró de un pasadizo hundido en el muro...

Sus espadas se entrecruzaron... ambas grises... ambos serios y callados... Idéntico era el hombre que lucha con él mismo... Si hubiera caído uno de ellos... no hubieras sabido quién cayó... Parecer que el marqués lucha con su propia figura salida del espejo.

Él cayó atravesado justo en el corazón... y la sombra del espejo empezó a reír... Después cogió el cadáver... lo tiró tras el espejo... lo precipitó a su lugar como si fuera una puerta... limpió el sable de sangre y se puso sobre el sillón donde el muerto estaba un cuarto de hora antes...

Al día siguiente llegó una carta del conde, en la que este le reprochaba el modo en el que juega con su familia y le envía de vuelta el acto de donación.

El nuevo marqués escribió la siguiente nota a Doña Ana:

Amada Doña,

Soy, cómo sabes, un hombre anciano y extraño. No me gustan los agradecimientos, los seguros de amistad y todas estas formas vacías bajo las que a menudo no se esconde ningún sentimiento... No he querido haceros bien para que me estéis agradecida, sino, sencillamente, porque me gustó hacerlo. Para sustraerme de todos los agradecimientos que me resultan tan desagradables hice aquel pequeño escándalo. Os envío de vuelta el acto de donación... Él se queda y es válido...

Bilbao

Tenía en mano la llave de la voluntad humana, podía producir cualquier movimiento le hubiera gustado. Alegría, envidia, dolor, amor, odio... “Digamos que tengo en la mano, la quintaesencia de los movimientos de la historia... haberes. Tú, representante de los poderes humanos y los poderes de la naturaleza subyugada, pendes del temblor de mis manos, pendéis de las imaginaciones de mi cabeza, de los deseos de mi corazón... Vamos, poetas, describid la luna, aprended, descubrid los manantiales del razonamiento, yo los tengo todos en este sonido del oro... Todo lo que buscáis, todo lo que no podéis tener, yo puedo... Pero serán mentiras... ¿Qué es la verdad?”

Pronto él tuvo el más hermoso palacio en Madrid... pronto los salones del marqués estaban abarrotados de la gente más elegante del país... princesas hermosas, oyendo de aquel fabuloso haber, queriendo poner la mano a aquella infinidad de probabilidades que el oro esconde en él... El oro significaba castillos sobre quejas eternas del mar, jardines de ()... canción de arpa, amantes hermosos... Y tan sólo este oro solo cuesta guiños acalorados y profundos, las sonrisas voluptuosas de los labios cocidas de juventud... el ondeo delicioso del abanico en la lengua mística del amor... ¿Por qué no? ¿Por qué no?... Las cartas perfumadas llenaban los ramilletes del marqués, rejuvenecido de tanta prevención...

¡Y qué hermosa era ella...! Ella tenía la frente de mármol, con el pelo del oro grisáceo, con los ojos grande, en los que el cielo se había enamorado... pensabas que universo estrellado miraba a la tierra sólo por sus queridos ojos. Y sus manos de lirio y sus hombros de nieve... Un poema... y siempre cuando pasaba junto a él... sonreía... Su corazón rejuvenecía a su vista... y luego era tan grácil... sus pensamientos parecían que la mecían como el aire movido mece una caña... De ese modo aparecía en sus ropas largas y blancas... un ángel del cielo, con su corona de rosas... Y cuando miraba él su riqueza le parecía que su alma había sido un tesoro oscurecido donde el oro y las perlas yacían en tinieblas y que un rayo de amor, entrando en aquel corazón, haría que brillaran las flores de metal en todo su esplendor y completamente su conciencia de poder... ¡Oh!, ¡Ella! el edén lo podrías soñar con ella... En el calor ardiente que cubría como un almacén diáfano las llanuras con flores, que separa a los ejércitos de las nubes, que da lustre a los espejos del mar eterno, él sueña andando con ella del brazo... y su alma le adivinaba los pensamientos... Y cuantas veces pasaba junto a ella... sus labios murmuraban en voz baja, ¿con amor?... ¿conquistadores?... ¡ah! ¿Quién lo hubiera podido saber?

Una vez, después del fin de un baile, ella estaba en un rincón del sofá... él se acercó a ella... Sus ojos grandes brillaban de dulces luces... su pecho se movía con los latidos del corazón... Él se arrodilló a sus pies.

— ¡Ella! dijo él tranquilo, ¿me puedes amar... me amas tú?

— ¡Desde hace mucho, desde hace mucho! susurró ella apenas perceptible.

— ¡Mientes!

— ¿Miento? ¿Qué me hubiera hecho mentir?

— Puede que estás bajo la influencia mágica de mi haber... No lo tengo... Todo lo que tengo es un millón... El resto se malgastó hace mucho. Ahora bien... Soy un hombre extraño... Te doy la mitad de este millón porque te pongo en libertad de decidir sobre tu corazón. Si, adinerada,... hubieras puesto los ojos sobre un hombre más cercano a ti en edad... dilo...

Sus ojos centellearon de indignación.

— Ah... cómo puedes creer que oro, que sólo interés puede mover mi corazón... ¡No, no! Soy capaz de renunciar... pero te querré por los siglos... Soy capaz, asustada de este corazón crudo, de huir de tu presencia... pero no soy capaz de olvidarte...

— Ella, todo mi haber... el millón entero... he aquí en este portafolio... Está acompañado de un acto formal de devoción... Lo pongo sobre la mesa... me voy... No quiero

que mi presencia te haga ponerte colorada... Nada... nadie en el mundo sabrá el manantial de tu riqueza futura... Pura como un ángel, rica, podrás elegir lo que quieras...

— O, dijo ella llorando, no se parece nada con este enfriamiento y crueldad de corazón...

Él salió... Ella se quedó frente al portafolio abierto... Sus manos temblaban, sus ojos brillaban como una luz avara... Ella metió el portafolio en el seno... Salió...

El marqués volvió a entrar en el cuarto.

— Se ha ido, dijo él en voz baja... O, oro... sin embargo no lo puedes todo. El parecer del amor tan sólo... ¡El amor no!... Veamos la amistad... Mañana la ciudad sabrá que soy un mendigo... Un mendigo anciano enamorado de la figura de un ángel...

Al día siguiente le llegaron una multitud de cartas... las mujeres le pedían de vuelta sus cartas de amor... Los amigos se excusaron de que ya no podían tener el honor etc., etc... Una historia vieja sucede delante de sus ojos... Los amigos se volvían enemigos, los zalameros le escarnecían... las mujeres le encontraban feo y simplón... Las tinieblas habían abarcado su alma...

“Apariencias, apariencias... Pensé adquirir con oro una cosa verdadera... o... agradecimiento... o... amor... Nada, nada más que la apariencia de estas... El mendigo se alegrará que he caído... encuentra una satisfacción, una caricia para su dolor viendo a un hombre adinerado cayendo junto con él... Los ricos se alegrarán de ver al rival que les compra los placeres que les dejó el campo libre... que las mujeres y los vinos se abarataron... porque nadie ya no los paga tan caros... nadie ya no pone una medida grande sobre el valor de estos cosas...”

Él no durmió muchas noches... estaba sediento de amor, y con el oro extinguido habían desaparecido todos los ensueños de felicidad...

— Las pagué para que me mintieran... El oro es el manantial de la hipocresía y de la mentira... nada es verdad. O, amor, amor, susurró él adormeciendo...

Sentía de nuevo la locura le abarcaba el alma... sentía de nuevo el alma como se le contraía (en un grano de ascua... Sentía de nuevo que enloquecía)***... que una noche extensa le envolvía el sentimiento y el pensamiento, que el mundo cesaba a su alrededor... y en su sueño mortuario parece que todavía siente, débil, como un sonido del violín fino y dulce, la palabra: amor... después no sintió nada... nada...

En el medio de la sacristía negra y alta había edificado el catafalco cargado con un ataúd y cubriéndolo estaba colocado un sudario de terciopelo negro cosido con las estrellas de oro... En la noche solitaria ardía una sola antorcha... ningún sacerdote murmura en voz

baja las oraciones de los muertos, sólo algún rayo robaba sobre la elevación mortuoria y de las formas que traspasan se puede ver que bajo el sudario hay un cadáver...

De repente una puerta metálica se abrió y apareció un alto rostro de mujer. Su vestido negro cruje seco sobre piedras de la iglesia, un fino velo de puntilla le cubre la cara pálida... un anciano la sigue, con aire servicial.

— ¿Él es pero...? ¡Ah! niño mío... ¿de ese modo se termina una vida de hombre... de ese modo?

— ¡Ah! princesa, dijo el anciano... cómo puede alguien con vuestro espíritu enamorarse de un hombre sin corazón, que desprecia a las mujeres, al que la muerte le parece una redención... Una mujer, señora, no hubiera podido abarcar el corazón de este hombre supersticioso, orgulloso, pobre... de este loco, en una palabra...

— Porque el corazón virgen desconoce el amor...

Ella levantó el rincón del sudario y descubre una hermosa cabeza de mármol cárdeno, una sonrisa de indecible beatitud estaba en sus labios...

— ¡Oh, Ángel! dijo despacio, ¿supiste tú qué es el amor, para que lo desprecies...? ¿Te acariciaron alguna vez las orejas aquellas dulces y lóbregas flores de la noche, las palabras de amor, las caricias de una mujer... batió alguna ven en tu frente aquel latido tranquilo, los besos, que una boca húmeda de mujer que bate para hallar que pensamientos hay en casa... de amor, de deseo, de dolor?... ¡Ah! ¡Pobre frente solitaria, te cubro con flores... duerme! ¡Duerme!

Ella había puesto las manos sobre la frente blanca y muerta... ¡Él sonreía en su ataúd con sonrisa muerta y santa!...

Un sarcasmo avivó los labios del anciano con una sonrisa fría y escéptica... “Si estuviera vivo, lo mataría... pensó él, sería un juguete de un día... Pero lo que no se puede ganar... un hombre muerto ya..., un corazón intacto, santo, del que la muerte tuvo lástima en el caso presente... aquí mi hermosa princesa puede ser sentimental... Qué burla...”

Ella cubrió de nuevo la cara del muerto... Afuera se oyó ruido de voces... Salieron rápido y cerraron la puerta metálica detrás de ellos... El muerto quedó solo...

— Perdóneme, señor, que le diga, pero metafóricamente hablando, se entiende... tú no me apareces en todos los pensamientos...

— Veremos, veremos, señor Dreyfuss...

— Metafóricamente hablando, tú quieres resucitar muertos... Perdóneme, señor, eso va contra cualquier convención...

— Metafóricamente hablando, ¡tú eres un carnicero, señor!

— Pero, señor, dejando todas especificaciones aparte... un hombre muerto no puede estar vivo... Uno más uno son dos... un vivo no puede estar muerto... Dos más dos son cuatro... Metafóricamente hablando...

Se abrió la puerta principal de la sacristía y entraron dos hombres, gesticulando y peleándose...

— Pero el hombre no sólo está muerto, pero ni quiso vivir.

— Acepto, acepto... pero... qué me importa, el hecho es que no está...

— Quiera o no quiera... no quiera o quiera... no pregunto yo sobre esto... ¡Una luz vuelve!...

La sacristía pequeña se llenó de gente...

— Metafóricamente hablando, el hombre no puede estar vivo y muerto al mismo tiempo, dijo el señor doctor Dreyfuss.

El otro se acercó, y quitó el sudario...

— Llévadle a casa a la cama, no en la iglesia.

El sacerdote se santiguó... Pero él había cogido el dinero del entierro previamente... Qué le importaba...

A él le resultaba extraño estas circunstancias... era el muerto mismo. Él oía hablando a su alrededor, veía con los ojos cerrados las bóvedas góticas de la sacristía y la antorcha de cera blanca de su cabeza... pero le parecía que no obstante era una imaginación... Le parecía que le gustaba estar muerto... pensaba que estaba en otro mundo y no entendía la pelea por un cadáver... Le parecía que está presente sin estarlo... que se veía a él mismo estirado en el ataúd... sabía bien que un momento antes un demonio se había acercado y le había cubierto la frente con flores azules, y como estaba muerto no dudaba sólo de lo que le rodeaba que, si quería, el techo de la iglesia desaparecía para él y las miles de estrellas de la noche estiraban sus llanuras de azur sobre su ser. Le parecía que estaba en una llanura larga y desierta... que el ataúd se quedaba solo bajo la bóveda del cielo, que el universo bajaba y le llovía con estrellas... de modo que, cubierto con ellas, él ya sólo veía con los ojos fragmentos de oro que habían caído sobre los ojos...

Todo lo que quería lo veía... Veía a su madre llorando en un rincón de la ventana, teniendo con espasmos con la mano una cortina blanca... Digamos que estaba muerto... Luego ya no sintió de nuevo nada.

Después de este intervalo de tinieblas, él vio de nuevo las cuatro paredes tapizadas con flores azules de su cuarto, parecía que estaba en cama... que el viejo reloj resonaba despacio y monótono en la pared... le parecía ver una sombra en la ventana, haciendo punto, y él oía como el choque de las agujas de gancho, y los retratos de las paredes le miraban a él tan familiar... como unos viejos conocidos de tela... luego pensó mover la mano, pero no podía... gritar, pero era imposible... y la sombra diáfana de la ventana cantar en voz baja, con la voz llorosa, una canción de cuna que él había oído a menudo cuando era pequeño... quiso llorar...

— ¡Madre! gritó él...

— ¡Oh, vive! ¡Vive! Oyó ahora más fuerte.

Su madre se acercó a él y le cubrió la cara de besos...

— Mi niño... dulce niño mío...

— Vivo, murmuró él desolado. Digamos que no morí... La nada llena de caricia no abarcó mi ser martirizado.

— ¡Calla, calla! Tus palabras son una maldición... Vivirás... para mí... Tranquilizarás tu frente eterna oscurecida por pensamientos ásperos... serás hombre entre los hombres...

— Buenas tardes, chica grande, dijo ella sonriendo. ¿Tan triste y enamorado?

— No sé.

— ¡Ah! no sabes... Si escondes tus ojos llenos... Pero nosotros sabemos que en su profundidad... Un icono.

— Mis ojos mienten, señora.

— Miénteme algo con ellos... Que vea qué cuentan estos ojos, señor.

— Nada...

— Mira fijamente a los míos, veamos si puedes mirar...

Él se levantó... Ella cerró los suyos después de un momento...

— ¡No voy a mirarte de ese modo!... Tan claros, tan azules, con su lóbrega transparencia... Unos ojos de niño... Me parece que inspiran confianza, parece que les diría todo lo que tengo en el corazón... tú, hombre anciano con la cara de niño... parece que me siento más sabia bajo su luz y no obstante, cuando me veo y me veo, me asusto de su profundidad... Eres incompatible, querido mío...

— Incompasible, como dices, señora... pero para nadie más que para mí mismo... Si te hubiera amado, señora, no hubiera sido feliz...

— Ah, calla, o te tapo la boca... No me hables nada de amor, ni de su probabilidad siquiera... Tu presencia colorada de semejantes palabras me oscurece la vista... Déjame los iconos de mi juventud... ¿Quieres que te lleve a la escuela? Presenciar el espectáculo de unas mujeres agresivas, que quieren sin éxito aprender a amar a un hombre que desprecia a las mujeres, que le es indiferente estar ante ellas, que las huye para enamorarse de su propia figura... ¿Quieres que juegue contigo? Me habría atrevido, incluso con mi peligro... ¿Que juguemos a juegos de niños, a dar palmas que no duelan, a hacerte arrodillar y a cubrir esquinas? Lo haría, pero no es un papel para ti... siéndote sincera... pero justamente, tu suerte como la preveo...

— Di, señora, dijo él en voz baja, sabes que soy supersticioso... Una mujer como tú, con una mente tan clara, me dirá la verdad... Además de eso, eres mi amiga... Y mi única amiga, a la que me gusta contarle todas las idioteces, todos mis dolores, que llamarías imaginarios...

— Tú te enamorarás, porque nadie escapa de eso... Ay de ti, imagino de quién también y sé cómo... Ay de ti si te enamorarás, te lo digo de antemano... Mejor te hubieras casado... también eso es una desgracia, pero comparado con la otra no es nada.

— ¡Cáseme, señora!... no ves que te escucho...

— Casarte... bien...

Ella se puso junto a él y colocó su codo desnudo sobre su hombro...

— Mira allá, en el rincón de la sala, a aquella chica... Ves su frente blanca alrededor de la cual cae su pelo rubio, ves su ojo azul tan serio y tanta tranquila ternura al mismo tiempo... Alrededor de la boca y de los pómulos de su cara hay una joven y enternecedora sombra de melancolía... Ella coge en su mano de cera y contempla quieta una flor de lirio... Su cabeza hermosa se inclina un poco y parece como si la flor se secara de amor bajo su mirada... Imagínate ahora que aquella niña fuera tuya... que la vieras alumbrando los bosques negros de tus dominios con su belleza angelical, que estuviera junto a los manantiales azules de tus bosques y que entretejiera coronas esperando a que su errante amado aparezca de las sendas angostas de la montaña para sentarse junto a ella, para que ella le cubra la frente y el pecho con las flores... di... ¿no la hubieras amado tú? Yo estoy enamorada de ella...

— ¡Un ángel, señora! dijo él algo descontento... sabes que a mí no me gustan los ángeles, con su mirada tranquila y celestial... Ellos, con todo su ser cándido, con la nieve casta de la cara, de los hombros, de sus senos, es una obsesión del alma mía... Ella me mataría y el pobre diablo quedaría solo sobre la tierra en su piel de fiesta... Además temo semejante amor, lo temo terriblemente... Si seré malo, ella será blanda como un cordero... por mis

maldiciones se multiplicarán sus oraciones trémulas, cuando fuera sólo veneno, ella se besaría su crucecita de oro... ¡Ah! sería infeliz como no fui nunca y, lo que es más, me enamoraría locamente, ella me amaría del mismo modo... y por eso se repetiría una vieja tragedia mundanal... Dos hombres que se aman sin que se compaginen...

— Que sepas que me enfadé... que sepas que ya no hablo contigo... Tú ya no tienes madre, que lo sepas...

— Amada madre, dijo él, besándola las manos.

— Te ruego... Ah! cuánto me enfadas... Si te pudiera odiar con un odio negro y terrible... Pero es imposible... Quiero besarte... Besarte, lava helada que eres... ¿Sabes tú lo que te vencerá? La frialdad... Si te tirara en el mar grande helado, entonces ya no estallarías como un volcán, arrojarías tus rayos de lava al cielo, y él se quedaría atónito como una eterna puesta de sol... ¡Loco! lo que me consuela es que soy tu madre... tu joven y hermosa madre... ¡que me confieras los pensamientos, que me causas momentos de un dulce terror, que eres un diablo y que te amo! Hay poeta cerca... Agacha la cabeza detrás de la cortina... para que te bese, pero que no lo vea nadie...

La cortina tiembla escondiendo este misterio...

— Una cosa me asombra, dijo ella púrpura como una rosa, ¿de dónde tomé este rol de mentor tuyo?... Además de eso, me asombro del amor que siento por ti. Es un sentimiento extraño... Parece como si fuera tu mujer, pero hace mucho, hace mucho, o como si fuera tu madre... En fin, es un sentimiento dulce y familiar... Mi amante no sufriría que seas... y con todo esto te amo...

— ¿Te explico yo este sentimiento?... Me parece frecuentemente que nosotros ya hemos vividos una vez y que yo te amé con un amor loco e infantil... Sueño a menudo, y en lo profundo de mis visiones veo Egipto con toda su grandeza historia y me parece que fui rey y que tuve una mujer hermosa que se llamaba Rodope y que aquella mujer eres tú...

— Y a mí me parece que fuiste una vez un hombre joven y que este hombre estuvo loco y que aquel eres yo... ¡Adiós, niño mío! ¿Quieres otro beso?...

— ¡También a mí, Rodope!...

¡Oh, las cortinas! Cuánto esconden ellas...

— Digamos que de hoy en adelante soy una anciana matrona de cuatro mil años... una respetable momia, dijo ella levantándose y haciendo un gesto lóbrego. Adiós...

Después salió fácilmente como una gacela y se perdió en el ruido de la sociedad.

“Extraña niña”, pensó Ángelo. “Pero ha definido muy bien nuestro amor... Es como si hubiera estado casado hace mucho con ella, es como si el amor acalorado hubiera pasado y no hubiera quedado en mi corazón nada más que un secreto, una amistosa juventud... Y qué linda es... Podría mirarla días enteros, podría hablarle días enteros, pero como un anciano con una niña de 18 años. Son anciano, soy muy anciano”, dijo él suspirando.

El doctor de Lys se acerque a él... Él cogió un sillón se puso frente a Ángelo, se colocó, se golpeó con las palmas sobre las rodillas y miró mudo al joven, sonriendo con boca apretada y levantando su mentón... y le preguntó algo con los ojos... como si hubiera querido decir: “¿Y por tanto?”

— No encontraste otro lugar, joven, dijo Ángelo riendo.

El doctor no respondió.

— ¿Quieres que me vaya yo?

Ninguna respuesta.

— ¿Me quedo?

Lo mismo.

— ¿No respondes?

El doctor movió la cabeza que no.

— Bien.

Ángelo le miró fijamente a la cara y estuvieron mudos como dos locos unos cuantos minutos. Pero, al fin, Ángelo quiso levantarse.

— ¡Quieto, quieto! gritó el anciano. Quédate aquí sosegado... tengo que decirte algo importante... Dame un cigarrillo...

— No tengo.

— Bien. ¿Crees en espíritus?

— Desde que te veo, no.

— Bien. No crees, me voy... que sepas que me voy, dijo él significativo.

— Pues, en serio, dijo Ángelo, y sus ojos se llenaron de unas tinieblas turbias y voluptuosas, ¿qué tienes que decirme?

El doctor era conocido como miembro de la sociedad mística llamada: Los amigos de las tinieblas, y en verdad un hombre tranquilo como él da cualquier peso al misticismo...

Rodope se acercó y puso su boca sobre la oreja del doctor:

— Cumple tu promesa, quiero verle enamorado.

Ella desapareció.

— ¿Crees en espíritus? Continuó el doctor imperturbable.

— Creo.

— Entonces ven conmigo esta noche... Se entiende, con los ojos atados. El alma Ángelo tembló... El doctor había adquirido un tono grave y solemne...

— Ángelo, dijo él en voz baja, te vamos a introducir entre amigos de las tinieblas. Me ves en la sociedad de los hombres risueños, con la frente serena... No soy de ese modo siempre... Te mostraré la única realidad de la vida, te mostraré la verdad sacada en la palma... el placer... Los amigos de las tinieblas son los amigos de los deleites anímicos. Verás con los ojos de tu mente lo que no has visto nunca... beberás tu vida en mil gotas de luz y de salvajes sentimientos... vivirás... Es esto vivido, ¿cómo vive el mundo? Con el alma vacía, con sus sufrimientos y sus alegrías mezquinas, un nada suspendido. Si somos nada, al menos de esta telaraña de nuestros pensamientos que abarca toda la luz y todas las tinieblas, el cielo y el infierno, el delirio y desesperanza.

Ángelo le apretó la mano...

— Y puedes, puedes... ¡Oh! si pudieras, doctor... Siento el demonio de las mí despertándose y apretándome el alma con sus garras... Esto es, esto es lo que deseo... Sólo nada no mitad, nada no mezquino... El todo entero, o rabiar de alegría, o rabiar de dolor... La rabia, ¡he aquí mi ideal!

El trineo volaba sobre las calles nevadas y extensas de la ciudad, en el aire parpadeaba, como un cascabillo de diamantes, algún copo de nieve, la luna pasaba en flor del ámbar por entre nubes moradas, cuajados por todos los lados en trozos rotos y negros, enrarecidos y deshechos por otros lugares en franjas y en harapos de plata, sobre el cielo con su bóveda acerada, sobre calles tras el trineo que dibujaba huellas en la nieve, al igual que cuando la gubia hubiera pasado largo, largo sobre un entarimado de tilo... los cascabelitos de los caballos del trineo tintineaban en el lapso del paso de los caballos y en el trineo, envuelto en pieles de lobo con la cara de tela aceitunada, estaba el doctor de Lys, con las orejas metidas en un gorro de marta, y Ángelo, cuya piel cogía apenas los hombros, porque el pecho estaba descubierto de ella, como si sobre él ondeara un gran encuadernador de cuello que ondea

triunfante en el viento... Sobre la cabeza un sombrero alto de castor, y la cara pálida dejada a voluntad del frío y del brillo de los copos de nieve, que le parecían una bendición para el mareo de su alma. Los ojos estaban tapados con un pañuelo de seda negra. Dónde le llevaba el trineo él no lo sabía... al fin, ella entra por una puerta en un corral solitario cercada con una valla podrida desde hace mucho, sobre la cual pendía en hiladas espesas y vivas, como una ola impenetrable, labrusca deshojada, negra, encogida con sus millares de ramas enredadas a lo largo de la valla... En el medio del cercado había una casa con dos pisos, cuya cal estaba ennegrecida por la lluvia y los vientos, cuyas ventanas tenían cerrados los postigos y por ningún sitio se entreveía un rayo de luz... Bajaron la escalera de la entrada... nadie no les salió al encuentro...

El doctor cogió a Ángelo de la mano, abrió la puerta principal, la cerró tras él con la llave, luego bajó por una escalera abajo, todo en abajo, hasta que ya no había donde bajar... Él quitó el lazo de seda de los ojos del joven. Este se despertó en una bóveda cuyos muros eran como de carbón untado con aceite, es decir, negros como la tinta y brillante, y en el medio de la bóveda lucía una lámpara clara como de diamante, que daba una apariencia más sobresaliente y más áspero pintadas las esquinas de los muros y las nítidas bóvedas...

— ¿Dónde estamos? dijo Ángelo.

— En la cueva del demonio del amor, dijo el doctor Lys en voz baja... Llama con esta campanilla de metal y grita... Abracadabra...

Ángelo tocó la campanilla una vez.

— Otra vez más... hasta tres veces, dijo el doctor Lys.

Él llamó dos veces más... La resonancia arañó el aire de la sala y de repente, como de la tierra, vio un muchacho hermoso, pálido como la superficie de la perla, con ojos como bóvedas grande, negros, algo turbios, pero profundos, con el pelo que le caía en cepas negras y brillantes sobre los hombros, con los pantalones estrechos como calcetines de seda negra... en general todas sus ropas le estaban estrechamente pegadas al cuerpo, de modo que las formas más hermosas, como las de una estatua, estaban vestidas con este tejido de seda. Sobre la cabeza tenía un sombrero de terciopelo jacinto con una pluma roja. Sus manos de nieve llevaban una varita...

— ¿Qué quieres, Ángelo? Preguntó él con la voz triste y dulce.

— ¡Pide lo que quieras! dijo el doctor.

— Quiero que esta cueva fea se transforme en un salón... De repente los muros se volvieron como unos quicios y desaparecieron y se presentó una sala hermosa con las alfombras blandas, con grandes candelabros de plata, con muebles revestidos terciopelo

carmesí, con mesas de madera del nogal lustroso... Una chimenea de mármol con el fuego ardiendo estaba en un rincón de la sala...

— Ah, dijo Ángelo, acercándose al fuego, qué dulce calor... Cómo te llamas, mi hermoso demonio...

El misticismo era su elemento... él ya no sentía ningún miedo.

— Cezar o Cezara, dijo el demonio sonriendo con una natural ambigüedad.

— Oh, gracioso andrógino, dijo él borracho del resplandor de las apariciones, acércate dame un beso...

Cezar le miró fríamente.

— Eso no está en el contrato que haremos, Ángelo... mis hechos quedan a tu disposición, mi ser no. Tienes que ganarte mi afección... veremos si eres capaz, mi hermoso niño...

— Veamos tu poder mágico, demonio, ¡convierte esta sala desierta en una abarrotada sala de baile! Quiero estar alegre... No ves cómo la sangre me llenó mi cara pálida con una enferma rojez, como se me ennegrece la vista, que me parecen unas sombras grises pintadas sobre una pared negra...

El demonio levantó la varita... las paredes se quitaron y de repente de todos los lados se vieron salas con las paredes vestidas en atlas blancos como la nieve, cosidas con hojas verdes oscurecidas y con las flores carmesíes y brillantes. En los candelabros grandes ardían velas de una cera como el azúcar, con las llamas diamantinas. El aire de la sala es plateado, caliente que se puede oler, brillante por espejos con marcos de mármol negro... Con el pelo deshecho poético, pálidas pasaban niñas por la nevada del aire y de los rayos blancos, de la dulce canción invisible, del encendido baile estaba llena la gente de la sala... Cuántas gracias ocultas, sus brazos blancos y desnudos, ropas largas, coronas de rosas en su pelo... Y sólo la música anima los placeres con sus sonidos santos, los mueve con sus soplos...

Entre ellas, jóvenes en ropas negras, con chaquetas en la flor del lirio, con guantes como la perla, con botines radiantes y botones de diamante en la manga. Por las bóvedas que representaban el lugar de las ventanas ausentes había repisas con jarrones de flores frescas y desabotonadas que llenaban con un dulce frescor la sala, en un lugar había un juego de aguas que relucían como la plata estallando hacia arriba y cayendo en su estanque del mármol blanco en altos arbustos de hebras de diamante...

Ángelo estaba en su sillón y miraba con asombro este día de primera enterrada en la noche de la tierra. Todos los amigos de las tinieblas portaban una pequeña mitad de

máscara de terciopelo que les cubría la frente y la nariz, sólo unas de las chicas jóvenes estaban sin máscara... Una triste ternura había en sus caras...

— Qué hermosas son las chiquillas aquellas, dijo... En este aire brillante ellas me parecen sombras de nieve arrojadas en un aire de diamante...

— ¡Ah! son los demonios más peligrosos... parece que son flores de inocentes y bondadosas... Témete de ellas... en general he empezado a temerme de tu suerte, Ángelo... el demonio se supera esta noche a él mismo... Míralo cómo pasa pálido, hermoso, profundo por grupos de hombres y mujeres... para nadie tiene una sonrisa, para nadie una palabra... parece que apenas hubiera caído del cielo y que la desesperación eterna no hubiera tocado aún su celestial hermosura...

— Lo sé... no me toca...

— Pero incluso si te tocara... Ella representa sólo con los corazones humanos... Ay de ti si le viniera a la mente jugar también con la tuya...

— Pero me odia, doctor Lys. Todo este encanto, parpadeando como un momento delante de los ojos, como una visión corta, te embriaga... pero prolongada deviene monótona como un ballet atónito o un cuento adormecido en el acto...

— Llama al demonio...

— ¡Cezara! gritó Ángelo fuerte. Cezara le sobresaltó como golpeado por un sonido afilado de campana... Ella se acercó con la frente siniestra a Ángelo.

— ¿Por qué Cezara y no Cezar? preguntó ella con una graciosa sonrisa.

— Qué cuánta me pedirás por “algo” más, mi hermoso esclavo. ¿No puedes preparar un concierto?...

— O, sí... ¿Quieres que cante yo?

— ¡Sí, sí!

— ¿Quieres que representemos también un drama? Te doy un papel en él...

— De acuerdo.

Una pared del fondo levantó su nieve florida con rosas de brasa y se vio una escena cuyo bastidor representaba árboles y matorrales de una joven y succulenta verdura, y al fondo se representaba un cerro vestido en bosque de abedul, un río corría lentamente por los sauces llorones y en la cima del cerro se levantaba un castillo viejo cubierto con hierro cuyos muros angulosos estaban serenados por la luna... Sobre la escena que representaba el jardín de aquel castillo, con las terrazas altas de flores, con bosques misteriosos y con las hileras de rosas,

salió Cezara en un domino negro cuya capucha estaba colocada sobre la espalda... Estaba hermosa de ese modo... su cara de mármol contrastaba con el domino de seda negra y su propio pelo que caía en mechas largas, brillantes, negras sobre sus hombros... de las mangas brotaban sus manitas de reina con los dedos largos. Bajo los regazos del domino salían los pies pequeños en sus botines lustrosos...

Ella cantaba... Era tan dulce tristeza, parecía como una experiencia larga y dolorosa hablara de este hermoso demonio, era tanta la tristeza, tanta la dulzura, tanta la resignación y tanta la superioridad de espíritu en toda la expresión de su voz que te daban ganas de llorar de lástima, pero parecía que sentías que, si hubieras llorado, hubieras tocado aquel fondo de soberbia y de tinieblas de su alma... Ángelo la miraba y parecía que en su alma naciera igualmente una salvaje, vigorosa soberbia, parecía que es el león de los desiertos, que su corazón latía con fuerza ante cualquier sonido que oía, pero con un poder orgulloso, generosa, no de manera femenina, con el que se debilita el amor de una niña, a la que quieres besar las manos y soplarle los dedos porque se ha pinchado con una aguja. No era nada mezquino... era un sentimiento fuerte y tempestuoso lo que le movía el corazón... le parecía que si hubiera amado a aquel demonio no habría sido capaz de decirle una palabra de caricia, un nombre dulce, o compararle con una flor, o encontrar placer en paseos románticos bajo la luna.

“¡Ah! pensó él para sí mismo, eso no es amor, esto es enaltecimiento sobre mi propia naturaleza... es el sentimiento del roble cuando crece... del león cuando se tumba al sol, el caballo árabe cuando resopla ante el incendio del que huye... Parece que si le apretara en sus brazos, lo mataría, si le besara, le sangraría los labios por mi tiranía... lo odio... pero lo odio a muerte...”

El telón cayó... El doctor Lys les hizo una señal para que viniera a la escena... Había niñas rubias que actuaban con sus jersey de seda pardusca y con dobles de raso carmesíes, con sombreros de terciopelo negro con las plumas blancas... Ellas estaban atadas al cuello... Él las desató con dulzura de sus abrazos, se vistió él mismo en la cabina, en jersey negro y con doble de terciopelo negro, cogió una capa hermosa y brillante cuyos regazos le tiraban románticamente sobre los hombros... Él hacía de un caballero joven en que se enamoraba de una reina... Su vida en aquel drama estaba rodeada de manos de hada, por todos lados veía que estaba cercado de intrigas de amor, de modo que le entraban ganas a él también de perder la mente en estos dulces líos... Era un cuento hermoso este... En una escena él aparece entre ellas... de la reina actuaba Cezara... Nunca tantas palabras de fuego y de un desesperado amor no ha hablado una mujer... él respondía frío y medido, como si el amor no le hiciera feliz... Pero la reina engaña al caballero... él la cree en peligro... entonces se tira a sus brazos. La maravilla que le tocó ahora le hincha el corazón en el pecho... Su corazón le rompe el pecho, él lo sentía latiendo con fuerza sobre su pecho... ella había apretado sus brazos alrededor de su cuello, parecía que ya no quería dejarle, su boca seca busca su boca... un beso

desesperado... como una sanguijuela, o como una boa constrictor en forma de un ángel caído, ella le cogió su cabeza hermosa en brazos, quería sofocarla con este único abrazo...

— Cezara, por Dios, ¿qué haces? preguntó él despacio.

— ¡Oh! te amo, susurró ella con turbación... no ves tú cómo rabio de amor y de deseo, mi hermoso niño...

— El público ríe... calla... Abajo el telón...

— Ah, el telón no cae... ¡no te dejo, no te dejo!

Él se deshizo con fuerza... El público esperaba... Él empezó a improvisar. Declamaba con una dolorosa soberbia, los iconos rebosaban hermosura y grandeza en su cabeza. Sus ojos de un oscurecido azul se iluminaron como el cielo... sus sombras largas se levantaban como si hubieran querido fijarse en Cezara en el lugar en el que estaba, de modo que quedaron atónitos, un sublime demonio de mármol... Su pose propia parecía cortada en hierro... Ningún movimiento en aquellos miembros esbeltos y altos... sólo su cara enrojecida de loco entusiasmo, sólo sus labios delgados se movían en declamaciones...

El telón cayó...

El doctor Lys cogió a Cezara en brazos, que estaba a punto de desmayarse.

— ¡Qué hermoso eres! murmuró ella sonriendo... tan triste, tan resignado, con tanto amor al mismo tiempo.

Ángelo se retiró a su cabina... Estaba fatigado... fatigado de su beso, de su abrazo nervioso. Estaba como si le hubiera pegado alguien...

— Ángelo, resonó su voz.

Él se levantó... Ella era... Lo llama a su cabina...

— Desnúdame.

— Qué tipo...

— Desnúdame te digo... dijo ella con ira.

Él le desabrochó el corsé... La nieve de sus hombros brotaba espléndida de bajo del vestido azul... Él metió las manos entre sus senos... Ella expiraba pesadamente y se volvió con un vistazo frío a él...

— ¡Vamos! no seas niño... Ven aquí a mis pies... Arrodíllate... Sácame los botines y los calcetines.

Él enloquecía. Lágrimas de turbación le llenaron los ojos cuando sintió en su mano aquel pie vacío, nítido, pequeño... él se lo acercó a la boca...

— Me amas tú, Cezara? dijo él en voz baja.

— Ni se me ha pasado por la cabeza... Vamos, el desdeñoso de mujeres... Y trozo con el trozo él le cogió las ropas... Hasta que, temblando, ella quedó desnuda, reflejada en el espejo de la cabina... Sus ojos paseabas y abarcaban con sed aquel cuerpo de mármol, hubiera querido cogerla en brazos... pero un movimiento frío de sus manos lo pararon.

— ¡Soy el demonio del amor, loco! ¿Por qué te humillas ante mí?...

— No me humillo en absoluto... pero yo soy hombre... Déjame que recobre poder sobre mis sentidos crudos...

Ella rio fuerte, se arrojó a sus brazos, lo tumbó en un sillón, le estrechó el codo y empezó a acariciarle el pelo, puso su boca abierta ante sus ojos, parecía que quisiera sorberle, le alisó la frente, lo besó... Una voluptuosidad indecible le abarcó todo el cuerpo... su corazón temblaba... era débil, hubiera querido morir en aquel momento...

— Ten lástima de mí, rogó él con la voz ablandada, ten lástima de mí...

Ella se vistió veloz en las ropas con las que se había vestido él en la escena... Qué hermosa era de ese modo. Era un paje hermoso y melancólico, un Hamlet –mujer...

— De este modo me juego contigo... como la tigresa con su presa... Porque eres mi presa, Ángelo... cada beso mío será un voluptuoso martirio para ti... cada abrazo — un infierno de lóbrego y dulce dolor... Esta es la voluptuosidad cruda de la tortura... así quiero que me ames...

Ella sonrió como si la boca se encrespaba para besar. Pero ahora provocó su soberbia vieja... Él recayó en su frialdad e impasibilidad...

— Veamos... dijo él...

Tenía era sueño por la fatiga y puede que este cansancio hacía imperceptible los nuevos dolores y los nuevos delirios...

— Vamos, dijo ella, salgamos de aquí...

Ella le tapó los ojos... y salieron veloces en el aire el frío de la noche de invierno. Afuera esperaba un trineo cuyos caballos golpeaban la tierra de impaciencia... Cezara cogió a Ángelo en brazos como si fuera un niño, lo tiró en trineo, en una piel grande, saltó también ella junto a él, envolvió la piel alrededor de ambos... Los caballos empezaron a volar y ellos quedaron envueltos como en un nido de plumas de gorrión, sacaban la cabeza sólo cuando

querían... Como si hubieran estado en casa en cama bajo una colcha de plumas tirada sobre sus cabezas... de ese modo estaban ahora... Ella jugaba con él, lo apretaba con los brazos, le acariciaba como si fuera un niño o como si fuera un pájaro que lo iba a matar apretándolo y acariciándolo... Y a su cara nítida, dulce se juntaba a su cara, él la sentía como si le hubiera borrado la cara con un terciopelo, su boca se pegaba a su oreja...

— Soy el demonio del amor, dijo él en voz baja, soy un diablo, lo sabes, lo sabes... Me cojo a ti como la yedra del roble hasta que tu cuerpo se seque en mis abrazos como el roble se seca chupado por las raíces de la yedra... ¡Te destrozo, voy a beber tu alma, te sorberé como si fueras una gota de rocío en mi corazón sediento... ángel!

Ella le enlazó con brazos y con los pies... lo apretó fuerte al pecho, como si hubiera querido triturarle... como si no hubiera querido que su pecho se hinchara... Su sangre hervía como el mosto soterrado en tierra... le parecía que hubiera saltado por los poros también si ella y él hubieran tenido heridas en su pecho... por supuesto que en este momento de vida concentrada su sangre estaría comunicada recíprocamente y habrían crecido conjuntamente sus organismos como dos troncos de árboles.

Una voluptuosidad tenía, casi de desesperación, una amargura dulce que le rompía como los nervios y el cerebro, una endeblez molesta le abarcaba su cuerpo... Toda su naturaleza parecía una cuerda tensa sobre medida, que tenía o que romperse, o que extenderse de modo que perdiera para siempre toda su elasticidad...

Él forcejeaba en sus brazos como la tórtola en las garras del águila y parecía que, como el cordero que busca con la boca al lobo para besarle, porque no le conoce y cree que es el perro, de ese modo él, en su endeblez infantil, buscaba sin querer su boca, como si hubiera dicho: “Soy tímido en su búsqueda... prevén mi boca sedienta, preserva mi simplicidad y dame besos sólo para ver que mi boca se encrespe fácilmente... no sabes cuánto me cuesta dar a mi boca el más fácil de mis deseos, que me llenan el corazón y el alma con sus raíces, de modo que quiera arrancarlos, arranca la vida con ellos... Soy como la flor con las raíces hondas... ¿quién conoce por la boca de la flor qué hondas son sus raíces? Pero quién sabe prevenir los deseos...”. Y ella comprendió de su mina que había tomado una rara expresión de inocencia, de su mina de niña enamorada... que él, con toda la energía a sus movimientos, moría de amor... Le habría podido matar ahora sin que se resistiera, sin que lo sintiera incluso, así estaba de abarcada de amor... así como la mariposa se tira al fuego... así como las efemérides mueren en su toque amoroso...

Ella le llevó a casa... Él estaba embriagado, turbado, apenas se tenía en pie... Como si fuera un niño somnoliento ella le desnudó, le puso en la cama, lo tapó... luego le acarició despacio la frente hasta que vio como adormeció... por la extenuación, por la agitación de su corazón, él adormeció profundamente... Ella miró sonriendo a él... buscaba flores para

llenarlo con ellas... encontró una rosa en la ventana, la rompió, la besó y se la puso después sobre la boca...

— ¡Mi beso permanecerá hasta mañana por la mañana sobre tu boca, ángel! susurró ella en voz baja. Me parece que no amé nunca de este modo, dijo ella sonriendo, porque me parece que, ante este amor, no he amado en absoluto... siento todos los demonios en mí... me parece como si en cada gota de sangre tuviera una chispa de dolor y voluptuosidad... ¿Todos los otros cómo eran ellos?... agresivos, dulces, complementarios, afectados, faroleros, enamorados... Este se deja amar... deja su alma atormentada por mis pensamientos y mis abrazos como un trozo de cera de una virginal blancura... y resiste... Con tanta fragilidad y endeblez une tal intenso poder de resistencia... mi flor joven... parece que me da lástima arrancarte... ¡Ah! estoy loca... Qué daría yo para que este sentimiento sea eterno en nosotros; pronto se marchitará, pronto su alma y corazón se enfriarán y me dan ganas de llorar... me dan ganas de huir, dejar a este virgen con la figura de Adonis que florezca en la sombra de sus pensamientos melancólicos... y que muera como una flor muere, con toda su primitiva belleza... así como ya ha muerto una vez... que pensarías que es un ángel de mármol, al que no le surcan las pasiones de cara nítida y redondeada en su oval, que no se seque, que no devengan feas estas irresistibles sombras de tristeza pintadas con maestría bajo los pómulos de su cara... Y con todo esto... ¡Ah! ¡Tengo prejuicios! Yo tengo prejuicios. Vamos, demonio... No es el primero, no será el último, dijo ella sonriendo con un tipo de odio... que conceden, dijo ella con la voz ablandada, que concedemos, Cezara, que es único en su clase.

Él se despertó al día siguiente tarde... Estaba tan cansado como si le hubiera golpeado el mar y lo habría envuelto luego en una sábana mojada y fría... Tenía frío... imágenes turbias, figuras negras mezcladas con nubes, de ese modo estaba el marco de sus imaginaciones... estaba en aquella disposición en la que se halla un hombre que ha pasado por la tortura de la inquisición y ahora se halla, con los miembros quebrados, en una cama blanda... los dolores son lóbregos mas no fuertes y se convierten en desgarradores apenas al toque.

“Tengo que huir de ella... tengo que huir de ella... porque si me mataría sólo no sería nada... pero tiene que torturarme, tiene que matarme nervio a nervio, pensamiento a pensamiento, trozo a trozo de mi cerebros que se ablanda bajo sus besos... ¡Ah! y cómo sabe la mujer esta besar... sientes escalofríos... con cada beso mueres, para resucitar y morir de nuevo bajo otro... Si hubiera estado vestido en coraza de hierro y hubiera luchado en un torneo, el cuerpo no estaría tan quebrado como bajo sus abrazos. De verdad me parece que se pegó a mí y me ha chupado por todos sus poros la sangre de la carne, el zumo de los nervios, el poder del músculo... Es terrible la mujer esta o, mejor, el demonio este...”

De ese modo, cansado por la orgía de su alma, se vistió, se miró en el espejo... Una sombra morada le coloraba la cara... estaba cárdeno de pálido que estaba... Pero de ese modo era todavía más hermoso de cómo había sido alguna vez... “Tu beso de por la mañana, mi

pobre Ángel, dijo él sonriendo con tristeza... besemos esta boca que ya no me es virgen...” Él se acercó y besó su propio rostro del espejo...

Aunque hacía calor en la casa, las manos las tenía frías y los dedos chupados, de modo que encendió en una taza de porcelana alcohol morado, para que calentar sus manos en la llama cárdena-roja... Salió al jardín para pasear por las sendas nevadas, por los árboles deshojados con las ramas cargadas de nieve y le parecía que estaba enfermo... le parecían que era convaleciente salido por primera vez de su habitación de enfermedad... Y se calentaba al sol de invierno y parecía que el eterno padre de la vida lo llenaba de salud y frescura... “¡No! ¡No! no quiero volver a verlo...” Él veía en día caliente de invierno a los niños jugando en las calles y tirándose bolas de nieve... carcajadas, risa, regocijo... Toda la naturaleza candorosa y alegre que vive, sólo él oscurecido, no estando alegre de su vida, él con su inocencia perdida, con los ojos hondos, tranquilos, pero sin esperanza... “También se dice que no hay felicidad en el mundo”, murmuró él. Una chica rubicunda y gorda, en una casaquilla de piel y con las manos en el manguito, pasó del brazo de un joven, soltando risas ahogadas, sonriendo de vez en cuando con astucia, mirando con una dulce jovialidad y a escondidas a sus camaradas... sus ojos marrones tenían vida, alegría, inocencia... “¡Ah! Pensó él y los miró... ¡cómo no tengo su juventud anímica... cómo no soy como ellos... felices!”

Por la tarde vino el doctor Lys para llevarle de nuevo...

— Ya no me voy... no quiero volver a verla...

— Ya no quieres verla, te prometo...

— Entonces... entonces, ¡vamos!

Después que le tapó los ojos, llegaron otra vez con el trineo al patio ya descrito. Bajaron las escaleras en los subterráneos de los Amigos de las tinieblas... el doctor Lys le dejó solo... Él se quitó el lazo de los ojos... Se hallaba en un gabinete pequeño, tapizado de negro... Una chimenea de mármol rojo, con fuego, un espejo en la pared... alfombras blandas en el suelo, una mesa con un candelero de plata, dos sillones con respaldos altos...

Cezara entró...

— El doctor Lys me ha mentado, dijo él con ímpetu, perdóname... pero no quise verte más...

Ella estaba muy triste...

— Bien, bien, comprendo tu sentimiento... quieres una felicidad tranquila, que yo no soy capaz de darte... sientes que mi amor mío cansa... pero quién te dice que me ames... Por contra, si quieres yo te llevo a los brazos de ángeles de niñas... rubias, lágrimas de oro... porque yo soy tu siervo... yo soy un demonio, ¿crees eso? dijo ella lóbrega, tienes que creer

hasta que seas libre de deshacerte de mí... hasta que no sea demasiado tardío... porque no quiero engañarte sobre tu futuro... te secarás bajo mi soplo como una flor sin raíces y quemada por el sol de verano... Tienes que saberlo. ¿Necesitas ángeles? Sabré seducir ángeles para ti... sólo que no te disguste...

Una sonrisa de indecible y santa felicidad pasó por sus labios... Ella hizo un gesto de asco y desprecio cuando vio aquella sonrisa... Ella leía de la expresión de la cara todo el libro del alma humana...

— Te traigo en seguida lo que deseas... un ángel... Doctor Lys, dijo ella abriendo la puerta, nuestro ejemplar de lirio, que desde ayer suspira tras Ángelo...

En este intervalo Cezara se miró al espejo para componer su cara. Después de un momento se sentó en la butaca... Nunca Ángelo había visto tanta bondad y ternura expresada en una figura de hombre como había ahora en su la cara... Era el ángel de la lástima y de la clemencia...

Él la miró largamente a su cara, luego se volvió y miró las... de modo que no le pudiera ver por el respaldo alto del sillón... La puerta se abrió y él oyó una voz dulce y sosegada, oyó crujendo tranquila una ropa de gas, oyó tocando pies pequeños y leves la alfombra blanda...

— Buenas tardes, Cezara, dijo ella con una infantil alegría...

Él miró hacia atrás a la silla...

Cezara había mantenido la expresión de indecible dulzura, amabilidad y bondad que se había compuesto al lado del espejo...

— O, ¡Lilla! ¡Niña mía! Ven aquí a tu madre para que te bese... Qué linda eres... eres un ángel... un capullo de rosa... cómo llamarte sólo... dime cómo dormiste...

— Ah! no pude dormir... No he podido sacármelo de la mente... sabes tú quién... ¡no! no digas el nombre...

— A... A... An...

— No... Me traicionas a mí misma... Y me parece tienes la cabeza en las manos... parecía que se había arrodillado ante mí y miraba sus ojos... y me miraba... y me miraba... y parecía que me habría mirado eternamente...

Ángelo escuchaba sonriendo.

— Y luego sabes tú... me parecía que también él me miraba a mí... ¡Ah! ¿Cómo? No sé cómo... Qué puedo decir... De ese modo adormeció sólo y los ensueños vivos pasaban

junto a mis ojos... Ah! cómo sería capaz de amarlo... parece que le besaría las manos si me lo permitiera...

— ¡Y si él supiera que tú le amas... si él te amara de la misma manera, angelito!

— No lo digas, o, no digas... ¡Ah! ni lo pienses... sé yo que ni piensa en mí: una pobre chica tonta...

— Pero, mira tú, precisamente eso ama él en ti, dijo Cezara con la voz llena y blanda... tu ingenuidad... él querría desplegar aquellas hojas de la inocencia para mirar al capullo de rosa, en el significado de estas idioteces dulces de las que eres capaz de decir mil al día... y todas gentiles, todas interesantes... Cuántos enigmas le diste tú ayer tarde para adivinar, le romperías la cabeza con ellas... Tú no conoces tu poder, ¡tú, boquita de rosa que eres! o eres astuta, ¡haces que no sabes!

Elli rio con su vocecilla de plata...

— Oh, yo sé que soy linda, dijo ella ahogada de placer, sé que gusto... pero a fe, te lo juro, Cezara... no sé qué él me pueda amar... Su mirada era tan fría para mí... mientras yo... yo hubiera muerto por besarle una vez...

— Me voy a llamarle... dijo Cezara riendo y batiendo palmas de alegría.

— ¡No, no, no! ¡Te ruego! Cezara, por Dios...

— Di que te parece bien si viniese...

— No... Dijo ella afirmando con la cabeza.

— Di que le amas.

— ¡No! Dijo ella agachando la cabeza sobre el pecho y jugando con el rincón del delantal...

— Me voy, me voy... un besito, angelito...

Elli la besó con la boca entera, con gratitud... Cezara salió y cerró la puerta con llave tras de sí...

Ángelo volvió el sillón hacia ella...

— ¡Oh, señor! dijo ella asustada y todo el pudor, toda la inocencia, una tranquila indignación, imputación, un mundo de sentimientos contradictorios le jugaban delante...

Él se arrodilló a sus pies...

— ¿Te has enfadado? preguntó él con la ternura.

— ¡Sí!

— Pero nos reconciliamos, ¿quieres?

— ¡Sí!

— Con un besito, ¿no es así?

Ella sacudió la cabeza...

Pero él colocó junto a ella... le cogió la cabeza con la mano, le volvió su carita roja, que miraba quién sabe dónde, justo de frente la besó... Él sintió que también ella le había besado, pero así de tranquilo, así apenas movida... de modo que hubiera podido decir que no le había besado... Ella le rehusó con una mano de ella.

— Tú no me amas... lo sé, Elli... no me besas siquiera...

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Ni siquiera me crees... dijo ella en voz baja.

— Entonces bésame.

Ella pegó su boca a sus labios... que parecía que se ha pegado una fruta cocido y dulce de la boca... él le absorbió un beso...

— Qué dulce sabes tú besar, Elli...

— ¡Ah! no aprendí de nadie... Eso viene así sólo... No sé en cualquier momento...

— Entonces por qué te alejas de mí... ven aquí en mis brazos...

La atrajo despacio a su pecho...

— ¡Ah, mira, dijo ella... qué mal te queda la corbata al cuello!...

Ella arregló con sus manitas la corbata...

— Y luego no te has peinado bien, ¡ja, ja, ja! Y falta un botón de la camisa.

— Se me ha caído en el pecho, Elli... búscalos.

Ella metió su mano en el pecho. Él la cogió y la apretó sobre el corazón...

— No lo encuentro, dijo ella cerrando los ojos de roja que estaba... luego los reabrió y le miró con una tranquila y triste seriedad justo a los ojos... Parece que quisiera decirle: “Iba a decirte una palabra importante, pero no te la digo”.

Él le abrió sus senos...

— Busco mi botón de diamante, puede que cayera entre tus senos...

— No, no, dijo ella defendiéndose.

— Aquí está, dijo él, pegando su boca a la fresa del mar de nieve que había salido de bajo el corsé...

Ella se defendió de sus caricias, pero se defendía tranquila y más porque era como es debido... Hacía mucho ya no tenía el poder de rechazar algo...

Él apagó la luz y unas tinieblas profundas cubrieron su suspiro de amor.

Cuando Lilla y Ángelo estaban en un estado desordenado, donde las ropas parte habían caído de ellos, parte pendía por todas partes y ellos medio desnudos dormían apretadamente abrazados en el sofá, boca con boca, entró Cezara con una lámpara en manos a la casa y les miró... Ella estaba pálida, seria, triste... Tenía en su mano una sábana blanca y olorosa y la tiró sobre el novio y la novia, después se puso delante del fuego y miró mucho tiempo a las últimas huellas del ascua. Sus ojos se llenaron de lágrimas... después se levantó rápidamente, elevó la esquina de la sábana, descubrió la cabeza de Ángelo y le besó la frente:

— ¡Me pagarás tú esto, niño mío, me lo pagarás! Después salió del gabinete.

Al día siguiente Lilla andaba como junto a las paredes y no miraba a nadie a la cara... Ángelo tenía una palidez húmeda, sus ojos eran turbios y blandos en la cabeza y había su perdido demoníaca brillantez.

Ella se había vestido y le ayudaba a él, le abotonaba la camisa al cuello, le hacía el nudo de la corbata... Era blanda como un cordero...

— ¿Así que me amas, Ángelo?

— Más preguntas... Lilla, ¿habías venido hace mucho a la sociedad esta de los Amigos de las tinieblas?...

— ¡Ah! que te diré cómo... Yo te vi a ti en los salones de la señora N. Me fuiste recomendado, pero tú miraste así, por encima, a mí, me dijiste una banalidad y te fuiste después... y yo te perseguía, miraba en cualquier espejo para verte en la esquina de la ventana en la que estabas... estuve anocheceres enteros, lloraba noches enteras... ah! cómo te amo, Ángelo, dijo ella ahogándole la cara con besos... Un día se acercó el doctor Lys a mí. Me miró a mis ojos como sabe él mirar — extraño es decir...

“Amas a Ángelo, señorita, dijo él con el tono sin expresión y natural, como es su forma de hablar...”

“No”, dije yo.

“Ven esta noche al club de los Amigos de las tinieblas, si quieres verle...”

“Pero no quiero verle...”

“Mi trineo te cogerá”, dijo él.

“Pero no quiero ir con su trineo...”

“Él estará en la puertecita de tu jardín”, dijo él, levantándose y sonriendo.

Ángelo, me llevó por la noche al jardín, abrí la puertecita, me puse en el trineo y aquí estoy.

Ella cogió su derecha con ambas manitas, las golpeó y las besó después...

— ¡Lilla!

— Déjame, Ángelo... yo ya no tengo nada más que darte... te di todo... Hace mucho que no soy dueña de mí, hace mucho era toda tuya... Ten lástima de mí... Si creíste que soy tranquila... he aquí toda mi tranquilidad... si creíste que soy hermosa, he aquí toda mi belleza... Toda mi cara está santificada de tus besos... si no puedes amarme... ama tus besos, Ángelo, ama mis ojos, porque te miran, porque se han pegado los rayos de tu belleza... ama mi boca, que tocó la tuya... Ámate a ti en mi ser... Ángelo, dijo ella llorando y pegándose espasmódicamente a su pecho y acercando su boca a su oreja: ama a tu niña...

Él no respondió nada. Le pareció que era un delincuente... que una culpa grande apretaba su alma...

— Y ¿cómo viviremos nosotros? preguntó sonriendo con tristeza...

— ¿Cómo? ¡Ah! he aquí cómo... He aquí el cuadro que he pintado... De madrugada, cuando dormirás aún, te besaré los ojos y te levantaré... luego te traeré el café y la camisa con los botones puestos, y los calcetines, la bata, el fez, un cigarrillo... te vestiré, luego te irás a tu trabajo... y, quedaré en casa, quitaré el polvo de tus libros, arreglaré los papeles, voy a arreglar las plumas estropeadas y cuando vengas a casa estará la mesa puesta... tela blanca, platos limpios, vasos límpidos de claros... después de comer tomaremos el café, hablaremos idioteces... luego, añadió despacio apenas moviéndose los labios, luego... digo también yo, de... tendremos niños... un muchacho hermoso como tú, tu icono, y una chiquilla como yo... Ah! seremos felices...

— ¡Sí, felices! murmuró él despacio y oscurecido. “¡O, Cezara! Alma de demonio, pensó él, cómo lees en almas humanas... cómo ves en ellas escrito el futuro, cómo entiendo tu sonrisa de desprecio de ayer”.

— Pero tú pareces triste, mi dulce amigo... ¿por qué?

— Estoy cansado, mujer mía, mi dulce mujer, nada más...

— Ahora me voy, para llegar a casa... Vendrás a pedirme, no es así... Ven hoy, esperaré con impaciencia tu llegada... ¡Oh! cuánto te puedo amar...

Ella arrojó su mantilla sobre los hombros, le besó y desapareció por la puerta...

Él quedó triste...

“Digamos que ésta es mi vida futura... Adiós ensueños cegadores... devine humilde hombre de una pequeña mujer... Tendremos niños... me traerá la bata y las zapatillas por la mañana... Ah! tan sólo una nauseabunda perspectiva de fealdad y monotonía...”

Cezara en su ropa de Hamlet reía en un rincón del cuarto. Dios sabe cuándo y cómo se había colado en casa... A sus palabras dichas en voz baja, pero bastante claras, ella echó una carcajada irónica y espléndida de frialdad...

— ¡Calla! ¡Calla!

— ¡Ahora bien! he aquí tu ideal... he aquí la vida de los ángeles... he aquí la meta que la naturaleza quiere cumplir por lo que vistió a aquella novata chica con la ingenuidad y gracias... un chiquillo... una chiquilla, el aire del cuarto apretado por la voluptuosa cama conyugal... una cama con sábanas que tienen que ser a menudo cambiadas... No resistió mucho el ángel, no es así... Se apresuraba la naturaleza para cumplir su meta grandiosa, la reproducción de la alcurnia humana, y se aseguró de esta realización mediante muchos abrazos, mediante dulces resistencias, mediante palabras con dos significados... ¡Oh! ¡Oh! ¡pfui! ¡Ja, ja, ja! Eh, qué haces, ¿huyes?...

— ¡Te mataría, Cezara, de razón que tienes! Me desesperas...

— Y ciego loco qué eres... no ves tú que eres una herramienta, que alegrías, dolores, la pasión, el placer que tienes por un pecho femenino que no contribuye a nada a la voluptuosidad, el placer que tienes por una chica candorosa, porque cuanto más candorosa sea, tanto más pesado te vendrá a la cabeza matar al niño... no ves que eres una herramienta en las manos a un demonio, que eres el juguete de tus sentimientos, que nada de lo que tienes es tuyo, que tú eres la causa involuntaria que la naturaleza, o llámala cómo quieras, escribe las así llamadas metas grandiosas... ¿No ves tú que leyes, estados, monarcas, religiones no son más que el aparato pesado para hacer con poder este acto sucio de reproducción y os tirará después a los brazos de la monotonía mezquina de la fealdad, del ridículo, de una vidas que me dan náusea?... Te imaginas con la bata florecida, con el fez en la cabeza, con las zapatillas, con la propina, con un montón de niños, con una ocupación monótona y somnolienta; luego morirás y tus niños los de espíritu repetirán la misma vida espiritual...

— Tienes razón... eso me lo digo yo también... calla, tu risa me enfada...

— Y si callara... dijo Cezara cruzando sus manos... Tú has perdido a esta niña... Tú sabías que no podrías amarla, podías al menos saber que ella no te bastará, y sin embargo la has tomado como tu esposa... la has hecho infeliz... Crees que se me ocurre preservarte de los remordimientos de pensamiento... ¡No! Por eso soy un demonio...

— Pero tú me la trajiste...

— ¿Digo que no?... Sí... soy libre de intentar seducir... ¿Por qué te has dejado seducir?

— No tengo remordimientos...

— No tienes... Bien... La niña será separada de los padres... nacerá en la pobreza... Será una mujer perdida... si no la tomas como esposa... Pero tú la tomarás. ¡Tendrás una vida que odiar, andarás tras otras mujeres... yo cuidaré que ella sepa esto y entonces adiós paz casera, entonces apenas verás digamos el infierno sobre la tierra...! Hasta ahora no tienes ni idea... Hasta ahora tu melancolía y el color negro bajo el que miras el mundo son teorías grises junto a la realidad que te espera...

— Soportaré lo inevitable...

— Adiós, Ángelo...

— ¡Cezara!... Cezara, murmuró él en voz baja y apoyando sus rodillas ante ella... te amo... no puedes tú perdonarme...

— ¿Perdonarte? ¿Te amo yo?... Ella salió rápidamente de la casa.

— Lilli vino después a mí, enviada por su propio padre, para pedirme de nuevo excusas... Le dije que tú no la puedes tomar como esposa y expliqué mis puntos de vista... Lloró mucho la pobre chica... pero sabré yo acariciarla... Tengo un lacayo que no es nada despreciable...

— ¡Cezara!

— Eh, ¡Dios mío! pero tú estás loco... Ella será feliz a su modo... Ven vuelve y chupa la herida esta... No ves que me corre la sangre sobre la ropa...

Él pegó sus labios de la herida del pecho y chupó aquellas gotas de rubí que parecían correr sobre la nieve... Ella le cogió la cabeza con las manos... después le levantó la cabeza y besó su boca roja de sangre... Eso justo lo agradeció... Ella cubrió su seno, lo levantó en sus brazos como si fuera un niño, lo apretó en el pecho, lo acarició...

— Cómo me haces padecer, susurró él lentamente.

— Bien, aún no has conocido tú lo que quiero yo que conozcas... Amigo mío, tienes la elección entre dos cosas: entre feo, ordinario, mezquino y entre el dolor, pasión, turbación... entre Lilli y yo. Yo no te engaño, te lo digo de antemano: yo secaré tu vida si me eliges a mí... yo te mataré... pero no te voy a coser la bata, ni te voy a llenar las bolsas de tabaco... yo te voy a desesperar... Pero no te daré niños... Una única cosa te aseguro, no te afearás conmigo, puede en cambio que yo me afee conmigo... entonces, se entiende, se acaba todo... entonces sé que tendrás o que morir, o que enloquecer.

Ella le colocó sobre sus rodillas, metió sus manos en su pecho y él sintió ennegreciéndose el mundo delante de sus ojos...

— ¡Ah! resistiría si tuviera fuerzas, dijo él con dolor... pero ahora... ahora cuando te daría todo el mundo por un beso tuyo y mi vida junta... ahora es demasiado tarde, diablo de mujer que eres...

— La voluptuosidad cruda del deseo y del dolor... he aquí lo que te ofrezco... De una cosa estate seguro: te amo. No te dejes engañar por la circunstancia porque el amor se parece mucho al odio... Sería capaz de dejarme matar por ti.

O calla, qué dices que me amas niña

O calla, ¿qué dices que me amas, por qué lo dices? Por qué raptas la agradable necesidad de adivinar fila a fila el libro de tu amor. Las dudas dulces y celosas que nacen de la riqueza de tus ojos son enigmas, es verdad –profundos, pero ellos son una fortuna, como las canciones misteriosas son la fortuna de las divinidades. ¡Qué tesoro – o déjame mi tesoro! Deja que haga que no sé qué me amas. Deja ver el amor entero en los ojos – que los vea húmedos como a una flor en la noche – que no oiga esta sombra pobre, este nombre fugitivo, ¡la palabra de amor! Todas las lenguas de la tierra no pueden decir lo que quieres decirme... mientras en tus ojos tus pensamientos se asoman desnudos, finos, jóvenes, y el vestido feo de las palabras no esconde nada de su hermosura. Yo no quiero la sombra del mar de oro, sino el mar, no palabras de amor, sino el amor. No, bastante que tu vestido esconde la nieve dulce de tus pechos, no, bastante que tu regazo esconde tus pies pequeños y dulces... Ah, mucho escondido y poco revelado... Cómo quisiera verte, como veo tu amor en los ojos... ¡desnuda!

– ¡Cesar!...

Oh, no hables... por qué malgastas con facilidad las piedras preciosas en el caos... Guárdalas... al fuego de las noches de invierno, cuando ya no nos amemos tanto, como cuentos páginas de amor, iluminarán nuestra vida cuando se oscurezca... Pero ahora... que me respondan los ojos... yo golpeo con el dedo en el muro marmóreo de tus pensamientos, en tu frente... tu pelo me corre por los dedos... no cojas mis manos... sé que soy insolente...coge cerrada el candado de corales... no llenes con palabras el tiempo de un beso... No estamos solos, ¿no nos amamos? Pregunta a tu frente y respóndeme con los ojos... un rayo suyo dice mucho más que los pueblos juntamente y en el momento que surge lo chupo entero con la boca en mi alma. No quisiera perder una palabra, pero no quisiera perder un beso... ¡Ángel! Estamos en medio del universo como el espíritu divino antes de la creación...este espíritu divino éramos nosotros- ¡era el amor! Lejos no solo de los hombres, lejos de la tierra incluso. El misterio divino de la vida somos nosotros – en este momento vamos a llevar todo el mundo en el alma... Lo llevaremos- ¿no es así? Tú tienes compasión..., tú la dejarás como la sombra de un día para que se eternice por ti... Murmuras... o murmullo incomprensible, dulce como la embriaguez mística de nuestro amor... oigo temblando en mi oído la voz del primer amor.... Oh, Eva... Eva tú eres, tú me has dado la manzana del árbol del conocimiento... y no hablas, murmuras... Como si se perdiera hasta las estrellas la flauta del céfiro. Ardemos, pobre niña, ardemos como arde lentamente el universo entero... ¡un sacrificio infinito del gran espíritu!

Y arden en el azul infinito del templo las candelas de oro de las estrellas... arriba en el cielo estrellado y abajo un cielo estrellado... a él le exprime la sangre del corazón, la luz de los ojos, el alma del pecho y ella estaba mojada de lágrimas... Oh, dolor infinito, de dulce, Oh, voluptuosidad infinita de dolorosa... y el recayó con la cara pálida y delgada en

almohadas blancas y la luna le daba la apariencia de un muerto... Ella cerró sus ojos y una sonrisa apenas le abrió su boca roja, se veían los dientes... su cara parecía más llena y su pecho más inflado, le rodeó con el brazo y puso su mano redonda y llena sobre el corazón de él... y sentía cómo latía cada vez más lento, más tranquilo... Cesar había adormecido... adormecido....

Ella se puso en rodillas... sus ojos grandes se redondearon. Iba a llorar, se mordió los labios...

– ¡Oh! Murmuró ella... ¡y tú, y tú! ¡Qué hermoso eres! Los dos hemos subido de la tierra, sola volveré..., tengo, tengo... Ella se puso sobre él... Le mordió con sus besos... le calentó las manos en el pecho...Mi niño... ¡mi dulce niño! Cuánto te amo...qué profundamente te odio... le levantó en brazos y le tiró arriba, después recayó desmayada en la nave del aire.

La leyenda del cantante. Cuento hindú

Hace mucho, hace mucho había un Emperador en el país lejano de India y tenía una hija hermosa como no se había contado, rubia como una lágrima del sol, si el sol ha llorado alguna vez. En las noches con luna, cuando pasea entre las oscuras florestas de laurel del castillo levantadas de las raíces de peñas, ella oía una voz hermosa, como de rui señor, no obstante era de hombre. Un harpa, semejante sonido blando y regulado de las olas del mar, lo acompañaba. Era un paria cantante, que amaba a la hija del emperador. Ella lo vio asomada por las ramas a la luz de la luna- era alto y hermoso. La melena negra se levantaba sobre la frente grandiosa, los ojos brillaban en sus bóvedas como dos flores, como dos gotas de tinieblas fundidas. Ella le amaba, porque no habría sabido hacer otra cosa, así era de hermoso.

Una noche, entre redes de follaje oscurecido de olivo y laurel, suspendía la luna como un broquel de oro, él estaba arrodillado a sus pies y, con la cabeza acostada en su regazo blanco, la miraba larga y oscuramente con una mirada de profeta en la lobreguez blanda y azul de sus ojos grandes. Con sus manos dulces ella le atusaba el pelo, con su boca fruncida de amor ella le besó la frente.

— Qué hermosa frente tienes tú, la corona del mundo se enorgullecería de estar sobre ella.

— ¿La desearías tú? dijo él y sus ojos se abrieron grandes, como dos luceros.

Él se levantó y la miró. Sólo el emperador del Sahara, el león, mira de ese modo, una vez en su vida, cuando ama. La apretó en sus brazos y se fue al mundo.

¡Adiós, estrella — amor, todo!

La noche era clara, callada, grande. Sólo las olas santas Ganges murmuraban tranquilas como la sabiduría de los tiempos. El símbolo gigantesco del tiempo.

El paria miró largamente a él, y lo comprendió. Oyó el habla de sus santos orígenes, comprendió que esto lo que se mueve lo pasajero de la tierra. Rompió su harpa contra una peña y se fue arriba. Revolucionó los pueblos contra los reyes y sus leyes, derrocó a los reyes y a los grandes de la tierra y a la cabeza de aquellos pueblos, unos de origen santo, otros de origen oscuro, él corría a lo largo de los ríos grandes y volcó imperios y los sometió a él.

Los pueblos le amaban porque era justo y bueno, los reyes se temían de él. Era el emperador del mundo y el señor de todo lo pasajero.

Entonces marchó al castillo del levante de las raíces de montañas. Entró en los altos campanarios para ponerse la corona del mundo sobre la frente de su novia — pero extensa, blanca como una cera marmórea, muerta estaba su amada. Él ya no oyó nada, nada — sólo

las olas santas Ganges silbaban con una resonancia lejana e irónica en sus orejas — agachó su frente y dijo: “¿Para qué? ¿Para qué?”— luego se dirigió hacia el desierto y nadie oyó nada más de él.

El hombre como la hierba, sus días como la flor al campo.

Archaeus

Incontestadas como son muchas cosas para el entendimiento de quienes no les da la cabeza de un miembro importante del ayuntamiento o de un comisario de policía — aunque estos son generalmente hombres que entienden todo.

Al menos cuando se trata de la expropiación de un gallinero, de infundadas de respeto en el ciudadano carnicero con medidas falsas, hombres más mañosos que los dos arriba mencionados desconozco. No obstante nos parece — se entiende que no imponemos a nadie la opinión — que, a parte de las balanzas torcidas y los gallineros en las callejuelas, también existen algunas materias, de una importancia secundaria en verdad, como por ejemplo la filosofía, la poesía, las artes, todo cosas que escapan a la perspicacia de los susodichos señores, pero cuya existencia no se puede negar.

Se ve que el autor quiere empezar desde el comienzo. En verdad, el mundo tal como lo vemos no existe nada más que en nuestro cerebro. Nadie negará que haya distinción entre ganso y perro. La mirada del perro es inteligente, él entiende de este mundo una porción mucho mejor que la del ganso; sin embargo ambos seres tienen ojos y cerebro. El mundo no es como es, sino como lo vemos; para el ganso, como lo ve él, para el perro lo mismo, para el miembro del ayuntamiento — para Kantlo mismo. No obstante cuánta diferencia hay entre los ojos de cerdo del sobrentendido miembro y la mirada honda del sabio de Königsberg.

¿Qué es la verdad? ¿La vista clara de un ganso o la apenas entrevista como por una tiniebla de Kant? En verdad, he aquí una cosa extraña. El primero distingue claramente los granos de maíz de la grava amarilla, él nada con certeza sobre el agua, mide a ojo las distancias a las que puede llegar y no tiene ningún tipo de lástima ante una oca en la época de la virginidad. El segundo olvida comer, queriendo saltar sobre un hoyo cae en medio de él, y las hermosas vírgenes -o no vírgenes- pasan junto a él sin que levante los ojos.

Sin embargo nosotros presuponemos que el filósofo es más tranquilo que un ganso, más aún en los problemas de ese hay mucha más verdad que en las seguridades de este.

Un signo es que para una gran mente todo es problema, mientras que para 75 pizcas de cerebro todo es seguro.

Es sabido que la regla pitagórica de la geometría se llamaba el puente de los burros. El puente de los burros que tienes que pasar en cualquier pensamiento más hondo es: que no podemos entender el mundo en sí, y que toda su explicación es la explicación de unas reacciones de nuestros cerebros y nada más lejos. El mundo en sí resulta ser un problema dentro del cual se extravía algún rayo débil, algún destello que el pensador profundo lo pone atónito sobre el papel, el cual, leyéndolo, nace en las paredes de su cabeza aquella resonancia larga que hace que veas en verdad que mundo y vida son un sueño.

Pero, como dije, todas estas cosas son pequeñeces para un miembro del ayuntamiento. La vida tiene para él sentido solo porque percibe la tasa de inscripción en los registros de estados civiles, la muerte en cuanto que percibe una tasa por el sepelio y porque añade con uno el número nacidos y de muertos. El miembro del ayuntamiento no ve en estos hombres nada más que individuos tributables, el comisario – individuos que tienen que ser vigilados para que no se roben unos a otros y que respeten las normas.

Tras este manto de hombres siguen los enseñados de la palabra. Estos preguntan siempre quid novissimi? El libro más nuevo es para ellos el mejor. Ellos leen mucho y tienen en su cabeza una multitud de definiciones, fórmulas y palabras sobre cuya verdad no se duda nunca, porque no tienen tiempo de dudar. Les llamo de la palabra porque su sabiduría consiste en palabras, en las cáscaras de unos razonamientos que su memoria guarda. Porque un razonamiento es un acto, un terremoto de los nervios. Cuánto más tiemblen los nervios tiemblen, más libres, tanto más claro será el pensamiento. Para ellos este acto, que el pensamiento extraño se repita exactamente en sus cabezas, no se produce, porque la multitud de lecturas y el cansancio del cerebro no lo permiten. Lo leído pasa como unas cáscaras muertas en el granero de la memoria, de donde sale a la luz después todo con la misma forma.

Y yo por mi parte pienso así: cualquier cosa que ha pensado un hombre solo, sin que lo haya leído u oído de otros, abarca una semilla de verdad. Por eso los libros viejos, que los hombres no escribían sólo porque sí, sólo por escribir, sino porque habían pensado algo les oprimía el corazón y querían decírselo a los demás, los libros viejos yo los leo y encuentro entre cosas abstraídas unas semillas de luz que luego retengo en la memoria.

Así un día estaba silbando desde la ventana abierta, había nieve y era hermoso afuera, cuando he aquí que veo pasando a un anciano con un gabán largo a la espalda y con el sombrero con los márgenes muy extensos. Lo vi entrando en el Navío de Noé. Este Navío es una tasca donde se encuentra buen vino húngaro. Allí tenía también yo mi mesa originaria y por la tarde, cuando me cansaba de la lectura y la escritura, iba a mi mesita del rincón del navío y me parecía que me hacía de nuevo niño, que estaba en el tiempo de Sim, Ham e Iafit⁶³⁶. Cuando vi entrando al anciano dije: “¡Qué diablos! a este no lo vi nunca... ¿vamos a ver quién es?” Cogí el sombrero del perchero, bajé veloz las escaleras y fui al Navío.

Entró adentro... el anciano — a mi mesa. El navío era un cuarto grande, abovedado y lóbrego en el que también de día ardía la lámpara. El anciano era interesante. El pelo de la cabeza era blanco, afeitada completamente la cara, ojos pardos, grandes y penetrantes, luego olía de lejos a tabaco y a mí me han gustado siempre los hombres que huelen a tabaco.

⁶³⁶ N.T.: Ham fue uno de los tres hijos de Noé. Génesis. 5:32 Y siendo Noé de quinientos años, engendró a Sem, a Cam y a Jafet. A pesar de que siempre se le coloca entre Sem y Jafet, parece haber sido el más joven de los tres (9:32). La Biblia relata cómo Ham observó a Noah borracho y desnudo en su tienda. Él “vio la desnudez de su padre”, lo que implica en el hebreo bíblico un acto sexual o lo violó. Skolnik, Fred y Berenbaum, Michael (eds.), *Encyclopaedia Judaica*, Detroit, Thomson Gale, 2007, vol. 8, p. 290

Le di las buenas tardes y me puse delante de él, porque estaba en mi derecho de sentarme en mi mesa. Él se incorporó un poco, pero no dijo nada. Después empezó a golpear en la mesa con sus dedos largos y delgados y silbó entre dientes... Era una impropiedad... pero ahora yo callaba; porque, por muy indecoroso que hubiera sido, la aria era de una belleza rara... era delgado como el zumbido de abeja, pero te parecía que en su boca se hubiera colocado un virtuoso del violín largo como un palmo y, sobre un violín como la corteza de una avellana, cantaba suave y hermoso, que te habrías enamorado de él... Luego calló y de nuevo empezó a golpear con sus dedos largos, de modo que su mano me parecía una telaraña grande, que juega temblorosa.

— Perdóname, señor Doctor, dije yo abrochándome la capa por delante, pero a mí me parece que la aria esta que has silbado ya la había oído en algún sitio... y quisiera preguntarle...

— La aria la ha oído en su cabeza, dijo él, cuando limpiaba las botas de Beethoven.

— Perdóneme, señor, pero ni siquiera tuve el honor de conocer a Beethoven.

— Qué sabe usted, si le conoció o no. Yo le digo que le conoció... Yo le digo que le limpió las botas, y basta.

“¡Qué diablos! está loco el viejo este, pensé yo”.

— ¡Qué diablos! Está loco el viejo este, dijo él guiñando el ojo e imitándome la voz exactamente. Después añadió: ¡Camarero! Vino húngaro de cinco años, embotellado bien... rápido. Vamos, muchacho, añadió él, no es verdad que el primer pensamiento que te vino a la mente a mi respuesta fue: “¡Qué diablos! está loco el viejo este”. Ves tú, ¿eso quería saberlo!... El hombre es como un violín... si pones el dedo en un lugar sobre la cuerda, suena de una manera, en otro sitio, de otra, pero un violín se parece a otro. Hoy me siento dispuesto a hacer filosofía y que bien que te encontré, muchacho, porque a mí me pareces un hombre inofensivo y que se asombra, y el asombro es la madre de la sabiduría.

Yo quedé boquiabierto. El anciano me miró y empezó a reír.

— Dime muchacho — si puedes — una cosa imposible y una idea imposible.

— Una cosa imposible es que yo hubiera limpiado las botas de Beethoven, que murió ya hace muchos años, y una idea imposible es que algo que sea y que no sea a la vez.

El camarero trajo el vino pedido, el anciano me llenó un vaso a mí, otro a él, que bebió de un trago.

— Escúchame, muchacho, tú eres un simplón, dijo él. ¿Has oído alguna vez sobre Archaeus?

— No.

— ¿No? Ahora bien, Archaeus es la única realidad del mundo, todas las otras son pequeñeces — Archaeus es todo.

— ¡Ptiu! ¡Pero hombre!, tío, con todo tu Archaeus... Como veo, quieres tomarme el pelo. ¿Quién es Archaeus?

— ¡Şşut! Calla, muchacho... Todo a su tiempo. En seguida te diré quién es Archaeus, pero primero bebe el vaso de vino y escucha las siguientes palabras del anciano. Pensamientos imposibles no existen, porque, una vez que un pensamiento existe, ya no es imposible, y si fuera imposible, no existiría. ¿Qué es imposible? Te pondré en seguida una multitud de problemas. Las condiciones a cualquier posibilidad están en nuestra cabeza. Aquí están las leyes extrañas a las que la naturaleza tiene que someterse. Aquí está el tiempo con sus reglas matemáticas, aquí el espacio con sus leyes geométricas, aquí la causalidad con su necesidad absoluta, y si borras estas... también un sueño profundo las borra por unas horas... ¿qué sentimiento nos queda durante este intervalo de olvido? Nada. Y sin embargo llegan momentos en la vida en los que estos tres elementos de nuestra mente, estos cajones en los que metemos un mundo desaparece por un instante... es verdad solamente como un relámpago, desaparece o en parte o en su totalidad y te quedas como ante unas maravillas y te preguntas... así como el hombre que había creído que todo lo que ve es justo tal como es... qué puede significar eso. Cuando miras una fisonomía extraña, te viene por sí sola la pregunta: ¿cómo demonios puede pensar este hombre? Porque la falta de uno de los cinco sentidos, aunque aparezcan más tarde, modifican radicalmente el mundo del pensamiento.

— ¿Cómo es posible? Precisamente el mismo Beethoven compuso música cuando había perdido el oído.

— Sabía que me ibas a objetar esto. Sí, Beethoven compone la ópera *Fidelio* después de que hubiera olvidado desde hace mucho la naturaleza de las voces humanas... él escribe música para las voces como cree él que tendrían que ser y te encuentras frente a una ópera que te parece que se escapa a tus ojos... que la miras con el binóculo del revés... y la verás lejos, lejos, en lo profundo del pensamiento de un hombre, algo extraño que parece no entender bien, hasta que te das cuenta de que son las imaginaciones de un sordo acerca de la voz humana, cuya naturaleza normal él la había olvidado o tenía sólo una reminiscencia débil acerca de ella. Pero imagínate que todos los hombres tuvieran en sus orejas sólo una reminiscencia de memoria como aquella de Beethoven... toda la ópera se acerca evidente, al igual que cuando la miras con el monóculo colocado normalmente en el ojo... y se acerca tanto que toda la escena se te mete en la cabeza y oyes la ópera aullando en tu cráneo desierto, con bosquecillos, con prisiones, con actores, con actrices, con todo. Cómo será la cabeza de un hombre que tiene una ópera o un drama dentro, con sus hombres interesantes, luz de

lámparas, con las telas pintadas, con completamente todo en su cabeza... Un teatro entero en el que su alma, acurrucado en un rincón de la sala, es el único espectador.

— Bien. ¿Pero por qué no creer que la hechura normal del hombre es la explícitamente hecha para ver la verdad?

— ¿Por qué? Porque precisamente esta hechura normal no es una ni la misma — siempre habrá pequeñas distinciones; dónde además si las distinciones son grandes, tenemos otro mundo. Pero continuo. No sé si alguien se soñó alguna vez elástico... que puede crecer, se puede hinchar, se puede contraer. Si a semejante hombre no lo despertara nadie del sueño, él viviría una vida entera con un mundo real y palpable, porque en el sueño se palpa igual de bien que despierto... es decir, no falta ni este control, el más seguro, el de la realidad... Y este hombre se contraería en un tahúr que gritaría a los hombres de la callejuela para que se den cuenta de su presencia y no le pisen, o adelgazaría en una pértiga con barba inglesa y con el sombrero alto, o engordaría como un bodegonero bávaro... pasaría por mil figuras él mismo y, si durmiera toda su vida, ni se le pasaría por su mente dudar que ésta es su naturaleza, que de otro modo no puede ser y que todo tiene que ser como es... Si se despertara poco antes de morir, creería, por contra, que adormeció y que sueña. *Un mundo como no mundo es posible, ininterrumpida siendo de otro orden de cosas.* Existen muchos hierbajos que, aportando una pequeña modificación del órgano de la vista, crean ante el hombre otro mundo. Una bebida preparada de una esponja aumenta las proporciones de las cosas. Una paja parece grande como un travesaño y el hombre, en la reminiscencia de la figura que tuvo antes de esta, salta encima de un hilo de paja del camino. Un trigal se transforma en un bosque de oro, los hombres se convierten en gigantes y puede que el cuento viejo, que antiguamente los gigantes habitaban la tierra, dependía de la construcción de los ojos de aquel entonces y no de su tamaño objetivo o, más exactamente, del tamaño en el que refleja nuestro ojo de hoy los hechos humanos. ¿Cuál es el criterio de la realidad? Sobre los ojos ya no hablemos... Quién no sabe con cuanta realidad, con cuanta verdad se presenta en el sueño los rostros conocidos, jardines, casas, calles; la oreja oye música agradable y la mente se acuerda como que ha oído una vez esta música... Un amigo se muestra... él ha envejecido, algunos pelos blancos tiene sobre la cabeza... la mente le compara con la reminiscencia que tenía sobre él, y la imaginación de cómo fue y la visión concreta de cómo es nos arranca el arrepentimiento: “¡Cómo cambió este hombre! ¡Oye!”... En estado de locura todas las ideas son de una tremebunda realidad... El hombre es torturado, es puesto en la cruz, es batido, sin que alguien le toque. Los más terribles dolores físicos desgarran el alma y le surcan la cara... por contra, los dolores reales en nuestros sentidos no los sientes... No tenemos criterio... No sabemos si sabemos algo... O creemos, porque lo han creído también otros, porque es una norma predominante, y eso no porque el mundo sea como nos lo imaginamos, sino porque hombre a hombre se parecen más o menos... ¿Se puede decir que tal hombre extraño no tiene razón cuando dice algo? ¿Con qué lo combates?... ¿Con lo que también otros dicen como tú que no es así? ¿Con qué derecho? El valor de su mirada tiene el mismo que el valor de nuestra

mirada... sólo que la suya está aislada, mientras que la nuestra encuentra también otras cortadas por el mismo patrón. ¡Pero es un soñador! Bien. ¿Quién? ¿Nosotros o él? Esa es la pregunta... Puede que nosotros no hacemos otra cosa que soñar de una manera y él de otra...

— Pues bien... vemos el mundo.

— También él lo ve.

— Pero lo palpamos.

— También él lo palpa. ¿Con qué derecho nuestro modo sea el verdadero y el suyo el falso? ¿Por qué no es al revés? Estamos nosotros locos o él es loco... esa es la pregunta. Y si pensamos en lo diferente que fue la mirada de los hombres en otros siglos, que lo que nos parece a nosotros extraño a ellos les parecían natural, que cualquier cosa incomprendida no tenemos más que una forma bajo la cual otra frente de hombre veía una cosa comprendida, entonces nos preguntamos ¿cuál es el criterio de la mente sana? Una mente que hoy aprueba lo que desaprobó ayer, que desaprueba lo que aprobó; una mente que vemos que se nutre siglo a siglo de paradojas...

— ¿Cómo de paradojas?

— ¡Sí! Porque dile sólo a un hombre salido de la cáscara de la naturaleza que el sol está quieto y la tierra gira a su alrededor... él lo encontrará irracional, paradoja, contra la mente sana... Dile que las estrellas son como tantos otros mundos... él lo encontrará una paradoja.

— Pero, sin embargo es la verdad.

— ¿La verdad? Como quieras... Como desaparece, como se vuelven lentamente intangibles incluso las teorías del movimiento cuando presuponemos lo que se nos impone por sí mismo... ¡que el espacio es inconmensurable!... ¿Dónde está el movimiento cuando el espacio es inconmensurable?... La tierra ha hecho un trozo... Bien... Encima y debajo de ella ha quedado el mismo espacio, porque es inconmensurable... es decir que la ha recorrido, cuando no recorrió nada, porque por todas partes se queda en el mismo lugar, en el mismo cinturón, en la inconmensurabilidad, y si permaneciera quieto o si se movería, sería lo mismo... ¿Cuál es el criterio de su movimiento? De nuevo nuestros sentidos y nuestro sensorial visionar, de modo que su movimiento no está pensado sin que pongamos a la vez nuestro ser. La tierra anda igual que andamos nosotros en sueño. Lejos llegamos, y no obstante en el mismo sitio estamos... Detrás y delante no ha crecido, ni ha disminuido la distancia — porque es inconmensurable.

— Pero ¿el tiempo?

— ¡Oh!, este maldito tiempo, que es a veces largo, a veces corto, siendo sin embargo el mismo, al menos el resorte lo llama... Cuando alguien espera en invierno en la puertecita de algún vallado a su amada... y ella no viene... y espera... y ella sigue sin venir... ¿qué es el tiempo? Una eternidad. Y cuando alguien lee un libro hermoso... miles de cuadros suceden delante de sus ojos... ¿qué es el tiempo? Un minuto. ¿Quién no ha tenido alguna vez una novela entera en la mente para cuya realidad normal necesitaría de una vida entera o de una juventud entera?... En el sueño él puede tener en una sola noche la vida entera de un hombre. Y ¿por qué la de un hombre? ¿Por qué no la de todos de los que giran a su alrededor? Y ¿en cuánto tiempo? En siete u ocho horas. Pero ¿es una tragedia o una comedia diferente? Y, en verdad, si semejante hombre es interesante, no te das cuenta de cuánto tiempo pasó. Si tomamos el criterio de la normalidad, hemos borrado todo el exclusivismo de una posibilidad convencional y de moldes y hemos puesto en su lugar otra igual de justificada. Entonces ya no diga: sólo eso es posible y sólo así es posible, sino digamos: Según nuestro entendimiento, así es... pero el diablo sabe si no podría ser de otras mil maneras...

— ¡Qué extraña idea sobre la vida!

— Imagínate un manuscrito viejo, con las hojas untadas, en un rincón de cajón... una comedia, por ejemplo. El director de teatro, en apuros, da con él, lee... lee... golpea con los dedos... “¡Sí, esto es!”... Y he aquí que te encuentras de repente sobre la escena con un icono vivo de la vida... el público se ríe, los actores hacen muecas y todo esto como antes... hace cien años. Entonces dices que o el público y el teatro se distancian en doscientos años, o que la pieza es nueva. ¿Dónde está el tiempo? Cuando vuelves el binóculo, las cosas te parecen una anormalidad lejana... Un hombre nacido con el binóculo sobre la nariz vivirá toda su vida según su propia nariz, porque es suficiente, y eso sería muy natural... ¿Dónde está el espacio? Por eso cuando oímos el clarín de las grandes verdades, que se presentan con tanta conciencia de sí mismas, sonreímos y decimos: ¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras! Escuchemos los cuentos, porque ellos al menos nos hacen vivir la vida de otros hombres, mezclamos nuestros sueños y razonamientos con los suyos... En ellos vive Archaeus... Puede que el cuento sea la parte más hermosa de la vida humana. Con los cuentos nos mece el mundo, con los cuentos nos adornece. Nos despertamos y morimos con ellos. ¿Has oído alguna vez el cuento del rey Tlà?

— Nunca... Pero desearía saber primero ¿quién es Archaeus?

— ¡Hm! Cómo demonios te lo digo si no has entendido nada hasta ahora. ¡Ay muchacho! A pesar de todos los cambios que pueda desear un hombre en su persona, no obstante querría quedar él mismo... su persona. Conocí hombres que deseaban ser más hermosos (¡cuántas mujeres!), mejores (¡cuántos hombres de estado!), más geniales (¡cuántos escritores!), conocí unos que tenían deseos de Cezar, en los que se amontonaban los sueños de gloria del mundo entero... pero ellos querían seguir siendo ellos. ¿Quién y qué es aquel él o yo que en todos los cambios del mundo desearía permanecer él mismo? Este es

posiblemente todo el misterio, todo el enigma de la vida. Nada desearía tener de lo que tiene. Otro cuerpo, otra mente, otra fisonomía, otros ojos, ser otro... pero ser él. Quisiera poder convertirse en miles de rostros, como un camaleón... pero seguir siendo él. Abstrayéndose del deseo de estos recuerdos, cada uno tiene su deseo cumplido,... porque es indiferente, para el que no desea la memoria de la identidad, si es él o no es él rey. Él es el rey, si no tiene esta pretensión de seguir siendo él... He aquí otro cuerpo, otra mente, otra posición, sólo que no eres tú. Bueno, ¿has entendido quién es Archaeus?

— Pues no. Menos que nunca.

— Tampoco es fácil de entender — porque es eterno. Y eterno es todo lo que está siempre delante... en este momento. No lo que ha sido, porque han sido estados de cosas, no lo que será, porque serán nuevamente estados de cosas. Lo que es. Tan sólo si el tiempo se quedara quieto podríamos ver esclarecido lo que es eterno... Sólo en un punto en que naciese una moratoria entre la muerte y vida, porque el mundo no es más que un eterno pago hacia la vida, un eterno cobro por parte de la muerte. Y esta circunstancia es la madre del tiempo. Sin esta, la suma de lo que existe en verdad se podría mirar por todas partes, sabríamos lo que es atemporal.

— ¿Qué me importan a mí estas exposiciones cuando yo sigo sin saber qué es Archaeus?

— ¡Hm! Eres duro de mollera. Cuando piensa alguien el insignificante tamaño del cuerpo humano no está en absoluto en concordancia con el poder, con la inmensidad de la voluntad (piensa en Napoleón), como que el hombre es sólo el motivo, a menudo delgado, apenas alma, para unas pasiones tremebundas, cuando piensas como que el portador de estas pasiones puede en cualquier momento convertirse en una cáscara, como un vaso que te ha roto el vino, luego cuando ves que el único y mismo principio de vida germina en miles y miles de flores de las que la mayoría se pierden en mitad del camino, pocas quedan, y estas pocas tienen al fin la misma suerte, entonces ves como que el ser del hombre es inmortal. Es el único y mismo punto saliente que aparece en miles de hombres, desnudado de tiempo y espacio, entero e indivisible, mueve las cáscaras, las conduce una hacia otra, las abandona, forma otras nuevas, mientras que la carne de su pintura aparece como una materia, como un Ahasver⁶³⁷ de las formas, que hace un viaje que parece eterno.

— Y es en verdad eterno.

— En cada hombre se prueba el espíritu del Universo, forcejea de nuevo, se levanta como un nuevo rayo de la misma agua, de alguna manera un nuevo asalto hacia los cielos. Pero se queda en el camino, justo como de manera especial, aquí como rey, allí como mendigo. Pero ¿de qué ayuda sirve la cáscara al carro que se ha quedado petrificado en la

⁶³⁷ Ahasver es un nombre de judío errante es una figura mitológica de cierta literatura antisemita cristiana

madera de la vida? El asalto es la juventud, permanecer en el camino — la decepción, la recaída del animal herido — la vejez y la muerte. Los hombres son problemas que se crea el espíritu del universo, sus vidas — intentos de solucionar. ¿El tormento prolongado, eterna huida tras algo desconocido, no se parece a la avidez de hallar la respuesta a una pregunta curiosa?

— Pero a mí me parece que donde hay un problema está al mismo tiempo su solución.

— Sí. Kant. La mayoría de los hombres todavía tienen preguntas, a veces cómicas, otras veces necias, otras veces llenas de sentido, otras veces desiertas. Cuando veo nariz humana, siempre me da por preguntar ¿qué busca esta nariz en el mundo?

Pensamientos imposibles

¡Pensamientos imposibles! ¿Qué es imposible? Las condiciones de cualquier posibilidad están en nuestra cabeza. Aquí hay leyes extrañas, cuya naturaleza tiene que someterse – aquí hay tiempo, espacio, causalidad y si borras esto, también un sueño profundo lo borra unas cuantas horas, ¿qué sentimiento queda de este intervalo de borrado? Nada. Y con todo esto nos vienen momentos en la vida, en los que estos tres elementos de nuestra mente, estos cajones, en los que metemos el mundo, desaparecen por un momento – es justo – como un relámpago solo – desaparecen o en parte o en totalidad y quedas como ante una maravilla y te preguntas, así como hombre, que ha creído que todo lo que ve es justo así como es, que acaso qué significará esto... cuando miras una fisionomía extraña surge la pregunta: acaso cómo diablos puede pensar este hombre –incluso la falta de uno de los cinco sentidos, incluso llegando más tarde, modifican radicalmente el mundo del pensamiento. Así, Beethoven había compuesto la ópera *Fidelio* después de que había olvidado hacía mucho la naturaleza de la voz humana... él escribía música para voces como creía él que tendrían que ser y te encuentras ante una ópera, que te parece que huye ante los ojos, que la has mirado con los binóculos vueltos... y ves lejos, lejos, en el fondo del pensamiento de un hombre algo extraño, que parece no entender bien, y después apenas vez que son las imaginaciones de un sordo sobre la voz humana, cuya naturaleza normal él había olvidado o era solo una reminiscencia débil sobre ella. Pero imaginándote que todos los hombres tendrán en sus oídos una reminiscencia de memoria como la de Beethoven -toda la ópera se acerca evidentemente, como si miraras con el cristal colocado normal sobre el ojo- incluso se acerca así que toda la escena se te coloca en la cabeza y oyes la ópera rugiendo en tu cráneo desierto, con bosques, con cárceles, con actores y actrices, con todo. Como sería la cabeza de un hombre que tiene una ópera o un drama, con sus hombres vestidos, con la luz de las lámparas, con las telas pintadas, con completamente todo, en su cabeza... Un teatro entero cuya alma acurrucada en una esquina de la sala es el único espectador.

No sé si alguien soñado alguna vez ser elástico... que puede crecer, se puede inflar, se puede contraer... si a un semejante hombre no le despertara nadie del sueño –él viviría una vida entera con un mundo real y palpable, porque en sueños se palpa igual de bien que en vigilia... es decir, no falta ni siquiera este control, el más seguro, el de la realidad – y este hombre se contraería en una patata que gritaría a los hombres de la callejuela para que no le pisen o se adelgazaría en una pértiga con barba inglesa y con sombrero alto, o engordaría como un bodegonero bávaro... pasaría por mil figuras él mismo y, si durmiera toda su vida, ni se le ocurriría dudar que ésta es su naturaleza, que de otra forma no puede ser y que todo tiene que ser como es... si se despertara poco antes de morir, creería por contra que ha adormecido y que ha soñado... Un mundo como inmundo es posible, ininterrumpido por otro orden de cosas. Existen muchas plantas que, provocando una pequeña modificación del organismo de la vista, crean ante el hombre otro mundo. Una bebida prepara de un hongo

engrandece las proporciones de las cosas. Una paja grande como una viga y el hombre en la reminiscencia de la figura que tuvo antes de esto salta sobre un hilo de paja que encuentra por el camino. Un trigal deviene un bosque de oro, los hombres devienen gigantes y puede que los cuentos antiguos, en los que antes los gigantes vivían en la tierra, pendían de la construcción de los ojos de entonces y no de su altura objetiva o mejor dicho de la altura, en la que refleja nuestro ojo los hechos humanos hoy. ¿Cuál es el criterio de la realidad? De los ojos ya no hablamos – quien no sabe con cuanta realidad, con cuanta verdad se presenta en sueño figuras conocidas, jardines, casas, calles, el oído oye música agradable, y la mente recuerda como que ha oído una vez esta música... un amigo se muestra, él está envejecido... algunos pelos blancos tiene por la cabeza – la mente le compara con la reminiscencia que tiene de él y lo imagina como él ha sido y la visión concreta como es nos arranca mala opinión: cómo ha cambiado el hombre este! En estado de locura todas las ideas son de una terrible realidad... El hombre es torturado, es puesto en una cruz, es golpeado, sin que nadie le toque... los dolores más terribles físicos le desgarran el alma y le surcan la cara -por contra, dolores reales en nuestro sentido los encuentra insensibles... No tenemos criterio. No sabemos si sabemos algo... Lo creemos porque lo creen también otros, porque es normal predominante, y esto no porque el mundo sería como nos lo imaginamos, sino porque hombre con hombre se parece más o menos... ¿Pero se puede decir que tal hombre extraño no tiene razón cuando dice algo? ¿Con qué le combates – con lo que también otros dicen que no es así? ¿Con qué derecho? El valor de su mirada es el mismo que el valor de nuestra mirada... solo que la suya está aislada, mientras que la nuestra encuentra también otras puestas sobre el mismo patrón. ¡Pero es un soñador! Bien. ¿Quién? Nosotros o él. Ésta es la pregunta... Puede que nosotros no hacemos otra cosa soñar de una forma y él en otra... Pero bien vemos el mundo. También él lo ve. Pero lo palpamos. También él lo palpa. ¿Con qué derecho nuestro modo de ser es el verdadero y el suyo el falso, por qué no al revés? Somos nosotros locos o es él, el loco, esta es la pregunta.

Y si pensamos solo qué diferente fue la mirada de los hombres de otros siglos, que lo que a nosotros nos parece extraño a ellos les parecía natural, que en cualquier cosa incomprensible no tenemos más que una forma bajo la cual otra frente humana ve una cosa muy comprensible, entonces nos preguntamos ¿cuál es el criterio de la mente sana? En general se dice que la mente sana se dedica... ¿pero qué es esta mente sana? Una mente que hoy aprueba lo que desaprobó ayer, que desaprueba lo que ha aprobado, una mente que vemos que se alimenta siglo a siglo de cosas paradójicas... ¡Sí! Porque diga alguien a un hombre salido de la cáscara de la naturaleza que el sol permanece y la tierra gira... él lo encontrará irracional, paradójico, contra la mente sana, diga que las estrellas son tantos mundos – él lo encontrará paradójico. Pero hablando justo... como desaparecen, como devienen poco a poco impalpables incluso las teorías de nuestros movimientos, cuando presuponemos, lo que se nos impone de sí... que el espacio es inconmensurable... dónde está el movimiento cuando el espacio es inconmensurable?... La tierra ha hecho un trozo. Bien. Encima de ella y por debajo ha quedado el mismo espacio, porque es inconmensurable... es decir, que ha recorrido él

cuando no ha recorrido nada, porque en todos lados está en el mismo lugar, por todos lados es inconmensurable, y ya inmóvil, ya se moviera daría igual... ¿cuál es el criterio de su movimiento? Y nuestros sentimientos... y esta sensorial visión, en la que su movimiento no se piensa, sin que pongamos al mismo tiempo nuestro ser. Es como cuando uno se inquieta por un globo que gira con él con una rapidez invisible... Seguro que el estará quieto... aunque parecerá ridículo por los pies, y aunque le parezca que se mueve. Y el tiempo, este maldito tiempo que es a veces largo, a veces corto, siendo sin embargo el mismo, por lo menos el premonitorio lo dice... Cuando espera alguien en invierno nevando en la puertecita de una cerca a su amada... y ella no viene... y espera... y ella no viene... ¿Qué es el tiempo? Una eternidad. Y cuando lee alguien un libro hermoso... miles de cuadros se desarrollan delante de los ojos, qué es el tiempo, un minuto. Quien no ha visto alguna vez una novela entera en la mente, para cuya realidad normal necesitaría una vida entera o una juventud entera... En sueño él puede tener en una sola noche la vida entera de un hombre. Y por qué la de un hombre, por qué no la de todos los que giran a su alrededor. Y ¿en cuánto tiempo? En siete u ocho horas. Y ¿qué es una tragedia o una comedia otra cosa? En verdad, si una semejante obra interesa, no te das cuenta cuánto tiempo pasó. En Craiova, Monte Cristo dramatizado tuvo a los hombres hasta las dos de la madrugada en el teatro y nadie pensaba en cuanto tiempo había pasado. Si tomamos el criterio de la normalidad predominante, tomé toda la unicidad de posibilidades y puse otra igual de justificada, entonces no dije: solo esta es posible, y solo así es posible. Sino que digo: según la capacidad de mi cabeza, así es... pero el demonio sabe si no puede ser de otras mil maneras diferentes.

Imagínese alguien un manuscrito viejo con hojas untadas, en una esquina del cajón... una comedia por ejemplo. El director del teatro, por casualidad, lo encuentra, lee, lee... golpea con los dedos: “¡Sí sabes que esta es buena!” Y de repente te encuentras sobre la escena con un cuadro vivo de la vida, el público ríe, los actores gesticulan y todo esto como hace doscientos años. Entonces te entran ganas de decir que o el público y el teatro están alejados doscientos años o que la pieza es nueva. ¿Dónde está el tiempo? Cuando vuelves el binóculo todas las cosas te parecen en una anormalidad alejada... Un hombre nacido con binóculo sobre la nariz correría su vida entera tras su propia nariz para cogerla y sería natural esto... ¿Dónde está el espacio?

Por eso cuando oímos trompetear las grandes verdades, que se presentan con tanta consciencia de sí, sonreímos y decimos: ¡palabras, palabras, palabras! Y escuchamos los cuentos, porque ellos por lo menos nos hacen vivir en la vida de otros hombres, para mezclar nuestros sueños y pensamientos con los suyos... Puede que el cuento sea la parte más hermosa de la vida humana... Con los cuentos nos acuna el mundo, con cuentos nos adormece... Nos levantamos y morimos con ellos... ¿Por qué no oímos también el del rey Tlà?

No, pero antes de que me cuentes sobre el rey Tlà

No, pero antes de que me cuentes sobre el rey Tlà, quisiera que me dijeras ¿qué entiendes por Archaeus cuyo nombre lo has pronunciado tantas veces en esta tarde?

– Querido mío... Te hablé del manuscrito del cajón. Me concederás que toda comedia no habría tenido lugar con su plan, con su apasionamiento, con el exterior de rey, sacerdotes, caballeros, damas de cortes, policías, etc., si no estuviera aquel insignificante manuscrito viejo de cien años en el fondo del cajón. Cuanta riqueza de vida, costumbres, hombres, arreglos, pasiones en unas cuantas hojas ensuciadas, en las que yace envuelto Archaeus. Pues bien – mira la vida como una comedia -¿quién la arregla? Mira al hombre como una máquina -¿Quién lo mantiene? Mira la naturaleza como un decorado, ¿quién lo pinta? Y después no olvides que el papel incluso era necesario para fijar a Archaeus. Si no existiese el manuscrito, ¿acaso él no existiría? Pues sí.

¿Qué era él? Una nada, una posibilidad... Pero imagínate ahora que en medio de la representación una pared cae, un actor se rompe la cabeza, uno olvida el papel... he aquí un Archaeus ofendido y sientes que está ofendido. ¿Por qué sientes? Porque aquella nada está también en ti, porque insultado sobre la escena es insultado en ti. Y con todo esto él puede permanecer miles de años en el cajón y su cuerpo de papel le conservará, tú mismo podrías no nacer, ser del número de los cuales no han nacido nunca..., pues bien, la existencia fue posible porque existe. Hubiera existido como una idea, como una comedia recibida, cuyo manuscrito se ha perdido y sobre el que nadie sabe nada, aunque ha existido, incluso existe en el cerebro de la naturaleza.

Por lo tanto tú has sido, eres, serás siempre.

La muerte de Ioan Vestimie

1

Ioan Vestimie ni estaba predispuesto a ser un hombre importante, ni pretendía serlo. Puede sin embargo que estaba más faltado de envidia que otros, que reconocía con mucha facilidad los méritos de los demás y sus aciertos, por lo que el mundo decía que era un espíritu observador, aunque no sabemos que la finura de observación y el reumatismo unido con el latido de corazón hubieran estado alguna vez en relación. Tenemos sin embargo que llegar al estado deplorable de la moral en el que la justicia simplemente de las visiones que pasan justo espíritu de observación... pero no se trata de eso.

La palabra es de nuestro Ioan, que todos los días se sigue regularmente el camino de su casita a la cancillería, de la cancillería a una cafetería de la esquina, donde leía diarios ilustrados, de allá al figón, del figón a casa, sin que en esta circulación de la marcha suceda alguna interrupción o irregularidad, mientras que, por contra, en la pulsación y en los latidos de su corazón sucedían a menudo irregularidades.

Sea la causa esta, sea otras en medio, pero de un tiempo acá Ioan, que había tenido una memoria espléndida, empezó a perderla poco a poco. De ese modo sucedió que una tarde, queriendo escribir una carta a una chiquilla rubia, a la que amaba con fe de 16 años y mejor, que olvidó completamente el nombre de la chica. Abrió un diccionario de nombres propios, juntó las terminaciones de los nombres femeninos en cualquier letra del alfabeto, en vano, su nombre quedó olvidado.

Su primera idea fue que podía haber sido golpeado por una afasia parcial, que olvidó una letra del alfabeto, la segunda que en los vasos del cráneo hubiera adquirido una hinchazón que le apretaba el cerebro y muchas otras ideas hipocondríacas se le ocurrieron a Ioan Vestimie. Nuestra opinión es sin embargo que Ioan había cerrado demasiado tempranamente la portezuela de la estufa y que quizá le dolía la cabeza.

Pero esta no era, se ve, su idea. Él se había acostado y empezó a sentir un extraño adormecimiento del brazo derecho. Aunque estaba decididamente despierto, no era capaz de mover aquel brazo. Después siguió el adormecimiento de la pierna izquierda, luego adormeció por fin.

Pero mucho no lo cogió su sueño. Él se levantó muy aliviado y tan sano de su cama como no se había sentido jamás: su corazón suyo le latía con viveza y calor, el paso era ligero como el de un ciervo. Eran las 10, cerca de la medianoche. Él vistió rápidamente y marchó a la ciudad, entró en su café acostumbrado y empezó a hojear los diarios.

Lo que le parecía extraño de la vía—afuera es que los pilares de la cafetería le cogían los diarios de las manos sin preguntarle, muchos de ellos parecían que no le veían, sólo unos, y justo aquellos que se distinguían por la finura de su palidez o por los ojos demasiado ahondados en la cabeza, le miraban y suspiraban. Por qué estos hombres le eran especialmente simpáticos no lo sabía ni él.

Al acercarse la medianoche él sintió una ligera intranquilidad. Marchando del café, donde por excepción no había pedido ni su café negro, él arrojó la mirada a uno de los diarios de la tarde y vio con asombro la siguiente cosa:

Sucedio que hoy, a 7 horas de la tarde, d. Ioan Vestimie falleció a consecuencia de a una violenta palpitación del corazón. No podemos más que lamentar la muerte prematura de un joven que, además de un carácter sólido y digno de toda la confianza, también tenía un espíritu fino de observación y muy recto juicio.

Él no se podía explicar quién se la había jugado al anunciar su muerte en los periódicos.

Saliendo a la callejuela, una luna llena con toda la belleza cubierta con sus rayos turbios — débiles en cualquier sitio encontraba lugar por las tinieblas de las callejuelas. Aquí golpeaba a una empresa de modisto, al otro lado por las ventanas cerradas de un salón desierto, en otro lugar sobre los muros largos y blancos de un patio de iglesia, limpio una belleza de luna. Él se asombró también por esta luz indecible de dulce, pero también de la ligereza con la que andaba él, hasta que por fin llegó a casa y se acostó. Se ve que había empezado a despuntar el día, porque los gallos cantaban y él adormecía profundamente, muy profundo, este vez sin que le importe su cancillería sus manos u otros deberes. En su sueño profundo oía sin embargo murmurando a su alrededor como unos enjambres de abejas, pero muy tristes, muy melancólicos. Muchas veces quiso sacudir su cabeza, y entonces, agudizando su vista, divisó una multitud de luces encendidas, pero luego recayó rápidamente en su sueño profundo y ya no entendía nada de aquel murmullo misterioso y afligido de enjambre.

2

Cuando se despertó al día siguiente vio que era tarde por la tarde, y unos amigos suyos jugaban a las cartas en una mesa. Él dio las “buenas tardes” con una voz algo ronca y ellos de repente se levantaron todos y se miraban asombrados uno a otro.

Sólo uno, que era más descarado de ellos, Alexandru, dijo:

— ¡Vamos ladrón! quédate allá y duerme, tan sólo no tengas ganas de estropearnos la partida.

Los otros empezaron a reír, y uno le tiró de la pierna. Ioan no sabía por qué, pero este comportamiento era tan molesto para él que se levantó y salió callando de la casa. Lo que le asombraba era sin embargo que se había acostado desnudo y se había despertado vestido en sus mejores ropas, negras. De ese modo salió a la callejuela. Había caído la primera nevada y sobre los muros de a lo largo de las callejuelas él vio por todas partes a algún niño bien vestido, haciendo bolas de nieve y tirándoselas uno a otro. Estaban alegres y reían los niños.

— Eh muchacho, ¿cómo te llamas? preguntó él a uno.

— No tengo nombre, no fui bautizado, dijo el niño riendo. La misma respuesta le dio el segundo niño. Esta tarde él ya no fue al café, pero se sentó en el portal del teatro, para admirar a las mujeres hermosas que salían después del espectáculo.

Pronto vio saliendo, roja como una rosa y rubia que un copo, con un capuchón blanco-cárdeno en la cabeza, la princesa B., una de las bellezas de la gran ciudad.

A él le había gustado desde hace mucho aquella princesa alta y varonesa, joven y hermosa, fuerte y dulce al mismo tiempo. ¿Pero de dónde y hasta dónde llegó él a pensar en subirse junto a ella en el cupé, en ponerle el brazo tras su cuello y besarla?

— Siéntese bien, dijo ella sonriendo y fingiéndose enfadada.

Pronto llegaron al palacio hermoso de la dama, él le dio el brazo y subió con ella escaleras arriba; el príncipe les vio y no quedó en absoluto escandalizado, y ella cogió de la mano al pobre muchacho y lo llevó tras de sí a su tocador, vestido en morado y blanco. Sin ninguna molestia ella empezó a desnudarse y, cuando él le rodeó el cuello desnudo y blanco con los brazos, ella sonrió y miró a sus ojos tan profundamente y con tanta indecible felicidad y amor como si le hubiera conocido desde decenas de años.

Pero a él mismo el comportamiento este no le parecía en absoluto extraño. El cuerpo dulce y blanco como la nieve de esta maravillosa mujer le parecía tan santo, de tal angelical limpieza, que le hubiera resultado extraño si ella se hubiera avergonzado por mostrarse con tanta libertad. Ella se miraba al espejo, después miró larga y soñadora a él, como si hubiera fijado un punto en la pared, y le dijo:

— Vamos ven, ¡ven a dormir a mi lado!

Una lamparilla con la luz rosada esparcía rayos delgados sobre la morada pared aderezada con flores de plata, sobre el cielo morado de la cama adornada con bordados blancos y finos; la hermosa estatua viva se subió a su cama como Susana en el baño y el pobre muchacho se colocó a su lado sorbiéndola con los ojos y acariciándole el pecho.

Ella sonreía siempre, abarcada como de un sueño celestial, se tendía perezosa en su cama blanda susurraba muy bajo:

— Qué muchacho tranquilo y dulce eres tú y cómo te amé desde el momento en el que me miraste con tus ojos sufrientes. Y qué dulce es el amor cuando no lo sabe nadie, nadie en el mundo. Tú ni sueñas cuanto te amo yo, ¿no es así? Ni sueñas que suspiro por ti como las tórtolas en la noche, y ni te atreves a soñar. Pero parece que tú supiste alguna vez qué hermoso eres y ¿cómo se te estropeaban los ojos de querido que me eras? Sólo no seas loco, no te cogí tras mí para que te vean otros... Así... en el misterio del tocador cuando nadie sabe, cuando estoy sola yo conmigo, sola, entonces te amo mucho, mucho...

Ella adelgazó sus labios e Ioan la besó con fuego. Ella le cogía en el pecho y la apretaba, hasta que adormeció en sus brazos.

Bajo la lamparilla con la luz rosada él descubrió despacio aquella figura celestial, de una limpieza y de una finura como el mármol, le besó sus pies con calcetines puestos y la miró horas enteras, cómo dormía tan tranquila, que ni se oía el resoplo en absoluto y sólo el levantamiento regulado del pecho y una ligera inflamación de la nariz fina demostraban que ella vivía.

Pero, como llegó la medianoche, lo cogió un frío en la espalda. Él se agachó otra vez sobre su cara y la besó largamente, largamente hasta que le pareció que los labios sangraban, después se levantó rápidamente y marchó a casa.

Llegando allá vio a sus amigos adormecidos con las cartas en la mano. Él se acostó y adormeció de nuevo rápidamente.

3

Al tercer día un murmullo en verdad muy fuerte oía alrededor de la cabeza, y le pareció incluso que le llevaban arriba. Con todo esto, con toda la voluntad de su parte, no podía mover ni el brazo de aquel tremeundo adormecimiento, ni la pierna; lo que sentía en cambio en el alma era un extremo agradecimiento, un sentimiento de alivio del corazón.

Cuando se despertó ahora, se despertó no a casa, sino en un jardín grande y hermoso, sobre los árboles de los que colgaba nieve. Algunos niños jugaban con bolas de nieve y corrían rápidamente por el jardín, y en otro lugar vio una chica joven vestida de blanco, muy, muy pálida la cara y con los ojos medio abiertos sólo. Él se acercó a ella, y ella le sonrió y le tendió la mano.

— Vamos juntos a la ciudad, ¿no es así?

— Por supuesto, respondió Ioan, aunque se rían los hombres de nosotros.

— Deja que rían, dijo ella. Ahora su risa no tiene ningún significado. Anteayer aún tenían derecho a reír y la risa y sus palabras me dolían, hoy...

— Tienes razón, ¿pero dónde vamos?

— ¿Qué clase? ¿Tú no sabes aún? Pero quiero que lo veas una vez más; él duerme ahora y sueña conmigo y su alma me atrae, me atrae que un imán...

Extraño era que Ioan no se asombraba demasiado de lo que le sucedía. Primero tenía el sentimiento de que había perdido en parte la memoria, luego el sentimiento que con ligereza puede entrar en cualquier sitio que quisiera, puede hacer todo que quisiera, el tercer sentimiento, pero el más enérgico de todos, eran que todas estas suceden en un sueño de verdad, cuya razón fisiológica es un dolor ligero en la sien derecha.

Esta vez él se fue primero a casa. Alexandru dormía roncando en su cama.

— Vamos Alexandre, levántate, dijo él.

Alexandru se levantó asustado y buscaba a tientas por las tinieblas una cerilla.

— ¿Por qué buscas cerillas, no ves bastante bien?

— Veo, pero tengo que coger la mano de los ojos.

A Ioan le pasó entonces un escalofrío de alegría. Él sabía por inspiración que, si susurraba en ese instante tres palabras mágicas, que las sabía de quién sabe dónde, Alexandru tiene que transformarse como él.

— Te adivino el pensamiento, dijo Alexandru, pero te engañas. Al sol tengo que mirar, con la mano en los ojos, para que tú puedas convertirme...

Las últimas palabras Ioan no las oyó, porque la voz de su amada le llamaba.

Ella había llegado con un carruaje a la escalera.

— Vamos al baile, vamos al baile, dijo ella, toda la tarde pensaré sólo en ti.

Él se subió junto a ella, le abarcó apretadamente la talla y vio que ella llora.

— ¿Por qué lloras, Anna? preguntó él.

— Señor, me asombro cómo preguntas, mi pobre amigo. ¿Tú no sabes lo que yo descubrí?

— ¿Qué descubriste?

— ¡Şut! que no oiga nadie, porque nadie lo sabe.

Él entró en la sala del baile. Canciones, retumbo, baile... pero más extraño le parecía que cualquier mujer le sonreía, y le golpeaba en la mejilla con el abanico, incluso las chicas más vergonzosas no se avergonzaban en absoluto de él. Si una había llegado hasta rogarle que le cierre la liga, y sin embargo, aunque era la más risueña, era sin embargo muy buena.

Cuando la música comenzó de nuevo, él la acompañó con la voz, primero bajo, luego cada vez más fuerte. El mundo quedó raptado, los bailarines de vals volaba raptados y hechizados, los músicos se manejaban con una demoníaca maestría los instrumentos, y él cantaba, cantaba bien bajo, bien fuerte, como una voz de viento pasando por arfa de Eolo.

Y sin embargo nadie se daba cuenta que él cantaba. Al contrario, todo el mundo miraba a un violinista borracho y tísico, cuyo violín se oía en verdad como un melodioso grito de dolor que inspiraba también a los demás instrumentos.

Oro, grandeza y amor

Sucedía hacía aproximadamente en el año 1840 y algunos, en Iași.

Nos despertamos en uno de los más hermosos anocheceres de invierno. Frío pero luminoso, como un pensamiento celestial en el medio a unos razonamientos serenos se eleva la luna pálida y plateada, como la perla sobre la bóveda azul y profunda del cielo a Moldavia. Era una noche itálica mezclada con el frío del invierno, la mezcla de unos mundos veraniegos, llenos de serenidad, con los íntimos placeres del invierno, con el calor del fuego apaciguado, con la confitura de soñadores razonamientos. Afuera un verano frío — en casa de los hombres sé que se hace un invierno caliente.

Por las calles en vano alumbradas de la capital las llamas de los faroles con aceite se estiraban lenguas avaras en el aire frío, los transeúntes andaban rápido sobre las calles pavimentadas con troncos de roble, la luna se reflejaba clara y plateada sobre los muros altos y blancos de a las casas, tirando a ellas las sombras gigantescas y ridículas de los transeúntes. Sólo de vez en cuando se oía el ruido de unos pasos, la voz de un hombre de juerga, el silbido triste de un hombre pensativo.

En la planta baja de unas casas grandes se había reunido una sociedad escogida, para jugar a las cartas, sociedad compuesta de miembros de unas familias de mayor influencia, de muchos cónsules extranjeros que había hecho su principal ocupación de su vida el juego de azar, cuyo culto tantos estragos nos ha introducido especialmente la derrochadora por los oficiales rusos. Las paredes del salón, de otro modo blancas, estaban cubiertas con alfombras trabajadas con hilanderas tradicionales, un tipo de oficio que ha empezado a perderse completamente. Los márgenes de estas alfombras o tapices eran cuadrados rojos y verdes, y en el medio, tejido en lana, algún idilio completo. Allí una chica da hierba a unas cabras, del otro lado dos niños vestidos como en los cuentos dramatizados y que, por sus posturas, parecían afectar recíprocas intenciones subversivas. La tarima del suelo estaba encerada clara, como el color del latón, en oposición a la cera oscurecida que se acostumbraba.

Pero su dorada lisura se veía únicamente por algunos sitios porque el entarimado estaba cubierto con tapices resistentes de lana en cuadrados, que representaban en sus figuras todos los colores sencillos. Sobre los sillones con respaldos altos, arqueadas y negras, cuyo asiento estaba vestido con lana verde, permanecía malgastada la sociedad, en aquellas ingeniosas mesas, que en su estado normal representa un rectángulo de madera de nogal lustroso, pero que con cualquier ocasión se podía deshacer y regresar de otro modo que representaba un cuadrado doble, tan grande como el rectángulo, vestido en paño verde. No necesito añadir que en los cajones encontrabas en todo momento cartas y tiza.

Quisiera hacer comprender al lector que este no era un salón principal de desfile, porque en aquel lo hubiera asombrado el lujo o mejor dicho aquella bárbara superficialidad de los muebles caros traídos del extranjero, sino un cuarto grande destinado a los placeres íntimos de beber té, del juego de cartas y comentarios malvados sobre todos los sucesos, de otro modo tan corruptos de aquel tiempo. Y estas cosas se contaban en rumano, porque son cosas que solo se puede decir en rumano. El lenguaje era parte de la señora Chiriței, parte de la filosofía de Gane — si conoce alguien la filosofía de Gane.

Las teteras altas de cobre amarillo hervían sobre las mesas y las tazas de té compartidas daban a pensamientos y a palabras aquella voluptuosidad característica que sólo da la tarde de invierno unida con sus placeres.

Sentados juntos, en un diván turco, al lado de una mesa oblonga cargada con tazas, estaban varios hombres ancianos, cohibidos evidentemente por los trajes modernos que llevaban, y un archimandrita con la barba gris y con la cara bastante risueña les contaba cosas, que un archimandrita no tendría que saber. La mayoría de oficiales jóvenes, de aquella camarilla de edecanes señoriales y de hombres sin ninguna tarea que el señor les hubiera dado, de nacimiento, un rango en el ejército y que ellos solicitaban para que pudieran tener el derecho de portar un uniforme bien cortado y cargado con hilo para que se mueva de ese modo con mucho éxito alrededor de las damas, cuya imaginación había quedado atrapada desde que habían marchado el ejército ruso. Las damas eran hermosas, vestidas según la moda más nueva (de París, se entiende) y, lo que es más, chismeaban con mucho espíritu.

De este género de hombres se reclutaba después el contingente de los así llamados hombres grandes de Rumanía cuyo menor defecto era aquel de no saber jugar a las cartas. Estos después han confundido el mundo amargo de tiempo, queriendo volver a ganar el valor de unas vidas perdidas en las cartas. No crea alguien que hablo por odio o por predilecciones por lo pasado. Ni se me ocurre. Odiado o amado, cualquier objeto o relación que es capaz de provocar uno de estos dos afectos en nuestra alma es en sí mismo considerable. Con los miserables, sin embargo, no se enfada el hombre tranquilo, porque no tiene con qué ni por qué. Te asombra sólo como pudieron nacer semejantes maravillas.

Había en la sala muchos cónsules que, comprendiendo el peso de la misión que pretendían diplomática, buscaban no estar absolutamente ocupados en nada y la dejaban desatendida plenamente sobre los subalternos, por ser incompatible con su rango. El más alegre de ellos se había traído con él todo el personal de su cancillería. Este señor no había dormido en unas tres noches y estaba algo somnoliento, y ni creo que sólo le hubiera podido prohibir dejar estas inclinaciones naturales más que el faraón.

En medio de aquellos regocijos elegantes, en el fondo, sin embargo, carentes de la cultura verdadera, miraban como unas sombras los cuadros de las paredes, que olvidé recordar. Eran las litografías del instituto “Abeja rumanas”, bastante bien ejecutadas, unas

copias de cuadros de los maestros extranjeros, otros originales. Así, la cabeza de Cristo coronada de espinas de Guido Reni, Belisario, el general de Justiniano, llevando en brazos a su lazarillo mordido por serpientes, el arcángel Gabriel y, en el rectángulo, los embajadores de Constantinopla trayendo la corona y el manto real de Alexandru el Bueno, Dochia y Trajano, en un rincón el retrato litográfico del Señor del país, Mihail Grigore Sturza, y en el otro rincón, en un marco áureo, trabajado en aceite, el busto a tamaño natural del Metropolitano de Moldavia y Suceava, Kyrio Kyr Veniamin Kostaki, con el hábito negro encima del bonete, con la barba larga y blanca, sobre el pecho la orden de Santa Ana en brillantes. La cara estaba bien trabajada, pero el hábito monacal cubría con perfección los contornos del cuerpo, sólo las manos muy finas y pequeñas parecían más de dama que de prelado.

Pero pensemos en los hombres hundidos detrás de las cortinas. En cada sociedad se encuentran hombres que se aíslan, forzados por su naturaleza propia o por algunas preocupaciones, y sólo toman una postura muy pasiva en el transcurso de la fiesta e instintivamente les ves escondiéndose o detrás de unas cortinas, aproximadamente en penumbra, o en la boca de un hogar alejado, o miran por la ventana, y se quedan de ese modo hasta que no se saca de la manga alguna novela indiscreta, porque estos infelices son generalmente más interesantes para todos las indiscreciones que los que se pierden en lo complejo de los parloteos y de la fiesta.

Junto a la chimenea, estirando los pies a través de la celosía, estaba un anciano con cara amistosa y serena. Él estaba afeitado y las raíces blancas de la barba le polvoreaban la cara. El pelo blanco de las sienes y de la nuca estaba peinado hacia arriba, puede que con demasiado mucho cuidado, para cubrir la frente calva y alta, ojos grandes, pardos, absolutamente limpios, miraba con una quietud bonachona a las nubes de la pipa de la que fumaba, la nariz tenía un corte correcto y la boca estaba dibujada con una irónica fineza. Una mujer no — pero una chica se habría podido enamorar de él. Si había sido alguna vez pasión en este alma y duda, ellas había hecho sitio a una tranquilidades limpias y ancianas y miraba con una clase de superioridad bonachona a los extravíos de una juventud boba y pretenciosa. Él miraba con mucha atención al juego, escuchaba los chismorreos de las damas y las bobadas de los hombres — corregía las frases y daba enseñanzas con mucha finura y reserva, pero tan claras, que ellas siempre eran escuchadas. En cualquier momento que la fiesta se hubiera estancado, en seguida sabía darle una dirección tan grata y fértil que ella volvía a entrar con sus risas corrientes. Era un goloso de las conversaciones.

Apoyado con el codo en un piano, teniendo sobre la rodilla unas cartas y hojeándolas puede ser que con atención, vemos a un hombre joven, que sin embargo parecía envejecido temprano. Era sin embargo un envejecimiento no de haber vivido demasiado rápido, sino por una consumación demasiado rápida de las fuerzas normales. Tenía el aspecto de un hombre duro, al menos espiritualmente duro. Aunque no tendría más de 25 años, no obstante aparentaba más de treinta y cinco. Él era seco y delgado, de una estatura media. Afeitado,

con una frente que se perdía aguda en los rincones laterales, enmarcada de un pelo rojo cerrado, áspero y mezclado con frecuentes hilos blancos, que contrastaban con el matiz oscuro del pelo. La nariz era seca y los labios muy delgados; los ojos eran pardos, grandes y de una aspereza extraordinaria. A nadie la habría parecido hermoso, pero el vigor peculiar, que emanaba de todos sus movimientos le daban aquella atracción que ejerce sin querer o saber todas las naturalezas duras. Además de esto era muy culto, había andado y había leído mucho y era un músico excelente. Por la piel de sus manos secas veíais todos los músculos y todas las venas. Ellas eran duras como de acero. Tenía una voz honda, algo áspera, pero agradable en su rara precisión. Su risa era sin embargo molesta.

Hundido tras una cortina pesada de seda verde y mirando por la ventana a la noche clara, estaba un joven de unos 18 años. Él había apoyado el mentón sobre el codo y miraba, sin participar de este modo en la fiesta, ocupado se ve consigo mismo y con sus ensueños. Su frente alta, blanca, muy nítida y redonda se perdía bajo pelo largo, blando y negro brillante, que era hinchado en cepas naturales grandes, que multiplicaban el resplandor del pelo. Su cara era cárdena de blanca y, porque habían salido copos de barba negra que habían comenzado a llenar las partes debajo de la oreja, él parecía empolvado con la escarcha de las uvas; la nariz era correcta y grande, parecía tallada en mármol, ojos grandes bajo unas cejas arqueadas con maestría estaban oscurecidas, pero de un color indescriptible. Parecían negras, pero, fijándote mejor bajo sus largas pestañas, hubieras descubierto que son de un azul lóbrego, demoníaco, como de una esmeralda fundida noche. Puede que, sin la sombra de las pestañas tan largas y tan espesas, no hubiera parecido tan lóbrego, pueden que la luz, no detenida de aquella seda morena, hubiera aclarado la noche voluptuosa de aquellos ojos. Tenía la blancura transparente de las uvas negras. Si ha conocido alguien ojos hermosos, a cuya vista hubiera temblado cualquier fibra, que hubieras mirado con una intensidad, como decir, doloroso placer, así eran los suyos. Estaba vestido en un sayo del paño azul claro, con la talla larga, pantalones negros y chaleco de terciopelo negro con bordados verdes de seda. Los botines de charol abarcaban brillantes y con fidelidad las formas de un pie más pequeño. Su pelo brillante, cayendo sobre los hombros bien formados, contrastaba con el azul del paño.

La expresión de su cara era triste, pero no dolorosa. Al menos los hombros de la mejilla, algo salidos, mostraban que su redondez había adelgazado y había dado lugar a aquellas sombras dulces e interesantes en medio de las mejillas que les quedaban tan bien a los hombres jóvenes — la sombra del sentimentalismo. Esta sombra, el signo de la sed de amor, es en ambos sexos irresistible. Mientras que las damas miran a menudo, como de paso, pero con mucha intención a nuestro joven — y no era la discreción lo que detenía que fueran atraídas en medio suyo, sino el rechazo con que las habría contestado, él miraba por la ventana que daba al jardín. El cielo se había cubierto con nubes blancas, la luna se había amoratado y huía sumergiéndose en ellas y había comenzado a nevar. Los árboles, cuyas ramas marcadas se deslizaban negras entre las matas de nieve, y el viento pasaba afilado por las rendijas de la ventana y movía la puertecita del jardín, que chirriaba monótona y afilado

en los quicios de hierro. Él estaba en una disposición perezosa y cálida que le hubiera dado como Dios eternamente. Le parecía que estaba solo y los ensueños pasaban con una pureza rara ante sus ojos de la mente, era una clase de falta de pasión, un sentimiento inmóvil, que grandes extremos en sus afectos lo desean tanto. Le hubiera sido feo si la fealdad no hubiera sido tan dulce, una fealdad como el olor a flores de manzana que caen sacudidas por el viento, una fealdad melancólica que nace en el hombre después de leer un idilio o una poesía tranquila, intuitiva, con alegrías e infelicidades modestas; en semejantes momentos el hombre joven siente entrando en él la tranquilidad de la vejez y entonces te vienen las ganas de hacer lo más agradable, de recapitular la vida corta o larga, con los dolores y las alegrías pasadas, porque ambas son para el corazón humano de una hibernación voluptuosa. Y, en cada uno de estos cuadros, ves tu cabeza, aquí joven, allí maduro, más allá anciano, muchos hombres y no obstante uno y el mismo. Pero él no ve sólo su cabeza, sino otra más, la de un niño. Dos ojos grandes marrones miran con su tímida y avergonzada dulzura a él y su cuello blanco parecía que se volvía para esconder su cara llena de amor. Él sonreía sin querer ante estos recuerdos.

En este momento se anuncia el cónsul ruso, la sociedad había quedado atónita en aquella disposición respetuosa, que inspira la espera de un personaje significado, la puerta se abre a ambos lados y el señor Cónsul entra cargado con todo el esplendor de sus decoraciones. La señora de la casa lo recibe. Él se dirige hacia los jugadores.

— Por favor no se molesten, dijo en francés, y empezó después a felicitar a las damas con sus lisonjas y a los caballeros con su aguda conversación, que en aquel entonces se había convertido en una moda. El hombre que quedó inmóvil en todo este intervalo era sólo Iorgu.

Del momento se aprovechó una dama joven, con el pelo negro, pero no tupido, peinado con mucha coquetería sobre las sienes, con ojos como dos diamantes negros, que se enrojecen por hablar y reír mucho. Ella llevaba un vestido de seda negra, con una talla admirable. Ella se acercó a Iorgu y le golpeó en el hombro con el abanico de madera de rosa.

— Feo, dijo ella con una sonrisa gentil, ¿qué haces solo?

— O, señora... dijo él enrojeciendo y dejando caer sobre los ojos aquella cortina que le hacía y más peligrosos de cómo eran.

Ella puso su mano blanca sobre su hombro.

— No tengo prejuicios, dijo, me gustas mucho.

— Lo sé, señora.

— ¿Lo sabes? ¿Sí?... ¿y?...

— Y... no soy capaz de engañarte, señora, dijo él inclinando su cabeza.

— Y ¿por qué... no puede ser?

— Porque... porque no te amo. Te juro que no me eres indiferente... dijo él, mirándola.

Ella le miró fijamente, parecía que se fundía...

—...pero, señora, no te amo, no puedo.

— Entonces soy para ti insoportable.

— En absoluto... pero amo. Si no amase a alguien, por supuesto que te hubiera amado a ti, porque eres tan hermosa — y además te la pareces, poco, pero no obstante...

— Pero no tienes que amarme para que ames mi desesperación, dijo ella. Voy a cualquier sitio donde oigo que estás, sólo para verte.

Él la miró y empezó a reír, pero sin maldad. Le parecía tan extraño que una mujer le pretendiera en este modo de amor.

— Y te lo repito pero, añadió, eres la más graciosa mujer del mundo y no te puedes imaginar lo simpática que me resulta tu apariencia, y aunque si sintiera inclinaciones para no consagrar mi amor, tengo una voluntad firme. Señora, te amo y no te amo, te adoro y no te adoro. Imagínate que nos amamos una vez, que aquel amor se apagó y que en su lugar quedó la amistad. Créeme que me tiraría al fuego por ti, que cada vez que te veo se me ilumina la mente y enloquezco como un niño, pero el corazón... el corazón... qué quieres que haga, señora, para que calle...

Los falsificadores de dinero

¡Señor Celuz!

A sus perspicacias les debemos un descubrimiento de la mayor importancia. La banda de monetarios falsos está capturada y el lugar es descubierto. Pero no podemos sacar de ellos ninguna clase de declaración. Por desgracia estamos convencidos de que sus fabricaciones ascienden al valor de cientos de millones y que toda moneda es rusa. Si lo decimos en público, los cabecillas sabrán por un lado apartarse, por otra el crédito del estado se derrumbaría. Se trata que bajo la apariencia de unas comunicaciones modestas e inocentes, para no alarmar al público, podamos descubrir a los cabecillas, que se dejen engañar por la naturaleza de nuestras declaraciones y se crean lo suficientemente seguros para que manipulen con su moneda. Espero sus ideas a este respecto.

Şobolţof

Şobolţof!

Tengo motivos para creer que nuestro descubrimiento no estaría bien visto en los círculos así llamados altos. Quién sabe *pe conta cui* y de quién se trabajó en aquellos garitos. La manera de trabajar que me ha descubierto es buena, pero tiene que ser completada. Haz un informe oficial en el sentido en el que me indicaste. Di: “Una cosa pequeña e indiferente, se fabricaron puede que el máximo sea de 2 000 de rublos, fueron descubiertos al comienzo de su actividad”. Busca descubrir los nombres de los cabecillas y aprieta a los ignorados lo que saben, si hay nombres importantes. Envíame los nombres a mí. Si adquieres una decoración, que sepas que los nombres son verdaderos y que te hagas que no sabes nada. ¡Amigo mío! el mundo es una tela de araña, las moscas grandes pasan por ella, las moscas pequeñas quedan atrapadas queriendo pasar por ella. Somos moscas pequeñas.

Cezar

El padre Ermolachie Chisăliță

El padre era algo alto de estatura, no hablaba, pero estaba, como sacerdote ves Señor. Pasaba mejor la vara, andaba rígido, por cuya causa la mala humanidad le había puesto el nombre: sacerdote Melesteu. Tenía el pelo y la barba roja y parecía más un bandolero que un sacerdote, pero ¿qué iba a hacer? El mayor mérito del padre era que se había desprendido de ser simplón y borracho. Su padre había sido porquero en la aldea y, ya que su muchacho era perezoso, malo y lento de mente, encontró que era bueno de sacerdote. Luego además de todo esto se llamaba Ermolachie Chisăliță. Los evangelios los sabía de memoria, donde no sabía qué decir, decía ¡Señor ten misericordia de nosotros! o ponía al sacristán a decir un Padre nuestro, y él lo secundaba con gagagaga! Cuando el sacerdote se equivocaba gravemente y la gente se preguntaba: “¡Oh Señor! acaso qué está diciendo”, el sacristán respondía categóricamente: “Callad, vamos, ¿no veis que el padre canta en griego?”. Eso imponía. — Muy hermoso le quedaba el bonete al padre Ermolachie, algo sobre la nuca, porque era largo, pero le quedaba, no es broma. Pensabas que es un ruso con la cola. Cuando leía, el bonete le caía sobre los ojos y el sacerdote injuriaba feamente. En la iglesia, y no en la iglesia, poco le importaba... “¡Sí! ¡No caía!... ¡el bonete del diablo!”.

Totalmente distinguido en su clase, hombre con espíritu y con mucho conocimiento del mundo, era el maestro Pintilie Buchilat. Él era muy burlón con el sacerdote porque blasfemaba en la iglesia de igual modo que no conviene ni en la tasca, además de eso él decía que el sacerdote no sabía leer. También el sacerdote, decía lo mismo acerca de él — y ambos tenían razón. Es justo que, al lado del padre, que tocaba el cuerpo del maestro no era nada. Ponte de rodillas un sombrero y ves al maestro de verdad. Pero si aprendes, después que te guarde Dios. Hasta no esclavizar la palabra no la leía, por lo menos la cortaba. Donde no se podía apañar, se enredaba de irse los harapos.

En ocasiones Buchilat equivocaba las voces.

— ¡Buchilat! Gritaba el sacerdote desde el altar.

— Oigo, padre.

— Versículo la voz séptima, ¡jodo el culo de tu madre!

— ¡Eh! ¡Padre! Mira, ¡te he profanado con mi mejilla! ¡Y no se cae!

— Calla, que te rompo, decía el padre con una apostólica tranquilidad.

Sin embargo, el cargo honorífico de sacristán lo ocupaba el honorable señor Nicodim Parpalac. Muchacho con mucha ambición, hijo de sacerdote, algo simplón, no es

dicho, pero sabía el Credo de memoria que, que, que... nada más. De otro modo tocaba las campanas siempre en una raya, que pensabas que ardía la aldea, o que se quemaba el bosque, y había adquirido también palizas de los hombres por el escándalo que hacía... habría dejado alegremente de ser sacristán, pero de las roscas no. En secreto podemos decir que le gustaban también las ofrendas⁶³⁸; ser visto al orgulloso Nicodim andando por los entierros y por las limosnas con Basaltirea o con Vanghelia (así decía él) tras el padre y tomando aquel aire de seriedad y orgullo que le quedaba tan bien, sobre todo cuando estaba con botas largas. Era un espectáculo envidiable.

Pero lo que hacía que el padre fuera sea el ídolo del guardabosque, el anciano Iftimie Fedeleş, era su voz, como si no se puede decir -de aparte Dios. Esta era también la idea del alcalde de la aldea y estos dos hombres habían encontrado en verdad un punto en el que sus pensamientos, de otro modo heterogéneos, eran los mismos.

— Hiu, oye, pero terrible aúlla nuestro sacerdote, lo oigo incluso en el bosque.

— Ie, respondía con sangre fría el alcalde.

En unos maitines le sucedió al sacerdote una mujer con su voz horrorosa, como no le había ocurrido a otro sacerdote en el mundo. Él estaba en el altar. Las velas delgadas y enroscadas de cera amarilla ardían con mocos grandes al lado de los iconos y la cera corría fundida sobre el entarimado. Buchilat, gangoso, enredaba en un libro, con las gafas sobre la nariz, sin darse cuenta de que se le había encendido una manga de la túnica. Apestaba a quemado, pero él pensaba que olía a incienso. Nicodim, con el candado de la iglesia en la mano, había adormecido en una silla del coro y cantaba en sueños ¡Señor ten misericordia de nosotros! Cuando el sobresalto le despertaba, comenzaba más fuerte, cuando adormecía hablaba más bajo. Al fondo, junto al porche, había más hombres de la corte boyarda que hablaban tenuemente entre ellos más una, más otra.

El sacerdote murmuraba bajo en el altar sin mirar siquiera al libro. ¿Quién iba a entender? De repente empezó más fuerte:

— ¿Gaga gagaga?

— ¡Beh! se oyó por la ventana de la iglesia.

— ¡He aquí el diablo, vamos! dijeron los hombres en el fondo de la iglesia y lo pusieron pies en polvorosa.

Nicodim, cuando abrió los ojos, olió la hediondez de la túnica de Buchilat, pensó que quemaba la iglesia, aulló tremendamente y huyó.

⁶³⁸ Coliva es una especie de budín de trigo hervido y azucarado que se reparte en los entierros

Buchilat dio al candelero, lo volcó... Tinieblas.— ¡Bah! A la ventana, Nicodim aullaba, Buchilat sintió cómo lo quema alguien la mano y empezó a correr.

El sacerdote cogió en las tinieblas la zamarra y se la puso por miedo. No tuvo tiempo de darse cuenta, puso los regazos de la zamarra en la cabeza y embistió hacia la puerta.

— Por la ventana: ¡Bah! Cuando iba a salir por la puerta, Nicodim dice:

— Olvídate, olvida, rápido vuelve a la puerta y cierra con candado.

— Por la ventana: ¡Beh! El sacerdote sacudía la puerta, los hombres cogían robusta, para no dejar al diablo que huya...

— ¡Mira, vamos! Habría fulminado la cruz de Dios, Necurat, cómo me arde la manga, dice con terror Buchilat.

— Y además cómo apestaba en la iglesia, dijo Nicodim, pensabas que alguien había dado fuego a la iglesia.

— ¡Impío! ¡La hediondez del infierno!

— ¡Chiu! El sacerdote está en la iglesia.

— Empujad, vamos, no dejad la puerta. Por la ventana de la iglesia: ¡Beh!

— ¡Pintilie! ¡Ve y toca la campana, yo corro a tasca para llamar hombres!

— Traed combustible, me, prendamos la iglesia.

— ¡Chiu! El sacerdote está en la iglesia.

¡Oh, musa! Enséñame a cantar esta trágica escena, ved al pequeño Buchilat saltando para llegar a la soga de la campana y tirándolo todo en saltos, ved al boyero alarmando a la aldea y despertándola con la carraca, como en el monasterio. El sacerdote aullaba en la iglesia que caía el enlucido de las paredes.

Y quién, oh, musa, nombra los nombre aquellos ilustres de aquellos que, para dar fuego a la iglesia, ¿se había reunido en el cementerio? Delante iba con un palo largo el valiente Mitruță Buruiană. A él le seguían, con palos, los tremendos y los sabios Ftoma de Culbeci y el magnánimo Toader Zurgălău. ¿Y a quién más divisa mi ojo en las brillantes filas? ¿Acaso no es aquel el terrible Dămian Cușmălungă? Y acaso ¿quién te supera en hechos brillantes a ti, de carneros recolector Curcă? Y os vi también a vosotros por el camino de la grandeza, a ti, entre todos los perspicaces con más cabeza Văsălie Cotcodac, y a ti, Neagule de Șolomon.

He aquí el parecido de una figura imperecedera en las figuras humanas y pasajeras, como de un chorizo hecho con dulzura entre morcillas grandes, brilla un joven valiente en la oscurecida multitud. Joven lleno de esperanza, él saluda con entusiasmo el peligro y la feliz victoria. Él contaba apenas doce rosas y en la conformidad de su traje era muy hermoso. Las botas largas y extensas de su padre le daban un aspecto heroico y lleno de dignidad, el pellico metido hasta el suelo y el gorro parecía un pajar sobre una cabeza de pavo. Pero ¿acaso traicionaremos su dulce nombre? Quién no lo adivina — ¿acaso la historia no le va a marcar en sus páginas, si no tiene otra cosa que hacer?... Así pues ¿por qué?

— ¡Ah! ¡Di! tú, envidioso, ¡tocaste la campana para que vinieran los hombres para que me peguen! Eh, quédate, gran, deja que te voy a dar yo. ¡Poc! Y di, yo soy demonio, ¿tienes?!... ¡Dale!... Eh deja que te voy a dar yo a ti demonio. ¡Poc!

El pobre Buchilat paralizado por los golpes del sacerdote, se hubiera hecho rosquilla, pero no tenía donde, demasiado corto era, solo caía como un tapón de corcho. El sacerdote lo hubiera roto en pedazos si hubiera tenido algo que romper, pero así... donde golpeaba le parecía que no le daba nada, así de insignificante era el pobre maestro.

Podría escribir un capítulo con el subtítulo: *Cómo el padre Ermolachie creyó hacer suficiente honor*, para realzar la clase y forma en la que este venerable hombre intentó golpear a toda la aldea por deshonraba hecha, sin que la aldea lo sienta. Primero pensó leer oraciones para el descanso de las almas e invocar la cólera de Dios sobre la aldea. Pero le vino a la mente temprano que el Señor preferiría buscar asuntos que escuchar al padre. Sobre la ineficacia de sus dulzuras religiosas estaba convencido. Después incluso habría puesto al padre Ermolachie a aquella para que leyese las maldiciones se san Vasile, ¿acaso hubiera podido? Él no sabía leer.

Los versos del padre Ermolachie:

A UN PARPAGAI

Pájaro con orgullosas voces

No eres tú de nuestras narices.

Sino de narices boyardas,

Papagayo, te ajustas.

Porque en sacerdotal casa

Ni tú sacerdote, ni tú mesa,

Y luego yo no mi doy maíz

Para comer al papagayo.

Debajo, la siguiente nota:

Estas trovas, según las he

Inventado yo, Ermolapie Pisăliță,

Ayer, se cantaba con voz anciana.

Sucedió en mi época

Sucedió en mi época que la señorita María del Príncipe Bogdan, ¡Dios le perdone!, tuvo un niño a los quince años — y se asombra el mundo de eso la señorita joven tuvo un niño tan hermoso. Y decían unos por tontería que había bajado el espíritu santo en forma de paloma sobre ella y la habría engendrado como al Mesías de los judíos, ¡muera el ánima! Pero yo sé ahora que lo que fue, y lo sabe también, el loco del sacerdote Onufre, Dios le castigue, porque mejor no lo diré. De otra manera fue, digo yo, el maestro Damian, y del espíritu santo ni hablar. Pienso, con mi mente tonta, que el espíritu santo no baja así, tan fácilmente, por lo menos que sea señorita, solo así el bobo, cree lo que se le dice y no juzga; pero nosotros, boyardos, que somos, por misericordia de Dios, aquellos que tenemos que tener más cerebro, que sirva también para el bobo — he aquí que lo digo con vergüenza porque también entre nosotros muchos creyeron estas cosas sin darse cuenta y hubo gran susto y enfado en la corte del Príncipe Bogdan por el Mesías judío. Y yo escribo directamente lo que yo sé, porque dos ojos tengo y lo que puede ver hombre terrenal con dos ojos he visto también yo y he constatado que, Dios, cuan tonta es la gente por creer así cosas distantes. Qué decir, en mi época nadie te permite decir directamente que hay gente malvada y que el Príncipe Bogdan era mal hombre, Dios le perdone. .. No te atrevías a decirlo. Pero ahora, viniendo del mercado de Hârlău, yendo con trineo sobre el camino de la aldea y la luna juega entre el horizonte... y se me ha hecho así de repente como si fuera hacia Suceava y pareciera que fuese joven y me vino a la mente toda la juventud desierta — y cómo llegué a casa abrí la puerta al destronado Buzdugan, que sucede que estaba en mi casa. Hablamos con un vaso de vino y recordamos todo aquello. Llegamos a hablar sobre la señora María y sobre su niño y dijo que no era el Mesías judío.

En el patio del señor Vasile Creangă

Mientras el país de abajo de Moldavia está sembrado solo de colinas que, muestran la primavera, parece, con sus surcos volcados al sol, unos hormigueros grandes y negros, en la tierra de arriba de las colinas devienen cerros y los valles –barrancos. Los primeros alzan costas blancas y estériles de lodo, por los barrancos profundos crecen hierbas grandes y sin haber sido pastadas antes, piedras granulosas pero sin consistencia se ven edificadas como las paredes en el barro grisáceo y húmedo y por las concavidades de charcos y arroyos perezosos se asienta sobre terrones de la tierra un salitre blanco y brillante como la escarcha. El lomo de los cerros es a menudo extenso, llano como la palma y de una productividad grande y regulada, por eso el verdadero granero de Moldavia es la tierra de arriba. En los valles y encima de los barrancos estériles quedan dispersadas las aldeas, sobre el plan de los cerros, la aradura. Una distinción a esta regla es sin embargo el valle del Siret⁶³⁹ y del Suceava que, por su perspectiva hermosa, por la orgullosa lejanía de sus florestas y por aquel espacio blando y brillante bajo una bóveda que parece destinada a ser eternamente azul, parece un edén terrenal.

En el valle del Siret, extendido bajo los arcos de zafiro del cielo, cuyos ríos de aire temblaban por el calor del sol de verano, están dispersos, con su oscurecida sombra, bosques y florestas, escondiéndose entre ellos aldeas extensas, rodeadas de zanjas, cuyas casitas pequeñas y cubiertas con pajas y cañas tostadas parecen como unas colmenas escondidas, y del humo que llena la atmósfera la iglesia eleva su torre arqueada y redonda, cubierta con hojalata blanca que brilla hermosa al sol, como un plateado pensamiento, del medio de las aldeas sumergidas en el silencio y verdes se oscurece el mundo de los bosques.

El Siret, en su veraniega pereza, es parado a menudo en su camino por lagos grandes, rodeados con juncos que levantan sus mazorcas cocidas al sol, con cañas, con las escobas oscuras como la piel de oso y junco verde. En las riberas de los lagos alrededor la caspa de un verde joven brilla como la seda, y en medio el ojo verde claro del agua parece negro, reflejando en él la sombra del mundo que le rodea.

Sobre algún plano más elevado se ven patios encalados con cuidado, de apariencia agradable y tranquila. Las ventanas rectangulares brillan en sol, en el manzanal alto llevan escaleras limpias, delante del patio se extiende un corral grande en semicírculo, rodeada con vallado techado con tablillas, ensombrecido de álamos, acacias o nogales. A la derecha que se llama “arriba”, hay generalmente establos y graneros, a la izquierda — dependencias para la cocina y servidores, llamadas “abajo”, y por detrás del patio se extiende en cuadrado, con zanja, el manzanal, las flores, la vid y el abejar.

⁶³⁹ El río Siret recorre los territorios de Ucrania y Rumanía y desemboca en el Danubio

Esta es la apariencia estereotipada de las aldeas y de los patios, sin tener en cuenta las modificaciones fortuitas que individualiza a cada una de ellas.

El carácter de la vida de aldea es la tranquilidad y el silencio. Durante el día, los hombres estando trabajando, sólo los niños juegan con el rincón del camino, las viejas muy ancianas están hilando a la sombra sobre el soportal y los ancianos reunidos en la tasca pasan el resto de su vida bebiendo y hablando. Apenas por la tarde, cuando la aldea deviene el centro de la vida de la tierra que le rodea, comienza aquella afectuosa armonía campestre, idílica y conciliadora. Las estrellas surgen húmedas y áureas sobre el esmalte profundo y azul del cielo, la trompeta pastoril se oye en los cerros, un humo de un olor adormecedor llena la aldea, los carros vienen con los bueyes fatigados, chirriando, de los sembrados, hombres vino con las guadañas al hombro, hablando alto en el silencio de la tarde, los cencerros de los ganados, el agua de las fuentes, las campanas suenan, el columpio chirría en el viento, los perros comienzan a ladrar y por la armonía mezclada se oye lleno y lánguido el sonido de la campana, que llenan el corazón de paz.

En una semejante aldea esta sobre el cerro el patio del anciano Oleanu. Él tenía la forma descrita más arriba. Hundida en el círculo del patio, rodeado de manzanos, blanca y acogedora, él tenía una galería espaciosa, en la que estaba el anciano por la tarde, con la pipa en la boca y con el fez sobre la nuca, mirando melancólico el paisaje que se extendía bajo sus ojos. En este patio había nacido Iorgu.

Familiaricemos con la casa entera en su sencilla belleza y con la infancia de nuestro héroe.

El señor Vasile Creangă era rico y hombre bueno de alma. Los hombres de su aldea y de las vecinas contaban que él tenía en la bodega toneles de monedas turcas⁶⁴⁰ de oro, pero — cosa que sucede raras veces — nadie imaginaba esto. Se entiende que los toneles y las monedas turcas eran creaciones de la fantasía, pero en un cofrecito viejo de hierro que estaba incrustada en una alcoba pequeña se habían reunido, desde los ancestros, sin avaricia, pero ahorrando, muchos ojos de zorra y muchos dineros blancos, de modo que sus estantes no hubieran sido para nadie indiferentes. Creangă era un anciano bueno y amistoso, risueño y bromista de fiesta, indulgente con sus súbditos y, donde debía, echaba también él una mano para aliviar el peso. Él no había estudiado mucho en su vida, en aquel tiempo no se pedía mucho, pero tener un intelecto y una agudeza natural que valían más que pretencioso semicultismo de hoy.

De otro modo al vecino la finca, la vida le cuesta poco, aunque vive como un Príncipe, porque, si conoce alguien más de cerca la vida de los patios de los boyardos grandes, aquel tendrá que admitir que ellos saben cristalizar a su alrededor un tipo de patio, compuesto de boyardos pobres que, sirviendo, se ganan poco a poco un haber del que puedan vivir sin

⁶⁴⁰ Irmilik y dimerli son nombres de monedas turcas

cuidado, de los parientes decadentes, aunque llenos de vanidad, que viven a cuenta del primo adinerado, de los refugiados extranjeros — polacos, húngaros o germanos — que, bien en el alambique, bien en la hacienda, bien en la cancillería de los dominios, forman una clase de empleados, de los monjes, hijos de boyardos, que rodeaban el monasterio para vivir bien en la finca y en los patios de sus conocidos, afuera por eso, un pueblo de servidores, gitanos y extranjeros, que “abajo” vivían disputándose y chismeando a los boyardos uno de otro. El director de orquesta del patio era generalmente alguna corneja anciana y astuta que sabía canciones antiguas, canciones y bailes populares, canciones de mundo, y ni el poeta faltaba, representado a menudo por la persona de algún escritor o profesor de niños espabilado que hacía acrósticos para la señora y, en los días grandes, versos acertados para el músico popular. De ese modo era también la apariencia del patio de Creangă, a cuyos componentes característicos volveremos más tarde.

La mujer del señor Vasile era con mucho más joven que él y aún bastante hermosa. Ella era una dama alta y muy blanca de cara, tenía ojos grandes y azules, la cara alargadita y llena, la nariz muy correcta, y su boca rosa llevaba siempre aquella sonrisa voluptuosa y satisfecha que tienen las mujeres hermosas y sin de deseos. Su frente, arqueada bajo un pelo castaño entrelazado con mucha maestría y recogido detrás de la cabeza con un peine de oro, las manos dulces y llenas, con los dedos alargados, ella paseaba siempre engalanada, ya por el jardín cuándo por los cuartos, sin hablar ninguna palabra. Andaba con aquella magnífica majestuosidad en las salas altas de su casa, como aquellas reinas de epopeyas nórdicas que con su voluntad poseen el poder de su casa y de su linaje. Ella era de una ternura rara, pero nunca de modo que no permanezca orgullosa y nunca tan orgullosa de modo que ante ellos que no queden las huellas de una imborrable y profunda ternura. Cuando estaba sentada no tenía la postura agachada propia de las mujeres altas — su espléndido busto de mármol quedaba derecho y orgulloso — hubieras pensado que se siente en el trono. El anciano la amaba no porque existiera tan sólo alguna afinidad anímica entre ellos, al contrario, ella tenía una clase de espíritu de una altura religiosa, él pensaba profanamente, ella tenía mucho sentido para la música y la poesía, él las miraban sólo como distracciones de las que un hombre no puede escapar, en fin, en toda su vida había esparcido una clase de encanto poético — él era prosa, aunque prosa bonachona — él la amaba porque era hermosa, de un noble recato que le imponía y porque le había obsequiado un niño al que amaba así como sólo un hombre puede amar a su niño.

Iorgu estaba aún en la época de los pantalones con el pañuelo, un niño hermoso y agradable. Con los ojos azules de su madre y con el pelo negro de su padre, con la cara blanca y delicada que la hubieras cortado con un hilo de pelo y curioso como un gato, él se había creado muchos placeres domésticos, que de otro modo no enfadaban a nadie. Su enemistad con los gansos y con las ocas con crías, amistad íntima con Șoltuz, el perro de la corte, al que paseaba y cabalgaba, las crías de la oca pequeñas a las que encerraba en la jaula para ver si cantaban como los canarios, en fin la estima que tiene para el anciano Miron el abejero, que

le contaba cuentos y le tenía sobre las rodillas, son detalles sin interés. A menudo se escondía en algún saltar de la cómoda, para que no sepa nadie dónde está, o en alguna caja vieja con sus velas, de la que salía untado como el diablo. Él había observado que no a él, sino a la niñera burlaba siempre y por eso no pasaba día sin comedia. Su niñera era la sierva María la gitana, pero era claro que ella no podía ser la hija de su padre. Ella era de un buey mediano, pero parecía alta de cuerpo porque era delgada. Con el pelo negro y siempre peinado con cuidado y cubierto con una mantilla verde, sus ojos grandes y cejudos tenían una indecible dulzura. Los labios pequeños y delgados se fruncían de una clase de orgullo, el vestido de la lana verde con los pechos apretados le daba una clase de esbelta gracia, el delantal era blanco como la nieve, y las mangas siempre remangadas traicionaban unos brazos de alabastro. Sobre el pecho caían hileras del abalorio gris como la perla. De ese modo andaba.

El pobre Porfirio Ropa afirmaba la verdad. Es característico para los yernos que la mayoría se parecen con los del rey Lear. Y Dios sabe que él no era el hombre que pedía cosas grandes de sus yernos. Un lugar a la mesa y uno en la estufa y aquel respetuoso. Él se había levantado el fez sudado de la frente sudada y nítida por la que estaba subida de detrás de la cabeza cepas del pelo blanco como la plata, y sacó de su pecho de la capa el pañuelo grande, negro con las flores verdes, y la petaca de hojalata pintada con un turco con la pipa en la boca.

— Y después he oído también que ya no vivís bajo el techo con usted.

— No, dijo Rufá, tomando de la bombonera con dulces que había traído sobre una tabla hermosa María, sabes la casa vieja del viñedo, primo, donde antes no vivía nadie más que el abejero y el viñador, allá me mudé también yo. Días malos han llegado, que honran ni los niños a los padres...

— Malos – malos.

— Después, María, que vivas, mi chica, y después, día todo hermoso queda desde que te conozco, cría de pájaro que eres, se dirige Rufá hacia la gitana, viene el verano, viene el invierno, viene la primavera y luego de nuevo el verano, y María siempre la misma- dime tú, ¿por qué encantamiento estás siempre así como si tuvieras veinte años? En cambio, yo soy anciano ahora...

— Para que ni tengo tantos años como crees, dijo María riendo, y además no tienes por qué asombrarte tanto, boyardo, yo soy sabia, añadió con coquetería.

Como cogía la tabla tendida, se veían los hoyuelos más jóvenes en los codos de las manos.

— Y además vamos dime, qué viento te trae a mí, Porfirio.

Me alegra que no te quedas atrás al que te abate, dijo Vasile mirando con una clase de compasión ante la apariencia pobre del pobre primo.

La capa era algo roja en el pecho, como un laúd, y ni los codos no eran precisamente duraderos.

— Lo intentaré... qué me da, respondió esta humilde y con algo de vergüenza, hasta esto llegué, primo.

— No así, no así, primo, y coge tú lo que quieras y lo que necesites. Pero quédate algunos días en mi casa como el huésped. Y así, como estoy solo en la aldea, a mí también se odia, hablaré del pasado, de cuando era solterón, de cuando andábamos estropeando las casas de los hombres, añadió él riendo, y olvida también tú lo que hay en tu cabeza... sabes, el dicho aquel... que viva la cabeza, las desventuras corren.

— Tienes razón... bien dices, dijo Rufă limpiándose con la punta de la manga una lágrima involuntaria... que viva la cabeza, que las desventuras corren de la lástima del Señor... De Dios vienen todas, las buenas y las malas, para que las recibamos tal como vienen si no podemos cambiar.

La hermosa dama de casa salió y Porfirie le besó la mano. Estuvieron hablando hasta el mediodía, cuando María les llamó al comedor. El comedor estaba lleno de personas que esperaban a sentarse después de los boyardos. A la cabeza Vasile le ofreció su lugar a Rufă y, a su vez, se sentaron todos, de modo que no había quedado sitio para el niño. Ellos fueron avisados a estar en una mesita baja al lado de la estufa es decir Iorgu, María e Ion el de María, que era mirado como el niño de casa.

— Tenía que venir también Rufă, susurró Ioan frunciendo las cejas, para quedarme sin sitio, y sentarme a la mesa de los gatos.

— Eres insufrible, Ioan, dijo Anica, ahora mismo se lo digo a tu madre.

— Di, increpó él.

— Calla, dijo Iorgu, fijando sus ojos azules con firmeza sobre el niño pretencioso.

Él rechinó los dientes.

El boyardo de casa acostumbraba a verse sentado con todos los parientes y con todos los sirvientes con un orden superior en la misma mesa. Es verdad que la mayoría de eran de la alcurnia, aunque empobrecidos, y se hubieran sentido tocados si las cosas fueran de otro modo.

Cerca de Rufă, a su derecha y a su izquierda, estaba Vasile con su hermosa esposa, y de ambos lados de la mesa larga estaban extraordinarios hombres, cada uno característico

a su manera. El viejo de los latifundios, un hombre con la cara cobriza y con la barba castaña, fijaba con gula sus ojos verdes a los tipos de bocados que le traía el sirviente y se limpiaba los dedos en el sayo o en el chaleco, jamás en la servilleta limpia que tenía delante de él. Un primo del boyardo, con el pelo rojo mezclado con cepas blancas, con la frente pequeña y con los ojos como el suero, retorció su bigote de sublugarteniente ruso bajo su nariz roja y miraba con placer las garrafas de vino de delante de él. El director de orquesta hablaba consigo mismo, en húngaro se entiende, y el doctor de la casa, un alemán con la cara afeitada y llena de arrugas, con una red grande y gafas verdes, tosía de vez en cuando atusándose la barba que no tenía. Los platos sonaban cambiándose, el vino rojo y blanco brillaban vertidos en los vasos y despacio, despacio se establecía aquel regocijo natural que acompaña cualquier comida opípara. Al final de la mesa estaba el pobre escritor. Su sayo negro (él andaba vestido a lo alemán) estaba cepillado con mucho cuidado, el pelo de las sienes estaba peinado con un tipo de coquetería sobre las orejas algo largo, sus manos pequeñas y delgadas tocaban con una clase de miedo la comida y los platos, y el vino lo sorbía con la punta de los labios, como las mujeres. Su cara era pálida como una máscara de cera blanca. Ojos negros y por supuesto delgados tenían una dulzura tranquila, te habría parecido que tiene tela negra sobre su luz. Al su lado estaba un hermano de su dueño, el mayor. Su frente era alta y arqueada con maestría y la melena amarilla de blanca enmarcaba una cara blanda, afeitada con el cuidado. Él se retorció de vez en cuando el bigote y no hablaba nada, aunque sabía tanto de muchas. Este hombre tenía una historia extraña. Con una profunda partida religiosa, él se había decidido ir a un monasterio, pero al final cambió su plan. Él vendió su parte de la hacienda a sus hermanos, con el dinero sacado dotó a chicas pobres y al final marchó andando hacia la santa tumba y hacia el monte Atos. Había visto mucho mundo, había oído mucho, había leído, aunque, se entiende, en materia eclesiástica. No había santo cuya biografía no supiera. Simpatizaba mucho con los rusos, y tenía también un manuscrito escrito por él mismo, atado en piel, sobre Pedro el Grande. En la mesa él pretendía siempre el lugar más alejado, comía sólo de ayuno y bebía sólo agua. Vivía en una despensa sin cerradura y todos sus muebles estaban trabajados con hacha de su propia mano. Unas tablas sobre dos sillitas eran su cama, cubiertas con un colchón de pajas, una mesa llena con libros eclesiásticos y laicos de su tiempo, una silla de madera sin respaldo, unos iconos viejos trabajados por manos monacales sobre las paredes blancas como la nieve -esto era todo. Su ventana estaba orientada al sol, lo que daba a la entera sencillez una apariencia agradable. Él no se enfadaba por nada del mundo, nadie había oído palabra vacía de su boca. De otro modo todo el día trabajaba. Ataba libros, hacía ruedas muy sólidas, pintaba iconos sobre tablas pequeñas cepilladas, que regalaba a los hombres de la aldea. Todo lo que necesitaba se lo hacía él solo. Él era costurero, lavandero, modisto y su propio modelo. Y no mentemos que era también su propio cocinero, porque comía muy raramente en la mesa de su hermano. El regalo que le alegraba más en el mundo y que recibía de cualquiera con placer y reconocimiento eran las ollas nuevas sin esmaltar. Cómo adquiriría una nueva, rompía las otras, incluso aunque hubiera hervido sólo una vez en ellas. Todos sus modales eran de ermitaño, y no era ermitaño porque le eran en

verdad queridos los hombres; él no hubiera podido vivir lejos de ellos, aunque no compartiera los así llamados sus placeres y necesidades.

Seguro era que este hombre era plenamente feliz. Quien le veía comiendo a menudo sólo ázimo blanco, cocido sobre el horno de su estufa, y bebiendo agua limpia de manantial, pudiendo disponer de tanto y sin disponer de nada, puede que se asombrase, pero a nadie le hubiera pasado por la mente que este hombre pudiera ser infeliz. Tan natural era su vida, con toda la originalidad. Cuando hablaba, su boca era aquella de la sabiduría. Sus ejemplos bíblicos y la dulzura de su lengua eran una caricia para cualquiera, y aún más grande si alguien le conocía. Quién puede dudar sobre precio verdadero de las cosas mundanales deseadas o perdidas cuando ve como un hombre en verdad sabio se desembaraza tan fácil de ellas y que por este desapego él había ganado lo que ellos buscaban por ellas: la felicidad. Más claro o más turbio cada uno sentía esto al ponerse en contacto con él. Puede que el pobre Rufã, todo lo blanda que fuera su naturaleza, hubiera empezado a juzgar a su yerno si no le aconsejara Iosif lo contrario. Él le demostró claro como la luz del día que mediante un proceso se amargaría mucho más los pocos días que le quedan por vivir.

— Morirás con el alma oscurecido de amargura y enemigo de tu propia sangre, dijo él blando, y Rufã ya no pensó más en el juicio.

Él era Solomon del patio de su hermano. Si hubiera nacido en la pobreza, los hombres lo hubieran llamado infame y le hubieran contado el cuento de la zorra y las uvas — desprecia el haber porque no lo pueden ganar — pero de ese modo su estado era el reflejo vivo de todo lo que se podía susurrar todos sabían que un lugar en el diván incluso lo habría abierto cuando quisiera, con el saber de las leyes laicas y eclesiásticas que tenía y según la su agudeza natural.

Como hombre de aquel tiempo, él interpretaba también sueños, se entiende. Pero su método estaba previamente calculado y por eso nuevo. Interpretando a los hombres ancianos, sus palabras se componían siempre de dos sí, uno afirma el deseo, otro lo niega, antes de interpretar sin embargo él se informaba sobre los deseos incumplidos de la persona. De ese modo sus interpretaciones, se entiende propias, eran siempre verdaderas — no tenemos que olvidar ni un momento que tenía una mirada clara, con la que previamente calculaba fácil el curso de las cosas mundanales. En el fondo, él no daba nada a los sueños, y sus interpretaciones las usaba sólo como un medio — tentador por ser sobrenatural — para la caricia y la tranquilidad de las almas humanas. Y no obstante eran sueños en los que él creía con religiosidad — los sueños de los niños. En su candorosa religiosidad él creía que, mientras que los sueños de los hombres adultos nacían de sus deseos egoístas, los sueños de los niños que desconocen de igualmente los deseos, no podían ser nada más que el aliento del ángel guardián. En estos él descifraba un tipo de sabiduría que de hecho no estaba en ellas y que era el aditamento de su mente. Por eso a menudo ponía a Anica sobre sus rodillas — él la llamaba “la belleza de mi linaje” — y la pedía que le dijera lo que soñaba. Los sueños de Ana

eran sin embargo en verdad tan hermosos, como unos cuentos, y era fácil encontrar en ellos un significado más profundo. Los sueños de esta niña eran naturales en su hermosura. Su madre había muerto poco después de su nacimiento, y su padre, un hombre callado y melancólico, que estaba todo el día cerrado en casa, no le daba ocasiones de regocijo o distracción. Ella devino meditativa, y un niño no piensa, sino sueña. Su sueño no es más que una continuación de los pensamientos del día. Al final murió también su padre, y ella no lloró por él. A ella le parecía natural que la muerte para un hombre tan triste y solitario como él tenía que ser una felicidad — y ella había adivinado la verdad.

— Él está mucho mejor que yo, él allá encontrará a madre, tendrá con quién hablar — sólo yo no tengo a nadie en el ancho mundo.

Ante él estaba el señor Drăgan Ciufă, la antítesis encarnada del sabio Iosif. Con una finca pequeña hasta la desaparición y con una imaginación propia y una inutilidad hasta la desesperación de grande. Su cabeza era un molde tiñoso, nariz grande, la cara afeada por vomitar y unos bigotes greñudos, gruesos y rojos completaban la apariencia de este hombre despreciable. A parte de esto, el hombre este además estaba también loco. El vacío sabe quién le había metido en la cabeza que se había convertido no en príncipe, sino en emperador — y el emperador del mundo, mientras que no era más que un rebaño y un pastor. Y él no bromeaba en absoluto, hablaba con un tipo de convicción a menudo despreciable sobre sus planes. Semejantes hombres por aquel entonces no eran precisamente raros. El reinado lo sueña hasta el último señor destronado después de la caída de los fanariotas, sobre todo pensando en la facilidad — se entiende que anecdótica — de una semejante eventualidad. Corría el rumor que los turcos habían elegido a Sandul Sturza — que entre los 7 enviados era el más insignificante — como señor de Moldavia sólo porque era hombre apuesto y tenía una barba negra y hermosa, sin par en el imperio del Sultán. Se hablaba, digo. Ciufă no era rico, pero de alcurnia (nuestros nombres son seudónimos), lo que era sin embargo más extraño es que el boyardo Ciufă creía que su zanahoria calva tenía una apariencia y una belleza rara. Del reinado de Moldavia hasta el imperio de la tierra que era de un hombre como Ciufă — un juguete, un nada. La seriedad con la que había desarrollado los planes hubiera sido cómica si su portador no hubiera sido tan despreciable. Él era avaro y se alababa con su dadivosidad, mal y su gran bondad, crudo con sus súbditos pero, porque es justo, orgulloso ante todo el mundo. Una petaca del príncipe Moruz⁶⁴¹ la llevaba siempre en el pecho de su capa larga y la mostraba a todo el mundo, presumiendo de que su Alteza Moruz hubiera sido amigo de todos los suyos. Él olvidó y puede ni supiera en que ocasión llegó la petaca a su propiedad, por eso lo mentaba diez veces. En la misma conversación decía una vez que se la había enviado el príncipe de parte del Emperador ruso, otra vez que por el recuerdo de un paseo por Iași, otra vez que con ocasión de un encuentro en rango. Tenía una memoria débil y era

⁶⁴¹ Moruz Alexandru C. Moruzi (1805 - 1873) fue gobernante otomano de Moldova entre el 5 de octubre de 1861 y el 22 de enero de 1862. Después fue ministro de finanzas de Rumanía en enero de 1862 durante el gobierno de Barbu Catargiu

simplón como la valla. Creangă, que tenía tacto natural, quería enredarle en sus obras, poniéndole algún obstáculo tan evidente en sus cálculos, que justo él comenzaba a reír por sus disparates.

El anciano Iosif

De ese modo estaba sobre su silla, agachado con el pecho adelante, ya que la silla no tenía respaldo ni apoyo, con las manos caídas cruzadas sobre las rodillas, su frente muy desgastada por aquella pose agachada un tipo de apariencia ahondada, el pelo por la posición esta estaba subido arriba, parte caía sin orden sobre las sienes unas cepas llenaban la frente con su plata sedosa, parte la tenía subida, pero importante en su viejo orden. Los ojos, ahondados en sus bovedillas, parecían fijar un punto bajo las arrugadas cejas, los labios de la boca se había hinchado rizados en meditaciones, y la barba doblada por la inclinación del pecho se doblaba hacia arriba cabo tupido y plateado, dando a toda la cara una apariencia descontenta y rebelde. La vela delgada y enroscada de cera cobriza que estaba pegada a la mesa llena con libros abiertos tendía el moco negro y entallado y la luz roja y turbia en el cuarto, apenas llegando a los iconos monacal de las paredes, ahondando las sombras de la cara del soñador ermitaño y amarilleando su pelo blanco y los rasgos ancianos de la cara. La mano pequeña y peluda pasaba, con el dedo mojado, las páginas untadas de un manuscrito griego de astrología pintado con círculos y figuras geométricas rojas. Las letras iniciales de cada capítulo eran como de imprenta y rojas... ¿Qué miraba él en aquel libro? A menudo contaba entre hojas marcapáginas de seda a cuadros verdes, allá detenía su mirada más tiempo, y de nuevo regresaba y escribía cifras en un papel, sin embargo eclesiástico -es decir con escritos; un silencio hondo había en el cuarto y sólo la pluma vieja de oca rechinaba sobre el papel cárdeno y granuloso o sonaba golpeada por los tinteros llenos de una tinta glutinosa y avinagrada. Al final él cerró el manuscrito viejas, lleno de notas marginales escritas muy pequeñas y atadas en pergamino; lo tiró descontento sobre una pila de libros se atusó la barba con la expresión de una profunda insatisfacción consigo mismo.

El anciano Iosif tenía un defecto muy grande. Con una maestría rara él sabía que se engañaba a sí mismo. Todas las soluciones que le infundía su mente sana y aguda él pensaba que provenían sólo de las combinaciones astrológicas, en las que él descifrar lo que no estaba en ellas. Donde su propia mente no le daba una solución, allá ni la astrología griega no le podía hacer inmediatamente. Ella aprobaba sólo a posteriori lo que él ponía en sus cálculos a priori.

A menudo le resultaba pesado de vida, no porque había vivido demasiado, sino porque había llegado al final a un tiempo al que el entendimiento le faltaba. No porque tan sólo hubiera apreciado a hombres modernos, o hubiera creído en su superioridad espiritual. Con justa palabra presuponía que ellos no tienen más que el lustre exterior de una cultura que no comprende, ni sé representarla -todos estos hombres jóvenes eran tan vacíos, tan faltos de conocimientos, que les hubiera dado pereza avergonzarse por sus preguntas, de la naturaleza laica incluso. Él era un sabio considerable, pero los millares de conocimientos amontonados en su cabeza se cristalizaban alrededor a una única semilla por encima de cualquier duda: la

Biblia. Él tenía bastantes conocimientos astronómicos para saber que las estrellas no son chispas parecidas sobre la bóveda del cielo sólo para el placer de los hombres, pero el lugar de la Biblia para él tenía un significado profundo. Según él, cada átomo era el centro del mundo entero, es decir, de la inconmensurabilidad, y cada uno estaba en relación con todas las cosas del mundo. Cada uno, según su idea, es contado por el ojo del Señor y sin falta en su existencia la pérdida de uno del mundo y todo el mundo se turba y cae. De aquí la consecuencia de que todo hombre puede estar influido por una estrella, es decir un mundo entero, con sus pueblos, con su vida puede influir sobre un individuo humano, como por ejemplo, también, quién sabe si la tierra no puede influenciar a una persona importante de un globo alejado. Esta era la relación entre sus conocimientos positivistas y entre su astrología.

Él no encontraba ninguna contradicción en la Biblia, donde todo el mundo dice ser creado para el buen gusto de los hombres. Si el mundo es inconmensurable, cada punto puede ser perfectamente su centro al igual que el que le rodea, así pues el mundo está hecho para el placer para cada uno de sus centros en la misma medida, cada uno dice que sólo para él, y justamente, porque él es todo en el mundo, si muriese completamente, el mundo estaría muerto por siglos. Especialmente las naturalezas ricas tienen, en su opinión, que estar en con relación con una estrella. Porque ¿por qué no son todos los hombres sabios y grandes, pensaban él, porque de otro modo somos todos igualmente parecidos? Por eso se distinguen porque unos tienen en ellos un rayo celestial que les hace ser penetrados por el poder sobrenatural de una estrella y a los otros, nacidos de lodo y no estando en relación con la cáscara de la tierra, son siervos con espíritu y felices solo cuando los hombres infundidos por el movimiento de las estrellas de Dios mismo se ponen frente a ellos y les prescriben los destinos.

Que no crea alguien que, a consecuencia de las explicaciones de los viejos teólogos, él era geocentrista. Es cierto que la tierra fue creada antes que el sol, decía él. Precisamente tal y como un relojero haría y pondría en orden todas las ruedecillas de reloj, así como Dios primero hizo la tierra como una rueda baladí y después de ella creó la rueda mayor y, en el medio del sistema, el sol. La historia vieja era para él una preparación al cristianismo, la Edad Media era su plantación, y los tiempos futuros harán de la tierra el jardín del Señor. De ese modo la Biblia era el núcleo de la entera manera de mirar el mundo y de sus pensamientos. La ciencia positiva la conocía y unto con las enseñanzas de la Biblia muy fácil y con mucha astucia — no así en cambio las ideas especulativas de nosotros. Estas eran para él herejías paganas. Él decía que las enseñanzas de ninguna ciencia positiva no daban al hombre el derecho y el pretexto de dudar de la Biblia. Él no hallaba ninguna ruptura entre los hallazgos de los nuevos, de cuanto oía también él, y entre el libro de los libros, pero lo encontraba entre Biblia y entre lo que muchos de los hombres se esforzaban, según él, en encontrar en estas experiencias.

Estos fundamentos de su carácter anímico eran ahora, en la vejez, la raíz de un descontento que él no sabía explicar. Cuando entraba en contacto con algún hombre joven

que se había apegado a las ideas del Poniente, él se sentía golpeado por un mundo completamente nuevo para él, un mundo no mejor, no más hermoso, pero totalmente otro. Y lo que le molestaba más era que este mundo contradecía en su corriente a la corriente aquella que él había puesto como la meta de la historia humana. Él había leído aún en la juventud los escritos de los enciclopedistas, pero ellos le habían insuflado apatía. Sus pruebas le parecían forzadas, porque se dirigían todas contra un axioma que él no permitía a nadie negar: la omnipotencia de Dios. Él se imaginaba que un hombre tenía que estar enfermo o ser muy desgraciado para componer libros contra la Biblia. Por eso su asombro era grande cuando veía que hoy pasan precisamente estas ideas se divulgan que él creían como un paso atrás del mundo, y no uno adelante. Por eso él dudaba si el mundo aquel adelantado al que sus prójimos traían niños era en verdad adelantado. Estas dudas luego lo hacían consultar la astrología pero, ya que él solo no sabía qué responder, por eso la astrología respondía cosas cuyo significado oscuro él no entendía. Si la respuesta hubiera estado latente en él, si él lo hubiera presupuesto antes de preguntar a su libro, entonces por supuesto que hubiera sabido dar el sentido precisamente el deseado sin saber en las palabras oscuras de su Sibila, de ese modo sin embargo, a menudo en plena inseguridad en lo relativo a lo que preguntaba, él se sentía angustiado y dudaba a menudo de su propia mente.

El sueño de una noche de invierno

¿Has venido a festejar, tonto? ¿Así se festeja? Tienes que saltar, jugar, molestar a las máscaras, decir: ¿qué haces, hermosa máscara? Y que te responda: ¡gracias, mosieu! ¿Y usted? Darle el brazo, hacer confesiones y recibirlas, que..., que... ¡o María!...E... no puedo sacármela de la cabeza... Y aún así es una locura... Pues bien, cuando oyes música, cierras tus ojos y te imaginas lo que quieras... Suenan, siempre suenan, los sonidos cuando gotea, cuando cae en olas espumosas como si, y de las olas aquellas salen cabezas coronadas... rubias, morenas... ¡María!... ¡E! ¿Y?... y justo por eso vine aquí, para sacarla de la mente, olvidarla, olvidarla, ¡sí!... Demasiado es hermosa... Los ojos tan infantiles, tan brillantes... tan blandos... para todos. ¿Y qué? ¿No está el mundo lleno de mujeres? Lleno sí, como está lleno de máscaras, como está lleno de tumbas, como está lleno de desilusiones. *La danse Macabre*... el juego de los Muertos... Miro a todos ellos, cómo ríen, cómo cuchichea con su madre, como bromean, cómo susurra con sus cuchicheos cálidos y embriagadores. Y dentro de cien años que serán todos, ¿todos los de esta sala? ¡Oh! Ojos hermosos, oh, cientos de ojos brillantes, oh, cientos de bocas sonrientes, oh, cientos de corazones jóvenes... ¿qué quedará de vosotros?... ¿María? Hay algo penoso en esta mascarada... danzas Macabras... Ah, cuántas virtudes no han muerto aquí, ¡cuántos corazones! Y cada uno de ellos hubiera podido hacer un hombre feliz... uno. ¡Hubiera! ¿Uno? Tú eres una hermosa muerta. María, una muerta hermosa... Tú no tienes corazón... ha muerto también tu corazón en un baile de máscaras... ¿has quedado fría como el mármol? ¿Y? Vamos... olvida... En los cuentos de Hoffman uno se enamora de una figura de cera que está en una ventana... en vano se postra al lucero de su madrugada, en vano a los luceros de la tarde... el lucero era una muñeca... coeur de marbre— María...— ¿Y? Me tiro al remolino de las máscaras...

(...) a aquel castillo... llego al lago... había empezado a atardecer... me subí al bote y empecé a pasar lento, lentamente por los juncos y los caños del lago hacia el medio, la luna había salido de los bosques seculares y llevaba un camino de llamas sobre las olas chispeantes... era verano, una noche de verano embriagador, y en el medio del agua adormecí en el bote... parecía sin embargo que mis párpados estaban abiertas, que no dormían. De repente vi que de la copa de un árbol del horizonte hasta mi bote se había tejido una tela débil y adiamantada y que sobre esta red mojada bajaba, vestida en blanco, una muchacha joven, muy hermosa y muy rubia... como pasaba lentamente, atusaba su pelo suelto con la mano derecha y venía lentamente, parecía estar durmiendo... llegó junto a mí y me dijo:

— Ven mañana a mi casa y pregunta por mí...que sepas que me llamo María....

Ella era mucho más grande que yo, puede que diez años... Mi sueño se oscureció lentamente y dormí hasta el día siguiente de madrugada... al día siguiente me acerqué a la orilla, a los límites del parque, rompí de él y me hice camino, me arrastré por el suelo en el jardín y ¿qué vi? Una hermosura de jardín, con flores, con caminos arenosos limpios, con manzanos grandes señoriales y... nadie allí... empecé a subir la colina... cuando vi que una

puerta hacia el jardín se habría y vi una mujer... entonces me quedé allí y me senté en un banco... ella venía lentamente... era ella, a la que había visto por la noche pero mucho más hermosa... Y tenía unos ojos... y tenía una boca con hoyuelos en sus comisuras y tenía un pelo tan rubio y tan suave y unas manos tan blancas y también con hoyuelos y unos piecitos pequeños... ¡Ah! ¡No lo olvidaré nunca! Ella se acercó a mí. Miraba asombrada:

– ¿De quién eres tú, muchacho?

– De mi madre, dije, y no sé cómo se llama mi padre...

– Si eres de tu madre, ven con padre, dijo ella, y me tendió la mano.

Entré en unas habitaciones hermosas con alfombras en el suelo, con divanes alrededor... y un boyardo anciano estaba en un diván y bebía pipa.

– Mira, padre, qué encontré en el jardín, dijo ella.

El anciano me acarició y me preguntó si sabía cantar. Sabía cantar, pero me daba vergüenza... Al final, sé que me dio naranjas, que me descalcé y empecé a correr alrededor del diván... El boyardo dijo en broma:

– Mira, hija, que valiente mozo ha venido a pedir tu mano... ¿Quieres casarte con María?

– Me caso, dije, la tomo como mujer seguro...

Después de esto regresé a casa, pero no dije a nadie nada de mi aventura. Y todos los días iba allí y todos los días me volvía de la chica con el jardín hermoso y nunca dije a nadie a dónde había ido...

Pero llegó el invierno y ya no pude ir... Empecé a presagiar la nostalgia y enfermé. Estuve acurrucado en una piel sobre el horno y dormía para morir... cuando de repente oí el cascabelito de trineo. Madre entró en casa a escondidas; llevaba un vestido moaré negro y tenía puestos guantes en sus manos muy pequeñas:

– ¿A dónde vas, madre? Pregunté yo. Me dejas morir solo...

– No, querido de madre, no morirás, dijo ella sonriendo. Voy con los vecinos de boda...

– ¿Quién se casa? Dije.

– María, pero tú no la conoces...

– María se casa... Madre, querida madre. María es mía, me la ha prometido su padre y tengo que morir si no será mía.

La madre sacó su mano y la puso en mi frente... después se agachó y me miró largo, largamente a mí, con una mirada que tranquiliza a los niños.

– ¿De dónde la conoces tú? Me pregunto...

– La conozco desde hace mucho, desde hace mucho, dije encogiéndome. ¿No vive allí donde el hueco brilla por los robles, en el jardín hermoso?...

Su madre se santiguó. Ella era religiosa y creía que tengo una visión...

– Madre, ¿dónde dormiré yo cuando muera? La preguntó.

– ¿Dónde, querido de madre? Donde dormiremos todos... en el cementerio.

El cementerio y nuestra iglesia estaban al lado del jardín. Cuando marchó madre, cogí una manta y me fui al cementerio... Era mucha y clara la luz de la luna... las ramas de los sauces eran negros, la verja de nuestra capilla con las puntas doradas brillaban y el viento alcanza toca la campana... la campana apenas tocada suena dulce, muy dulce y melodioso...

– El viento tira mi campana, dije.

Me envolví bien, abrí la puertecita de la verja y me tumbé sobre la piedra grande de encima... A lo lejos vi desde el ángulo del árbol deshojado el castillo con las ventanas iluminadas... oía como la música y lloré, lloré tenue, hasta que adormecí... Al día siguiente me desperté en una cama cubierta con almohadas y me dolía la cabeza... Madre volviéndose a casa y no encontrándome se acordó de lo que había dicho y me buscó en seguida en el cementerio, donde me encontró. Semanas enteras yací en sin sentido, hasta que me dieron a la escuela...

– Hermosa historia... pero no tiene final...

– Pues tiene, señora, un final insoportable...

– ¿Y bien?

– Pues bien, pasaron diez años desde entonces, pasaron veinte... Vine a esta gran ciudad... ¡Cuánto paso desde entonces por mi cabeza!... Cuando, una noche, también de verano, pasé por una calle desierta... y... oigo de repente de una ventana la voz de paloma de María... Quedé asombrado...asomé la cara por el muro de aquella casa... pensé que enloquecía... Todo el espectáculo de la noche del lago, todo el dolor de la infancia, se presentaba de repente ante mí... Estaba borracho, estaba loco... estaba petrificado por aquella voz...

– Y te presentaste a ella...

– ¿Si me presenté?... Se entiende... Era alta, de otra forma, pero tenía la misma voz imitada de palomita, tenía los ojos de corza del amor, era alta y sin embargo era ella. Ella, que me había imaginado que había muerto, que no puede existir otra en el mundo parecida.

– ¿Y no te contestó?

– ¡Ah! Es una necedad imaginarte que una mujer tan delicada, no tenga ya su amante. Y además... La juventud y la pobreza son dos enemigos irreconciliables... Las maneras, el arte de hablar y el encantar, todas estas son extrañas al hombre que ha vivido entre hombres comunes y que ha sido pobre. De qué le sirve amar... De qué sirve dar el alma por un beso, cuando no te quiere... ¿Y por qué quererte? Es loca si mira a un hombre que no tiene fortuna, ni hermosura, ni espíritu... ¿Amor? Amor se encuentra por todas las callejuelas... Y soy celoso, celoso del pasado de esta mujer, celoso de los hombres con los que habla, celoso de todo lo que la rodea.

El dorso de la página

(...) se puede considerar por ejemplo como tapa del volumen (también llamada cubierta) cubierta para quien no quiera leerla o como así llamado: Avant-propos, expresándome en francés, o incluso del capítulo de escrituras –si vamos a entenderlo bien. Y veréis por qué: para quien sólo lee el título de un libro, la parte más interesante del libro -es decir, la que le interesa- es el título mismo, para quien sólo lee el prólogo de un libro, la parte más interesante es solamente el prólogo, porque solo lee eso.

Quise rectificar el título de la portada. ¿Cómo? Esta obra buena *** no está traducida del chino, según como el abajo firmante o mejor el no abajo firmante ha tenido el honor de decir en la segunda fila de escritores hacedores de época, sino aquella ha sido solo una estratagema a través de la cual el humilde de mí he querido hacer para que se me lea por lo menos la pre-introducción de esta *novela original*.

¿Diciendo que la novela es original no significaría cortarme las aguas de la cabeza del lugar? Sin embargo, con todo esto, no voy a vender a nadie mentiras; si alguien desea ver desarrollándose ante sus ojos un modelo, algo completo, algo perdurable, como las novelas por ejemplo de Paul de Kock⁶⁴², perdón –de Madam George Sand⁶⁴³, entonces le aconsejo mejor que se deje la lectura desde este punto y coma para no quitarle la libertad, para que no se pierda lo importante; porque lo que busca no lo va a encontrar.

Y si todavía este libro de pobreza (arcaísmo: declaración de hambruna) de autor rumano no debería asustar a alguien que lea estas líneas, entonces empezaré así para este cínico valiente también dicho:

Prefacio

La coqueta dama: El mundo –tiene un establecimiento de foto– y litografía en el que fabrica cada día miles y miles de billetes por minuto, como se diría, que tiene por un lado, un nombre cualquiera dictado tal de Señora Mundo –bajo el nombre todavía el Monseñor colector de tipografías Destino tiene la insolencia de poner lo que quiere su Señora, lo que se le ocurra a su Señor, no lo que le ha dictado.

Así por ejemplo la señora Mundo dicta: El señor Destino escribe:

Señor PETRICĂ MOFT

PETRICĂ Comptemoft/E

⁶⁴² Charles-Paul de Kock (1793 - 1871) fue un novelista y dramaturgo francés, padre del también novelista y autor dramático Henri de Kock (1819-1892)

⁶⁴³ George Sand, seudónimo de Amandine Aurore Lucile Dupin, baronesa Dudevant (1804 - 1876), fue una escritora francesa

farsante en general y en particular	político
COSTEA URLĂ	CONSTANTIN URLATORIANO
Con la viola	poeta y gran hombre de letras
TACHE CARAGHIOZLĂC	CONSTANTIN CARAGGIO
Comediante	artista dramático
COLTUC BĂRZEA	Prince COLTUQE BARZE
Pastor o en el caso que	Ministro Secretario de Estado
siga a Bostan	o Negocios& c.
STAN ÎNJURĂTURĂ	DON ESTEVAN DE LAS JURADORES
Borracho o perrero	periodista

De este modo, por ejemplo ha sucedido que la señora Mundo dicte:

M. E.

folletinista molesto

y el señor Destino escriba:

M. E.

Apuntador de Teatro

Otra más. En el reverso de estos billetes que circulan por el suelo están escritas cosas indescifrables, y aún así ellas se descifran totalmente entonces cuando el billete comienza a circular. Los billetes no circulan todos en una determinada dirección; ellos varían en sus términos. Cuanto más corto es el término -tanto el reverso está más vacío y después que expira el término sabes perfectamente cuanto valor interno tenía el billete – hasta la expiración el billete tiene el derecho y el resto del mundo tiene el deber de dudar, esperar o desesperar.

Es todavía una individualidad la que tiene la pretensión de no engañar en su apreciación. Esta individualidad se llama Boca del mundo. La diferencia característica, específica y esencial, entre el Mundo y la Boca del mundo es sorprendente:

El mundo en general es bueno, la boca del mundo es mala

El mundo es justo, la boca del mundo injusta

El mundo es eternamente el mismo, la boca del mundo cada día otra

La diferencia entre el mundo y su boca es aquella entre conocimiento y palabra - entre fondo y forma- entre materia eterna y cuerpo pasajero.

Sucede entonces que el señor Destino, en vez de interpretar el dictado de la Señora Mundo correctamente lo interpreta mal, por ejemplo:

El Mundo Destino

L. SCHUBERT L.

SCHUBERT

Genial compositor

muerto de hambre en Viena

L. BURGHARDT

L. BURGHARDT

Genial poeta

muerto de hambre en Berlín

M-me...

M-me...

Genial poeta

Mendigo en París

TORQUATO TASSO

TORQUATO TASSO

Genial épico

Idiota

Etc. y así hasta el infinito. Las máquinas de la tipografía de la Señora Mundo son eternas; ellas también se llaman leyes; la combinación curiosa con las del coleccionista Destino son por tanto curiosas; ellas se llaman: circunstancias.

A la boca del mundo los periodistas le han dado otra denominación, más hermosa – algo así como hinchado y simpático al mismo tiempo- la han llamado: Opinión pública.

La opinión pública –La boca del mundo- es inmanente y emana del público (denominación elevada para: Mundo).

Los periodistas son maliciosos –han hecho el mundo de su sexo: Público sustantivo genérico masculino, cuando Mundo es sustantivo genérico femenino es decir fémica – y después la han dado opinión, es decir reflexiones, cuando todos saben que Gente, o sea femenina, tiene sólo boca, pero no cabeza, reflexiones, opiniones.

Lo que dicta la señora Gente es seguro como el fondo y como lo absoluto, lo que escribe el señor Destino es relativo, es forma de aquel fondo, de aquella materia. Por ejemplo, si la señora Gente dicta: A. Crea, tonto en piel de hombre, también el Destino escribe: A. Crea, ministro de las instrucciones, entonces este ministro no es sino la forma o la formalidad del fondo, sólo es la ropa que viste el cuerpo, no es sino la denominación Ministro lo que viste al individuo tonto, no es sino el bonete gris que viste, que esconde la calvicie.

Siendo, por tanto, que la señora Gente o el señor Público es aquella que da el tacto tanto a la existencia como al juicio sobre un humilde individuo, como el abajo –o no abajo firmante, por eso me tomo también yo la libertad de dirigir la siguiente indicación a través de la que pido el permiso o carta de viaje, por antigüedad, para recorrer el extenso Imperio de la Señora o del Señor.

Señora o Señor:

No puedo y no negaré que la influencia que ejercen sobre mí es grande, por eso tomaré el mérito de declarar en voz alta que una buena y puede que la mejor parte de mi alma es obra de ustedes y que, si yo soy malo, la causa es que usted es malo o mala, si soy escéptico, la causa es que usted es escéptica o escéptico, etc.

He metido otro mal por tanto en usted. Usted dice que en rumano todo lo que escribo está mal escrito, por lo que también lo no escrito –y lo que no está escrito no se puede leer.

Pero la causa es usted mismo o misma.

El reverso: para quien no lee no se escribe. Y he escrito y usted no ha leído, hoy usted ya no lee, pero la inactividad no está loca para escribir para que usted no lea.

La mercancía con la que pienso pasar por su imperio está escrita. Quisiera no pasar, sino que pase. Quisiera que se compre, pero no quisiera que sea vendida a alguien o vendida para alguien –sobre el uso común pedido de unos y otros. En fin, no pido un libro de paso, sino una permanencia lo más larga que se pueda.

De todas formas le digo, si le interesa, como paso yo, ¿cómo vivo yo? O, si hubiera sido este el fin de mis escritos mejor no haberlos escrito, porque mi valentía, tan grande como sea, no ha llegado todavía hasta allí, para creer que le va a interesar de un grado tal que lea como se encuentra mi humilde personalidad. Le escribo, se lo digo sinceramente, para que tenga, no el derecho pero por lo menos el pretexto, de pretender una respuesta, y aquella respuesta, que usted llama crítica, no se lo pido sino en el mismo grado en su interés, sino también en el mío. Por eso, me dirá o me permitirá por lo menos observar en usted lo que le o me parezca muy importante o sin importancia para que me lo comunique también a mí, cosa que va a probar que no soy pretencioso.

Termino no sin saludarle, porque por muy pequeño que soy y por muy grande que sea usted, sin embargo de aquella mayor parte de usted le parece bien que sea igual que la mía, es decir, iguales entre sí, porque también formo parte de la parte mayor de usted, cuya parte de arriba quiere, según la opinión de unos de los suyos, malvados.

Sin embargo saludo a todos aquellos niños buenos que, apoyándome, saludarán favorablemente esta carta; pero, como los saludos aéreos y desconocidos son imposibles tampoco les voy a dar recibo cuando paguen, por eso le doy a usted plenos poderes ejecutivos

para que los salude a todos en mi lugar; cosa que le va a ser más agradable que si la ejecución de este deseo hubiese estado seguro en mi poder.

En fin, si consideran que no tengo fondo y me voy a mantener sólo con el crédito personal (igual que muchos otros) o con el robo de otros (es decir como muchos) –me doy a usted vacío a mí, como no ha dado a otros y deme en su veredicto pleno *carte de calicie*.

Le hubiera escrito mucho más, pero... por qué se va a enfadar tanto con la tarjeta de visita de un hombre, cuando su preocupación más grande es usted mismo... Me permito sólo firmar como suyo,

amigo o (enemigo) –da igual

M. E.

Cuando estaba todavía en la universidad

Cuando estaba todavía en la universidad tenía una extraña costumbre. Paseaba a menudo de día por las callejuelas, estando por todos los sitios en algún anticuario y revolviendo antigüedades, cogía de sus libros todo lo que me parecía más extraño y más fantástico – y volviendo después a casa, leía y traducía en un cuaderno llamado fragmentarium todos los pasajes que me gustaban. Vivía en una aldea, cerca de la ciudad universitaria, los alrededores de mi vivienda eran muy tranquilos, porque por azar vivían en aquella casa solo ancianos. Allí por la noche después de cubrir la estufa, leía y traducía por mi propio placer, lo que dije arriba.

Después de repente se me iluminaba la mente. Entraba en los laberintos de aquellas extrañas historias que había leído, un cuadro pedía a otro, un suceso a otro. Entonces apagaba la luz para que no me molestara en mis sombras las visiones, yo escribía rápido en la oscuridad en el fragmentario los cuadros o las visiones que se me pasaban por la mente. Hoy revolviendo entre papeles encuentro aquel fragmentarium. Leo, leo... extraño... me levanto como en la misma casa en la que viví, era de noche... afuera soplaba el viento entre los árboles seculares del parque- pensamiento a pensamiento se enfilan y veo que estos fragmentos extraños y rotos por todas partes son una historia hermosa, aunque algo extraño. He aquí lo que escribo.

Historia miniatural. Historia de una lágrima

Y las flores de hielo de las ventanas
me parecían un bosque verde
con hadas buenas de cuentos
como la trompeta pastoril que se pierde
a su voz blanda de sol
en ay y en gravedad

Y mientras yo contaba
lo que veo en las flores de hielo
se acercó también él a la ventana
con una ahondada cara
se acercó y dijo: ves
allí entre los matorrales un peón
pasea tras un hada

Gallinas y barcas yo hacía
gallos grandes de papel
sobre la escena de la mesa los ponía
para representar comedia
y a casa traje un ganso
enamorado y siempre capullo
para que haga de apuntador.

Iconos vivos me parecen
los de San Nicolás
una mosca en la barba nueva le puse
para ver si no pone freno
pero él está triste y ensombrecido
en su cuadro entristecido
con ojos redondos y calvo.

El santo parece serio
y mudo en sus pensamientos
a nuestro juego ruidoso
ni riñe ni sonríe
Y nos parece así extraño
por qué está mudo e inmóvil
parece tememos que un día
le oigamos gritar.

Y parece que, repitiéndose tan a menudo como que el icono este es un santo, me parece natural el hecho de que aquel santo piensa, de modo que estuviera tan serio en su cuadro con la frente despejada, con los ojos redondos y con la barba rizada y blanca. Él era desde hace mucho amigo de él... y extraño, cuando se queda completamente solo en casa, habla al anciano y le cuenta todo, todo lo que le pasa por la cabeza y el anciano parece que sonríe para reír. Pero hablar no habla nada. De este modo, como que el icono está vivo, de esto no duda en absoluto. Sabía que un icono desgastado y viejo no se quema para que arda, sino cabe en las paredes, lo deja, como mucho, sobre el arroyo en el valle... porque al santo al que lo hace, si le deja libre en el mundo. Encuentra por el camino alguna iglesia vacía y entra en ella y hace de sacerdote... o entra en un árbol y, después de mucho tiempo, los pastores lo encuentran bajo la corteza y hacen en aquel lugar monasterios dedicados a... y el icono hace milagros, la gente se asombra. “Por eso se habrá borrado el icono, pensó él, porque quiere ir por el mundo haciendo milagros. ¿Eso es, san Nicolás?” Él no respondía. “Luego es

cierto... como a un niño pobre, a mí no me respondes. Pero si le torturo, puede que me diga algo” le puso una mosca sobre la barba, el anciano parecía abrir y cerrar los ojos... “Le molesta, pero no responde” Pero qué le tenía que responder, sólo escucharle. Y el icono le escuchaba y le hubiera escuchado todo lo que le hubiera dicho. Él le contaba cuentos, planes que se le pasaban por la cabeza.

Hay ojos en este mundo, que tienen especial gusto por todo lo que es miniatura. Si en invierno te imaginas que los árboles de hielo del cristal de la ventana son un bosque verde y en él se encuentran hadas de cuentos, él se acerca con la cara ahondada y dice: mira, bajo el matorral aquel hay un enano que se ha enamorado pasionalmente de un hada, mira cómo levanta sus talones y la mira. Y si te parece que oyes un canto de la trompeta pastoril y un silbido de aquel bosque verde, el escuchará cómo zumban las orejas y te dirá qué aria se oye. Semejante hombre hace gallos de papel y se pone a representar comedia sobre la mesa, es capaz de decirte si una mosca sonríe, que planes diplomáticos pasan por la cabeza de una araña, qué ideas sobre el mundo tiene un ganso. Y si te cuenta alguna anécdota o alguna historia, ella sucede siempre en el terreno de la naturaleza mínima. Si un pétalo de rosa ha caído por una cantárida, esmaltado, fue con intención... la reina ha tirado un pañuelo, en secreto, a su humilde servidor... si arañas rodean con un velo adiamantado la cabeza de una flor, por la que caen después las perlas del rocío, él dice: mira que hermosa novia. Y arañas tejen de un matorral de flores a otro un puente de diamante a los novios que están lejos -en otro matorral- y reúne a los invitados, un grupo entero de mosquitos azules como el acero... las hormigas son sirvientes, porque llevan sacos blancos con miel y harina, y tienen alguna hierba en la boca, con la que aparece por los rayos del sol la cabeza de la novia. Las campanas azules de las flores suenan litúrgicas, las avispas cantan como músicos, el abejorro en indumentaria de terciopelo murmura por la nariz como un sacerdote anciano, mariposas, donjuanes de los jardines, vienen en manadas a la boda -y lo que nadie ha oído lo oyó mi miniaturista, una boda en el secreto de la naturaleza.

Si mira al icono, dice que ha reído por la noche y que ha quedado todavía un rastro de la sonrisa. Pero ¿dónde?... ¿Dónde? No lo puedes ver, pero yo lo veo. Entonces ¿el icono vive?... Se entiende. Acaso el pintor no ha puesto en él un trozo de alma y cuando el icono le mira, ¿no se mira él mismo a él mismo? ¿Por qué un violín viejo es mejor que uno nuevo? Porque decenas de maestros han puesto su alma entera en él -y los oyes después, una armonía de almas. Porque la madera es inhóspita de vida.

Pero ¿una aria? Crees que un aria nace solo así. Piensa primero que el artista es un anillo dentro de una fila de hombres que le han precedido, después que está en una sociedad. Él resume en una aria el dolor de los que le han precedido, sin la cual él no habría estado, junto con los que son. ¿Por qué lloran los hombres oyéndole? Porque sienten que él es su resurrección. Quien no es comprendido en esta resurrección no llora... no tiene sentido para él esta aria.

Imaginad una niña rica. Los padres y los antepasados han sido ricos, es decir, han recogido en su mano el sudor, mejor dicho, el sudor de otros. De esta tierra de cansancio, mojada

con sudor y lágrimas, sale un lirio frágil y blanco –ella. Un aria en su boca, como el olor de un clavel. ¿No es cualquier nota la quintaesencia de la tierra de la que ella ha crecido? Pero puede que no cante... demasiado bien... y la flor puede que no huela, esto sin embargo no borra el origen del olor, que es la circunstancia de la que ha crecido. Y cada hermosura es la cristalización de los sufrimientos del universo, por tanto también cada pensamiento delicado suyo, cada palabra, cada canción. Perdona mi teoría panteísta. Como se nace un organismo también con tanto es él más perfecto. Los elementos entran en lucha. Su lucha es movimiento... Se reconcilian... la reconciliación es una forma cualquiera... cristal, flor, hombre... Es una convención suya. Cuantos más elementos se reconcilian por su hervor en un organismo, tanto más perfecto es. La es toda la naturaleza orgánica. Es la reconciliación completa... entonces ves armonía, hermosura... e imperfección, entonces te encuentras con una nariz aplastada, con una mente deformada, con ojos cruzados... la fealdad y la enfermedad son el signo de una reconciliación imperfecta, en el que, un elemento tiene la hegemonía, se nace un natural inarmónico, contradictorio... ¿Por qué la hermosura es frágil, dices tú? Porque la reconciliación una multitud de elementos pide armonía y paz, porque si las circunstancias de afuera enturbian esta armonía de los elementos ya no puede rehacer lo que hizo una vez, es decir, la hermosura, pero desde dentro destruye esta su convención turbada. Por eso el rol en los géneros descontentos de la hermosura, ella entra armónica en un mundo turbio, en el que los elementos y organismos están siempre en lucha. Ella es la cristalización de los dolores del medio del que salieron, una armonía de orden superior, pero no cesa de contener en ella los elementos de los que se nació... A menudo quiero escribir la vida de un hilo de polvo, de un olor de flores o del origen de una canción, pero me temo que no lo terminaría nunca. Y sin embargo, creo que, desde el comienzo hasta el final y por todos los episodios, sería muy interesante... Mira a Irímie: un granuja fue su padre, un granuja su abuelo, y el mismo granuja que hace mil años hacía glose (glosas) sobre una escudilla con lentejas.; mira a Veniamin: un tonto por siglos de los siglos, y con el mismo tonto nos encontraremos dentro de mil años puede en el lugar donde estuvo una vez este café... habrá un lago aquí y nosotros seremos estalactitas... ¡Oh lágrima! ¡Qué cristal precioso! Exprime la tierra –ah, ¡qué! Exprime todo el sistema solar, no recibes una lagrima... tiene que pasar por mil fases los elementos de que se compone este líquido caro... Ah, ¿quién me cuenta la historia de una lágrima?

¡Bravo! Historia de una lágrima – ¡cuéntanosla tú!

Toda su vida le pasó en cuadros ante sus ojos... y una lágrima le cayó de su ojo derecho, una... ella era un cristal hermoso, cayó sobre una carta, la carta fue cerrada y el alma... el aroma de lágrima fue conservada. Desde entonces aquel hombre ya no ha llorado. Bastante que cerró el libro con tranquilidad e hizo lo que veis... porque aquel hombre- soy yo.

Vivía una vez un hombre con los ojos secos... ¡Raro! Por qué estaban ellos secos, porque los ojos de los hombres jóvenes están humedecidos en general –flotantes. Tiene que ser una naturaleza extrema que sólo conocía alegría o desesperación. Pensamiento intermedio, tranquilidad, sonrisa, melancolía, dolor que ha pasado.

Y entonces una lágrima cayó... una... Era su vida perdida en vano. La vida de un hombre... del padre puede de una fila infinita de hombres... en una lágrima.

... pero cayó escurrida en el café y en lloriqueos. Qué romance canta, ¡dijo él! En esta noche, la luz dulce de mi cigarro. Es un romance italiana... me acuerdo de ella di... di... ehe:

Sul mare lucica l'astro d'argento...

Entonces hará glosas sobre una mujer, porque será adelantado el hombre de nada que es.

No creáis que hay en la vida del hombre momentos que rezuman en su suerte entera... y te digo como si... oyes, así, un zumbido en la oreja: ¡Soy yo! ¡Soy yo!... que, ¿desde cuándo entonces?... Y entonces si has señalado bien... cualquier palabra de tu alrededor es significativa, porque te parece extraña. O... no te ha parecido alguna vez que una palabra cualquiera, ¿su sonido es ridículo? A menudo tu nombre propio tiene esta suerte... Te parece también ahora extraño y ridículo... Pues bien, hay horas enteras así extrañas... parece que te llama alguien por detrás por el nombre... miras y no hay nadie. ¡Hm! Hay algo en todo esto... ¿Quién te llama? Ríes, granuja, demonios... pero no rías... ¿quién te llama?

El llano desmesurado

El llano desmesurado se parece en verdad con el gran océano en forma sólido. Milla a milla se extiende en pesada monotonía que te estremece y no es interrumpida ni por aldea, ni por casa, ni por árboles. El nombre “Pushta” significa desierto. Y en verdad es árido, vacío, desierto y ni siquiera tiene agua que corra. Por todas partes se levanta en el aire el extremo largo de una fuente con cigoñal, como el brazo de un fantasma o como el mástil de un buque hundido. De vez en cuando se ve una manada de vacas buscando pasto, llevadas por un hombre montado. Más allá no se ve ningún ser vivo, solo alguna grulla o alguna cigüeña solitaria que se mece en una pata sobre algún pantano cubierta con una piel de carbón o de algún aceite que arriba, por el aire, busca presa. El más profundo silencio reina en el desierto y, si lo interrumpe el grito de un pastor o el mugido de un rebaño, el sonido te asusta que, traído por las alas del viento al oído, no saber de dónde viene.

Ella era blanca como el azúcar

Ella era blanca como el azúcar, tanto el cuerpo por encima de la cintura, —aquella riqueza de belleza brillante y redonda en los hombros, con los globos de nieve de los senos manchados en la punta con dos avellanas tostadas—, como también más abajo donde el vientres se recoge como esculpido en un nudo crecido. Más abajo de este anudamiento del organismo inferior comienza el pelo lucido negro y apenas encrespado, que es la floresta del centro, que constituye el manantial de la regeneración de la humanidad, luego siguen los troncos redondos de las piernas, duras y maduras perfectas para ser montadas por un amante entre ellas, después las rodillas, que hacían hoyuelos, cuando ella estaba sentada, después las chirimías con pulpas cortadas en leche, hasta los tobillos y los pies de plata... Ella sonreía... los labios entreabiertos de esa sonrisa sexual y voluptuosa dejaban ver su dentadura entreabierta como la de una leona sedienta, las mejillas sopladas apenas sonrojadas hacían hoyuelos apenas designados, desesperados por la languidez, los ojos cristalinos bajo las pestañas medio caídas y trémulas, frente nítida salvaje bajo el pelo en el desorden que cae en largas olas brillantes como la madera de nogal sobre los hombros y parte sobre los senos, que lo para y se pavonea en su caída.

Amalia

Su amor, el primero, había sido muy sensual. Perdido hasta entonces en un platonismo desierto y sumergido con la cabeza en las curiosidades románticas y sutilidades filosóficas, sucedió que cogió una habitación a una mujer casada que tenía una chiquilla de 12 años y un hombre que en todo el día no estaba en casa. Amalia se llama la mujer. Era alta, llena de vida, con el pelo rubio y ojos grandes verdes. Tranquila no era precisamente, pero la nariz tenía algo gracioso y era de una indecible gracia, como la boca. Él, teniendo dinero, hacía con ella excursiones por los bosques y por los bodegones del verano alrededor de la ciudad universitaria, junto con la chica, que era gran obstáculo, de modo que solo podía hablar con los ojos. Una tarde, cuando se extraviaron en el bosque, él le dijo que tenía un secreto que decirle, que ella lo sabía de otro modo desde hace mucho. Después se subieron al carruaje — ellos detrás, la chica sobre el asiento delantero. Había anochecido bien. Él puso el brazo alrededor de su cintura y la apretó fuerte, ella no dijo nada. Llegando a casa, la chica lloró un poco en otro cuarto y ella buscó cerillas para encender la vela. En la oscuridad él la abrazó y la besó en la boca. Cuando se encendió la luz ambos tenían un aire muy feliz. Pero ella iba a marchar a la aldea, y él se fundía desde los pies, porque sus riquezas corpóreas eran en verdad admirables. Teniendo el conocimiento de estas riquezas, ella llevaba un vestido negro de tul fino, que dejaba entrever unos senos de blancura de mármol, llenos y redondos, y los brazos redondos y llenos se veían hasta los sobacos. Al final, un día, antes de marchar, él echó el cerrojo de la habitación, la levantó en brazos, la colocó en una mesita alta de noche, se desnudaron uno a otro y sucedió el pecado dos veces.

Ella marchó al día siguiente a la aldea con la chiquilla con todo y él la escribió.

Tras cuarenta días regresó y empezó una vida culpable.

Por la noche la chiquilla dormía en el suelo entonces ella entraba solo en camisa en su cuarto y o en el suelo, o de pie él se embebía de su belleza. Le abraza la espalda, coge la mano aquella redondas perfectas y llenas tenía ya una felicidad singular, nueva aún, después ella era también vergonzosa, de modo que el acto del amor la hacía temblar, gritar, desmayarse, lo que añadía todavía más felicidad.

Ejercicios y escombros

Y el viento tiene fantasía rica y florida – sus sueños los realiza en el aire azul y construye con arena pórticos, palacios, mezquitas grises que se levantan en un minuto, cambia de una forma en otra y se derrumban en un momento. Los juguetes del viento personificado (en la flor del Romanticismo un juguete del viento).

Oh, viento, viento con el alma santa,

La alma viajera de un hombre que no puede descansar ni muerta;

Céfiro – el alma de un niño muriendo enamorada,

Huracán – el alma de Marte, de un tirano

y vice-versa el viento soñado por Dios

Si tuviera mi alma de entonces, mis sueños limpio, mi amor claro como el agua de los manantiales, mis pensamientos sombríos de una vida tranquila, como flores de las negras.... como la amé... Mi alma. . . cómo se encadena a su pensamiento... cómo acaricia su frente majestuosa. . . Como ahuyenta los pensamientos negros con un beso húmedo e infantil. . . Pero, ¿qué tengo ahora? Esta alma desflorada por un miserable. . . estos pensamientos oscuros que han pertenecido a otro en el engaño que con amargura de una realidad cruel podrían recuperar aquel olor de la juventud, aquel candor angelical de mi infancia. Incluso este cuerpo, que se dice que es hermoso, fue profanado por los abrazos de un traidor y me avergüenza que su mirada se pose sobre mí.

¡Ella fue un pensamiento hermoso! *** ¡en el sentido de la palabra! Su cabeza hermosa parecía haber sido tallada no por un escultor, sino ¡por un filósofo!

¡Mujer-poesía! ¿Qué buscas tú en el ojo muerto, en la flor turbia de mi alma?

¡Es demasiado tarde! ¡Es demasiado tarde!

Mientras la música sombría significa cada paso hacia la tumba de barro, la campana de la casa de Dios anuncia a los ángeles del cielo tenue, lentamente las aventuras de estrella en estrella a su alma. Un ángel menos en la tierra, acaso no tiene que gemir la música, ¿por qué llora la campana?

Si estuviera compuesto solo de damas –jóvenes y hermosas, fíjate bien- incluso sin que quieras estaría contento de besarte la mano mil veces, diez mil veces, pero así, vieja y arrugada como eres para mí, señora mía, así te agradezco la gracia que eres capaz de hacerme. Así solo tengo ganas de gritar: ¡Gente, gente! Cuento.

Se me ocurre la idea tierna de besar el delantal.

En fin, había llegado a aquel estadio que se llama tan equívocamente “joven lleno de esperanza”.

– ¿Sabes algo?

– Lo sé.

– Te quiero mucho.

– Y yo a ti.

– ¿Quién te lo ha dicho?

– No lo sé

En Braşov, los limpiadores son rumanos. Una vez que van al juez sajón para limpiar las andanzas. Las limpian y vienen a cobrar.

– Entonces, su señoría, nos da dos ducados de plata, porque somos hombres pobres y hemos trabajado mucho.

– ¿Cuántos cubos habéis sacado?

– Veintiséis, su señoría.

– Cómo veintiséis, yo cuento veintidós.

– Ay de mí, su señoría, cómo no... no se coma cuatro cubos... eran veintiséis.

– No des, sacerdote, ¡que ya no confieras!

– ¿Pero si os doy me confesáis?

– Habla, señora, te ruego habla.

– Pues bien, ¿qué quieres que te diga, hombre?

– ¡Ah! ¡Habla señora!

– Está loco el hombre este... Bien, señor, espero que al final estéis solo porque nosotros dos no tenemos nada que decirnos el uno al otro y terminaremos.

– ¿Qué es tan malo?, ¡querida señora!

– Con una manera de gusto de hablar. Habláis mucho para decir poco señor, de esta mujer.

– Desde que oí su voz.

– ¿Cómo? ¿Señor?

– ¡No!

¡Ah! Si fuera lo que fui

Ah! si fuera lo que fui

Una flor todavía virgen en el santo cobijo
de las naves grandiosas de la casa parental
cómo la adoro así lo sé yo — sabría amarme.

Si tuviera mi alma de entonces, mis sueños límpidos de niño, mi amor claro como el agua de los manantiales, mis pensamientos ensombrecidos de una vida tranquila, como las flores de las negras murallas... Cómo la amaría... Mi alma... cómo se enlazaría por un pensamiento suyo... cómo le acariciaría su frente grandiosa... ¡cómo le ahuyentaría sus pensamientos negros con un beso húmedo e infantil!... Pero ¿qué tengo ahora? Esta alma desflorado por un miserable... estos pensamientos oscurecidos, que pertenecieron a otro en engaño, que con la boca amargada por una cruda realidad podría recobrar aquel olor de la juventud, aquella candidez angelical de mis días de niño. Incluso este cuerpo, que se dice que es hermoso, fue profanado por los abrazos de un traidor y me da vergüenza que su mirada se pare en mí.

Y húmeda que parezca bañada por la luz
sobre tu hermosa ropa... por tu movimiento
Que refleja dulce en los rizos de tu ropa
Y tu cuerpo alto y dulce por ellas que transparentan
Cuando me ve sabe engañar — ¡qué ha perdido!
Tantas caricias me puedo yo dar también a mí.

Ellos se sentían inocentes como en el primer día

Ellos se sentían inocentes como en el primer día. Había mucha más inocencia que culpa en sus caricias y las brasas de la residencia arrojando de vez en cuando alguna lengua azulada iluminaba el bajorrelieve de Adam y de Eva. Y ellos mismos, abrazados así, les parecía repetir aquella historia antigua, los días primeros de la vida del paraíso... les parecía que andaban igual que los primeros hombres inconscientes de los placeres del amor, como dos ángeles por la sombra de aquel soto de naranjas, que el sol ilumina la nieve virgen de sus cuerpos, que, con alma libre, con corazón virgen, sin carga de mundanos deseos, ellos recorrían el jardín del Edén; su único placer: la mirada de la hermosura del mundo y su hermosura. Y, si nada hubiera excitado deseos codiciosos en sus corazones, puede que hubieran permanecido eternamente – puede que, por representación de las viejas leyendas, hubieran vivido eternamente. Pero sus ojos cayeron sobre Venus y Adonis, sobre Orión y Aurora –las lenguas azules de las llamas de la residencia empezaron a temblar sus reflejos sobre las paredes esculpidas, Venus parecía reír con astucia por la inocencia de su amigo, Aurora mostraba su pecho a Orión – el corazón de Cesar empezó a temblar, ella empezó a llorar, y llorando, apretaba bajo sus besos la boca del joven amigo que, enlazado a sus brazos, había perdido su mente. Ella recayó como muerta sobre su cama de flores ahuecadas, solo de vez en cuando un rayo enviaba, como de un relámpago rápido, la casa entera con sus risueñas figuras y con sus escenas de amor de encima de ellos, que, culpables y escondidos bajo un palio negro, habían perdido la memoria, el brillo, la inocencia, en aquel elemental y oscuro placer que, como el nacimiento y la muerte, son oscuros y tontos momentos de olvido, de inconsciencia, de una vida vegetativa y sin sentido.

La muerte de Cezara

Aquella tarde se nubló y Cesara, encerrada en su celda, agachando su cabeza a los jarrones con flores que estaban al lado de la ventana apoyada su frente al cristal y golpeaba con los dedos en él. Ella reía con astucia. Nunca Jerónimo había ido con el alma más abierta, nunca la había amado tanto, como ahora cuando sabía seguro lo que guardaba ella bajo su corazón... Y ¿por qué reía? Había encontrado ella el lazo, con el que podía coger a su amante para siempre –no. Pero un pensamiento semifilosófico le pasó por la mente. “El hombre es animal... dijo ella –y ama a sus crías mucho más que a cualquier cosa. ¿Crías? ¡Ah! Cuando tendré también yo una cría – para comerle de lo querido que me será. Qué raros somos nosotros los hombres -hombres y mujeres- en cuantas imaginaciones vestimos la cosa más simple del mundo – nuestras crías”. Ella se arrojó a la cama. Le parecía que tenía un niño en el pecho, y le acariciaba – después envolvió una almohadita y la abofeteó, la acarició, como si hubiera sido su niño...

El tiempo se había oscurecido y la lluvia había empezado a estallar rápida pero monótona en los cristales. De vez en cuando algún relámpago iluminaba por un momento la celda – de modo que, bajo este rápido resplandor, toda la casa y los objetos parecían sobresaltarse, tener vida, lo que constituye la fantasía de la luz de relámpago.

Ella se acercó a la ventana. Hacía un tiempo terrible afuera. Las nubes se amontonaban negras sobre el cielo, rotas por relámpagos, el mar hacía un alboroto profundo, como el mugido lejano de unos toros – pero de repente ella vio un fuego encendido.

“Dios, pensó ella, asustada. Jerónimo ha encendido el fuego – y en esta noche... Puede que por un momento solamente”.

El fuego ardía cada vez más grande y con constancia.

“¿Habrá sucedido algo, pensó ella, y esto es una señal para mí?”... Ella temblaba como un azogado y de sus labios se había retirado la sangre, se había quedado como el maíz.

Ella voló rápido al jardín, llegó a la orilla... la isla no se veía- pero el fuego ardía siempre como un punto de brasa sobre el mar... Parecía oír una voz – pero así como cuando zumban los oídos. Miedo y desesperación le invadieron el corazón.

“¡Ah! Pensó ella, ¡quién sabe si le ha dado! Tengo que nadar sea como sea el tiempo, tengo que verle”.

Ella se desnudó y se tiró al mar para llegar al punto luminoso... Ella nadaba siempre, siempre, pero parecía inmóvil, por lo menos la brasa permanecía en la misma lejanía.

Las olas la llevaban como sobre una hoja y la lanzaban de un enjambre de espuma a otro... ella nadaba con todas sus fuerzas – una oscuridad como pez cubría el cielo, solo de vez en cuando se arrancaba alguna chispa de relámpago de las nubes... Ella nadaba – estaba ya cerca de la brasa... cuando... cuando vio que la brasa flotaba sobre el agua.

Ella gritó... entonces descubrió que era un fuego sobre un bote en medio del mar. En el momento en el que gritó, la brasa se apagó. Entonces perdió toda esperanza... ella se mantenía sobre la superficie para a la luz del relámpago ver en qué dirección estaba la isla. La isla y la orilla lejanas, y ella dejada presa del mar inconmensurable. Un relámpago terrible cruzó la noche entera –entonces ella divisó ce diez pasos delante un bote negro y en él, estando justo de pie, con la cara honda, áspera, implacable – Castelmare. Entonces entendió todo.

Ella divisó en un momento todo su estado terrible y desmayado – para no levantarse nunca.

Mientras Ieronim divisó solo por casualidad el fuego flotante y como un relámpago se le pasó por la mente lo que podía suceder. Él encendió un fuego estable sobre la orilla,

saltó a un bote y se dirigió tras el blanco huidizo, sin olvidar su espada. Él remó con desesperación y, cuando llegó al bote en que destellaba todavía la llama, vio a Castelmare, y acercó su bote a él, apuntó a él – un relámpago también oyó resonando la barca enemiga por la caída de un cuerpo pesado.

El encendió una antorcha y paseo despacio con la barca, cuando de repente vio flotando sobre el agua algo extraordinariamente blanco... parecía que unos brazos se levantaban del agua para caer de nuevo – se acercó... era Cesara... él la sacó del agua, la envolvió en su gabán, empezó a frotarle las manos, los párpados –nada, ninguna señal de vida...

“Dios mío... no está acaso muerta, pensó – y toda la sangre se le apretó en el corazón...

–Cesara, susurró él, mi querida Cesara...

Ella tenía la boca medio abierta – sus labios morados y chupados, sus dientes brillaban, los párpados estaban abiertos y los ojos eran como cristal escarchado... él la llevó rápidamente a la orilla- en la cueva encendió fuego, la cubrió, la frotó el cuerpo – nada, ella estaba y permanecía muerta.

Él no podía creerlo... Ella -ella muerta- ella no sería para él- el ojo, la boca, su manita ya no serían para él en la tierra... ella ya no le rodearía el cuello, no le acariciaría la oreja con sus susurros ininteligibles... él no podía creerlo, como no puede creer nadie en el mundo la muerte de un ser amado.

– Cesara, dijo él tranquilo, no es así que tú me engañas, que bromeas, que tú no has muerto, ¿cómo puedes tú morir? – Ninguna respuesta.

De repente sus ojos se estremecieron... primero se le empezaron a castañear como de frío... él tenía miedo – temía a él mismo- a las paredes, tendió su mano sobre el cadáver... parecía que oía un fragor de muchas voces, parecía que una mano le oprimía el pecho, el resoplaba, pero resoplaba como aire hirviendo, que le ardía los pulmones, se puso en pie, levantó los hombros con miedo – el pelo se le había erizado en la cabeza y la nariz se le había inflamado –cuadros de fuego le ardían la mente, veía relámpagos, siempre relámpagos- parecía que todo su cerebro estaba ardiendo – él empezó a reír a carcajadas y cayó al suelo.

Al día siguiente él estaba tumbado sobre una cama blanda – en una casa con ventanas todas rodeadas de hiedra y flores, por las que los rayos del sol penetraban, cortando alguna raya en la olorosa oscuridad, hacía jugar en el imperio de sus rayos un mundo entero de polvos adiamantados... en una esquina esta sobre una sillita Cesara y reía...

– Dios mío- que sueño terrible tuve, dijo él...

Ella reía – pero no decía nada. Era su celda como de un monasterio de monjes, embellecida sin embargo tanto y endulzada por la presencia de su amada... él se bajó de su cama arrodillándose junto a su amada, le invadió con una mano su cabeza, con la otra la cintura, ella reía siempre, pero callaba como enano...

– ¡Oh! ¡Conoces tu boca, astuto! Dijo él sonriendo, por qué callas, niña... ¡ah! La flor de mi vida, ¡ángel! Su voz temblaba de emoción, él lloraba de amor... ella caía siempre con la cabeza sobre el pecho –parecía que había adormecido en sus brazos.

“Qué hermosa eres”, pensó él estremecido. A penas ahora se dio cuenta que ella estaba desnuda. El corrió a su cama y se acostó... ella se sumergió como en almohadas... almohadas de telas azules... Él se acercó a ella... pero ella parecía ir en almohadas muy blandas, la abrazó fuerte, la pegó a su cuerpo... cerró sus ojos y rompió sus labios como en besos. Sudaba besándola... los sentimientos eran parecidos, como no pensó nunca... adormeció profundamente, profundo...

El mar lleva en su cama mojada y azul dos cadáveres unidos, fuertemente abrazados, y el viento, pasando entre las ramas de un árbol viejo, mueve entre sus ramas agachadas los huesos blanqueados por el curso de las aguas de un hombre con barba blanca, cuya profecía se había cumplido.

Naturalezas catilnarias

Dios es un átomo – un punto matemático, el punto común donde golpean todos los poderes de la tierra, para constituir el organismo de leyes, sistema cósmico. Sin este punto común de átomos (Ausgehtsheit mi Krafte parallelogramm) el mundo desamparado que estaba en un caos de materia inerte y sin poder; porque una materia no tiene poder no puesto en un informe propio para levantar este poder. Dos átomos se pueden atraer solos existiendo, pero atraídos en todas las partes por otros semejantes a ellos sin estar dominados por un centro, por un poder común, ellos permanecen en suspensión en el punto en el que sucede para encontrarse. En medio del sol hay un átomo, al rededor del cual se ha cristalizado el cuerpo del sol –este átomo por su posición es el corazón del sistema nuestro planetario –se entiende que también otro podría ocupar su lugar, cuando no hubiera estado aquel- en el centro del organismo humano hay un átomo alrededor del cual se cristaliza el sentimiento fisiológico, sentimiento interno pensativo, funciones corporales y psíquicas: el alma; en medio de la Creación entera hay un átomo, el punto matemático común de concentración de todos los poderes del mundo, el punto por esencia y posición cuyos poderes son un organismo: Dios. De modo que Dios es en el mundo lo que el alma de los átomos es en el hombre.

Naturalezas catilnarias – Las ideas del pensamiento orgánico

El estado es una organización de los poderes en lucha con la gran masa de los hombres, con la naturaleza.

En una cabeza seca y pálida que cubre con una mano

Épocas enteras de pensamientos viven púrpura juntos

El mundo con enjambres de estrellas, y con su multitud de hermanas

La vida turbia y grande de los pueblos pasados

De la historia del pensamiento

El resoplo de un siglo junto al pensamiento de unas flores

Ves el dolor de un siglo junto a la figura

Una naturalezas catilnarias -en vosotros hay desorganización, es decir, ¡muerte!

Él tenía en una caja cerrada un mundo, cuya estrella – envejecida apenas podía divisar.

Una multitud de caracteres, que bajo otras circunstancias habrían sido útiles a la sociedad; cogidas por las ruedas poderosas de los movimientos generales trabajan, piensan y mueren cada uno a su modo –aunque parecen cientos de astros estelares vanos, la brillantez no les es nada útil ni a ellos ni a su país. De otra manera la corriente general da la ocasión al desarrollo de todos los caracteres, aunque prospera según los movimientos solo en una parte, en la política.

El luchador

El poeta

El filósofo

Igual el tiempo en el reloj de este modo tú vives en nosotros.

¡Calla!

En mí viven los Titanes y no el Olimpo

No había agua- era un aire húmedo y claro-

El único refugio el sueño- ¡este descanso del pensamiento!

Aparecen lanzas de fuego

Y sus pensamientos nublados arrojan la sombra al pueblo.

Un frente llena de bóvedas NC

Los piadosos nos amaron y cultivaron la nación romana de ese modo, como es ella, amaron una abstracción, una tela de araña creada por ellos, una nación romana como ella no existía, y ahora, nos gusta esperar, que no existirá.

Qué pensaría un hombre, cuando se le hubiera dormido una mitad del cerebro y la otra no.

El desconocimiento pleno del país y la ignorancia de todos los sucesos e instituciones públicas. Sobre todo los que vienen de Francia publican estudios sobre las diferentes ramas sin tener en cuenta las aprobadas en el país y aplican con una frivolidad rara las leyes, los principios y las instituciones extranjeras a los rumanos, sin saber cómo se encuentran las rumanas: El ejército –La economía –Las escuelas los conocen mejor los extranjeros que los rumanos, de todos estos encontramos mucho más en diarios y folletos extranjeros que en los rumanos.

Ah qué dulce es la muerte, como el descanso después de un día de trabajo –dulce como el momento de adormecer. A quién lo le gusta dormir -dormir caliente- profundamente, sin sueños, que intranquilizan el alma. La tranquilidad es más dulce que incluso la alegría. Por eso a los sabios nada les alegra como a los locos, que no les entristece nada, como a los locos. La vida lleva en sí aquella semilla de agradecimiento, que nació del primer movimiento que sacó el caos del equilibrio. La muerte de cuya sabiduría es el equilibrio del pensamiento – es el equilibrio de la existencia. Ella es la sabiduría de la vida –el resultado final de todo nuestro trabajo y cansancio, quien piensa a menudo que morirá, aquel es sabio. Incluso de la muerte puedes aprender la sabiduría – es un signo que la misma sabiduría y tranquilidad tienen que parecerse a la muerte. La tranquilidad, el sueño eterno –es así de corto dormir. ¿Pudo alguien cogerse a las alas del sueño y tener consciencia de cómo duerme? No. Y no le intranquiliza. Por qué temer a la muerte. Es solo el proceso de adormir –cuando has adormecido ni sabes qué ni cómo has adormecido. Y aunque parecería como un estadio anónimo e indiferente, sin embargo ¡qué dulce es el sueño sin sueños!

La muerte es un momento- y no doloroso.

Acordaros solo los enfermos antes de morir se sienten tan bien –como el cuerpo cansado se siente bien antes de adormecer, como el alma cansada se siente bien y tranquilo antes de cerrar su oscura frente escrita. Insensibilidad deviene en sueño, ¡insensibilidad en muerte! Poco a poco ya solo oyes latiendo a los sueños que recorren la insensibilidad – después de eso nada. ¡El sueño te ha cerrado su imperio de paz!

Hay tantos hombres con aspiraciones grandes, que no ha quedado nadie con aspiraciones pequeñas, estrechan sin embargo seguros de las malgastadas referencias reales. Si la aspiración es útil como centro en un organismo, ella tiene que disponer sin embargo también de organismos seguros y precisos en su formación, órganos, cuyos ojos sean solo para la pequeña cosa a la que están unidos.

Sin embargo, como el hombre no conocerá nunca su tema, por eso no tiene ni tiempo físico para conocerse. La movilidad de los funcionarios.

La aspiración limitada y pequeña da un aspecto de unidad entera, sin embargo sólo el aspecto es unitario; dentro todas las partes se desarrollan, con todo su poder interno, y cuando una mano de hierro une por un momento todas las partes en un entero organismo, entonces los poderes que desarrollan estas partes como entero son incalculable grandes. El ejemplo más evidente es Alemania. Éste es la ventaja de la descentralización, de reducir al elemento a sus naturales partes constitutivas y el desarrollo cuanto se puede de grande de estos. La centralización parece que da apariencia de poder, es un tipo de miseria espléndida: ella enriquece una parte y rapta las condiciones de desarrollo de las otras.

Los hombres estos se creen grandes, porque piensan en proporciones grandes. El pensamiento de las proporciones grandes es mudo sin embargo en cualquier estado centralista. Los estados centrales románicos producen muchas naturalezas catilnarias.

Semejantes naturalezas acaban o con indiferentismo, si el espíritu de conservación ha vencido- o en locura, si no ha vencido. En cualquier caso no obstante son naturalezas nobles.

Una generación decaída no es capaz de reconocer ni el bien ni la verdad. El bien donde lo encuentra -lo odia- de allí la preponderancia del elemento malo, la verdad no es capaz de reconocerla. Como los judíos en decadencia han crucificado a Cristo de este modo las naciones en decadencia persiguen sus elementos buenos.

Necesita tantos lanzamientos de piedra, ¡hasta que caigan en la tumba!

Hombre malo no existe. Sino en una sociedad en disolución cada individuo no privilegiado busca solo su propio interés, y por esto la desconsideración del interés común, sea él todo lo bueno en el trabajo, el deviene por sí malo porque está en colisión de intereses. Y después cada hombre es malo, cuando el interés propio no está lo suficientemente bien vigilado. El mal está en la sociedad, no en los individuos. Y una época de transición es una época de disolución interna.

El elemento estereotipo de los individuos es la base de las nacionalidades.

Oceana

Como cosidas por una tela azul temblaban las estrellas pequeñas y blancas por el cielo y el plateado calor de la luna pasaba, desgarrando el velo transparente de nubes blancas que se encrespaban sobre él. La noche era cálida, embriagada del olor de las haces de flores que cubrían con vida extensa la isla... las colinas brillaban como bajo una tela diamantina – el agua apacible del lago que rodeaba el soto estaba plateado y, temblando enferma arroja de vez en cuando sus ondas brillantes a las orillas adormecidas. En medio de este espectáculo de la noche dejado sobre un paraíso rodeado del mar pasaba Oceana, como una imaginación de nieve, con su pelo largo de oro que le llegaba a los tobillos... ella paseaba despacio... Todos los sueños... todo el encanto, toda la embriaguez de una aromada noche de verano la invadió su alma virgen... hubiera llorado... Se acordaba de su amante y le parecía que estaba Eva en el paraíso, sola con su dolor dulce en la noche estrellada... Ella llegó cerca del lago y vio el camino de arenal bajo el agua... Ella empezó a pasar y el agua pintaba saltando despacio remolinos elípticos alrededor de sus tobillos de plata... Ella miraba aquel soto encantado... un deseo de felicidad le invadió su pecho... estaba tan sedienta de amor... Ella la niña joven y fresca... sus labios estaban secos de deseo de un beso, su pensamiento estaba seco como un estrato de flores medio marchitadas por el calor del sol. Los pies se veían en el agua transparente tocando el arenal... y la punta de su pelo de oro nadaba sobre el agua... cuando llegó al soto, la sombra olorosa de los árboles altos arrojó un reflejo azul sobre su piecica blanca, de modo que parecía una estatua viva de mármol mirada por gafas azules... De repente vio entre los árboles una figura de hombre... ella pensó que es una imaginación suya proyectada por los hechizos de la frente... y aquella figura toma poco a poco contornos más claros... era él... ¡Ah! Pensó ella sonriendo... qué loca estoy... en todos los sitios él, en la hermosura de la noche, en el silencio de los sotos, ¡él! Él se acercó... Él del mismo modo creía que era una imaginación de verdad ante él, porque la miró largamente, se miraron largamente... Él con duda, ella sin vergüenza... Cuando la cogió la mano... ella gritó...

– Oceana, dijo él tenue, Oceana, eres tú una imaginación, un sueño, una sombra de la noche pintada en la nieve iluminada de la luna o eres de verdad, eres tú...

Ella había olvidado todo...

– Yo, yo, murmuró ella tenue, le cogió el brazo y lo puso alrededor de su cuello... y reía, reía sin fin... Se creía loca... creía que no puede ser nada de verdad en esta felicidad y hubiera querido solo tener eternamente este sueño. Él arrojó su gabán negro sobre sus hombros hermosos... y de esta manera paseaban, uno del cuello del otro, en la oscuridad morada del soto...

– ¿Tú eres... seguro tú?... preguntó ella con la voz ahogada y húmeda... porque todos sus pensamientos se habían refrescado húmedos... todos sus sueños se volvieron espléndidos

y deseosos de vida... y tan solo eso recuerda que él no la quería, que él no la amaba, pero sintiendo su brazo alrededor de su cabeza, le gustaba creer que él había sido un niño que se había engañado a él mismo.

Y a menudo en las noches enamoradas de Italia o en las madrugadas llenas de aroma, la veías entre las bóvedas altas del follaje de las callejuelas largas por aquella melancólica Venecia, vestida varonil, y bajo los márgenes de su sombrero alto de terciopelo negro se veían, vivos y locos, sus ojos redondos y grandes, de una oscuridad, un demoníaco azul, con aquella sonrisa estereotipada en los labios cocidos por la sed de amor, con aquellas sombras dulces arrojadas apenas bajo los hombros de su cara de mármol, con el pelo que caía en anillos brillantes y en rizos espléndidos y descansados sobre sus hombros...

Y al lado de ella iba él... con su cabeza descubierta, de Antonius, como unas alas de águila salvaje inundaba el pelo, negro y seco como un marco, aquella hermosa y cansada cara de mármol de Paros... las pestañas medio dejadas abajo traicionaban la grandeza de sus ojos empalagosos, los labios finos y entreabiertos mostraban un enérgico y crudo dolor... y solo su cuello alto se doblaba con orgullo, como si no hubiera perdido el orgullo bajo el peso del yugo de la vida... Y ni un rizo sobre aquella frente blanca y limpia... manos de mujer hubieran gustado deslizarse por su alisado... un tesoro de sueños... un árabe entero de sentencias, de pensamientos, de cuentos.

El esquema del curso de la naturaleza

El esquema del curso de la naturaleza es un círculo de formas, por las que la materia pasa como por puntos de transiciones. De ese modo los seres mirados en sí son como los de un río que corre por la superficie sobre la que hay suspendidas sombras. Estas sombras están inmóviles como una trama, como la idea de un ser bajo el cual las ondas del río eterno otras forman un corral, la única que da consistencia a estas sombras y sin embargo ella misma en una eterna transición, en un peregrinaje de ser en ser, un Ahasver de las formas del mundo. Ahora buscando en los órganos de estos seres encontramos igual que ellas son como partes constitutivas de la totalidad, formas más pequeñas de transición – por tanto la esencia de los seres es la forma, la esencia de la vida es el paso, el movimiento de la materia por ellas. Tras cuyo principio sin embargo se construyen estas formas – ¿cuál es el sentido de su teleología, cuál es el sentido de la teleología en el movimiento y las secreciones de la materia?

Por otra parte vemos como que estado y sociedad están lejos de ser obras muchos alaban mentes humanas... ellas son hechos de la naturaleza. De este modo vemos que los estados humanos, a modo de estados de avispas, como las generaciones jóvenes, tienen la suerte de enjambrar s.a., por otra vemos en estados la tendencia de osifica en formas, en sombras de leyes – como las llama Mureşanu– y de convertirse propias de formas estables, eternamente las mismas por las que las generaciones consecutivas pasan como materia sin voluntad por formas de la existencia. Se podría decir, por analogía, que igual que en el cuerpo está contenido la idealización de su forma en embrión, igual así está contenida en la sociedad vista de cualquier punto de su desarrollo, sus fases futuras, las leyes, el derecho, las religiones que no son más que los órganos de vida de la sociedad, con su energía respectiva, con su modo de secreciones. En su complejo forma el estado. El vestido de las instituciones nacidas instintivamente son las opiniones, que tienen los hombres sobre ellos –el espíritu público, la opinión pública, el organismo contenido idealizador en estado, como posibilidad de existencia y desarrollo es la religión y el sentimiento de la apariencia juntamente.

La carta a Ángela

Y en ojos me quedé atónito

Muchos iconos y cuentos

Como el invierno se cuaja

Flores de hielo en ventanas

De nada seguro más que de dolor, correspondiente al tejido fino y perezoso de aflicción de mi cabeza, me parece que los ojos, las orejas, mi cerebro tienen una herida grande, terriblemente sensible, a la que el toque del sonido, de la luz, del tacto me enturbia de dolor. Ángela, podrías ser tú la cuidadora de este cadáver tan receptivo ante el sufrimiento, al que incluso el mayor placer es un sufrimiento todavía mayor, más cruel, más ardiente de los sufrimientos positivos incluso. Tus dedos finos cuando me tocan me duelen como una flor que cae sobre un cerebro herido –es un dolor voluptuoso, sin igual en la tierra – pero ¡cómo me duele! Y tus ojos grandes encienden mis ojos. Los vi cegados y rojos... ellos ya no tienen luz nada más que para ti y tú los ciegas con tu aparición. Tú me odias – porque el amor es odio. Odio suspendido por los fines de un demonio que creó la visión dolorosa de este mundo, y del que no puede escapar ni por sacrificios, ni por virtud, ni por la muerte siquiera... Y ¡esto es terrible! Sé que reapareceré en el mundo de las apariencias. Para qué me sirve preguntar cuando... ¡es indiferente! La falta de dolor que dura mil años es un momento, una nada... (Todo lo lejos que estuviera el comienzo) es como si después de un sueño despertaras... qué sabes cuánto has dormido... te parece que fue un momento... Solo el dolor es tiempo, solo tras él enumeramos las horas, los días, nuestros años.

Fragmento (variante de *Después de este acontecimiento maravilloso*)

... Después de este acontecimiento maravilloso, mi caballero aceleró el caballo hacia la cumbre de una colina alejada, para pasar los charcos y los pantanos peligrosos del Bugiag. Pero apenas terminó la mitad del camino muchos caminos llegaron en cruz y hacia donde se volvía no veía nada más que barrancos desiertos y grises le rodeaban y no sabía hacia dónde dirigirse. Le cogió la noche. Era una de esas noches negras en las que la luna flota como una mancha apenas vista en el cielo. Solo de vez en cuando ella salía entera en todo su poder para iluminar la llanura grisácea y desierta, para desaparecer de nuevo horas enteras. Tenía miedo de barrancos y hoyos, el caballo estaba cansado, a él mismo le entraban ganas de caer de la silla. Bajó del caballo y puso su oreja en el suelo. Estuvo mucho tiempo así, cuando oyó como, despacio, cascado hondo un sonido de campana... él se sobresaltó. Volvió sus ojos a donde le pareció que había oído ruido y vio una luz turbia y como tintineante. Cogió entonces el caballo de las riendas y empezó a marchar— aunque apenas podía de pie. Después de un trecho se vio parado por una zanja que había llenado cañas y hierbajos de agua, que bordeaban el lugar, de donde venía la luz — y cuando la luna salió por un momento para iluminar el lugar el vio una muralla vieja y grande, con alguna torre en cada esquina y con una puerta gigantesca en medio de la muralla. Era una ruina mucho más -parecía desierta- el tejado se había derrumbado por muchos sitios, los muros parecían inclinarse sin apuntalamientos, ventanas rotas, el envigado podrido y derrumbado. Un puente levadizo, muy podrido, llevaba sobre la zanja al patio del castillo.

Él entró. La luz apareció en la ventana de una torre, después pasó, como llevada por todo el castillo, por todas las ventanas y desapareció. Al mismo tiempo la luna se sumergió tras una nube negra, sin dejar ningún rastro de un aspa siquiera y había una oscuridad como no había sido. Silencio mortal... El caballero ató su caballo al poste de un tipo de granero, se acercó a la casa y se puso en frente con pasos tranquilos y apenas oídos. Había tranquilidad como en un entierro. Él miró por las ventanas de abajo, pero fijó sus ojos en una oscuridad impenetrable y no podía distinguir nada. Después de un corto monólogo fue a la puerta, cuyas jambas estaban colgadas, de una cadena, un martillo pesado. Él lo levantó, se arrepintió, luego golpeó una vez fuerte. Toda la guarida resonó desierta, después de nuevo silencio. Él repitió el golpe — de nuevo un eco sordo y profundo, después de nuevo silencio mortal. Golpeó por tercera vez, ningún movimiento de ser vivo. Dio unos pasos adentro, para ver si no divisaba fortuitamente luz en alguna parte del castillo... La luz apareció en el mismo lugar donde había aparecido antes, pero desapareció igual de veloz. Al mismo tiempo cayó un golpe sordo y profundo de la torre. El corazón del caballero hizo una pausa tremebunda... Estuvo mucho tiempo inmóvil, luego quiso dar algunos pasos hacia el caballo, pero la vergüenza de sentir miedo le retuvo; el honor y un irresistible deseo de llevar la aventura a un fin lo devolvieron a la puerta. Cogió el corazón, se llenó de hombría, sacó el sable con una mano, con la otra elevó el picaporte de la puerta. La puerta pesada tronaba de los quicios y era difícil de empujar, él la forzó a más no poder, de repente se le escapó de las manos, él se precipitó adentro y la puerta volvió a caer tras él cerrada. Un escalofrío frío le pasó de la coronilla hasta las plantas, se volvió para encontrar la

puerta y pasó mucho hasta que la encontró, palpando, pero con todo el forcejeo de sus fuerzas ya no la pudo abrir. Tras muchos intentos infructuosos, él empezó a mirar a su alrededor y vio al fondo una escalera, enroscada como el cascarón de un caracol, una llama pálida-azulada, como una luz de lamparilla, que se divisaba trémula sobre los muros negros de piedra... era como una semilla de amapola. Él se repuso otra vez, fue palpando hacia la llama, pero ella huía ante él. Él llegó hasta abajo de la escala y tras un instante de arrepentirse empezó a subir despacio apoyándose con una mano a la pared. Él vio la misma llama alejándose ante él hasta que llegó a un corredor extenso y largo... La llama parecía que flotaba en el aire a lo lejos en el corredor, llevada como de una mano invisible... él la seguía a hurtadillas sólo con la punta de los pies, porque se asustaba del ruido de sus propios pasos. La llama le condujo hasta la subida de otras escaleras, aquí desapareció. En aquel momento resonó de nuevo la campana de la torre... como un gemido. Le pasó por los huesos y la médula este sonido ronco, piadoso, quejumbrosa.

Estaba en tinieblas totalmente. Estiró sus manos y empezó a subir también esta escalera... Una mano fría como la de un muerto le cogió la izquierda y le tiró tras ella... intentó soltarla, pero no pudo, blandió la espada delante, oyó un grito tremebundo y la mano fría quedó sin fuerza en él... Él la dejó caer al suelo y fue con una resolución desesperada adelante. La escalera corta, enroscada, estrecha estaba llena de ruina y agujeros. Los escalones eran cada vez más y más angostos, hasta que llegó a una rejilla de hierro. Él lo golpeó con el pie y la abrió. Llevaba a un corredor tortuoso y con ángulos, apenas suficientemente extenso como para que un hombre pueda pasar con manos y pies por él. Un brillo apenas, cuya fuente no se sabía lo alumbraba de modo que lo podías ver. El caballero se atrevió a seguir. Un gemido hondo, desnudo se oye por las bóvedas del corredor, desde lo lejos. Él fue siempre adelante y vislumbró de nuevo la llama azul que le había alumbrado antes. El corredor arqueado se abrió de repente en una galería grande y espaciosa en el medio de la cual él divisó un hombre vestido en hierro y armado plenamente que, con la cara siniestra y tremebunda, levantaba con una mano el sable y mostraba la otra, mutilada y ensangrentada. El caballero saltó con valor sobre él, pero desapareció de repente, dejando caer una llave pesada de hierro. La llama había quedado suspendida sobre alas de una puerta grande al final de la galería. El caballero se dirigió hacia ella, metió la llave en la cerradura pesada de hierro, la giró con fuerza, las alas de la puerta salieron en ambas las partes y apareció una sala grande y alargada en cuyo fondo había un ataúd alzado por un catafalco y a su alrededor ardían en candeleros altas antorchas de cera blanca. A lo largo de los muros de la sala había, en hileras largas, estatuas gigantescas del mármol negro, vestidos como moros y con sables grandes en las manos. Cuando el caballero entró, todos levantaron los sables y adelantaron un pie. La llama pequeña flotaba siempre ante él, él la seguía siempre, hasta que quedaron seis pasos ante el ataúd; en el momento aquel la tapa saltó del ataúd, la campana sonó a alarma... una dama en sudario blanco y largo, de muerta, con un velo negro sobre la cara, se incorporó despacio del ataúd y tendió sus brazos hacia él. En aquel momento las estatuas hicieron sonar los sables y se dirigieron hacia él. El caballero se arrojó como el relámpago sobre la mujer y se colgó a su cuello, ella retiró el velo y le besó en la boca. De repente todos los muros viejos temblaron y se desmoronaron alrededor. Al caballero le entró un desvanecimiento en el corazón como si él hubiera caído al suelo...

Cuando volvió a su naturaleza, él se encontró acostado en una cama de terciopelo en un cuarto, la más espléndida y rica que había visto en su vida, alumbrada por luces colocadas en candelabros de cristal. Una mesa cargada con todo tipo de manjares estaba en medio del cuarto... Una música tranquila pintaba la armonía en el aire, las puertas se dieron de lado y una mujer de una indescriptible belleza, cargada con ropas brillantes y adornos caros, entró, seguida de otras mujeres, también hermosas, pero menos que ella. Ella llegó al lado del caballero, se arrodilló a su lado y le besó las manos. Las chicas jóvenes trajeron una corona de laurel y se la colocaron sobre la frente, ella le cogió las manos y le llevó a la cabecera de la mesa, donde se colocó a su izquierda.

— ¡Ángela! murmuró él asombrado.

Por muy bajo que lo hubiera dicho, ella le oyó, inclinó sus ojos piadosos y sonrió.

Los sirvientes entraron para servir la mesa — una música encantadora le acarició el oído. Él estaba mudo de asombro y respondía con inclinaciones y maneras corteses. Después de que se levantaron todos de la mesa, todas las chicas se dispersaron, menos Ángela, que le llevó de nuevo al sofá, y le puso en sus brazos, le rodeó el cuello con su brazo desnudo, fino, marmóreo, acercó sus labios a su boca suya y empezó a hablarle, boca con boca, de este modo.